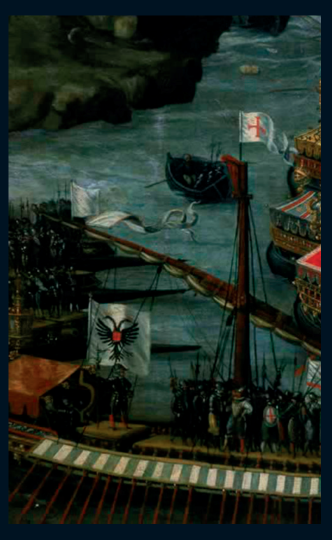
HISTORIA DE EUROPA

LA EUROPA DIVIDIDA
1559-1598

J. H. ELLIOTT






SIGLO XXI
ESPAÑA

J. H. Elliott

LA EUROPA DIVIDIDA

1559-1598

Traducción de Rafael Sánchez Mantero

Revisión de la traducción
y traducción de la actualización de Jaime Roda





Diseño interior y cubierta: RAG

Título original: *Europe divided. 1559-1598. Second edition*

La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1769-9
Depósito legal: M-24.790-2015

Impreso en España

ÍNDICE

PARTE II
1559-1572

PARTE III
1572-1585

PARTE IV
1585-1598

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de este libro se escribió siguiendo unas pautas específicas y con un objetivo concreto. Lo que se pretendía era ofrecer una explicación narrativa clara y accesible sobre un periodo crítico y complejo de la historia de Europa que duró cuarenta años. Este fue un periodo en el que se acentuaron las divisiones religiosas y en el que la España de Felipe II, el autoproclamado triunfador de la causa romana, se vio enfrentada, y finalmente bloqueada, por las cada vez más dinámicas sociedades protestantes del norte de Europa.

El argumento, por lo tanto, era esencialmente político, y esto sirvió para aportarle al libro la unidad y coherencia que exigía la naturaleza de la serie para la que se escribió. Pero al mismo tiempo, ninguna obra histórica escrita en la pasada década de los sesenta, que se preciara y que abarcara un amplio panorama de la historia europea, podía limitarse únicamente a la narrativa política y diplomática. Esta era la época dorada de la llamada escuela de los *Annales* de París, dominada por el más grande de los *grands maîtres,* Fernand Braudel, cuya obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* publicada por primera vez en 1949, transformó no solo nuestra concepción de la historia del periodo que analizaba la obra, sino también el estudio de la historia en sí mismo. Braudel rechazaba la narrativa política y diplomática tradicional, para insistir en la prioridad de la geografía y el entorno, así como de las fuerzas económicas y sociales, sobre los meros «acontecimientos». Parecía que la historia nunca volvería a ser igual.

El mensaje que Braudel nos comunicaba página tras página de brillantes ideas y prosa deslumbrante era enormemente seductor. Ahora era imposible escribir una crónica de la historia europea de la segunda mitad del siglo XVI que ignorara las transformaciones sociales y económicas. Este libro, por lo tanto, se escribió bajo la sombra de *El Mediterráneo* de Braudel. Sin embargo, al mismo tiempo, yo, personalmente, tampoco coincidía por completo con la visión de Braudel. En primer lugar, me parecía inaceptable el excesivo énfasis

que su interpretación ponía sobre las fuerzas medioambientales, sociales y económicas, en detrimento de lo que ahora se conoce como *mentalités* –religión, cultura, ideas–, que quedaban relegadas a una posición muy secundaria. Esto parecía especialmente inadecuado en el estudio de una era de violentas pasiones religiosas. En segundo lugar, su interpretación me parecía demasiado determinista. Por ejemplo, ¿fue Felipe II tan prisionero de las circunstancias como sugería Braudel? Justo entonces, mis propios estudiantes de investigación, a algunos de los cuales hago referencia en el prefacio a la primera edición, estaban encontrando fascinantes pruebas en los archivos sobre el proceso de toma de decisiones en la España de Felipe II y sobre el papel de la personalidad y de la acción humana en el desarrollo de los acontecimientos. Finalmente, los acontecimientos en sí mismos parecían merecer algo más que el desdeñoso tratamiento que les daba Braudel. Al relegarlos, dentro de la estructura de su libro, al tercer y último lugar, no lograba, en mi opinión, interpretarlos de forma convincente a la luz de las transformaciones sociales y económicas que tan brillantemente había analizado y, en consecuencia, no conseguía integrarlos satisfactoriamente en el marco general. La «historia total» a la que aspiraba era, y sigue siendo, un noble ideal. Sin embargo, la historia total difícilmente puede calificarse como tal si prescinde no solo del impacto de las ideas y los individuos, sino también de la influencia del azar, y del puro desorden y confusión, sobre el desarrollo de los acontecimientos.

Escribí, por consiguiente, esta crónica de la historia de Europa de la segunda mitad del siglo XVI tanto influido por Braudel como reaccionando contra él. Quería devolver los «acontecimientos» al lugar que creía que merecían, sin ignorar el impacto de la revolución braudeliana sobre nuestra comprensión de la época de Felipe II. Se trataba, inevitablemente, de una empresa difícil, especialmente teniendo en cuenta las estrictas limitaciones de espacio que imponía la serie. Mucho –demasiado– debía sacrificarse en aras de la coherencia y la facilidad de lectura.

Unos treinta años después de su primera publicación, las lagunas de este libro parecen aun mayores. Durante este tiempo se ha publicado una enorme cantidad de estudios históricos sobre muchos aspectos del periodo. Sin embargo, al revisar esta literatura mientras preparaba el libro para una nueva edición, llegué a la conclusión de que este manual aún cumplía una función. Aunque la bibliografía es ahora mucho más abundante de lo que era incluso en la década de

los sesenta y desde entonces se han producido obras de gran calidad, las corrientes historiográficas dominantes han favorecido algunos aspectos de la historia del siglo XVI sobre otros, lo cual ha producido pérdidas, además de ganancias.

El tipo de análisis social y económico por el que abogaban Braudel y los *annalistes* ha perdido terreno, en parte como reacción ante lo que llegó a convertirse en una repetición un tanto mecánica de los métodos y formas *annalistes,* pero también por el creciente rechazo hacia el pensamiento marxista y «marxistizante» que surgió en buena parte del mundo occidental. En concreto, la vuelta al estudio de las *mentalités,* que afectó tanto a los historiadores que trabajaban dentro de la tradición de los *Annales* como a los que trabajaban fuera de ella, representaba un intento de devolver al estudio del pasado un interés en la influencia de las ideas, las actitudes y los valores que había estado ausente en la historiografía dominante del periodo de posguerra. Esto tuvo como resultado una nueva insistencia en la importancia de la historia «cultural» –una historia cultural muy influida por la antropología, que parecía ofrecer a una nueva generación de historiadores la llave para abrir las puertas del pasado. A medida que fue girándose la llave, fueron proliferando determinados tipos de estudios culturales, como, por ejemplo, las investigaciones sobre la historia de la brujería.

También ha habido un significativo alejamiento del estudio de esas grandes fuerzas impersonales que Braudel tanto amaba y un acercamiento a lo personal e individual, por lo que se ha producido un movimiento de lo macrohistórico a lo microhistórico. Un molinero de Friuli con una curiosa cosmología personal o un soldado francés con una sola pierna que regresó tardíamente de la guerra han recibido la clase de profunda atención histórica que en otro tiempo se hubiera dedicado a grupos sociales o comunidades enteras. Aunque esto ha enriquecido notablemente nuestra comprensión de ciertos aspectos de la vida del siglo XVI, también ha planteado difíciles preguntas sobre hasta qué punto unos casos individuales, que pueden reconstruirse mediante la casual conservación y descubrimiento de un *dossier,* pueden considerarse legítimamente como ejemplos verdaderamente representativos del mundo cultural y social del que han sido extraídos gracias a la casualidad y a una ingeniosa labor de investigación histórica.

Mientras el nuevo interés por la historia cultural, considerada principalmente como la historia de lo que terminó conociéndose

como «cultura popular», ampliaba el espectro del conocimiento histórico para abarcar áreas de la experiencia social que, hasta entonces, se habían estudiado poco o nada, la proliferación de estudios de casos individuales o locales tendía a descomponer el pasado en una multitud de fragmentos. Esta fragmentación hacía que se difuminara o perdiera la visión general que los historiadores marxistas o «marxistizantes» habían intentado captar al concentrarse en los grandes asuntos del desarrollo económico y social.

En un momento dado se produjo una reacción contra lo que se veía como una interpretación excesivamente populista de la «sociedad» y la «cultura», y también contra el olvido, tanto por parte de los nuevos historiadores culturales y antropológicos como de los *annalistes* de la generación anterior, de la dimensión histórica del poder. La política, entendida ante todo como «alta política», se abrió paso hasta volver a situarse en el orden del día de los estudios históricos, dándole un nuevo ímpetu a la narrativa política y también a la biografía política, un género que, aunque nunca se había dejado de practicar, estaba algo desprestigiado desde hacía tiempo. Sin embargo, para muchos historiadores, el nuevo interés por la alta política era una actividad estéril si daba la espalda a los recientes logros históricos. Estos incluían una mayor sensibilidad hacia los temas sociales y culturales y una creencia –que a veces rozaba la obsesión– de que el análisis del lenguaje, la imaginería y la representación ofrecía una clave indispensable para entender tanto las intenciones de los personajes históricos como la sociedad en la que actuaban.

En lo que respecta a la historia de Europa de finales del siglo XVI, en las dos últimas décadas estos cambios de enfoque histórico se ven reflejados especialmente en la mayor atención que se ha prestado a las formas en las que el gobierno funcionaba por medio de una jerarquía social articulada verticalmente a través de vínculos de parentesco, mecenazgo y clientelismo, por lo que el ejercicio de poder desde el centro se convertía en un proceso de negociación continua entre las diversas partes interesadas. Las crisis de poder, como la que se dio durante las guerras de religión en Francia, reflejan por lo tanto el hecho de que la corona, por el motivo que fuera, no fue capaz de controlar y manipular con éxito las redes de clientes existentes en su beneficio político. Sin embargo, como he intentado mostrar en este libro, aunque hubo fracasos, como en la Francia de los últimos Valois, también hubo éxitos. La España de Felipe II, o la Inglaterra de Isabel, muestran cómo la habilidad política y el empleo de los recur-

sos que los monarcas tenían a su disposición en el siglo XVI, podían ayudar a mantener un gobierno eficaz incluso en un periodo de intensas tensiones religiosas y conflictos internacionales.

Las formas más evidentes de patronazgo no eran los únicos recursos que los monarcas tenían a su disposición, también estaban los aspectos simbólicos del poder. El matrimonio entre la historia y la antropología, combinado con el interés contemporáneo por las manifestaciones simbólicas del poder, han llevado a un interés nuevo y sofisticado por la naturaleza de la corte y la sociedad cortesana, y por las formas en las que los monarcas intentaban reforzar, proyectar y celebrar su majestad a través de elaborados espectáculos cortesanos y del mecenazgo de artistas y hombres de letras. La más importante de todas las recientes tendencias académicas contemporáneas en el campo de las humanidades, la supresión de las barreras disciplinarias tradicionales, ha ayudado a este interés por la representación del poder (y, en cierta medida, también se ha beneficiado de él). Historiadores políticos y sociales colaboran con especialistas literarios, historiadores del arte e historiadores de las ideas en un proyecto común cuya intención es recuperar y reconstruir el lenguaje del pasado.

La ampliación de la historia tradicional que se refleja en estos y otros cambios –el resurgimiento, por ejemplo, de la historia militar, especialmente en su contexto social– ha tenido muchas consecuencias beneficiosas, pero también ha complicado enormemente la tarea de producir una síntesis histórica convincente. Tanto el concepto de «guerra» como el de «religión» tienen un peso historiográfico mayor del que tenían hace cuarenta años. Si escribiera hoy un estudio sobre la historia de la Europa de finales del siglo XVI, tendría que asumir toda esta carga historiográfica, aunque fuera para, posteriormente, rechazar parte de este equipaje por superfluo o excesivamente hinchado. Pero si me dedicaba a incorporar esta nueva carga indiscriminadamente, conservando al mismo tiempo lo mejor de la vieja carga, el cargamento se desequilibraría inevitablemente y el barco acabaría zozobrando. Por lo tanto, dadas las circunstancias, me he contentado con hacer algunos ajustes al texto en los puntos en los que me ha parecido equívoco o desfasado a la luz de nuevas investigaciones, y con reemplazar la bibliografía original por un ensayo bibliográfico ampliado que advertirá a los lectores sobre las áreas que no se encuentran tratadas, o que están tratadas de forma inadecuada, en el texto que tienen ante ellos. Le agradezco a Timothy Watson, del Magdalen Co-

llege en Oxford, sus sugerencias tanto para la revisión del texto como para la bibliografía complementaria.

Presento el libro con estas enmiendas a nuevas generaciones de lectores con la creencia de que cubre parcialmente una necesidad que aún tiene que ser tratada por una nueva generación de escritores. Esta obra pretende ofrecer una visión general que identifica y analiza algunas de las principales fuerzas que actuaron a favor tanto de la continuidad como del cambio en un periodo de agitación política y religiosa. También pretende mostrar la interacción que hubo entre los acontecimientos que se produjeron en distintas partes del continente, algo que ha tendido a perderse en los últimos años por la proliferación de estudios nacionales y locales. Sobre todo, pretende contar una historia coherente y comprensible de un continente alborotado, en una época en la que la importancia de los meros «acontecimientos» y las virtudes de la historia narrativa vuelven a reconocerse tras un largo periodo de menosprecio.

Oxford
Septiembre de 1999

PRÓLOGO

Al acercarme al considerable volumen de trabajos sobre la historia de la Europa de finales del siglo XVI me di cuenta de que lo que hacía más falta en este momento era una narración de los hechos políticos que recogiese al mismo tiempo los logros más recientes de la historia social y económica de este periodo e intentase relacionar entre sí los acontecimientos simultáneos y complementarios de los diversos estados europeos. Hemos llegado a acostumbrarnos tanto a separar los acontecimientos de las guerras religiosas en Francia de la revuelta de los Países Bajos que estamos en peligro de perder el sentido de la interrelación de los hechos en las diferentes partes del continente, de la cual los contemporáneos eran tan profundamente conscientes. El limitado espacio puesto a mi disposición me ha llevado, inevitablemente, a reducir y a efectuar omisiones; sin embargo, espero haber puesto de manifiesto, en parte, la compleja interconexión de los acontecimientos en el continente y el sentido que tenían los contemporáneos de que se hallaban implicados en un gran drama europeo. Al seleccionar los años 1572 y 1585 como los momentos para dividir cronológicamente la exposición, me sentí influido solamente por la gran significación que me parecían tener esas fechas. La consecuente división de los treinta y nueve años comprendidos entre 1559-1598 en periodos de trece años no intenta sugerir ningún tipo de fe mística en el movimiento cíclico de la historia.

Deseo expresar mi gratitud a Alastair Duke y a Brian Pearce por haber atraído mi atención sobre determinadas publicaciones neerlandesas y francesas respectivamente. Cuatro de mis discípulos, que investigan sobre diferentes aspectos de la historia de este periodo –R. J. W. Evans, R. L. Kagan, A. W. Lovett y N. G. Parker– han hecho cuanto han podido para ponerme al día, y he obtenido mucho beneficio de las conversaciones mantenidas con ellos. Cuando sus respectivas tesis salgan a la luz, este libro requerirá una revisión y algunas correcciones. Mi agradecimiento también al profesor J. H. Plumb y al profesor G. R. Elton, los cuales leyeron el manuscrito e

hicieron valiosos comentarios. El profesor R. E. Wernham, el profesor Orest Ranum y el doctor N. M. Sutherland concedieron generosamente su tiempo a la lectura de las pruebas y a señalar algunos errores que he hecho lo posible por corregir. Richard Ollard ha vigilado y alentado la elaboración de este libro en cada una de sus etapas. El índice fue recopilado por mi esposa, a quien este libro está dedicado con mi agradecimiento.

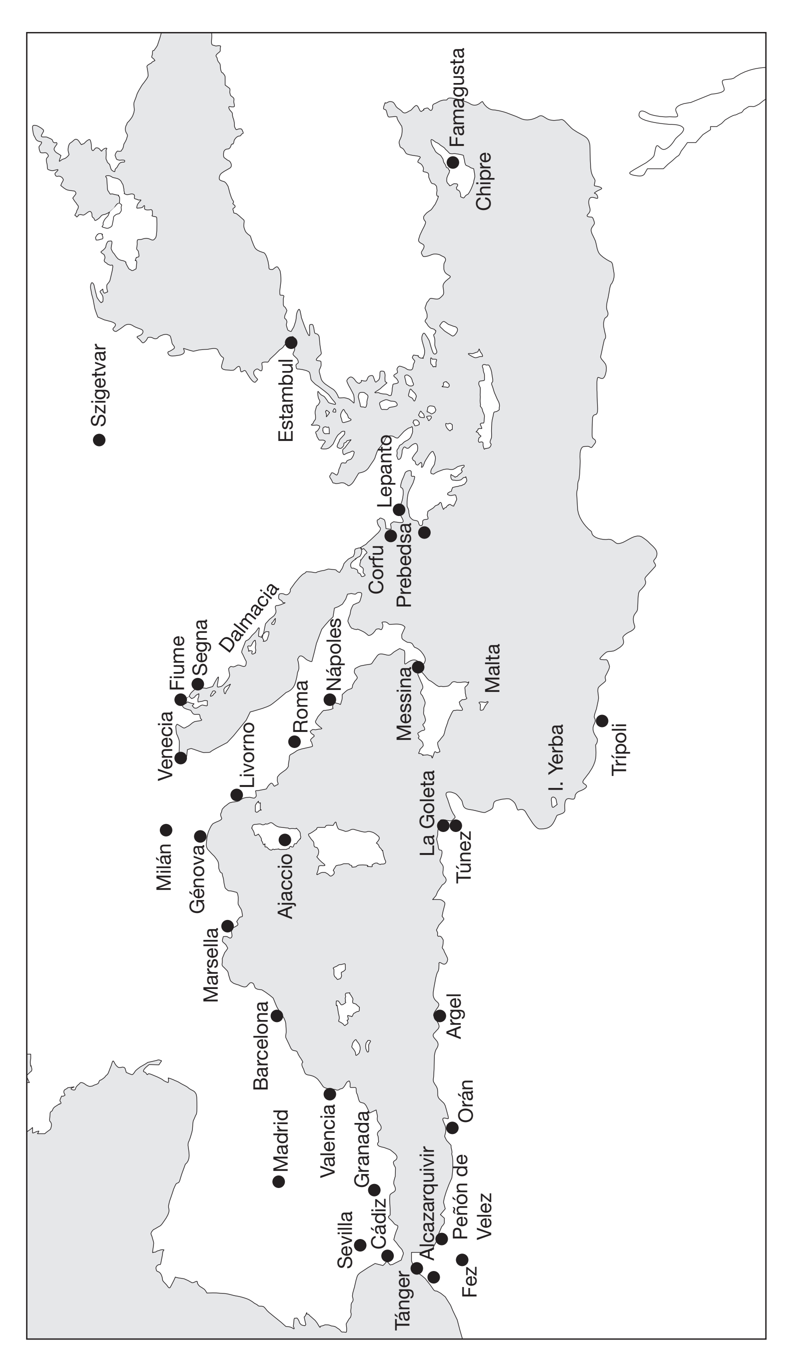
9 de julio de 1968
King's College, Londres

MAPAS

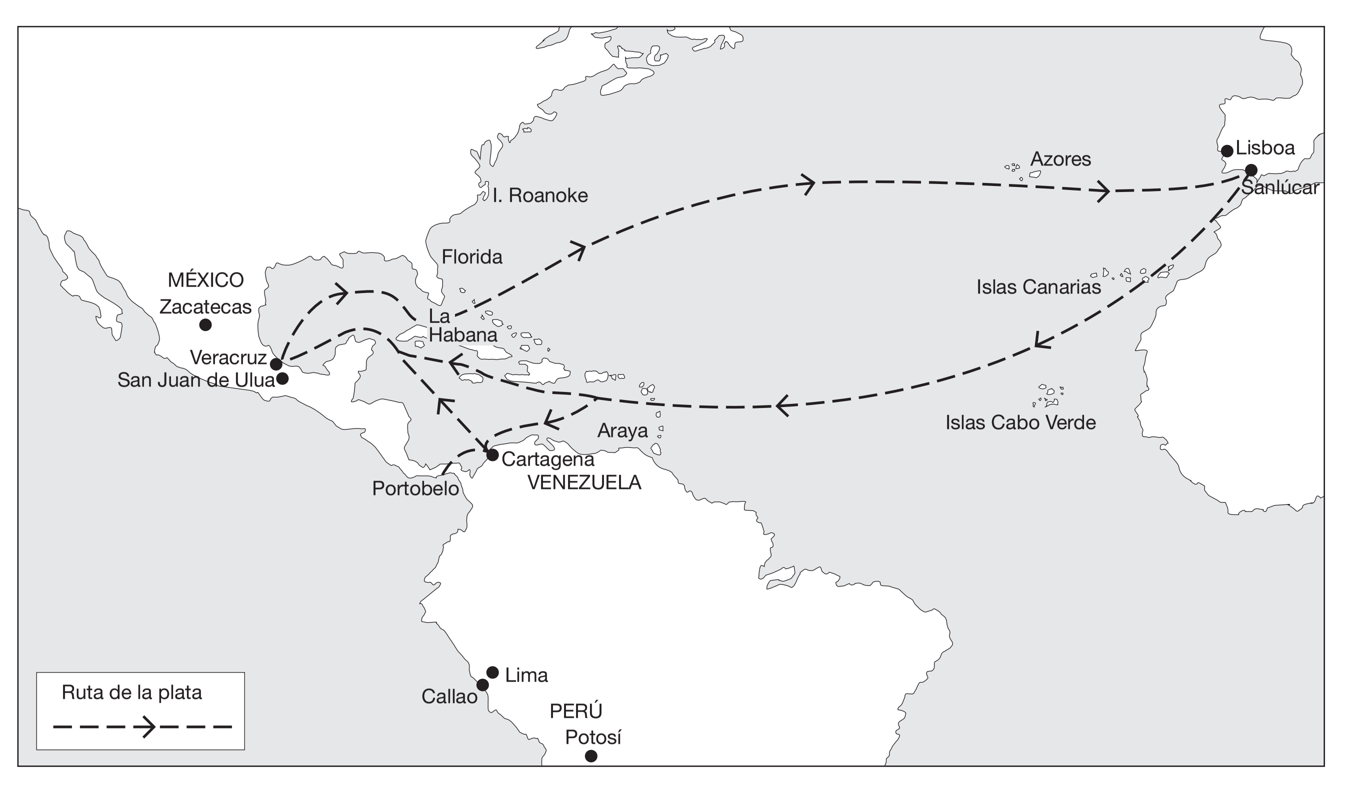


Mapa 1. Europa a mediados del siglo XVI.


Arcángel
Uppsala
Reval
Narva
Kazán
Estocolmo
ESTONIA
Volga
LIVONIA
Moscú
Riga
CURLANDIA
PRUSIA
Don
NDENBURGO
Varsovia
LITUANIA
Lublin
SILESIA
Sandomir
BOHEMIA
Cracovia
Praga
ASTRAJÁN
Viena
TRANSILVANIA
Szigetvar
Ragusa
Estambul
NÁPOLES



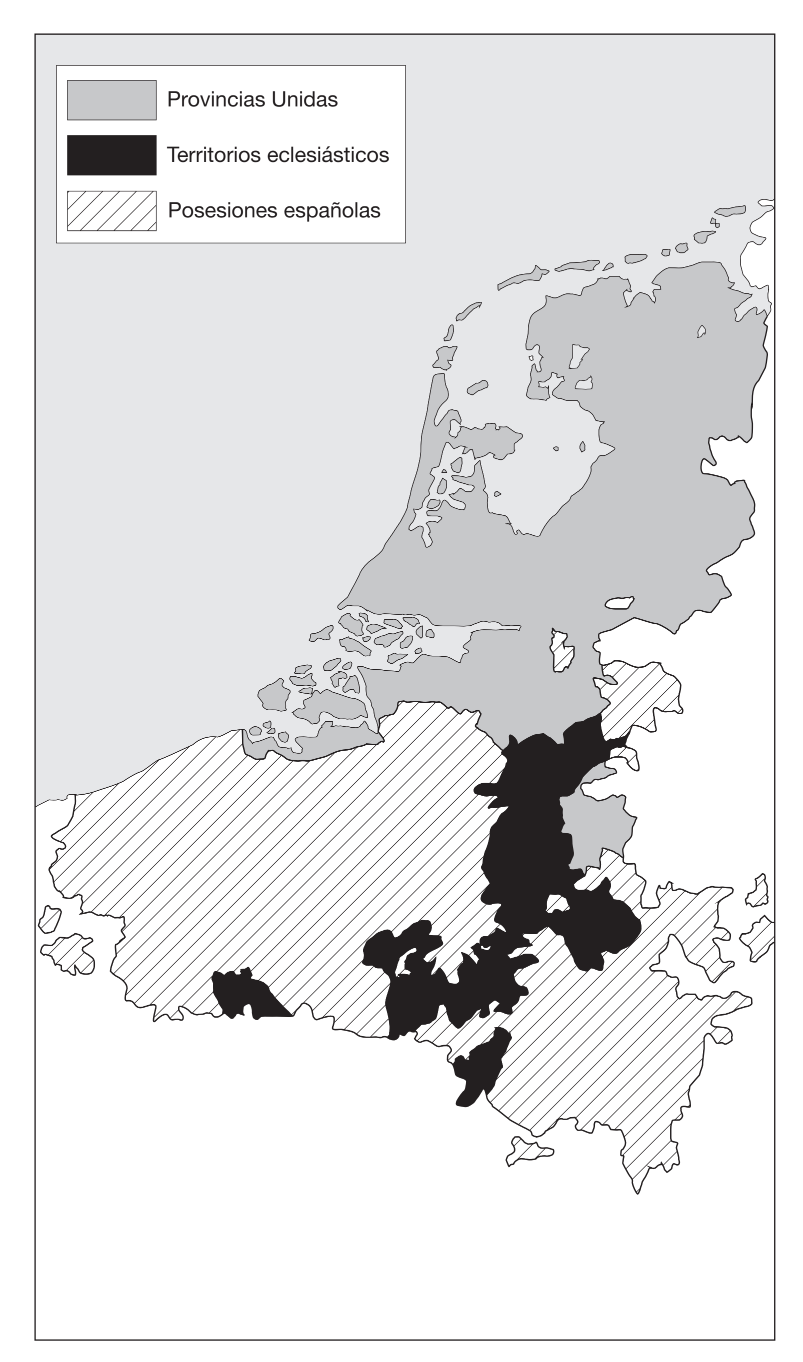
Mapa 2. El Mediterráneo.



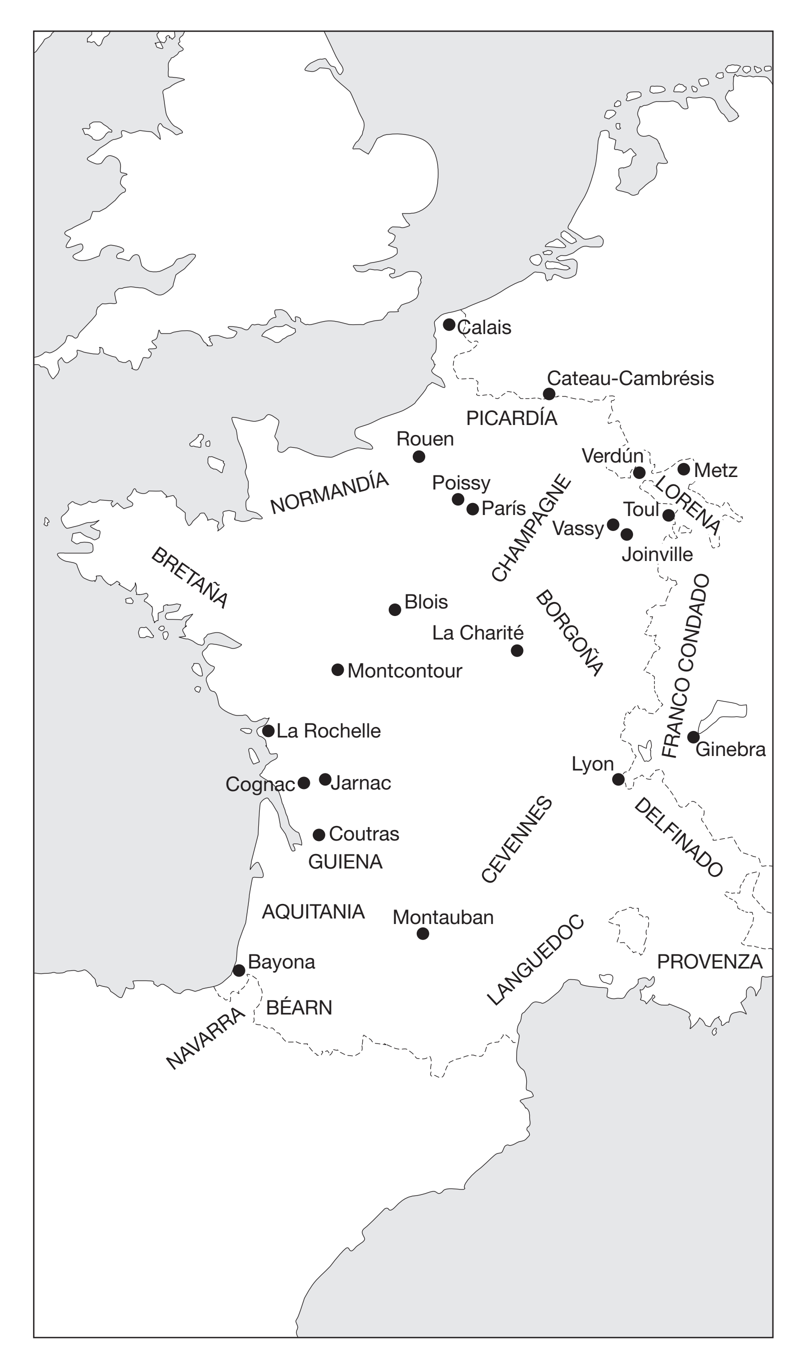
Mapa 3. El Atlántico.



Mapa 4. Los Países Bajos.



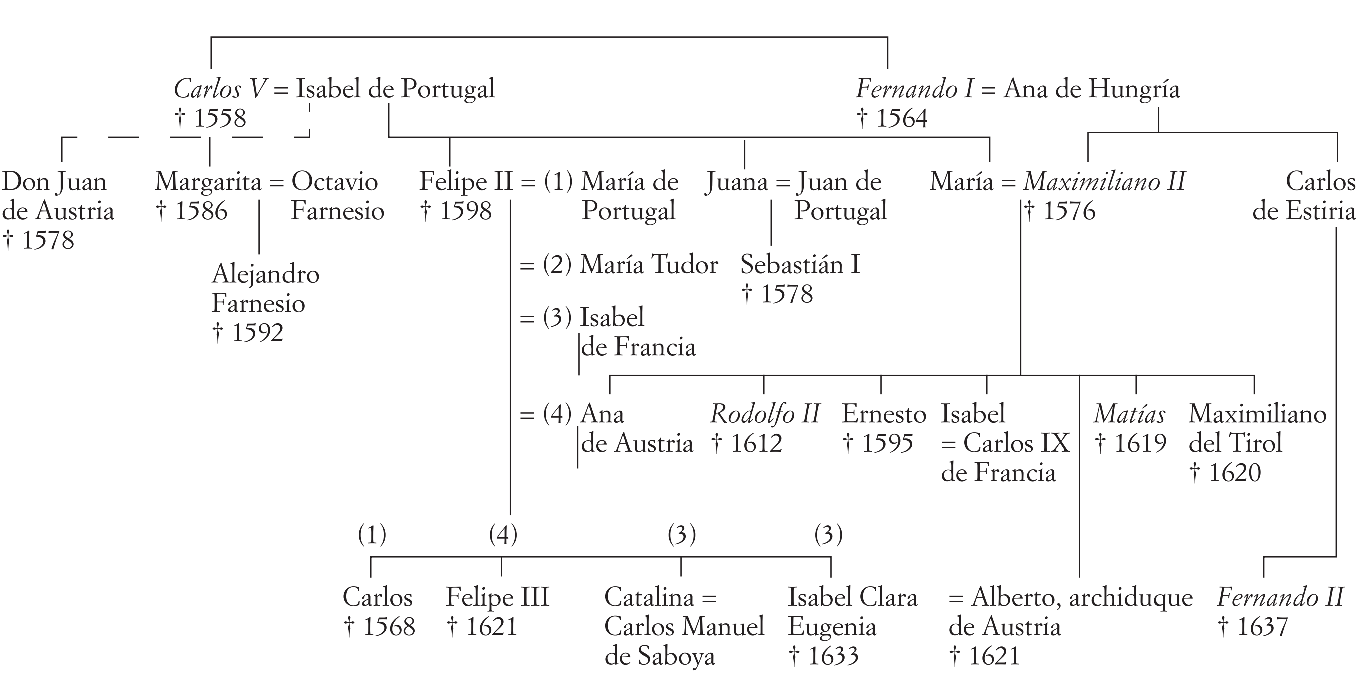
Mapa 5. Los Países Bajos, divididos.



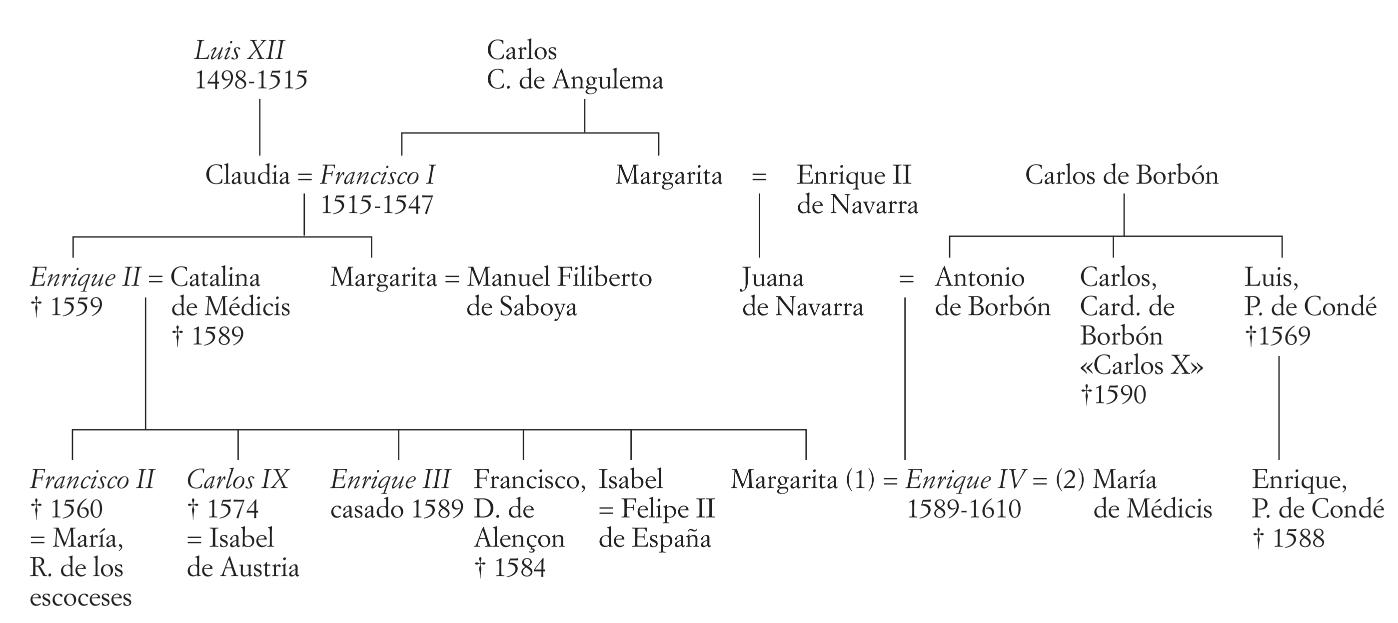
Mapa 6. Francia.

CUADROS GENEALÓGICOS

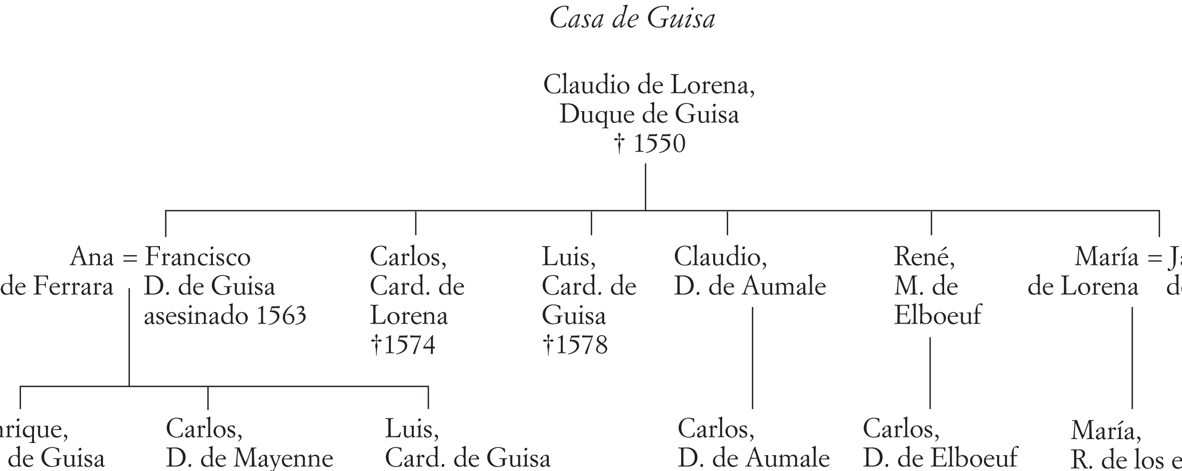
Los Habsburgo españoles y austriacos

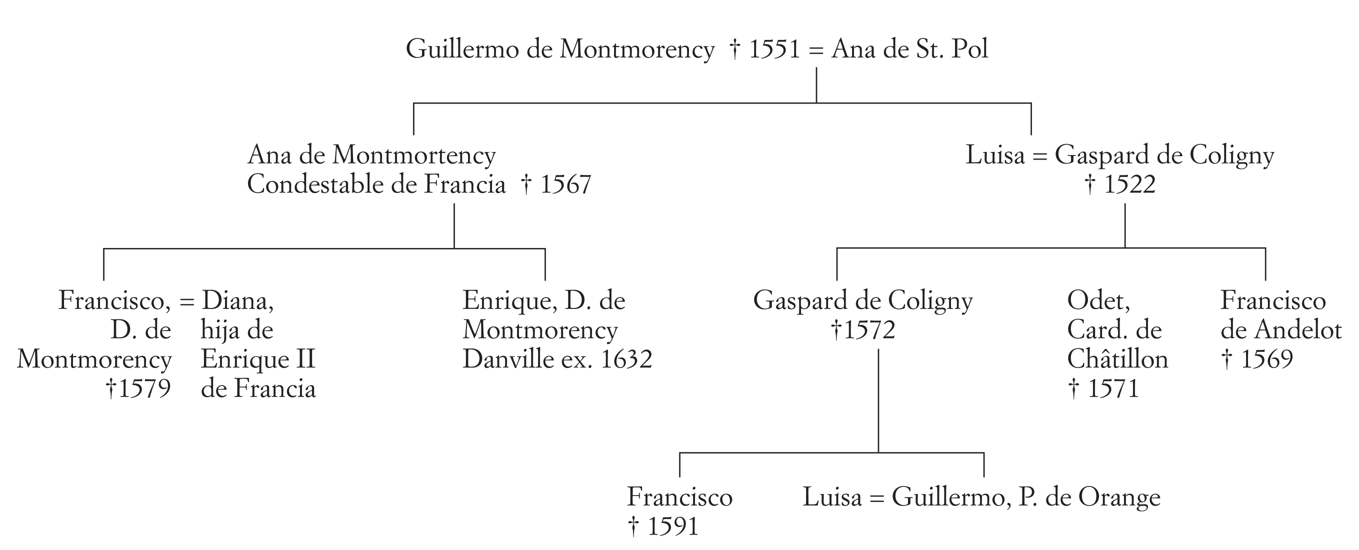


Casas de Valois y de Borbón



Casa de Guisa




Montmorency y Coligny
Guillermo de Montmorency † 1551 = Ana de St. Pol
Ana de Montmortency
Condestable de Francia † 1567
Luisa = Gaspard de Coligny
† 1522
Francisco, = Diana,
D. de hija de
Montmorency Enrique II
†1579 de Francia
Enrique, D. de
Montmorency
Danville ex. 1632
Gaspard de Coligny
†1572
Odet,
Card. de
Châtillon
† 1571
Francisco
de Andelot
† 1569
Francisco
† 1591
Luisa = Guillermo, P. de Orange

PARTE I

LA EUROPA DE CATEAU-CAMBRÉSIS

I. LA ESCENA INTERNACIONAL

La paz dinástica

La Europa de Cateau-Cambrésis había nacido bajo el doble signo de la bancarrota y la herejía y nunca escapó de las fuertes influencias que presidieron su nacimiento. El creciente coste de la guerra había forzado a la corona española a faltar a sus obligaciones con sus banqueros en 1557, y la corona francesa no tardó en seguir el mismo camino. Después de esto, la paz entre los Austria y los Valois era solo una cuestión de tiempo. Había, con todo, un límite para los buenos deseos y los recursos de aquellos banqueros que incluso eran más complacientes, de igual forma que existía también un límite en la capacidad de los estados para enfrentarse con la rápida elevación de las tasas de interés de sus deudas acumuladas. Los monarcas del siglo XVI no desconocían la insolvencia, aunque ignorasen su amenazadora presencia mientras les resultaba posible. Pero había momentos en que los pagos no podían ser diferidos por más tiempo. Tal ocurrió en 1557, y habría lamentables episodios similares en las décadas sucesivas.

La bancarrota, sin embargo, no era lo único que condujo a Felipe II de España y a Enrique II de Francia a la liquidación de sus diferencias. La herejía y el temor que esta inspiraba estaban teniendo el mismo efecto. La autoridad de los príncipes y la estabilidad de los estados parecían estar comprometidas por todas partes en aquellos años centrales del siglo a causa de la alarmante extensión de las disidencias religiosas. La misma España, a pesar de estar protegida por su poderosa Inquisición, parecía estar expuesta al peligro, y Francia se enfrentaba con un desastre inminente. Esta, al menos, era la advertencia que el obispo de Arrás, Antonio Perrenot, transmitió a Carlos de Guisa, cardenal de Lorena, cuando ambos se reunieron en mayo de 1558 para discutir la posibilidad de la firma de la paz. Como consejero de Felipe II y miembro del Consejo de Estado de los Países Bajos, Perrenot habló con cierta autori-

dad. La herejía, advirtió al cardenal, había que buscarla en las altas esferas. Era cierto que el condestable Montmorency, favorito de Enrique II, que había estado prisionero en manos de los españoles desde la batalla de San Quintín, no podía inspirar ninguna clase de sospecha. Sin embargo, no podía decirse lo mismo de otros dos prisioneros franceses, los sobrinos del condestable Gaspard de Coligny y su hermano François d'Andelot. Las autoridades españolas tenían pruebas irrefutables de que Coligny había estado en comunicación con la Ginebra calvinista. En estas circunstancias, el rey de Francia debería ser aconsejado en el sentido de que abandonase una guerra en la que solo podrían salir ganando los herejes para que dedicase todas sus energías a la salvación espiritual de su agitado reino.

Aunque Enrique II no desestimó la advertencia, no se llegó a la paz fácilmente. En octubre de 1558 se abrieron las discusiones, pero cualquier perspectiva inmediata de llegar a un acuerdo fue destruida por un acontecimiento de la mayor importancia para las monarquías de la Europa occidental, a saber, la muerte de María Tudor, reina de Inglaterra y esposa de Felipe II de España, acaecida el 17 de noviembre. La unión angloespañola había sido una de las piedras angulares de la política de Carlos V en los años finales de su reinado, y su futuro debía ser contemplado ahora con una gran incertidumbre, ya que María había muerto y no había dejado ningún hijo de su matrimonio para que le sucediese. Nadie sabía la política que adoptaría la nueva reina, Isabel, en cuestiones de doctrina y de asuntos exteriores, aunque el enviado de Felipe en Londres expresó el profético temor de que «en religión no se conducirá rectamente». La mejor manera de refutar la profecía y prevenir el mal era la de proporcionarle un marido profundamente católico y español. Su antiguo hermano político, Felipe, a la sazón en Bruselas, estaba dispuesto a prestarse él mismo a hacer este favor. Para este rey, prematuramente envejecido, viudo por dos veces a la edad de treinta y dos años, las ventajas políticas de un segundo matrimonio inglés no podían ser más claras. La influencia francesa en Escocia era peligrosamente fuerte, pues su joven reina María se había convertido recientemente en hija política de Enrique II de Francia, y su reina regente, María de Lorena, era hermana del duque de Guisa. A la muerte de María de Tudor, Enrique II había proclamado a su hija política legítima reina de Inglaterra. Si España había de conservar alguna influencia en el norte de Europa, y si los Países Bajos habían

de ser librados de la sujeción a Francia, el intento de Enrique de aumentar su control sobre las islas británicas debía ser evitado a toda costa.

La carrera entre Felipe y Enrique para lograr el dominio sobre Inglaterra estaba llamada a interrumpir las negociaciones Austria-Valois, especialmente si Isabel, que debía formar parte de cualquier acuerdo, no estaba dispuesta a hablar de paz con Francia mientras que Calais permaneciese en manos de Francia. Sin embargo, aunque Felipe estaba ansioso por complacer a Isabel, pronto se dio cuenta de que sus proyectos matrimoniales, en este asunto en particular, eran muy diferentes y que Inglaterra necesitaba la paz tan urgentemente como España. Cuando Isabel, por su parte, comprendió que Felipe no estaba dispuesto a posponer las negociaciones indefinidamente a causa de sus reclamaciones sobre Calais, no tuvo más remedio que asentir. A comienzos de febrero de 1559, por consiguiente, las tres potencias estaban dispuestas a reanudar las discusiones.

El lugar propuesto para llevar a cabo las negociaciones era el territorio neutral de Cateau-Cambrésis, donde el obispo de Cambrai poseía un *château* abandonado. Aceleradamente fueron instaladas ventanas de papel en marcos de madera y se llevaron algunos muebles a toda prisa al vacío edificio. Los delegados españoles llegaron el 5 de febrero, y los franceses el 6, a los que pronto siguieron los ingleses. Las tres delegaciones incluían hombres cuyos nombres iban a ser famosos en Europa antes de que finalizase el siglo. La poderosa representación española estaba compuesta por el duque de Alba, como jefe; Ruy Gómez de Silva, el favorito portugués de Felipe II y futuro rival de Alba en la lucha por la influencia en la corte española; Antonio Perrenot, obispo de Arrás, el cual sería pronto elevado a la púrpura como cardenal Granvela; Ulrich Viglius, del Consejo de Estado de los Países Bajos; y Guillermo, príncipe de Orange, el más grande de los nobles de los Países Bajos y leal servidor de Felipe II. La delegación francesa, por el contrario, era más débil, y tenía el lastre de haber negociado con desventaja durante las discusiones previas de 1558, por el hecho de que dos de sus miembros, el condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André, eran por entonces prisioneros de guerra y habían sido puestos en libertad, bajo palabra de honor, con el objeto de que pudiesen tomar parte en ellas. Desde entonces, Montmorency había comprado él mismo su rescate por una importante cantidad de dinero y había usado su influencia sobre Enrique II para trabajar por la paz

con España. Sin embargo, había perdido gran parte del crédito que tenía en Francia después de su derrota en San Quintín, y aún perdería más cuando se anunciasen los términos de la negociación. Una figura más efectiva en la delegación francesa era el cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa y el miembro más inteligente de esa gran casa de Guisa-Lorena, cuya estrella estaba elevándose al tiempo que la de su rival Montmorency estaba comenzando a apagarse. La delegación inglesa, compuesta por tres miembros, era relativamente modesta: el obispo de Ely, Nicolás Wootton (antiguo embajador en París) y lord Howard de Effingham, cuyo hijo conduciría a la flota inglesa a la victoria en 1558.

Cuando el 11 de febrero se abrieron las discusiones generales, los embajadores estaban de acuerdo al menos en la incomodidad de sus alojamientos. Pero las conversaciones se desarrollaron con lentitud. Las tres delegaciones ocuparon diferentes rincones del salón, y los portavoces eran periódicamente enviados desde sus respectivos rincones para exponer los argumentos de sus superiores. Hubo problemas de idioma, ya que las discusiones se llevaron a cabo en latín, una lengua en la que los hombres de armas que figuraban como embajadores, Alba, Montmorency y Saint-André, encontraron alguna dificultad para expresarse. El obispo de Arrás y el cardenal de Lorena eran, pues, constantemente solicitados como intérpretes. Sin embargo, tanto las dificultades diplomáticas como lingüísticas llevaban camino de resolverse. Muchas de las decisiones más importantes habían sido tomadas ya en las negociaciones de octubre, y la obligada acción de retaguardia inglesa sobre Calais demostró ser la principal causa de la demora. A finales de marzo, los temas estaban prácticamente delimitados y las discusiones concluyeron definitivamente con la firma de dos tratados de paz separados, el 2 y el 3 de abril respectivamente.

El primer tratado, entre Inglaterra y Francia, proporcionaba a Isabel una aparente fórmula salvadora mediante la cual los franceses conservarían Calais durante ocho años, al cabo de los cuales, o bien lo devolverían, o bien –como esto era muy poco probable– pagarían compensaciones por su retención. En los años venideros, los amargos recuerdos de Calais dañarían las relaciones anglofrancesas, pero en la práctica la cuestión estaba zanjada, e Inglaterra había perdido su última posesión permanente en el continente europeo.

El segundo y más importante tratado se firmó entre Francia y España el 3 de abril. Además de un intercambio de ciudades a lo

largo de su frontera nordeste, en donde Francia ocupó también las ciudades imperiales de Metz, Toul y Verdún, el tratado se refería principalmente a un acuerdo sobre Italia, el campo de batalla de Francia y España durante casi medio siglo. Aquí, la paz confirmaba lo que había sido ya determinado por el transcurso de varias guerras: la casi total exclusión de Francia de la península italiana, en beneficio de España y de sus aliados. El ejército de ocupación francés recibió las órdenes de abandonar el Piamonte, que había invadido en 1536, con amargura y desilusión. En virtud de este tratado, el Piamonte y Saboya fueron devueltos a su verdadero dueño, el duque Manuel Filiberto, el cual había servido lealmente a Felipe II como gobernador en los Países Bajos y como general victorioso en San Quintín. Los franceses conservaban unas cuantas fortalezas en el lado italiano de los Alpes, pero sus días como potencia italiana habían terminado de hecho. Había quizá que encontrar cierta compensación en la cláusula que establecía que Manuel Filiberto debía casarse con la hermana de Enrique II, Margarita de Valois. Pero la lealtad de Margarita hacia su marido demostró ser más fuerte que sus lazos familiares, y la determinación de la pareja ducal de restaurar los bienes de su ducado y de la casa de Saboya se llevó a cabo sin tener en cuenta a Francia.

La reaparición de un fuerte Estado alpino dirigido por un astuto y decidido duque parecía oscurecer las otras decisiones, tomadas en Cateau-Cambrésis, relativas a Italia. Otro gobernante italiano, además de Manuel Filiberto, por supuesto, tenía buenas razones para contemplar con agrado el acuerdo. En 1555 una fuerza combinada de españoles y florentinos había tomado la ciudad independiente de Siena. Dos años después, Felipe II devolvió la ciudad capturada al duque de Florencia, Cósimo de Médicis, acción que fue ratificada en Cateau-Cambrésis. La adquisición de Siena satisfizo una de las grandes aspiraciones de la ambiciosa vida de Cósimo. También incrementó el poder y la reputación de un gobernante que estaba ya comenzando a adquirir una posición de preeminencia entre sus colegas italianos.

La cesión territorial a los duques de Saboya y Florencia se llevó a cabo con relativa tranquilidad. Otro aliado español, por el contrario, encontró considerables dificultades para hacer efectivos los frutos de la victoria. En Cateau-Cambrésis, la isla de Córcega, que había permanecido bajo ocupación francesa desde 1553, fue devuelta a la República de Génova. Los corsos, bajo el liderazgo de uno de

los más brillantes aventureros mediterráneos del siglo XVI, Sampiero Corso, habían estado luchando desde hacía tiempo para liberarse de la dominación genovesa. Fue Sampiero el que en un principio había llamado a los franceses, y era él mismo el que ahora reanudaba la lucha cuando los franceses se veían obligados a marcharse. Mientras que los genoveses intentaban conseguir el control sobre la hostil isla, Sampiero recorría el Mediterráneo en busca de aliados. Recibió promesas de ayuda por parte de Francia, junto con algunas banderas en las que figuraba la heroica divisa *pugna pro patria,* y armado de esta forma, desembarcó en Ajaccio, en 1564, con un puñado de amigos. Fueron necesarios cuatro años y el asesinato de Sampiero para aplastar la insurrección. Los corsos serían los primeros, aunque no los únicos, que lucharían por su *patria* en los años que siguieron a Cateau-Cambrésis.

Cualesquiera que fuesen las dificultades de tipo práctico que se presentaron a la hora de llevar a cabo las cláusulas de los tratados, la Europa occidental se encontraba teóricamente en paz desde la primavera de 1559. La política oficial de Francia era la de acoger calurosamente la reconciliación de las dos grandes potencias católicas –una reconciliación que había de ser solemnemente ratificada por el matrimonio de Felipe II con la primogénita de Enrique II, Isabel de Valois, que contaba entonces con trece años de edad–. Sin embargo, algunos franceses experimentaron un hondo resentimiento a causa de la supuesta humillación sufrida por Francia en el tratado de paz. El país había abandonado a sus aliados y sus conquistas en Italia, y parecía como si las vidas y el dinero de Francia hubiesen sido malgastados para nada. «De un plumazo –escribió un crítico– todas nuestras conquistas de treinta años han sido devueltas». El hombre al que se le achacó generalmente la responsabilidad de la humillación de Cateau-Cambrésis fue el condestable Montmorency, y los Guisa, como se podía esperar, no hicieron nada para hacer desaparecer la impresión de que el condestable había sido el arquitecto del desastre. Pero Montmorency todavía conservaba el favor del monarca y los Guisa aún eran incapaces de conseguir los altos puestos del poder.

A los tres meses de Cateau-Cambrésis, sin embargo, todo había cambiado. Enrique II ordenó que los matrimonios del rey de España y del duque de Saboya con las dos princesas francesas habrían de ser celebrados con espectaculares festejos. El 28 de junio, día de los esponsales de Manuel Filiberto y Margarita, comenzaron los tor-

neos. El 30, el mismo Enrique tomó parte en ellos y fue mortalmente herido por la lanza del conde de Montgomery. Murió el 10 de julio, dejando una viuda, Catalina de Médicis, y una prole de hijos enfermizos, el mayor de los cuales se convirtió en rey, con el nombre de Francisco II, a la edad de quince años.

El advenimiento al trono de Francisco trajo como consecuencia la caída del condestable de Montmorency y su sustitución por el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, los tíos de María, reina de los escoceses y nueva reina de Francia. Con su casa dominando ahora en las cortes de París y Edimburgo, intentando nuevas posibilidades, aparecían como los ambiciosos dirigentes de una ambiciosa familia. Por medio de un rápido golpe militar podían conseguir borrar la humillación del reciente tratado de paz, y de esta forma confirmar la reputación del duque de Guisa, conseguida anteriormente en Calais, como salvador de Francia. Una vez más, como en el momento de la muerte de María Tudor, el destino de Europa occidental dependía del de las islas británicas. Una intervención militar francesa podía colocar a María, reina de Escocia, en el trono inglés en lugar de Isabel. Incluso si este plan fallase, aún contribuiría a restaurar y consolidar la influencia francesa en Escocia, donde, en tal momento, el gobierno de la regencia de María de Lorena encontraba dificultades.

John Knox, al volver de su exilio en Ginebra en mayo de 1559, había ya hecho sonar su trompeta, sin notas discordantes, contra el gobierno de la extranjera y papista reina regente. El toque de atención de Knox fue contestado por un estallido popular y por una insurrección de los nobles protestantes, los «lores de la congregación». Mientras que María de Lorena pedía ayuda a Francia para restaurar su autoridad, los rebeldes acudían a Isabel, aunque al principio sin grandes esperanzas de éxito. En virtud de los términos de Cateau-Cambrésis, Isabel se había comprometido a no intervenir en Escocia, y de cualquier forma le desagradaba apoyar una rebelión contra una reina legítima. Sin embargo, era demasiado importante lo que se jugaba en Escocia para que no intentase nada y dejase que su vecino del norte cayese en manos de los franceses a causa de su abstención. Empujada por su secretario, William Cecil, venció sus escrúpulos de ofrecer ayuda a los rebeldes en general y a John Knox en particular, hasta el punto de enviar una flota a Firth de Forth (bahía) en enero de 1560. Entonces, calculando cuidadosamente las posibles repercusiones internacionales, envió un ejército a la frontera, a finales de marzo, para poner sitio a las fuerzas francesas en Leith.

La invasión inglesa de Escocia produjo graves preocupaciones en las cortes de Europa occidental. Si Isabel fuese derrotada por los franceses, como Felipe de España temía que podía suceder, entonces tanto Escocia como Inglaterra caerían en manos de los franceses, y los Países Bajos estarían en peligro. Pero ¿podía el rey católico de España acudir en ayuda de una reina que había puesto de manifiesto claramente sus inclinaciones protestantes y que estaba ayudando a una rebelión instigada por herejes contra una soberana legítima? El problema de Felipe era un temprano ejemplo del dilema que afligiría a cada gobernante europeo en la época de Cateau-Cambrésis, a saber, qué intereses tendrían precedencia, los nacionales o los religiosos, en las desgraciadas ocasiones en las que ambos no coincidieran. A la sazón, un enviado de Felipe había llegado a Inglaterra para pedir a la reina el cese de hostilidades y ofrecer la mediación española, y el asunto estaba ya en vías de solución. Aunque el ejército inglés hizo una lamentable exhibición, las deficiencias militares de los ingleses demostraron ser menos importantes que las disensiones políticas y religiosas de los franceses. El régimen de los Guisa, sacudido por el descubrimiento de la conspiración de los hugonotes en febrero, perdió su primitivo entusiasmo por la aventura extranjera, y fueron enviados a Escocia delegados franceses para negociar la paz. Por el tratado de Edimburgo de 6 de julio de 1560, se establecía que todas las tropas francesas abandonarían Escocia y que María Estuardo renunciaría a sus pretensiones sobre el trono inglés. Francisco II y María rehusaron ratificar el tratado, pero Francisco murió el 5 de diciembre, y los intereses de la nueva regente de Francia, la florentina Catalina de Médicis, no se extendían a las remotas e inabarcables regiones del norte. Así pues, María Estuardo fue abandonada a su suerte, cuando volvió a Escocia, en agosto de 1561, se encontró sin el respaldo militar francés que pudiese sustentar sus pretensiones de soberanía sobre Inglaterra.

El éxito de Isabel y de Cecil en Escocia, en 1559-1560, era de la mayor importancia para Europa, ya que nada podía haber alterado más rápidamente la balanza de fuerzas registradas en el tratado de Cateau-Cambrésis que la consolidación del poder francés en el norte de Inglaterra. Isabel, al establecerse como la efectiva protectora de la nueva Escocia protestante, había reforzado inconmensurablemente su propia posición y había asegurado su independencia respecto a las más importantes potencias continentales. Al mismo tiem-

po, había contribuido también a dar cierto grado de permanencia al acuerdo de la Europa occidental de 1559. La continuidad de este se basaba ahora en el reconocimiento de dos realidades importantes de la vida internacional. La primera era el reconocimiento por parte de Francia de que la península italiana estaba por el momento fuera del alcance de sus intereses. La segunda era el mutuo reconocimiento por parte de Francia y España de que el dominio sobre las islas británicas no constituía por el momento una política práctica para ninguno de los dos. Con la aceptación de estas dos premisas fundamentales, había razones para esperar que la paz de Cateau-Cambrésis duraría más tiempo que los previos intentos de acuerdo entre los Austria y los Valois.

Las razones deberían buscarse, en parte, en el agotamiento de las dos potencias rivales y además en su común interés ante la extensión de la herejía, pero sobre todo en el acusado declive de la autoridad de la corona francesa, después de la muerte de Enrique II en el verano de 1559. El fracaso de la aventura escocesa había traído como consecuencia una serie de dificultades producidas por llevar a cabo una ambiciosa política exterior durante un periodo de acusada inseguridad doméstica, y Catalina de Médicis no desperdició la lección. En tanto que la reina madre detentase el poder en Francia, haría lo posible por impedir un enfrentamiento con España. Como resultado de ello, la vieja lucha entre los Austria y los Valois –la causa principal de la inestabilidad de la Europa occidental durante la media centuria anterior– desapareció después de 1559. La mutua rivalidad persistió inevitablemente; pero durante los treinta años siguientes existió un vacío en el corazón de la vida europea –un vacío creado por la incapacidad de una monarquía francesa debilitada para sustentar consistentemente sus intereses más allá de las fronteras de Francia.

El eclipse del poderío francés, si hubiese tenido lugar en la generación anterior, hubiese salvado al emperador Carlos V; pero en 1559, Carlos y su Imperio pertenecían al pasado. Su hermano Fernando I (1556-1564) había heredado el título, pero no así las realidades del poder imperial. En cambio, el hijo de Carlos, Felipe II de España –aunque descartado del título imperial–, se hallaba en posición de verse más favorecido por la paz de Cateau-Cambrésis y por la muerte de Enrique II. Mientras que Fernando tenía que contentarse con una autoridad nominal sobre Alemania, cuya desunión política y religiosa había sido confirmada formalmente por la paz de

Augsburgo de 1555, su sobrino Felipe de España era el dueño y señor de una Castilla impecablemente ortodoxa; y mientras que los recursos militares y financieros de Fernando eran escasos y estaban fuertemente comprometidos en la defensa de la frontera oriental de Europa contra los turcos, los recursos de Castilla, aunque momentáneamente menoscabados, insinuaban unas reservas de poder con las que no podía soñar un Habsburgo austriaco. Por consiguiente, si Felipe pudiese explotar alguna vez estas reservas, se encontraría en una posición más favorable que su tío para aprovecharse de las debilidades de Francia.

Los dominios de Felipe comprendían España y sus posesiones en Italia y en el Nuevo Mundo, junto con los Países Bajos y aquella vieja reliquia borgoñona, el Franco Condado, situada entre Francia y la Confederación suiza. Durante cuatro años había gobernado estos territorios desde Bruselas, un puesto adecuado desde el que podía seguir las campañas contra los franceses y vigilar sus intereses en los Países Bajos e Inglaterra. Pero, por una de esas extrañas ironías de la vida, este frío personaje, el cual daba la impresión de que nunca había experimentado la cálida caricia del sol mediterráneo, no se encontraba cómodo en el norte, y esperaba impaciente el día que pudiese retornar a Castilla. Este día parecía estar cerca en el verano de 1559. La muerte de María Tudor y la firma de la paz con Francia hicieron su presencia en el norte menos necesaria que antes. Al mismo tiempo, sus ministros en España reclamaban su retorno a la península, donde una serie de urgentes problemas administrativos solicitaban su atención personal. Pero, sobre todo, fue la necesidad de dinero lo que le hizo regresar a España. En los últimos años había decaído de modo creciente la estimación de los Países Bajos como fuente de ingresos para la monarquía, y Felipe dependía casi exclusivamente de los envíos procedentes de Castilla. «De quedarme yo no se ganaría sino perderme con estos estados –escribió a Antonio Perrenot en junio de 1559– lo mejor es que todos les busquemos el remedio, como yo lo haré en cuanto me fuere posible, y cuando aquí no lo fuere, iré a buscarlo en España»[1]. La cuestión de si iba a encontrarlo era un asunto aparte, pero la búsqueda bien valía el viaje, y en agosto de 1559 abandonó el norte con destino a la península ibérica, para no volver jamás.

---

[1] Cit. en John Lynch, *Spain under the Habsburgs,* Oxford, 1964, p. 170 (ed. cast.: *España bajo los Austrias,* Barcelona, 1970).

La llegada de Felipe a España a comienzos del otoño de 1559 señala mejor que ningún otro acontecimiento la división del siglo. De un lado estaba la época de Carlos V; de otro, la de Felipe II; y aunque el hijo copió muchas cosas de su padre, y hubiera copiado más si hubiese podido, hubo, sin embargo, profundas diferencias entre los imperios del padre y del hijo, las cuales se fueron acentuando a medida que fue avanzando el siglo. El Imperio de Carlos había sido el Sacro Imperio Romano, universal en sus aspiraciones y sus cometidos y basado, en la medida que tenía una base geográfica, en los territorios alemanes. El Imperio de Felipe II, por su parte, no era técnicamente un Imperio. Los contemporáneos lo conocieron como la *monarquía española,* y este título, que apenas sugería la extensión y la diversidad de los territorios que lo componían, al menos daba a conocer el motivo central del poder de Felipe II: su firme base española. Si Felipe heredó, junto con sus territorios españoles, muchas de las obligaciones universales que habían pertenecido a su padre, ello era debido menos a los compromisos implícitos en su tratamiento y sus títulos que a las realidades económicas, geográficas y religiosas del mundo al que había sido llamado para hacerse cargo de su herencia. Así pues, en 1559, el rey de España se encontraba en una posición de poder inigualable, que comportaba responsabilidades y oportunidades que en una época precedente hubiesen sido acompañadas automáticamente con el título de emperador sacro romano.

No se explica fácilmente la singular preeminencia de la que disfrutó España en los asuntos de Europa en las dos o tres generaciones posteriores a 1559. En parte era consecuencia natural del accidental eclipse temporal de Francia. Esto se vio claramente en Italia, en donde España se aprovechó decisivamente de la posesión de sus territorios italianos y de la ausencia de competidores serios. Después de 1559 ya no fue posible para Venecia ni para los príncipes italianos proseguir, con verdaderas esperanzas de éxito, su tradicional política de enfrentar a los franceses con los españoles. La mayor parte de ellos aceptaron lo inevitable, con diversos grados de resignación, y buscaron unir su suerte a la de España. Es cierto que la República de Venecia quiso asegurarse alguna libertad de acción acercándose al papado y al ducado florentino de Cósimo de Médicis, el cual mejoró considerablemente su posición en 1569 al conseguir que el papa Pío V le asegurase el derecho de titularse gran duque de Toscana. Manuel Filiberto de Saboya, con un espíritu de independencia propio del victorioso general de San Quintín, manio-

bró para asegurarse cierto grado de cauteloso respeto por parte de Felipe II, como había hecho metódicamente para levantar los recursos de su maltrecho ducado alpino. Pero en general, el poderío español era demasiado abrumador para los gobernantes italianos, en los años inmediatamente posteriores a Cateau-Cambrésis, para que corriesen el riesgo de cualquier discusión seria con Madrid. Felipe II, después de todo, era dueño de Lombardía y Milán, de Nápoles, Cerdeña y Sicilia. Las guarniciones españolas se extendían por toda la península, y Milán constituía una inexpugnable plaza fuerte, desde la cual los españoles podían dominar toda la planicie del norte de Italia. Además, los turcos estaban demasiado cerca para que ningún insignificante príncipe italiano se permitiese un osado desafío a la única potencia capaz de ofrecerle alguna protección en el caso de un ataque otomano.

Como el proceder de los estados italianos indicaba, gran parte del predominio europeo de España bajo Felipe II se basaba en su poderío militar, el cual era una extraña mezcla de reputación y realidad. Los famosos tercios españoles –esas formaciones masivas de piqueros y mosqueteros que habían dominado los campos de batalla de Europa durante la primera mitad del siglo– habían adquirido comprensiblemente fama de invencibles. El infante español, endurecido por sus servicios en el norte de África o en Italia, o incluso en las Indias, era un extraordinario soldado, sin par en Europa, de contar con buenos mandos. Pero los españoles representaban solamente una pequeña proporción entre los 40.000 o 60.000 hombres que podían entrar en servicio en los ejércitos del rey de España. El grueso de las tropas estaba compuesto por mercenarios extranjeros –valones, alemanes, italianos–, cuya efectividad en la lucha estaba estrechamente relacionada con sus esperanzas de remuneración. El dinero proporcionaba, como aseguraban los contemporáneos, el nervio de la guerra, o como Rabelais prefería expresarlo, «les nerfs des batailles sont les pécunes». Si los soldados extranjeros que buscaban fortuna elegían entrar al servicio del rey de España, lo hacían porque esperaban que este podía ofrecerles amplias oportunidades de empleos beneficiosos y una razonable paga regular.

Esta esperanza, aunque frustrada con frecuencia, era al menos comprensible. El poder de Felipe II descansa en último término en su riqueza, y esta superaba con creces la de los gobernantes contemporáneos de la Europa cristiana. Procedía esencialmente de dos fuentes: los impuestos, seculares y eclesiásticos, recaudados en sus

dominios, y especialmente en Castilla, y el envío anual de plata procedente de sus posesiones en América. Pero en 1559, cuando Felipe volvió a España, ninguna de esas fuentes era tan productiva como debía ser, o como era necesario que fuesen si tenían que mantener e incrementar su poder. La explotación a tope de las minas de plata del Nuevo Mundo habían apenas comenzado, y esta circunstancia se veía agravada por el hecho de que el comercio de España con las Indias estaba en aquel momento en regresión[2]. La bancarrota real de 1557 había revelado en la misma España el vacío existente en las finanzas de la corona bajo la presión de la guerra, y los impuestos existentes, además de constituir una pesada carga sobre algunos sectores de la población de Castilla, eran insuficientes incluso para sufragar las necesidades más perentorias de Felipe.

Las nuevas oportunidades internacionales que esperaban a España en los años inmediatamente posteriores a 1559 estaban, por consiguiente, contrapesadas por el carácter urgente de sus dificultades domésticas. Se necesitaba tiempo para arreglar la herencia financiera y administrativa del reinado de Carlos V y para descubrir y movilizar nuevas fuentes de ingresos. Pero incluso contando con tiempo, España no podía impedir que algún rival le hiciese frente, pues aunque Francia ya no era una competidora efectiva, quedaba otro y más formidable oponente: el Imperio otomano de Solimán el Magnífico.

Durante más de cien años Europa había estado viviendo la incómoda vecindad de los turcos. En las costas de Italia y en la llanura húngara, las casas devastadas y las ciudades despobladas eran testigos mudos de los horrores del poder otomano. Carlos V había hecho cuanto había podido, pero Carlos había muerto y el emperador Fernando carecía de recursos para continuar la lucha. En 1562, una serie de negociaciones diplomáticas frustradas en las que se había embarcado, culminó en una tregua humillante, en virtud de la cual el emperador se comprometía a pagar puntualmente su tributo anual al sultán, y se le obligaba a reconocer la independencia de Transilvania, bajo el poder de su príncipe Juan Segismundo Zápolya.

Durante el año 1558 el mismo Felipe II tomó parte indirecta y discreta en esas negociaciones, con la esperanza de asegurar una tregua en el frente mediterráneo. Al final pudo haberse conseguido algún acuerdo temporal, pero en 1559, inmediatamente después de la firma del tratado de Cateau-Cambrésis, Felipe cambió de parecer.

[2] Véase p. 72.

Los acercamientos diplomáticos a los agentes del sultán fueron suspendidos, y en junio Felipe aprobó los planes preparados por su virrey en Sicilia, y gran maestre de los caballeros de San Juan de Malta, de una expedición para recuperar Trípoli, de donde los turcos y sus aliados habían expulsado a los caballeros en 1551.

El cambio crucial en la política turca de Felipe II en la primavera de 1559, aunque inspirado en parte por las noticias de las disensiones internas en el Imperio otomano, fue posible gracias a la terminación de la guerra con Francia. Cateau-Cambrésis había librado a España de sus preocupaciones en el norte de Europa, y al mismo tiempo había privado a los turcos de la ayuda de su tradicional aliado cristiano. Felipe, que desconocía todavía el estado de España después de largos años de guerra, creyó, al parecer, que este era un momento favorable para tomar la iniciativa en el Mediterráneo. Sin embargo, pronto quedó claro que había calculado mal. Los turcos eran, a la sazón, mucho más fuertes y España mucho más débil de lo que Felipe había creído[3]. Como resultado, España se encontró mezclada en un prolongado conflicto mediterráneo, en el transcurso del cual Felipe asumió, naturalmente, la antorcha de su padre como campeón de la cristiandad contra las fuerzas del islam.

La paz que había llegado al noroeste de Europa en 1559 no fue, sin embargo, acompañada paralelamente por una paz en el sur. La cuenca mediterránea, sin embargo, no era la única región que había de ser perturbada por el conflicto en los años posteriores a 1559, ni el Imperio otomano era la única potencia en los bordes de Europa que iba a perturbar la paz. Allá, en el nordeste, a lo largo de las costas del Báltico, el precario balance de los estados rivales –Polonia, Suecia, Dinamarca– estaba siendo en este momento subvertido por la súbita irrupción de Moscovia, una potencia que hasta ahora había desempeñado un pequeño papel activo en la vida internacional europea. Durante los primeros años de su gobierno personal, su gobernante Iván IV, que había asumido el título de zar en 1547, había dedicado su atención a extender las fronteras orientales de su Estado. La anexión del Kanato tártaro de Kazán en 1552 le había proporcionado el dominio del medio Volga y el acceso a través de los Urales a la Siberia occidental. Cuatro años después, la toma de Astraján llevó a los rusos a las orillas del Caspio, y durante las décadas siguientes presionarían insistentemente hacia el este. Pero los intere-

[3] Véase p. 175.

ses de Iván no se centraban exclusivamente en el este. También estaba interesado en acabar con la dependencia de Moscovia de los intermediarios de la Hansa, asegurándose el acceso directo hacia la Europa occidental por el camino del Báltico. Fue en la década de 1550, a raíz de la cuestión de Livonia, cuando se presentó la oportunidad de una apertura al oeste.

Livonia, junto con Estonia y Courlandia, pertenecían a los caballeros de la orden Teutónica, cuyo gran maestre, Alberto de Brandemburgo, había sorprendido a Europa por su conversión al luteranismo en 1525. Desde entonces, la orden había sufrido ciertas disensiones, y las potencias del Báltico habían puesto ávidamente sus ojos en sus tierras. Iván apreció rápidamente las ventajas que se derivarían de la debilidad y la desmoralización de la orden y, en 1558, después de varios intentos de intimidación, sus tropas tomaron el puerto de Narva, en Estonia. La ocupación rusa de Narva, el principal puerto de entrada de los productos de la Europa occidental en la Europa del este, produjo repercusiones que eran predecibles en todo el norte. La Dieta Imperial se reunió a deliberar; los suecos y los polacos, temerosos del futuro de Livonia, pero deseosos de eludir una confrontación con el zar, pasaron vacilantes a apoyar a los caballeros teutónicos, cuyas tierras codiciaban. Como los rusos infligieron una nueva y aplastante derrota a la orden Teutónica, los movimientos sísmicos producidos por su invasión de Livonia dieron como resultado una nueva alineación de fuerzas alrededor de las orillas del Báltico. En 1561, el gran maestre de la orden, reconociendo que no podía permanecer solo, acordó la unión de Livonia con el gran Ducado de Lituania, el cual, en 1569, se hallaba formalmente unido a Polonia mediante la Unión de Lublin. En 1551, por otra parte, Eric XIV de Suecia ocupó Estonia con la esperanza de establecerse en el lado oriental del Báltico, dominado por los daneses, y para aumentar el control sobre el comercio de Rusia con el oeste. La intervención sueca precipitó un feroz conflicto con Dinamarca, la Guerra de los Siete Años del Norte, que duró desde 1563 hasta 1570.

Como muestra de la importancia europea del comercio báltico, anotemos que el congreso de paz que se reunió en Stettin en 1570 incluyó representantes de Inglaterra y Escocia e incluso de España. Solo los rusos fueron excluidos del congreso, el cual proclamó la libertad de navegación en el Báltico e intentó que se llegase a un acuerdo general entre las potencias del norte. Suecia, aunque conservó Estonia, salió malparada del congreso. Es cierto que Federico II de

Dinamarca fracasó en su intento de reconquistar Suecia y que los planes daneses para llevar a cabo una restauración de la unión escandinava se habían malogrado. Pero el gran proyecto de Eric XIV de una expansión por el Báltico, que sometiera el comercio ruso al control sueco, quedó en nada, y su autor languidecía en la prisión, en donde había sido encerrado por sus nobles en 1568. Aquella parte de Livonia que no había caído en poder de los polacos fue entregada a la protección danesa con el fin de mantenerla fuera del control ruso. El zar hizo lo posible en los años siguientes para desbaratar el acuerdo, pero al final sus propios problemas interiores lo derrotaron, y Moscovia habría de esperar mucho tiempo antes de tener acceso al oeste. La paz de Stettin de 1570 fue, en algunos aspectos, un equivalente, en el norte de Europa, a la paz de Cateau-Cambrésis, firmada once años antes. Aunque dejó muchos problemas sin resolver, estableció un acuerdo relativamente extenso que beneficiaba en primera instancia a los daneses y los polacos. Al igual que Cateau-Cambrésis, el acuerdo demostró ser razonablemente duradero porque Moscovia, como Francia después de Cateau-Cambrésis, se dio cuenta de que no estaba en condiciones de discutir con firmeza el veredicto. La Europa de los últimos años del siglo XVI resolvería sus conflictos sin hacer referencia a Moscovia, un Imperio demasiado remoto, demasiado ajeno e inestable, como para ser contemplado con algo más que temor pasajero o curiosidad por las naciones del oeste.

Disputa religiosa

La paz dinástica que se registró en Europa occidental en 1559 hizo nacer la esperanza de un largo periodo de tranquilidad internacional, en el que las heridas de la cristiandad podían ser restañadas y sanadas y su unidad religiosa, restaurada. Estas esperanzas habían de ser cruelmente frustradas. Aunque las rivalidades dinásticas tradicionales perdieron mucho de su antigua importancia en las dos o tres décadas que siguieron a Cateau-Cambrésis, la tensión internacional no iba a disminuir. Por el contrario, al cabo de unos cuantos años, las animosidades no solo se encendieron con renovado vigor, sino que se inflamaron con una intensidad que no tuvo paralelo en la época anterior. Pues las rivalidades nacionales habían sido teñidas con un nuevo tinte de odio y sospecha, producto del principal legado de la

vida europea del siglo XVI: las disputas confesionales. Las diferencias religiosas pasaron a un primer plano después de 1559, cortando de raíz las fronteras nacionales, exacerbando antiguos odios y fomentando otros nuevos, y desbaratando comunidades nacionales, y, por tanto, la comunidad internacional, con tan devastadores efectos, que treinta años después de Cateau-Cambrésis el carácter político de Europa había cambiado profunda y definitivamente.

Ya en la época de Carlos V, la controversia religiosa había contribuido a quebrantar la unidad nominal de una cristiandad enfrentada a los avances del islam. Pero hacia la década de 1550, muerto Martín Lutero, su religión, privada del intenso liderato personal de su fundador, entraba en una fase de letargo intelectual y político. En Alemania, la escena principal de la lucha confesional durante la primera mitad del siglo, la paz de Augsburgo había establecido un equilibrio, aunque inestable, entre los príncipes luteranos y los católicos romanos, privando con ello a los luteranos de estímulo para una ulterior militancia. Los calvinistas, sin embargo, fueron excluidos de los términos del acuerdo de Augsburgo, y dada la pasividad que dominó a la segunda generación de luteranos, fueron los calvinistas los que se convirtieron en los representantes más dinámicos de la religión reformada.

En un momento en el que la iglesia romana estaba al fin comenzando a responder con cierto éxito al desafío de la herejía, el calvinismo disfrutaba de algunas ventajas evidentes sobre el luteranismo como credo militante. Sus doctrinas eran más definidas y estaban formuladas más agudamente; sus seguidores estaban mejor disciplinados; su sistema celular como organización eclesiástica hizo posible su propagación y crecimiento independiente, incluso allí donde las autoridades seculares se oponían a su establecimiento; y tenía en Ginebra un cuartel general desde donde el mismo Calvino pudo ordenar el campo de batalla, hasta su muerte en 1564. Después de muchos años de lucha, el envejecido Calvino se había convertido, a mediados de la década de 1550, en el dueño indiscutible de Ginebra. La oposición en el concejo de la ciudad había sido silenciada y sus enemigos habían huido. Ahora que estaba atrincherado en Ginebra, sin ninguna posibilidad de ser derrocado, Calvino pudo convertir la ciudad en la capital efectiva de su nueva religión, en una Roma protestante. Los calvinistas de Europa se habían acostumbrado desde hacía tiempo a acudir a Ginebra para pedir consejo e instrucciones, y habían ido allí a buscar refugio en tiempos de persecu-

ción. Sin embargo, todavía carecía de un instituto de educación más elevada para la formación de pastores, los hombres que debían actuar como misioneros de la fe. La Academia de Lausana, aunque en cierta forma cubría estas necesidades, estaba sujeta al gobierno de Berna, el cual no tomó a bien las más rígidas formas de la ortodoxia calvinista. Después de una prolongada disputa, la mayor parte de los profesores de Lausana, incluyendo a Teodoro Beza, profesor de griego, fueron expulsados por el gobierno de Berna en 1558. Con la ayuda de estos, Calvino fundó una academia en Ginebra en 1559, y Beza se convirtió en su rector. La nueva institución tuvo un éxito inmediato. En tres años, ciento sesenta y dos estudiantes ingresaron en ella, y este número aumentó hasta trescientos por la fecha en que murió Calvino.

La apertura de la Academia de Ginebra, en junio de 1559, coincidió con la reapertura de las fronteras nacionales después de la paz de Cateau-Cambrésis. Ya en el funeral de María Tudor, el arzobispo de Winchester había hecho una fría advertencia sobre las calamidades que se avecinaban: «Los lobos están saliendo de Ginebra y de otros lugares de Alemania, y han enviado sus libros por delante, llenos de pestilentes doctrinas, blasfemias y herejías para infestar a la gente»[4]. Con la reapertura de las fronteras en 1559-1560, la jauría comenzó a merodear. Los exiliados por María volvieron a Inglaterra cuando Isabel accedió al trono, y presionaron a la reina en 1559 para que aceptase un acuerdo más protestante que el que ella había previsto o deseado. Isabel resistió con éxito la imposición de una forma calvinista de organización de su iglesia, pero dos estados europeos comenzaron a remodelar sus iglesias según las directrices calvinistas, a comienzos de la década de 1560: Escocia, bajo el gobierno revolucionario del antiguo exiliado John Knox, y el Palatinado, que se encontraba en circunstancias de respetabilidad poco corrientes como resultado de la conversión de su nuevo gobernante, el elector Federico III. En los Países Bajos, donde la herejía había sido salvajemente reprimida, el retorno de la paz permitió a los exiliados calvinistas infiltrarse por las fronteras y establecerse en Tournai, Valenciennes y las ciudades de Flandes. Bajo la dirección del más prominente de los exiliados que habían vuelto, Guy de Brès, el calvinismo avanzó considerablemente durante los primeros años de la

---

[4] Cit. en J. E. Neale, *Elizabeth I and her Parliaments, 1559-1581,* Londres, 1953, p. 57.

década de 1560 en el sur de los Países Bajos; más que en el norte, donde la influencia calvinista había venido de la iglesia de Emdem, a través de la frontera alemana. Pero fue en Francia donde Ginebra se apuntó uno de sus más notables éxitos. Cada año era despachado para Francia un nuevo grupo de pastores ginebrinos. La mayor parte de ellos, nacidos en Francia, salidos de la clase media o de las clases aristocráticas, lograron conversos influyentes y fundaron nuevas iglesias, las cuales acudían a Ginebra para pedir guía y consejo.

Los lobos, como había dicho el obispo de Winchester, habían «enviado sus libros por delante»: biblias, salterios, panfletos y copias de la *Institutio* de Calvino, que lanzaban con profusión las imprentas de Ginebra, las cuales, con un rendimiento a tope, podían producir 300.000 volúmenes al año. Estos libros, ya estuviesen en latín o en lengua vernácula, no conocían fronteras. Un impresor de los más importantes de Ginebra, como era Henri Estienne, hijo del impresor real de Francisco I de Francia, lo mismo aceptaba encargos de los libreros de ediciones de su Biblia comentada y de otros libros sobre los que había una demanda popular, como disponía de ellos para la gran feria del libro de Fráncfort. Viajantes y vendedores ambulantes los llevaban a lo largo de las rutas comerciales de la Europa central y occidental; los barcos transportaban en los escondrijos de sus bodegas misteriosos paquetones de libros, y copias manoseadas pasaban subrepticiamente de mano en mano. Ni incluso España, cuyas autoridades se hallaban especialmente alertas contra la amenaza de la literatura subversiva, estaba inmune ante estas publicaciones. «Se ha de considerar –escribió Luis Ortiz, funcionario en Burgos en 1558– cuán malas impresiones vienen de fuera de estos reinos, las cuales demás de venir abominables y con ironías que Lutero y sus secuaces han sembrado que dejado aparte los libros que vienen de nueva invención tan dañados los buenos vienen escandalosos en los proemios y márgenes donde los herejes pueden ingerir su veneno…»[5].

Para controlar la oleada de propaganda subversiva religiosa, los príncipes de la Europa de mediados del siglo XVI se vieron obligados a recurrir a medidas restrictivas cada vez mayores de censura y prohibición. Desde la prohibición, de 1520, del papa León X sobre la propagación y lectura de la literatura corrompida por el luteranismo, ciertas universidades, como la de Lovaina y la de la Sorbona,

---

[5] *Memorial del Contador Luis Ortiz a Felipe II,* Madrid, 1970, pp. 45-46.

habían publicado sus propias listas de libros prohibidos. La Inquisición española emitió su primer «Índice» en 1546, y los famosos «placards» o edictos publicados en 1550 por Carlos V en los Países Bajos prohibían la lectura, copia o propagación de la literatura hereje bajo pena de muerte. Ahora, al final de la década de 1550, fueron introducidas restricciones todavía más herméticas. Pocos meses después de que Luis de Ortiz escribiese su *Memorial,* el regente de España dictó una pragmática prohibiendo la importación de libros extranjeros y ordenando que todos los libros impresos en España habían de obtener en el futuro licencia del Consejo de Castilla. El primer «Índice» papal, el de Paulo IV, apareció en 1559, y la Inquisición española publicó en el mismo año, para su régimen interior y por iniciativa propia, un «Índice» nuevo y más severo.

A pesar de las nuevas medidas y de los cada vez mayores castigos, continuó el contrabando de libros en gran escala. Estaba claro que el calvinismo estaba produciendo un impacto en las clases educadas e instruidas de Europa. Pues, por otra parte, para el campesinado analfabeto, la llamada de una religión que dependía tan estrechamente de la palabra escrita era relativamente escasa. Era posible, aunque dificultoso, para el calvinismo cruzar la barrera del analfabetismo, una barrera que tendía a separar el campo de la ciudad. Es difícil establecer dónde termina el analfabetismo; sin embargo, el que un hombre sea capaz de firmar con su nombre, o al menos con sus iniciales, en vez de hacer una señal, puede establecer un índice aproximativo. Sobre esta base se ha estimado que el 90 por 100 de la población agrícola de la región de Narbona, en Francia, desconocía la palabra escrita a finales del siglo XVI, contra solo el 33 por 100 de los artesanos[6]. Este modelo queda reflejado en la distribución social de los calvinistas en la provincia del Languedoc. En 1560 eran 817 los asistentes registrados para las reuniones calvinistas de la ciudad de Montpellier, de los cuales 561 señalaron cuáles eran sus ocupaciones.

La ausencia más clara es la de los trabajadores del campo, los cuales, aunque constituían no menos de una quinta parte de la población total de Montpellier, apenas figuraban en la lista de los hugonotes.

[6] Esta información y la que sigue están sacadas del notable estudio de Emmanuel Le Roy Ladurie*, Les Paysans de Languedoc,* vol. I, París, 1966, pp. 333-356.

Profesión	*Número*	*Porcentaje*
Artesanos	387	69
Clases profesionales (abogados, doctores, notarios, etc.)	87	15,4
Comerciantes	24	4,3
Burgueses	23	4,2
Nobles	13	2,3
Granjeros y trabajadores del campo	27	4,8

Las cifras de Montpellier indican que el calvinismo padecía, incluso en las ciudades, de la diferenciación entre campo y ciudad, entre el artesano alfabetizado o semialfabetizado y el trabajador agrícola analfabeto. Los artesanos de Montpellier especialmente los trabajadores textiles y los del cuero, se adhirieron al calvinismo a comienzos de la década de 1560. Los campesinos y los que trabajaban en las granjas, por otra parte, se mostraron recalcitrantes o activamente hostiles hacia la religión reformada. Ya en fecha tan temprana como en 1561, protestaban firmemente contra los intentos hugonotes de suprimir la misa y de privarlos de los días santificados y festivos y de los bailes. Lentamente y con grandes dificultades fue conquistado y colonizado este antiguo mundo católico del campo por las fuerzas combinadas del calvinismo y de la alfabetización. La sociedad campesina de la agreste tierra montañosa de Cévennes se convirtió fervientemente al calvinismo, al parecer a causa de la influencia de la elite artesanal de los trabajadores del cuero que vivía entre ella. Sin embargo, la conversión de Cévennes sorprendió incluso a Beza, ya que comúnmente se consideraba imposible sembrar la palabra con éxito en tierra tan poco prometedora. El calvinismo, al menos en sus comienzos, demostró ser esencialmente una religión para la población urbana y cultivada.

Es bastante fácil señalar, en términos generales, las clases de la sociedad donde las doctrinas calvinistas encontraban eco: los hábiles artesanos, los comerciantes, los letrados, la gente acomodada y las clases profesionales de las ciudades. Pero la popularidad del calvinismo no puede explicarse, y menos definirse, haciendo solo referencia a las situaciones económicas. Sus propias cualidades innatas –su clara apelación al Evangelio, su insistencia en las altas normas

éticas, el sentido de la ciega confianza en los propósitos de una deidad omnipotente– eran de un tipo que cruzaban las fronteras de la riqueza y de la clase. Postulaba una aspiración al perfeccionamiento y a la disciplina que podía encontrarse en cualquier nivel de la sociedad, aunque su rango social se veía restringido, sin duda, por los requisitos previos del alfabetismo y desocupación necesarios para el estudio de las Escrituras. Quizá la necesidad de contar con estos requisitos previos ayude a explicar su éxito considerable entre las mujeres de las clases medias y superiores –no dejaba de ser frecuente que los nobles franceses y los hombres acomodados tomasen su primer contacto con las enseñanzas de Calvino a través de sus esposas o de sus madres–. En algunos lugares, como en España, Italia o en el este de Francia, donde la represión era desusadamente severa, el calvinismo no pudo establecerse. En otros sitios se benefició de los adelantos de la educación en el siglo XVI y de la incapacidad de una iglesia romana que despertaba lentamente de su letargo para comprender y satisfacer las necesidades espirituales de su rebaño.

¿Cómo podía frenarse con más efectividad esta avalancha del calvinismo? Un método duro, pero que indudablemente compensaría, era el de atacar a los lobos en su madriguera, aquella sede de la herejía, la ciudad de Ginebra. La posición geográfica de la ciudad la hacía muy vulnerable, particularmente para las ambiciones de su incómodo vecino, el duque de Saboya. La restauración de sus tierras habían hecho del duque, una vez más, una poderosa figura europea, y el momento parecía oportuno para una renovación de las intenciones saboyanas sobre Ginebra, y todavía más a causa de que los vasallos vauduanos del duque habían renunciado recientemente a su antigua heterodoxia para abrazar las aún más peligrosas doctrinas del calvinismo ginebrino. Los proyectos de Manuel Filiberto para hacerse simultáneamente con Vaudois y Ginebra podían haber suscitado el interés conjunto del papado y de España, pero la corona francesa, que se debatía en este momento entre el catolicismo y el protestantismo, renunció a cooperar. Como resultado de ello, pasó el momento de llevar a cabo una acción. Una revuelta de Vaudois contra el duque terminó en 1561 con el establecimiento de un compromiso, mediante el cual Manuel Filiberto, con una muestra de cordura política, desgraciadamente extraña entre sus contemporáneos, concedió la libertad de conciencia dentro de sus estrictos límites geográficos. Y Ginebra, mientras tanto, permanecía intacta, vigilando cautamente el mundo desde detrás de sus bien defendidas murallas.

Al fracasar la exterminación de Ginebra, la única respuesta adecuada al avance del calvinismo dependía de la continua reforma de la iglesia católica romana. Ya las órdenes religiosas nuevas o reformadas, especialmente los jesuitas, habían conseguido con cierto éxito contener al calvinismo, especialmente en la Europa central y oriental. Pero la iglesia, en su conjunto, se mantenía obstinadamente al margen de cualquier reforma, y el Concilio de Trento, que había sido convocado para adelantar la tarea de la reforma, se hallaba en estado de suspensión desde 1548, casi sin interrupción. Mientras que las grandes potencias europeas permaneciesen en guerra, no existían perspectivas de reanudación, y solo con Cateau-Cambrésis la nueva convocación del Concilio se convirtió una vez más en una posibilidad práctica.

Algunos obstáculos serios, sin embargo, bloqueaban el paso de una nueva sesión en Trento. Uno de los más importantes, Paulo IV, fue graciosamente eliminado, a causa de su muerte en 1559, pero hasta finales de diciembre no salió del cónclave un nuevo papa, Pío IV, de un carácter muy diferente. Pío, un pontífice cómodo, más famoso por ser el tío de san Carlos Borromeo que por sus virtudes propias, no parecía ser el pilar más apropiado para la iglesia romana en este momento de crisis. Pero era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de la acuciante necesidad de reanudar el Concilio, y de que esto solo podía lograrse si él liberaba a la iglesia de las implicaciones políticas en las que le había envuelto su arrojado e irascible predecesor. «Deseamos este Concilio –anunció–, lo deseamos seriamente, y haremos que sea universal… Aquello que requiera reforma será reformado, aunque se trate de nuestra propia persona y de nuestros propios asuntos.»

Las palabras eran valientes, pero los príncipes seglares no las recibieron con el entusiasmo que podía haberse esperado. Felipe II consideraba que una nueva reunión del Concilio era bastante innecesaria en lo que a España concernía, y que podía incluso causar complicaciones respecto a la delicada situación religiosa de los Países Bajos; pero si el papa volvía a convocar el Concilio, este debía ser considerado como una continuación del antiguo Concilio, y no como uno nuevo. Sin embargo, la reanudación del antiguo Concilio sería rechazada tanto por el emperador como por los franceses. El emperador temía que una mera continuación de Trento trastornase el delicado acuerdo de Augsburgo de 1555. Por tanto, apoyaba la petición francesa de un nuevo Concilio general que pudiese poner

los cimientos para una reunión de la cristiandad, ambición ferviente e ilusoria de una monarquía francesa que no veía otro camino para escapar de las disensiones religiosas que la acosaban. Al fracasar la idea de un nuevo Concilio general, el cardenal de Lorena amenazó con convocar un Concilio nacional francés, que reuniría a los católicos y calvinistas franceses en un intento de aprobar un compromiso mutuo sobre una base exclusivamente nacional.

Enfrentado a estos puntos de vista irreconciliables, Pío IV poco más podía hacer que esperar los acontecimientos, mientras que trataba de convencer a los príncipes de la aceptación de la idea de una nueva sesión en Trento. Sin embargo, la misma diversidad de opiniones jugó en su favor. El proyecto de un Concilio nacional francés alarmó de tal manera a Felipe de España que, en el verano de 1561, renunció al fin a sus objeciones al proyecto del papa. Ahora que una de las potencias más importantes había aceptado formalmente dejar asistir a sus obispos, Pío se sintió lo suficientemente seguro para seguir adelante con sus planes. El Concilio se volvió a abrir oficialmente en Trento el 18 de enero de 1562. La tarea de reforma eclesiástica iba, al fin, a reanudarse.

El éxito de Pío IV al organizar una nueva sesión del Concilio de Trento contribuyó notablemente a dar forma al carácter de los acontecimientos en el medio siglo siguiente a la paz de Cateau-Cambrésis. Después de todo, la iglesia romana no acudiría indefensa y desorganizada a la batalla contra el calvinismo internacional; y si Roma era todavía débil y había de depender estrechamente, durante largo tiempo, de la ayuda de las potencias seculares, su antigua aspiración de poner su propia casa en orden ofrecía la mejor esperanza, y quizá la única, de que un día pudiese recuperarse de sus graves pérdidas. En efecto, ahora fueron trazadas las líneas maestras para la gran lucha religiosa de finales del siglo XVI, una lucha en la que dos creencias rivales, con sus cuarteles generales internacionales en Roma y Ginebra, respectivamente, combatirían, con todas las armas a su alcance, por la lealtad de los hombres y la salvación de las almas.

El amargo conflicto confesional llegó a tiempo para ensombrecer los otros aspectos de la vida europea. Los individuos y las naciones se encontraron enfrentados a problemas de lealtad que crearon dolorosos dilemas y torturaron las conciencias sensibles. Un individuo, ¿debía obedecer en primer lugar a su rey o a su dios? La política exterior de un estado, ¿debía guiarse por consideraciones de interés nacional o de obediencia religiosa cuando, como ocurría con tanta

frecuencia, no coincidían ambas? ¿Podía España, por ejemplo, contemporizar legítimamente en sus relaciones con la Inglaterra protestante, cuando el destronamiento de Isabel redundaría en beneficio de Francia? ¿Debía apoyar Catalina de Médicis a los protestantes franceses en su política antiespañola o debía hacer causa común con la tradicional rival de Francia, España, contra los enemigos de la santa iglesia católica?

La insolubilidad de estos problemas creó nuevas tensiones y contribuyó a elevar más la temperatura del debate internacional. Toda Europa se encontró envuelta en él, incluso regiones alejadas como Escandinavia y Europa oriental, las cuales habían llevado, hasta ahora, sus asuntos con un relativo aislamiento de los estados del oeste. Pero una de las ironías de la nueva situación era que la incorporación del este y del norte al sistema de los estados europeos para crear por primera vez algo parecido a una simple comunidad diplomática europea, hubiese coincidido con la ruptura de la misma vida internacional. Pues la víctima principal de las luchas confesionales fue la comunidad internacional, ese cuerpo común de la cristiandad del que se seguía hablando hasta mucho después de que hubiese cesado de tener algún fundamento real.

La ruptura pudo detectarse en varios campos diferentes. Los comerciantes, los primeros que sufren las consecuencias del empeoramiento de las relaciones internacionales, se encontraron sujetos a nuevos peligros cuando las autoridades extranjeras comenzaron a mostrar tanto interés por sus creencias como por sus mercancías. Los estudiantes, acostumbrados a viajar por el continente para seguir sus estudios en la universidad que habían escogido, comenzaron ahora a descubrir que esto no era tan fácil para ellos como lo había sido para sus padres. El joven suizo Félix Platter se hallaba a salvo en Montpellier, en 1552, en tanto no mostrase sus creencias protestantes[7], pero las universidades de Europa estaban comenzando ya a dividirse según las distinciones confesionales. Los nobles calvinistas de los Países Bajos o de Hungría enviarían a sus hijos a la Academia de Ginebra, mientras que los católicos enviarían a los suyos a Padua o Lovaina. En 1559, Felipe II prohibió a los españoles estudiar en el extranjero, excepto en determinados colegios de Bolonia, Roma, Nápoles y Coimbra. En 1570, cartas reales dirigidas al Parlamento en

---

[7] Para una viva descripción contemporánea de la vida estudiantil del siglo XVI, véase *Beloved Son Félix,* Londres, 1961 (trad. al inglés por Sean Jennett).

Dole prohibían a los habitantes del Franco Condado «estudiar, enseñar, aprender o residir en otras universidades o escuelas privadas o públicas, que no sean las de este país o las de otros países, estados y reinos bajo nuestra obediencia, exceptuando siempre la ciudad y universidad de Roma». Las prohibiciones gubernamentales eran con frecuencia eludidas e ignoradas, pero el hecho era que las ochenta universidades, aproximadamente, de la Europa de mediados del siglo XVI estaban siendo transformadas de instituciones internacionales en nacionales, y que la comunidad europea de estudiosos estaba siendo fragmentada por la nueva contienda confesional.

Las instituciones diplomáticas y los procedimientos judiciales de los estados europeos, trabajosamente desarrollados en el curso de los siglos, fueron también sometidos a tensiones casi intolerables. Como el continente se hallaba dividido en dos frentes de guerra, fue cada vez más difícil mantener las tradicionales cortesías internacionales o continuar el diálogo entre los estados soberanos. En un mundo en donde el papado miraba con malos ojos las relaciones diplomáticas entre los católicos y los herejes, era inevitable que el intercambio normal de comunicaciones diplomáticas se redujese y que las embajadas, donde continuaban subsistiendo, se convirtiesen en centros de propaganda religiosa y de subversión política en el corazón del territorio contrario. Al actuar en un clima de intensa desconfianza y sospecha, los diplomáticos se convirtieron en conspiradores y espías, mientras que sus embajadas guarecían agentes secretos e informadores y una serie de huéspedes de dudosa reputación que revoloteaban en los oscuros bajos fondos de la vida internacional. El gobierno ante el que se hallaba este tipo de embajada respondía de forma similar. Las sacas postales eran misteriosamente robadas; los códigos, cada vez más complejos, descifrados; los correos, sobornados y a veces encontrados muertos.

Como los tradicionales lazos entre los estados fueron cortados uno por uno, y como las obediencias se polarizaban alrededor de Ginebra y de Roma, era natural que se aumentase la nostalgia por la antigua y unida cristiandad. Las aspiraciones del siglo XVI de reconciliación y reunión religiosa parecían tan desesperanzadoramente mal fundadas, a la luz de lo que realmente ocurría, que es fácil desecharlas como los sueños de maniáticos y visionarios, exentos de cualquier significación para el escenario contemporáneo. Pero en la práctica eran amplia e incluso desesperadamente fomentadas por figuras influyentes en muchos estados, los cuales no podían aceptar

una división permanente de la sociedad en que vivían, y como eran apreciadas, e incluso entraban en los cálculos de los sesudos hombres de estado, desempeñaron un papel importante en la formación de los acontecimientos. Después de todo, Cateau-Cambrésis había sido ideado para proporcionar a una Europa cansada de guerras una paz duradera. Si la súbita intrusión de la lucha confesional destrozó este proyecto, ello no quiere decir que el proyecto en sí estuviese mal concebido o que el mal resultara irreparable. En consecuencia, se dejaba a las generaciones posteriores que comprendiesen que los hombres que acordaron el tratado de Cateau-Cambrésis habían pasado ya el punto que hacía imposible el retorno; que la cristiandad como unidad solo era un recuerdo, y que la Europa que la había reemplazado estaría profunda y permanentemente dividida en los años venideros.

II. LA ECONOMÍA EUROPEA

El Báltico y el Este

Las guerras de la década de 1550 supusieron una carga intolerable para las economías de los estados de la Europa occidental. Se interrumpieron las rutas comerciales, las regiones fronterizas fueron devastadas y los grandes gastos de los estados para los propósitos militares forzaron hasta sus límites el delicado mecanismo de las finanzas internacionales. Némesis hizo su aparición en 1557-1559, cuando las grandes casas bancarias de Europa se conmovieron en sus cimientos a causa de la decisión, primero de la corona española y después de la francesa, de repudiar sus deudas. Algunas casas bancarias, edificadas sobre arena, se derrumbaron. Otras, asentadas más firmemente, resistieron la tormenta. Sin embargo, desaparecidos los restos del naufragio, se observó que los contornos del panorama habían cambiado para siempre. Cuando Anton Fugger murió, en septiembre de 1560, dejando el negocio familiar en manos de una nueva generación sobre cuya competencia sentía una justificable preocupación, su desaparición revestía más importancia que la muerte de un príncipe para los comerciantes-banqueros, pues durante treinta años había manejado los asuntos de la mayor casa de Europa con ejemplar pericia. Significaba, en efecto, el fin de una época. Nuevos banqueros, especialmente genoveses, alcanzarían prominencia internacional, pero la última parte del siglo XVI no podría competir con aquella primera etapa, donde se había dado con exclusividad una relación íntima entre los monarcas y los grandes comerciantes, la cual había pasado orgullosamente a la historia como la «Edad de los Fugger».

No obstante, aunque los grandes príncipes comerciantes habían desaparecido, y ya no existía ninguna figura destacada en el mundo de las finanzas internacionales, esto no implicaba necesariamente que la segunda mitad del siglo XVI fuese un periodo de «crisis» para el crecimiento del capitalismo. La década de 1550 constituyó sin

duda un periodo difícil, pero la actividad económica europea se revitalizó rápidamente, tan pronto como se firmó la paz. En los diez años que siguieron a Cateau-Cambrésis, se cree que los intercambios comerciales entre Francia y España alcanzaron el nivel más alto del siglo, y las condiciones de la Europa del noroeste y del Atlántico fueron generalmente favorables para el comercio internacional. La situación empeoró en los últimos años de la década de 1560 como resultado de las revueltas en los Países Bajos; pero ni incluso una región tan sensible para la economía europea como los Países Bajos marcaba por completo en este momento la pauta de la vida económica. En la práctica, las mayores trabas para el crecimiento económico europeo continuaban siendo las mismas que las de la primera mitad del siglo: la debilidad de sus instituciones financieras; la inadecuación y el alto costo de los vigentes métodos de transporte; y la naturaleza primitiva de la mayor parte de sus técnicas agrícolas e industriales. Sin embargo, con los límites impuestos por estas deficiencias, algunas regiones mostraban una creciente vitalidad económica, incluso cuando otras declinaban; y en la perspectiva del desarrollo europeo, los años comprendidos entre Cateau-Cambrésis y el final del siglo parecen menos destacables por sus dudas e incertidumbres económicas que por el éxito de la asimilación de dos vastas áreas del sistema económico de la Europa occidental: el Nuevo Mundo al otro lado del Atlántico y el casi igualmente Nuevo Mundo al este del Elba.

Aun cuando la economía del este europeo comenzaba a integrarse efectivamente con la del oeste en la segunda mitad del siglo XVI, se trataba solamente de la culminación de un proceso que había comenzado mucho antes. Sus orígenes pueden remontarse al periodo de la lenta recuperación de la Europa occidental de la peste negra y de sus secuelas. A medida que las cifras de la población comenzaron a aumentar de nuevo en la última parte del siglo XV, la presión sobre la tierra –que en algunas regiones habían sido en gran parte convertidas en pastos para las ovejas– aumentó inevitablemente. Los grandes propietarios de tierras al este del Elba, y especialmente aquellos que vivían cerca del Báltico o de los ríos que desembocaban en él, vieron la oportunidad de la creciente demanda de grano para recuperar sus fortunas y para adquirir los artículos de lujo y los productos manufacturados que solo podían obtener en el oeste. Consecuentemente, mientras más alimentos se necesitaban en el oeste, más tierra se dedicaba al cultivo en el este. Pero la explotación de la

tierra pedía la explotación del trabajo, el cual se había hecho escaso a causa de la emigración de los campesinos a las ciudades. Como resultado de ello, los nobles y las ciudades de la Europa oriental, a finales del siglo XV y comienzos del XVI, padecieron las consecuencias de la huida de los campesinos, y al final fueron las ciudades las que salieron derrotadas. En el mismo momento, pues, en que la servidumbre estaba desapareciendo en la Europa occidental, comenzaba una nueva carrera en el este. Una serie de medidas cada vez más duras ataban a los campesinos de la Europa oriental, imponían pesadas obligaciones de trabajo sobre ellos y daban a sus señores la virtual disposición de sus vidas.

Así pues, el carácter de la vida del este europeo comenzó a diferenciarse notablemente de la del oeste en el siglo XVI. En gran parte de la Europa occidental, la organización social y económica tendía a convertirse en más variada y compleja. La expansión del comercio ultramarino condujo a la creciente importación de productos, como el azúcar, que necesitaban ser procesados y comercializados; las industrias tradicionales, especialmente las textiles, se extendieron hacia nuevas áreas y desarrollaron nuevas ramas destinadas a satisfacer necesidades minoritarias; industrias nuevas y de alta calidad comenzaron a abastecer los cada vez más sofisticados gustos de los ricos europeos. Este siglo no solo contempló un señalado aumento en la extensión de las ciudades, especialmente en aquellas de rango intermedio, sino también el nacimiento de un nuevo fenómeno: la ciudad verdaderamente grande, de alrededor de cien mil habitantes. A comienzos del siglo, probablemente solo cuatro ciudades entraban dentro de esta categoría: París, Nápoles, Venecia y Milán. A finales del mismo, otras ocho o nueve ciudades las habían seguido, incluyendo a Londres, Lisboa, Roma, Palermo y Sevilla.

Este sorprendente desarrollo de la civilización industrial y urbana no quiere decir que la Europa occidental se hubiese convertido a finales del siglo XVI en una sociedad «burguesa». Por el contrario, en algunos aspectos era más aristocrática en 1600 que lo había sido ciento cincuenta años antes. Pero no por eso el contraste era menos señalado con las tierras situadas más allá del Elba, donde la mayor parte de las ciudades se habían estancado o decaído desde los primeros años del siglo. Tampoco estaban las aristocracias oriental y occidental en posiciones estrictamente comparables, aunque compartían muchos intereses y gustos. Los nobles del oeste, aunque seguían siendo inmensamente poderosos, habían visto disminuir su

jurisdicción señorial por el avance de la justicia real; y aunque habían procurado infundir a la sociedad urbana muchos de sus propios valores, no por eso dejaron de encontrarse con la competencia de los socialmente inferiores, ya fuesen oligarquía ciudadana o gente acomodada, en el control efectivo del poder en un estado monárquico. Los magnates del Este, por su parte, no tenían por qué temer a la competencia. Con reyes y ciudades demasiado débiles para oponerse a su autoridad, dominaban a una sociedad predominantemente agrícola, en la cual su predominio económico como grandes propietarios se encontraba respaldado por la exclusividad de los derechos judiciales sobre los siervos de sus estados. Hay que admitir, sin embargo, que esta situación no era uniforme en toda la Europa oriental; ni incluso en áreas de desarrollo social similar sus causas eran las mismas. El carácter de cada uno de los príncipes, la proximidad a los turcos, la distancia de las principales vías marítimas o la continua vitalidad de las ciudades (como en Transilvania), todas estas causas motivaban importantes variaciones entre una región y la próxima.

Moscovia, en particular, continuaba siendo un caso aparte. Aquí, al contrario que en otras partes de la Europa oriental, no había grandes exportaciones hacia el oeste. Los contactos comerciales, ya fuesen a través del Báltico o por Arcángel, estaban estrechamente limitados, y las exportaciones de Rusia incluían poca cantidad de grano. Sin embargo, a pesar de ello, algunas de las formas de vida de las tierras avanzadas de Europa se daban también en suelo ruso. La expansión territorial de Moscovia en el siglo XVI, junto con el natural incremento de su población, había creado un extenso mercado interior de grano. Se trataba esencialmente de un mercado urbano, pues las ciudades moscovitas, al contrario de sus equivalentes de la Europa del este, estaban creciendo en número y en importancia a lo largo del siglo. Muchos propietarios de tierras respondieron a sus nuevas oportunidades económicas de la misma forma que de Alemania o Polonia: dedicando más tierra al cultivo y exigiendo un mayor rendimiento a sus campesinos. Al mismo tiempo, el poder del Estado estaba incrementándose en Moscovia, al igual que lo hacía en la Europa oriental. En 1556, Iván IV ordenó a todos los propietarios de tierras que prestasen servidumbre al Estado, y esta nueva nobleza de servidumbre, que poseía pequeños patrimonios concedidos por el zar, dependía para su supervivencia del control sobre el trabajo del campesinado. Todo ello se reflejó en una serie de decre-

tos cada vez más rigurosos, los cuales arraigaron permanentemente la servidumbre en Rusia hacia el final de la centuria.

La sociedad servil de Moscovia continuaba siendo, sin embargo, un mundo en sí misma, que amenazaba a sus vecinos a causa de su creciente poderío militar, pero que permanecía sin relacionarse económicamente con el mundo europeo. Por otra parte, Polonia, Silesia, Brandemburgo y Prusia estaban siendo llevadas inexorablemente a la órbita de la vida de la Europa occidental; e irónicamente este mismo proceso de estrecha asociación con el oeste era el que estaba contribuyendo más que nada a dividir a Europa en dos mitades diferentes. Al oeste del Elba, una sociedad cada vez más compleja y variada; al este, una sociedad compuesta esencialmente de señores y vasallos. Y mientras más se aproximaban, más se diferenciaban. En efecto, Europa oriental estaba derivando hacia un tipo de relación colonial con el oeste, con la mayor parte de las consecuencias que implican tales relaciones. Los *junkers* prusianos y los nobles polacos respondieron naturalmente a las oportunidades que le presentaban sus nuevos mercados por medio de una explotación intensiva de sus posesiones para abastecer al oeste con alimentos y materias primas. A cambio adquirían manufacturas occidentales y artículos de lujo. La importación de estos productos a precios ventajosos estaba llamada a perjudicar la producción doméstica y a frenar el desarrollo industrial de las ciudades del este europeo. Como consecuencia, los territorios orientales estuvieron sujetos a un largo periodo de retraso económico y de paralización social, en una época en la que algunas partes de la Europa occidental estaban mostrando los primeros signos de su capacidad para efectuar un cambio.

La pérdida del este significaba la ganancia del oeste. La Europa occidental podía obtener del este no solo materias primas esenciales –madera, fibras, metales–, sino también el grano, que en algunas áreas representaba el margen de seguridad entre la supervivencia y el hambre a causa del rápido aumento de la población urbana. Entre 1562 y 1659 no menos del 23 por 100 del grano consumido en los Países Bajos fue importado del Báltico. Aunque la demanda de los Países Bajos era excepcional, resultaba de suma importancia para Europa occidental el poder acudir en tiempos de necesidad a su granero del este del Elba. Sin embargo, la creciente independencia económica de la Europa oriental y occidental fue también beneficiosa para el oeste en otros aspectos. Estimuló el crecimiento industrial, proporcionando una valiosa salida a las manufacturas

occidentales, y dio un poderoso ímpetu a la navegación y al comercio. La madera y el grano de Polonia y de Alemania del este, embarcados en Danzig y en otros puertos del Báltico, serían transportados a través del Sund danés hacia Amberes, o, desde la década de 1550, principalmente hacia Ámsterdam. Desde allí solían ser reexportados a otros lugares del continente, especialmente al sur de Europa. Los mayores transportes eran los barcos de los Países Bajos, los cuales habían adquirido, en virtud del tratado de Speyer de 1544, una posición privilegiada en el pago de impuestos y tarifas en el Sund danés. Los mercantes de los Países Bajos se aprovecharon de su ventaja: de los 3.000 barcos que atravesaron el Sund entre 1560 y 1569, el 75 por 100 eran holandeses.

La creciente importancia del comercio del Báltico y de las rutas marítimas de norte a sur contribuyó a alterar los centros de gravedad económica de Europa a medida que avanzaba el siglo. El mundo de Carlos V había sido dominado por el eje financiero y comercial de Amberes y el sur de Alemania, pero alrededor de la década de 1550 la importancia de este eje había ya comenzado a disminuir. Las minas de plata del centro de Europa habían sido afectadas fatalmente por la competencia de la plata americana, y la prosperidad de Alemania meridional fue aún más reducida por la irresponsabilidad financiera del emperador, el cual condujo al desastre no solo al mercado monetario de Amberes, sino también a los banqueros de Augsburgo. El declive de la economía continental del sur de Alemania fue acompañado, sin embargo, por el avance de una economía marítima de Alemania septentrional, pues los puertos del norte –Hamburgo, Bremen, Endem, Riga y Reval– se beneficiaron de la creciente vitalidad del comercio báltico.

Podía haber parecido lógico que la prosperidad marítima del norte hubiese servido a Amberes para retener su privilegiada posición como capital comercial de Europa. Sin embargo, la competencia, al cabo, demostró ser demasiado fuerte. A comienzos de la década de 1560, una serie de disputas comerciales entre Inglaterra y los Países Bajos tuvo como consecuencia un cambio del comercio inglés de paños desde Amberes a Emden y después a Hamburgo y otros puertos del norte de Alemania. Se puso de manifiesto, al mismo tiempo, que Bremen y Hamburgo estaban mejor situadas que Amberes para el comercio con el interior de Alemania y para el comercio transcontinental con la península italiana, mientras que Ámsterdam se convirtió en un rival con un éxito cada vez mayor sobre el control del co-

mercio de tránsito de grano entre este y oeste. Pero el declive de Amberes fue gradual, más que dramático. Si no pudo conservar su posición de principal puerto europeo para el grano del Báltico, todavía era capaz de participar en el floreciente comercio báltico como el principal centro de exportación para los productos del sur de Europa y para las manufacturas locales hacia las tierras del nordeste de Europa. Por la intensidad de sus exportaciones industriales, tales como el lino flamenco, pareció por un momento, alrededor de 1559, que esta ciudad podría capear el temporal. Su población alcanzó los 90.000 habitantes a lo largo de la década de 1560, y la industria de la construcción experimentó un auge extraordinario. Pero este resurgimiento fue engañoso, y el alza de comienzos de la década de 1560 no pudo sostenerse. En el momento en que su predominio comercial era amenazado por una combinación cada vez más ominosa de infortunio económico y político, se dio cuenta de que también había perdido su privilegiada posición financiera. Amberes, por tanto, fue una víctima temprana y espectacular del más importante de los fenómenos económicos de finales del siglo XVI: la incorporación del Nuevo Mundo de América a la vida europea.

El Atlántico y el Mediterráneo

Aunque México cayó en manos de los españoles en la década de 1520, y Perú en la de 1530, no se puede decir que la efectiva explotación de los recursos del Nuevo Mundo comenzase hasta después de 1550. Fue inevitable cierto retraso, ya que el descubrimiento y la conquista, aunque fueron sucesos heroicos, no bastaron por sí mismos. Los territorios recién descubiertos habían de ser sometidos, colonizados y, al menos nominalmente, cristianizados, antes de que los españoles y portugueses pudiesen esperar la creación en el otro lado del Atlántico de sociedades viables a imagen de las suyas propias. Hasta que esto no se llevase a cabo, América seguiría siendo poco más que una tierra adelantada de Europa, una frontera avanzada bajo la presión de grupos rivales en guerra. Pero alrededor de la década de 1550, el proceso de colonización y consolidación se hallaba en buen camino. Para ayudar a los soldados habían llegado los religiosos y los administradores para organizar, convertir y gobernar; y a mediados de siglo, Nueva España y Perú se hallaban equipados con todo el aparato del gobierno español, en forma de

virreyes, audiencias o tribunales judiciales, y una horda de funcionarios que se habían convertido en elementos indispensables del Estado del siglo XVI. La época del *conquistador* había pasado, y había comenzado la menos espectacular del burócrata.

Los funcionarios que gobernaron las «Indias», como los españoles continuaron llamando a sus posesiones americanas, no tenían dudas acerca de las razones o de la justificación de la presencia de España en el otro lado del Atlántico. El Nuevo Mundo había sido encomendado por Dios al especial cuidado de los reyes de España para que sus habitantes paganos pudiesen ser llevados a la comprensión de la verdadera fe; y con la obligación vino también la recompensa en forma de oro y plata que estas tierras donadas por Dios producían en tan halagadoras cantidades. Como los designios de la Providencia eran tan inequívocamente claros, no podía plantearse la cuestión de que España tuviese que compartir sus obligaciones o sus riquezas con ninguna otra nación. Así pues, el Nuevo Mundo permaneció, al menos a los ojos castellanos, como exclusivo dominio de la corona de Castilla, aunque muchos otros estados europeos pudiesen discutir la validez de las bulas papales de donación de 1493. Pero, por el momento, existía una considerable y creciente discrepancia entre la teoría y la práctica. Desde la década de 1520, tanto los comerciantes extranjeros como los invasores se habían estado infiltrando en el Caribe con éxito creciente, y los corsarios franceses, tomando como pretexto la guerra franco-española para sacar provecho, asaltaron y quemaron Cartagena en 1559. El mismo tratado de Cateau-Cambrésis guardaba un significativo silencio sobre la cuestión de América, pues la cláusula de la tregua de Vaucelles, de 1556, mediante la cual Francia renunciaba explícitamente a sus demandas de comerciar con las Indias, fue suprimida del acuerdo final de paz. En parte, sin duda, porque se había visto que no podía imponerse, y en parte porque los consejeros de Felipe parecían entender que cualquier referencia específica a las Indias en un acuerdo internacional podía por sí sola ayudar a poner en duda los derechos absolutos de España sobre la cuestión. Así pues, en vez de una cláusula de acuerdo, las potencias acordaron solo discrepar sobre las Indias en 1559. Mientras que España insistía en sus derechos absolutos, basados en su descubrimiento y en la donación papal, sus rivales insistían, no menos firmemente, en el principio de la libertad de los mares (un principio por el que algunos de ellos mostraban menos entusiasmo en sus aguas). Se encontró una solución de compromiso

en la aceptación tácita de la idea de las «líneas de demarcación», las cuales habían sido fijadas, hacia el oeste, en las islas Canarias, y hacia el sur, en el trópico de Cáncer, por el tratado de Tordesillas entre España y Portugal en 1494. Hacia el sur y el oeste de las «líneas», las potencias europeas no tendrían por qué comportarse bajo las mismas normas que las que regulaban sus relaciones en Europa. Si los franceses optasen todavía por entrar en las aguas americanas, entonces España podía igualmente optar por resolver estas intromisiones de la forma que prefiriese. Los resultados del compromiso eran predecibles. El tratado de Cateau-Cambrésis podía haber llevado la paz a Europa occidental, pero no habría «ninguna paz más allá de la línea» en los años venideros.

Aunque las intromisiones extranjeras en el Caribe constituían una fuente de preocupaciones constantes y cada vez mayores para la corona española, eran demasiado débiles y demasiado esporádicas, a mediados del siglo, para impedir el desarrollo del gran sistema comercial hispanoamericano sobre el que descansaba en última instancia el poder de Felipe II. Este sistema procedía, lógicamente, de las mutuas necesidades de España y de sus colonias. La creciente población colonial de México y Perú –quizá cerca de 118.000 alrededor de 1570– dependía estrechamente de la metrópoli en los alimentos, los vestidos y los productos de lujo que le permitían llevar una vida lo más parecida posible a la de los bien nacidos y los ricos en el mundo que había dejado atrás. España, por su parte, necesitaba los productos del Nuevo Mundo –las perlas, los tintes y, sobre todo, el oro y la plata que le permitirían cumplir sus graves compromisos y llevar a cabo sus guerras en el extranjero. A comienzos de siglo, los envíos de oro y plata, aun cuando ofrecieron una deslumbrante fuente de ingresos al agobiado Carlos V, habían fluctuado bruscamente con el descubrimiento de venas de fácil explotación y de ocultos tesoros. Pero estas fuentes de ingresos constituían un fondo en disminución, y solo se aseguró un extenso y continuo abastecimiento de metales preciosos cuando fueron descubiertas en 1545 las minas de plata de Potosí (en la actual Bolivia) y las de Zacatecas (en México) en 1546. Sin embargo, estos descubrimientos de la década de 1540 no aseguraron por sí solos una expansión rápida y regular de los envíos de plata a España. Las minas tenían que ser trabajadas, y solo fue posible un trabajo efectivo a gran escala alrededor de 1560, con la introducción de un nuevo método para extraer la plata de la ganga por medio de una amalgama de mercurio.

Incluso entonces llevó algún tiempo el poner en marcha el nuevo sistema. En la primera mitad del reinado de Felipe II, como bajo el de Carlos V, la contribución de América al tesoro real, aunque extraordinariamente valiosa a causa de que llegaba en forma de plata, era todavía relativamente pequeña si se la compara con otras fuentes de ingreso. Solo en la década de 1580 la corriente de plata se convirtió en una oleada, permitiendo a Felipe gastar dinero con una despreocupación que hubiese sido inimaginable en años anteriores[1]. Sin embargo, ya en 1560, aproximadamente, España y sus colonias eran mutuamente interdependientes y se había establecido de hecho una economía hispanoatlántica.

En el corazón de esta economía se encontraba el puerto de Sevilla, que disfrutaba de los derechos de monopolio sobre el comercio hispanoamericano. El monopolio, aunque fuertemente sostenido por uno de los más poderosos grupos de presión de la Europa del siglo XVI –el Consulado de Comerciantes de Sevilla– se hallaba basado sobre la experiencia y la lógica. Sevilla era el puerto mejor situado y mejor equipado de todos los de España para mantener el comercio con las Indias, pues los cargamentos de metales preciosos necesitaban una cuidadosa vigilancia durante su viaje y un registro oficial en un solo puerto cuando los barcos llegaban a España. La capacidad de Sevilla para cubrir estas necesidades del comercio americano trajo aparejada una situación privilegiada, una, a veces, febril prosperidad y un rápido incremento de la población, que la convirtió en una de las ciudades más grandes de su tiempo, con casi 100.000 habitantes en las últimas décadas del siglo. La inmensa e imponente catedral, la Casa de la Contratación, donde los cargamentos eran detallados y registrados y preparada la salida de las flotas, la lonja o palacio del Consulado de Comerciantes, todo ello testificaba la riqueza y el prestigio de una de las ciudades más importantes de España y aun del extranjero, cuyas calles eran un enjambre de comerciantes, marineros y cargadores de todas las nacionalidades: flamencos, alemanes y portugueses, genoveses, raguseos, negros y moriscos. Sus vidas, como la de la ciudad, estaban engranadas con la salida y llegada de las flotas que unían el Viejo Mundo con el Nuevo con un tenue hilo de plata.

En la década de 1560 fue cuando el sistema de navegación entre España y América adquirió su forma definitiva. El mes de mayo vio la salida del puerto de Sevilla de la flota destinada a Veracruz, en

[1] Véanse pp. 259 y ss.

México. En agosto le llegó el turno a los galeones, una segunda flota de sesenta o setenta barcos aproximadamente, destinada a Nombre de Dios (Portobello), en el istmo de Panamá. Después de dejar sus cargamentos, al cabo de cinco o seis semanas de navegación a través del Atlántico, los galeones se retiraban durante los meses de invierno al guarecido puerto de Cartagena, en el continente sudamericano. Después, en la primavera, volvían al istmo para recoger las consignaciones de plata, laboriosamente transportadas por tierra y por mar desde Potosí y Perú, y atracaban en La Habana para su *rendezvous* con la flota que volvía de México. La flota combinada, que partía en un convoy bien protegido, esperaba estar de vuelta en Sevilla a comienzos del otoño, lo más tarde.

El laborioso mecanismo del comercio de las Indias, que constituía una inmediata y abrumadora preocupación para los colonos hispanoamericanos y para los comerciantes de Sevilla, demostraba ser de no menos importancia para la vida económica y el bienestar de Europa en general. Aunque el comercio entre el Báltico y la Europa occidental y meridional era considerablemente mayor en volumen que el comercio trasatlántico, algunos aspectos del tráfico de las Indias colocaron a este en una posición única en la vida europea. Lo más importante de todo fue que proporcionó a Europa una corriente periódica de plata que los europeos necesitaban tan desesperadamente para sus propias transacciones comerciales y para poner en orden su adverso balance comercial con el lejano Oriente. Volvió a llenar los cofres de los reyes de España, que la utilizaron para cumplir sus compromisos con sus banqueros, para pagar a sus ejércitos en tierras extranjeras, para llenar las manos de los clientes de otros países y para comprar fuera los pertrechos militares o los materiales navales que no podían encontrarse en la península. También sirvió para pagar a los comerciantes los productos que habían embarcado para el Nuevo Mundo, y a su vez hizo posible que estos pagasen sus deudas a los fabricantes, españoles o extranjeros, de los artículos que habían comprado. Así pues, una enorme y compleja red que partía desde Sevilla se extendió por todo el continente, y la llegada de la flota proporcionaba un repentino auge de la actividad en las ferias de Medina del Campo, en los bancos de Génova y en las bolsas internacionales de Lyon o Amberes, puesto que ello significaba un nuevo flujo de plata con el que lubricar el sistema económico europeo, demasiado propenso a frenar con un chirrido ante la falta de suministros regulares de metales preciosos.

Por tanto, Europa llegó a depender estrechamente, y por supuesto peligrosamente, del pausado trabajo del sistema comercial trasatlántico y de la puntual llegada de la flota a Sevilla. Un serio retraso en el regreso de los galeones podía producir de inmediato una serie de bancarrotas entre los comerciantes sevillanos, lo cual, a su vez, podía tener repercusiones internacionales a medida que la onda se extendiese a través de España y de Europa occidental. De forma parecida, el aprovisionamiento de las flotas de Indias adquirió impulso por sí mismo, ya que el único medio de obtener más plata de América era el de vender más productos a sus habitantes; pero más productos exigían más barcos, y más barcos exigían unas inversiones mayores en las flotas de Indias, lo cual a su vez significaba una acuciante necesidad de recompensas todavía mayores. Sin embargo, la cantidad de productos europeos que las Indias podían absorber en un momento dado tenía un límite, y, por tanto, los productos destinados a la exportación podían amontonarse fácilmente en los muelles de Sevilla, mientras que los barcos que habrían de transportarlos permanecían en las Indias, esperando una cantidad suficiente de metal precioso y de carga para justificar su próximo viaje a la metrópoli. Cuando esto ocurría, toda la delicada maquinaria se desencajaba, y una Europa ávida de plata contemplaba a una América saturada de productos a través de un océano que ahora dividía, en vez de unir, dos mundos interdependientes.

La medida en la que Europa se vio afectada por las fluctuaciones del comercio americano está sugerida en la gran depresión de la década de 1550. Muchos de los trastornos de estos años –que contemplaron las bancarrotas de las coronas francesa y española– fueron el resultado de condiciones específicamente europeas, especialmente de los gastos y devastaciones de la guerra Habsburgo-Valois. Sin embargo, coinciden con una aguda crisis del comercio trasatlántico. Ello era en parte consecuencia de las actividades de los piratas franceses en el Caribe y a lo largo de las rutas comerciales del Atlántico, pero también del inevitable proceso de ajuste en el mismo Nuevo Mundo, a medida que la economía del desvalijamiento de las primeras décadas del siglo dio paso a un sistema económico nuevo y más sólido, basado en la explotación de los recursos agrícolas y mineros. Esta transformación llevó tiempo y trajo aparejada un bache de diez o doce años en el comercio trasatlántico, que se reflejó en una caída acentuada del precio de los fletes y en el número de barcos que cruzaron el Atlántico entre 1550 y 1562. Ahora que la plata era momen-

táneamente menos fácil de conseguir en América, y que las actividades de los piratas franceses hacían peligrar la seguridad de los mares, los comerciantes de Sevilla reaccionaban violentamente, negándose a embarcar sus cargamentos, y así, durante veintidós meses, entre 1554 y 1556, ninguna flota salió desde Sanlúcar para los puertos del Nuevo Mundo. Por su parte, los envíos de plata disminuyeron, se hundió la confianza de los banqueros y de los financieros y llegó a ser difícil, y finalmente imposible, para Carlos V obtener más crédito para una guerra en la que ya había gastado demasiado.

Sin embargo, hacia 1559 comenzó a volver la confianza. La restauración de la paz y la rápida expansión de la producción de plata americana, que trajo consigo una renovada demanda de productos europeos y una mayor capacidad para pagarlas, contribuyeron sobremanera a revitalizar el comercio americano de Sevilla. Alrededor de 1562 comenzó a experimentarse un gran cambio positivo en el volumen y en el valor de los embarques entre España y América, un cambio que continuó, con algunas interrupciones y fluctuaciones, casi hasta el final del siglo XVI. El periodo comprendido entre las décadas de 1560 y 1590 representa, pues, la primera gran edad del mundo atlántico, una edad de expansión comercial entre España y sus posesiones ultramarinas que produjo prosperidad y acrecentó la actividad económica no solo en Sevilla, sino en regiones más lejanas.

Inevitablemente, este crecimiento de la economía atlántica produjo cambios posteriores en la balanza de la vida europea. En particular, contribuyó a inclinar al continente hacia su periferia, lejos de una Europa central cuyas minas de plata no podían ya competir con las de Zacatecas y Potosí; lejos también de una economía terrestre, hacia una economía marítima, en beneficio de los puertos de Inglaterra y Francia en el Canal y el Atlántico. Sevilla había reemplazado a Amberes como eje del mundo occidental, pero Sevilla no era más que un eslabón, aunque crucial, de una complicada cadena. Esto fue lo que permitió a regiones que podían haber padecido el cambio de la estructura comercial, participar en la economía atlántica, aunque fuese solo de segunda mano.

El Mediterráneo, a primera vista, podía salir perdiendo. Aparentemente sobrepasado por la apertura de nuevas rutas comerciales, primero hacia Asia y después hacia el Nuevo Mundo, no podía apenas evitar la pérdida de su antigua primacía en favor del nuevo y europeo Atlántico. Sin embargo, finalmente, a lo largo del siglo XVI, su suerte fue menos triste de lo que se podía haber esperado. Duran-

te algún tiempo dominó la impresión de que la primera víctima sería Venecia, la cual, en las primeras décadas del siglo XVI, había comenzado a parecer, más que una reina del Adriático, una decadente duquesa viuda entre un reducido círculo de admiradores y amigos. Pero la vieja dama no había perdido todavía su capacidad de sorprender. En una época en la que otras partes de Europa estaban dedicando más atención y recursos al comercio marítimo, Venecia escogió una dirección completamente opuesta. La flota veneciana comenzó a declinar en los años posteriores a 1560, y los barcos venecianos se retiraron de las aguas del norte, e incluso de las del Mediterráneo occidental, para limitarse más estrictamente a los puertos del Adriático y del levante. Sin embargo, esta retirada marítima coincidió con un gran giro del capital veneciano del mar hacia el continente. Aquí fue utilizado no para el comercio, sino para la adquisición de territorio y para el montaje de una industria textil a gran escala, capaz de competir con éxito con las del norte de Italia y las de los Países Bajos, las cuales habían sufrido las consecuencias de las guerras europeas. Esta política, al menos a corto plazo, le proporcionó importantes beneficios. Durante el resto del siglo, aunque con breves interrupciones, la producción de paños venecianos mantuvo un alto nivel, y la ciudad, que contaba con 170.000 habitantes antes de la plaga de 1576, resurgió con opulento esplendor, de tal forma que durante cierto tiempo pareció como si hubiesen vuelto milagrosamente los días de su antigua gloria.

Mientras que Venecia volvía la espalda ostentosamente al Atlántico, aunque guardando con avidez toda la plata americana que se ponía a su alcance, su rival, Génova, escogió un camino diferente y más emprendedor. Los comerciantes genoveses habían advertido hacía tiempo las perspectivas de los grandes beneficios que podían sacarse en el oeste: ya al final de la Edad Media habían derrotado a sus rivales catalanes en la lucha por el control de los mercados del oeste mediterráneo y se habían atrincherado en las ciudades comerciales más importantes de Castilla y del sur de España. Era natural que aprovechasen la oportunidad del descubrimiento y la conquista de América para extender sus actividades hasta el otro lado del Atlántico y para ocupar puestos en el comercio americano de Sevilla; así el acuerdo de 1528, mediante el cual Andrea Doria colocaba las galeras genovesas al servicio de Carlos V, representaba un reconocimiento tácito por parte de Génova de que allí estaba su futuro. En adelante, los genoveses serían los aliados leales, pero también indis-

pensables, de España, al ofrecer sus servicios navales y financieros a la corona española y al esperar a cambio un estatuto preferencial que les facilitase la explotación de España y de sus posesiones.

No se llevaron ningún desengaño. Los banqueros genoveses se destacaron al lado de los Fugger como prestamistas de Carlos V, y a medida que la influencia de los Fugger fue disminuyendo después de la bancarrota real de 1557, aumentó la de los genoveses. Los nombres de Justiniano, Spinola, Negro y Doria, aparecen con una frecuencia cada vez mayor en los asientos de Felipe II, es decir, en los contratos establecidos entre el rey y los financieros para facilitar préstamos que serían amortizados por el rey en un determinado lugar, en una determinada fecha y de igual forma bajo determinadas y generalmente onerosas condiciones. Estos hombres recibían las debidas garantías por sus servicios, en forma de monopolios, derechos especiales y una serie de privilegios que los pusieron en condiciones de ir adquiriendo poco a poco el control sobre la vida económica de la península española. Desde luego, por los últimos años del siglo, se puede hablar del sistema «hispanogenovés» como uno de los elementos dominantes de la economía europea. Este sistema contribuía a asegurar que el mundo mediterráneo no sería completamente excluido de los beneficios del comercio trasatlántico, puesto que alguna de la plata que fluía desde Sevilla hacia Génova volvía a salir hacia Venecia y hacia los puertos de Levante. Si el florecimiento de una economía atlántica proporcionó principalmente nueva vida y vitalidad a los límites occidentales del continente, su prosperidad en los años expansivos de finales del siglo XVI fue tal que pudo permitirse el lujo de extender su riqueza indiscriminadamente por toda Europa.

La plata y los precios

Aunque la expansión comercial entre Europa y América se reflejó en un incremento de toda clase de actividad económica –en la construcción naval, en la producción de textiles, de productos metalúrgicos, de vino, de trigo y aceite para un creciente mercado americano–, su manifestación más espectacular fue, evidentemente, la plata extraída de las minas americanas. La segunda mitad del siglo XVI fue sobre todo la edad de plata de Europa, a medida que el metal blanco invadía el continente; el oro, por el contrario, se hacía cada vez más escaso. Las cantidades de plata que entraron en Europa

fueron muy considerables, como sugieren las cifras de los envíos registrados en Sevilla[2]:

Periodo	*Para la corona española (ducados)*	*Para los particulares (ducados)*	*Total (ducados)*
1561-1565	2.183.440	11.265.603	13.449.043
1566-1570	4.541.692	12.427.767	16.969.459
1571-1575	3.958.393	10.329.538	14.287.931
1576-1580	7.979.614	12.722.715	20.702.329
1581-1585	9.060.725	26.188.810	35.249.534
1586-1590	9.651.855	18.947.302	28.599.157
1591-1595	12.028.018	30.193.817	42.221.835
1596-1600	13.169.182	28.145.019	41.314.201

Toda esta plata no quedó para siempre en manos de los europeos, pues en parte marchó hacia el oriente, como pago por la compra que hizo Europa de productos asiáticos de lujo. Tampoco toda la plata que permaneció en Europa fue convertida automáticamente en moneda para llenar los vacíos almacenes del continente de capital líquido. Después de todo, el siglo XVI fue el siglo de Benvenuto Cellini, y grandes cantidades de plata y oro fueron a parar a las hábiles manos de los joyeros y de los plateros, cuya producción de complicados trabajos de cálices, crucifijos, candelabros e incensarios contribuyeron a estimular, pero nunca a satisfacer, el insaciable apetito de la elite europea de los objetos más espectaculares y extravagantes, productos de una forma civilizada de vida.

La afición, cada vez mayor, por el lujo contribuyó sin duda a que la plata fuese relativamente escasa en forma de dinero en una época en la que era distribuida tan profusamente por toda Europa como no lo había sido hasta entonces. La masa de la población rural de Europa apenas podía poner sus ojos en una moneda de oro o de plata, pues las transacciones a nivel de pequeñas poblaciones, cuando no se hacían por medio del crédito y el trueque, se llevaban a cabo con

[2] Cifras convertidas en ducados españoles, según la tabla dada en la p. 34 de Earl J. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain,* Cambridge (Mass.), 1934.

pequeñas monedas de cobre y de aleación, cuyo número creció rápidamente, mientras que su valor intrínseco disminuía. La plata que circulaba en forma de moneda se solía concentrar en las ciudades más grandes y era particularmente utilizada para los propósitos del estado y para la adquisición de productos de lujo en el extranjero. Sin embargo, estaba presente en suficiente cantidad como para que un reducido número, aunque en aumento, de observadores sugiriese que era, al menos, una de las causas que contribuía a configurar uno de los más sorprendentes fenómenos de la época: la elevación del coste de vida.

A mediados del siglo XVI, el alto nivel de los precios se había convertido en el objeto de vivas y ansiosas discusiones en muchas partes de Europa. Este debate era especialmente intenso en España, en donde los precios de la década de 1550 habían subido a más del doble con respecto a los registrados a principios de siglo. La elevación del coste de la vida no solo fue una fuente de constantes quejas en las cortes de Castilla, sino también extendió la conciencia de que los productos domésticos habían llegado a ser mucho más caros que aquellos similares importados del extranjero. Los círculos universitarios de Salamanca estaban ya comenzando a hacer, a mediados de siglo, un intento de conexión entre la disminución del valor de cambio de la moneda española y su relativa abundancia en la península; así, en un tratado de 1556, uno de los más distinguidos profesores de Salamanca, Martín de Azpilicueta, relacionó directamente el nivel de los precios españoles con la plata americana: «Vemos por experiencia que en Francia, donde el dinero escasea más que en España, el pan, el vino, el vestido y el trabajo valen mucho menos. E incluso en España, en tiempos en que el dinero era más escaso, los productos que se vendían y el trabajo se daban por mucho menos que después del descubrimiento de las Indias, que inundó el país de oro y plata»[3].

Estas primeras insinuaciones de la teoría cuantitativa encontraron un exponente más celebrado en 1568, cuando Jean Bodin publicó su *Response à M. de Malestroit,* sobre las causas de la elevación de precios en Francia. Las ideas de Bodin habían comenzado a circular con cierta profusión en Inglaterra alrededor de 1581, y desde finales del siglo XVI la relación entre el metal precioso y la inflación en Eu-

---

[3] Véase Marjorie Grice-Hutchinson, *The School of Salamanca, Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605,* Oxford, 1952, pp. 91-96.

ropa se convirtió en un lugar común. Sin embargo, este argumento no adquirió precisión estadística hasta 1934, con la publicación del profesor Earl J. Hamilton*, American Treasure and the Price Revolution in Spain,* la cual sugería que la correlación entre las importaciones registradas de plata a Sevilla y el movimiento de los precios españoles era demasiado estrecha para ser una coincidencia.

Sin embargo, ni Azpilicueta ni Bodin alegaron que la plata americana fuese la sola causa de la elevación de precios, y semejante afirmación tropieza con un buen número de serias dificultades. En Italia, por ejemplo, la elevación de precios más acentuada de todo el siglo tuvo lugar entre 1552 y 1560, en una época en la que la plata americana estaba entrando en la península aparentemente en cantidades demasiado pequeñas para producir un impacto espectacular sobre los precios. En los años posteriores a 1570, cuando estaban inundando Italia grandes cantidades de plata procedentes de España, los precios italianos cayeron de hecho[4]. Así pues, hubiese sido perfectamente posible explicar la elevación de precios italianos de la década de 1550 sin hacer referencia a la plata americana, sino simplemente relacionándolos con el establecimiento de la paz, la recuperación de la población y el auge de la reconstrucción después de las devastaciones de la guerra.

También podrían darse explicaciones similares para otros lugares de Europa. Uno de los hechos más llamativos de la gran inflación del siglo XVI es la tendencia de los precios de los alimentos, y especialmente de los del grano, a elevarse de una forma más acentuada que los de los productos manufacturados. Esto era lo que podía esperarse de una sociedad en la que se estaba incrementando la población a un ritmo más rápido que la capacidad de la tierra para alimentarla. Desgraciadamente, las estadísticas para la población del siglo XVI son fundamentalmente especulativas, y existe la tentación natural, ante la falta de firme evidencia, de establecer el argumento circular de que el crecimiento de la población es la causa inmediata de la elevación de precios, la cual, a su vez, es la prueba evidente de que la población está creciendo. El crecimiento de la población en las ciudades puede estar razonablemente bien documentado, pero resulta mucho más difícil descubrir evidencia estadística fidedigna

---

[4] C. M. Cipolla, «La prétendue révolution des prix», *Annales* X, 1955, pp. 513-516 (trad. ingl.: en *Economy and Society in Early Modern Europe,* ed. de Peter Burke, Londres, 1972, cap. 3).

para el movimiento de población en el campo. Sin embargo, el balance general, tanto de la deducción como de la evidencia, indica un incremento sustancial en la cifra total de la población de Europa entre mediados del siglo XV y finales del XVI: quizá de cincuenta o sesenta millones hasta alrededor de noventa millones de personas en ciento cincuenta años. La distribución nacional de esta población alrededor de 1600 parece haber seguido el orden siguiente:

Inglaterra y Gales	4,5	millones
Escocia e Irlanda	2	millones
Países Bajos	3	millones
Escandinavia	1,4	millones
Polonia y Lituania	8	millones
Alemania	20	millones
Francia	16	millones
Italia	13	millones
España y Portugal	8	millones
Turquía (europea y asiática)	18-30	millones

Aunque todas estas cifras representan un incremento sobre las cifras estimadas para comienzos del siglo, hubo inevitablemente grandes variaciones en la rapidez y en el grado de crecimiento de la población. En algunas regiones, como en la del Languedoc, el rápido crecimiento de comienzos del siglo XVI acabó alrededor de 1560-1570. En cualquier otro lugar, como en Cataluña, al otro lado del Languedoc, el crecimiento parece haber continuado hasta comienzos del siglo XVII. Pero, salvando las variaciones locales, el siglo XVI fue predominantemente un siglo de crecimiento para la población, un siglo en el que fueron enmendados los daños creados por la peste negra, y una vez más hubo demasiada gente en Europa, demasiadas bocas que alimentar.

El crecimiento de la población de Europa tuvo inevitablemente profundas consecuencias sociales y económicas. Produjo una demanda cada vez mayor sobre los productos alimenticios y sobre la tierra. Amplió aún más las miserables filas del más grande ejército europeo, el de los hambrientos y vagabundos. Provocó una amarga competencia por los empleos y ocupaciones, a la que respondieron

los gremios y corporaciones cerrando sus puertas a los recién llegados y elevando sus cuotas de entrada. Marcó de una forma definida las líneas de separación entre los privilegiados y los que no lo eran, exacerbando antipatías sociales y creando nuevas frustraciones sociales. Y convirtió a los hombres en nómadas, bien como mercenarios bajo la paga de capitanes extranjeros, o como emigrantes en busca de nuevas oportunidades, o simplemente como vagabundos. Las ciudades, los ejércitos, las colonias de la Europa del siglo XVI fueron testigos elocuentes de una población en movimiento.

Contribuyó también a la disminución de los salarios y a la elevación de precios, aunque el grado de su responsabilidad en la gran inflación es imposible de determinar. El mismo Bodin señaló el crecimiento de la población como una de las causas de la elevación de precios en Francia. Sin embargo, no lo consideró como una causa tan significativa como el influjo de los metales preciosos. Este influjo lo atribuyó al crecimiento del comercio extranjero, al desarrollo de una bolsa internacional en Lyon y a la emigración estacional de trabajadores de Francia a España, donde podían ganar salarios más altos y gastarlos a su vuelta. Señaló también el aumento del consumo de calidad, los gastos crecientes de los príncipes, nobles, comerciantes y ricos ciudadanos en sus casas, sus vestidos y sus alimentos y en todos aquellos lujos que habían llegado a ser considerados, hacía poco tiempo, como esenciales para los hombres de rango y de calidad.

Para el oponente de Bodin, Malestroit, la devaluación del dinero era el villano de la obra. En efecto, en algunos países, como en la misma Francia, la devaluación de las monedas de plata motivó violentas alteraciones de precios; sin embargo, en España, Felipe II resistió con éxito la tentación de envilecer la plata, y, por tanto, la explicación de la elevación de los precios españoles debe buscarse en otra parte. La radical variación de circunstancias, de una estación a otra, de determinado país a su vecino, pone de manifiesto que ninguna explicación es completamente correcta o completamente equivocada. En una época o en otra, la mayor parte de las causas aducidas por Bodin y sus contemporáneos parecen haber salido a escena bajo alguna forma o permutación, y la búsqueda de una explicación unificada que cubra cualquier variación de tipo local, desde Madrid hasta Fráncfort y Cracovia, continúa siendo una indagación esperanzadora. Pero en términos generales, parecería razonable afirmar que, después de un largo periodo de precios relativamente

estables a finales de la Edad Media, los precios comenzaron a elevarse bajo el estímulo de una demanda creciente, demanda impulsada por el crecimiento de la población, la expansión de la actividad comercial y los cambios en los hábitos de gasto de los príncipes y de la aristocracia. La plata, primero la de las minas de la Europa central, y después, y cada vez más, la de las Indias, contribuyó en parte a aliviar la desesperada escasez de capital líquido producida por el crecimiento de la demanda. Pero al mismo tiempo causó también una acusada alza local de precios cuando fue introducida de repente, en grandes cantidades, en áreas donde desde antes existía una gran carestía de plata; y a medida que se extendió por Europa produjo un impacto más general al estimular la actividad en momentos de expansión y al impedir la caída de los precios por debajo de un cierto nivel en los periodos en los que el comercio decaía.

En comparación con las alzas de precio del siglo XX, la inflación del XVI no fue, de hecho, muy grande, pero atrajo mucho la atención de los contemporáneos, en parte porque se trataba de un nuevo fenómeno después de un largo periodo de estabilidad de los precios, y en parte porque fue acompañada por cambios espectaculares en la distribución de los ingresos, lo cual parecía dramatizar la fragilidad y la precaria condición de los asuntos humanos. Algunos sectores de la sociedad de la década de 1560 atravesaban una situación sustancialmente peor que la de sus abuelos, y así se comprendía. En particular, los asalariados, ya se tratase de trabajadores del campo o de artesanos urbanos, se vieron gravemente afectados. Por toda Europa, los salarios fueron cojeando detrás de los precios, aunque en un momento dado hiciesen un esfuerzo supremo repentino, cuando por alguna razón se intensificase la demanda de trabajo, como sucedió en Amberes al final de la década de 1550. Así, las grandes ciudades europeas se poblaron a finales del siglo XVI de artesanos semiespecializados o sin especializar y de trabajadores eventuales, cuyos empleos fluctuaban acusadamente con el nivel general de prosperidad, y cuyo bajo nivel de salarios no podía alcanzar una repentina elevación del precio del pan causada por una mala cosecha o porque los envíos de grano no llegaban a tiempo. Como las autoridades municipales supieron muy bien, esta gran masa de ciudadanos desempleados o con míseros empleos, que vivían al borde del hambre, representaban una amenaza latente para la paz pública. Así pues, los regidores de la ciudad hacían desesperados proyectos para la compra de grano en grandes cantidades, que se guardaban en graneros

municipales para casos de emergencia, pues sabían que, de lo contrario, habría saqueo y pillaje a cargo de la turba hambrienta.

Si los asalariados fueron las principales víctimas de la elevación de precios del siglo XVI, sus principales beneficiarios fueron –o al menos debieron haber sido– los propietarios de tierras y los productores de alimentos. Ante la acentuada alza del precio del grano, el campesino, el granjero y el noble propietario de tierras estaban aparentemente en condiciones de salir ganando. Pero aunque el siglo XVI fue una época de beneficios agrícolas, no existía ninguna garantía automática de que esos beneficios fuesen a parar a los bolsillos de aquellos que realmente poseían o trabajaban la tierra. Con frecuencia, era el intermediario –el administrador, el rentista, el arrendatario– el que más se beneficiaba de la prosperidad agrícola. A menudo, el pequeño campesino se encontraba agobiado como consecuencia de la mala cosecha y de la abrumadora carga de sus deudas. El noble o el caballero propietario se encontraban desarmados ante los contratos establecidos por sus antecesores en los días en que el dinero valía más que ahora.

Incluso cuando los propietarios de la tierra consiguieron subir sus rentas y tributos, sus ganancias fueron fácilmente enjugadas por el alza del coste de vida y por su incapacidad –o su negativa a ajustar sus necesidades a su presupuesto–. La pobreza de la nobleza francesa debía ser achacada, principalmente, de acuerdo con el dirigente hugonote François de La Noue[5], a «las faltas cometidas por el gasto de su riqueza». Se malgastaron grandes sumas en vestidos y en edificios («pues hasta los últimos sesenta años no se ha restablecido la arquitectura en Francia»), en alimentos y en muebles y en todos los símbolos externos de la categoría y el rango. Ahora que una educación oficial o universitaria estaba convirtiéndose en pasaporte indispensable para conseguir un puesto bajo la corona, los nobles se encontraron con grandes gastos en la educación de sus hijos. Existían también los gastos del servicio militar, que el mismo La Noue no consideraba ruinosos, según la curiosa creencia de que los nobles servidores serían recompensados adecuadamente por un rey agradecido. Sin embargo, muchos nobles inferiores y gente acomodada, ya fuesen franceses, flamencos o castellanos, encontraron en el servicio de las armas un camino para escapar, aunque temporalmente,

[5] *Discours politiques et militaires du seigneur de la Noue,* Basilea, 1587 (nueva ed. Ginebra, 1967), cap. VIII.

de las preocupaciones que los agobiaban. Para estos capitanes empobrecidos, la paz no traía ningún beneficio. Muchos caballeros de Francia y de los Países Bajos se encontraron de repente encumbrados y cesantes a causa del licenciamiento de los ejércitos después de Cateau-Cambrésis, en una época en la que el apremio para gastar aumentaba y los costes continuaban elevándose.

Los problemas económicos que se produjeron como consecuencia del alza de precios se convirtieron, pues, alrededor de 1560, en una fuente de potenciales descontentos. Una nueva fase de expansión económica podía haber comenzado con el final del conflicto Habsburgo-Valois, una expansión estimulada por el crecimiento de la demanda en Europa y por el desarrollo del comercio europeo occidental con las tierras de Europa oriental y el Nuevo Mundo a través del océano. Sin embargo, los beneficios de la expansión no fueron distribuidos con equidad. Había, sin duda, mucho dinero que ganar en el comercio, en la agricultura, en los bancos, en el gobierno y en la legislación. Pero había también miseria, empobrecimiento y hambre en grande y creciente escala. Los caballeros endeudados, los deprimidos asalariados, los pequeños campesinos que habían huido a refugiarse en la ciudad, eran víctimas del siglo, futuros miembros del ejército de los descontentos. En el clima religioso y social de la década de 1560 no hubiese sido excesivamente difícil movilizar estos ejércitos, que hubiesen sido refrenados por poco más que la siempre frágil autoridad del Estado europeo.

III. EL PROBLEMA DEL ESTADO

La monarquía

La Europa del siglo XVII era esencialmente una Europa de «monarquías compuestas». Esto quiere decir que la mayoría de los estados que se encontraban bajo la soberanía de un solo gobernante estaban formados por una serie de territorios que habían sido adquiridos a lo largo del tiempo por medio de conquistas, uniones dinásticas o herencias. El mejor ejemplo de monarquía compuesta fue la monarquía española que heredó Felipe II, quien se encontró de repente como rey de una amplia variedad de tierras, cada una con sus propias leyes, instituciones y costumbres, que él mismo juró mantener y defender. Sin embargo, los Tudor también gobernaron una monarquía compuesta constituida por los reinos de Inglaterra e Irlanda y el principado de Gales; mientras que a la Francia de los Valois, a pesar de ser la más integrada de las monarquías de Europa occidental, aún le faltaba mucho para asimilar territorios de adquisición relativamente reciente como los ducados de Bretaña y Borgoña, que tenían sus propias tradiciones históricas diferenciadas y sus asambleas representativas o estados.

Sin embargo, a pesar de las limitaciones inherentes al carácter compuesto de sus monarquías, en la primera mitad del siglo XVI, en general, los monarcas de Europa occidental lograron aumentar su poder. Ejércitos más fuertes, mayores facilidades financieras, organización administrativa más eficiente y un más estrecho control sobre la iglesia nacional: todos estos factores habían hecho aumentar la autoridad personal de los reyes y la coherencia de sus estados. Mientras que los letrados desplegaban una serie de argumentos sofisticados en defensa de la prerrogativa real, no se desperdició ningún esfuerzo en acentuar la suprema majestad de los reyes como representantes de Dios, al mismo tiempo que como perfecta encarnación de las aspiraciones nacionales. El estilo y los acompañamientos de la realeza tendían, pues, a caracterizarse por un ceremonial cada vez mayor a medi-

da que avanzaba el siglo. El título de «majestad», que había sido reservado tradicionalmente para el emperador, fue adoptado por Enrique II de Francia y Felipe II de España y utilizado con creciente frecuencia en Inglaterra, a la vez, o en lugar de «su alteza» y «su gracia». En 1548, la corte española adoptó el complicado ceremonial tradicional de la casa de Borgoña. En Francia, en la segunda mitad del siglo, el *lever* y el *coucher* se convirtieron en ceremonias oficiales para las que se requería una especial invitación. E incluso para los extranjeros acostumbrados al estilo de los Habsburgo y los Valois resultaba asombroso el complicado ceremonial de la corte isabelina.

El desarrollo de este rígido y medido ceremonial era, sin duda, un adecuado reconocimiento del creciente poder y majestad de los reyes del siglo XVI. Esto era precisamente lo que se intentaba. Aunque estos rituales grotescos –el más extraño de los cuales era seguramente la costumbre francesa de servir comidas a la efigie funeraria de un monarca muerto hasta que su sucesor fuese coronado– eran quizá tanto un signo de debilidad como de poder real. La pompa y el ceremonial, como Catalina de Médicis advirtió rápidamente, eran los medios usuales de arrogarse lo que no había sido otorgado automáticamente. Diestramente manejados, podían ser utilizados para impresionar a los súbditos inquietos con la autoridad y esplendor sin igual de la corona; y al acentuar la majestad de la institución podían contribuir a ocultar la debilidad del hombre.

Así pues, a pesar de los avances que podían haberse hecho a comienzos del siglo, la monarquía era todavía patéticamente vulnerable a los caprichos de la suerte: la suerte de la personalidad, de la incierta sucesión y, sobre todo, de la muerte repentina. En ninguna década podía haber sido esto más cierto que en la de 1550, una década que no solo contempló la muerte accidental de Enrique II de Francia, sino que extendió también una mortandad natural entre las casas gobernantes de Europa. Realmente, al final de la década apenas había un simple gobernante importante en el norte, centro u oeste de Europa que hubiese estado en su trono en su año inicial.

Innumerables dudas e incertezas rodeaban a esta nueva generación de príncipes cuando se hicieron cargo de las riendas del poder. A María e Isabel de Inglaterra, y a María, reina de los escoceses, se las consideraba gravemente obstaculizadas a causa de su sexo. Sebastián de Portugal y Francisco II y Carlos IX de Francia estaban no menos obstaculizados a causa de su juventud. Carlos IX tenía diez años y medio cuando sucedió a su hermano; y solo cooperando con

Nuevos advenimientos, 1550-1560
(el final del reinado aparece entre paréntesis
después del nombre del gobernante)

1550	Duque Alberto de Baviera (1579)
	Duque Christopher de Wütemburg (1568)
1553	Duque Augusto I de Sajonia (1568)
	María I de Inglaterra (1558)
	Duque Manuel Filiberto de Saboya (1580)
1556	Emperador Fernando 1(1564)
	Felipe II de España (1598)
1557	Sebastián de Portugal (1578)
1558	Isabel I de Inglaterra (1603)
1559	Federico II de Dinamarca (1588)
	Federico III, Elector del Palatinado (1576)
	Francisco II de Francia (1560)
1560	Eric XIV de Suecia (1568)
	Carlos IX de Francia (1574)

Antonio de Borbón, el primer príncipe de la sangre, pudo la reina madre Catalina de Médicis asegurar sus poderes de regencia que la convertirían, a una extranjera y mujer, en la figura dominante de la vida francesa durante más de veinte años. Sebastián de Portugal era mentalmente incapaz y también Eric de Suecia, aunque en su caso la incapacidad era salvada parcialmente por momentos del genio hereditario de los Vasa. Incluso en aquellos países donde el monarca demostraba ser un gobernante capaz, la inseguridad se perpetuaba con frecuencia a causa de las dudas que rodeaban a la sucesión. Hasta el nacimiento de Carlos Manuel, en 1562, no hubo heredero en Saboya. Isabel de Inglaterra no se casaría ni designaría sucesor para el caso de su muerte. El único hijo de Felipe II, don Carlos, mostraba una creciente anormalidad que lo convertía en una persona poco adecuada para el trono, y después de su muerte, en 1568, Felipe tuvo que esperar otros diez años para el nacimiento de un hijo que sobreviviera a su infancia.

Cualquier debilitamiento momentáneo del poder real, tal como podía fácilmente suceder con la accesión de un príncipe nuevo y desconocido, podía arriesgar en pocos meses el laborioso trabajo de años. El monarca del siglo XVI era, después de todo, poco más que un *primus inter pares* al estar su autoridad constantemente expuesta a la amenaza de los nobles, que podían muy bien considerar sus derechos al trono superiores a los de aquel. Incluso si sus derechos no eran discutidos, necesitaba la lealtad y los buenos deseos de sus magnates para que le ayudasen a mantener su poder. En Inglaterra, donde la corona había perdido prestigio desde la muerte de Enrique VIII, la suerte de Isabel dependía de la lealtad de un puñado de pares –Pembroke y Norfolk, Northumberland y Shrewsbury, quienes entre ellos mismos dominaban Gales, el este de Anglia y el siempre peligroso norte–. La Francia de Catalina de Médicis estaba dividida de hecho en dos esferas de influencia controladas por tres grandes redes familiares: los Borbones, en el sur y el oeste; los Guisas, en el este, y la unión Montmorency-Châtillon, en el centro del país. Desde que los Guisa disfrutaban virtualmente de un indiscutido control sobre las provincias orientales, cualquier movimiento de la corona que molestase al duque de Guisa y a sus amigos podía comprometer la autoridad real en un tercio de la nación. Felipe II, en general, estaba mejor situado que Isabel y Catalina, pues la cesión del gobierno central y local en manos de funcionarios reales profesionales había progresado más en Castilla que en Inglaterra y Francia. Pero incluso Felipe encontró útil buscar la ayuda de un magnate con amplia influencia local, como el andaluz duque de Medina Sidonia, y nunca se permitió olvidar las competidas reclamaciones de las grandes familias nobles para los puestos de provecho y de poder en la monarquía española.

En tales circunstancias, no puede resultar sorprendente que algunos de los nuevos gobernantes de la década de 1550 mostrasen una acentuada precaución y conservadurismo en sus primeros años. A Isabel se le recordó, sin duda bastante innecesariamente, «cuán peligroso es hacer alteraciones en religión, especialmente en los comienzos del reinado de un príncipe»[1]. Como nuevos gobernantes, Felipe, Isabel y Catalina de Médicis, aunque cediendo ocasionalmente a la tentación en asuntos de política exterior, cuidaron, por

[1] Armagil Waad, cit. en Patrick Collinson, *The Elizabethan Puritan Movement,* Londres, 1967, p. 30.

regla general, evitar riesgos innecesarios, tanto en los asuntos domésticos como en los internacionales. En conjunto, ya era suficiente –y demasiado– preservar el *status quo.* Para Manuel Filiberto de Saboya, heredero de un Estado quebrantado, era un asunto diferente. Aquí, con las clases dirigentes desintegradas y desmoralizadas después de medio siglo de ocupación extranjera, no había posibilidad de llevar a cabo una política de construcción radical de un Estado dirigido personalmente por un duque absolutista. Sin embargo, el Piamonte era una excepción. En cualquier otra parte era más juicioso observar y esperar. Aquellos que no la hiciesen estaban expuestos a pagar las graves consecuencias. María, reina de los escoceses, se enfrentó inevitablemente a los nobles y al pueblo a causa de su comportamiento personal y sus proclividades matrimoniales, y esta actitud la condujo a la abdicación en 1567. Eric XIV de Suecia, que albergaba una crónica sospecha contra la alta nobleza, la apartó deliberadamente por medio de su sistema de gobierno de mano dura, y pagó su precio al ser depuesto en 1568. En Escocia y en Suecia, las circunstancias eran, sin duda, excepcionalmente difíciles. En Escocia, la corona estaba enfrentada con una bien organizada revuelta protestante; en Suecia, el gran éxito de Gustavo Vasa, al aumentar el poder real, invitó a la reacción cuando fue apartada su firme mano. Pero las circunstancias excepcionales exigían excepcional habilidad. Los nobles eran objetos peligrosos que debían ser manejados con cuidado.

El poder de los magnates, ya fuese en Inglaterra, España o Francia, partía de sus posesiones territoriales y de su amplia influencia local, la cual les proporcionaba una posición dominante en el centro de la vida nacional. En lugar de la vieja estructura feudal, basada en el respeto y en el feudo, existía ahora en toda Europa occidental una complicada red de clientela, junto con los más sutiles lazos de lealtad e interés. El empobrecido caballero del campo, ansioso de colocar a su hijo, buscaría un patrón aristocrático para que le ayudase en su carrera. «De aquí –como François de La Noue creyó necesario explicar– se desprende por parte del padre y del hijo una gran obligación hacia él, que les ha hecho esa cortesía», una obligación expresada por medio de su complacencia para ser considerados como sus «criaturas» y para sostener sus intereses en aquellas comunidades donde ellos, a su vez, tenían su propia influencia y sus propios clientes.

Esta recíproca relación de obligación y favor alcanzaba desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala social. Indudablemente, el

patronazgo dio cohesión a las sociedades, profundamente divididas en estratos horizontales por el concepto de «estamentos» y firmemente asentadas en los principios de jerarquía y grados. Sin embargo, el sistema de clientela, aunque desempeñó un papel crucial en la articulación vertical de la sociedad, mostró también en ocasiones ser cruelmente decisivo. Pues potencialmente existían varios sistemas de clientela dentro de un solo estado. Los Guisa, los Montmorency, los Borbones en Francia, los Toledo y los Mendoza en España, eran clanes rivales que intentaban superarse entre sí en influencia y poder. Como cada familia tenía su propia red de clientes ampliamente esparcida por todo el país, un choque en la corte o a nivel local podía producir rápidamente repercusiones de carácter nacional.

En este punto, el poder y el carácter del monarca llegaban a ser decisivo para la cohesión de toda la comunidad. El rey era la cúspide de la pirámide nacional. Era la fuente suprema de patronazgo y favor: estaba en sus manos elevar a Montmorency o hundir al duque de Guisa. Pero a la vista del gran cortejo y de las todavía mayores esperanzas, de las casas nobles más importantes, el favorecer a una de ellas excesivamente a expensas de otra producía un desastre a escala nacional. El gobernante del siglo XVI que tenía éxito era el que utilizaba sus reservas de patronazgo y poder para moderar la eterna rivalidad de las facciones opuestas, mientras que explotaba los sistemas de clientela de estas para apoyar los intereses de la corona. Así pues, las clientelas aristocráticas eran una permanente realidad, y sin su cooperación había pocas esperanzas de que las órdenes reales fuesen obedecidas en las provincias. No había, sin embargo, posibilidad de gobernar por encima de la facción. El arte de gobierno radicaba en mandar *a través* de ella, como Isabel demostró en Inglaterra. «La principal nota distintiva de su reinado –señaló un contemporáneo– será que gobernó por medio de la facción y los partidos, los cuales ella misma elevó y debilitó según su gran entendimiento le dictaba»[2]. Felipe II, enfrentado a la rivalidad del duque de Alba y de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, utilizó la misma técnica. Lo mismo, con menos éxito, hizo Catalina de Médicis, tirando y aflojando la cuerda entre los Borbones y los Guisa.

Al desempeñar este papel de fiel de la balanza, los príncipes obtenían ventajas sustanciales, aunque muchos nunca supieron cómo explotarlas de lleno. La concesión –o la negación– del patronazgo

---

[2] Cit. en Lawrence Stone, *The Crisis of the Aristocracy,* Oxford, 1965, p. 257.

era una poderosa arma política, que un maestro como Felipe II podía utilizar con consumada habilidad, como demostró en el manejo de la casa italiana de Farnesio. Los Farnesio habían alcanzado su encumbramiento gracias al papa Farnesio, Paulo III, quien les había cedido a perpetuidad los ducados de Parma y Piacenza, como feudos hereditarios de la sede papal. La hermanastra de Felipe, Margarita, se casó en 1538 con el nieto de Paulo III, Octavio Farnesio, de cuyo matrimonio nació en 1545 Alejandro, futuro príncipe de Parma. Como príncipe italiano potencialmente importante, era esencial atarlo con seguridad a los intereses españoles, y una disputa en 1557 entre los Farnesio y Enrique II de Francia proporcionó la ocasión. Felipe, al momento, se apresuró a otorgar su protección a la familia, a cambio de dos condiciones que iban a dominar sus vidas durante muchos años. El joven Alejandro habría de ser llevado a la corte española, donde los contemporáneos hablaron de él como de un rehén como garantía de la lealtad de su madre, Margarita de Parma; y se establecía una guarnición española en la fortaleza de Piacenza. En lo sucesivo, Margarita y Alejandro rindieron un leal servicio a España, mientras que Felipe colocaba a Piacenza delante de ellos como un cebo, del que volvería a tirar cuando pareciese que estaban a punto de alcanzarlo.

El juego del gato y el ratón de Felipe con los Farnesio se jugaba, con innumerables variaciones y en innumerables niveles, en cada estado europeo. Pero aunque el patronazgo era una premisa indispensable para el control político, no era suficiente por sí mismo. Para que fuese completamente efectivo necesitaba el respaldo de la autoridad real, así como la estimación de la competencia administrativa y judicial y la sanción fundamental del poder militar. En la primera o segunda generación después de Cateau-Cambrésis, el poder monárquico había ganado en autoridad, así como los procedimientos burocráticos y administrativos habían sido extendidos y revisados por administradores de mentalidad profesional, con frecuencia educados en las universidades y especialmente en materia de leyes. Estos hombres imprimieron su propio sello en todo lo que hicieron. El siglo XVI fue la primera gran época del gobierno por medio del papel. Las pilas de documentos se amontonaban por todas partes a medida que el negocio del gobierno se entregaba en un grado cada vez mayor a los memoriales cuidadosamente escritos, atendidos por un creciente ejército de funcionarios. El gobierno por medio del papel era el coto cerrado de los profesionales: el funcio-

nario, el secretario, el experimentado burócrata, cuya filosofía de la vida nunca fue mejor expresada que por ese modelo de burócrata, Antoine Perrenot, cardenal Granvela, en 1567: «Estoy contento de llevarme bien con mi señor, y no soy más flamenco que italiano. Soy de todas partes y mi credo es cuidar mis propios asuntos y emplearme en los de mi señor y en los del pueblo, en lo que se me requiera y no más»[3].

De todas las monarquías europeas, la de España era la que había desarrollado la más elaborada maquinaria de gobierno a mediados de siglo. Las distancias dentro de la monarquía hispánica eran tan grandes, y los territorios que la constituían tan dispersos, que a la corona se le planteaban problemas administrativos que no tenían igual en otras partes de Europa. En un intento de resolver estos problemas, los Habsburgo españoles habían elaborado un sistema de gobierno que combinaba el control central por medio de los consejos y el gobierno local por medio de los virreyes y las audiencias (tribunales judiciales que habían llegado a adquirir poderes consultivos e incluso administrativos). Bajo Felipe II había nueve virreinatos en la monarquía española: en la misma península, Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra; en Italia, Cerdeña, Sicilia y Nápoles, y en las Indias, Nueva España (México) y Perú[4]. Las actividades de cada virrey eran inspeccionadas, y su correspondencia estudiada, por el respectivo Consejo –el de Aragón, Italia o las Indias–, el cual era presidido nominalmente por la persona del rey. Además, y por encima de estos consejos territoriales, estaba el Consejo de Estado, asistido por consejos con misiones especializadas, tales como las finanzas o la guerra.

A pesar de la supremacía nominal del Consejo de Estado, ni Carlos V ni Felipe II lo tuvieron en muy alta consideración. Fue utilizado por ambos como una adecuada caja de resonancia y como un foro en donde las animosidades personales y aristocráticas podían descargarse inocentemente. El trabajo serio de gobierno se llevaba a cabo en otra parte: en las distintas mesas de los Consejos, en casa de los secretarios o lo hacía el mismo rey. Los secretarios, ya estuviesen al servicio del rey o al de los consejos, eran figuras de gran y creciente importancia en la maquinaria administrativa como intermediarios

---

3 Cit. en H. Pirenne, *Histoire de Belgique,* vol. III, Bruselas, 1923, p. 400 (n.).

4 Los Países Bajos estaban regidos por un gobernador, cuya misión era comparable a la de un virrey.

entre el rey y sus consejos, por una parte, y entre los consejos y los virreyes, por otra. En el momento de su advenimiento, Felipe dependía de los servicios de un solo secretario de Estado, pero a la muerte de Gonzalo Pérez en 1556, su secretaría fue dividida en dos departamentos, uno de los cuales fue confiado a su hijo más famoso, Antonio[5]. Antonio Pérez y sus colegas nunca alcanzaron la posición de ministros, pues el mismo Felipe, que prefería ser su propio secretario y ministro, supervisaba estrechamente su trabajo, cuando no lo hacía por ellos. Sin embargo, de tentaron inevitablemente un gran poder entre bastidores, insinuando, sugiriendo y aconsejando activamente a un rey que, aunque consciente, se encontraba a veces casi desbordado por los montones de papeles apilados sobre su mesa.

La laboriosa maquinaria por medio de la cual se administraba la monarquía española suscitaba al mismo tiempo admiración y exasperación. Era rutinaria, pesada, sus retrasos eran notorios, pero en conjunto funcionaba. Incluso de vez en cuando recibía el cumplido de la imitación. Después de que uno de los secretarios de Enrique II, Claude de Laubespine, contempló a sus contrincantes trabajando durante las negociaciones de Cateau-Cambrésis, fue cuando el título de «secretario de Estado», aparentemente, ganó popularidad en Francia. Pero en general parecía que problemas similares estaban llevando a los estados de la Europa occidental a adoptar soluciones parecidas, y con una rápida mirada por encima del hombro se podía saber lo que se hacía en otra parte. La elevación del cargo de secretario de Estado en particular era una solución característica del siglo XV para un problema universal. Los reyes necesitaban funcionarios discretos y de fiar, cuya lealtad estuviese con la corona más que con cualquier grupo social o facción en el Estado. Necesitaban hombres que pudiesen dominar los nuevos procesos burocráticos y poseyesen una habilidad especial en la redacción de documentos y en el manejo de los papeles. También debían ser hombres con capacidad para enfrentarse a los negocios de los consejos y para actuar como intermediarios entre el gobierno central y sus funcionarios locales.

Todas estas funciones podían ser desempeñadas, en mayor o menor grado, por el secretario. En Francia fueron designados cuatro secretarios especiales. Asistían con el rey a las sesiones del *conseil des affaires,* que, junto con el más amplio *conseil privé,* era el princi-

---

[5] Véanse pp. 60 y ss.

pal órgano de gobierno durante el reinado de Enrique II. No solo servían, como en España, como lazo de unión esencial entre el rey y los consejeros, sino también como lazo entre el gobierno central y los trece *gouvernements* locales en los que estaba dividido el país. Exactamente lo mismo ocurría en Inglaterra, donde la secretaría, como fue ejercida primero por Thomas Cromwell y después por William Cecil, llevaba aparejada una estrecha supervisión personal de los asuntos más importantes del gobierno y el mantenimiento de estrechos contactos con los *Lords Lieutenant* y los *Justices of the Peace.* Pero, como en todas las esferas de la vida en el siglo XVI, era el hombre el que contaba en último término más que el cargo. La secretaría era potencialmente un puesto de enorme influencia, y lo fue gracias a las individualidades distinguidas que ostentaron el cargo –Cecil en Inglaterra, De Laubespine o Villeroy en Francia–, pero caería rápidamente en la mediocridad de manos ineptas.

En virtud de la utilización de secretarios y burócratas profesionales, que eran generalmente laicos escogidos de entre la clase acomodada y las capas medias de la sociedad, los gobernantes de comienzos del siglo XVI pudieron reforzar con éxito la autoridad del poder real frente a los tradicionales rivales de la monarquía: la iglesia y la aristocracia. En este sentido resulta razonable contemplar la primera mitad del siglo como un periodo de construcción del Estado, aunque «construcción del Estado» tiene un significado que sería poco familiar a la mentalidad del siglo XVI. El gobierno era el gobierno del rey, y los funcionarios reales se sentían a sí mismos esencialmente servidores del rey. Uno o dos de ellos, como Cecil o Granvela, podían haber tenido un concepto del servicio que se extendía, por encima del rey, al Estado, pero la palabra «estado», utilizada para describir todo el cuerpo político, parece no haber adquirido una cierta popularidad hasta los años finales del siglo. Incluso entonces, en ciertos sectores fue mal recibida, como en el caso de la reina de Inglaterra. «Al final del reinado de la reina Isabel se hablaba y aun se oraba por la gracia de la reina y del *estado.* Esta palabra *estado* fue aprendida por nuestra vecindad y comercio con los Países Bajos, como si nosotros fuésemos o amásemos ser gobernados por estados. Esto lo veía la reina y lo detestaba»[6].

---

[6] Cit. en un panfleto anónimo de 1626 por G. N. Clarck, «The Birth of the Dutch Republic», *Proceedings of the British Academy,* vol. XXXII (1946), p. 9. Véanse también las pp. 27-31 para una discusión interesante sobre la palabra «estado».

Cualesquiera que fuesen las ambigüedades y las incertezas que impedían una clara formulación de la idea del «estado», no puede haber duda de que el estricto profesionalismo de la nueva clase de funcionarios del estado estaba reforzando la eficiencia de los gobiernos, y, por tanto, aumentando las posibilidades del poder absoluto. A mediados de siglo, esto se había convertido en una fuente de gran desasosiego entre las tradicionales clases gobernantes en muchos lugares de Europa. Estas vieron sus privilegios usurpados por funcionarios de baja cuna, los cuales mostraban todos los síntomas de la arrogancia del poder. Se vieron excluidas de los cargos que habían considerado suyos de derecho, y temían la imposición de un gobierno arbitrario por los «nuevos hombres» que servían como instrumentos de una voluntad real incontrolada.

Estos temores, que iban a constituir una gran fuente de inquietud doméstica durante la segunda mitad del siglo, no eran del todo infundados. Eric XIV de Suecia parece que había visto en el gobierno de los secretarios un medio ideal para promover los designios absolutistas, y su deposición fue el acto de una aristocracia legítimamente temerosa de estar en peligro de caer en un gobierno tiránico. Pero cualesquiera que fuesen las aspiraciones de los gobernantes del siglo XVI, este logro parecía que había de ser contenido dentro de unos límites relativamente estrechos. Aparte de los insuperables problemas de la comunicación y la distancia, carecían de medios físicos para reforzar su voluntad frente a la resistencia o la no cooperación de las clases gobernantes locales. Además fueron obstaculizados por las lealtades divididas de los hombres que habían escogido como servidores. En una sociedad en donde lo individual tomaba un lugar secundario en favor de la familia, y en donde el título y el rango se estimaban como el principal exponente del éxito, el funcionario real pensaba naturalmente en su cargo como un medio de avance social que podía eventualmente colocar a su familia entre las grandes casas del país. Si miraba por el interés de su soberano, debía mirar también por el suyo propio, y esto le llevó a una relación equívoca con los grandes nobles que lo rodeaban en la corte. Por una parte debía proteger los intereses de la corona contra los de los particulares; pero por otra, deseaba evitar el descontento de la nobleza cuyas filas esperaba engrosar.

Era inevitable cierto grado de corrupción, dado que un cargo era contemplado más como una pieza de propiedad privada que asociado a la idea de un servicio público. Pero la corrupción se exacerbó

por la incapacidad de los monarcas del siglo XVI para pagar a sus funcionarios regularmente y bien. Al vivir de salarios inadecuados, pagados con retraso, los funcionarios buscarían naturalmente los regalos y donaciones para complementar sus escasos ingresos. En cierto sentido, estas donaciones eran solo honorarios, y solían ser considerados como tales por el donante y por el receptor. Sin embargo, su aceptación significaba que la dependencia de los funcionarios de la corona no era total, y la estructura del gobierno real, en justa correspondencia, se debilitaba.

Los monarcas hicieron lo que pudieron para reducir las tentaciones. A causa de su incapacidad para pagar a sus servidores regularmente, de modo razonable, intentaron compensarlos garantizándoles favores ocasionales y prometiéndoles la sucesión de los cargos a los hijos o sobrinos de quienes los detentaban. Sin embargo, esto también debilitó en cierta medida el control real sobre la maquinaria del gobierno, al convertir los cargos en patrimonios familiares y crear dinastías fijas de funcionarios o secretarios, como los Pérez en España o los De Laubespine en Francia. Sin embargo, esta era solamente una de las muchas formas mediante las cuales la eficacia del gobierno real se resentía a causa del eterno problema de las monarquías del siglo XVI: la escasez de numerario. Cada vez llegó a ser más frecuente la práctica de crear y vender nuevos cargos como medio de aumentar las rentas reales. En España, aunque la corona trataba de retener en sus manos la disponibilidad de los principales cargos administrativos y judiciales del Estado, se vio forzada a crear y vender un número cada vez mayor de puestos menores en el gobierno local y municipal. En Francia, la corona tuvo menos inhibiciones. En 1554 ordenó la venta de cada nuevo cargo a dos compradores, quienes lo detentarían durante seis meses cada uno. En los últimos años del siglo, la administración francesa se había deslizado virtualmente de las manos de la corona a las de una amplia casa de detentadores de cargos, las cuales se tenían por una corporación privilegiada en el cuerpo político, y a sus cargos por valiosas piezas del patrimonio familiar.

Las aspiraciones de los monarcas hacia un gobierno más efectivamente autoritario se veían así, pues, frenadas por la escasa fiabilidad de muchos de sus funcionarios y por su propia incapacidad para pagarles lo que querían. Había poca posibilidad de extender el poder real a expensas de los nobles si la corona se veía obligada por la estrechez económica, como sucedía en Sicilia, a enajenar tierras y a

vender feudos, los cuales llevaban adheridos derechos de jurisdicción privada. Las finanzas eran la clave del gobierno efectivo, y por todas partes, a mediados del siglo, el estado de las finanzas de la corona estaba alcanzando el punto crítico. Las monarquías habían sobrepasado sus propias posibilidades con sus largas y costosas guerras, y sus ingresos no habían podido nivelarse con los precios que se elevaban en una época inflacionista. Durante los años de Cateau-Cambrésis estaba claro que había que tomar una determinación, y había que tomarla pronto si se querían mantener los logros de la primera mitad del siglo.

Las asambleas

¿Cómo podrían los reyes recuperar su solvencia e incrementar sus ingresos? La respuesta convencional se centraba aún en convocar a sus súbditos a una asamblea por estamentos. Se sabe que las asambleas representativas de Europa habían padecido un claro declive desde finales de la Edad Media. Concretamente en Francia, los Estados generales no habían sido convocados desde 1484, aunque los estados provinciales continuaban reuniéndose todavía. Lo mismo hacía el Parlement de París y los siete *parlements* provinciales, los cuales nominalmente eran tribunales soberanos que ostentaban la autoridad real, pero habían adquirido en el transcurso del tiempo sus propias tendencias particularistas. Sin embargo, cuando Francisco II buscó el consejo de Charles de Marillac, arzobispo de Vienne, este le urgió para que siguiese el ejemplo de otros monarcas europeos y convocase una asamblea nacional que le proporcionaría una sólida base de apoyo para la política financiera y religiosa que adoptase la corona. Su consejo fue aceptado y los Estados generales se reunieron en Orleans en diciembre de 1560, después de un lapso de más de setenta años. La decisión de la monarquía francesa de tocar con su varita mágica el postrado cuerpo de los Estados generales no fue, sin embargo, aplaudida universalmente. En su discurso de apertura, el canciller L'Hôpital encontró necesario responder al argumento de que «el rey disminuye su poder al tomar consejo de sus súbditos cuando no está obligado a hacerlo, y también se convierte en algo demasiado familiar para ellos, lo cual engendra menosprecio y rebaja la dignidad y majestad de la realeza». Por el contrario, consideraba que «no hay un acto más valioso para el rey, ni

más conveniente, que reunir los estados, conceder audiencias generales a sus súbditos e impartir justicia a cada uno de ellos»[7].

Desgraciadamente, la bella durmiente demostró ser menos bella de lo que L'Hôpital esperaba. Los diputados de los Estados generales estaban bastante dispuestos a reconocer a Catalina de Médicis como regente, pero se negaron a considerar nuevos impuestos, argumentando que sus constituyentes no les habían otorgado ningún poder para discutir los asuntos financieros de la corona. Catalina, acobardada, dio órdenes, en marzo de 1561, para la convocación en Pontoise de una nueva asamblea de los Estados generales, y esta vez no solo ofreció la reparación de agravios a cambio de ayuda financiera, sino que propuso también que los mismos estados controlasen la maquinaria de la recaudación de impuestos. Pero este propósito, que hubiese colocado un arma poderosa en las manos de los diputados, fue ignorado, y el tercer estado se negó a ofrecer ningún dinero a la corona. El clero, por otra parte, reunido por separado en Poissy, estaba aterrorizado por las negras advertencias de propagación de la herejía, y ofreció el pago del gravamen en el dominio real y el voto de una subvención de 17 millones de *livres.* La respuesta por separado de los dos estados fue el modelo que se siguió durante el resto del reinado de Carlos IX. El clero, como era de esperar, se convocaba frecuentemente, y sus subsidios contribuyeron en mucho a mantener a flote a la monarquía durante los años de la guerra civil. Los Estados generales, por otro lado, no fueron convocados de nuevo hasta 1576. Aún más, la corona no dudó en imponer una tasa sobre el vino en septiembre de 1561, aunque no pudo obtener la aprobación de los diputados.

Las dificultades de la corona francesa con sus Estados generales eran mucho más graves que las planteadas a Felipe II por las cortes de Castilla. La asamblea representativa de Castilla, al contrario de la de Francia, había continuado reuniéndose durante la primera mitad del siglo, pero se había debilitado claramente ante el poder real. Una vez que los nobles dejaron de asistir, después de 1538, las cortes castellanas se redujeron a una simple cámara compuesta por treinta y seis representantes de dieciocho ciudades. La reducida asamblea y el limitado alcance de su representación la hizo muy vulnerable a la presión real, hasta el punto de que nunca había maniobrado para

---

[7] Cit. en W. F. Church, *Constitutional Thought in Sixteenth Century France,* Cambridge, Mass., 1941, pp. 160-161 (n. 94).

asegurarse el poder legislativo o establecer el principio de que la reparación de agravios debe preceder a la subvención. En 1561, Felipe II las persuadió, sin excesiva dificultad, para que votasen un importante aumento en la cifra en que estaba establecida la alcabala o impuesto sobre las ventas; y fue al mismo tiempo capaz de incrementar muy considerablemente las concesiones de sus ingresos extraparlamentarios, en forma de derechos de aduanas, derechos de exportación y monopolios. Así pues, la posición financiera de la corona española comenzó a dar muestras de mejoría desde el comienzo de la década de 1560, en un momento en el que se necesitaban ingresos crecientes para la construcción de nuevas galeras para la guerra naval contra los turcos.

Sin embargo, Felipe II era menos afortunado en sus otros reinos y provincias, e incluso las cortes de Castilla se volvieron más firmes en los últimos años de su reinado a medida que aumentaban los impuestos. El parlamento de Sicilia, es cierto, votó subsidios regulares; sin embargo, ni con concesiones especiales o impuestos extraparlamentarios consiguieron los ingresos del gobierno seguir el mismo paso de los precios durante la segunda mitad del siglo. Peor le fue a Felipe dentro de casa. Las tres cortes de los estados de la corona de Aragón –los reinos de Aragón y Valencia y el principado de Cataluña– tenían tras de sí una larga tradición de independencia, y habían desarrollado fórmulas institucionales que las convertían en dueñas de las finanzas. Carlos V había adoptado la costumbre de convocarlas simultáneamente y había logrado obtener concesiones con regularidad, aunque no grandes. Pero cada nuevo subsidio era obtenido solo al precio de nuevas concesiones reales, las cuales disminuían firmemente el control de la corona sobre su jurisdicción y gobierno. Como los ingresos proporcionados por la corona de Aragón apenas sufragaban sus gastos, Felipe II convocó las cortes generales solo dos veces –en 1563 y 1585–, y solamente se contentaba con peticiones de cooperación voluntaria.

En los Países Bajos, donde había más cosas en juego que en la corona de Aragón, las dificultades habían llegado a agudizarse en los últimos años. No solo había aquí, como en Francia, una serie de estados provinciales (Flandes, Holanda, Brabante, Artois y Hainault), sino que existían también –como en Francia una vez más– unos Estados generales que eran esencialmente una asamblea de delegados de los estados provinciales. Aunque los Estados generales eran ardientes defensores de las libertades y privilegios de los Países Bajos,

Carlos V no había hecho ningún intento de prescindir de sus servicios, en parte porque proporcionaban una útil maquinaria para negociar conjuntamente con unidades políticas que de otra forma estarían irremediablemente fragmentadas. Sin embargo, como la situación de los Países Bajos empeoró durante la década de 1550, bajo la presión de la guerra y la tensión económica, los diputados de los Estados generales se convirtieron cada vez más en portavoces articulados de los agravios generales. Acordaron en 1557 el voto de un subsidio anual de 800.000 florines durante nueve años, pero solo bajo la condición de que sus propios representantes controlasen la maquinaria para recaudar y gastar el dinero. Al ganar de esta forma el poder de la bolsa, los Estados generales se convirtieron en un cuerpo formidable, tan formidable que Felipe solo recurriría a él cuando hubiesen fallado todos los demás ingenios fiscales.

Las dificultades de Felipe en los Países Bajos y las de Catalina en Francia eran una muestra bastante típica de los problemas creados por los estados. Por toda Europa, los príncipes se encontraron frente a unos parlamentos cuyos poderes podían variar considerablemente de un Estado a otro, pero todos coincidían en su capacidad para obstaculizar en algún grado los cálculos políticos de la corona. En Suecia, el *Riksdag* –notable por tener una cuarta cámara de campesinos, junto con las del clero, nobles y burgueses– sobrevivió con éxito a la revolución administrativa de Gustavo Vasa para proporcionar cierto contrapeso a los amplios poderes de la monarquía en los últimos años del siglo. En Inglaterra, donde Enrique VIII había asociado al Parlamento con su reforma de la iglesia, Isabel encontró tan necesario como conveniente seguir su ejemplo en 1599. En Sajonia, Brandemburgo, Wurttemberg y los ducados sobre el Rin, todos los estados mantuvieron o reforzaron su influencia política con éxito, como la Cámara de los Comunes inglesa, ayudados por los incidentes de las minorías reales y por las habituales dificultades del tesoro real. Lo mismo era válido para las tierras de los Habsburgo –Austria, Bohemia y Hungría–, donde el emperador había sido obstaculizado en sus negociaciones con los estados por su propia debilidad financiera y por la peligrosa proximidad de los turcos.

Enfrentados, por una parte, a agudos problemas financieros y, por otra, a los truculentos estados, los príncipes de la Europa de mediados del siglo XVI hubiesen podido muy bien intentar prescindir de estas molestas asambleas y allegar nuevos impuestos por real decreto. Uno de ellos, Manuel Filiberto, hizo exactamente eso. Sus

poco felices experiencias en el gobierno de los Países Bajos le habían inclinado a no compartir su poder con sus súbditos cuando fue restablecido en su ducado en 1559. Al año siguiente, cuando aún se mantenía alto el entusiasmo por la restaurada casa de Saboya, convocó los estados del Piamonte y obtuvo de ellos un gran subsidio sin condiciones, suficiente para mantener en armas un ejército de 24.000 hombres. Desde entonces, nunca volvió a convocar a los estados, pues se había hecho lo suficientemente fuerte, con el apoyo de su ejército, como para establecer impuestos según su deseo.

Si el Piamonte era un país miserable a finales del siglo XVI, y su campesinado se sentía aplastado por el peso de los impuestos, eso era quizá una cuestión aparte. El duque «cabeza de hierro» había elevado sus ingresos desde menos de 100.000 hasta la cifra de 1.000.000 de ducados al año, y sus contemporáneos estaban debidamente impresionados. Pero una cosa era admirar y otra imitar. En el Piamonte, después de largos años de ocupación extranjera, no existía un sólido centro de oposición al gobierno absolutista. El nuevo duque podía comenzar casi como en *tabula rasa,* aunque incluso encontró necesario congraciarse con los nobles, absteniéndose de intervenir en sus relaciones con su campesinado. Pero en cualquier otra parte la cuestión era diferente, y los estados estaban generalmente demasiado bien arraigados para que se les suprimiese sin más. Ni incluso si esto resultara políticamente posible, sería necesariamente considerado como un fin deseable. Los reyes tenían sus obligaciones y los parlamentos sus costumbres, y nadie, en las circunstancias del siglo XVI, hubiese dimitido sin motivo. Cuando L'Hôpital dijo en Orleans, en 1560, que «no hay acto más valioso para un rey, ni tan conveniente para él, que el reunir los estados», no estaba haciendo más que expresar un lugar común de la época. El continuo diálogo entre el rey y el pueblo era considerado como un aspecto normal de la vida política, y el encuentro, en cónclave solemne, del rey y de los estados de la nación revelaba en su más alto grado el funcionamiento armonioso de ese delicado organismo, la perfecta comunidad de intereses.

Existían también beneficios prácticos que no podían ser ignorados. La convocatoria de una asamblea representativa era, después de todo, un medio muy conveniente de asociar la masa de la nación a la política fiscal o religiosa, que podían muy bien resultar impopulares. Los estados podían ser utilizados como medio para recabar nuevos impuestos, de presionar sobre el clero o sobre otros intere-

ses sectoriales y de unir a la nación bajo la corona con propósitos de política interior o extranjera. Su existencia no implicaba el compartimiento del gobierno entre el rey y sus súbditos (aunque podía muy bien llevar a esto durante la minoría del rey), pues existía el acuerdo universal de que el gobierno y la administración de justicia eran prerrogativas del rey. Pero esto implicaba que el rey estaba preparado para oír y para remediar las quejas de su pueblo, y que el pueblo, a cambio, debía estar preparado para ayudarle con sus personas y con su dinero.

Un rey prudente dudaría en prescindir de todas estas ventajas. Los estados, en conjunto, resultaban deseables, pero a condición de que fuesen sumisos, como las cortes de Castilla. Desgraciadamente, era más fácil imaginarlo que lograrlo. Mientras más frecuentemente se les convocaba, más presumible resultaba que incrementasen su sentido de identidad corporativa y que adquiriesen confianza en sí mismos y habilidad procesal. Eso estaba pasando con la Cámara de los Comunes inglesa y algunas de las Dietas alemanas, e inevitablemente reclamaba experiencia en el manejo parlamentario por parte del príncipe. Pero el manejo parlamentario era un arte bastante difícil en el mejor de los tiempos, y en la década de 1560 se hizo más difícil que de costumbre por dos desarrollos excepcionalmente graves el crecimiento de la oposición religiosa y el descontento de la aristocracia.

Las asambleas representativas de la Europa del siglo XVI proporcionaban oportunidades a los disidentes religiosos que estos explotaban rápidamente. En el primer Parlamento de su reinado, Isabel I se vio forzada por la oposición conservadora de la Cámara de los Lores a suavizar el acuerdo protestante que había planeado originalmente, mientras que en posteriores Parlamentos se vio enfrentada a un *lobby* protestante bien organizado en la Cámara de los Comunes, que estaba decidido a empujarla para que fuera más lejos y más rápido de lo que ella hubiera deseado. Una bien organizada antesala protestante en la primera Cámara de los Comunes de Isabel, condujo a la reina a un más radical acuerdo religioso que el que ella tenía pensado. El Parlamento escocés de 1560 trajo consigo una revolución religiosa en contra de los deseos de María, reina de los escoceses, y de su esposo, Francisco II. En Baviera, durante la década de 1550, los luteranos utilizaron su influencia en los estados para sonsacar concesiones del nuevo duque Alberto V. Pero esta vez fue el príncipe, no el parlamento, el que venció. Al sobornar a algunos de los principales nobles y dividir la oposición, aplastó la

«conspiración» luterana en 1564. Los estados de Baviera nunca se recuperaron de este decisivo revés. Acobardados y sumisos, abandonaron su reto a la autoridad ducal, y Baviera se convirtió, en poco tiempo, en el prototipo del «Estado de la Contrarreforma», en un país apagado bajo la pesada mano de una gran institución clerical y un príncipe absolutista.

Así pues, alrededor de la década de 1560, parecía claro que el aumento de la disidencia religiosa había estimulado las posibilidades de conflicto entre los príncipes y los estados. Igual ocurría con el descontento de la aristocracia. Una cámara noble en los estados era un foro ideal para la expresión de hondos resentimientos contra el gobierno de los secretarios y contra el abuso de las prerrogativas reales sobre los derechos aristocráticos. Los estados proporcionaban también un medio más seguro y más sofisticado de oposición a la política real que una revuelta de los barones. La asamblea representativa estaba dotada, después de todo, con la exclusiva respetabilidad que solo el tiempo podía conferir. Poseía derechos y privilegios inmemoriales: el derecho, quizá, de aconsejar en el gobierno del reino durante la minoría del rey, tal como reclamaban los nobles en los Estados generales de Pontoise, en 1561.

Incluso si la reclamación era plausible, debía aún ser justificada por «pruebas» históricas, pues la creciente inquietud de la nobleza europea ante la aparente consolidación y extensión del poder real coincidió, y en cierta medida se nutrió, con un movimiento histórico y legalista de creciente importancia y alcance. En Francia, particularmente, estaba adquiriendo fuerza una reacción contra el derecho romano, e iba acompañada de una revitalización del interés por las leyes consuetudinarias del reino. Al aplicar a los textos de leyes romanas las nuevas técnicas críticas y filológicas enseñadas por los humanistas, los juristas académicos franceses se hicieron cada vez más conscientes de que el derecho romano enseñado en las universidades medievales no era de ningún modo necesariamente el derecho romano como lo entendió Justiniano; y también comenzaron a darse cuenta de que la codificación del derecho del propio Justiniano no era ni perfecta ni completa. Durante la década de 1560, no menos de tres eminentes juristas franceses –Baudouin, Hotman y Bodin– publicaron importantes tratados donde señalaban que la jurisprudencia sistemática no podía estar basada solo en el derecho romano, y mostraban un nuevo respeto por la ley consuetudinaria como expresión natural del desarrollo histórico y po-

lítico de la nación francesa[8]. Las implicaciones políticas de estas conclusiones no podían ser pasadas por alto. Donde el derecho romano tendía a beneficiar al príncipe, proporcionándole un código general en virtud del cual podía saltar por encima de las tradiciones regionales y locales, el derecho consuetudinario beneficiaba a grupos privilegiados y corporaciones dentro del Estado, estableciendo sus privilegios sobre la base de un derecho irrevocable. E incluso cuando la base era fundamentalmente poco firme, un oportuno despliegue de erudición podía contribuir a ocultar esta inconveniencia.

La revolución legal e histórica de mediados del siglo XVI fue, pues, un proceso en el que se forjó un arma poderosa para ser utilizada tanto por los nobles como por los estados. Ya fuese en Francia o en Suecia, en la corona de Aragón o en los Países Bajos, la aristocracia podía reclamar un derecho autorizado por la costumbre, basado en la ley consuetudinaria y en la constitución para las libertades y privilegios atacados. Este «constitucionalismo aristocrático» de finales del siglo XVI era considerado al menos inicialmente, como un medio de defensa. Pero los derechos históricos eran capaces de extenderse casi indefinidamente, una vez que se había alcanzado el punto inicial. Las asambleas representativas podían ser dotadas de un pasado mítico que justificase su completa participación en el gobierno del estado. Los magnates podían encontrar en el derecho consuetudinario, y en las constituciones de su nación, una ley prescrita para actuar como consejeros de la corona. Desde aquí a la oligarquía solo había un pequeño paso. La Venecia del siglo XVI se presentaba, después de todo, como modelo vivo de gobierno estable y afortunado bajo control aristocrático, y era de esperar que pocos nobles europeos echasen de menos la transformación del rey en un *dux.*

UNIDAD NACIONAL Y DIVERSIDAD RELIGIOSA

En circunstancias normales, los reyes hubiesen podido actuar probablemente para contener un ataque de la aristocracia llevado a cabo a través de los estados, ya que podía esperarse que otros gru-

---

[8] Para un útil examen de esta tendencia entre los juristas franceses, véanse Julian H. Franklin, *Jean Bodin and the Sixteenth-Century Revolution in the Methodology of Law and History,* Nueva York, 1963, parte I; y Donald R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship. Language, Law and History in the Renaissance,* Nueva York y Londres, 1970.

pos sociales se uniesen a la corona como defensa contra cualquier tipo de extensión del poder señorial. Pero las circunstancias de la década de 1560 estaban lejos de ser normales, ya que en muchos estados la labor de los príncipes, ya excepcionalmente difíciles a causa de sus problemas financieros y de la agitación del constitucionalismo aristocrático, se hallaba complicada con un tercer problema, el de la desunión religiosa.

La religión era universalmente considerada como la base de una sociedad bien ordenada, y la salvaguardia de la unidad religiosa se consideraba esencial para la supervivencia del mismo estado. El adagio francés, popularizado en la década de 1560, *«Un roi, une foi, une loi»,* era un sentimiento bastante natural en una época en que la uniformidad significaba la única cosa que parecía garantizar el orden público en los estados que apenas habían sido llevados bajo el control de un solo poder centralizado. La unidad de la cristiandad ya había sido destruida por la disensión religiosa. Ahora parecía como si la unidad nacional de los estados, tan precariamente conseguida, hubiese de ser destruida de una forma similar. En la década de 1560, mucha gente, cualquiera que hubiese sido su fe, hubiese estado de acuerdo con el veredicto, más tardío, de un clérigo español.

> Nunca una república ha sido bien gobernada o pacificada donde prevalece la división y la diversidad de fe, ni puede serlo. La razón de ello es que cada uno considera que su propio Dios es el único Dios verdadero y que los demás están ciegos y alucinados y donde existe ese rencor y ese fuego interior no puede haber buena confraternidad ni paz duradera[9].

En nombre de la «buena confraternidad» y de la «paz duradera», los hombres de finales del siglo XVI habrían de perpetrar las inhumanidades más bárbaras contra sus hermanos los hombres. Sin embargo, al menos por una vez, la cruel ironía de la situación casi pasó inadvertida. A medida que se elevó la temperatura religiosa, a medida que los católicos y los protestantes comenzaron a mostrarse mutuamente su odio y temor, la sociedad comenzó, como por un reflejo automático, a insistir con histeria creciente sobre la salvaguardia de la unidad que se estaba escapando de sus manos. Desviaciones menores, que podían haber sido toleradas o ignoradas en

---

[9] Pedro Cornejo, *Compendio y breve relación de la Liga,* Bruselas, 1591, f. 6.

tiempos normales, se convirtieron ahora en la fuente de sospechas profundas y frenéticas, por parte tanto de los gobiernos como de sus súbditos. La polarización de las creencias en torno a Ginebra y Roma no dejó un lugar intermedio para los tolerantes, los indiferentes o los escépticos. La conformidad se había convertido ahora en el precio de la supervivencia. Las actividades persecutorias de los estados y de la Inquisición, el extenso y temible resurgimiento de los cazadores de brujas[10] y, finalmente, las mismas guerras de religión, eran los síntomas de una sociedad dividida, tan aterrorizada por la perspectiva de su propia disolución que no osaría por más tiempo tolerar aquellos elementos que no había podido absorber.

Bajo este panorama de profundo temor social, aquellos gobernantes que permanecieron al margen de tal histeria se vieron enfrentados a una tarea casi imposible. No era fácil resistir, como estaba dispuesta a resistir Isabel en Inglaterra, la demanda insistente de hacer ventanas en las almas de los hombres. Ni tampoco resultaba absolutamente seguro, pues una de las grandes tragedias de finales del siglo XVI era que los temores de subversión política y social demostraron demasiado frecuentemente tener de hecho una base. Los fanáticos grupos minoritarios, ya fuesen católicos o protestantes, constituyeron una auténtica amenaza para la estabilidad y la cohesión del Estado. Frente a esta amenaza, «Un rey, una fe, una ley» parecía ofrecer cierta garantía –quizá la única– de supervivencia. Sin embargo, demostró ser una doctrina rígida y en último término autodestructora, y llevó a la muerte a muchos hombres y mujeres inocentes.

Aunque la creciente virulencia de las animosidades religiosas amenazaba inevitablemente la unidad nacional, la suprema amenaza de las monarquías de la Europa de mediados del siglo XVI estaba en cualquier otro sitio. Los príncipes se habían enfrentado, durante muchas décadas, con diversas manifestaciones de disidencias religiosas. Se habían enfrentado, aún durante más tiempo, a la oposición aristocrática, tanto de una forma abierta como constitucionalmente. La novedad real de los años centrales del siglo fue la fusión

---

[10] Este tema ha sido objeto de intenso estudio desde el ensayo pionero de H. R. Trevor-Roper, «The European Witch-craze of the Sixteenth and Seventeenth Centuries», publicado por primera vez en su libro *Religion, the Reformation and Social Change,* Londres, 1967, pp. 90-192. Para bibliografía reciente, véase la sección correspondiente de la «Bibliografía complementaria» que hay al final del presente libro.

de ambas, la alarmante convergencia de la protesta religiosa y aristocrática para crear un movimiento combinado de formidable poder.

La fusión se culminó en poco más de una década, ya que durante la de 1550 y comienzos de la de 1560 fue cuando la aristocracia europea comenzó a acogerse a la fe calvinista en número considerable. A través de toda Europa, desde Escocia a Polonia, nobles y gente acomodada se unieron abiertamente a la causa protestante. En los Países Bajos, donde los movimientos protestantes habían tendido, como en Inglaterra, a limitarse a las capas más bajas de la sociedad, las primeras conversiones significativas llegaron al final de la década, cuando los dos hermanos Jean y Philippe de Marnix se convirtieron al calvinismo después de su visita a Ginebra en 1560. Su ejemplo fue seguido por un creciente número de gente acomodada, que comenzó a enviar a sus hijos a la Academia de Ginebra para que completasen su educación. Pero fue entre la nobleza francesa donde el calvinismo logró su más notable éxito. Al final de la década de 1540, el protestantismo solo había captado a un puñado de nobles franceses. En la de 1560, quizá tanto como la mitad de la aristocracia había abandonado su obediencia a Roma, frente a una tasa de conversión en el país del 10 al 20 por 100.

Las razones de esta conversión en masa de nobles y gente acomodada son, naturalmente, complejas y oscuras. Al futuro publicista hugonote Philippe Du Plessis-Mornay, quien escogió firmemente el protestantismo a la grave edad de diez años, su madre, semiprotestante, le dio un tutor luterano cuando era muy niño. La conversión de ese carácter voluble que era el príncipe de Condé la efectuó, aparentemente durante el curso de una enfermedad en 1558, su mujer, Eléonore de Roye, una de las muchas distinguidas damas convertidas de entre la más alta nobleza. De los tres hermanos Châtillon, el más joven e impetuoso, François d'Andelot, fue el primero en cambiar de fe. El segundo hermano, Coligny, se movió lentamente hacia el protestantismo en 1556-1557, y fue aparentemente confirmado en su nueva fe por su intenso estudio de la Biblia durante su periodo de cautividad, después de San Quintín. El mayor, Odet de Châtillon, un cardenal que nunca había sido ordenado sacerdote, siguió el ejemplo de sus hermanos en 1561, sin desde luego abandonar su título o sus principescas rentas eclesiásticas.

Las decisiones personales, tomadas por razones sin duda muy variadas (convicción y conveniencia, dolorosas luchas del espíritu y súbitos movimientos del corazón…) contribuyeron a la renuncia de

viejas lealtades religiosas que habían llegado a cansar y a ofender. Muchos nobles y gente de posición de una mentalidad liberal y humanística, que en circunstancias normales hubiesen escogido un camino intermedio, podían muy bien haber llegado a pensar, alrededor de la década de 1560, que Ginebra ofrecía el mejor puerto en medio de la tormenta. El clericalismo en todas sus formas era un anatema para ellos, así como para un gran número de laicos europeos. Pero los tiempos pedían un firme compromiso a una causa, y el clericalismo de Ginebra bien podía parecer menos ofensivo, y en último término más susceptible de un control laico que la masiva organización jerárquica de la iglesia católica romana.

El mismo Calvino no tenía dudas sobre la suprema importancia de ganarse a la nobleza para su causa. Tanto él como su lugarteniente, Teodoro Beza, eran bien conscientes de que la conversión de un gran noble podía suscitar múltiples conversiones entre sus parientes y dependientes, y de que los nobles podían ofrecer respetabilidad y protección a su iglesia, menor de edad. «Nos ha prometido cosas maravillosas», escribió el pastor que refirió a Calvino la conversión de Condé. «Quiera Dios que cumpla la mitad de sus promesas.» Beza, como hijo de una familia de la nobleza inferior de Vézelay, en Borgoña, se encontraba idealmente equipado, por educación y temperamento, para apelar a los miembros de su propia clase social. En sus visitas a Francia mostró ser un exponente persuasivo, y con mucho éxito, de su fe, y llevó a cabo algunas conversiones espectaculares, incluyendo la de la futura heroína protestante Juana de Albret, esposa de Antoine de Borbón, rey de Navarra. También consiguió atraer seguidores para el ministerio de entre las buenas familias: de los ochenta y ocho pastores enviados a Francia desde Ginebra, entre 1555 y 1562, se sabe que diez eran nobles por nacimiento, y probablemente había más[11].

Sin duda, se puede discutir la sinceridad de muchos de los nobles convertidos. Después de todo, había muy buenas razones, aparte de la convicción religiosa, para convertirse en calvinista durante estos años. La moda y el ejemplo desempeñaban un papel importante. La conversión de los Borbones y de los Châtillons aceleraron inevitablemente el número de conversiones entre la nobleza provincial que no estaba unida a la facción rival –y rectamente ortodoxa– de los Guisa. Más aún, existía mucha gente acomodada venida a

[11] Robert M. Kingdon, *Geneva and the Coming of the Wars of Religion in France, 1555-1563,* Ginebra, 1956, p. 6.

menos y desempleada en Francia, especialmente después de la disolución del ejército en 1559. Parte de ella había entrado en contacto con los soldados protestantes a lo largo de su carrera militar; y todos ellos ponían sus codiciosos ojos en las riquezas y las posesiones de la iglesia. «Algunos –según el canciller L'Hôpital– buscan refugio bajo el manto de la religión, aunque no tienen Dios y son más ateos que religiosos: entre ellos hay almas perdidas, que han consumido o desperdiciado las suyas y solo pueden sobrevivir en los disturbios del reino y en las posesiones de otros hombres»[12].

Los motivos inevitablemente mezclados con esta conversión en masa de nobles y gente de posición son, contemplados con cierta perspectiva, de menos importancia que el hecho de que se consumaran. Su resultado fue una transformación radical del balance del poder político en el estado. Un grupo de nobles, muchos de ellos ya opuestos a varios aspectos del gobierno y la política real, se vieron ahora unidos entre sí, y a otros grupos de la sociedad, por el lazo común de la fe que habían escogido. Este grupo explotaría naturalmente todos los medios a su disposición, incluyendo las oportunidades que les proporcionaban las reuniones de los parlamentos, para influenciar la política religiosa de la corona y para conseguir, si ello fuese posible, las posiciones dominantes del poder en el estado. Así pues, no es sorprendente que la década de 1550 y comienzos de la de 1560 hubiesen contemplado la formación de «partidos» protestantes en varios países, y la organización de camarillas protestantes, respaldadas por el apoyo aristocrático, en sus parlamentos y estados.

La combinada presión política y religiosa ejercida por un sector influyente de la nobleza cortesana y provincial creó nuevos y peligrosos problemas a los monarcas ya fuertemente presionados. Isabel tuvo la suerte de que la causa de Roma hubiese quedado demasiado desacreditada en Inglaterra por los acontecimientos que sucedieron durante el reinado de María, y no encontró resistencia efectiva y organizada a sus concesiones a los protestantes radicales que creyó necesario hacer. De todas formas, fue incapaz de impedir el alejamiento de un influyente grupo de nobles apegados todavía a la antigua religión, los cuales se retiraron a sus refugios respectivos en espera de tiempos mejores. En al menos dos estados continentales, sin embargo –Polonia y Francia–, existía una perspectiva inminente de

---

[12] Cit. en Lucien Romier, *Le Royaume de Cathérine de Médicis,* vol II, 3.ª ed. París, 1925, p. 261.

conflicto entre los partidos religiosos rivales si la corona daba muestras de inclinarse hacia alguno de ellos; y en un tercero, los Países Bajos, se registró un fatal crecimiento de la oposición política y religiosa al régimen español.

Los príncipes afectados –Felipe II, Catalina de Médicis y Segismundo II Augusto de Polonia– adoptaron diferentes actitudes ante el problema que tenían enfrente. Felipe II, decidido a no gobernar herejes, siguió en los Países Bajos una enérgica política de represión desde el principio[13]. Segismundo, aunque era no menos sinceramente católico que Felipe, comprendió que resultaba intempestiva una represión en Polonia. El *Sejm* o dieta, dominado por la gente acomodada, era protestante, o al menos fuertemente anticlerical, en líneas generales. Un temerario intento de la arruinada iglesia romana en Polonia de poner en vigor las leyes sobre la herejía, originó una tormenta en la dieta de 1552, y el rey solo fue capaz de apaciguarla aceptando un compromiso temporal, mediante el cual los tribunales clericales serían suspendidos durante un año, mientras que, a cambio, la clase acomodada continuaría pagando los diezmos. Aunque Segismundo se sentía lo suficientemente fuerte como para resistir nuevas peticiones protestantes en los siguientes años, encontró necesario prolongar el compromiso de 1552. Como resultado de ello, el catolicismo romano y las distintas sectas protestantes comenzaron, aunque con dificultad, a aprender el difícil arte de la coexistencia; y en una época en la que la mayor parte del continente estaba dividido en dos campos armados por cuestiones de fe, los polacos estaban ya comenzando a caminar dudosamente hacia la aceptación de la tolerancia como máxima del Estado.

La elección parecía estar entre la represión y alguna forma de tolerancia, aunque tácita. Una u otra, o ninguna de las dos, podían ser viables. Sin embargo, alrededor de la década de 1560 parece que no hubo verdadera alternativa, aunque Catalina de Médicis todavía se aferraba a la esperanza de que la había. Ella misma, indiferente a las sutilezas de la teología, que consideraba asuntos de desconcertante incomprensión, encontró difícil de creer que otros pudiesen contemplarlos bajo una luz diferente. El cardenal de Lorena había mantenido durante largo tiempo la idea de un concilio nacional francés como medio de proporcionar una adecuada solución galicana a los problemas de una iglesia galicana siempre sospechosa de Roma. Ante la

---

[13] Véase c. IV, «Protestantismo y revuelta». pp. 117 y ss.

sugerencia del cardenal, Catalina entrevió las posibilidades de una reconciliación doctrinal que había demostrado ser totalmente ilusoria a nivel internacional, y comenzó a perseguir la idea de un concilio nacional con toda la formidable energía que tenía a su alcance.

Las contrariedades y desgracias de Catalina en la persecución de su propósito dan alguna muestra de la suprema dificultad que suponía el proyecto de una fórmula religiosa que fuese aceptada por todos, especialmente cuando el balance de las fuerzas políticas era desfavorable al intento. Alrededor de los primeros meses de 1560, la situación en Francia era ya crítica. Desde que se había reunido en París, en mayo de 1559, el primer sínodo nacional calvinista francés, el gobierno de Francisco II, dominado por los Guisa, había adoptado una serie de crecientes medidas represivas anticalvinistas. A medida que se intensificó la persecución, los más impetuosos nobles calvinistas comenzaron a conspirar. Condé permaneció en las sombras, mientras que un miembro de la nobleza inferior, Jean de Barry, señor de La Renaudie, proyectó un plan para llevar a cabo un *coup* mediante el cual sería capturado el rey, los Guisa, arrestados o asesinados y su régimen, reemplazado por un nuevo gobierno de nobles simpatizantes con la causa protestante. Sin embargo, el *coup,* que fue proyectado para marzo de 1560, falló, y Condé se desentendió de los conspiradores, que fueron descubiertos y ajusticiados.

La conspiración de Amboise produjo un intento real de conciliación, tan necesario si Francia había de ser librada de una guerra civil sangrienta. Ya por el verano de 1560, Condé estaba de nuevo conspirando, y parecía inminente un levantamiento nacional de protestantes. El 31 de octubre, los Guisa habían arrestado a Condé y la habían sentenciado a muerte por traición, pero la súbita muerte de Francisco II, el 5 de diciembre, le salvó la vida y transformó completamente el escenario político. Si los Guisa habían sido capaces de dominar a Francisco II, no pudieron asegurarse un dominio comparable sobre su hermano más joven, que ahora subía al trono con el nombre de Carlos IX. Así pues, la muerte de su hijo mayor dio a Catalina la oportunidad de soltar el asidero de los Guisa a la corona. Aprovechando la ocasión, asumió los poderes y los deberes de regente del nuevo rey, y procedió a asociar con ella en el gobierno al hermano mayor de Condé, Antonio de Borbón, rey de Navarra. Como primer príncipe de la sangre, este estaba llamado a ocupar una posición de preeminencia durante la minoría de edad del rey, y los estados lo reconocieron debidamente como teniente general del reino.

Catalina, como regente, estaba en buena posición para embarcarse en sus grandes proyectos de reconciliación política y religiosa. Pero la antipatía de los Guisa y de los Borbones, exacerbada por las diversas alianzas religiosas, dividió a la nación política en dos campos hostiles. Incluso de haber podido idear una fórmula religiosa conciliadora, se hubiese requerido un fuerte tercer partido para ayudar a Catalina a imponerla. El dirigente indiscutible, y realmente el único, de tal partido era el condestable de Montmorency, unido por su parentesco a los nobles protestantes y por su religión al partido de los Guisa. Ahora que los Guisa habían perdido parte de su poder, Montmorency recobró parcialmente su influencia en la corte. Pero el condestable, siempre más firme en su lealtad y en su sentido del servicio que en imaginación política, se mostró poco consecuente ante esta oportunidad, que incluso nunca llegó quizá a ver claramente. Por mucho que odiase a los Guisa, al menos esta vez compartía su cólera ante los recientes sucesos que habían hecho adquirir a Antonio de Borbón una preeminencia que él mismo y el duque de Guisa habían estado acostumbrados a disputar entre sí en el pasado. También permanecía inquebrantable en el aborrecimiento que sentía por la herejía, de modo que no era el hombre indicado para sostener un compromiso religioso. Así, en vez de ocupar una posición intermedia, se movió gradualmente hacia un *rapprochement* con sus antiguos rivales, los Guisa.

El sorprendente reajuste de las fuerzas políticas se completó en abril de 1561, cuando se formó un triunvirato compuesto por el duque de Guisa, el condestable de Montmorency y el colega de Montmorency en Cateau-Cambrésis, el mariscal de Saint-André. Creado para salvar a Francia de caer bajo el control protestante, el triunvirato, a causa de su misma existencia, acercó unos cuantos pasos al país a la guerra civil. Las posibilidades que tenía Catalina de construir una tercera fuerza eran ahora tan escasas como para desistir; sin embargo, continuó decidida a tener su concilio nacional, y aún esperaba reconciliar a Condé y a Guisa. Al final de agosto de 1561, Teodoro Beza, que había sido escogido como portavoz protestante, llegó a Francia procedente de Ginebra y fue convocado a una entrevista en Saint-Germain con la reina madre y el cardenal de Lorena. Pocos días después, el 9 de septiembre, se abría el coloquio de Poissy en presencia del rey.

El coloquio se organizó menos como un concilio que como un tribunal destinado a juzgar a los protestantes. Pero Beza, inteligente polemista aunque con frecuencia infamador, consiguió ganarse una

favorable audiencia hasta el momento en que lanzó una desafortunada imagen para explicar la concepción calvinista de la presencia real. «¡Blasphemavit!», gritaron los escandalizados obispos católicos, y Catalina tuvo que intervenir rápidamente, aduciendo que ella no había intentado ninguna innovación en cuestiones de fe. El incidente reveló la extrema fragilidad de cualquier compromiso, y aunque las discusiones continuaron durante unas pocas semanas más, no consiguieron acercar a los dos partidos. Por el contrario, el cardenal De Tournon, el portavoz de las fuerzas del conservadurismo, apeló al rey para que rehusase a los herejes el derecho de réplica, de acuerdo con la fórmula *«Un roi, une foi, une loi»*.

El mismo cardenal de Lorena se encontraba ahora bajo una grave sospecha por su actitud conciliadora, y la ortodoxia se aseguró el triunfo final cuando el jesuita Laínez intervino, el 25 de septiembre, para denunciar el propósito del coloquio y para insistir en que el único concilio verdadero estaba reunido en Trento.

La intervención de Laínez, que hizo llorar a Catalina, significó, en efecto, que el coloquio había fracasado. La facultad de teología de la Sorbona rechazó el acuerdo de compromiso propuesto el 9 de octubre, y el mismo coloquio fue oficialmente cerrado el 14. Su clausura fue seguida por la retirada de los magnates católicos de la corte (el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, el 19 de octubre, y Montmorency, el 23). Sin embargo, Beza permaneció allí, predicando en Saint-Germain y aconsejando a los dirigentes protestantes, los cuales sabía ahora Catalina que podían ser defensores de la monarquía frente a la revuelta de los Guisa. La partida de los Guisa hizo posible que ella y sus consejeros volviesen a reanudar una política moderada que culminó en el famoso edicto de enero de 1562. En virtud de las cláusulas del edicto, se garantizaba a los hugonotes completa libertad de cultos fuera de las ciudades, y el derecho a celebrar cultos privados dentro de ellas. También fueron autorizados a celebrar sínodos, y sus pastores fueron oficialmente reconocidos en tanto que jurasen lealtad a la corona. El edicto constituyó un triunfo para Beza y Coligny, pero llegó demasiado tarde. Los Guisa estaban decididos a resistir a la moderación. El 1 de marzo de 1562, el duque de Guisa, durante su marcha en armas hacia París, permitió a sus seguidores atacar a un grupo de celebrantes protestantes en Vassy, en Champagne. Fueron muertos setenta y cuatro, y cien o más heridos. Guisa había mostrado lo que pensaba del edicto, y la guerra civil era inevitable.

El intento desesperado de Catalina para lograr una reconciliación doctrinal había estado en realidad condenado al fracaso mucho antes de que fuese convocado el coloquio de Poissy. El momento de una reunión confesional había pasado hacía tiempo. Represión o cierta forma de tolerancia, tales eran ahora las únicas alternativas. Sin embargo, la represión era probable que fracasase allí donde los aristócratas disidentes acudiesen en defensa de los herejes. También la tolerancia tenía poderosos enemigos, como había demostrado el comportamiento del duque de Guisa. Cualquiera que se escogiese –represión o tolerancia– requeriría, por tanto, un diestro manejo y condiciones políticas básicamente favorables para conseguir cualquier grado de éxito. Con todo, el éxito era esencial, pues el fracaso en dar fin a la discordia por un medio o por otro llevaría a la desintegración gradual del Estado. El Estado de mediados del siglo XVI era, después de todo, una institución vulnerable, falta de una profunda base financiera y servida inadecuadamente. Su integridad fue puesta en peligro por los disidentes religiosos y por los nobles revoltosos, los cuales veían en las disidencias religiosas y en el «constitucionalismo» la oportunidad para fomentar sus propios propósitos particulares. En momentos como este, los príncipes tenían suficiente razón para temer la unión de las inquietudes aristocráticas, populares y religiosas. Necesitarían una gran capacidad para manejar el timón si habían de gobernar con éxito, pasar los arrecifes de la rebelión y salvar los bancos de arena de las contiendas confesionales.

PARTE II

1559-1572

IV. PROTESTANTISMO Y REVUELTA

¿Guerras de religión?

La década de 1560 fue una década de revueltas. En Francia había guerra civil desde 1562. En los Países Bajos, un movimiento de protesta por parte de la alta nobleza fue seguido por un levantamiento popular y una revuelta en 1566. En Escocia, la reina fue depuesta en 1567 y se refugió, derrotada, en Inglaterra en 1568. En Inglaterra hubo un levantamiento de los señores del norte en 1569. En España, la población morisca de Granada tomó las armas a finales de 1568, y solo fue derrotada después de dos años de guerra despiadada. Todas estas insurrecciones estaban estrechamente conectadas con los descontentos religiosos o directamente vinculadas con ellos. Las revueltas de los tres primeros países estaban inspiradas por los protestantes. La rebelión del norte en Inglaterra era una insurrección católica. La revuelta de Granada era la última protesta desesperada de una minoría racial y religiosa contra una dominación cristiana, católica, que se había vuelto intolerablemente opresora[1].

---

[1] Para la revuelta de Granada véase el capítulo VI. En la primera edición de este libro (1968) apunté de forma un tanto provocadora que la coincidencia de estas revueltas (a las que hay que añadir el levantamiento de Córcega de 1564) podría justificar que los historiadores postularan que hubo una «crisis general de la década de 1560» comparable a la «crisis general de la década de 1640», que en aquella época era objeto de intenso debate histórico. Ese mismo año, un *Discurso inaugural* del King's College de Londres titulado «Revolution and Continuity in Early Modern Europe» (reimpreso como el capítulo V de J. H. Elliott, *Spain and its World, 1500-1700,* New Haven y Londres, 1989), me ofreció la oportunidad de especular sobre las razones por las que debería prestarse especial atención a la década de 1640 en lugar de a la de 1560. Esta propuesta no se tomó en serio y la publicación de *The European Crisis of the 1590s,* (ed. de Peter Clark, Londres, 1985) introdujo otra década más de supuesta «crisis», que podría llevarnos a pensar (como ya señalé en dicho volumen) que corríamos el riesgo de abusar del concepto de «crisis». Pero esto no excluye la pertinencia de los estudios de ámbito europeo cuando una serie de revueltas se producen simultáneamente en diversos estados, tal como sucedió en la década de 1560.

El que todos estos levantamientos hubiesen tomado un fuerte tinte religioso era, en las circunstancias de la década de 1560, bastante natural. Roma contra Ginebra, cristianos contra moros… el aumento de la intolerancia religiosa de estos años engendró inevitablemente sospecha y odio, y exacerbó los descontentos políticos y sociales. Sin embargo, la relación entre la religión y la política nunca está claramente definida. Para muchos, tanto contemporáneos como posteriores, las guerras de la segunda mitad del siglo XVI fueron predominantemente «guerras de religión». «Esta guerra –escribió el pastor protestante francés Pierre Viret– no es como otras guerras, puesto que incluso el hombre más pobre tiene un interés en ella, ya que estamos luchando por la libertad de conciencia *(la liberté de nos consciences)*»[2]. Por otra parte, el embajador veneciano era capaz de referirse a las guerras en términos de una motivación puramente secular: «De la misma forma que César no tuvo igual ni Pompeyo superior, estas guerras civiles nacen del deseo del cardenal de Lorena de no tener igual, y del Almirante (Coligny) y de la casa de Montmorency de no tener superior»[3].

Si estas eran o no «guerras de religión» dependerá en cierta forma de qué guerras se esté hablando. Probablemente, un pastor calvinista no contemplaría el conflicto bajo la misma perspectiva que un Condé, ni un Condé como un artesano. Si para algunos la salvación y el triunfo de su fe era el único propósito de la lucha, para otros esto podía no ser más que un adecuado pretexto. No obstante, todos los que luchaban en las filas protestantes, incluso solo por el hecho de la camaradería de las armas, aceptaban una visión común del mundo. Se trataba de un mundo en el que el cristiano se encontraba empeñado en una incesante lucha contra el poder de Satán; en la que el mismo papa –el hijo de Satán– era el Anticristo, y sus obras eran las obras de la idolatría, de la oscuridad y de la superstición. Las fuerzas de la oscuridad luchaban contra las fuerzas de la luz, pero en último término el reino de Dios debía triunfar sobre el del hombre, y Satán debía ser aniquilado.

Del mismo modo, en el lado católico, la inminente lucha también fue introducida en un contexto cósmico. El siglo XVI –el siglo de Nostradamus (1503-1566)– fue una era de profecías. Astrólogos y

---

[2] Cit. en Vittorio de Caprariis, *Propaganda e pensiero politico in Francia durante la guerra di religione,* vol. I, Nápoles, 1959, p. 106.

[3] Cit. en A. W. Whitehead, *Gaspard de Coligny,* Londres, 1904, p. 33.

profetas predecían constantemente la inminente venida de Cristo y el fin del mundo. Mientras que los calvinistas consideraban que estaban poniendo fin al reinado del Anticristo romano y limpiando la iglesia de su corrupción a través de la destrucción de imágenes y el derrocamiento de la idolatría, muchos católicos se encontraban presos de un profundo miedo generado por la inminencia del Juicio Final. La violencia provocaba violencia, y se veían a sí mismos embarcándose en una cruzada en la que su propia furia encontraba su reflejo y justificación en la ira de Dios, que descendía para juzgar a un mundo en pecado. Por lo tanto, las guerras de religión ya habían estado luchándose en la imaginación de la gente antes de que tuvieran lugar los enfrentamientos. Esto, inevitablemente, creó un clima de expectación catastrófica en el que se esperaba la violencia, por lo que su estallido estaba asegurado.

En el punto en el que esta visión cósmica afectaba a los asuntos humanos, comenzaban las diferencias de énfasis y de opinión. ¿Qué actitud debía adoptar el creyente frente a este espantoso conflicto? ¿Cómo debía mirar al poder civil? ¿Cuál era su deber ante Dios y ante el hombre? Para sus oponentes, ya se tratase de los católicos romanos o de los luteranos, el calvinismo conducía, por su propia naturaleza, al desorden civil. «Su religión –declaraba un típico panfleto católico romano de la época– tiende a eximirlos de la sujeción a los hombres, de tal forma que pueden vivir en la libertad de los suizos y convertirse en cantones»[4]. Hay, sin duda, un elemento de verdad en esto; tenía que haber ciertas tendencias «democráticas» inherentes a una religión que exigía tanto del individuo laico y le proporcionaba tantas oportunidades de participación activa en la vida de la iglesia. Pero cuando este elemento «democrático» rozaba con la vida política, los acontecimientos mostraban que sus efectos eran siempre, sin duda, predecibles. Existía una tensión constante dentro del movimiento calvinista entre los ministros y algunos laicos. John Knox y sus colegas estaban decididos a llevar adelante una democrática revolución religiosa que consiguiese la proeza (un tanto improbable) de aproximar el reino de Escocia al reino de los cielos en la tierra. El conde de Moray, por otra parte, no sufriría la dominación de los clérigos. Esta resistencia de los laicos influyentes, y particularmente de la nobleza laica, al dominio clerical y al control «democrático» se mantuvo a lo largo de la historia del calvinismo a

---

[4] Caprariis, *op. cit.,* p. 102.

finales del siglo XVI. Ocasionalmente, algún dirigente calvinista –especialmente Coligny en Francia– compartiría muchos de los ideales de los ministros, de tal forma que fuese capaz de trabajar en estrecha armonía con ellos. Pero más frecuente era que los dirigentes laicos mirasen con desdén a los ministros a causa de sus tendencias radicales, de su desatención hacia las realidades sociales y políticas y de su autoritarismo clerical, mientras que los ministros reprochaban a aquellos su negligencia para con los asuntos de Dios y la preferencia que le otorgaban al dinero.

Sin embargo, sería engañoso creer que los pastores desempeñaban inexorablemente el papel de radicales. El calvinismo podía ser, y lo era a veces, una religión activista. Pero cualquier creencia basada en la doctrina de la predestinación estaba destinada a acentuar fuertemente la necesidad de la paciencia y de la resignación cristiana. Una alianza entre el calvinismo y las fuerzas de la protesta política o social era, pues, sin duda, una conclusión sacada de antemano. Dependía, en primer lugar, de una victoria del elemento activista dentro de la misma iglesia calvinista. Conducidos juntos a causa de sus mutuas necesidades, el calvinismo militante y el descontento político y social militante pudieron entonces hacer causa común. Sin embargo, incluso en el punto álgido de las guerras, nunca hubo una relación fija e invariable entre los tres elementos más dinámicos de las fuerzas de protesta: el calvinismo, la oposición aristocrática y la inquietud popular. Las tres fueron interdependientes, pero sus relaciones estuvieron sujetas a cambios constantes de énfasis, de acuerdo con los tiempos y con los hombres.

A comienzos de la década de 1560 había notables similitudes entre las situaciones de Francia, Escocia y los Países Bajos, pero el movimiento revolucionario en estos tres países se desarrollaba en diferentes niveles de progreso y por caminos bastante diferentes. En Escocia, la revuelta se desarrolló y triunfó rápidamente porque María, reina de los escoceses, se las arregló para alienar todos los sectores de la opinión, y faltó la fuerza militar necesaria para contraatacar. Sin embargo, en Francia y en los Países Bajos la cuestión era muy diferente, porque los rebeldes opusieron una resistencia efectiva y la lucha se prolongó. La situación de las iglesias en Francia impulsó en primer lugar a Ginebra a definir de nuevo su actitud hacia las autoridades seculares y hacia las distintas facciones dentro del Estado. La política de Calvino, como la de Lutero antes que él, era efectivamente la de no resistencia ante la persecución. En 1559, cuando el acoso

de los calvinistas franceses era cada vez más severo, el lugarteniente de Calvino, Beza, escribió a Bullinger, a la sazón en Zúrich: «Se nos pregunta con frecuencia si está permitido tomar las armas contra los que son enemigos no solo de nuestra religión, sino de nuestro reino… Hasta ahora nuestra respuesta ha sido siempre que solo debe hacerse frente a la tempestad con las armas de la oración y la paciencia»[5]. Sin embargo, esta doctrina, fácilmente predicada en Ginebra, no era practicada por sus fieles. Ni podía recomendarse a sí misma a algunos de los ardientes nobles jóvenes que habían ingresado recientemente en las filas calvinistas en Francia. La Renaudie y sus seguidores estaban desviándose completamente de la política declarada por Ginebra cuando proyectaron la conspiración de Amboise, en marzo de 1560. Por otra parte, existían síntomas de que la actitud de la misma Ginebra estaba comenzando a cambiar. Un tribunal de Ginebra absolvió a Calvino y a Beza explícitamente de los cargos de complicidad en la conspiración de Amboise, pero podía deducirse razonablemente un cierto grado en cuanto a la aprobación general del hecho de que Beza enviase a La Renaudie un pequeño libro de François Hotman que denunciaba a los Guisa, y acompañase el regalo con su propia traducción del muy adecuado Salmo 94: «Oh, Señor Dios, a quien pertenece la venganza, muéstrate a ti mismo…».

La verdad era que si el calvinismo había de sobrevivir, la actitud tradicionalmente pasiva de Ginebra resultaba cada vez más difícil de mantener. El complot de La Renaudie estuvo mal concebido y mal organizado, pero tarde o temprano la fuerza se enfrentaría con la fuerza. Ahora que las iglesias estaban saliendo a la luz bajo la protección aristocrática, y que los nobles calvinistas se estaban viendo profundamente envueltos en las disensiones y en las luchas partidistas de la corte, la religión se enredó inevitablemente en la alta política y tuvo que recurrir a las armas políticas –la intriga, la conspiración y finalmente la revuelta–. Después del fracaso de la conspiración de Amboise, Condé se reunió con su hermano, el tibio protestante rey de Navarra, en sus posesiones de Nérac. Ante la solicitud del rey de Navarra, Beza abandonó Ginebra, con dirección a Nérac, el 20 de julio de 1560, para tomar parte en sus discusiones, que abarcaban toda la cuestión del Estado y de las iglesias reformadas en Francia, así como la actitud que debía adoptarse ante el dominio del gobierno por los Guisa, a la luz de los recientes acontecimientos.

---

[5] Cit. en P. F. Geisendorf, *Théodore de Bèze,* Ginebra, 1949, p. 116.

La primera decisión que se tomó en la reunión de Nérac parece haber sido la de establecer contacto con los dirigentes protestantes de toda Europa. Durante el año 1561 partieron varias embajadas secretas desde la corte del rey de Navarra con destino a los cantones suizos, a Inglaterra y a Alemania, donde el jurista francés François Hotman llevaba a cabo negociaciones secretas con los príncipes protestantes que asistían a la Dieta imperial. Al mismo tiempo, algunos, al menos, de los dirigentes hugonotes parece que habían tomado precauciones militares ante la posibilidad de una guerra. Difícilmente podía parecer casual que un gran envío de pólvora, manufacturada en Ginebra por estrechos colaboradores de Calvino, fuese vendido en Lyon, en julio de 1561, seguramente a nobles del sureste de Francia que más tarde desempeñarían puestos de mando en los ejércitos hugonotes.

Sin embargo, en los meses que siguieron a la disolución del coloquio de Poissy, en octubre de 1561, Beza y los dirigentes calvinistas aceptaron finalmente los compromisos que los conducirían, sin posibilidad de escape, a recurrir a las armas. La posición de Catalina de Médicis durante estos meses fue excepcionalmente difícil. Su intento de conseguir una reconciliación en Poissy había fracasado, en parte porque las diferencias religiosas eran irreconciliables, y en parte porque las dos grandes facciones de los Guisa y los Borbones habían tomado ya posturas que no estaban dispuestos a abandonar. Las disputas entre los dos partidos estallaban con mayor frecuencia, y estaba claro que ambos se estaban preparando para la guerra. Si las actividades de los Borbones resultaban más amenazantes, también lo estaban siendo las de los Guisa, los cuales se retiraron de la corte sin permiso real antes del final de octubre.

El poder de los Guisa era formidable, no solo por la riqueza y el gran cortejo de la familia, sino a causa de su gran influencia en el clero y sus lazos internacionales. A través de la adquisición de arzobispados y obispados y del habilidoso despliegue de patronazgo eclesiástico, los Guisa se habían asegurado una posición dominante en la iglesia galicana. A través de sus casamientos, estaban conectados a las dinastías gobernantes de Escocia y de Lorena y podían negociar en igualdad de condiciones con los principales príncipes de Europa. Buscaba Condé aliados en las cortes extranjeras, y lo mismo hacían los Guisa. Reforzaron su unión con la corte española; separaron al rey de Navarra de sus amigos protestantes y, al explotar la mutua antipatía de luteranos y calvinistas, lograron un entendi-

miento con el luterano duque de Wurttemberg, el cual frustraría los planes de Condé para lograr una alianza con los príncipes protestantes alemanes.

Sin embargo, lo más peligroso para Catalina era el hecho de que los Guisa controlaban el ejército real y su artillería, quizá la mejor de Europa. Sin tropas propias, y sin dinero para reclutarlas, su único recurso frente a la intimidación de los Guisa era el de acudir a sus oponentes en busca de ayuda. Al final de 1561 o comienzos de 1562 llamó secretamente a Beza y al almirante Coligny y les preguntó cuántos soldados podían poner los hugonotes a disposición de la corona en el caso de una urgente necesidad. Coligny la informó de que había 2.150 comunidades protestantes que estarían dispuestas a acudir en su ayuda bajo la condición de que pudiesen celebrar sus cultos sin ser molestadas. El edicto de enero de 1562, esa expresión de la política moderada de la corte que garantizaba a los calvinistas una libertad condicionada de culto, iba a convertirlos en los defensores del orden legalmente establecido. Consecuentemente, cuando Francia derivó hacia la guerra civil en marzo de 1562, después de la matanza de Vassy, los calvinistas se encontraron con un excelente pretexto para iniciar la preparación militar, y lograron consideración como sostenedores de la causa real. Incluso la más delicada conciencia calvinista podía encontrar tranquilidad en la afirmación de Condé de que él y sus seguidores estaban defendiendo la «autoridad del rey, el gobierno de la reina y la tranquilidad del reino». Sin embargo, Condé se mostró ineficaz ante la oportunidad que se le presentó. «La captura del rey o de París –escribió un contemporáneo– es la mitad de la victoria en una guerra civil». Condé perdió las dos. Los hugonotes padecieron en las guerras civiles la debilidad del protestantismo en París, y las consecuencias de esta debilidad se pusieron de manifiesto desde el momento en que se disparó el primer tiro. El 15 de marzo, el duque de Guisa, desafiando las órdenes reales, entró en París con dos o tres mil hombres. Al encontrarse él mismo en desventaja en la capital, Condé la abandonó el 23 con destino a Meaux, donde cuatro días más tarde Coligny se le unió de mala gana. Condé podía haber acudido, espontáneamente o no, a ayudar a la reina madre, que se encontraba en Fontainebleau con el joven Carlos IX, pero desperdició esta gran oportunidad de hacerse con la iniciativa política. El hecho de no acudir a reunirse con Catalina en Fontainebleau fue tan inexplicable como desastroso para su causa. Pues si hubiese tomado a la familia real bajo su protección,

podía haber asociado de una forma convincente el calvinismo con el mantenimiento de la autoridad real. Tal como fue, la reina, como católica, difícilmente podía salir de Fontainebleau para ponerse a merced de sus súbditos hugonotes. Así pues, permaneció donde estaba, aguardando lo inevitable: la petición del triunvirato de que debía volver a París, donde este tenía ahora el pleno control. Finalmente, bajo la presión de los Guisa y de su cohorte armada, ella y el rey partieron, en un lento y desganado viaje, hacia la capital, donde volvieron a entrar el 6 de abril. A partir de entonces, los Guisa y los católicos serían los guardianes de la corona.

Mientras que el éxito de los triunviros, al asegurar a las personas de Catalina y Carlos IX, privó a los hugonotes de las dos piezas más valiosas del tablero, les proporcionó al menos cierta justificación para tomar las armas. El 8 de abril, Beza publicó un manifiesto en el que señalaba la necesidad de una acción militar por parte de Condé para libertar a la reina regente y al rey del control de los Guisa. Ya el 2 de abril Condé había ocupado Orleans, que ahora se convirtió en el cuartel general de la causa hugonote. En el curso de un mes, los hugonotes se levantaron en las provincias, aparentemente para enviar ayuda a Condé a Orleans, pero en la práctica lo hacían para saldar cuentas locales. Así pues, la rebelión armada figuraba ya en la orden del día, y le correspondió a Beza, primero como ayudante y cómplice de Condé y después como sucesor de Calvino, a la muerte de este en mayo de 1564, formular a los creyentes la teoría de la resistencia armada.

Aunque la adecuada ficción de la defensa de la autoridad real desempeñó su papel durante cierto tiempo, comenzó aparecer cada vez más desgastada bajo la presión de los acontecimientos. Sin embargo, el desarrollo de una doctrina de resistencia más madura demostró ser un proceso lento y dudoso, pues todo el peso de la tradición favorecía a las fuerzas de la autoridad. El mismo Beza aborrecía el sentimiento iconoclasta que se estaba extendiendo por todas las iglesias francesas en las regiones que estaban bajo el control hugonote, y se mostraba ansioso por evitar ofrecer a los más celosos de entre los creyentes una justificación para los excesos religiosos o políticos. Así pues, la teoría renqueaba, muy por detrás de la práctica, pero el hecho era que el paso decisivo había sido tomado en 1562. La iglesia calvinista, tanto a nivel nacional como internacional, estaba ahora preparada, bajo ciertas circunstancias, para asociarse con una revuelta armada. Una vez dado este paso, correspondía a la re-

belión de Condé asumir, al menos, algunas de las características de un levantamiento religioso, y a sus dirigentes hacer uso de la ayuda que la iglesia y la fe pudiesen proporcionar.

Los hugonotes en guerra

La ayuda proporcionada por Ginebra y las iglesias nacionales a los dirigentes de la insurrección Borbón-Châtillon fue decisiva en muchos aspectos –y no menos en impedir que fuese solamente otro intento más, fracasado y fácilmente eliminado, de un grupo de aristócratas descontentos para hacerse cargo del poder en el Estado–. Como miembros de un movimiento religioso internacional, Condé y sus amigos se dieron cuenta de que ahora se les abrían muchas puertas más allá de las fronteras de Francia. En un principio existían ciertas dudas en cuanto a ayudar a una revuelta armada. Federico, el elector del Palatinado, que se mostraría luego tan activo en la causa calvinista, expresó su desacuerdo con la rebelión, y urgió para que se recurriese a la oración. Pero Beza, una figura internacionalmente conocida y respetada en toda la Europa protestante, negoció con éxito con los príncipes alemanes protestantes para que las tropas de *reiter* fueran, durante los años siguientes, el núcleo de un ejército protestante movible, listo para ser utilizado tanto en los Países Bajos como en Francia.

También fue Beza el que actuó como enlace entre Condé y Ginebra durante los cruciales primeros meses de la guerra. Ginebra contribuyó a abastecer de armas y municiones a las fuerzas de Condé, y fue una parte importante en la negociación de los préstamos facilitados en Lyon, Basle y Estrasburgo para la financiación de sus campañas. La financiación de los hugonotes, pues, se convirtió en una operación internacional en la que Inglaterra, temerosa de las consecuencias de una victoria de los Guisa, se encontraba también preparada a unirse, a un determinado precio. Por el tratado de Hampton Court, de septiembre de 1562, Isabel ofreció un préstamo sustancioso a cambio de la cesión inmediata de El Havre, que había de ser cambiado por Calais al final de la guerra.

La cesión de territorio francés a Inglaterra causó a Condé un grave perjuicio; sin embargo, desde otra perspectiva sus conexiones internacionales demostraron ser muy ventajosas. No obstante, el apoyo de las iglesias locales fue lo que transformó el carácter y las

perspectivas de la insurrección de Condé. Tradicionalmente, un noble rebelde contaba con el apoyo de su propia clientela y de los que dependían de él, y con cualquier descontento que pudiese lograr que se uniese a su causa. Al igual que sus predecesores, Condé se apresuró a llamar a sus vasallos y clientes, quienes juraron formalmente «rendirle leal servicio». Pero junto a este cuerpo tradicional de adherentes salidos de las filas de las relaciones de los Borbones y de los Châtillon pudo acudir a otro ejército potencial de aún mayor magnitud: los componentes de las iglesias y comunidades calvinistas, las cuales constituían conjuntamente la iglesia reformada francesa.

La organización de estas iglesias y comunidades seguía un modelo bien definido. Cada iglesia local tenía su propio «consistorio», formado por el ministro y los laicos más viejos y –si esto no era bastante– su propia compañía de pastores. Los consistorios de un determinado número de iglesias vecinas estaban agrupados en un «coloquio», que ejercía una supervisión general sobre los asuntos religiosos de la región. Por encima de esto, a un nivel provincial, estaban los «sínodos», y finalmente, en la cúspide, el sínodo nacional, que se reunió por primera vez en París en 1559. Al final del siglo XVI se habían celebrado once de estos sínodos nacionales, y fue en uno de ellos, el de La Rochelle de 1571, en donde la iglesia reformada francesa adoptó su confesión de fe definitiva: la *Confession de la Rochelle* o *Confessio Gallicana.*

Este sistema de organización eclesiástica mostró ser ideal para las tareas a las que iba a ser llamado. Proporcionó una red coherente de cuerpos altamente disciplinados que alcanzaban a todo el país para incluir a franceses de todas las condiciones sociales, y encajó muy bien con el sistema de clientela del propio Condé. Durante los años 1560 y 1561, la mayoría de las iglesias, especialmente las de las regiones más afectas a los hugonotes –el Delfinado, el Languedoc, Guienne y Provenza–, se pusieron bajo la formal «protección» de los magnates locales o de la gente acomodada del campo, los cuales se comprometieron a defenderles en caso de ataque. Estos «protectores» formaban parte de una jerarquía social encabezada por la figura de Condé, «protector general de las iglesias de Francia» desde 1562.

Así, pues, entre 1560 y 1562, la facción de Condé sobrepuso su propia organización militar a la organización puramente religiosa de las iglesias calvinistas francesas. Esto transformó, naturalmente, el carácter tanto del calvinismo francés como el de sus relaciones

con la corona. En vez de volverse instintivamente hacia los funcionarios reales, los cuales, ante cualquier acontecimiento, eran cada vez más incapaces de protegerlos, ahora las iglesias buscaban el apoyo de Condé y de sus clientes nobles. Como contrapartida, esto debilitó la influencia tanto de los ministros como de Ginebra, los cuales sostuvieron una larga pero perdida batalla para impedir que toda la autoridad se escapase de sus manos. Los ministros, que sin duda no habían podido adivinar las consecuencias cuando por primera vez acudieron en busca de la ayuda de los nobles, se vieron ahora cada vez más apartados del gobierno de sus iglesias, que se estaban convirtiendo en los instrumentos de una facción noble disidente. Esta capitulación de las iglesias a la combinación de los Borbones podía haber culminado en la total subordinación de los fines religiosos a los políticos si no hubiese sido por la integridad religiosa de un sector de la nobleza, y especialmente del almirante Coligny, quien nunca perdió de vista lo que era para él el primer propósito de la revuelta: la salvación de la iglesia de Dios. Coligny contribuyó, más que ningún otro hombre, a que se mantuviesen unidos los movimientos político y religioso, e impidió que las ambiciones seculares distorsionasen irrevocablemente una causa auténticamente religiosa.

A largo plazo, a pesar de todos los esfuerzos de Coligny, la estrecha asociación de las iglesias con una facción aristocrática armada perjudicó irrevocablemente el movimiento calvinista en Francia. Las iglesias dependían de las ciudades más que de la aristocracia, por la masa de sus seguidores y la toma de las iglesias por los nobles –algunos de ellos poco menos que atracadores– mermó inevitablemente la llamada calvinista a hombres sinceros y convencidos, y contribuyó a frenar el movimiento hacia la conversión, que había alcanzado su punto culminante al final de la década de 1550. Sin embargo, a corto plazo la alianza de las iglesias calvinistas con Condé demostró ser innegablemente beneficiosa para ambos. Las iglesias consiguieron protección militar a escala nacional, en un momento en el que el poder de los Guisa les amenaza con su extinción. Por su parte, Condé consiguió un instrumento de extraordinaria efectividad civil y militar para la consecución de sus deseos.

Pronto se puso de manifiesto que la estrecha malla de la organización de las iglesias hugonotes las situaba en una posición ideal para la labor de subversión y revuelta. Mientras los gobernadores de

las provincias, faltos de cualquier clase de instrucciones de la corte, contemplaban el desarrollo de los acontecimientos con indiferencia o trataban de salvar sus posiciones prudentemente, los hugonotes tenían grandes oportunidades para infiltrarse y subvertir. Al conseguir sistemáticamente el control de los cargos públicos, podían construir una jerarquía de detentadores de cargos hugonotes junto con la de la corona. Allí donde era posible, también se hacían con el control del gobierno municipal y provincial. La toma de Lyon, al comienzo mismo de la guerra, constituye un ejemplo clásico de su técnica. Esta fue planeada y organizada, para dolor de Calvino, por los ministros locales. Ya en sus manos la ciudad, organizaron sistemáticamente el despojo de sus iglesias, la expulsión de los frailes y monjas y la instalación de funcionarios hugonotes en la administración municipal. A quienquiera que correspondiese la propiedad de los métodos, no puede negarse el valor de los resultados. La posesión de Lyon, un importante centro de las finanzas internacionales, contribuyó grandemente a facilitar la concesión de préstamos para las campañas hugonotes. Condé pudo contar también con el apoyo financiero de los banqueros y comerciantes calvinistas y con las contribuciones voluntarias de las iglesias.

El espíritu militante de las iglesias nunca fue mejor expresado que por la comunidad calvinista de Valenciennes, sobre la frontera de Hainault. «Estamos decididos –declararon en 1562– a resistir y permanecer constantes en y por el nombre de Jesucristo; por el contrario, si nos volvemos contra la fe, nunca entraremos en el reino de los cielos»[6]. Los calvinistas franceses participaron de esta decisión apasionada de permanecer constantes hasta el final en la defensa de una causa a la que se sentían llamados por Dios; y se mostraron diestros en encontrar medios prácticos para fomentar sus especiales designios. En especial, mediante la inteligente explotación de su organización religiosa pudieron movilizar con ejemplar rapidez un ejército para que fuese utilizado por Condé. El ejército real, que estaba bajo el control de los Guisa, era esencialmente un ejército mercenario, con los característicos defectos de un cuerpo de este tipo. El ejército de Condé, por su parte –aunque reforzado con regimientos mercenarios extranjeros–, dependía sobre todo de las tropas proporcionadas por las iglesias.

---

[6] Cit. en H. Pirenne, *Histoire de Belgique,* vol. III, 3.ª ed., Bruselas, 192, p. 428 (n. 1).

Esas tropas iban a ser pronto reclutadas de una forma sistemática[7]. Mientras que los ministros exhortarían a sus rebaños desde el púlpito para que se uniesen a las fuerzas de Condé, se proyectó un sistema de reclutamiento de acuerdo con el número de la población. Cada parroquia se esperaba que proporcionase su número correspondiente de tropas, conocidas como «enseñas», y las enseñas reclutadas en las parroquias formaban un «coloquio» que, agrupados en regimientos, se unían unos al ejército, mientras que otros eran destinados a la defensa de su lugar de origen. Estos regimientos, salidos en gran parte de las filas de los artesanos urbanos, eran de gran calidad, y sus dirigentes no vacilaban en armarlos, como era costumbre en la Europa del siglo XVI. De ordinario, se trataba de evitar la formación de una fuerza de infantería nacional, ante el temor de las peligrosas consecuencias que podían desprenderse del hecho de armar indiscriminadamente las capas más bajas de la sociedad. Era típico, por ejemplo, que en los ejércitos reales la mitad de las tropas fuesen de caballería. En los ejércitos hugonotes, por otra parte, había tres soldados de infantería por cada uno de caballería, y los comandantes dependían principalmente del fuego de sus regimientos de infantería ligera, armados con arcabuces. Estos tenían a su disposición un gran número de hombres –su ejército, en 1569, se componía de una fuerza de 25.000 hombres, de los cuales 14.000 eran de origen francés–, y estos hombres estaban luchando por una causa en la que creían apasionadamente. Era un ejército formidable, que marchaba a la batalla cantando los salmos tal como habían sido traducidos por Marot y Beza, y especialmente el más famoso de todos los salmos de Beza, el que comienza con las palabras: «Que Dieu se montre seulement».

El mismo espíritu mostraba la flota hugonote que fue creada en La Rochelle durante la década de 1560. Muchos de los marineros de los puertos franceses del Atlántico habían desarrollado sus conocimientos de navegación y de la lucha y acentuaron su odio hacia el catolicismo en sus salidas al Atlántico y al Caribe españoles durante los años del conflicto francohispano. Estos hombres proporciona-

[7] La organización militar y naval hugonote ha sido estudiada por Jean de Pablo en dos artículos titulados «Contribution à l'étude de l'histoire des institutions militaires Huguenots», *Archiv für Reformationsgeschichte,* vols. XLVII-XLVIII (1956-1957). Para el ejército real, véase James B. Wood, *The King's Army: Warfare, Soldiers and Society during the Wars of Religion in France, 1562-1576,* Cambridge, 1996.

ron la tripulación de la flota de cuarenta buques bajo el mando de Jacques de Sores. La flota patrullaba la costa desde el cabo Gris-Nez hasta Bayona, y fue una parte vital en el esfuerzo hugonote de cortar las rutas marítimas del enemigo, en la protección de los barcos protestantes y de los abastecimientos de sal para los Países Bajos, y en mantener abiertas las líneas de comunicación entre La Rochelle y la Inglaterra protestante.

Entre 1562 y 1570 estas fuerzas militares y navales contribuyeron a mantener la causa hugonote durante tres periodos de guerra abierta, en los que cada vez parecía más evidente que el calvinismo no contaba, y cada vez tenía menos esperanza de contar, con el apoyo de la mayoría de los franceses. La primera guerra, que comenzó en abril de 1562 y terminó con la pacificación de Amboise del 19 de marzo de 1563, se desarrolló principalmente en el valle del Loire entre las tropas de Condé y Coligny, con base en Orleans, y las de Guisa y Montmorency, que tenían su cuartel general en París. Afortunadamente para Catalina, la guerra eliminó rápidamente algunos de los dirigentes de la facción más responsables de sus dificultades políticas. El rey de Navarra murió de sus heridas en noviembre de 1562. Condé y Montmorency fueron hechos prisioneros en la batalla de Dreux[8]. El duque de Guisa, más aciagamente, fue asesinado por un fanático protestante mientras asediaba Orleans en febrero de 1563. En los años siguientes, la muerte de Guisa demostraría ser una potente nueva fuente de amargura y tensión, pues Coligny, aunque oficialmente exonerado en 1565 de complicidad en el crimen, se alegró del suceso y continuó siendo considerado responsable por la familia de los Guisa y sus seguidores. Sin embargo, a corto plazo, la muerte de Guisa y la eliminación de tantos dirigentes facilitaron el camino para llegar a un acuerdo. Catalina aprovechó la oportunidad para sostener el edicto de Amboise, el cual –al reconocer la libertad de conciencia a todos sus súbditos– estableció una distinción entre los nobles, a los que se les permitía una absoluta libertad de culto, y el resto de los hugonotes, cuyos cultos eran limitados a una ciudad en cada *bailliage.*

La paz de Amboise fue seguida de un periodo de supuesta reconciliación nacional durante el cual ambos partidos se unieron para

[8] Al ser (mal) informada de que Dreux había constituido una victoria de los hugonotes, Catalina reaccionó con entereza. «Eh bien», se dice que señaló. «Désormais nous prierons Dieu en français.»

recuperar El Havre de manos de los ingleses. Sin embargo, la tregua continuó siendo difícil, y Catalina, con una típica tendencia a dramatizar la majestad de la realeza, partió en mayo de 1564 en gran marcha real a través de Francia con el joven Carlos IX, cuya mayoría de edad había sido declarada nueve meses antes. La reina madre marchaba lentamente; con gran ceremonia, y deliberadamente utilizaba mascaradas espectaculares y festivales para mantener unidas a las facciones rivales y predicar las virtudes de la paz. El momento culminante se produjo en Bayona, en el verano de 1565, donde Catalina se reunió con su hija Isabel de Valois, reina de España, a la que no había visto desde su casamiento con Felipe II, en 1559. Como espectáculo, el encuentro de las cortes española y francesa constituyó un éxito sin paralelo. Pero políticamente fue un desastre. En vez de acudir en persona, Felipe II envió al duque de Alba para que le representase. El encuentro de Alba con Catalina no solo no pudo restablecer la estrecha relación francoespañola, conseguida momentáneamente después de la firma de Cateau-Cambrésis, sino que suscitó negras sospechas entre los hugonotes de que las monarquías católicas estaban tramando un complot contra ellos y contra sus hermanos en otros lugares de Europa.

Los peores temores protestantes sobre la entrevista de Bayona parecieron confirmarse plenamente cuando el mismo duque de Alba encabezó el ejército enviado por Felipe para acabar con la disidencia religiosa en los Países Bajos. Ansioso por tomar la iniciativa antes de que fuera demasiado tarde, Condé volvió a tomar las armas al final del verano de 1567, e intentó, sin éxito, capturar a Catalina y al rey en Meaux. Esta vez, las fuerzas hugonotes se habían unido con un formidable cuerpo de *reiter* alemán bajo el mando de John Casimir, el segundo hijo de Federico, el elector del Palatinado, cuyos escrúpulos sobre la ayuda a la rebelión se habían esfumado a causa de lo que parecía ser una creciente evidencia de un gran proyecto papal. Ya, pues, las guerras civiles francesas presentaban síntomas de convertirse en un conflicto internacional. Pero esta segunda guerra religiosa, durante la cual el viejo condestable Montmorency fue asesinado, tuvo una rápida conclusión con la paz de Longjumeau, de marzo de 1568.

La paz, sin embargo, demostró ser incluso más corta que la guerra que la había precedido. Catalina había sido finalmente separada de los hugonotes por el intento de *coup* de Condé, y estaba llegando a desilusionarse con su política de reconciliación. Bajo la creciente

influencia del cardenal de Lorena, el rey hizo dimitir a su canciller L'Hôpital, el símbolo de la moderación. Los Guisa habían vuelto al poder; el hermano más joven del rey, el duque de Anjou, urgía la entrada en acción contra los rebeldes, y, en septiembre de 1568, ambos partidos tomaron las armas de nuevo. En la tercera y más salvaje de las guerras religiosas, que duró hasta agosto de 1570, Anjou derrotó a los hugonotes en dos importantes batallas, Jarnac y Montcontour, y consiguió una falsa reputación de gran militar.

Los hugonotes nunca habían sufrido reveses tan señalados como los de 1569. El mismo Condé fue muerto en Jarnac en marzo, y la dirección del movimiento hugonote recayó sobre Coligny. Sin embargo, bajo la dirección de Coligny, el movimiento resistió la tormenta y adquirió una nueva unidad y cohesión. Este casi gran hombre –simbolizado para sus contemporáneos por el inseparable mondadientes prendido en su barba o detrás de su oreja[9]– consiguió un respeto popular y una admiración que Condé nunca llegó a alcanzar. Sin duda carecía de sutileza y de cierto sentido político. Era propenso a resolver las dificultades enfrentándose a ellas directamente, cuando otros hubiesen optado por tratar de flanquearlas. Pero esto era quizá un defecto frente a sus cualidades de hombre de una constancia pétrea, pensativo, austero y un tanto solitario, que vivía para su fe y para su país y era incapaz de engañar.

Coligny era un dirigente natural, con la inimitable cualidad de ser capaz de ganar y conservar la confianza tanto de la gente de posición como de las iglesias. También consiguió una estrecha relación con Beza y con Juana de Albret, la viuda reina de Navarra. Como jefe militar demostró ser singularmente incapaz de ganar grandes batallas, pero tenía sobresalientes cualidades como estratega. Durante el año 1569, cuando los hugonotes atravesaron por un momento difícil, dirigió una habilidosa y muy activa campaña en el Languedoc, mientras que el mejor de sus lugartenientes, François de La Noue, conseguía con éxito consolidar la posición de los hugonotes en Poitou. Entre ambos, Coligny y La Noue, salvaron a los hugonotes de la derrota. En el verano de 1570 parecía claro que los ejércitos reales –mal conducidos y, como de costumbre, escasos de dinero– no habían podido, tristemente, explotar las victorias de 1569, y ambos lados ansiaban ahora el establecimiento de un acuer-

[9] *Cfr.* el grito de sus oponentes: «¡Dios nos libre del palillo de dientes del Almirante!».

do. La paz de Saint-Germain, firmada el 8 de agosto, no fue de ningún modo desfavorable a los hugonotes, e introdujo la novedad de permitirles guarnecer cuatro ciudades a modo de seguridad *(de sureté):* Cognac, La Charité, Montauban y La Rochelle. Como los Guisa salieron de la corte en desacuerdo con la vuelta de Catalina a la línea moderada, parecía que después de ocho años en los que se alternaron las guerras y las paces, los hugonotes, si no habían conseguido la victoria, al menos no habían luchado en vano.

La revuelta de los Países Bajos

Las experiencias de los hugonotes en la Francia de la década de 1560 demostraron cuánto podían conseguir las minorías religiosas y los movimientos políticos si trabajaban al unísono, en lugar de actuar por separado. La oposición aristocrática a los Guisa había arrojado un manto protector sobre las iglesias calvinistas perseguidas, mientras que por su parte las iglesias habían proporcionado a la facción de Condé una amplia base de apoyo popular y la gran ventaja de poder contar con los variados recursos de una organización nacional e internacional. Sin embargo, en los Países Bajos españoles la alianza entre la oposición aristocrática y el calvinismo militante fue más lenta en su composición que en Francia, e incluso cuando se realizó borró sus similitudes con una diferencia. Esto era de esperar, pues aunque existían algunos curiosos paralelismos entre la situación de Francia y la de los Países Bajos a comienzos de la década de 1560, las semejanzas no solían ser sino superficiales.

Políticamente era una rara coincidencia que tanto Francia como los Países Bajos estuviesen gobernados, a comienzos de la década de 1560, por mujeres regentes. Margarita de Parma, que había sido encargada del gobierno desde la partida de Felipe de los Países Bajos en 1559, se encontró enfrentada en muchos aspectos a la misma clase de problemas que Catalina: un declive de la autoridad y del prestigio de la corona, unas arcas vacías, unos estados pendencieros y difíciles y una alta nobleza dividida y ansiosa de hacerse con el control de la administración real. Había, sin embargo, una diferencia esencial entre los regímenes de Francia y los de los Países Bajos que afectaba profundamente los caracteres de sus respectivas oposiciones políticas. La misma Catalina era medio extranjera, pero encabezaba un gobierno real que permanecía como símbolo de la unidad

nacional en un país dividido. Margarita, como hija de Carlos V y como mujer flamenca, era neerlandesa por nacimiento; sin embargo, encabezaba un gobierno al que cada vez se le consideraba más extraño. Esto demostró ser, a largo plazo, un hecho de incalculable importancia, puesto que permitía a la oposición parecer –como nunca lo pudo hacer convincentemente en la Francia de la década de 1560– como la defensora de las tradiciones nacionales contra las innovaciones extranjeras.

También la situación religiosa parecía a primera vista sorprendentemente similar. Los gobiernos de ambos países habían sido obligados a adoptar una actitud defensiva ante la extensión de la herejía, y especialmente en los últimos años a causa de la creciente actividad y éxito de los calvinistas. De nuevo, sin embargo, existían diferencias. Ya alrededor de 1560 el calvinismo se encontraba bien arraigado en Francia y había desarrollado una organización por toda la nación. Pero en los Países Bajos se encontraba todavía en este momento en una etapa de formación y muy localizado. El número total de protestantes activos era pequeño –quizá no mucho más del 5 por 100 de la población–, y de estos, los calvinistas, a pesar de la actividad de Guy de Brés y de sus amigos, no eran sino una pequeña minoría. El anabaptismo, que había conseguido muchos adherentes a comienzos de la década de 1530, todavía tenía un número no muy amplio de seguidores, especialmente en las provincias septentrionales de Holanda, Zelanda, Groninga y Overijssel. En estas provincias, que un día serían los bastiones de la revuelta, la influencia del calvinismo fue durante mucho tiempo notablemente escasa. Su impacto se redujo en gran parte, durante los primeros años de la década, a las ciudades del sur industrial, la región que, por una de las grandes ironías de la revuelta de los Países Bajos, terminaría por afirmar su lealtad a España y a Roma.

El progreso del calvinismo en los Países Bajos puede, en cierto grado, haber sido obstaculizado por el hecho de que otras formas de protestantismo, especialmente el luteranismo y el anabaptismo, habían ya conseguido atrincherarse, a pesar de la persecución de que habían sido objeto. Los calvinistas estaban siendo también sujetados por las medidas represivas de las autoridades. Pero, a pesar de ello, sus predicadores en las ciudades del sur estaban comenzando a conseguir apoyo, halagando los sentimientos anticlericales de la población urbana. No había comparación, sin embargo, entre la sólida base de la organización de la iglesia calvinista en la Francia

de comienzos de la década de 1560, y el todavía embrionario movimiento en Hainault, Brabante y Flandes. Ni había todavía ningún paralelo en los Países Bajos con la conversión en masa de nobles y de gente de posición que había transformado el carácter y el panorama de las iglesias calvinistas en Francia. Las clases gobernantes en los Países Bajos estaban fuertemente imbuidas de tradiciones humanistas y anticlericales, y aunque el calvinismo estaba comenzando a conseguir adeptos entre ellas, había muchos que al parecer encontraron la nueva fe excesivamente intolerante y autoritaria, y provisionalmente la adoptaron solo bajo la presión de las circunstancias y siempre con reserva.

Cuando la alta nobleza pudo darse cuenta del empeoramiento de la situación religiosa en los Países Bajos, tendió a situarse en favor de la moderación. Muchos de estos nobles mantenían estrechos lazos con la nobleza del Imperio, y la solución alemana de *cuius regio eius religio* era lógicamente atrayente para ellos. Sin embargo, a comienzos de la década de 1560 estaban menos comprometidos con los asuntos religiosos que con los políticos. El más poderoso y más influyente de los magnates, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, se hallaba sin duda preocupado por las tensiones religiosas de su país, pero no llevó a cabo ninguna declaración pública contra la persecución hasta finales de 1564. Cualesquiera que fuesen sus puntos de vista particulares, tanto él como los otros magnates parecen haber dedicado todas sus energías en este momento a imponer sus deseos a un gobierno que estaba demostrando ser mucho menos manejable de lo que ellos habían supuesto y esperado en un principio.

El Consejo de Estado, establecido por Felipe en 1559 para asesorar a Margarita de Parma, incluía al príncipe de Orange; al conde de Egmont; a un letrado frisio, Viglius; a un mezquino noble valón, Berlaymont; y a Antonio Perrenot, obispo de Arrás, quien había sido elevado a la púrpura como cardenal Granvela en 1561. Aunque la misma Margarita no fuese ningún cero a la izquierda, Perrenot era la figura dominante en este grupo. Fue él quien tomó las decisiones importantes, bien por sí mismo, o tras consultarlas con Viglius.

No había duda de la sobresaliente capacidad de Granvela, ni de su inquebrantable lealtad a su señor, Felipe II. Sin duda, como sus contemporáneos en los altos puestos, sabía cómo aprovechar las oportunidades que se le presentaban. Siempre poco satisfecho de su origen social (su bisabuelo fue herrero en Besançon; su abuelo, notario; su padre, primero notario y más tarde el principal consejero

del emperador Carlos V), estaba decidido a vivir como un gran señor y que así se le considerase. Poseía hermosas propiedades urbanas y palacios en el campo, en los Países Bajos y en su natal Franco Condado; coleccionaba cuadros, libros y estatuas, y dispendiaba a gran escala, sin contar sus copiosas rentas eclesiásticas. Su interés por la religión parece haber sido decididamente moderado: le disgustaban todas las formas de fanatismo; creía que los mejores medios de defensa contra el protestantismo residían en una regeneración espiritual de la iglesia romana, y su espíritu estaba más cerca de Erasmo que de los violentos partidistas religiosos de su propia generación. Esto mismo era típico del hombre. Por temperamento y educación pertenecía a una época que había pasado –la época de Carlos V– y nunca pudo conseguir adaptarse al espíritu o los métodos de Felipe II. Su visión del problema de los Países Bajos era borgoñona más que española, y su ideal era el firme sistema, pero de ningún modo inflexible, del gobierno seguido en los Países Bajos por la hermana de Carlos V, María de Hungría, un sistema que estaba proyectado para reducir, en cautelosas etapas, la autoridad de las diecisiete provincias y para colocar a la administración real como un poder efectivo centralizador.

Proporcionar un gobierno vigoroso y eficiente en las condiciones de los primeros años de la década de 1560 no era de ningún modo una tarea fácil. Existía el resentimiento de que el rey había abandonado el país, mientras que el *tercio* de soldados españoles llevado a Flandes en 1553 resultaba ya insuficiente. Las dificultades financieras y religiosas aumentaban, y el gobierno estaba siendo socavado por las luchas facciosas de la alta nobleza, que disputaba entre sí para conseguir el control de los cargos del Estado. Margarita y Granvela contaron con la ayuda del duque de Aerschot, el jefe de la casa valona de Croy; pero un grupo rival, compuesto por Orange y Egmont, el conde de Horn y el barón de Montigny, presentaban síntomas de un antagonismo creciente con el régimen del cardenal Granvela.

Cualquiera que fuese su relación política, Orange y Granvela mantuvieron buenas relaciones personales hasta 1561. Sus respectivas familias mantenían una segura relación, basada en intereses comunes en el Franco Condado y en la corte, y tuvieron que ocurrir ciertos acontecimientos, tanto políticos como personales, para que terminase la amistad entre ellos. Orange, con todo su atractivo y exquisita cortesía, poseía una compleja personalidad, cuya capacidad e inteligencia menospreciaba Granvela constantemente. Muy

sensible a su propia dignidad y reputación, se dolía de los métodos de Granvela de gobierno personal y de su propia exclusión de las decisiones vitales del Estado. Gradualmente, a medida que los dos hombres entraron en conflicto en una amplia gama de acontecimientos, comenzó a identificar a Granvela como el símbolo de un sistema absolutista de gobierno que por etapas erosionaría los derechos y privilegios de la nobleza y del pueblo de los Países Bajos.

Lo que exactamente precipitó la ruptura final es una cuestión que nunca ha sido aclarada del todo. Orange se molestó por la abierta desaprobación del cardenal de su matrimonio, en 1561, con Ana, la hija y heredera de ese célebre luterano, el elector Mauricio de Sajonia. También llegó a un abierto conflicto con Granvela en el mismo año a causa de la vacante en el gobierno del Franco Condado, donde ambos hombres tenían importantes intereses. Desde 1559, una insigne personalidad, Simon Renard –borgoñón, como Granvela, y antiguo embajador imperial en Inglaterra y Francia–, había estado dirigiendo en el Franco Condado una campaña privada contra Granvela, que había sido anteriormente su benefactor, pero que no había podido nombrarlo para el Consejo de Estado. En el curso de su intriga, cultivó y se ganó la amistad de Egmont y Orange, cuya influencia vio como posible contrapeso a la de los granvelistas en la administración del Franco Condado. A la muerte del gobernador, en 1561, Orange, bajo la instigación de Renard, pidió la sucesión para él, sabiendo que de otra forma iría a parar a un noble local perteneciente al círculo de Granvela.

Aunque se llegó provisionalmente a un compromiso bajo la influencia de Margarita, el asunto contribuyó a profundizar la grieta abierta entre Orange y el cardenal.

Sin embargo, el acontecimiento de 1561 que eclipsó a todos los demás fue la publicación de una bula papal que establecía claramente la decisión de Felipe de llevar a cabo sus planes para una radical reorganización eclesiástica en los Países Bajos. En 1525, y de nuevo en 1551-1552, se habían hecho propuestas para un incremento del número de los obispos y una reducción de la autoridad eclesiástica extranjera para reforzar la iglesia de los Países Bajos contra la creciente marea de herejía. Cuando Carlos V transfirió el gobierno de los Países Bajos a su hijo en 1555, nada se había hecho todavía, pero Felipe puso de manifiesto desde un principio que pretendía continuar y extender la guerra de su padre contra los herejes. Los jesuitas fueron autorizados para establecerse en los Países Bajos en 1556. Los

Placards, o edictos, contra los herejes fueron puestos en vigor rigurosamente por la Inquisición local, más dura en algunos aspectos que la española, ya que condenaba a muerte incluso a los herejes confesos. En 1559, una bula papal aseguró la fundación de una nueva universidad en Douai, la cual desempeñaría un gran papel en la revitalización del catolicismo neerlandés, y una bula posterior, en el mismo año, preparó el camino para la reorganización de los obispados.

En virtud de los términos de las bulas de 1559 y 1561, habían de ser añadidas catorce nuevas diócesis a las cuatro ya existentes. En vez de formar parte de las provincias eclesiásticas de Reims y Colonia, los Países Bajos estarían divididos en el futuro en tres provincias independientes bajo los arzobispos de Cambrai, Utrecht y Malinas. Las nuevas sedes se endosarían las rentas de un cierto número de ricas abadías, y los obispos y los principales canónigos serían escogidos por el rey de entre los teólogos destacados y los legistas canónicos. Este esquema era eminentemente racional, y como muchos de estos esquemas, se encontró de golpe con toda clase de dificultades. Los nobles vieron cómo sus hijos más jóvenes eran desplazados de las lucrativas sinecuras eclesiásticas por letrados y clérigos de humilde cuna. Egmont y Orange vieron cómo Granvela, en calidad de arzobispo de Manilas y cardenal de la iglesia, les precedía en la mesa del Consejo, en vez de ocupar el cuarto lugar que hasta entonces le correspondía. Los estados de Brabante vieron reemplazar a sus tres abades por tres obispos realistas, encabezados por el obispo, que se convirtió en abad de Affligem, que no era otro que el cardenal Granvela. Aquí seguramente había pruebas suficientes de las siniestras intenciones del gobierno, de su determinación de interferir con sacrosantos derechos de propiedad el ejercicio del poder arbitrario y de acabar duramente con los privilegios.

El infortunado Granvela, que no hizo ningún informe para la reorganización eclesiástica e intentó cuanto pudo para retrasarla, se encontró ahora haciendo de víctima por los pecados de su señor real. Era una costumbre bastante normal culpar a los malos consejeros del rey, más que al mismo rey, de las decisiones y de la política impopular, pero esta tendencia puede haberse intensificado en los Países Bajos por el hecho de que el rey estaba ausente. En una época en la que la realeza tenía aún carácter intensamente personal, un rey ausente era una contradicción, y su ausencia exigía a una nobleza de mentalidad tradicional difíciles reajustes psicológicos. Casi como en compensación por su ausencia, la nobleza neerlandesa –y no menos

el mismo Orange– mostró, y parece que realmente sintió, una intensa lealtad personal hacia Felipe II. Pero quedaba un vacío que Margarita, aun cuando no carecía de dignidad real, fue incapaz de llenar. Ahora, en 1561, la acritud de una aristocracia defraudada y desilusionada y el malestar de los estados salió a flote en forma de vituperación contra todas las cosas de España y de una campaña de odio y difamación contra el principal ministro del rey ausente.

El mismo Granvela maniobró lo mejor que pudo para llevar adelante la política de su señor, preservando al mismo tiempo su propia posición. Convenció a Felipe para que retirase al tercio español de los Países Bajos, pero incluso así fue denunciado y caricaturizado para su dolor como el «diablo rojo» y como el «cerdo español». Los mismos grandes nobles, bajo la dirección de Orange, formaron una liga contra él y enviaron a uno de ellos, Montigny, a la corte española, en otoño de 1562, para pedir su sustitución. Cuando Montigny volvió de su misión con las manos vacías, Orange y Egmont se retiraron, en marzo de 1563, de las reuniones del Consejo de Estado. Pero sus manifestaciones públicas de desaprobación de Granvela no hubiesen logrado mucho si no hubiesen sido apoyadas por cierto activo cabildeo en Madrid por el omnipresente Simon Renard, ahora el gran director de una gran campaña contra Granvela que estaba siendo llevada a cabo simultáneamente en el Franco Condado, en los Países Bajos y en la corte. Finalmente, a pesar de las argumentaciones del duque de Alba para que mantuviese una postura firme, Felipe cedió a la presión y decidió prescindir de su ministro. Una carta secreta de 22 de enero de 1564 concedía permiso a Granvela para que abandonase los Países Bajos «durante algún tiempo» (resultó ser para siempre), para que visitase a su madre en Besançon. El régimen de Granvela había desaparecido y la victoria de los estados y de los magnates era completa.

Los grandes aristócratas de los Países Bajos habían logrado la ambición de todos los grandes aristócratas: el control de la administración real. Sin embargo, no consiguieron un notable éxito en el ejercicio del nuevo poder. Las luchas de facciones continuaban intactas, y los estados se mostraron no más deseosos de votar impuestos para el nuevo régimen que para el viejo. La posición de los aristócratas era más difícil por el hecho de que una suspensión reciente de las importaciones de paños crudos de Inglaterra había elevado el nivel de desempleo y dado lugar a un creciente malestar social. La inquietud popular y el entusiasmo religioso iban de la mano tradi-

cionalmente en los Países Bajos, y 1564 no fue una excepción. Animados por la debilidad del nuevo gobierno, los ministros calvinistas comenzaron a celebrar reuniones al aire libre, a las cuales eran atraídas grandes multitudes.

La aparición de los militantes calvinistas, que urgían la resistencia activa a los Placards y a la Inquisición, colocó al Consejo de Estado en una posición muy delicada. Si ponía en vigor la legislación contra la herejía, se separaría del pueblo; pero si suavizaba la persecución, se pondría enfrente del rey. Parece que fue en este punto en el que Orange, todavía nominalmente católico romano (al contrario que su hermano menor, Luis de Nassau, que había sido educado como luterano)[10], comenzó por primera vez a considerarse en el papel de protector de los protestantes. Quizá hubiese sido posible introducir en los Países Bajos alguna forma de tolerancia, pero, en agosto de 1564 llegaron órdenes de Felipe II para la promulgación de los decretos del Concilio de Trento. Si los decretos tridentinos eran puestos en vigor, la tolerancia estaría fuera de lugar. La ejecución de las órdenes de Felipe fue, por tanto, retrasada deliberadamente por el Consejo de Estado, mientras que las diversas provincias insistían en que no debía haber ninguna puesta en vigor sin la expresa salvaguardia de sus privilegios. Egmont fue enviado entonces con una misión a la corte española para solicitar moderación en la política religiosa del rey, y comenzó un gran debate sobre la cuestión de la tolerancia tanto en los Países Bajos como en Madrid. Los teólogos que asesoraban a Felipe II no eran aparentemente tan hostiles a la idea de tolerancia como podía haberse esperado, pero el rey continuaba sin convencerse; así, una segunda reunión de teólogos celebrada en Bruselas, después de la vuelta de Egmont, rechazó la tolerancia basándose en el argumento de que la existencia de dos religiones en un solo estado podía llevar al desastre.

A lo largo de 1565 y 1566, Orange y sus partidarios continuaron presionando, por medio de peticiones y panfletos, para conseguir alguna forma de libertad religiosa. Aunque existía una fuerte tradición liberal en los Países Bajos, la petición de tolerancia en este mo-

---

[10] Como príncipe del Imperio, Luis de Nassau podía ser luterano con impunidad. El curso de la evolución religiosa de Guillermo no está del todo claro. En 1566 iba todavía a misa, pero ya era luterano a finales de 1567, y se hizo calvinista en 1573. No se puede saber en qué medida eran tácticas estas conversiones y en qué medida correspondían a una verdadera evolución de sus creencias religiosas.

mento parece que se debía más a consideraciones tácticas inmediatas que a la creencia en sus virtudes intrínsecas. Ya en Francia, alrededor del año 1564, el término «politique» se había puesto en uso para describir el creciente estado de opinión intermedia, el cual, aunque no presentaba ningún alegato a favor de las nuevas doctrinas religiosas, consideraba que la represión solo serviría para precipitar los verdaderos desastres que trataba de impedir. Catalina de Médicis y su canciller L'Hôpital, al permitir el culto hugonote en un estado católico, estaban trazando realmente una distinción entre la ciudadanía y la ortodoxia religiosa que radicaba en el corazón del pensamiento «politique». Al solicitar la tolerancia, Orange era influido profundamente por el ejemplo francés –y especialmente por el edicto de Amboise de 1563– y también por el compromiso de Augsburgo, el cual pensaba que debía extenderse a los Países Bajos a través de la influencia de sus amigos en el Imperio.

Sin embargo, desgraciadamente para Orange, la reacción de Felipe fue muy diferente de la reacción de Catalina y L'Hôpital. En sus famosas cartas desde el Bosque de Segovia, escritas en octubre de 1565, Felipe daba instrucciones a Margarita de que los Placards contra los herejes debían ser puestos en vigor, y de que la Inquisición debía castigar rigurosamente a los herejes. No era sorprendente que una Margarita angustiada y preocupada hubiese aguardado una semana para reunir el ánimo suficiente que le permitiera revelar las instrucciones del rey. Sus temores estaban completamente justificados, pues las noticias de las órdenes de España produjeron una oleada de indignación y de malestar en un país ya inquieto. El creciente odio hacia España y hacia la Inquisición fue enérgicamente explotado por los predicadores calvinistas, y pudo haber sido reforzado con horribles relatos sobre la Inquisición española propagados por un pequeño grupo de *marranos* –judíos españoles– que se habían establecido en los Países Bajos[11]. También por primera vez, la nobleza inferior, diferente a los magnates, hizo sentir su presencia. Durante los festejos celebrados en Bruselas en noviembre con motivo de la boda del hijo de Margarita, Alejandro Farnesio, con María de Portugal, un grupo de nobles, entre los que se incluían los hermanos

[11] Para conocer detalles interesantes sobre ciertos miembros de esta comunidad, véase Paul J. Hauben, «Marcus Pérez and Marrano Calvinism in the Dutch Revolt and the Reformation», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance,* Travaux et Documents, vol. XXIX, 1967, pp. 121-132.

calvinistas Jean y Philippe de Marnix, y aquel levantisco bucanero que era el conde de Brederode, se reunieron con Luis de Nassau para planear su programa de acción. El resultado de esta reunión y de otras que le siguieron fue la formación de un compromiso o liga de nobles –tanto católicos como protestantes– que solicitaban en una carta abierta al rey la supresión de las actividades de la Inquisición y un cambio de la política religiosa.

La combinación del descontento popular y de la organizada protesta aristocrática colocó a Margarita en una posición crítica. A finales de marzo de 1566, esta convocó una gran reunión de notables para pedir su consejo. El 3 de abril, los nobles confederados, una fuerza de unos doscientos hombres, se dirigieron juntos a Bruselas; y el día 5 un grupo de ellos marchó en procesión hacia el palacio para presentar su petición oficial a la gobernadora. Cuando Margarita, preocupada, los recibía, su canciller Berlaymont se apresuraba a tranquilizarla. No había necesidad, decía, de temer a estos mendigos –«ces gueux»–. Aunque la mayor parte de los nobles hablaban holandés, el nombre francés quedó. En el fastuoso banquete celebrado el 8 de abril para celebrar el acuerdo de Margarita de suspender la persecución hasta la llegada de nuevas instrucciones, el dirigente confederado Brederode formuló el brindis: «Vivent les Gueux». Egmont, Orange y Horn, que se habían mantenido alejados del compromiso, cayeron indiscretamente en la ruidosa celebración, y escucharon sus propios nombres mezclados con el brindis. «Vive le prince d'Orange! Vive Egmont! Vivent les Gueux!». En este momento se sellaban sus propios destinos y nacía el mito de los *Gueux.*

Cuando Granvela, a la sazón en Roma, escuchó las noticias del compromiso, sacó una lógica conclusión. «El estilo –escribió– está tomado del de la Liga que han hecho en Francia los hugonotes, y para los mismos fines.» La comparación era exacta, pues la autoridad real estaba siendo amenazada abiertamente en ambos países por un movimiento organizado de oposición compuesto por nobles de muy diferentes regiones. Sin embargo, había una diferencia importante, y era la de que la oposición aristocrática francesa estaba compuesta por nobles, la mayor parte de los cuales eran al menos nominalmente calvinistas, mientras que la liga neerlandesa comprendía a miembros de todas las creencias, y no tenía una unión formal con la causa calvinista. La cuestión crucial en los Países Bajos en los tensos meses de primavera y verano de 1566 era, pues, si la

oposición aristocrática haría causa común con la oposición religiosa, como en Francia. Ya había señales de que el sector más radical de la liga deseaba unir sus fuerzas con las comunidades calvinistas. Si esta política encontrase apoyo general, Margarita se enfrentaría con un problema serio, como Catalina y Carlos IX.

La crisis de la autoridad real resultaba ahora evidente, y fue en este momento cuando se rebeló el populacho. Las condiciones económicas de los Países Bajos durante los últimos tres años habían sido malas. El estallido en el norte de la Guerra de los Siete Años en 1563[12] había afectado al comercio báltico y cerrado el Sound al tráfico, mientras que las dificultades comerciales y políticas con Inglaterra habían interrumpido el comercio de los paños ingleses y dejado sin trabajo a muchos asalariados. Por si fuera poco, llegó el hambre. El invierno de 1565-1566 fue excepcionalmente riguroso. En febrero continuaron las duras heladas, y el conflicto suecodanés mantuvo retenidos en Danzig a doscientos barcos de grano, que esperaban el permiso para pasar el Sound. En la primavera de 1566, cuando finalmente llegaron los barcos de grano y el precio del pan comenzó a bajar, la miseria de los meses de invierno había producido mucha amargura y sufrimiento en las ciudades textiles del sur de los Países Bajos y había proporcionado a los predicadores calvinistas audiencias dispuestas a escucharlos.

La protesta, cuando llegó, parecía, sin embargo, que había sido originada menos por la total e intolerable miseria que por el profundo temor por la pérdida de la que se había conseguido recientemente con tanto trabajo. El hambre de 1565-1566 fue menos acusada que la de 1556-1557, la cual había sido seguida por un alza general de los salarios. Al menos en Amberes, la acusada escasez de trabajo había impedido la reducción de los salarios al final de la década de 1550, y como los precios del grano en este momento eran bajos, había una mejora sustancial en el nivel de vida, que se mantenía al final de 1562. Los patronos se quejaban entonces del elevado nivel de los salarios, pero como los problemas económicos y el desempleo aumentaron en los años sucesivos, la situación comenzó a cambiar. En los buenos tiempos, los gastos de alimentación comprendían alrededor del 30-40 por 100 de los ingresos de un asalariado de Amberes. En los malos tiempos, la cifra podía elevarse por encima del 80 por 100, y la mantequilla y la carne dejaban paso a una dieta

[12] Véase p. 47.

menos variada de alimentos más baratos, como verduras y centeno[13]. Ahora, en 1566, los artesanos especializados vieron cómo disminuían sus salarios y cómo era amenazado su nuevo nivel de vida. Estaban en mejores condiciones que sus padres durante el reinado de Carlos V, pero quizá por esta misma razón no estaban dispuestos a aceptar sin protesta un descenso de su nivel de vida.

También su situación política y religiosa era muy diferente de aquella que disfrutaban en tiempos de los disturbios anabaptistas, a comienzos del reinado de Carlos V. Entonces, la población desnutrida, desempleada y mal pagada, se había encontrado enfrentada al poder del Estado, apoyado por una clase dirigente unida que no estaba dispuesta a tolerar a ningún precio ninguna alteración violenta del orden existente. Ahora la población se encontraba dirigida por expertos ministros calvinistas con objetivos inmediatos, que podían asegurarse con medios prácticos; la autoridad del Estado había dejado virtualmente de existir, y la clase gobernante se encontraba en abierta oposición a la línea política y religiosa de la corona española.

Así pues, el momento era francamente propicio para que los calvinistas intentasen derribar el antiguo orden religioso –un intento que, a pesar de las prevenciones de Orange, comportaría seguramente el apoyo de al menos un sector de la nobleza–. Sin embargo, parece que no existen pruebas de que en este momento hubiese una confabulación entre los calvinistas de Francia y los de los Países Bajos. Así pues, en qué medida los acontecimientos de agosto de 1566 fueron producto de una organización, o bien de un movimiento espontáneo entre el pueblo, es una cuestión que probablemente nunca podrá aclararse.

Todos sabían que los disturbios se avecinaban. En junio y a comienzos de julio, las multitudes que prestaban oídos a los predicadores en las ciudades y pueblos flamencos iban aumentando día a día. Mientras que hombres armados montaban guardia contra una posible intervención de los magistrados, los predicadores excitaban a sus oyentes con vehementes denuncias de las riquezas de los clérigos y de la idolatría practicada en las iglesias. Margarita de Parma envió urgentes mensajes a las ciudades para organizar sus defensas y colocar

---

13 La información sobre los asalariados de Amberes está tomada del estudio admirablemente meticuloso de E. Scholliers, *De Levensstandaard in de XVe en XVIe Eeuw te Antwerpen* (Amberes, 1960), que contiene un largo sumario en francés de las aportaciones del autor.

una guardia en las iglesias, pero la respuesta de las ciudades se caracterizó por su frialdad. En Gante, que parece haber sido un caso típico[14], los magistrados fueron escogidos de entre una casta cerrada y exclusiva, la cual no contaba con ninguna simpatía entre los ciudadanos. Los miembros de una milicia especial reclutada en los gremios artesanales se encontraban dispuestos, a la llamada de los magistrados, a prestar juramento de lealtad al gobierno, pero tan pronto como se les pidió que se comprometiesen a defender las iglesias, comenzaron los subterfugios y los pretextos. De los 1.767 hombres de los cuales se conoce su respuesta, solamente 332 –el 18 por 100– se declararon dispuestos a hacer cuanto pudiesen para defender al clero católico en caso de ataque. Parece bastante claro que la iglesia romana había perdido la lealtad de la masa de la población en las ciudades y pueblos de Flandes, antes incluso de que llegasen los calvinistas.

Los abrumadores sentimientos anticlericales de la población convirtieron a Flandes en una tierra fértil para los predicadores. Estos estaban comenzando a ganar adeptos, especialmente entre los sectores medios y elevados de los ciudadanos: obreros especializados, tenderos, letrados y ricos comerciantes. De las 12.000 familias de Gante, alrededor de 1.500 –o el 13 por 100– puede clasificarse como calvinista en 1566-1567. Pero además del importante núcleo de conversos, los predicadores podían contar con la simpatía y los buenos deseos de una gran parte de la población que era hostil al catolicismo, o bien indiferente en cuestiones religiosas, y que odiaba al clero, de la misma forma que odiaba a los magistrados, a causa de su arrogancia y su riqueza.

En el nivel más bajo de esta población se encontraban los proscritos, los pobres y los desempleados. Estos también habían sido alcanzados por las palabras de los predicadores, que les dieron un rayo de esperanza. En agosto, cuando el precio del trigo comenzó a subir de nuevo, su cólera se desató repentinamente. El 10 de agosto, en Steenvoorde, al oeste de Flandes, una turba enfurecida penetró en las iglesias, destrozó las abominables imágenes y se apoderó de los ornamentos de plata y oro. La furia iconoclasta se expandió por todos lados, de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, alcanzando a Amberes el 20 de agosto, y a Gante y Ámsterdam el 22. Había calvinistas convencidos y agitadores entre los iconoclastas, pero actua-

---

[14] M. Delmotte, «Het Calvinisme in de verschillende bevolkingslagen te Gent (1566-1567)», *Tijdschrift voor Geschiedenis,* vol. LXXVI (1963), pp. 145-176.

ban en contra de las órdenes y los deseos de los ministros. Se trataba esencialmente de una revuelta espontánea de la gente que estaba fuera de la estructura de la vida de la comunidad municipal, de trabajadores eventuales en las industrias de la construcción y textiles y de los explotados y oprimidos.

Mientras que las enfurecidas turbas saqueaban y profanaban las iglesias, los magistrados de muchas ciudades observaban, demasiado atemorizados para intervenir. Tampoco pudo Margarita de Parma, sin tropas y poco segura de la lealtad de las clases dirigentes, emprender ninguna acción inmediata. Pero parecía claro que muchos de los miembros más moderados del compromiso se hallaban aterrorizados por la violencia de la insurrección popular. Para ganar tiempo, y para conseguir atraer a la opinión moderada, Margarita llegó el 23 de agosto a un «acuerdo» con los dirigentes del compromiso, mediante el cual se suspendería la persecución si se dejaba en paz al culto católico y el pueblo deponía sus armas.

Guillermo de Orange, que había sido enviado por la gobernadora, con algunas dudas, para ayudar a poner orden en Amberes, se dio cuenta de que tenía poco tiempo. Su propósito inmediato era el de ampliar el acuerdo para convertirlo en una paz religiosa oficial entre calvinistas, católicos y luteranos. La inclusión de los luteranos era esencial, en parte porque animaría a los príncipes luteranos de Alemania a respaldar con todo su peso la solución de compromiso, pero también porque la creciente tensión entre luteranos y calvinistas en los Países Bajos estaba amenazando con disolver la frágil unidad del movimiento contra el régimen. En Amberes, durante el otoño, Marcos Pérez, un rico comerciante *marrano* que se había convertido al calvinismo, trabajó desesperadamente con cierto número de calvinistas de mentalidad liberal para mantener un diálogo con los luteranos. Sin embargo, la continua violencia de los calvinistas radicales y su intolerancia para celebrar sus cultos en otras iglesias que no fueran las suyas, hizo imposible esta labor.

Al oír las noticias del acuerdo, el cardenal Granvela escribió al rey en septiembre, previniéndole de que «el recurso francés de permitir dos religiones» en un Estado destruiría la iglesia romana en los Países Bajos. Sin embargo, ni Felipe ni Margarita dieron mucha importancia a un convenio llevado a cabo mediante la coacción, y sabían que la violencia de los que apoyaban a los calvinistas estaba jugando a su favor. Margarita, después de un momento de pánico, fue recobrando su valor bajo la firme influencia de un miembro de

la vieja generación de los nobles borgoñones, el conde de Mansfeld, un devoto católico que se convirtió ahora en su consejero de mayor confianza. Con la llegada del dinero de España pudo reclutar tropas para que se enfrentasen con las bandas armadas de insurgentes bajo el mando de Brederode. A medida que la gobernadora reafirmaba su autoridad, las clases dirigentes se reunieron a su alrededor, especialmente la nobleza valona, que ayudó a atrapar a las bandas errantes de iconoclastas y rebeldes y a poner sitio a los calvinistas de Valenciennes. Entretanto, la oposición estaba siendo aislada y dividida, tal como Margarita y Mansfeld habían planeado. La opinión moderada fue ultrajada por los continuos excesos calvinistas. Orange, reacio a identificarse con los calvinistas, no se movería hasta que no estuviese seguro de la ayuda de los príncipes alemanes. Egmont, demasiado confiado en la buena fe del rey, estaba virando de nuevo hacia el régimen. Con el movimiento tan dividido y sin dirigente, su derrota sería solo cuestión de tiempo.

En febrero de 1567, los rebeldes hicieron su última oferta desesperada para conseguir el éxito. Pero Orange rehusó abrirles las puertas de Amberes, y los luteranos y católicos de esta ciudad unieron sus fuerzas contra los insurgentes calvinistas. El 13 de marzo, las fuerzas rebeldes de Jean de Marnix fueron detenidas por las tropas del gobierno y por los que las apoyaban en Amberes, en campo abierto fuera de esta ciudad, en Osterweell. Poco después, Valenciennes se rindió tras un continuo asedio de tres meses, y Guy de Brès, que había alentado su resistencia, fue colgado.

La posición personal de Guillermo de Orange era ahora excepcionalmente peligrosa y difícil. Su actitud equívoca le había hecho aparecer como traidor tanto a los ojos del gobierno como a los de los calvinistas. Se sintió incapaz de prestar nuevo juramento de lealtad a la corona. Al mismo tiempo corrieron rumores de que Alba sería enviado pronto con un ejército a los Países Bajos para acabar con la revuelta. En febrero, el moribundo landgrave de Hesse había enviado urgentes avisos a Guillermo y a Luis de Nassau para que no se fiasen de los españoles, y menos aún del duque de Alba, a quien había visto en acción en Alemania en 1547. Guillermo aceptó la insinuación, y prudentemente se retiró en abril a un exilio voluntario en su casa alemana de Dillenberg.

Orange no fue el único que abandonó el país. Algunas bandas armadas se quedaron, escondidas en los bosques, pero Brederode se fue a Alemania, donde se le reunieron muchos de sus seguidores.

Durante la primavera y el verano de 1567, una marea de refugiados salió de los Países Bajos para buscar asilo en Endem, Colonia, Francia o Inglaterra. Procedentes de todas las clases de la sociedad neerlandesa, se habían visto activamente envueltos en la rebelión o eran calvinistas convencidos que temían por el futuro de su fe y de su país. Su emigración era un vivo testimonio de lo decisivo de su derrota. Parecía que la revuelta de los Países Bajos había terminado incluso antes de que hubiese empezado.

La razón del fracaso del movimiento de oposición en los Países Bajos debe buscarse en el mismo punto donde el movimiento en Francia había alcanzado el éxito –en el punto donde se encontraban la oposición aristocrática y la religiosa–. En Francia, los calvinistas y la nobleza se habían unido en un solo movimiento de revuelta, en gran parte porque los unos tenían necesidad de los otros frente a determinados adversarios. Pero en los Países Bajos el movimiento religioso había escapado desde sus comienzos de las manos de la nobleza; un régimen aislado había dado lugar a este momento crucial, y el calvinismo militante había llegado a ser tan salvajemente incontrolable como para perder la simpatía del pueblo y para eliminar por sí mismo cualquier posibilidad de éxito. Solamente una represión muy dura parecía capaz de reunir a los patricios y al calvinismo popular en una alianza basada –aunque precariamente– en el reconocimiento de sus mutuas necesidades. Pero no era necesaria una dura represión; Margarita había hecho lo que tenía que hacerse. Sin embargo, a pesar de su éxito, Alba abandonó España con destino a Italia en abril de 1567. Su misión consistía en reunir los *tercios* en Milán y conducirlos a Flandes. Parecía que Felipe no estaba preparado para correr el riesgo –por pequeño que fuera– de ver a uno de sus propios dominios convertido en otra Francia o en otra Escocia. Los iconoclastas debían ser castigados, y los súbditos rebeldes y herejes, tratados como se merecían.

V. CATOLICISMO Y REPRESIÓN

El Concilio de Trento y la reforma católica

«La religión católica debe defenderse a sí misma ilimitadamente, pero conseguirá mejores resultados con la oración, con la reforma de la disciplina y con el buen ejemplo del clero, que por la fuerza de las armas»[1]. El cardenal Granvela escribió estas palabras en 1583, mucho después de que la política de represión del duque de Alba en los Países Bajos se hubiese derrumbado. Pero a comienzos de la década de 1560, cuando Francia y los Países Bajos estaban cayendo presas de la herejía, la iglesia romana no se encontraba preparada para defenderse de la forma que sugería Granvela. Sin embargo, se sabe que los vientos de la reforma habían comenzado a soplar, incluso en la misma Roma. Las nuevas órdenes religiosas habían comenzado ya a mostrar su distinción, y en particular los jesuitas se habían convertido en una fuerza poderosa para la revivificación religiosa en el momento de la muerte de Loyola en 1556. La iglesia también había hecho algunos progresos, definiendo en las primeras sesiones del Concilio de Trento los dogmas que la separaban de los protestantes. Pero cuando se reanudó el Concilio, el 18 de enero de 1562, todavía quedaba mucho por hacer, y las perspectivas no eran muy esperanzadoras.

Había 109 obispos presentes en la sesión de apertura, y estos eran casi exclusivamente de origen italiano o ibérico (86 italianos, 13 españoles, 3 portugueses), pues hasta noviembre no llegó el cardenal de Lorena, como un príncipe del Renacimiento con su falange de obispos franceses comportándose como vencedor, cuando en realidad perdió su batalla contra la reanudación del Concilio. La llegada del cardenal solo sirvió para agudizar las divisiones en un Concilio que ya se hallaba amargamente dividido. Alineado frente al pequeño grupo de moderados que había iniciado por primera vez la

[1] Cit. en M. Van Durme, *El Cardenal Granvela,* Barcelona, 1957, pp. 403-404.

batalla por la reforma eclesiástica durante el largo pontificado de Paulo III (1534-1549), estaba el firmemente tradicionalista partido de la curia del cardenal Simonetta. Mientras que el influyente grupo español, bajo el arzobispo Guerrero de Granada, solicitaba que la nueva asamblea debía ser considerada como una continuación de la antigua, el partido imperial quería que la iglesia iniciase una nueva. Su desacuerdo señalaba una división fundamental de opinión sobre toda la naturaleza y el propósito del Concilio. Los alemanes, a los que luego se unieron los franceses, estaban obsesionados por la necesidad de preservar la paz religiosa en su país, y todavía esperaban que los representantes de los protestantes pudiesen ser convencidos para que asistiesen al Concilio y participasen en las discusiones que conducirían a una reconciliación cristiana. Los obispos españoles y los teólogos de Lovaina, por otra parte, estaban convencidos de que el momento de la reconciliación había pasado, y que la tarea inmediata era la de reformar aquellas regiones de Europa que aún permanecían fieles a Roma.

La principal preocupación de los obispos españoles –no perturbados por la presencia de protestantes en su país de origen– era la de ver propuestos los dogmas de la iglesia en su forma más pura, y la de que fuese finalmente llevada a cabo la reforma eclesiástica, incluso aunque existiese el peligro de enfrentar a la curia con el papa. Por regla general se consideraba que la clave de la reforma estaba en la cuestión de la residencia episcopal. En 1560, a pesar de los numerosos intentos para garantizar que los obispos residieran en sus diócesis, no menos de 70 obispos italianos estaban viviendo en Roma, y esta situación era similar en otros lugares. Como todos los intentos para contener el absentismo episcopal habían fracasado hasta el momento, los españoles comenzaron a insistir en que la residencia de los obispos en sus diócesis era una obligación divina. Pero los funcionarios de la curia detectaron en esta petición una amenaza a la supremacía papal, pues ponía sobre el tapete la delicada cuestión de si los obispos ejercían su autoridad como delegados del papa o la recibían directamente de Dios. Como esta cuestión podía llevar al Concilio a las traicioneras arenas movedizas del debate sobre sus propias relaciones con el poder papal, existían razones para que cundiese la alarma. El desafortunado cardenal legado Seripando conoció la ira papal por plantear imprudentemente la cuestión de la residencia ante el Concilio, y se presionó fuertemente a los españoles para que moderasen su actitud.

Sin embargo, el problema de la residencia episcopal no era el único que agitaba el Concilio, pues los representantes del emperador estaban decididos a conseguir importantes concesiones en ritual y en doctrina que facilitasen el problema de las relaciones con los protestantes alemanes. Tanto el emperador Fernando como el duque Alberto de Baviera creían que las concesiones sobre el matrimonio del clero y sobre la utilización del cáliz por los laicos inducirían a muchas ovejas descarriadas a regresar al redil católico. Los obispos españoles se oponían firmemente a cualquier concesión sobre el cáliz, pero la llegada de la delegación francesa proporcionó refuerzos a los imperiales, que fueron bien recibidos. La cuestión fue eventualmente remitida al papa, pues se trataba de un asunto de disciplina práctica referente a la vida de la iglesia en Alemania. Pero quedaba en pie el problema más amplio, y la alianza de las naciones ultramontanas desbordó inevitablemente la cuestión del cáliz, para abarcar el campo completo de la reforma.

Durante los meses del invierno de 1562 la posición del papado llegó a ser crítica. Mientras que las fuerzas de oposición se congregaron alrededor de la persona del cardenal de Lorena, la batalla sobre la residencia episcopal saltó de nuevo, y esta vez sacando a la luz todo el problema de los poderes del papa y de la constitución de la iglesia. El sentimiento contra los legados papales iba en aumento, y si el cardenal de Lorena hubiese optado por presionar por el voto por naciones, en vez de por personas, el papado hubiese podido sufrir una serie de humillantes derrotas. Fernando recibió en Innsbruck al cardenal de Lorena y envió una carta a Pío el 3 de marzo de 1563, expresándole su profundo descontento con el Concilio y con el papa. En este momento el cisma parecía muy cercano.

Fue el cardenal Morone, designado legado y presidente del Concilio después de la muerte, en marzo, de los cardenales Seripando y Gonzaga, el que se dio cuenta de que la clave de la solución de las dificultades del papa no estaban en Trento, sino en Innsbruck. Trento ya no era una asamblea de prelados y de teólogos, sino una gran asamblea internacional en la que las delegaciones nacionales votaban de acuerdo con las instrucciones de sus respectivos príncipes. Así pues, lo que hacía falta era la negociación directa con los príncipes, y el primer príncipe que debía ser convencido sería el mismo emperador. En abril, Morone salió para Innsbruck, donde encontró a Fernando con una cruel cerrazón mental. Pero Morone era un habilidoso diplomático y consiguió ganarse a Fernando para la cau-

sa papal, prometiéndole el reconocimiento por el papa de su hijo Maximiliano como rey de romanos y concediendo el uso del cáliz por los laicos en los dominios del emperador. Quedaba pendiente el cardenal de Lorena, pero también este podía ser persuadido. El asesinato, en febrero, de su hermano, el duque de Guisa[2], redujo el poder de los Guisa en la corte francesa, y el cardenal se mostró ansioso por restaurar la disminuida influencia de la casa de Lorena. En otoño, con la oferta de la legación de Francia en su bolsillo, había dejado de oponerse a los deseos del papa.

Felipe II no había de ser vencido con métodos como estos, pero ahora era una figura aislada entre los demás príncipes, y de cualquier forma estaba firmemente convencido de que debía llegar a una conclusión. Con la oposición dividida y debilitada, gran parte de la labor que había retrasado durante tanto tiempo el Concilio se despachó rápidamente, y las noticias de una grave enfermedad papal y la consecuente posibilidad de un nuevo cónclave contribuyeron poderosamente a concentrar las mentes de los delegados, que habían llegado a fatigarse con las interminables sesiones. El 4 de diciembre de 1563, en presencia de 254 cardenales, obispos y teólogos, el Concilio de Trento fue clausurado oficialmente. Pero la reforma en sí tenía todavía que comenzar.

Los decretos del Concilio fueron publicados con la aprobación del papa en enero de 1564. Cubrían una enorme gama de problemas en los campos del dogma y de la disciplina, como reconoció el obispo de Venecia, Jerónimo Ragazzoni, en un entusiasta discurso a sus colegas en la última sesión del Concilio: «Habéis desterrado toda superstición y avaricia y toda irreverencia en la celebración de la misa… Habéis eliminado los cánticos sensuales y la música de los templos del Señor… Los grandes cargos eclesiásticos serán desempeñados en el futuro por aquellos en los que la virtud prevalezca sobre la ambición… y los obispos permanecerán en medio de sus rebaños…».

Líricas palabras, pero ¿en qué medida estaban justificadas? Es cierto que las decisiones del Concilio eran de excepcional importancia al proporcionar firmes respuestas a problemas que habían provocado largos y ásperos debates religiosos.

Pusieron en claro, por ejemplo, que la iglesia postridentina estaría totalmente subordinada a las decisiones del papa, pues el papado había emergido con su poder indemne y acrecentado. Sería una igle-

[2] Véase p. 130.

sia dedicada a la lucha contra los protestantes, con sus dogmas definidos ahora de acuerdo con el espíritu y la letra de la teología escolástica. Más aún, sus servidores estarían mucho mejor equipados para la lucha que sus colegas pretridentinos, pues los obispos residirían desde entonces en sus diócesis, y se fundarían seminarios en cada una de estas para la educación del clero.

Sin embargo, una cosa era publicar los decretos y otra hacerlos cumplir. Aquellos que se referían a la disciplina dependían de los buenos deseos de los príncipes seculares, y esto no había de suceder necesariamente, ni incluso en los estados más católicos. Felipe II, celoso de los derechos de la corona, mostró una gran desconfianza a publicar los decretos tridentinos en España, y finalmente lo hizo con la expresa reserva de los derechos reales, especialmente en la cuestión de los nombramientos eclesiásticos. Venecia, Portugal y siete cantones suizos los aceptaron en bloque, como también el emperador y algunos príncipes alemanes. Pero las dietas imperial y polaca se negaron a aceptarlos; y la corona francesa y el Parlement de París, fieles a su tradición galicana, se mostraron igualmente recalcitrantes. En lo que concernía al dogma, sin embargo, los decretos tuvieron mejor suerte. La nueva ortodoxia católica romana eliminó gradualmente las desviaciones más ofensivas, incluyendo la comunión bajo ambas especies que el papa había concedido a Alemania. Las dispensas para la utilización del cáliz por los laicos estaban siendo negadas por el papa en los diez años posteriores a la clausura del Concilio.

Con todo, incluso los decretos sobre el dogma planteaban problemas que gastarían al menos una generación para resolverlos. Los límites del nuevo dogma fueron definidos teóricamente por el Índice papal. Sin embargo, el Índice de Paulo IV de 1559 era característicamente tan rígido como para poner fuera del mercado a la mayor parte de las versiones de la Biblia, junto con muchas famosas ediciones de los clásicos y de los primeros padres. El Concilio de Trento recomendaba una modificación del Índice; pero esta labor, que fue puesta en manos de una congregación especial, era ardua y lenta, y el Índice publicado en 1596 tenía el doble de tamaño que la lista tridentina de libros prohibidos de 1564. Sin embargo, el Índice era, en el mejor de los casos, solo una respuesta negativa a la amenaza protestante, y existía una conciencia cada vez mayor de la necesidad de algo más positivo. En 1559, el dálmata protestante Flacius Illyricus había publicado el primer volumen de *Las Centurias de Magdeburg,* un gran trabajo colectivo, completado finalmen-

te en 1574, que estaba destinado a demostrar, por medio de argumentos históricos, que la iglesia luterana, y no la de Roma, era la verdadera heredera de la iglesia de los apóstoles. Este argumento solo podía ser rebatido adecuadamente en el plano histórico, y pronto se puso de manifiesto que la erudición católica romana estaba mal equipada para la tarea. Había escasez de sabios con el conocimiento histórico y el aparato crítico y lingüístico necesario en la iglesia para establecer el dogma recién definido sobre una base firme. Ni incluso si hubiesen existido podían haber publicado sus libros en Roma. Un impresor veneciano, Paolo Manuzio, había sido llevado a Roma en 1561 ante la sugerencia del cardenal Seripando para establecer una prensa romana; pero era difícil encontrar trabajos serios, y Manuzio abandonó la ciudad, desilusionado, cuando la muerte de Pío IV restauró en el poder a los conservadores, que no habían creído nunca en sus proyectos.

De hecho, hasta 1587 no se fundó una prensa vaticana, y hasta 1592 no apareció por fin la muy debatida nueva edición de la *Vulgata;* y hasta los últimos años del siglo no comenzó Roma a producir hombres, como el cardenal Belarmino, capaces de enfrentarse a los sabios protestantes en el terreno que estos escogiesen. Sin duda, los años inmediatamente posteriores a la clausura del Concilio contemplaron la aparición de algunos trabajos notables. El famoso *Catecismo* del cardenal Borromeo apareció en 1566, el nuevo Breviario en 1568, y el Misal en 1570. Pero estos eran trabajos producidos para los que tenían fe. Para replicar a los protestantes y atraerse de nuevo a aquellos que la iglesia había perdido, era necesaria una enorme labor de educación, y especialmente de autoeducación, que apenas había comenzado todavía. Si el clero y los laicos católicos romanos habían de defenderse por sí mismos con éxito contra los calvinistas graduados en Heidelberg o los luteranos de Wittemburg, debían armarse con las armas más modernas del debate teológico. Estas solo podían ser suministradas si se fundaban nuevas escuelas y seminarios y eran reformadas las universidades. Aquí era donde los jesuitas podían hacer una contribución especial. Cuando Pío IV fundó el seminario romano, acudió a los jesuitas; y a través de las escuelas y colegios de jesuitas retornarían a Roma muchos de los jóvenes europeos.

Por toda la Europa católica la suerte del movimiento de la reforma se vio condicionada por un conjunto de circunstancias locales y su éxito dependía enormemente de la capacidad de unos pocos in-

dividuos de proporcionar liderazgo e inspiración en un entorno que a menudo era indiferente o directamente hostil. De entre estos individuos, uno de los más carismáticos fue Carlos Borromeo, que fue nombrado arzobispo de Milán en 1564 y se convirtió, cuando entró triunfalmente en la ciudad en 1565, en el primer arzobispo en ochenta años con residencia en esa ciudad. Milán era la archidiócesis más grande de Italia, con más de 2.000 iglesias, 3.000 clérigos, 100 establecimientos conventuales y 800.000 fieles. Desde el principio, Borromeo dejó claro a las autoridades civiles –que, en ausencia de sus arzobispos, se habían acostumbrado a legislar sobre principios de comportamiento y moral– que la reforma estaría exclusivamente en manos del arzobispo y de sus agentes. Durante los diecinueve años que estuvo en Milán, que finalizaron con su muerte en 1584, esta combinación de piedad personal y empeño reformista fue un gran estímulo tanto para el clero como para el laicado. En este tiempo convocó seis consejos provinciales y once sínodos, cuyo objetivo era hacer cumplir las reformas tridentinas y establecer nuevos principios de asistencia pastoral; hizo visitas regulares a parroquias y monasterios; pronunció innumerables sermones; abrió tres seminarios; y fundó una imprenta en Milán para la publicación de los nuevos breviario, misal y catecismo. También promovió el uso de un nuevo elemento dentro del mobiliario de la iglesia que más tarde se consideró emblemático del catolicismo postridentino: el confesionario. Al principio no era más que una rejilla que separaba al confesor del confesado y su objetivo era evitar que el clero pudiera solicitar favores sexuales. Sin embargo, la privacidad y anonimato que ofrecía pudo tener como consecuencia que la Europa católica dejara de poner su énfasis en los actos penitenciarios públicos y en los pecados sociales, para convertirse en una religión más interiorizada y con un mayor sentimiento de responsabilidad individual y contrición personal.

Sin embargo, si este fue el caso, se trató de un proceso lento y a largo plazo, como lo fue todo el proceso de reforma espiritual. Borromeo mismo se enfrentó a una intensa oposición tanto del laicado como del clero; su idea de un obispo prácticamente autónomo que controlara todos los aspectos de la vida diocesana se vio frustrada por las inclinaciones centralistas del papado; y el movimiento reformista de su archidiócesis se extinguió en cuanto él dejó de estar allí para impulsarlo a través de exhortaciones y de su ejemplo personal. Al final, Milán no se convirtió en una Ginebra católica.

Las dificultades con las que se encontró Borromeo y los numerosos problemas implicados en la defensa y en la expansión del catolicismo postridentino indican el volumen y la dificultad de la tarea a la que se enfrentaba la iglesia. Señalan también la extrema complejidad del movimiento conocido (aunque solo desde el siglo XIX) como la *contrarreforma.* El Concilio de Trento y su programa de reforma intentaban responder a la amenaza protestante. Esto les proporcionó inevitablemente una apariencia defensiva e incluso negativa. Una iglesia en orden de batalla recurrió, naturalmente, a armas tales como la Inquisición y el Índice; y fue conducida casi a una reafirmación coactiva de sus creencias en aquellos artículos de fe –tales como el culto a la Virgen María– que constituían los blancos principales del ataque protestante. Pero los reformadores tridentinos también tenían la tarea más positiva de restaurar el contenido y la vitalidad a una fe debilitada. En el intento de llevar a cabo esta tarea, fueron más lejos de las limitaciones inherentes de un movimiento que no era más que la respuesta al reto de otro. Porque la reforma de la iglesia romana, a pesar de que en gran parte estaba concebida como una respuesta al reto protestante, partió de aquella misma amplia corriente de renovación espiritual que había revitalizado a Europa desde los últimos años del siglo XV.

La sutil y compleja interrelación de la reforma *contra* y la *reforma católica* debe buscarse en cada esfera de la vida de la iglesia, y no menos en el dominio del arte. La iglesia romana se vio enfrentada a dos enemigos importantes: el protestantismo y el paganismo. El protestantismo atacaba los más queridos dogmas de la iglesia y mostraba su odio contra las cosas que eran objeto de veneración católica en los asaltos iconoclastas que estaban dejando desnudas las iglesias de Escocia, los Países Bajos y Francia. El paganismo, aunque constituía un oponente no menos definido, era en ciertos aspectos más sutil. El estilo artístico de moda en la Europa de mediados del siglo XVI era el manierismo: un estilo que se había desarrollado como lógica extensión de ciertos aspectos de los logros artísticos del alto renacimiento –especialmente los de Rafael y Miguel Ángel– y que cultivaba lo virtuoso, lo estilizado y lo artificial. «Manierismo» es una palabra que también había sido usada, con varios grados de convicción, para describir otras artes del periodo: música polifónica y madrigales, y el estilo literario conocido como «bembismo» en Italia y «euphuism» (después del *Euphues* de John Lypy) en Inglaterra. Cualesquiera que fuesen los méritos de la transferencia de una descripción estilística de

las artes visuales a las no visuales, un aspecto era común a todos los trabajos manieristas, ya fuesen artísticos, musicales o literarios: su énfasis en la forma a expensas de la sustancia.

Las implicaciones de esta tendencia para la vida religiosa son bastante evidentes, y fueron expuestas en un trabajo titulado *Dialogo degli errori della pittura,* de Andrea Gilio da Fabriano, publicado en 1564, justamente después de la clausura del Concilio de Trento. Gilio criticaba a los artistas modernos por preferir los efectos artísticos a las honradas representaciones de los temas sagrados, por retorcer al cuerpo humano en elegantes distorsiones y por pintarlos desnudos en vez de decentemente vestidos. Lo que hacía falta, según Gilio, era una vuelta a la estricta iconografía de las generaciones premiguelangelescas, aunque con la incorporación de los adelantos técnicos y estilísticos de los tiempos más recientes. El resultado sería una juiciosa mezcla *(regolata mescolanza)* de lo viejo y de lo nuevo que daría como resultado un tipo de arte religioso purificado, apropiado para las necesidades de la época.

La visión de Gilio reflejaba la de los padres reunidos en Trento, aunque las declaraciones artísticas del Concilio eran de alguna forma limitadas y esencialmente de carácter negativo. Toda clase de sensualidad debía ser prohibida; debía eliminarse lo deshonesto y lo profano, y las imágenes no deberían mostrar excesiva elegancia en sus ornamentos. La corrección, el decoro y la verosimilitud eran las cualidades que se esperaban de las obras de arte religioso en los años postridentinos. Un grupo, hacia el que se inclinaba el mismo Pío IV, favorecía la supresión de todo tipo de música en la iglesia, pero en especial los españoles insistían en la antigüedad del canto gregoriano y en su eficacia como ayuda para la devoción. Los partidarios de la música en la iglesia ganaron la partida, y se formó una comisión presidida por el cardenal Borromeo para considerar las reformas adecuadas. El Vaticano era afortunado al tener a su servicio al gran músico Palestrina, el cual demostró en su *Missa Papae Marcelli* cómo podían combinarse satisfactoriamente las demandas de la espiritualidad tridentina y la música. Persiguiendo este ideal, Gregorio XIII ordenaría el retorno a la pureza del canto gregoriano, y los compositores llegarían poco a poco a la creación del oratorio.

Aunque el Concilio de Trento no impuso ningún estilo específico a los artistas ni a los arquitectos, se desprendieron lógicamente ciertas consecuencias artísticas de las necesidades de la iglesia postridentina. Las iglesias debían estar bien iluminadas, de tal forma que los

creyentes pudiesen seguir los oficios en sus libros, y de esta forma las vidrieras de colores comenzaron a desaparecer. El Concilio había insistido en la necesidad de la predicación para combatir la herejía; por tanto, el púlpito debía ser colocado en una posición prominente para que el predicador pudiese ser bien visto y oído. Como los protestantes negaron algunos dogmas fundamentales de la iglesia, se debía dar a estos un énfasis especial en los nuevos encargos de pinturas e imágenes. Que los herejes rechazaban el sacramento de la penitencia y negaban la confesión tal como se practicaba: entonces los artistas pintarían a María Magdalena y a un san Pedro penitente. Que negaban la necesidad de las buenas obras para la salvación: entonces los santos debían mostrarse ejercitando todas las formas de obras de caridad. Que rechazaban la inmaculada concepción: entonces la virgen María debía ser glorificada por todos los medios a su alcance. El artista, tanto como el sacerdote, debía convertirse en un activo participante en la batalla de Roma contra la herejía. Parecía, según el *Diálogo* de Gilio, y según las declaraciones artísticas del Concilio, que el manierismo ya no era tomado en consideración, al menos para los trabajos religiosos. Pero el movimiento de oposición al manierismo no puede ser adscrito simplemente al Concilio de Trento, puesto que mucho antes de la clausura del Concilio algunos pintores habían reaccionado ya contra los temas paganos del arte del alto renacimiento y habían comenzado a tender hacia la producción de trabajos más específicamente devotos. Así pues, los artistas estaban ya siendo afectados por el clima de espiritualidad –la aspiración de la reforma católica–, el cual hizo tanto para influenciar las declaraciones del Concilio. Al mismo tiempo, aunque el Concilio alentó indudablemente algunas tendencias antimanieristas ya en vigor, no existió una clara ruptura entre los estilos artísticos de las épocas pretridentina y postridentina. En las artes seculares en especial, el manierismo continuó siendo el estilo de moda hasta finales de siglo. En la pintura religiosa se produjo un cambio, desde la década de 1560, hacia la simplicidad y hacia un mayor grado de piedad. Sin embargo, los viejos artistas no adoptaron fácilmente los nuevos caminos. Las influencias manieristas continuaron afectando al arte religioso durante muchos años después de la finalización del Concilio, y el estilo artístico dominante podía caracterizarse por la expresión de Gilio: *regolata mescolanza.*

El hecho de que Gilio dedicase su trabajo a aquel príncipe de los mecenas, el cardenal Farnesio, resulta significativo, pues el gusto de los mecenas era al menos tan influyente en la determinación de los

estilos como el mismo gusto de los artistas. El cardenal Farnesio (1520-1589), nieto del papa Paulo III, fue, sin punto de comparación, el más influyente mecenas de artistas e intelectuales en la Roma del siglo XVI. Su misma persona constituía un puente de unión entre los mundos del renacimiento y de la contrarreforma, y por su sensibilidad a las aspiraciones de ambos hizo quizá más que nadie para procurar que el arte y la cultura de la iglesia postridentina incorporasen, en vez de desechar, muchos de los valores humanistas que habían estado vigentes durante su juventud. Había existido siempre algo inteligentemente ecléctico en los gustos de Farnesio, y los artistas que perseguían la *regolata mescolanza* –la juiciosa combinación de la viejo y de lo nuevo– acudían decididamente a su persona. Él los apoyaba con todos los vastos recursos de mecenazgo que estaban a su alcance, y los encargos que proporcionó contribuyeron a establecer la impronta de la nueva mentalidad en Roma. Fue Farnesio también el que tomó a los jesuitas bajo su especial protección cuando tanto ellos como su fundador se encontraron con la hostilidad de Paulo IV. Como protector y mecenas, les proporcionó algo de su propio sentimiento instintivo por la cultura y la sabiduría. Les proporcionó también su famosa iglesia de Gesú en Roma, cuyo eclecticismo estilístico, cuidadosamente ideado, tan típico del gusto personal de Farnesio, establecería el modelo para algunas de las tendencias artísticas más influyentes de la iglesia postridentina.

Tradicionalmente se cree que fueron los jesuitas los que establecieron el barroco como estilo escogido por la iglesia de la contrarreforma. Sin embargo, de hecho, los jesuitas no favorecieron ningún estilo específico, pues la orden, en esta época, aún era pobre y dependía de los buenos deseos y del gusto de sus mecenas. El mismo barroco era la respuesta de una nueva generación de artistas y mecenas a las necesidades de un catolicismo cada vez más confiado en sí mismo y a las limitaciones y posibilidades artísticas del arte manierista. El puritanismo y la autoridad de los papas y cardenales tridentinos demostraron ser solamente un fenómeno pasajero. La siguiente generación de papas adoptó los gustos extravagantes de sus contemporáneos príncipes seculares, mientras que la iglesia en su conjunto se volvió más indulgente hacia las manifestaciones artísticas. ¿Por qué no iban a estar los templos de Dios más adornados que los palacios de los hombres? Así pues, las grandes iglesias de la contrarreforma fueron proyectadas como reflejo humano de la belleza celestial –una profusión de luz, color y ornamentaciones, de pilares de

mármol y retablos dorados, que disfrutaban de la nueva libertad que el manierismo había llevado al arte, aunque desplegando aquellos elementos de dinamismo y unidad de los que había carecido tan conspicuamente el manierismo.

Todo el desarrollo artístico de la iglesia romana, a través de un manierismo depurado y refinado, hacia las afirmaciones espectaculares del barroco señalaba cómo la reforma católica era mucho más que una mera reacción defensiva contra las fuerzas del protestantismo y del paganismo. Al participar en el mismo movimiento de regeneración espiritual que había dado lugar al nacimiento del propio protestantismo, la reforma católica se enfrentó con muchos de los mismos problemas y estuvo sujeta a las mismas tensiones. Ambas religiones tuvieron que enfrentarse con el problema fundamental de su relación con los logros y los valores del renacimiento. Ambas estaban inspiradas, al menos parcialmente, por una repulsa contra los ideales del renacimiento, como se demostró por su primera reacción austera al sensualismo del arte del renacimiento y por su acentuación de la depravación y de la dependencia del hombre cuando los humanistas del renacimiento habían proclamado su autonomía y sus infinitas posibilidades. Un sector influyente de la opinión conservadora de ambas religiones se dio cuenta de que la única esperanza de salvación era el rechazo total de todo lo que el renacimiento había establecido. Pero contra este se alineó un cuerpo de opinión más moderado, que esperaba incorporar al menos algunas de las conquistas del renacimiento a la vida cultural purificada y renovada por la reforma religiosa.

En la segunda mitad del siglo, la lucha se extendió por toda Europa, tanto por parte de los católicos como por la de los protestantes. Se extendió, por ejemplo, a España, donde escritores e intelectuales, enfrentados a una oposición rígidamente conservadora, lucharon para aplicar los métodos de la erudición renacentista a la teología tradicional, o intentaron encontrar un compromiso entre el idealismo neoplatónico de los primeros humanistas y el nuevo sentido desesperanzador de la corrupción del hombre. A veces era imposible buscar los compromisos, pero la misma tensión que implicaba el intento de reconciliar lo irreconciliable podía por sí misma producir tensiones que eran artísticamente creadoras. En el sentido más amplio, el arte y la cultura de la contrarreforma eran el arte y la cultura de una reforma católica, agudizadas inevitablemente por el conflicto con el paganismo y la herejía, pero que respondían a un impulso

más profundo que intentaba llevar el mundo humano a un punto más cercano al mundo del espíritu. La balanza entre los dos mundos resultaba descompensada con frecuencia. El mundo humano podía ser decisivamente rechazado en las formas más extremas de misticismo, o podía acumular lo espiritual, en el exceso del embellecimiento barroco. Los éxitos, los fracasos, las infinitas variaciones, todo sirve, sin embargo, para señalar la extraordinaria complejidad de la contrarreforma católica, un movimiento que inspiraba y al mismo tiempo era influido por las deliberaciones de Trento.

La contrarreforma y el poder secular

Resultaba sintomático, en un movimiento que estaba manteniendo sus propias luchas internas y una gran batalla contra la herejía protestante, que incluso el carácter de los pontífices que se fueron sucediendo hubiese alternado constantemente, como si reflejase las tendencias divergentes dentro de la misma iglesia. Paulo IV (1554-1559) había sido la verdadera imagen del papa de la contrarreforma, el defensor militante de una iglesia en armas contra las fuerzas de las tinieblas. Pío IV (1559-1565), por su parte, poseía algo del desenfado de los papas del renacimiento. Le había rendido a la iglesia un incomparable servicio al conducir al Concilio de Trento a un final feliz, pero un papa tan ansioso por el bienestar de sus numerosos parientes difícilmente podía decirse que compendiara el espíritu de reforma. Era, sin embargo, una ironía que el último florecimiento del desacreditado sistema del nepotismo papal hubiese producido ahora un sobrino papal que era auténticamente un sobrino y al mismo tiempo un santo. El cardenal Borromeo simbolizaba, como nunca pudo hacerlo su tío, las esperanzas y las aspiraciones de la iglesia postridentina, y resultó adecuado que Pío le encargase la ingrata tarea de reformar la curia. Pero había una cierta incongruencia en los heroicos esfuerzos reformadores de Borromeo, si tenemos en cuenta que operaba bajo el mandato de un papa cuya corte, de estilo renacentista, se había hinchado hasta alcanzar la cifra de 1.400 personas; y también fue característico de Borromeo su gesto, a la muerte de su tío, el 9 de diciembre de 1565, de dar su voto a Michele Ghislieri, cuya elección como Pío V proporcionó al trono papal un hombre con un carácter tal que significaba la verdadera antítesis del de su antecesor.

Pío V (1566-1572) parecía más cercano en espíritu a Paulo IV que a Pío IV, y su elección fue recibida con aclamaciones por los partidarios de Paulo. Pero si Pío poseía una firmeza y una intransigencia comparable a la de Paulo IV, también poseía un mayor espíritu de la reforma católica. Hombre de una extrema austeridad personal, poseía una visión idealizada del propósito espiritual y de las funciones de la iglesia, la cual nunca permitiría que fuese tentada o que se comprometiese por la intervención de asuntos puramente materiales. Esto lo convirtió en un buen pastor de almas, pero en un mal diplomático; en un hombre decidido a alentar la labor de reforma eclesiástica y a recuperar a la cristiandad para Roma, sin importarle los obstáculos ni incluso el precio.

Este hombre, incómodo y sin compromisos, no tenía en qué utilizar los servidores de su predecesor, pero estaba preparado para adoptar cualquier tipo de política que pudiese ser útil para promover el interés de la iglesia. Pío IV había hecho ya algo para mejorar y modernizar las instituciones del gobierno papal. En especial, había comenzado a colocar la administración papal más cerca de la práctica secular contemporánea al designar a Ptolomeo Gallio, su antiguo secretario privado, para el cargo de secretario doméstico del papa. Aunque Gallio perdió su puesto con el nuevo pontificado y se retiró a su diócesis de Como en espera de mejores días, sus años en el cargo habían contribuido a establecer la práctica de designar a un cardenal como secretario doméstico, el cual tomaría el lugar del cardenal sobrino en la administración papal y desempeñaría una responsabilidad especial en el manejo de los asuntos extranjeros.

La aparición del secretario de Estado papal constituía solo un aspecto del proceso de modernización que fue iniciado por Pío V y continuado por sus sucesores. Fue Pío quien, al crear las dos primeras congregaciones especiales –la del Índice y la del Concilio–, sentó el precedente para la organización de grupos de cardenales en consejos de funcionarios eclesiásticos. También hizo un uso considerable de nuncios especiales para la gestión de la diplomacia papal, aunque fue su sucesor, Gregorio XIII, el que formalizó el sistema de la representación papal por medio de nuncios en las cortes de los reyes católicos.

Con todo, a pesar de estas mejoras, la impresión general creada por la iglesia en la década de 1560 es la de una inadecuación administrativa y diplomática extraordinaria para la gran tarea en la que se hallaba comprometida. Esta era una iglesia que había perdido, y

esperaba reconquistar, las islas británicas y Escandinavia, la mayor parte de Alemania, la mitad de Polonia y de Suiza y una parte considerable de Francia. Pero el desconocimiento del carácter de estas tierras era algunas veces abismal. Incluso dirigió la convocatoria pontificia para el Concilio de Trento a «Suetiae et Norvegiae Rex», ignorando aparentemente que desde 1450 Noruega no formaba parte de la corona de Suecia, sino de Dinamarca. No hubiese sido sorprendente que los primeros exiliados escandinavos que buscaron refugio en Roma hubiesen encontrado necesario comenzar la campaña para la reconversión de sus países dando a la curia unas cuantas lecciones básicas de geografía.

Mucho podían hacer, y en realidad hicieron, los notables legados, como el cardenal Stanislas Hosius, el cual desempeñó un papel decisivo en la recuperación de Polonia para Roma, y por otra parte, la intensa actividad de los jesuitas estaba comenzando a hacer perder el dominio de los protestantes sobre amplias áreas de Europa central y oriental. Sin embargo, la iglesia continuaba siendo desesperadamente débil, y mientras no mejorase sustancialmente sus propios medios de conversión, sería tan dependiente del favor y de la ayuda del poder secular como las iglesias protestantes en las primeras etapas de la Reforma.

Aunque un príncipe tan devotamente católico como Alberto V de Baviera pudiese prestar a la iglesia una valiosa ayuda, estaba claro que el mayor peso debía recaer en las espaldas de Felipe II de España. Maximiliano II, que había sucedido a Fernando como emperador en 1564, era considerado criptoluterano y, decididamente, no se podía confiar en él. Felipe II, por su parte, era un príncipe de irreprochable ortodoxia; y él solo poseía los recursos militares suficientes para sostener la lucha de la iglesia contra el protestantismo y el islam. También los enemigos de Felipe lo eran de la iglesia: los turcos en el Mediterráneo y los protestantes en los Países Bajos. Como Felipe, por su parte, necesitaba el apoyo moral de Roma y los sustanciales subsidios eclesiásticos que Roma debía autorizar, parecía que una alianza entre España y el papado iría en beneficio de ambos.

Sin embargo, una cosa era la alianza y otra la subordinación. Felipe se mostró decidido desde el principio a ser dueño en su propia casa y a mantener un firme dominio sobre las extensas prerrogativas y patronazgos pertenecientes a la corona. Es cierto que fue obligado en 1566 a permitir el traslado a Roma del desgraciado arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza, que había sido arrestado por la In-

quisición española bajo sospecha de herejía en 1559. Sin embargo, los embajadores de España en Roma se las arreglaron para retrasar indefinidamente el caso Carranza, y solo después de nueve años –y solo dos meses antes de la muerte de Carranza– se alcanzó un veredicto final y en cierta forma ambiguo.

En esta lucha por el mantenimiento de sus derechos regalistas, Felipe pudo contar con la Inquisición española y con el apoyo, de alguna manera embarazoso, del episcopado, el cual sabía que sus perspectivas de promoción dependían enteramente del rey. En 1572, unos breves pontificios, citando a los españoles para que compareciesen ante tribunales extranjeros en casos eclesiásticos, fueron declarados nulos y desautorizados, y Felipe tuvo siempre cuidado en insistir en el derecho de la corona de revisar todas las bulas pontificias y de negar su publicación si contravenían las leyes y las costumbres de España. En este sentido, actuó para asegurarse que los decretos tridentinos fuesen publicados en sus reinos bajo las condiciones y en las etapas que él mismo dispusiese. El agente que escogió para esta labor fue el cauteloso y conservador Gaspar de Quiroga, cuya carrera como inquisidor general y como arzobispo de Toledo desde 1577 hasta 1594 apenas se distinguió por aquel ardiente celo que generalmente se asocia con la España de la contrarreforma. Fue en Toledo donde El Greco produjo sus grandes obras de espiritualidad contrarreformista para un grupo de mecenas ilustrados legos y religiosos. Pero Quiroga, aunque era caritativo y devoto, era esencialmente un administrador, más interesado en el alza del nivel del clero y en la aplicación de las disposiciones ceremoniales y disciplinarias de Trento que en la intensa corriente espiritual del catolicismo español contemporáneo.

El control de Felipe sobre el proceso de reforma eclesiástica en España condujo a un roce constante con el papado, que se encontraba exasperado por los conflictos de jurisdicción tanto en España como en los dominios italianos del rey. En Nápoles y en Sicilia, Felipe mantenía un estrecho dominio real sobre la iglesia, y generalmente seguía su camino. Pero los peores choques entre el rey y el papa tuvieron lugar en Milán, cuyo arzobispo era aquel celoso reformador, el cardenal Borromeo. Un choque sobre la jurisdicción entre el arzobispo y el gobernador español en 1567 dio lugar a una larga y áspera disputa, que incluso la designación de un amigo de Borromeo, don Luis de Requeséns, como gobernador en Milán en 1571, demostró ser incapaz de resolver. «Yo no defiendo ya la jurisdicción

del rey –escribió Requeséns después de haber sido excomulgado en 1573– sino que no pierda este Estado, y para aquí y para delante de Dios que lo pondrá en más peligro el cardenal Borromeo que no un ejército de cien mil franceses que esté a las puertas de él»[3]. La agitación de un hombre en el fragor de la batalla es comprensible. Pero en la amplia perspectiva de las décadas de 1560 y 1570, las diferencias entre España y Roma sobre cuestiones de jurisdicción eran de pequeña importancia en comparación con los peligros que amenazaban a ambas.

Las continuas discusiones podían haber dañado, pero nunca destruido, esa esencial comunidad de intereses entre España y Roma, que inexorablemente colocó a Felipe en el papel de paladín secular de la iglesia. Sin embargo, este papel no implicaba la subordinación de Felipe a los dictados de Roma en una cruzada común contra las fuerzas de la herejía. Por el contrario, Felipe siguió su propia política exterior, de la misma forma que siguió su política interior, sin ninguna excesiva preocupación por la susceptibilidad del papa. El papado sospechaba, como los protestantes, que Felipe estaba alentando sus propios intereses políticos bajo el velo de la religión, y hasta cierto punto esta sospecha era cierta. Con todo, el hecho era que los enemigos naturales de Felipe eran con frecuencia los enemigos de la iglesia; y podía con razón pedir cuentas por sus grandes servicios a la iglesia, incluso si el éxito en la lucha redundaba al menos tanto en su propio beneficio como en el de Roma.

Sin embargo, una cosa era marchar en el mismo sentido que el papado, y otra muy distinta estar de acuerdo con él. Después de todo, los papas –y especialmente los papas del carácter de Pío V– podían moverse en un horizonte más amplio y eliminar los obstáculos más formidables con un simple gesto de la mano. Pero Felipe, como un simple rey, tenía que preocuparse por cuestiones tan mundanas como las disponibilidades de tropas y de dinero. Esta diferencia en las posiciones respectivas del rey y del papa no podía conducir más que a mayores discrepancias en los más importantes asuntos de política y oportunidad, los cuales a su vez incrementaban la mutua irritación y las áreas de conflicto. Pío V, por ejemplo, se encontraba casi obsesivamente preocupado por la lucha contra los turcos. Esta era también la principal preocupación de Felipe en la década

---

[3] Cit. en J. M. March, *Don Luis de Requeséns,* 2.ª ed., Madrid, 1946, p. 247.

de 1560, e hizo mucho por intensificar la lucha en el Mediterráneo[4]. Para Pío nunca fue suficiente.

Sin embargo, en los Países Bajos, después de una discrepancia inicial, Pío y Felipe se pusieron de acuerdo. La caída de la autoridad en los Países Bajos y los disturbios iconoclastas de 1566 pusieron a Felipe en la acuciante necesidad de aclarar sus ideas. Margarita de Parma quería una política conciliadora. También la quería el grupo del Consejo de Estado español, encabezado por Ruy Gómez, príncipe de Éboli, grupo que parece que mantuvo estrechas relaciones con la nobleza neerlandesa y que favorecía una forma de solución federal a los complejos problemas constitucionales de la monarquía española. Muchos eran conscientes en esta época de que la mejor de todas las respuestas a la cuestión de los Países Bajos hubiese sido una visita personal del rey. Los mismos nobles holandeses lo esperaban, y Pío V y el cardenal Granvela urgían a Felipe para que realizase una visita a los Países Bajos. Parece, sin embargo, que siempre hubo algo que retuvo al rey. Pudo haber sido influido por el infeliz recuerdo de su primera estancia en los Países Bajos; pero más probablemente le preocupaba el cada vez más extraño comportamiento de su hijo y heredero don Carlos, el cual era temperamentalmente demasiado inestable para encomendarle el gobierno de España mientras que su padre se hallase ausente.

Entretanto, Felipe se dejó persuadir por el duque de Alba de que la sedición y la herejía de los rebeldes justificaban sobradamente el uso de la fuerza, y de que cualquier visita real debía ser precedida primero por el envío de un ejército a los Países Bajos. Dada la imposibilidad de que el rey realizase una visita personal en 1566, los argumentos de Alba eran sin duda convincentes. Un axioma del arte de gobernar del siglo XVI era que las incipientes rebeliones debían ser rápidamente suprimidas, y Francia y Escocia constituían horribles advertencias de lo que podía pasar si se ignoraba este axioma. Aún más, la posición geográfica de los Países Bajos hacía más peligrosa de lo normal la revuelta. Felipe y Alba nunca pudieron permitirse olvidar aquella larga extensión de frontera entre los Países Bajos y Francia. A menos que la frontera fuese fuertemente defendida, los herejes de Francia proporcionarían ayuda y refugio a sus hermanos de Flandes, y el escenario del conflicto francés se extendería inevitablemente hasta incluir a los Países Bajos.

---

[4] Véase «La guerra con el islam», pp. 175 y ss.

Así pues, había mucho de lógico en la decisión de enviar a Alba con un ejército a los Países Bajos, y la llegada a Sevilla de la flota con una cantidad considerable de plata en el otoño de 1566 hizo posible esta acción militar. Ante la insistencia de Alba, esta acción debía mirarse como una campaña para acabar con la rebelión, y no, como quería Pío V, como una guerra santa contra los herejes. Presentar esta expedición a los Países Bajos como una cruzada religiosa hubiese llevado consigo, según Alba, el riesgo de intervención de los príncipes protestantes alemanes y de Inglaterra. También le hubiese impedido, con gran contrariedad, reclutar mercenarios alemanes luteranos para su ejército. Sin embargo, Felipe no escatimó esfuerzos para mostrar ante el papa los motivos religiosos que habían acelerado su decisión. El rey dijo a Requeséns, que en esta época era su embajador en Roma, que «la negociación con ellos es tan perniciosa para el servicio de Dios y el establecimiento de nuestra Santa Fe Católica, que yo he preferido ponerme antes a aventura de la guerra… que venir a condescender en haberles de permitir ninguna cosa que fuese contra ella ni desautoridad desa Santa Sede»[5]. Estas palabras estaban sin duda destinadas a los oídos del papa, pero eran con bastante exactitud el verdadero pensamiento del rey. Cualesquiera que fuesen los evidentes objetivos de la expedición de Alba, los enemigos eran para Felipe «rebeldes y herejes», y su ejército era el ejército católico.

La última entrevista de Alba con el rey tuvo lugar a mediados de abril de 1567, partiendo después para Italia a finales de ese mes. Tras reunir un ejército de 9.000 hombres en Milán, comenzó su marcha hacia el norte en junio. Fue por Mont Cenis, pasó Ginebra y después a través del Franco Condado, Lorena y Luxemburgo.

La marcha de Alba tuvo un efecto traumático sobre los protestantes de Europa. Nadie podía estar seguro de los exactos objetivos del ejército, y se sospechaba que el primero de estos objetivos era la misma Ginebra. La destrucción de Ginebra era un proyecto acariciado por Pío V, y urgió a Felipe para que llevase a cabo una acción que redundaría en su propia gloria y en la de su fe. Pero Felipe no estaba dispuesto a comprometer el éxito de sus planes para los Países Bajos por una empresa que parecía inoportuna y poco preparada. Mientras que la guarnición de Ginebra se reforzaba a toda prisa

---

[5] Cit. en Bernard de Meester, *Le Saint-Siège et les Troubles des Pays-Bas,* Lovaina, 1934, p. 47.

con contingentes de hugonotes franceses y armaba las murallas de la ciudad, el imponente ejército de Alba pasaba de largo y desaparecía sin haber disparado un solo tiro. Ginebra, al menos por el momento, se había salvado. Pero el paso de los *tercios* había vuelto a despertar los latentes temores hacia Roma y España que habían agitado a los protestantes desde el encuentro de Bayona[6]. Ahora no podía quedar ninguna duda de que la llegada al norte de esta formidable máquina de guerra era la primera parte de un gran proyecto español de reconquistar a Europa para la iglesia. En Francia, los hugonotes, decididos a golpear los primeros, tomaron las armas en septiembre. En el Palatinado, el elector Federico, convencido de la realidad de la conspiración española, comenzó a planear con sus consejeros calvinistas una gran alianza antiespañola de las potencias protestantes. Por todas partes, como consecuencia de la marcha de Alba, se daba por sentado automáticamente la identidad de los intereses papales y los españoles. Catalina de Médicis estaba confusa; los protestantes, aterrorizados. En consecuencia, la tensión internacional aumentó notablemente desde 1567, a medida que la sombra del duque de Alba caía amenazadoramente sobre el norte de Europa.

Los objetivos de Alba eran, en realidad, mucho más limitados de lo que creían los protestantes, pues su única preocupación inmediata era el problema de los Países Bajos. El 22 de agosto hizo su entrada en Bruselas y acudió al palacio para saludar a Margarita de Parma. Para Margarita su presencia era innecesaria y su llegada imperdonable, como puso claramente de manifiesto en sus cartas al rey antes de abandonar los Países Bajos con destino a Parma, a finales de ese año. Pero los consejos de Margarita ya no eran escuchados en Madrid, y Alba seguía presionando con sus planes para lograr la total sumisión de los Países Bajos. Estos planes incluían el castigo de los dirigentes rebeldes, la centralización del gobierno, una reorganización fiscal general y la imposición de una efectiva disciplina religiosa. En efecto, esto iba a ser una reconquista de los Países Bajos –una reconquista al estilo español–, reemplazando las libertades provinciales por una autoridad real central y sustituyendo el tolerante catolicismo erasmiano de los Países Bajos por el intransigente catolicismo tridentino del mundo mediterráneo.

El 9 de septiembre, Alba arrestó a Egmont y Horn, quienes eran caballeros de la privilegiada y exclusiva Orden del Toisón de Oro;

---

[6] Véase p. 130.

y estableció el «Tribunal de los Tumultos», el cual tenía como misión apresar y castigar a todos aquellos que eran considerados responsables de los desórdenes: los ministros calvinistas y miembros de los consistorios, junto con los iconoclastas y rebeldes que habían empuñado las armas contra el rey. La intención de Alba, en sus propias palabras, no era la de «descepar esta viña, sino podarla», y aparentemente esperaba limitar el derramamiento de sangre. Pero el establecimiento de un tribunal especial era inevitablemente considerado como la señal del inicio de un régimen de terror. En mayo de 1568, el exiliado Guillermo de Orange, haciendo uso de las tropas alemanas, liberadas del servicio a causa de la terminación de la segunda guerra civil francesa, organizó una invasión de los Países Bajos y salió de Alemania. Pero el país estaba demasiado atemorizado para responder y la invasión fue un estrepitoso fracaso. Ni una sola ciudad importante se levantó espontáneamente en apoyo de Orange, quien solo consiguió proporcionar a Alba un pretexto para llevar a cabo nuevas medidas de represión. El 1 de junio hubo dieciocho ejecuciones, la mayor parte signatarios del compromiso de los nobles, y el 5 de junio Egmont y Horn fueron públicamente ejecutados en la plaza del mercado de Bruselas. El desorganizado ejército de Luis de Nassau fue derrotado pocas semanas después, y un último intento de invasión fue desbaratado en noviembre. El mismo Guillermo, que todavía soñaba con la resistencia, prefirió luchar con el ejército de los hugonotes en espera de mejores días.

Las noticias de la ejecución de Egmont y Horn provocaron una profunda impresión en los Países Bajos. Sin embargo, en Roma fueron recibidas con satisfacción y confirmaron la creencia del papa de que el gobierno de aquellos territorios estaba al fin en manos seguras. Parecía, en realidad, que el triunfo de Alba era completo. La resistencia había fracasado, y el Tribunal de los Tumultos –el «Tribunal de la Sangre»–, continuaba sistemáticamente realizando su implacable labor. Entre 1567 y 1573 resolvió 12.203 casos. De estos, casi 9.000 parecen haber sido declarados culpables, y más de 1.000 ejecutados. La matanza no fue tan salvaje como a veces se ha querido presentar, y contra esto puede decirse que muchos de aquellos que estuvieron más comprometidos en los disturbios consiguieron huir del país, y que quizá hasta 60.000 personas –el 2 por 100 del total de la población– emigraron de los Países Bajos durante los seis años del gobierno de Alba.

Al haber casi alcanzado su objetivo la política de represión, había llegado el momento de reorganizar el sistema fiscal de los Países Bajos de tal forma que el gobierno real y el ejército pudiesen ser sostenidos sin tener que recurrir a los subsidios españoles. El plan de Alba era el de establecer un impuesto del 1 por 100 –«la centésima»– sobre la propiedad, un impuesto permanente del 5 por 100 –«la vigésima»– sobre las ventas de bienes raíces y un impuesto permanente del 10 por 100 –«la décima»– sobre los artículos de exportación y sobre la venta de toda clase de productos. Pero la implantación de estos impuestos requería el asentimiento y la cooperación de la Asamblea, y aunque los Estados generales, que habían de reunirse en marzo de 1569, estaban dispuestos a aprobar el primero de los impuestos, no consentían hacer lo mismo con los otros, los cuales parecían ominosas reminiscencias de la célebre alcabala española. Entonces, el duque intentó con cierto éxito presionar sobre los estados provinciales, pero fracasó completamente con los estados de Brabante.

La oposición a la décima, especialmente entre los comerciantes y artesanos, fue violenta e intensa, tan intensa que nunca fue cobrada, al menos en Flandes y en Brabante[7]. Resultaba odiosa, tanto por su carácter permanente y extraparlamentario como por el hecho de que parecía amenazar a los Países Bajos con la ruina económica. Aunque Alba reaccionó a la presión de la opinión pública, en primer lugar contentándose temporalmente con el ofrecimiento de dos subsidios de dos millones de florines al año, y después, en 1571, con la modificación del gravamen de la décima y con la reducción del porcentaje sobre las exportaciones del 10 al 3 por 100, las consecuencias políticas y psicológicas de su propuesta fueron profundas. Empeoró el sentimiento popular contra las ya muy impopulares oligarquías municipales, excepto en aquellas pocas ciudades, como Ámsterdam, en las que estas se habían mantenido firmes ante la presión de Alba. Intensificó el odio contra el gobierno en una época en la que la persecución religiosa y el comportamiento de los *tercios* españoles asentados en el país habían creado un clima de aspereza y de hosco resentimiento. Ahora que la organización calvinista en los Países Bajos había sido destruida o paralizada por las medidas represivas de Alba, la décima proporcionaba un claro factor común a la oposición nacional contra un régimen extraño y opresivo.

---

[7] J. Craeybecks, «Alva's Tiende Penning Een Mythe?», *Bijdragen En Mededelingen van het Historisch Genootschap,* vol. LXXVI (1962), pp. 10-42.

Sin embargo, la oposición no pudo convertirse en una revuelta abierta. Parecía como si los Países Bajos estuviesen ahora permanentemente intimidados, y la amenaza sobre la dominación española en estos territorios parecía venir, cada vez más, desde fuera que desde dentro: de Francia, de las actividades de los corsarios holandeses, franceses e ingleses y de la política de la reina de Inglaterra, quien había apresado en el puerto de Plymouth, en noviembre de 1568, cuatro buques españoles cargados con el dinero de las pagas de las tropas del duque de Alba. Sin embargo, Felipe, animado por las noticias de los éxitos de Alba en la pacificación de los Países Bajos, estaba comenzando a pensar que había llegado el momento de cambiar de política y quizá de gobernador. En 1568 había rechazado la propuesta del emperador Maximiliano de que debía acabar con el gobierno del terror y extender la paz religiosa de Alemania a los Países Bajos. Permaneció aferrado a su negativa de negociar con herejes, pero el cardenal Granvela y el príncipe de Éboli unían ahora sus peticiones a la del emperador, urgiendo la adopción de un acercamiento más conciliatorio. A comienzos de 1569, el rey decidió conceder un perdón general, aunque este iba a ser mucho menos general de lo que su nombre indicaba. Sin embargo, el perdón fue considerado prematuro por Alba, y hasta julio de 1570 no fue publicado, ante el regocijo oficial y la indiferencia pública.

Con la publicación de la amnistía, la labor de Alba parecía completada oficialmente. Este había solicitado frecuentemente al rey permiso para retirarse, y Felipe por fin parecía acceder a sus deseos. Hacia finales de 1570, el duque de Medinaceli fue designado para sucederle, aunque no llegó para tomar posesión de su nuevo cargo hasta 1572.

Las noticias de la inminente salida de Alba de los Países Bajos inquietaron gravemente al papa. La paz de Saint-Germain, con la que finalizó la tercera guerra religiosa en Francia en agosto de 1570, le había horrorizado a causa de sus concesiones a los herejes, y le habían llenado de presentimientos sobre el futuro de la iglesia en el norte de Europa. Alba podía haber salvado al catolicismo en los Países Bajos, pero a él le quedaba más –mucho más– todavía por hacer. ¿Se podía concebir, por ejemplo, que España se retirase de la lucha cuando había una hereje sentada en el trono de Inglaterra?

Felipe II estaba ya muy acostumbrado a la inquietud que sentía el papa acerca de la reina de Inglaterra. Por dos veces, en 1561 y 1563, había intervenido en Roma para impedir que Isabel fuese ex-

comulgada, no porque aprobase sus métodos, sino porque el mantenimiento de un entendimiento anglohispano era esencial para el éxito de su política con respecto a Francia y en los Países Bajos. Sin embargo, a finales de la década de 1560 estaba llegando a ser cada vez más difícil mantener buenas relaciones con Inglaterra. La llegada de Alba a los Países Bajos había alarmado a Inglaterra, de la misma forma que había alarmado a todos los estados protestantes, y los temores ingleses aumentaron a causa de los acontecimientos de 1568. La huida de María, reina de los escoceses, a Inglaterra, en mayo, dio lugar a la peligrosa posibilidad de una rebelión de los católicos ingleses de acuerdo con una intervención militar extranjera con el proyecto de colocar a María en el trono inglés. Los éxitos de Alba en los Países Bajos durante el verano y el otoño aumentaron evidentemente este peligro y contribuyeron a persuadir al gobierno inglés para que consintiese unas cuantas escaramuzas bien aplicadas contra los españoles y los católicos, como la pequeña ayuda a los hugonotes de La Rochelle; la tácita aprobación a los marinos que se unieron a los corsarios holandeses y franceses en el Canal, y posteriormente, en noviembre, la captura de los buques con las pagas.

El asunto de los buques con las pagas, seguido de las noticias sobre la expedición de esclavos de John Hawkins al Caribe, donde había sido machacado de mala manera por los españoles en el puerto mexicano de San Juan de Ulúa en el mes de septiembre, produjeron un grave empeoramiento de las relaciones anglohispanas. El mutuo aborrecimiento estaba ahora comenzando a hacer desaparecer los consejos de moderación. Animado por el príncipe de Éboli y por sus partidarios, Felipe atendía con mayor agrado los puntos de vista de su embajador en Londres, don Guerau de Spes, el cual insistía en que había de esperarse poco de Isabel, y que podía conseguirse más apoyando a María, reina de los escoceses. Bajo la presión de los acontecimientos, pues, la política de Felipe con respecto a Inglaterra se estaba acercando más a la del papa. En febrero de 1569 escribía a Alba diciéndole que sentía una especial obligación de preservar y restaurar la fe en Inglaterra, pero dejaba por completo la iniciativa al duque.

En noviembre de 1569 sucedió el acontecimiento que había estado esperando don Guerau de Spes –el levantamiento de los señores del norte contra el gobierno protestante del advenedizo William Cecil y sus amigos–. Pero Alba no hizo nada. Su negativa a intervenir estaba motivada en parte por una instintiva aversión, que compartía

con su rey, por todas las insurrecciones contra la legítima autoridad, una aversión que le impidió establecer contacto directo con los rebeldes. Pero también se debía al fundado convencimiento de que la situación en los Países Bajos, y la escasez de dinero que padecía, no le permitían embarcarse en una empresa tan aventurada como era la invasión de Inglaterra. Su reacción ante el complot de Ridolfi, en 1571, fue igualmente poco entusiástica. Sabía que no podía confiarse mucho en los católicos romanos ingleses, y que solamente una invasión masiva y bien organizada podía hacer caber la esperanza de recuperar a Inglaterra para la iglesia.

Las sinuosidades y los giros de la política de Felipe en su proceder con respecto a Inglaterra ilustran perfectamente la complejidad de sus relaciones con Roma. Por una parte, su desconfianza hacia Francia y sus preocupaciones en los Países Bajos provocaban su ansia de mantener las buenas relaciones con Isabel; pero, por otra, la constante insistencia del papa sobre la necesidad de una intervención militar, junto con las cada vez más molestas actividades de los piratas ingleses, le empujaban de mala gana hacia una política más agresiva. Con todo, cuando en 1570 Pío dictó finalmente una bula de excomunión contra Isabel, Felipe expresó su grave disgusto ante lo que le parecía el último recurso, y se negó a consentir su publicación en sus propios dominios. Podía haber autorizado a Alba en 1569, y de nuevo en 1571, a intervenir en Inglaterra, pero conocía a este hombre y conocía sus dificultades, por lo que llegó a la conclusión más adecuada. Esta precaución y estas dudas no hicieron disminuir la obediencia de Felipe a la iglesia. Continuó, y pretendía continuar, siendo el defensor de la fe, pero la defendería a su manera y cuando lo creyese conveniente.

El comportamiento de Felipe provocó profundos recelos y sospechas en la mente de Pío V. Pero este sabía, como también debía saberlo Felipe, que los acontecimientos estaban empujando gradualmente a España hacia un abierto enfrentamiento con los protestantes del norte. Felipe se encontró cada vez más enfrentado, a cada movimiento, a enemigos que eran en igual medida enemigos de la fe. En los Países Bajos su autoridad había sido desafiada por los rebeldes calvinistas. En el Nuevo Mundo, los derechos soberanos de España habían sido puestos en entredicho, primero por los hugonotes, que habían intentado colonizar Florida en 1564-1565, y después por los protestantes ingleses Hawkins y Drake en 1568. En el canal y en el golfo de Vizcaya las vitales líneas de comunicación con los Países

Bajos habían sido rotas a causa de las actividades de los piratas herejes. Más tarde o más temprano, el enfrentamiento entre el católico sur y el protestante norte había de llegar, un enfrentamiento para el cual la marcha de Alba hacia el norte había montado espectacularmente la escena. Pero en este momento el norte no era el único, ni el más importante, campo de batalla; ni eran los herejes protestantes los únicos enemigos de la iglesia. Con las bendiciones de un impaciente papa, Felipe se hallaba profundamente comprometido en otra, y todavía más urgente, cruzada: la cruzada en el Mediterráneo contra las fuerzas del islam.

VI. LA GUERRA CON EL ISLAM

El preludio del conflicto

La revuelta de los Países Bajos parece, retrospectivamente, de unas consecuencias tan trascendentales que hace falta un esfuerzo de la imaginación para darse cuenta de que durante la mayor parte de las décadas de 1560 y 1570, los Países Bajos ocuparon un modesto segundo lugar, después del Mediterráneo, entre las preocupaciones de Felipe II. Los éxitos del protestantismo en el norte de Europa causaron un profundo trastorno. Pero si fuese necesario escoger entre Italia y el norte para decidir a cuál de los dos se asignaba más tropas y dinero, Italia ganaría. Italia era el bastión defensivo de España frente a los turcos, y ningún gobernante de la España del siglo XVI podía permitirse descuidar la defensa de los intereses españoles y de su seguridad cuando se trataba de enfrentarse con las espantosas e impredecibles intenciones del poder otomano.

Felipe II aprendió muy pronto la lección durante su reinado. La expedición contra Trípoli, que había autorizado quizá sin dedicarle demasiada atención en 1559[1], terminó con un desastre en mayo de 1560. La expedición cristiana –cuarenta y siete galeras y cerca de doce mil hombres– no encontró oposición cuando tomó la isla de Djerba, que guardaba el acceso a Trípoli. Pero una flota turca de ochenta y cinco buques, bajo el mando de Piali Pasha, partió de Constantinopla casi tan pronto como le llegaron noticias de esto. Después de una travesía de solo veinte días para alcanzar Djerba, atacaron el 12 de mayo. Las fuerzas cristianas fueron presas del pánico y corrieron desesperadamente hacia las galeras, las cuales no pudieron llegar a mar abierto sin que los turcos las alcanzasen. Veintisiete galeras cayeron en manos de los turcos sin apenas efectuar un solo disparo, y los seis mil hombres que quedaron en tierra, en la fortaleza, fueron obligados a rendirse diez semanas más tarde a causa de la sed y el hambre.

---

[1] Véase p. 45.

El fracaso de Djerba mostró con bastante claridad que el Imperio otomano disfrutaba entonces de la supremacía naval en el Mediterráneo, y si hacía falta una mayor evidencia, esta llegó en 1561, cuando una flota turca fue avistada desde un lugar tan al occidente como Mallorca. Sin embargo, Djerba fue una conveniente desgracia, ya que obligó a Felipe a hacer planes para reforzar su flota. Después de Djerba solo podía contar con sesenta y cuatro galeras para las operaciones en el Mediterráneo, incluyendo la de los caballeros de Malta y las de sus aliados italianos: Génova, Florencia y Saboya. Era esencial llevar a cabo un programa de construcción de galeras, cualquiera que fuese su coste. Las cortes castellanas se mostraron de acuerdo; las fuentes de ingresos extraparlamentarios fueron aumentadas sustancialmente, y el *subsidio* anual pagado por el clero fue establecido en 1561 en 300.000 ducados, y elevado a 420.000 al año siguiente.

Desde 1561, las atarazanas de España e Italia trabajaron duramente, pero la construcción de galeras constituía un lento y laborioso proceso, que implicaba la tala de bosques situados, por lo común, lejos de la costa; el transporte de la madera por tierra o por el río hasta los diques, y además un posterior retraso cuando pasaba la estación de cortar la madera. Sin embargo, en 1564 el poderío naval de España se estaba rehaciendo, y don García de Toledo, que había sido designado desde el virreinato de Cataluña al puesto de «capitán general de los mares», se encontraba en condiciones de lanzarse al mar con una flota de cien buques, de los cuales setenta eran españoles. Su objetivo era el Peñón de Vélez, un célebre escondite para los corsarios entre Orán y Tánger. La expedición constituyó un completo éxito. En el Mediterráneo occidental al menos, España había recuperado la iniciativa.

Sin embargo, era en el Mediterráneo central, donde Felipe se encontraba todavía en desventaja, en el que los turcos estaban entonces preparando su próxima gran campaña. Se sabía, desde hacía algunos meses, en las capitales de Europa que se estaba preparando una gran flota en Constantinopla, pero se ignoraba si su objetivo era la isla veneciana de Chipre o Malta, la última fortaleza de los caballeros de San Juan. El misterio se resolvió cuando de repente apareció frente a las costas maltesas el 18 de mayo de 1565. El gran maestre de los caballeros de Malta, Juan de la Valette, había hecho lo que había podido para reforzar las defensas de la isla con la ayuda de don García de Toledo, a la sazón virrey de Sicilia. Pero La Valette tenía menos de 9.000 hombres a su disposición, y el 18 y 19 de mayo

23.000 turcos desembarcaron en la isla. Durante veintitrés días, la pequeña guarnición del baluarte de San Elmo, la llave de las defensas de Malta, rechazó una serie de asaltos turcos. Su extraordinaria resistencia proporcionó a La Valette tiempo para reforzar las fortificaciones de Il Burgo, la principal fortaleza de la isla, y para solicitar urgentemente ayuda.

Solo podía esperarse una efectiva ayuda por parte de los españoles, y esta tardó mucho en llegar. Las razones del retraso eran menos siniestras de lo que pensaban los contemporáneos. A pesar de toda la energía desplegada por don García, llevó tiempo reunir las tropas y una flota en Mesina, y hubiese sido ridículo enviar una flota mal preparada a Malta y correr el riesgo de una derrota que hubiese dejado a todo el occidente mediterráneo completamente indefenso ante un asalto otomano. Así pues, hasta el 26 de agosto no salió la expedición de socorro de Sicilia, y partió con instrucciones estrictas del rey de evitar una batalla con las superiores fuerzas navales de los turcos.

Después de haber sido devuelta a Sicilia por las tormentas, la flota alcanzó por fin Malta el 7 de septiembre, en el momento en el que tanto sitiadores como sitiados estaban llegando al agotamiento. Don García cumplió las órdenes que había recibido con brillantez y desembarcó 10.000 hombres sin haber comprometido a sus barcos en la batalla. La llegada, largamente esperada, de estos refuerzos acabó con el asedio. Piali Pasha dio órdenes a sus tropas para que embarcasen, y el 12 de septiembre el último barco turco había desaparecido en el horizonte. El levantamiento del asedio fue celebrado en Europa como un gran triunfo de las armas cristianas, pero en general se creía que Felipe II había escatimado y retrasado su ayuda, y Pío IV evitó ostentosamente cualquier referencia a España en sus expresiones de gratitud por la victoria. Con todo, el hecho era que había sido la flota española la que había salvado a Malta y al Mediterráneo central de los turcos, y que el poder naval español era el único obstáculo efectivo para el avance otomano.

El envejecido Solimán el Magnífico quería vengarse de la humillación de Malta por medio de una campaña terrestre contra la Europa central, más que por otro asalto naval en el Mediterráneo. Aunque el sultán y el emperador habían mantenido oficialmente la paz desde 1562, la muerte del emperador Fernando en 1564 había proporcionado a los turcos un adecuado pretexto para solicitar el pago de los tributos atrasados. El nuevo emperador, Maximiliano II, estaba deseoso de evitar la guerra, pero había entrado irremediablemente en

conflicto con el príncipe de Transilvania, quien acudió a su señor, en Constantinopla, en busca de ayuda. A comienzos de 1566 parecía inminente una nueva invasión turca de Austria. Maximiliano II, con la ayuda financiera de su primo Felipe, consiguió reunir un abigarrado ejército de 40.000 hombres, pero Solimán había salido de Constantinopla el 1 de mayo a la cabeza de un ejército, el cual, según se decía, estaba compuesto por 300.000 hombres. Hasta los noventa y siete días de marcha, las fuerzas otomanas no se encontraron con una seria resistencia en la fortaleza de Szigeth, al sudoeste de Hungría. Aquí fueron detenidos durante treinta y cuatro días, hasta el 8 de septiembre. Por esta fecha, la época propicia para la campaña estaba casi tocando su fin, y dos días antes de la caída de Szigeth, Solimán murió en su campamento.

El gran visir Mehmed Sökölli se las arregló para ocultar durante tres semanas la noticia de la muerte del sultán. Esto dio tiempo para que se arreglase pacíficamente la sucesión del hijo de Solimán, Selim II, y para que el nuevo sultán viajase desde Constantinopla a Belgrado para ser aclamado por su ejército. Al menos por el momento, el peligro sobre Austria había pasado, y aunque la guerra en Hungría continuó de una forma irregular durante un año más, pronto se puso de manifiesto que ninguna de las partes deseaba prolongarla. Una embajada austríaca llegó a Constantinopla a finales de 1567, y Selim firmó en febrero de 1568 una tregua de ocho años. La tregua se hallaba condicionada al pago anual, por parte del emperador, de un tributo de 30.000 ducados, el cual –para evitar a Maximiliano una excesiva humillación– fue definido eufemísticamente como un regalo.

Aunque la muerte de Solimán había provocado la brusca terminación de la campaña austriaca, había otras y más profundas razones por las que la ofensiva turca contra el corazón de Europa había remitido. Durante la mayor parte del reinado de Solimán, el ejército turco se había distinguido como formidable máquina de guerra, superior a la flota. En sus campañas europeas, este ejército había sido utilizado principalmente, durante los cuarenta años anteriores, en correrías a gran escala, más que en grandes conquistas territoriales. Sin embargo, estas correrías habían sido llevadas a cabo tan lejos de la base de este ejército, en Constantinopla, que habían privado al poder otomano de gran parte de su efectividad. La estación de la campaña era demasiado corta, cuando se requerían cerca de noventa días para trasladar las largas caravanas de hombres, camellos y abastecimientos a través de los Balcanes hasta Hungría, y los jefes

cristianos pronto idearon una respuesta efectiva a los ataques turcos, levantando una línea de fortalezas que demostraron ser lo suficientemente fuertes como para detener a su ejército en su ruta, y con frecuencia para sujetarlo allí hasta que hubiese pasado la estación de la campaña. La prolongada resistencia de Szigeht en 1566 puso de manifiesto el buen funcionamiento de esta estrategia; aun cuando Solimán hubiera vivido, su ejército no hubiese podido conseguir mucho en el poco tiempo que medió entre la caída de Szigeth y el comienzo del invierno. Realmente, toda la campaña ilustra de una forma viva cómo el ataque turco sobre la Europa central había fatalmente remitido por esta fecha, y cómo la guerra terrestre entre la cristiandad y el islam estaba llegando a estabilizarse.

No obstante; si la efectividad otomana en la guerra terrestre contra Europa estaba declinando visiblemente, los acontecimientos de la década de 1560 ponen de manifiesto que su potencia marítima era por entonces formidable. Probablemente, esto hizo que, a pesar del fracaso de Malta, el peso de la arremetida otomana contra la cristiandad se volcase en el Mediterráneo y esta fuese dirigida contra Chipre o Italia, o incluso posiblemente contra la misma España. Selim II, para la tranquilidad de Europa, era más poeta que guerrero; pero era costumbre entre los turcos señalar el inicio de un nuevo sultanato con alguna campaña espectacular. Era de esperar que una empresa mediterránea provocase a la larga una firme respuesta por parte de España, pues su religión, su historia y su propia seguridad se combinaban para convertirla en la enemiga natural de los turcos y en la inevitable defensora de la cristiandad ante el islam. La misma España se había forjado en la hoguera del conflicto con los moros. Únicamente ella, entre los estados europeos, contaba con una amplia población musulmana, esparcida aquí y allá como secuela del triunfal avance de la Reconquista. Como legado de la reconquista también poseía precarias posesiones en la musulmana África del Norte. Además, sus intereses vitales se hallaban amenazados por la alianza entre Constantinopla y los corsarios del norte de África, los cuales ponían en peligro constantemente las rutas vitales de la monarquía española: las rutas marítimas que unían a la península con sus posesiones italianas y con los graneros de Sicilia.

De todos los estados mediterráneos, solamente España era capaz de contener un ataque otomano. Sin embargo, en cuanto a organización y recursos, era en algunos aspectos inferior a los turcos. El Imperio otomano constituía una vasta maquinaria militar con unas re-

servas de dinero y de hombres aparentemente inagotables. En un mundo mediterráneo de aproximadamente sesenta millones de habitantes, quizá la mitad eran súbditos de la Puerta otomana. Aunque existían marcadas diferencias raciales y religiosas entre estos treinta millones, el Imperio otomano había adquirido por medio de su aparato estatal y por su sistema de reclutamiento al servicio del gobierno una cohesión y una unidad que no podía ser igualada por el occidente cristiano. El embajador imperial en Constantinopla se encontraba profundamente impresionado por las oportunidades que tenían, incluso los más humildes súbditos del sultán, para promocionarse, y comparaba esta circunstancia con la práctica europea, en la que todo dependía del nacimiento y no se tenía en cuenta para nada los méritos[2]. Las razas conquistadas –griegos y albanos, armenios y eslavos– fueron las que proporcionaron a los sultanes sus soldados, sus consejeros y sus funcionarios: de cuarenta y siete grandes visires entre 1453 y 1623 solo cinco eran turcos de nacimiento. El contraste con la monarquía española era sorprendente, pues sus virreyes y gobernadores eran escogidos de entre unas cuantas grandes familias de Castilla. El Imperio de Felipe fue esencialmente un cerrado Imperio castellano. El de Solimán y Selim era un Imperio abierto, que escogía a sus funcionarios indiscriminadamente de entre las razas sometidas y que ofrecía oportunidades de escalar altos puestos sin tener en cuenta el origen.

Aunque los súbditos del sultán no tenían que pagar grandes impuestos, si se comparan con los niveles contemporáneos del occidente, Solimán disfrutó en sus últimos años de un ingreso anual de casi ocho millones de ducados. De la misma forma que Felipe tenía sus banqueros alemanes y genoveses, el sultán tenía sus banqueros griegos. También tenía en la persona del misterioso judío portugués José Nasi o Micas (conocido luego por el pomposo título de duque de Naxos), el financiero más espectacular de finales del siglo XVI. Desde luego, el Imperio otomano carecía de un sistema de crédito público comparable al elaborado sistema español de los *juros,* o títulos de la deuda, que permitía a Felipe II reunir enormes sumas en forma de préstamos a largo plazo. No obstante, el primero y el más importante uso del crédito entre los reyes cristianos fue para sufragar la guerra, y el Imperio otomano estaba mucho mejor organizado

---

[2] *The Turkish Letters of Ogier Ghiselin De Busbecq,* ed. de E. S. Foster, Oxford, 1927, pp. 60-61.

para la guerra que la cristiandad, de tal forma que podía luchar a mucho menor coste. Mientras que los ejércitos europeos dependían del costoso e incluso ruinoso sistema de los mercenarios, el ejército otomano formaba una parte integral de la sociedad y del Estado. La clase guerrera Sipahi vivía de los feudos de los territorios conquistados, y en tanto que el ejército otomano pudiese practicar el pillaje en las tierras fronterizas del Imperio –como lo hizo con provecho en la primera mitad del siglo–, la guerra terrestre podía sufragarse por sí sola. Es cierto que la flota planteaba problemas más serios. Los dominios del sultán podían abastecer de madera, de material naval y de remeros, pero la contratación de técnicos especialistas occidentales resultaba muy costosa. Con todo, en los mejores momentos de la flota turca, entre las batallas de Prevesa, en 1538, y Lepanto, en 1571, la guerra naval, como la terrestre, se sufragaba a sí misma por medio del pillaje sistemático y la captura de botines.

La capacidad del Imperio otomano para la guerra lo hacía, pues, un peligroso adversario, incluso para la monarquía española, que estaba comenzando a cosechar sustanciales beneficios de sus conquistas americanas. Existían, sin duda, puntos débiles en el sistema otomano, como la necesidad de continuas conquistas para mantener su coherencia y su ímpetu; su dependencia de la persona del sultán, la cual, después de 1566, fue desigual ante las pesadas exigencias de su cargo. De todas formas, un buen gran visir, como Mehmed Sökölli, podía hacer bastante para remediar las deficiencias de su señor. También controlaba una notable maquinaria militar y administrativa, cuya eficacia contrastaba acusadamente con los diversos grados de confusión que podían encontrarse en los sistemas administrativos de los estados europeos. Felipe II podía sin duda considerarse afortunado por el hecho de que los intereses del Imperio otomano en Asia y África desviasen frecuentemente su atención del Mediterráneo, aunque también él tuviese sus compromisos en otros lugares. También podía considerarse afortunado por el hecho de que la Europa occidental se estaba colocando por esta época a la cabeza de la construcción de barcos, lo cual le daría una ventaja decisiva a las fuerzas cristianas cuando las flotas del este y del oeste se encontrasen en Lepanto. Sin embargo, ante la inseguridad de sus finanzas y ante el aumento de los disturbios en los Países Bajos, mostró una natural cautela a mediados de la década de 1560 para evitar verse complicado prematuramente en un conflicto mediterráneo a gran escala. El enfrentamiento debía retrasarse cuanto fuese posible.

Si el ascético y simple Pío V hubiese hecho lo que quería, en 1566 el nuevo pontificado se hubiese inaugurado triunfalmente con la formación de una Santa Liga formada por España, Francia, Venecia y los estados italianos, para luchar contra el islam. A lo largo de los seis años en los que permaneció en el trono pontificio, Pío acarició la visión de una gran cruzada cristiana contra los infieles, y si al final esta visión llegó a realizarse, era a él, más que a nadie, a quien se le debía. Continuamente increpaba y gritaba a los embajadores de las potencias católicas. Pero durante los primeros años de su pontificado, lo único que pudo obtener fueron respuestas evasivas, ya fuese por parte de los españoles, cuya atención estaba centrada en el problema de los Países Bajos, o por parte de Venecia, desesperadamente interesada en no comprometer sus precarias relaciones con los turcos, de las que dependía la prosperidad del comercio de levante.

Las proposiciones del papa podían haber recibido una más calurosa acogida si la amenaza otomana hubiese sido en este momento más acusada. Pero los dos o tres años posteriores a la muerte de Solimán fueron años de extraña y siniestra calma en el Mediterráneo. Las maniobras interiores de la política otomana son todavía desconocidas. La inesperada tregua podía haber sido motivada por las malas cosechas en la cuenca oriental del Mediterráneo o podía ser consecuencia de que existiese una mayor preocupación en algún otro lugar. Los turcos habían sido profundamente afectados por el avance de Moscovia hacia el sur, la cual se había anexionado Kazán y Astraján a mediados de la década de 1550. Parecía claro que una nueva gran potencia se estaba levantando en la frontera nordeste del Imperio otomano, amenazando la ruta de los peregrinos y el comercio de Asia central y rompiendo el equilibrio de poder entre los turcos y sus rivales tradicionales, los persas. Aparentemente, bajo la dirección de Mehmed Sökölli fue cuando los turcos volvieron su atención, al final de la década de 1560, a la amenaza moscovita. Sus grandiosos planes para restablecer el equilibrio incluyeron un fracasado intento en 1569 de construir un canal Don-Volga, destinado a unir el mar Negro con el Caspio y a facilitar los ataques sobre Moscovia y Persia y la liberación de Astraján.

Cualesquiera que fuesen las razones de la tregua en el Mediterráneo, solo pudieron ser bien recibidas por el agobiado Felipe II. 1566 fue el año de la revuelta en los Países Bajos. La mayor parte de

1567 fue ocupada con la preparación de la marcha del duque de Alba. El año siguiente, 1568, fue, desde el punto de vista personal y nacional, un año terrible para Felipe, quizá el peor de su reinado. Concienzudamente había tomado en su mano gobierno de España, y su forma de reinar estaba bien definida por entonces. Al contrario que su padre, era un monarca sedentario que prefería gobernar sus reinos sentado en una mesa. En 1561 había dado a España una capital permanente en Madrid, y en 1563 había comenzado a construir en las montañas del Guadarrama el monasterio y residencia real de El Escorial, que captaría todo su interés y constituiría un absorbente pasatiempo hasta su terminación, en 1583. En la reclusión de su despacho permanecería hasta bien entrada la noche, consultando los papeles del gobierno y los despachos y escribiendo interminables comentarios en el margen con su afilada mano. La atención al detalle era grande y obsesiva; todas las cosas debían estar perfectamente ordenadas y cumplidas todas las formalidades. Ningún rey fue nunca más consciente de su deber ante Dios y ante sus súbditos. El gobierno debía ser bueno (aunque, desgraciadamente, su funcionamiento fuese lento); la justicia debía impartirse sin mirar a la persona o a la categoría social, y todas las decisiones, aunque fuesen laboriosamente tomadas, debían ser decisiones personales, pues Felipe creía más en sus propias opiniones que en las de sus consejeros, aunque en asuntos de conciencia buscase invariablemente una guía teológica.

Ensombreciendo toda la labor de Felipe durante los primeros años de su reinado estaba el problema de don Carlos, su único hijo y heredero. No solo era cada vez más anormal y extraño el comportamiento personal de don Carlos, sino que estaba comenzando a permitirse peligrosas fantasías políticas. Estas le llevaron a ponerse en contacto con el flamenco barón de Montigny, que había llegado a España como representante de la nobleza neerlandesa, en el verano de 1566, y parece que le hicieron concebir la idea de huir a los Países Bajos para escapar de la coacción que sentía en Madrid. Cuando Egmont y Horn fueron arrestados, en septiembre de 1567, Montigny fue puesto bajo custodia en Madrid. El arresto de Montigny parece que aumentó la desesperación de don Carlos y su deseo de alejarse a toda costa de la presencia de un padre austero y autoritario. Felipe era perfectamente consciente de las intenciones de su hijo, y decidió de mala gana que, tanto por razones personales como por la seguridad del Estado, era esencial que don Carlos fuese con-

finado. En la noche del 18 de enero de 1568, un grupo que incluía al rey y al príncipe de Éboli entró en el dormitorio del príncipe y el desgraciado joven fue puesto bajo la vigilancia de una guardia armada. Seis meses después moría en el Alcázar de Madrid.

El misterio que rodeó el encierro y la muerte de don Carlos dio lugar a insistentes rumores –ávidamente recogidos por los enemigos de Felipe– de que había sido muerto por orden de su padre. El estrangulamiento secreto de Montigny dos años más tarde, en el castillo de Simancas, indica que el crimen judicial no era una acción que rehuyese Felipe si la consideraba necesaria. Sin embargo, el comportamiento personal de don Carlos durante su confinamiento sería suficiente para explicar su muerte. Para Felipe II, tanto la vida como la muerte de su hijo constituyeron una terrible tragedia, y la tragedia fue aún mayor por la muerte, en octubre de 1568, tres meses después de la de don Carlos, de la reina Isabel de Valois[3].

Aquel año de desgracias personales y de tragedia terminó con una adversidad nacional: el levantamiento de los moriscos de Granada en la noche de Navidad. La revuelta de los moriscos fue el resultado de un largo proceso de problemas raciales y religiosos en Andalucía, y en este sentido constituyó un acontecimiento desconectado del conflicto entre el Imperio otomano y España. Pero el hecho de que se tratase de un levantamiento de los moros dentro de la península ibérica significa que al mismo, tiempo asumió un lugar en el más amplio contexto de la gran lucha entre la España cristiana y el islam. Los españoles no podían dejar de contemplar la revuelta como una prueba más de los peligros que los amenazaban en tanto que no se completase la cruzada contra los moros. Los turcos, por su parte, no podían hacer otra cosa que mirar con simpatía la lucha de sus hermanos contra la dominación cristiana. Los acontecimientos en el sur de España, entre 1568 y 1570, tuvieron, pues, inevitables repercusiones sobre el conflicto mediterráneo y dieron crédito ante los ojos de Felipe a las urgentes advertencias de Roma sobre la necesidad de una Liga Santa.

La revuelta difícilmente podía haber llegado en un momento más difícil para España, carente como estaba de tropas experimen-

[3] Isabel de Valois dio a Felipe dos hijas: Isabel Clara Eugenia (la futura gobernadora de Flandes) y Catalina. Felipe casó por cuarta vez, en 1570, con Ana de Austria, la hija de su primo, el emperador Maximiliano II. El futuro Felipe III nació, de este matrimonio, en 1578.

tadas a causa de la marcha de Alba hacia los Países Bajos. Esta era esencialmente una revuelta nacida de la desesperación, y hubiese podido ser evitada con una mejor gestión. Desde la conquista de Granada en 1492, la población musulmana había constituido una gran minoría no asimilada dentro de la sociedad española. Nominalmente, los moros de Granada habían sido cristianos desde 1499. En la práctica, la indolente y mal organizada iglesia de Granada se había tomado poco trabajo para enseñar la doctrina cristiana a su rebaño de moriscos. Beneficiándose de la negligencia del clero, los moriscos, subrepticiamente, continuaron practicando la fe de sus padres, observando sus costumbres tradicionales y llevando sus vestimentas tradicionales. Aunque esto les llevó a esporádicos conflictos con la iglesia, la Inquisición y la Audiencia de Granada, pudieron siempre encontrar protección en los hereditarios capitanes generales de Granada, los marqueses de Mondéjar, quienes preservaban su propia posición manteniendo en vilo a las autoridades cristianas rivales.

Sin embargo, en la década de 1560, el precario equilibrio que se había mantenido durante los últimos cincuenta años estaba a punto de subvertirse. En cierto sentido, los moriscos eran víctimas de la contrarreforma: la iglesia postridentina en España comenzaba a impacientarse con las prácticas de los moriscos, las cuales cada vez eran más difíciles de tolerar en una época en la que cualquier desviación religiosa parecía provocar la lucha contra la herejía en casa y fuera de ella. El 1 de enero de 1567 se emitió una pragmática que ordenaba a los moriscos que dejasen de utilizar el árabe, así como sus costumbres raciales y religiosas, y que adoptasen la vestimenta castellana. Pragmáticas similares habían sido emitidas e ignoradas en el pasado, pero esta vez existía un peligro real de que se hiciese cumplir, porque la influencia del protector natural de los moriscos, el marqués de Mondéjar, estaba siendo minada por las intrigas de sus enemigos en la corte.

Los moriscos estaban a la sazón profundamente preocupados por su futuro. La Inquisición había intensificado sus actividades. Con la Audiencia en manos de los enemigos de Mondéjar, no podía esperarse de ella ninguna gracia. Además, la industria de la seda, de la que dependía su supervivencia, había resultado gravemente afectada por drásticos aumentos de impuestos desde 1561. En estas circunstancias, era natural que acudiesen a sus hermanos musulmanes en busca de ayuda. Con ocasión del cerco de Granada habían sido

arrestados por espías tres moriscos, y habían revelado la existencia de un proyecto turco para la conquista de la costa de Granada. Una incursión de los corsarios sobre la costa, en el invierno de 1565, aumentó los temores de Felipe de una insurrección morisca sincronizada con una invasión turca. Estos temores eran bastante comprensibles en una época en la que todos los príncipes europeos estaban obsesionados por la visión de una intervención extranjera en ayuda de la revuelta interior, y Felipe fue persuadido por su consejero más influyente, el cardenal Espinosa, de que lo mejor que se podía hacer para evitar el peligro era hacer cumplir rigurosamente la pragmática contra las prácticas moriscas. El marqués de Mondéjar, que conocía mejor a sus moriscos, advirtió al rey de que esto podía provocar las consecuencias que se pretendían evitar. Mondéjar tenía razón, y los moriscos se sublevaron.

El fracaso de los rebeldes en conquistar la ciudad de Granada contribuyó en gran parte a reducir sus posibilidades de éxito, pero los informes que llegaron a Madrid causaron una alarma justificable. Los moriscos se habían revuelto salvajemente contra la población cristiana y estaban profanando las iglesias y asesinando a los sacerdotes. Felipe tuvo la suerte de contar, en la persona del marqués de Mondéjar, con un militar muy capacitado, el cual contraatacó rápidamente con las mesnadas que enviaron en su ayuda las ciudades de Andalucía. Pero la región era montañosa y se progresaba lentamente, y el rey, sensible a las insinuaciones de los enemigos de Mondéjar, era incapaz de confiar solo en él. Se le ordenó primero al desgraciado marqués que compartiese su mando con un magnate rival, el marqués de los Vélez, y después, cuando estos hombres se enfrentaron, se le dio el mando supremo al hermano bastardo del rey, don Juan de Austria, que tenía veintidós años de edad.

Mes tras mes, la cruel guerra fue desarrollándose en las montañas de Granada. Había demasiado pocas galeras para proteger la costa andaluza, y un desembarco turco en apoyo de los rebeldes hubiese sido relativamente fácil. Pero los turcos no llegaron. Sin embargo, aunque el gobernador de Argelia respondió a las peticiones de auxilio de los moriscos enviando armas, munición y un reducido número de tropas, la flota turca no llegó a aparecer. Los moriscos lucharon con gran valentía, y su empeño sirvió como fuente de inspiración a aquel otro rebelde, Guillermo de Orange, que vigilaba desde lejos. Si estos moros, que después de todo eran gente pobre, «como un rebaño de ovejas», podían lograr tanto contra el gran rey de España,

¿qué no podría lograr el pueblo de los Países Bajos, «fuerte y robusto, que podía contar con la ayuda de cualquier parte del mundo»?[4].

Pero gradualmente, y con gran dureza, los rebeldes fueron aplastados. En mayo de 1570, el jefe de los moriscos aceptó las condiciones de rendición de don Juan, aunque todavía se registraron durante largo tiempo esporádicos enfrentamientos en las montañas.

Al alcanzar la victoria, el rey decidió una drástica solución para el problema de Granada. El reino iba a ser desprovisto de sus habitantes moriscos, los cuales fueron sacados de sus ciudades y dispersados por el norte a través de toda Castilla. Aunque un importante número de moriscos se las arregló para evadir las órdenes de deportación, la expulsión de la mayoría de ellos –quizá 150.000 en total– acabó efectivamente con el peligro que suponía Granada, como vientre descubierto de España, en su conflicto con los turcos. Ya no se produciría la repetición de los horrores o de los temores de 1568-1570. Pero la seguridad que se consiguió con la pacificación de Granada se había ganado solo al precio de convertir un problema local andaluz en un problema nacional que afectaba a toda Castilla. Los moriscos, esparcidos por las ciudades y pueblos de Castilla, no constituían ya un serio peligro militar. Pero esta verdadera ubicuidad creó nuevos problemas raciales y sociales, los cuales obsesionarían al gobierno durante otros cuarenta años, hasta que Felipe III decretase su expulsión de España, cortando así el nudo gordiano.

Al no poder acudir en ayuda de los moriscos, el Imperio otomano perdió una clara oportunidad de asestar un decisivo golpe sobre España. Todavía no está claro por qué desperdiciaron esta oportunidad. Se habla del desacuerdo entre los consejeros de Selim, pero quizá se debía simplemente a las excesivas dificultades y a las distancias, demasiado grandes. Con el fracasado proyecto Don-Volga, en 1569, la atención del sultán se estaba volviendo hacia el Mediterráneo oriental y hacia las oportunidades que se le ofrecían a la expansión otomana en áreas que estaban entonces dominadas por los portugueses: África oriental y el océano Índico. Constantinopla había puesto desde hacía tiempo sus ojos sobre Chipre, un molesto puesto avanzado cristiano atravesado en la vital ruta marítima que iba desde Constantinopla hasta Alejandría, y cuya conquista era considera-

---

[4] Guillermo de Orange a Juan de Nassau, 20 de febrero de 1570 (G. Groen Van Prinsterer, *Archives ou Correspondance Inédite de la Maison d'Orange-Nassau,* vol. III, Leyden, 1836, Carta CCCXXXVIII).

da como un preludio esencial a un avance otomano hacia el sur. Ciertamente, Chipre constituía un blanco más fácil y más vulnerable que España.

Los venecianos habían actuado hasta entonces para impedir un ataque otomano contra sus ricas posesiones por medio de una habilidosa diplomacia y de una profunda confianza en los buenos oficios de los tradicionales aliados del sultán, los franceses. Pero las guerras civiles en Francia y la consecuente disminución de la influencia francesa en Constantinopla dejaron expuestos a los venecianos a graves peligros, y alrededor de 1569 poco podía amedrentar al sultán, como no fuese el temor de provocar una alianza naval entre Venecia y España. Ese mismo año, el arsenal de Venecia explotó, y los informes que llegaron a Constantinopla indicaban que la mayor parte de la flota veneciana había sido destruida. Al encontrarse simultáneamente los recursos de España forzados al límite por la guerra de Granada, el momento parecía ideal para llevar a cabo un intento contra Chipre.

Mientras que se llevaban a cabo los preparativos navales en Constantinopla, los venecianos, adormecidos en un falso sentido de seguridad a causa de treinta años de paz lucrativa, se negaron a creer la evidencia que tenían ante sus ojos. Sin embargo, sus últimas ilusiones se disiparon a comienzos de febrero de 1570, cuando un enviado turco llegó para pedir la inmediata cesión de Chipre. Las opiniones en la ciudad se dividieron claramente. La rendición de Chipre significaría el sacrificio de la más rica colonia de Venecia y el centro de su comercio levantino; y además podía, como consecuencia, producir la pérdida de otras posesiones marítimas de Venecia, como Corfú y Creta. Pero otra postura significaba la guerra con el Imperio otomano, que podía muy bien acabar con la destrucción de la misma Venecia. Un grupo de senadores, esencialmente preocupados por la conservación del comercio de Venecia, preconizaba la paz, aunque esto implicase la cesión de Chipre; el otro, vehementemente apoyado por el nuncio pontificio, consideraba la guerra como la única respuesta honrosa. Cuando este asunto fue puesto a votación, el ultimátum turco fue rechazado por 220 votos contra 199.

Para una ciudad que había descuidado sus defensas militares y navales, esta decisión demostraba una valentía que rayaba en la temeridad. Todo dependía de si Felipe II podía ser convencido para que depusiera su desconfianza hacia los venecianos y enviase en su ayuda a la flota española. Esta era la oportunidad que esperaba Pío V,

y la aprovechó con su característica decisión. Don Luis de Torres, un funcionario español al servicio del papa, fue inmediatamente enviado a España para plantear al rey la absoluta necesidad de que participase en la Santa Liga con Venecia contra los turcos. A los ocho días de haber concedido audiencia a Torres, Felipe aceptó en principio la solicitud papal.

Las razones del cambio de Felipe, después de cuatro años en los que había mantenido una actitud evasiva, deben ser contempladas a la luz de los profundos cambios producidos en la postura nacional e internacional de España desde el comienzo del pontificado de Pío en 1566. El año 1570 fue en realidad el primer año en el que la España de Felipe II tenía la oportunidad, el deseo y algo parecido a la capacidad para embarcarse en una guerra mediterránea a gran escala. La oportunidad la proporcionó el aparente éxito del duque de Alba en sofocar la revuelta de los Países Bajos. La guerra de Granada había llevado a su suelo la gravedad de la amenaza del islam, una amenaza que realmente impulsó a Felipe, en un momento de pánico, a ordenar la evacuación de las islas Baleares en 1571. Aún más, el prestigio militar de España, ya dañado por la demora en acabar con la revuelta de los moriscos, había recibido un nuevo golpe en enero de 1570, cuando el corsario rey de Argel, Euldj Alí, se aprovechó de las dificultades internas de España para apoderarse del estado títere español de Túnez. Así, pues, el talante español en 1570 estaba configurado por la cólera, el orgullo herido, el entusiasmo religioso y el feroz deseo de venganza. Pío V aprovechó el momento justo para explotar este estado de ánimo, y al mismo tiempo para dar a la idea de una cruzada la impronta de su propia personalidad extraordinaria, la cual –a causa de todas las irritaciones de su conducta diaria– mantuvo a Felipe II en una especie de fascinado terror.

Aunque los turcos desembarcaron en Chipre en julio de 1570 y ocuparon pronto la mayor parte de la isla, excepto la fortaleza de Famagusta, las negociaciones entre España, Venecia y el papado se retrasaban interminablemente y eran empañadas, como siempre, a causa de las maliciosas sospechas mutuas. Felipe II insistía, no sin razón, en que España debía llevar la voz de mando en las operaciones militares y navales, a causa de su generosa contribución. Al fin, el 20 de mayo de 1571, la Santa Liga: pudo al fin formarse. España debía contribuir con la mitad de los fondos, con tropas y barcos; los venecianos, con un tercio, y el papa, con un sexto, y don Juan de

Austria, el victorioso general de la guerra de Granada, había de ser designado comandante en jefe.

Famagusta cayó en manos de los turcos el 1 de agosto de 1571, cuando la flota de don Juan estaba todavía en Nápoles. Las noticias de su caída tardaron dos meses en llegar a Venecia, la cual había ya decidido que era una fecha demasiado tardía para intentar la recuperación de Chipre. Por el contrario, don Juan y sus colegas acordaron intrépidamente buscar y presentar batalla a la flota otomana, incluso si esto les llevaba a aguas enemigas en el Mediterráneo oriental. La flota aliada cristiana, que se hallaba entonces reunida en Mesina, estaba compuesta por cerca de 300 barcos y 8.000 hombres, de los cuales 5.000 eran marineros y remeros. Esto significaba que era aproximadamente igual en tamaño a la flota turca, aunque esta se componía de mayor número de galeras y transportaba más soldados a bordo. La flota cristiana tenía cierta desventaja a causa de su composición heterogénea, pero la compensaba con el arrojo personal de su jefe, don Juan, el cual demostraba una gran capacidad para convertir a hombres de diferentes naciones en soldados de una gran cruzada.

El 16 de septiembre de 1571, la gran armada, debidamente bendecida por el nuncio papal, partió de Mesina con destino a Corfú. Allí se supo que la flota otomana, bajo el mando de Alí Pasha, se hallaba anclada fuera de Lepanto, dentro del golfo de Corinto. Existían evidentes riesgos en buscarla para entablar batalla, especialmente en fecha tan tardía, y había graves desacuerdos en el consejo de Guerra. Pero se decidió finalmente, como don Juan había urgido, que los cristianos iniciasen el ataque, y al amanecer del 7 de octubre las dos flotas –las dos flotas enemigas más grandes que jamás se habían enfrentado– se avistaron a la entrada del golfo de Patras.

Los barcos de ambos bandos se pusieron en fila, con los venecianos a la izquierda de la flota cristiana, las galeras papales y genovesas a la derecha, el barco insignia de don Juan en el centro y una reserva de 35 galeras venecianas y españolas, bajo el mando del marqués de Santa Cruz, en la retaguardia. Cuando se acercó el momento de la batalla, don Juan, con su armadura que centelleaba bajo el sol del otoño, se pasó a una galera más ligera desde la cual podía arengar a las fuerzas cristianas a medida que pasaba por la línea frontal. En cada barco se levantó un crucifijo, y las tripulaciones y los soldados se arrodillaron en las cubiertas para rezar.

El ataque fue iniciado por las galeazas venecianas, fortalezas flotantes cuyos pesados cañones, montados sobre unos altos podios,

hundieron varias galeras turcas y rompieron la fuerza del primer ataque. Aunque las dos alas de la flota otomana intentaron llevar a cabo un movimiento envolvente y se anotaron un éxito considerable contra las galeras genovesas y venecianas, era en el centro donde se libraba la batalla decisiva. Si bien las flechas turcas eran mortales, su fuego de cañón demostró ser menos efectivo y menos preciso que el de los cristianos, el cual causó graves daños en el barco insignia turco, antes de que don Juan diese la orden de abordarlo. Los dos primeros intentos de abordaje fueron rechazados, pero el tercero alcanzó la popa, donde Alí Pasha fue abatido. Su cabeza fue rápidamente clavada con una escarpia en la proa del bajel turco y fue izada la bandera de la cruz en lugar de la del creciente.

La muerte de Alí Pasha y la captura de su barco insignia decidieron la batalla de las escuadras centrales, y con ella el combate. El centro y la derecha turcos habían sido casi enteramente aniquilados, pero en la izquierda, Euldj Alí, el vencedor de Túnez, evadió la persecución de Santa Cruz y escapó con cerca de 15 galeras. De la primitiva flota turca, unos 300 barcos, 127 cayeron en manos de los cristianos, y fueron muertos cerca de 30.000 turcos. Los cristianos perdieron 15 o 20 barcos y quizá 8.000 hombres, y hubo 15.000 heridos, entre los cuales se hallaba Miguel de Cervantes, quien perdió el uso de un brazo. Fue una victoria bastante costosa, pero aparentemente tan completa y abrumadora que parecía como si las humillaciones de siglos se hubiesen enjugado con un simple golpe decisivo.

Las consecuencias de Lepanto

La victoria de Lepanto fue la mayor victoria conseguida por las armas cristianas contra el islam desde la toma de Granada en 1492. Demostró de forma definitiva que los turcos no eran invencibles y que los cristianos contaban con la moral suficiente y los recursos técnicos necesarios para para mantener a raya al Imperio otomano. Esta recobrada confianza de la cristiandad, que celebró el triunfo en forma de misas de acción de gracias y con una profusa producción de pinturas, medallas y recuerdos, fue quizá, a la larga, el más importante resultado de la batalla. Pues las consecuencias militares y políticas de Lepanto demostraron ser tristemente desilusionadoras.

Aunque los turcos nunca se recuperaron por completo de esta desastrosa pérdida de diestros hombres, la fuerza y los recursos del

Imperio otomano eran tales que pudieron reconstruir su flota con extraordinaria velocidad. Además, las limitaciones prácticas de las galeras –el hecho, por ejemplo, de que no pudieran cargar con un suministro de agua potable para más de veinte días y, por lo tanto, tuvieran un radio de crucero de un máximo de diez días– significaron que durante el siglo XVI ninguna batalla naval en el Mediterráneo podía otorgarle a los vencedores el «control del mar». Por lo tanto, independientemente de la capacidad de los turcos para recuperarse con rapidez, lo más probable es que las consecuencias militares inmediatas de Lepanto fueran poco importantes. Además, la batalla había llegado al final del año, cuando quedaban pocas reservas; y don Juan estuvo de vuelta en Mesina el 1 de noviembre, cuando la temporada de campaña llegaba a su final. Tal como Hans Khevenhüller, un noble austriaco, comentó decepcionado en su diario secreto, con la victoria de Lepanto los cristianos no ganaron ni un palmo de territorio.

¿Cómo podría explotarse la victoria con efectividad? Don Juan, tan visionario, a su manera, como Pío V, soñaba con Constantinopla y Jerusalén. Los venecianos solo estaban interesados en la recuperación de Chipre y de las posesiones que habían perdido en el Adriático; Felipe II, por su parte, quería que las campañas futuras se desarrollaran en el norte de África, donde podía resultar un beneficio inmediato para España. Pío V murió el 1 de mayo de 1572, pero su sucesor, Gregorio XIII, estaba decidido a mantener la Santa Liga. Ante la tenaz insistencia del nuevo papa y de don Juan, Felipe aceptó de mala gana que las galeras españolas fuesen movilizadas para llevar a cabo una expedición contra Morea. No obstante, se consiguió poco aquel otoño, y los venecianos se mostraban como unos aliados cada vez más impacientes. Su comercio estaba siendo destruido por la guerra, y desconfiaban mucho de las intenciones españolas. El 7 de marzo de 1573, Venecia firmó con el sultán un tratado de paz tan desfavorable que podía haberse prescindido de la batalla y de la victoria de Lepanto. La República renunció a sus reclamaciones sobre Chipre y a los territorios que había perdido en Dalmacia, devolvió a los turcos sus propias conquistas en Albania y les pagó una indemnización de 300.000 ducados. Estas condiciones humillantes podían haber proporcionado a Venecia alguna perspectiva de resurgimiento comercial, pero acabaron completamente con la Santa Liga.

Exenta de cualquier clase de compromiso con respecto a sus difíciles aliados, España se encontraba con las manos libres para llevar

a cabo sus propios planes para la reconquista de Túnez. Una fuerza expedicionaria de 20.000 hombres, bajo el mando de don Juan, partió de Sicilia y tomó la ciudad en octubre de 1573. Don Juan el hijo bastardo de un emperador, dedicó gran parte de su breve e intensa vida a buscar una corona, y pudo por un momento haber acariciado la idea de convertirse en rey de Túnez. Pero al final dejó a la ciudad con una guarnición española y un gobernador indígena, junto con el problema no resuelto de cómo defenderse en el posible caso de un contraataque turco. Este no tardó en llegar. Selim II y sus visires estaban decididos a restablecer el prestigio imperial recuperando la iniciativa en el oeste mediterráneo. Se movilizaron enormes cantidades de recursos a través del Imperio otomano, desde Anatolia del este hasta África del Norte, y en julio de 1574 una gran expedición turca, bajo el mando del incorregible Euldj Alí, alcanzó Túnez antes de que la guarnición pudiese ser reforzada adecuadamente. Al cabo de pocas semanas, ante la sorpresa y la consternación de la cristiandad, tanto Túnez como la fortaleza de La Goleta habían caído, y el reino de Túnez había ido a engrosar rápidamente la larga lista de los sueños frustrados de don Juan.

Con la caída de Túnez, Felipe II había quedado ya bastante harto de las campañas mediterráneas. El dinero escaseaba y los acontecimientos del norte de Europa pedían cada vez más atención. Los turcos, por su parte, no sintieron verse libres de la guerra en el Mediterráneo en un momento en el que en sus fronteras orientales el Imperio persa parecía al borde de la desintegración. Así pues, se firmó una tregua en 1578, que a partir de entonces fue renovada periódicamente. Las dos potencias gigantes del Mediterráneo se desligaban, al apaciguarse su mutua hostilidad, a causa de las crecientes preocupaciones producidas por sus compromisos en otros lugares.

El decaimiento del ímpetu expansivo turco en la década de 1570, tanto en las planicies de Hungría como en las aguas del Mediterráneo, ha favorecido la impresión de que el Imperio otomano estaba comenzando ya por estos años su largo declive. Ciertamente, la gran generación de dirigentes turcos estaba pasando, y Mehmed Sökölli fue asesinado en 1579. Además, importantes cambios estructurales estaban alterando gradualmente el carácter del Imperio. La sociedad otomana se tornaba menos movible y menos flexible a medida que el ejército rompía sus raíces en los territorios conquistados y que la idea de sucesión hereditaria cobraba fuerza entre la casta militar. Nuevos conceptos de propiedad y privilegio, que parecían haber

sido peculiaridades distintivas de la cristiandad en los grandes momentos del Imperio otomano, estaban comenzando a corroer la eficacia de la administración turca. Las dificultades financieras aumentaron a medida que la plata occidental se filtraba en la economía otomana y sus dirigentes tuvieron que debatirse con aquellos problemas de inflación que habían complicado tanto las vidas de sus enemigos en el oeste. Se registró un endurecimiento de las arterias del Imperio, una imposibilidad de responder a los nuevos retos militares y técnicos, que se acentuaba por la rígida estructura del gobierno y por su dependencia de la dirección personal y caprichosa de sultanes poco capacitados.

Con todo, a pesar de estos síntomas de cambio y de las deficiencias estructurales, resulta demasiado fácil juzgar al Imperio otomano –tan misteriosamente diferente de los estados europeos– con el criterio de la experiencia occidental. Aparte de su reanudación de la guerra, poco convincente y abortada, con los Habsburgo austriacos, entre 1593 y 1606, el Imperio otomano comenzaba a dar las espaldas a Europa durante el último cuarto del siglo XVI. La guerra, por mar o por tierra, con la cristiandad ya no resultaba tan provechosa como lo había sido en tiempos anteriores. De modo que remitió la presión turca sobre el borde oriental de Europa y los territorios fronterizos comenzaron a renacer, titubeantes, con una vida propia independiente. Pero no muy lejos, hacia el sur y el este, en regiones de las que Europa conocía muy poco o nada, la cuestión era distinta. En 1571, Hejaz, en el sur de Arabia, cayó en poder de los otomanos. En la costa oriental de África, los turcos se apresuraron a explotar la debilidad de Portugal después de su gran derrota en el norte de África, en Alcazarquivir[5]. Ante todo, buscaban aprovecharse de los problemas que tenían sus dos poderosos vecinos: la anarquía en Persia después de 1576 y la crisis en Moscovia durante los últimos años del reinado de Iván IV. Desde 1577 estaban en guerra con los persas, y llevaron a cabo nuevas conquistas en Georgia y Azerbeiján. El equilibrio de la experiencia militar y técnica podía inclinarse lentamente en favor de la cristiandad, pero el Imperio otomano aún tenía vida.

Sin duda, si España hubiese deseado o sido capaz de continuar después de Lepanto con energía, acaso los turcos hubiesen respondido con igual fuerza. La lucha por Túnez era una buena prueba de ello. Pero aun cuando hubiese sucedido así, resulta difícil creer que

[5] Véase p. 265.

el resultado en el Mediterráneo se alterase en demasía, aun cuando la capacidad de España para sostener la guerra en el norte de Europa se viese profundamente afectada. Con toda probabilidad, el Mediterráneo hubiese seguido siendo un mar dividido, en el que los turcos hubiesen controlado la mitad oriental y los españoles la mitad occidental, mientras que el centro hubiese continuado siendo –para desesperación de Venecia– el dominio de los corsarios moros y cristianos. Tal como sucedió, otros compromisos e intereses dieron lugar al fin prematuro de una lucha que difícilmente hubiese terminado con una clara victoria para ninguno de los dos bandos. El Imperio otomano se estaba orientando hacia el este, y al hacerlo permitió al Imperio español volverse hacia el norte y el oeste para enfrentarse con un enemigo que estaba comenzando a mostrarse todavía más peligroso que el islam. Al año o dos de Lepanto, el foco del conflicto comenzaba a desplazarse: a la lucha entre el este no cristiano y el oeste cristiano, la subsistía ahora la pugna entre el católico sur y el protestante norte.

PARTE III

1572-1585

VII. CRISIS EN EL NORTE: 1572

La toma de Brill

Cuando murió el papa Pío V, el 1 de mayo de 1572, no parecía que su sucesor habría de enfrentarse con un mundo muy diferente. El anciano papa había marcado su propia imagen austera en la iglesia postridentina. Había impulsado una gran cruzada mediterránea que había proporcionado una gloria inmortal a las armas cristianas en Lepanto. Había contemplado con satisfacción cómo el duque de Alba había sujetado a los herejes de los Países Bajos, y había condenado –aunque, como se sabe, en vano– a la reina hereje de Inglaterra. Así pues, el camino a seguir se hallaba claramente señalado para el papa que le sucedía. El cardenal Farnesio, aquel generoso mecenas de las artes, apenas tenía dudas sobre sus posibilidades de sucederle, pero el rey de España pensaba de otra manera. El peso de la facción española en el cónclave hizo que el veto de Felipe fuese decisivo, y el voto de los cardenales fue a recaer en Hugo Buoncompagni, que subió al trono papal como Gregorio XIII. Cuando este fue elegido contaba setenta años de edad, y se trataba de un anciano obstinado y caprichoso, pero enérgico, que reunía en su persona una visión legalista de la vida, propia de un jurista formado en Bolonia, y una idónea verificación de lo que se esperaba de él como heredero de un pontífice tan santo como Pío V.

Como anunció, su programa sería el de mantener la liga contra los turcos, continuar la labor de reforma y garantizar la aceptación de los decretos tridentinos. Así pues, no se iba a producir ningún cambio con respecto a los propósitos y a las prioridades de su predecesor. Pero era el mismo mundo el que estaba experimentando un cambio, y un pontificado que duraría trece años, desde 1572 hasta 1585, tuvo que registrar un cambio decisivo en la dirección y en el acento de la política papal. Este cambio llegó a ser necesario como resultado de lo que sucedió en el norte de Europa durante la primavera y verano de 1572. El 1 de abril, los «Mendigos del Mar»,

holandeses, tomaron el pequeño puerto de Brill, y en la madrugada del 24 de agosto, día de san Bartolomé, fueron asesinados en París 3.000 protestantes.

El que ambos sucesos, la toma de Brill y la matanza de san Bartolomé, hayan sido presentados como hechos cuidadosamente premeditados, no es más que una de las ironías de la historiografía. Sin embargo, la polémica que suscitaron en su tiempo ha desaparecido, y ahora son contemplados más como el resultado de unos incidentes no preparados que como proyectos planeados con mucha antelación. Con todo, a causa de los elementos fortuitos implicados en él, el curso de los acontecimientos desde 1570, junto con el carácter de los principales participantes, los convirtieron en algo más que en una cuestión de suerte. El almirante Coligny, Catalina de Médicis y Luis de Nassau pensaron aprovechar aquella marea en los asuntos de los hombres, la cual, en hora de pleamar, podía procurar fortuna. Tomaron la corriente cuando se les presentó la ocasión. Uno consiguió su propósito y dos no.

Catalina de Médicis era de las que nunca perdían la esperanza. La terminación de la segunda guerra civil francesa con la paz de St. Germain, en agosto de 1570, indicaba que había llegado el momento de llevar a cabo un nuevo intento de reconciliación. El nuevo equilibrio de fuerzas en la misma Francia mostraba la línea a seguir. Los hugonotes, al negociar y obtener cuatro «places de sûreté», habían tratado con la monarquía como si fuesen virtualmente un poder independiente. Por el momento, al menos, debieron ser complacidos, y Coligny llevado de nuevo a la mesa de negociaciones. Esto hubiese estado de acuerdo seguramente con deseos del cada vez más influyente grupo de *politiques*[1] que se estaba formando alrededor de François de Montmorency, el hijo del fallecido condestable. Moderación y conciliación estaban ahora a la orden del día, como señaló delicadamente Carlos IX al crear una academia real de poesía y música, en la que las notas discordantes de los protestantes y los católicos se unirían en una nueva armonía.

El movimiento hacia la unidad, basado en una limitada tolerancia religiosa, iba a ser reforzado por una serie de alianzas que mostrarían al mundo en qué medida había recobrado Francia tanto su cohesión interna como su crédito exterior, como contrapeso de España. Nadie fue más diestro que Catalina de Médicis proyectando

---

[1] Véase p. 141.

alianzas, especialmente cuando se trataba de los matrimonios de sus propios hijos. Entre 1570 y 1572 tejió una trabajosa tela de araña de proyectos matrimoniales. En el interior, las guerras civiles terminarían para siempre por medio de la unión de los Borbones y los Valois, simbolizada por el matrimonio de su hija Margarita con Enrique de Navarra, el hijo del último rey de Navarra y de su viuda, ardiente protestante, Juana de Albret. En el exterior, la posición de Francia sería reforzada por medio del matrimonio de Carlos IX con la hija del emperador Maximiliano, cuya simpatía por los luteranos le convirtió en una figura significativa en aquel curioso submundo de esperanzas y proyectos de tolerancia religiosa. Un posterior matrimonio completaría este complicado plan. El segundo hijo vivo de Catalina, Enrique, duque de Anjou, se convertiría en el esposo de Isabel de Inglaterra.

Un año le llevó al duque de Anjou descubrir por sí mismo lo que otros habían descubierto antes que él: que la reina de Inglaterra se dejaba más fácilmente cortejar que vencer. No obstante, las prolijas, aunque entretenidas, negociaciones para una alianza inglesa fueron acompañadas por negociaciones en otros lados que tuvieron más éxito. Carlos IX se casó, a su tiempo, con Isabel de Austria, en junio de 1570, y el matrimonio Borbón-Valois fue acordado en principio para finales de ese año.

Estos arreglos estaban muy de acuerdo con el gran proyecto que se estaba formando en la mente de Coligny, que ahora era el personaje más poderoso de Francia. El mundo de Coligny era un campo de batalla en el que los ejércitos de la luz y los ejércitos de las tinieblas se enfrentaban para conseguir la primacía. Como ardiente protestante y como ardiente francés, veía a las fuerzas de las tinieblas simbolizadas por el papa de Roma y el rey de España –el opresor de los protestantes en los Países Bajos, el asesino de los hugonotes en Florida y el dirigente de una monarquía encarnizadamente hostil a Francia–. Alineados también contra estas se hallaban los elegidos del Señor, dirigidos –desde luego dignamente– por Guillermo y Luis de Nassau y por las dos reinas protestantes de Navarra e Inglaterra. En el centro de la lucha, combatido en un lado y en otro, se encontraba el joven rey Carlos IX, dominado por una madre de la que desconfiaba Coligny, pero de la que no desconfiaba bastante. La respuesta era clara. Una vez arrebatado de la influencia de su madre y puesto bajo la guía del almirante, Carlos podría devolver a su país su pasado de grandeza nacional. Como rey guerrero, dirigiría su

ejército de protestantes y católicos para rescatar a los cristianos perseguidos de los Países Bajos. Francia adquiriría nuevos territorios; Cateau-Cambrésis sería vengado, y las facciones religiosas en guerra se reconciliarían al calor de la victoria sobre España.

Esta visión tan heroica, aunque simplista, iba a tener su atractivo para el impresionable carácter del joven Carlos IX. Este feroz cazador de conejos y ciervos comenzaba a desear un juego de más altura, y sus aspiraciones de gloria militar le hicieron atender con interés ciertos propósitos adelantados en julio de 1571 por el confidente y aliado de Coligny, Luis de Nassau. Desde 1570, Luis había estado viviendo en La Rochelle, donde había trabajado duramente para organizar el apoyo para su hermano, Guillermo de Orange. Ya había hecho mucho para alentar los propósitos de la revuelta con su capacidad como jefe de los corsarios holandeses y franceses que atacaban a los barcos españoles desde el Mosa hasta el Loira. Sin embargo, se necesitaría una masiva ayuda extranjera si Guillermo quería realizar su gran ambición de vencer a Alba y liberar su país. El mismo Guillermo estaba en Alemania, donde intentaba, como siempre, conseguir el activo apoyo de los príncipes protestantes. La esperanza de Luis era la de incluir a Francia y a Inglaterra, junto con los príncipes alemanes, en una coalición general contra el rey de España.

El proyecto de Luis armonizaba perfectamente con los planes de Coligny, y suscitó comentarios de simpatía por parte de la reina de Inglaterra, hasta que se dio cuenta de lo mucho que costaría. Sin embargo, la ayuda francesa era incluso más necesaria que la inglesa, y Luis perfiló sus propósitos en dos reuniones con Carlos IX que tuvieron mucho éxito, en las que ofreció a Francia la mitad sur de unos Países Bajos divididos, en pago de su ayuda militar.

La calurosa respuesta de Carlos y de sus consejeros hicieron del verano y el otoño de 1571 una época esperanzadora para Coligny y Luis de Nassau. Incluso Catalina estaba mostrando interés por la reactivación de una política antiespañola, y se hizo posible ahora un acercamiento entre Coligny y la reina madre, sobre la base del plan matrimonial Borbón-Valois y la campaña de Flandes. Cuando Coligny llegó a Blois en septiembre, desterrando sus sospechas sobre las intenciones de la reina madre, se encontró con una lluvia de favores, y pronto adquirió una extraordinaria ascendencia sobre la persona del rey. Carlos, que estaba huérfano desde hacía tiempo, lo recibió llamándole «Mon père», y no le pudo negar nada. Quizá la

euforia del momento hizo que Coligny y sus amigos no advirtiesen una cierta amenaza que flotaba en el ambiente; quizá la amenaza fue solo advertida y señalada más tarde, cuando pareció como si el afecto del rey por el almirante hubiese sido un engaño deliberado. No obstante, pocos hubiesen negado que en el otoño de 1571 Coligny y sus amigos hugonotes estaban estrechamente unidos al rey.

Sin embargo, el gran proyecto de Coligny fue dificultado –como suele suceder con los grandes proyectos– a causa de la escasez de dinero. El consecuente retraso en el comienzo de los preparativos para la campaña de Flandes proporcionó a Catalina un inoportuno espacio de tiempo para adoptar una nueva forma de pensar. El extravagante entusiasmo de su hijo por el almirante estaba socavando su autoridad maternal. Pero, sobre todo, continuaba firmemente aferrada a una de sus principales máximas de gobierno, es decir, que Francia debía mantenerse apartada de la guerra con España hasta que pudiese contar con la ayuda inglesa. Aunque las negociaciones anglofrancesas estuviesen prosperando lentamente y pudiesen terminar en un tratado, si no en un matrimonio, era incapaz de compartir la creencia de Coligny de que el poder de España estaba decayendo. Las noticias de Lepanto, en noviembre de 1571, confirmaron su creencia; se trataba de una victoria, informaba el hugonote Felipe Du Plessis-Mornay, que había «atemorizado a mucha gente que imaginaba que esto incrementaba considerablemente el poder de España». Al menos para Catalina, este no era el momento de llevar a cabo una ruptura con Felipe, trazando planes para un ataque a los Países Bajos.

Así, pues, las noticias de Lepanto sirvieron para recordar, tanto a Catalina como a Isabel, que era deseable un acercamiento anglofrancés para presentar una oposición al poder español. Isabel y William Cecil (ahora lord Burghley) no deseaban que la dominación española de los Países Bajos fuese reemplazada por la francesa. Por otra parte, un acuerdo con los franceses que no comprometiese demasiado a ofrecerles ayuda en los Países Bajos, proporcionaría evidentes ventajas, especialmente si no les dejaba lugar para nuevas interferencias en Escocia. Catalina guardaba algunos escrúpulos respecto a negar su apoyo a María, reina de los escoceses, pero no era mujer que encontrase excesiva dificultad en abandonar sus escrúpulos o a sus amigos, de modo que en abril de 1572 Francia e Inglaterra firmaron el tratado de Blois. Cada potencia prometía ayudar a la otra en caso de un ataque; pero el tratado no incluía ninguna estipulación sobre aquella

liga ofensiva contra España con la que Coligny y Luis de Nassau habían esperado coronar su gran proyecto.

La primavera de 1572, por tanto, fue el momento en el que los acontecimientos estaban haciendo realidad los planes y los preparativos de los hombres. El 1 de marzo, Isabel había ordenado «a todos los saqueadores de cualquier nación» que abandonasen los puertos ingleses. Este decreto estaba dirigido contra el enjambre de corsarios que infestaba por entonces el canal inglés. Después del fracaso de la invasión de Groninga por Luis de Nassau en 1568, algunos de los que lo apoyaban que tenían sus propios barcos, situaron la base de estos en Emden y saquearon las costas. Estos «mendigos del mar», como fueron llamados, aumentaron rápidamente gracias a nuevos reclutamientos en los Países Bajos –exiliados calvinistas, nobles y gente acomodada cuyas cabezas tenían precio, y pescadores y trabajadores parados de Flandes y Brabante–. Esta abigarrada masa de exiliados y desesperados fue destinada teóricamente a derrocar al tirano Alba, pero demostró ser una amenaza más o menos indiscriminada contra los barcos de todas las banderas que atravesaban el canal. Sin embargo, Orange se dio cuenta de que podían contribuir a su causa cortando la ruta marítima española hacia los Países Bajos y proporcionándole dinero para financiar sus campañas. Así, pues, les dio un «estatus» semilegal en 1570, proporcionándoles patentes de corso, mientras que Luis de Nassau comenzaba a organizarlos desde la base hugonote de La Rochelle.

En su campaña para desprestigiar al duque de Alba, después de que este adoptara medidas de represalia por el asunto de los barcos de las pagas, Isabel se decidió a reconocer la legalidad de las patentes de corso, basándose en que Guillermo y Luis poseían poderes soberanos como príncipes del Imperio. Sin embargo, el Consejo Privado no previó los resultados de esta acción. Los «mendigos del mar» se reunieron en los puertos ingleses; a su jefe, La Marck, le fue imposible controlarlos, y sus actos de piratería contra los barcos de todas las naciones se convirtieron en un engorro serio para las autoridades inglesas durante el otoño y el invierno de 1571. Así, pues, la proclamación de la reina en marzo de 1572 era un acto punitivo de un gobierno exasperado.

En respuesta a esta proclamación, La Marck y sus barcos desaparecieron en el horizonte. Fueron vistos más tarde entre Dover y Las Dunas, esperando, al parecer, refuerzos para atacar las costas neerlandesas. Parece que no hubo sospechas, ni incluso en las mentes de

los participantes, de que esto iba a ser algo más que otra incursión con una retirada rápida contra una ciudad costera para saquearla. Pero en este momento intervinieron los vientos del canal. Los veinticinco barcos de La Marck tuvieron necesidad de guarecerse, y los puertos ingleses estaban cerrados para ellos. Llevados hacia Brill, los «mendigos del mar» se encontraron, ante su sorpresa, que la guarnición española la habían abandonado con el objeto de apaciguar unos disturbios en Utrecht. En la noche del 1 de abril desembarcaron 6.000 hombres y saquearon el puerto indefenso. Después, cuando estaban preparando el botín para embarcarlo, uno de ellos señaló que no había razón para que no permaneciesen donde estaban. De esta forma, casi sin pensarlo, los «mendigos del mar» consiguieron su primera posesión en su suelo nativo.

Como se suponía, Alba no prestó mucha atención a la toma de Brill, acto que juzgaba sin consecuencias –«no es nada»–. Más sorprendente fue la reacción de Guillermo en Alemania, y de Luis, a la sazón en Blois. Los dos mostraron una notable falta de entusiasmo al enterarse de la noticia, ya que los «mendigos del mar» se habían movido con demasiada rapidez y podían echar a perder todos sus planes. La evidente inquietud y el malestar de los dos dirigentes de la revuelta holandesa son una muestra del carácter espontáneo e improvisado de la toma de Brill, e indica hasta qué grado había escapado de sus manos el control de los acontecimientos. Pero Luis, con su aguda visión estratégica, se dio cuenta rápidamente de las posibilidades de este movimiento prematuro. Si la técnica utilizada en Brill pudiese ser repetida en Flesinga, la empresa se justificaría, ya que Flesinga –llave para Zelanda– controlaba la entrada al Escalda.

Solo había una guarnición conocida en Flesinga, y en el espacio de una semana la bandera tricolor de los Orange fue izada en la ciudad. Reforzados con contingentes ingleses y hugonotes, los «mendigos del mar» avanzaron entonces a través de Zelanda, tomando una ciudad tras otra y saqueando sus iglesias. Se había pretendido siempre que cualquier ataque desde el mar sobre los Países Bajos fuese apoyado por invasiones desde Francia y Alemania. Luis de Nassau estaba reuniendo compañías hugonotes en Francia, pero los Orange no tenían tiempo para reclutar tropas en Alemania, ya que se esperaba un contraataque de Alba contra los «mendigos» de un momento a otro. El 15 de mayo, Luis de Nassau se despidió a toda prisa de Juana de Albret, reina de Navarra. Nunca volvió a verla: murió (envenenada, según los hugonotes) tres semanas después.

Luis se unió a François de La Noue y a otros capitanes hugonotes en la frontera de Hainault, y el 23 de mayo tomó Mons, mientras que la pequeña compañía de La Noue se apoderaba de Valenciennes. Así pues, en el mismo momento en el que Holanda y Zelanda escapaban al dominio de Alba, este perdía las dos ciudades que controlaban la entrada a Flandes desde Francia. Pero los invasores contaban con pocas tropas; la población local se mostró señaladamente hostil, y cuando Valenciennes se perdió de nuevo seis días después, Luis se quedó esperando ansiosamente en Mons a que llegase Coligny con el ejército francés y a que su hermano llevase a cabo la largamente esperada invasión desde Alemania. Pero ni Coligny ni Guillermo estaban aún preparados para iniciar la marcha, y hasta el 8 de julio no pudo Guillermo cruzar el Rin por Duisburgo y avanzar hacia Güeldres.

Ni la invasión de Luis ni la de Guillermo fueron importantes por sí mismas, pues la una estaba falta de hombres y la otra de dinero. Sin embargo, en Holanda y en Zelanda los «mendigos del mar» estaban alcanzando un extraordinario éxito. En julio ambas provincias habían caído casi por completo bajo el control rebelde, y Amberes –el puerto del que dependía Alba para recibir sus abastecimientos por mar– estaba siendo sometido a un intenso bloqueo.

La explicación del éxito de los rebeldes en el norte de los Países Bajos no es tan simple como puede parecer a primera vista. Es fácil, aunque engañoso, pintar a los «mendigos» marchando hacia la victoria bajo una oleada de entusiasmo popular y al son triunfante de la canción de Wilhelmus. Pero en la práctica, los éxitos rebeldes fueron el resultado de las tácticas habilidosas y a veces crueles de una minoría activista que sabía cómo hacer lo mejor en el momento favorable. Después de todo, los calvinistas representaban solo una minúscula fracción de la población, especialmente en las provincias del norte, donde su influencia había sido mucho menor que en el sur. Pero en cada ciudad había un puñado de calvinistas y de activistas simpatizantes de los Orange, que tenían amigos y relaciones entre los exiliados, que completaron las fuerzas invasoras de los «mendigos». Cuando los «mendigos» se acercaban a una ciudad, entraban en contacto con sus amigos de dentro de las murallas y trazaban planes para poder entrar. Por ejemplo, en Gouda, una banda armada compuesta por 69 hombres se encontraba, a las cuatro de la mañana del 21 de junio, delante de una de las puertas, que estaba cerrada, pero guardada, de la ciudad, a la espera de una solución. Excepto 14 de los 69, todos los hombres eran nativos de Gouda o de alrededor de Ou-

dewater; algunos de ellos, exiliados que volvían a casa. La puerta fue abierta por sus amigos de dentro, y marcharon sin encontrar resistencia hasta la plaza del mercado. Allí estaba estacionada una sección de la milicia ciudadana enfrente del Ayuntamiento, pero fue capturada por sorpresa. Uno de los milicianos estuvo a punto de disparar, pero le hizo desistir una voz que dijo que ellos eran «los propios conciudadanos». De este modo, eliminado el peligro de que se produjese un conflicto, la ciudad cayó en manos de los «mendigos».

El esquema de la toma de Gouda se repitió, con innumerables variaciones locales, a través de Holanda y Zelanda, durante aquellos meses de verano. Las ciudades eran tomadas por bandas armadas de fuera, que operaban en conexión con los de dentro que estaban de acuerdo. A continuación se tomaba una iglesia para el culto calvinista; se pedían juramentos de lealtad a Guillermo de Orange; las iglesias eran despojadas de sus imágenes y de sus ornamentos de oro y plata, y el concejo de la ciudad era depurado de los individuos que presentaban síntomas de resistencia. El mismo Guillermo se dio prisa en reforzar su posición al preparar para julio una sesión de los estados de Holanda. Siguiendo la directriz dada por Philippe de Marnix de Sainte-Aldegonde, confidente y consejero de Guillermo, las ocho ciudades reconocieron unánimemente al príncipe de Orange como estatúder de Holanda, y se dedicaron a la defensa de los Países Bajos contra «todas las invasiones y opresiones». Los católicos romanos y los protestantes disfrutarían de libertad de culto, y se votó una importante cantidad de dinero para sufragar la campaña de Guillermo. En virtud de estas decisiones del 19 y 20 de julio de 1572, los estados de Holanda dieron sus primeros pasos en el camino que un día les llevaría a rechazar al hombre al que todavía consideraban su señor natural: Felipe de España.

No obstante, aunque la conquista de Holanda y Zelanda representaba un despegue, habilidosamente construido, de un grupo de activistas, estos nunca hubiesen podido conseguir tan rutilante éxito sin al menos la pasiva aquiescencia de la población. Aquí fue donde el curso de los acontecimientos, a partir de 1566, demostró ser decisivo. Aunque Guillermo de Orange pudiese contar con el apoyo de un número considerable de magistrados y de patricios, la gran mayoría de esta clase era opuesta a un movimiento que amenazaba su poder y su posición privilegiada. Pero la forma de pensar de la masa de ciudadanos era muy diferente. Se habían producido fuertes tensiones desde 1566, cuando el grupo más sustancial de ciudadanos se

sobresaltó a causa de la violencia de los excesos iconoclastas. Las medidas represivas de Alba, la conducta escandalosa de los funcionarios reales y de los soldados españoles y, finalmente, la implantación de la décima habían contribuido a completar el desengaño del gobierno real. El régimen era odiado tanto por ser español como por ser opresivo, y la iglesia, que estaba estrechamente identificada con él, se desacreditó todavía más. Para colmo, los comerciantes y artesanos, los trabajadores textiles y los marineros y pescadores se habían visto profundamente afectados por la grave situación económica. Desde 1568, como resultado de la disputa angloespañola sobre la captura de los barcos con las pagas, se habían suspendido las relaciones comerciales con Inglaterra. Las actividades de los «mendigos del mar» habían dañado seriamente el comercio y habían interrumpido el abastecimiento de sal procedente de la península ibérica para la crucial industria de los arenques. Hay también algunos signos de que los empresarios se habían aprovechado del gobierno fuerte de Alba para mantener bajos los salarios. Así pues, la miseria y el desempleo aumentaron rápidamente, y el invierno de 1571-1572 estuvo marcado por un profundo descontento.

Un síntoma del cambio de la forma de pensar popular era que mientras en 1567 la clase «gobernante» de magistrados había hecho cumplir las órdenes reales ante el temor de Alba, fue incapaz en 1571-1572 de cobrar incluso la décima modificada, porque ahora temía al pueblo incluso más que al duque. Parece también como si aquellos gobernantes que habían mostrado cierta oposición a la exigencia de la décima tuvieran mejor suerte al mantener sujetas las ciudades contra los «mendigos» que aquellas que se rindieran sin apenas una protesta. Ámsterdam, donde los magistrados habían resistido firmemente a la décima, se mantuvo inflexible contra los «mendigos» en 1572, y solo abandonaron su lealtad al rey en 1578. Por otra parte, Dordrecht, cuyos magistrados habían cedido a las amenazas de Alba, fue llevada sin dificultad al campo de los Orange. En la mayor parte de las ciudades, la extremada impopularidad de la clase privilegiada de los magistrados –incrementada por su pusilanimidad bajo el gobierno de Alba– dejó a los concejos de las ciudades desesperadamente aislados y expuestos, cuando tenían que enfrentarse con una multitud irritada que les pedía que dejasen entrar a los «mendigos». Las milicias ciudadanas demostraron ser indignas de confianza. Habían mostrado su indiferencia por la iglesia en 1566, y mostraron su indiferencia por los magistrados en 1572.

Fue el clima de la opinión popular, que iba desde la indiferencia hasta el abierto entusiasmo, lo que preparó el camino para el éxito de los «mendigos». El comportamiento de los «mendigos», una vez que habían ocupado la ciudad, solía enajenarse a aquellos moderados o neutrales cuya aquiescencia había hecho posible su primer éxito. Pero el remedio podía ser aún más desagradable que la enfermedad, pues si había algo peor que una banda de «mendigos», eso era un regimiento de españoles. Así pues, las ciudades que habían aceptado a los «mendigos» por indiferencia, aceptaron su continua presencia por miedo: el miedo a la soldadesca española y la reputación de Alba.

Sin embargo, había otra razón crucial que explica el éxito orangista en los meses de verano de 1572. Si las ciudades de Holanda y Zelanda hubiesen sido bien defendidas por las guarniciones españolas, el ejército de los «mendigos» podría haber conseguido muy poco. Pero Alba estaba escaso de hombres y de dinero –la guerra en el Mediterráneo se los había tragado–, y la imposibilidad de cobrar la décima había echado a perder su proyecto, cuidadosamente preparado, para pagar al ejército de los Países Bajos con los recursos locales. Al tener que enfrentarse con la escasez de hombres y la simultánea invasión en el norte y en el sur, decidió que el peligro mayor procedía de la frontera con Francia. Así pues, sacó sus mejores tropas y su artillería de las provincias del norte, y fue precisamente su ausencia lo que proporcionó su oportunidad a los «mendigos».

La decisión de Alba estaba completamente justificada. Teóricamente no sería difícil enfrentarse con unas cuantas bandas indisciplinadas de «mendigos». Pero si Coligny acudiese con el ejército francés en ayuda de Luis de Nassau, los Países Bajos podían perderse con mucha facilidad. Una fuerza de socorro de casi 6.000 hugonotes, bajo el mando del señor de Genlis, se estaba ya acercando a Mons. Sin embargo, hacia finales de julio las tropas españolas, ayudadas por campesinos locales, sorprendieron a los hombres de Genlis y los derrotaron. Su botín incluía una carta de Carlos IX que probaba, sin lugar a dudas, su complicidad en los planes para la invasión de Flandes.

La derrota de Genlis tuvo serias consecuencias para la causa protestante. Orange, habiendo avanzado hasta Brabante, creyó sensato retirarse hasta el Mosa, cerca de Roermond, y esperar los acontecimientos. En Francia, Coligny estaba cada vez más ansioso, pues el temor que había mostrado Catalina durante tanto tiempo ante el po-

der de España estaba renaciendo, y estaba convencida de que el mismo Alba estaba planeando una invasión. Así pues, el almirante debía arrancar una decisión al rey a toda costa. Durante las primeras semanas de agosto, Coligny y Catalina entablaron una lucha para ganarse la voluntad vacilante del infeliz Carlos IX. Un día prometía declarar la guerra a España. Al siguiente, enfadado con su madre, con la cara llena de lágrimas, cambiaba su forma de pensar y retiraba su promesa. Quizá, después de todo, la reina tuviese razón cuando le advertía que una guerra con España solo le serviría para echarse a sí mismo y a su reino en manos de los hugonotes. Con solo la ayuda de Inglaterra, la victoria estaría asegurada. Pero ni Isabel ni Burghley estaban dispuestos a dejarse arrastrar. El régimen del duque de Alba era intolerable, pero desde el punto de vista de la seguridad inglesa, el control francés sobre los Países Bajos sería aún peor. El temor que el gobierno tenía a Francia era tan grande, realmente, que Burghley recomendó en un memorándum secreto, en junio, que Inglaterra debía llegar incluso a ofrecer ayuda a España, si Alba se mostraba incapaz de proteger los puertos del canal de los franceses. La *raison d'etat,* y no la religión, fue lo que dictó la política inglesa con respecto a los Países Bajos en 1572.

Coligny despejó las dudas de Carlos IX. Le aseguró que, incluso sin la ayuda inglesa o alemana, los hugonotes dispondrían de los hombres suficientes para derrotar al ejército español. Fue Coligny, no Catalina, quien al final ganó la batalla. El 11 de agosto, Carlos escribió a Guillermo de Orange que pronto estaría dispuesto un ejército de 15.000 hombres para ponerse en camino bajo su propio mando. Las fuerzas de Guillermo se hallaban en este momento cerca de Bruselas, pero decidió esperar la entrada en Flandes del ejército francés para comenzar el sitio. Sin embargo, el siguiente mensaje que le llegó de Francia portaba la perturbadora noticia de que se había producido una matanza de hugonotes en París y de que su aliado Coligny había muerto.

La matanza de san Bartolomé

Al volver la mirada atrás sobre los terribles acontecimientos de la noche del 23 al 24 de agosto de 1572, los hugonotes encontraban fácil de creer que la matanza de sus hermanos era la culminación de un complot cuidadosamente tramado y preparado durante largo

tiempo. Lo contemplaban como el lógico fin de una historia que había comenzado con la infame reunión de Bayona de 1565[2]. Estaban convencidos de que Alba había propuesto a Catalina de Médicis que exterminase a los dirigentes hugonotes; y desde entonces la reina madre, haciendo uso de todas las artes enseñadas por su conciudadano florentino Maquiavelo, había ido cuidadosamente poniendo cebo en la trampa. En la época del casamiento de Carlos IX, en 1570, se había sospechado que había estado tramando con el cardenal de Lorena el asesinato de Coligny y de sus amigos. Desde luego, la facción de los Guisa no había hecho un secreto de su determinación de vengarse del asesinato de Francisco, duque de Guisa, en 1563[3]. Ahora, en agosto de 1572, cuando la nobleza hugonote se había congregado con motivo de la boda de Enrique de Navarra, los Guisa consiguieron vengarse haciendo saltar la trampa.

Irónicamente, la misma expectación de algún hecho terrible hizo que el acto se llevase a cabo más fácilmente. Independiente de lo que Alba pudiese haber dicho a Catalina en Bayona, esta era lo bastante perspicaz como para apreciar que la eliminación de los dirigentes de una de las facciones la arrojaría a ella misma y a la monarquía en las manos de la otra. Su política había estado encaminada siempre a mantener el equilibrio entre las dos, jugando con la fuerza y la debilidad de ambas en beneficio de la corona.

La matanza de los hugonotes en 1572 fue, pues, una desviación –una desviación fatal– de una política que había estado siguiendo tenazmente, que se produjo por motivos que nunca han sido completamente dilucidados. Las pruebas que relacionan a Catalina con la acción inicial que desencadenó los acontecimientos que llevaron a la matanza –el frustrado atentado contra la vida de Coligny– siguen sin ser concluyentes, pero no hay duda de que participó en la decisión posterior de eliminar a los dirigentes protestantes.

Catalina tenía, desde luego, buenas razones para querer deshacerse de Coligny. A continuación trataremos de explicar el intento de asesinato del Almirante analizando qué podía haber llevado a la reina madre a realizar un acto tan desesperado. Presupone premeditación, pero también es posible que Catalina se hubiera limitado a tolerar un asesinato que podría verse como una venganza de los Guisa, pues estos consideraban a Coligny responsable del asesinato

---

2 Véase p. 130.

3 *Ibid.*

de Francisco, duque de Guisa, durante el sitio de Orleans en 1563. Si fue así –o si, lo que parece más improbable, el atentado sobre la vida de Coligny sorprendió por completo a Catalina– sería necesario modificar o rechazar esta versión de los hechos, pero parece improbable que aparezcan nunca pruebas claras, en uno u otro sentido.

Si asumimos que hubo premeditación, las razones de la decisión de Catalina, que, efectivamente, constituía un cambio radical respecto a su política anterior, deben residir tanto en su propio carácter como en las tensiones surgidas en la corte por la actuación de Coligny.

En agosto de 1572, el almirante se había ganado, aparentemente de una forma inamovible, el afecto del rey. Más aún, había hecho uso de todos sus formidables poderes de persuasión para conseguir una invasión francesa de los Países Bajos, una acción que, según su criterio, pondría fin a la contienda civil en Francia, mientras que para Catalina invitaba abiertamente al desastre. Cuando Coligny y Du Plessis-Mornay llevaron adelante su plan, solo estaban en realidad exponiendo una nueva versión de una vieja política y siguiendo una antigua máxima de gobierno. Años antes, el cardenal de Lorena había hecho una propuesta similar, pero con Inglaterra como objeto del ataque, en vez de España. En una época en la que los nobles y los cortesanos facciosos constituían una continua fuente de inquietud interior, parecía una inteligente política de Estado emplear las energías sobrantes no en las guerras intestinas, sino en las internacionales.

Sin embargo, se puede preguntar si las disputas interiores en Francia no habían llegado a ser demasiado complejas para ser resueltas de esta forma. Después de todo, las guerras francesas eran algo más que las riñas de las facciones nobiliarias, y los apasionados odios religiosos no pueden eliminarse simplemente con una campaña en el extranjero. Ni desde luego podía existir ninguna garantía de que el ejército francés saliese victorioso. El duque de Alba se hubiese visto, desde luego, en graves dificultades en el caso de una invasión a gran escala desde Francia, y Guillermo de Orange hubiese podido conquistar las provincias del norte. Pero ¿era Francia lo bastante fuerte como para enfrentarse a España con éxito, especialmente sin la ayuda de Inglaterra?

La oposición de Catalina y de muchos consejeros reales al plan de Coligny tenía, pues, una base muy sólida. Pero cuanto más fuerte era la oposición, más decidido se volvía Coligny; y esto, como con-

trapartida, forzaba a Catalina a una posición donde cada vez disfrutaba de menos espacio para maniobrar. La situación se exacerbó aún más por el hecho de que los frenéticos esfuerzos de Coligny para alcanzar este punto lo estaban llevando a rebasar la peligrosa área destinada a la tenaz preocupación de Catalina por su hijo. Los tres hermanos reales –Carlos IX, Anjou y Alençon– se dejaban por entonces arrastrar por el puñal. La rivalidad fratricida de este miserable trío jugó naturalmente en favor de la facción. Coligny se había ganado ya al rey y parecía que estaba llevando a Alençon al campo hugonote. Anjou, por su parte, reaccionó acercándose a los Guisa y a los católicos; pero la muerte del rey de Polonia, en julio, despertó las esperanzas de los hugonotes de que podía pronto ser sacado del país como rey electo de un trono vacante[4].

Al explotar las disputas de los hermanos reales, Coligny estaba jugando con fuego. Debía saber que, al apartar a la reina madre, se había embarcado en una aventura peligrosa. Su deseo de correr el riesgo puede merecer varias explicaciones. Su mezcla de patriotismo y protestantismo contribuyó, sin duda, a convencerle de que la guerra con España era honrosa para Francia y al mismo tiempo ordenada por la divinidad. También creyó que una campaña con éxito lo transformaría en el brazo derecho indispensable de un rey victorioso. Estaba, pues, apostando fuerte en busca de los premios más altos. Pero queda abierta la cuestión de en qué medida la iniciativa estaba en sus manos. A pesar de su enorme prestigio entre los nobles y las iglesias hugonotes, no confiaba en refrenar indefinidamente las pasiones y los odios de algunos de sus seguidores. Quizá, después de todo, solo una campaña en el exterior podía impedir una explosión.

La gran estridencia de las demandas de Coligny podían, por tanto, tener su origen, al menos en parte, en la conciencia de lo fundamentalmente débil que era su propia posición. Pacientemente y con persistencia tuvo que contener a aquellos de sus partidarios que estaban viciados por la lucha. Al mismo tiempo tenía que conseguir y retener algo que era vital para su propio futuro y el de su causa: la confianza del rey. Paradójicamente, el verdadero éxito con que lo consiguió fue lo que más contribuyó a su caída final, pues ello le proporcionó el odio de Catalina y le dio una confianza injustificada en su propia capacidad para continuar siendo el dueño de la situa-

---

[4] Véanse pp. 227 y ss.

ción. La actitud de Coligny en el verano de 1572 sugiere una combinación poco feliz de desesperación y de confianza agresiva, que lo cegó curiosamente a los peligros que lo rodeaban.

Hacia la segunda semana de agosto, estos peligros estaban convirtiéndose en realidad. En un acceso de cólera cuidadosamente preparado, Catalina había abandonado París con dirección al castillo de Monceaux, donde podía meditar sobre sus futuros planes sin ser molestada. Todo indicaba ahora que la eliminación de Coligny era la mejor –y quizá la única– esperanza para conservar la paz en el interior y en el exterior. Su decisión resultó probablemente fortalecida por las incitaciones del duque de Anjou, celoso y temeroso de su hermano mayor, el cual, al depender de Coligny, se estaba asegurando una nueva independencia por sí mismo. Cuando Catalina volvió a París para los festejos de la boda real, del 16 al 21 de agosto, ya se había tomado la decisión y se habían preparado los planes. Los Guisa habían anunciado con frecuencia y públicamente su determinación de matar a Coligny. En el caso de un asesinato, la reina madre podía ocultar su complicidad poniendo como fachada las disputas de las facciones. Ni tampoco se afligiría indebidamente si los hugonotes, al ver caer a su dirigente, decidiesen vengarse de los Guisa. Unos cuantos golpes audaces por cada parte y la monarquía se vería libre de la dominación de aquellos súbditos superpoderosos que presionaban tan fuertemente al trono.

Enrique de Navarra y Margarita de Valois se casaron, como estaba previsto, el 18 de agosto. Los festejos fueron espléndidos, pero demasiado prolongados para Coligny, que estaba ansioso por partir para la campaña de Flandes. Pero en la mañana del 22 de agosto resultó tocado, aunque no murió, por el disparo de un arcabuz cuando se dirigía a su casa desde el Louvre.

Cuando tramó sus planes no se le ocurrió pensar a Catalina que el asesino podía fallar el golpe. Ahora se encontraba en la peor de todas las situaciones, al encontrarse todavía viva su víctima y al ser muy probable que se descubriese su complicidad. Los hugonotes ejercerían seguramente su venganza, que podía muy bien alcanzarle a ella y a Anjou. Así pues, no era sorprendente que en este momento fuera presa del pánico. Su única esperanza ahora era la de golpear primero, y esto requería el consentimiento del rey. La cólera de Carlos ante el atentado sobre la vida de Coligny le dejó momentáneamente sordo a los ruegos de su madre. No obstante, esta volvió al ataque más tarde. Los hugonotes, insistía, estaban planeando un

coup; Coligny era un traidor, y la seguridad del trono y de Francia estaba en peligro. Apeló a su honor y más astutamente a su valentía: ¿tenía miedo de los hugonotes? Esta vez dio en el blanco.

El Consejo Real, temiendo una brutal represalia de los 4.000 soldados hugonotes que había apostados en las afueras de la capital, apoyó por completo la decisión del rey. Tenía que hacerse un ataque preventivo para salvar la situación. Se preparó una lista de los líderes hugonotes, encabezada por el almirante, que, debido a sus heridas, se encontraba confinado en su lecho. Iba realizarse un número limitado de ejecuciones, que estarían cuidadosamente preparadas. Sin embargo Catalina erró en sus cálculos una vez más, subestimando tanto el deseo de venganza de los Guisa como los instintos antihugonotes del pueblo parisino. Si llegó a cambiar de idea en el momento en el que sonó la alarma en la madrugada del 24 de agosto, fue demasiado tarde. En unas pocas horas, en la capital habían asesinado salvajemente a Coligny y a dos o tres mil de sus seguidores hugonotes, y el frenesí antiprotestante no tardó en extenderse por Francia. Se produjeron matanzas en una docena de ciudades provinciales, entre ellas Rouen, Orleans y Lyon. Todas eran ciudades controladas por los católicos, pero en las que la presencia de importantes minorías hugonotes creaba un continuo clima de tensión sectaria. Al igual que en París, el pueblo católico, convencido de que estaba actuando en nombre de Dios y del rey, atacó brutalmente a sus vecinos protestantes, mutilando a los cadáveres y cometiendo atroces barbaridades en un brote masivo de odio descontrolado.

Así pues, san Bartolomé fue un clásico ejemplo de un proceso de escalada, cuyas últimas consecuencias ni había deseado ni previsto Catalina cuando al principio dio la orden de matar a Coligny. Enfrentada con las desagradables consecuencias de su propia decisión, su instinto natural –como se podía esperar de una mujer de su carácter– fue el de lamentar un fallo, más que el de sentir remordimiento por un crimen. No era menos propio de su carácter el que, aunque se lanzase a la tarea de devolver su rumbo a la monarquía, sacase tanto partido como pudiese de la situación. Así pues, se prepararon diferentes versiones de los sucesos de san Bartolomé para las diversas cortes de Europa. En España no dañaba a Catalina dar a entender que la matanza había sido cuidadosamente preparada. También en Roma el hecho de la premeditación fue abiertamente sostenido por el cardenal de Lorena, que esperaba con ello aumentar el crédi-

to de los Guisa y al mismo tiempo ligar más estrechamente a Catalina a la causa católica.

Gregorio XIII se alegró, como era de esperar, y acuñó una medalla especial para conmemorar el gran acontecimiento. En estas circunstancias no podía sorprender que los príncipes protestantes y sus súbditos confirmasen sus sospechas de que la matanza fue el resultado de un complot cuidadosamente tramado por Catalina, Felipe y Roma. Los embajadores de Catalina en los estados protestantes tuvieron que trabajar duramente, por tanto, para dar una explicación más honrosa sobre lo que había sucedido. Indicaron que Coligny había estado conspirando contra la vida del rey, y que la matanza fue una contramedida necesaria que solo se tomó para evitarlo a tiempo. En otros lugares se presentó la matanza como un incidente desgraciado de la famosa disputa entre Coligny y los Guisa, la cual nada tenía que ver con Carlos IX. Era de esperar que nadie aceptase muy seriamente estas explicaciones en el norte protestante. Era más fácil y más atractivo el considerar a Catalina como la cabeza de la conspiración y a Carlos IX como sanguinario; y si esta era la impresión general, Catalina, en su extravío, solo podía darse por satisfecha.

Aunque Catalina hiciese todo lo posible por disimular la matanza, el hecho era que lo que había sucedido nunca podría ser reparado. La primera consecuencia de san Bartolomé fue, inevitablemente, la de propagar el terror y la confusión. Hubo carnicerías en una ciudad tras otra durante el mes de septiembre, y muchos hugonotes que sobrevivieron a la matanza huyeron a buscar refugio en Ginebra o en Estrasburgo. Otros, especialmente entre la nobleza, encontraron prudente abandonar una fe que parecía amenazada con la extinción, y volvieron, al menos nominalmente, a la obediencia de Roma. Esta deserción aristocrática en los meses que siguieron a la matanza, cambió drásticamente el carácter del movimiento hugonote, de la misma forma que la incorporación de la nobleza había transformado previamente su carácter una década antes. Desprovisto de la protección y dirección aristocráticas, el movimiento volvió a buscar la guía de los pastores y recuperó algo del espíritu que lo había animado durante los últimos años del reinado de Enrique II. De nuevo el protestantismo en Francia se convirtió en una causa genuinamente popular y religiosa. Bajo el impacto de san Bartolomé, los hugonotes del sur y del oeste se unieron en la defensa de su fe y se rebelaron contra un rey que había ordenado el asesinato de sus hermanos y que incluso había participado en el mismo.

Así pues, en vez de poner fin a las guerras, la matanza las hizo comenzar de nuevo. Los hugonotes estaban tomando las armas en todas partes. La Rochelle se negó en septiembre a admitir un gobernador real y se preparó para resistir un asedio que comenzó en diciembre y continuó sin éxito durante siete meses. Los hugonotes se hallaban ahora luchando para sobrevivir, y, conscientes de ello, reforzaron su resistencia, la cual, por primera vez, comenzó a presentarse como una resistencia abierta al poder de la corona. Hasta 1572 habían mantenido firmemente que luchaban para proteger los intereses de un rey sujeto a la maligna influencia de los Guisa. Pero después de san Bartolomé resultó imposible mantener esta cómoda ficción, y los calvinistas de todas partes se vieron obligados a enfrentarse con un problema del que habían hecho todo lo posible por evadirse: el problema de la legitimidad de la resistencia a una autoridad establecida legalmente.

Aunque se podía encontrar alguna justificación en los *Institutes* de Calvino para la organización de la resistencia contra los tiranos, Calvino había insistido en que cualquier decisión sobre una cuestión tan crucial debía determinarse con relación a las leyes y a la constitución del Estado del que se tratase. Beza había sido siempre menos legalista en su tratamiento, y en 1573, bajo el impacto de san Bartolomé, escribió un tratado sobre el problema general de la obediencia y la resistencia. Sin embargo, los patriarcas de la ciudad de Ginebra habían entrado recientemente en dificultades con la corona francesa a causa de la publicación en esta ciudad de la *Franco-Gallia,* del hugonote François Hotman, un examen de la antigua constitución de Francia que propugnaba la tesis subversiva de que la última autoridad descansaba en los estados y no en el rey. Así pues, se negaron a conceder la licencia para su publicación, y el trabajo de Beza apareció como anónimo en Lyon en 1574, en una versión francesa titulada *Du droit des magistrats sur leurs sujets.*

John Knox había ya propugnado, al final de la década de 1550, el derecho de resistencia en su forma más radical. No obstante, el libro de Beza era la primera declaración clara, desde un punto de vista calvinista oficial, de los exactos límites del poder monárquico. El poder absoluto pertenecía solo a Dios; la realeza se basaba en un convenio con el pueblo; y si el rey se convertía en un tirano, era deber de los magistrados (en Francia, de los Estados generales) refrenarlo y, en último caso, deponerlo. Aunque la ausencia del nombre de Beza privó al libro de alguna autoridad, este representaba

un importante complemento a las teorías de resistencia que habían aparecido en Francia desde el día de san Bartolomé. La matanza había hecho aparecer una ola de panfletos protestantes, algunos de los cuales solo relataban el horrible suceso, mientras que otros –como el célebre *Réveille-matin*– adelantaban algunas ideas democráticas de revuelta popular. No obstante, el trabajo de Beza presentaba la doctrina de resistencia en la forma más adecuada para ser aceptada por los políticos de Francia. Al hacer descansar la responsabilidad en los magistrados en vez de en todo el pueblo, proporcionó una mayor respetabilidad a una teoría altamente explosiva. Fue esta «aristocrática» formulación de la teoría de resistencia la que adoptó Du Plessis-Mornay en el trabajo mejor conocido de todos los que se hicieron en el siglo XVI sobre las obligaciones de los reyes y los derechos de los súbditos: el *Vindiciae contra tyrannos,* de 1579, probablemente escrito en colaboración con Hubert Languet. Aquí las teorías de Beza alcanzaron su conclusión lógica: existía un contrato formal entre el rey y el pueblo, y correspondía a los magistrados autorizar la resistencia contra el gobernante tirano y buscar ayuda, si fuese necesario, ante las potencias extranjeras.

Al forzar una reconsideración de la cuestión fundamental de los derechos y deberes, la matanza de san Bartolomé rindió un notable servicio a la causa de la libertad política. Pero el constitucionalismo calvinista del periodo posterior a la matanza también tenía sus limitaciones. Colocaba un arma poderosa en las manos de los que habían sido víctimas y de los perseguidos, pero hacía lo mismo con los simples oportunistas, que constituían un caso menos auténtico de necesidad. Los nobles serían capaces de reanudar su *vendetta* permanente contra el poder real con la cómoda seguridad de que estaban actuando como guardianes designados por la Divinidad para defender el derecho del pueblo. Por esta razón, el nuevo constitucionalismo fue incapaz de atraerse al creciente número de *politiques,* quienes consideraban la restauración de un fuerte poder monárquico como la única esperanza para el futuro de Francia. Los argumentos contractuales y las doctrinas sobre el tiranicidio eran consideradas anatemas para aquellos hombres que daban una mayor importancia a la unidad política que a la religiosa y guardaban una profunda veneración por la prerrogativa real. Fue Jean Bodin quien, en *Los seis libros de la República,* de 1576, formuló mejor la *politique* ideal de la sociedad justa. La justicia representaba para Bodin un orden ideal en el que los hombres obedecían al príncipe, que gobernaba de

acuerdo con las leyes de Dios. A este intachable ideal era al que debían suscribirse todos los partidos. Sin embargo, el énfasis que ponía Bodin en la naturaleza y en los recursos de la verdadera majestad y su insistencia en que la obediencia pasiva era el único recurso contra la tiranía, lo separó claramente de los teóricos hugonotes y dio lugar a otra doctrina política que estaba más de acuerdo con las ideas *politiques.*

Sin embargo, aunque muchas concepciones *politiques* del Estado podían diferir de las tesis contractuales más extremistas que los hugonotes, la situación de Francia después de san Bartolomé hizo que la alianza hugonote-*politique* fuese inevitable. Muchos de los dirigentes *politiques* habían estado en peligro como enemigos de los Guisa y habían perdido amigos y parientes el día de san Bartolomé. En este caso estaba Montmorency-Danville, segundo hijo del condestable de Montmorency. Como católico, primo de Coligny, estaba dispuesto a apoyar cualquier movimiento que destruyese el poder de los Guisa y terminase con las guerras religiosas. Haciendo uso de su posición estratégica como gobernador de Languedoc, comenzó a poner las bases de un estado hugonote-*politique* semiindependiente en el sur de Francia. Otros nobles compartieron las ideas de Montmorency-Danville; y como Enrique de Navarra y el joven Condé se encontraban entonces confinados en la corte, buscaron la dirección del duque de Alençon, el más joven y el menos satisfecho de los hijos de Catalina. Este príncipe neurótico, con unas ambiciones desenfrenadas, estaba encantado de conseguir por sí mismo una carrera personal y política.

Era bastante fácil para este grupo de nobles descontentos y de auténticos *politiques* hacer causa común con un noble hugonote como François de La Noue, que era ahora el jefe de La Rochelle. Así pues, Catalina se encontró, como resultado de su alocada y terrible acción, en la posición exacta que siempre había tratado de evitar. Una vez más, la corona se encontraba prisionera de una facción –la de los Guisa– y se enfrentaba a una coalición cada vez más formidable de nobles hugonotes y anti-Guisa. Los hugonotes se encontraban ahora más decididos y unidos que nunca, y su organización era ahora más sólida y extensa al extenderse como lo había hecho, desde el Delfinado, por el sudeste, a través de La Provenza, Languedoc y Béarn, en el sur, y después, a través de Guienne, hasta La Rochelle. Pero no era solo en el interior donde Catalina se había hecho a sí misma un daño incalculable. Su política exterior había estado desti-

nada siempre a contrarrestar el poder del emperador y el de Felipe II. No obstante, san Bartolomé le había proporcionado una mala reputación en aquellos estados de los que más dependía: Inglaterra, Polonia y los principados protestantes de Alemania.

Realmente no fue Catalina, sino Felipe el que se benefició verdaderamente de la matanza. Entre la toma de Brill el 1 de abril y los sucesos del 24 de agosto, la posición de Alba en los Países Bajos había empeorado rápidamente. Holanda y Zelanda habían caído en manos de los «mendigos del mar», y Bruselas se hallaba amenazada, de un lado, por Guillermo de Orange, que atacaba desde Alemania, y de otro, por Luis de Nassau y los franceses. Se trataba de una alarmante transformación de todo lo que se le había dicho a Felipe sobre el éxito de la política de pacificación de Alba; y el duque de Medinaceli, que había llegado para reemplazarlo en junio, hablaba del mayor de los desastres en sus informes a Madrid. La causa real de la revuelta, escribía a su amigo Ruy Gómez, no era la herejía, sino la codicia de los funcionarios de Alba y el horrible comportamiento de sus tropas. Una vez diagnosticada la enfermedad para satisfacción propia, Medinaceli declinó el gobierno y partió para España, dejando a Alba que encontrase el remedio.

Fue la matanza de san Bartolomé lo que salvó a Alba y transformó la situación militar de la noche a la mañana. «Qué mazazo (quel coup de massue)», escribió Guillermo de Orange a su hermano cuando escuchó la noticia. «Mi única esperanza está en Francia.» Ahora no habría ningún ejército francés que socorriese a Luis de Nassau en Mons, y Guillermo carecía de recursos para acudir en su ayuda. El 21 de septiembre, Luis fue autorizado por los españoles para abandonar Mons con honores militares, mientras que Guillermo retrocedió desconsoladamente desde Malinas. El duque de Alba, fortalecido por el estímulo del papa, se dispuso a aprovecharse lo mejor posible del dramático cambio en la suerte de ambos. Malinas fue tomada y saqueada por sus tropas, y Hainault, Brabante y Flandes sintieron de nuevo el peso de la mano de hierro de su gobierno. Quedaban solo las provincias del norte, y Alba no estaba dispuesto a perdonar. Una fuerza, mandada por su hijo don Fadrique de Toledo, salió hacia Zuyderzee, mientras que otra fue enviada para reconquistar Zelanda. En todas partes las tropas españolas se comportaban con una extraordinaria brutalidad. El saqueo de Zutphen, el 16 de noviembre, fue seguido por la quema de Naarden y una carnicería entre sus habitantes. Era como si Pieter Brue-

ghel hubiese adivinado las miserias de su tierra natal en su *Matanza de los inocentes.*

A comienzos de septiembre, las fuerzas de Toledo avanzaron sobre Haarlem. La ciudad estaba bien protegida por el agua, su guarnición era fuerte y la población se dispuso a una resistencia desesperada ante las noticias de las atrocidades españolas. Un primer asalto fracasó el 21 de diciembre, igual que otro en enero. La resistencia de Haarlem obligó a Toledo a llevar a cabo un largo y costoso sitio que no terminó hasta julio de 1573, cuando finalmente el hambre obligó a rendirse a la ciudad.

Por tanto, el año 1572 terminó en los Países Bajos, como en Francia, entre las miserias y las frustraciones de un sitio. La Rochelle y Haarlem: dos fortalezas protestantes atacadas. A primera vista puede parecer como si la revuelta protestante en ambos países hubiese estado destinada al fracaso. Pero el panorama era quizá bastante menos sombrío de lo que parecía en aquella época, puesto que el año 1572, año de muchas tragedias, lo fue también de éxitos. El optimismo del verano había sido brutalmente disipado por san Bartolomé, pero ni incluso la matanza pudo borrar del todo el triunfo de Brill. El mismo hecho de que los regímenes de Alba y de Catalina hubiesen tenido que llevar a cabo largos y tediosos asedios era ya un signo de su respectiva bancarrota política y militar. La resistencia protestante se había endurecido bajo el fuego. Los calvinistas, tanto en Francia como en los Países Bajos, se encontraban ahora firmemente establecidos en una base territorial, y en ambos países el intento de reducirlos demostró ser a la larga contraproducente. En los Países Bajos, la feroz campaña de reconquista de Alba había, en efecto, hecho apartar las simpatías por Felipe II de aquellos que no sentían inclinación por Orange ni por sus «mendigos». En Francia, la matanza tuvo similares consecuencias, y Catalina, al contrario que Alba, no creía incluso en lo que estaba haciendo. Esta debía devolver su rumbo a la monarquía de alguna manera después de la aberración de san Bartolomé, pues una guerra prolongada con los protestantes solo podía llevarla a las manos de los Guisa o de Felipe II. Además tenía un nuevo proyecto ambicioso entre manos. Animada y decidida como siempre, pretendía la corona vacante de Polonia para su hijo favorito, el duque de Anjou.

VIII. ¿UN CAMINO INTERMEDIO?

Polonia y el Oeste

La política de represión religiosa en Francia y en los Países Bajos estaba fracasando visiblemente. Las guerras y las matanzas no habían acercado la solución del problema político más agudo de la época: el de cómo preservar la autoridad de la corona y la cohesión del Estado en un momento de lucha confesional. Felipe II en los Países Bajos y Catalina en Francia pudieron haber tropezado más directamente con este problema que algunos de sus colegas, pero la reina de Inglaterra y el príncipe de Transilvania se vieron no menos afectados por sus complejidades. Por toda la Europa de la década de 1570, los reyes y sus ministros buscaban, con diferente grado de habilidad y de éxito, ese evasivo punto de equilibrio entre las pretensiones rivales de conciencia, autoridad y orden público que podía proporcionarles un respiro ante los disturbios de su época.

El fracaso de la represión en 1572-1573 aceleró inevitablemente el interés por encontrar posibles soluciones diferentes al gran dilema. En algunos círculos, especialmente en la corte imperial, el movimiento por la reunificación confesional, que se remontaba a los días de Erasmo, tenía todavía fervientes devotos; y en algunos momentos, en las últimas décadas del siglo, sus aspiraciones conciliadoras aletearon inesperadamente. Sin embargo, como iban a demostrar las experiencias alemana y sueca, el clima era poco propicio para un efectivo movimiento ecuménico. Parecía que una religión sincrética, aunque ejerciese un encanto pasajero sobre un puñado de espíritus enrarecidos, dejaba impasible a la masa del clero y del laicado europeos. La única alternativa frente a la reunificación confesional –además de la represión– era la coexistencia. Pero ¿era esta deseable? y, si lo era, ¿podría lograrse alguna vez? Había un país que podía quizá facilitar la respuesta, un país que por medio de un percance dinástico había acaparado la atención de Europa. Quizá en el ejemplo de Polonia residiese alguna lección para la Europa occidental.

El percance que precipitó repentinamente el interés occidental por los asuntos polacos fue la muerte de Segismundo II Augustus, sin heredero, en julio de 1572. Aunque el trono polaco era electivo, la corona había pasado sin serias dificultades durante las dos últimas centurias de un miembro a otro de la dinastía Jagellón. Pero ahora la dinastía se había extinguido en su línea masculina, y la elección no podía ser solo algo más que la habitual formalidad. Sería también un acontecimiento de un interés más que doméstico, pues ningún candidato, sin importar la nacionalidad, fue excluido, y la década de 1570 resultó ser un periodo de jóvenes príncipes pretendientes –Anjou, Alençon; don Juan de Austria y el archiduque Ernesto, hijo del emperador–, ambiciosos de una corona y de un pedazo de territorio del que pudiesen llamarse dueños.

Por tanto, no había escasez de candidatos, sino que había donde escoger. Las rivalidades internas entre los magnates polacos eliminaron pronto la posibilidad de que el próximo rey de Polonia fuese un nativo, aunque el problema de la filiación religiosa del nuevo monarca no se resolvió tan fácilmente. La situación religiosa de Polonia durante los últimos años se había vuelto excepcionalmente delicada. Aunque el protestantismo había logrado algunos éxitos espectaculares, no se hallaba tan firmemente arraigado como sus seguidores hubiesen querido. Se habían ganado muchos adeptos entre la gente de nota, especialmente entre la nobleza superior y media y entre las clases acomodadas en ciertas regiones. Sin embargo, su impacto en las ciudades había sido menor, y apenas llegó al campo. Se trataba también de un protestantismo dividido en muchas sectas: luteranos, calvinistas, hermanos bohemios, anabaptistas y antitrinitarios.

El contraataque de Roma comenzó en serio en 1563, con la llegada a Polonia del cardenal Commendone, enviado como nuncio papal para urgir al rey y al senado la aceptación de los decretos tridentinos. Aunque fracasó en esta misión particular, convenció a Segismundo Augustus en 1565 para que consintiese lo que después iba a ser crucial para el catolicismo polaco: la admisión de los jesuitas. En 1571 habían sido fundados en Polonia cuatro colegios de jesuitas y la orden había llevado a cabo ciertas conversiones significativas entre las grandes familias aristocráticas. Los protestantes, cuyas interminables disputas constituían una fuente de inagotable regocijo para el cardenal nativo polaco Hosius, se dieron cuenta de pronto, a finales de la década de 1560, de que esa tensión estaba comenzando a volverse contra ellos. Un nuevo intento de acabar con sus dis-

putas condujo en 1570 al Consenso de Sandomir, un acuerdo entre luteranos, calvinistas y hermanos bohemios. El Consenso, que representaba un serio esfuerzo para preservar la paz religiosa entre los protestantes sobre la base de una garantía mutua de los derechos confesionales, hizo nacer la esperanza de que al menos en Polonia los hombres de creencias diferentes pudiesen aprender a vivir juntos dentro de un Estado. Sin duda, esto era la tolerancia por defecto –una renuncia a la búsqueda de la unidad religiosa impuesta por la clara necesidad de la supervivencia–. Por otra parte, las muchas peculiaridades de la vida polaca –la larga experiencia de coexistencia entre las iglesias romana y ortodoxa, la multiplicidad de sectas, la profunda influencia de la educación humanista de la aristocracia– contribuyeron a generar un clima en el que podía esperarse que floreciese la tierna planta de la tolerancia. Ya en la década de 1560, el secretario humanista del rey, Andrés Modrzewski, había intentado convencer a su señor de la inutilidad de la coacción en asuntos de fe –«Lo que pertenece a la mente y al espíritu no puede ser arrebatado por nadie mediante tortura o amenazas»–. Esta forma de pensar comenzó a cundir entre un número creciente de nobles y de gente acomodada –tanto protestantes como católicos– durante los oscuros últimos años del reinado de Segismundo.

Sin embargo, cuando el rey murió súbitamente, nada se había decidido o acordado todavía. La tolerancia aún no estaba reconocida por la constitución y derivaba simplemente de la suspensión, por la Dieta de 1562-1563, de todas las sentencias que pasaban por los tribunales eclesiásticos. Para la nobleza protestante era, pues, esencial que el nuevo rey, de no ser protestante, garantizase al menos sus derechos religiosos y que estos fuesen sancionados constitucionalmente, si fuese posible. Para Roma no era menos esencial que el candidato que triunfase fuese un hijo creyente de la iglesia, ya que la elección de un protestante podía muy bien echar a perder toda la labor de Commendone y de Hosius, y quizá apartar permanentemente a Polonia de su fidelidad a la Santa Sede.

Así pues, la elección polaca de 1572-1573 se convirtió, como otros importantes acontecimientos políticos de la Europa de finales del siglo XVI, en una prueba de fuerza entre las creencias rivales. El candidato que Roma favorecía era el archiduque Ernesto, segundo hijo de Maximiliano II, ya que se esperaba que la presencia de un miembro de la familia imperial en el trono polaco contribuiría a comprometer el escaso interés del emperador en la guerra santa

contra el turco. Sin embargo, Maximiliano padecía una incapacidad congénita para aprovechar las oportunidades que se le presentaban. Existían en Polonia impedimentos profundamente enraizados para una sucesión Habsburgo, en parte a causa del sentimiento antigermano y en parte por la sospecha que existía entre muchos de los nobles y gente de posición de que Polonia bajo un gobierno Habsburgo seguiría el camino de Bohemia y Hungría y perdería sus libertades una a una. Sin embargo, Maximiliano estaba mucho mejor preparado en el momento de la muerte de Segismundo que cualquiera de sus rivales, y un oportuno alarde de fuerza, tal como el cardenal Commendone recomendó, podía hacer que consiguiese la corona para su familia, de la misma forma que el primo de Maximiliano (cuñado y yerno), Felipe II, consiguió más tarde la corona de Portugal[1]. Pero Maximiliano vaciló, como era característico en él, y el desgraciado Ernesto inició de esta forma su *manquée* carrera de hombre que nunca pudo alcanzar un trono.

La fuerza de Maximiliano residía en la ausencia de cualquier otro candidato claro. No había ningún príncipe protestante apropiado que pudiese esperar la elección. La política exterior de Polonia durante el reinado de Segismundo se había basado en la amistad con Suecia y Turquía contra el común enemigo moscovita, y aunque Iván IV era apoyado por las clases acomodadas de Lituania, existían evidentes objeciones a la candidatura del zar. Segismundo había cortejado también la amistad de Francia, y Catalina de Médicis tenía puestos sus ojos desde hacía mucho tiempo en la corona polaca para su segundo hijo. Sin embargo, la muerte de Segismundo la pilló desprevenida. El tortuoso, egoísta y afeminado Anjou difícilmente podía ser un rey muy convincente para una nación que se sentía orgullosa de sus virtudes militares, pero Anjou era defectuosamente conocido en el este, si es que era algo conocido, como el vencedor de Jarnac y Moncontour. También Francia era un país que tenía fascinación para los polacos y que, al contrario que el Imperio, estaba convenientemente alejado. Todo esto, cuando se unió al inepto comportamiento de Maximiliano y de sus representantes diplomáticos, hizo bastante lógico que la candidatura de los Valois ganase fuerza rápidamente.

Sin embargo, Catalina estuvo a punto de echar a perder las posibilidades de Anjou al comienzo mismo del juego. Las noticias de san

[1] Véanse pp. 266 y ss.

Bartolomé sacudieron a Polonia, como sacudieron a la mayor parte de Europa, y amenazaron con privar a la candidatura francesa del apoyo protestante, que era esencial para conseguir el éxito. Fue necesaria toda la fineza diplomática del diestro enviado de Catalina, Montluc, obispo de Valence, para hacer desaparecer el daño hecho al prestigio de Francia por los acontecimientos de aquel funesto día. En los meses de otoño e invierno de 1572, en Cracovia y Varsovia, las posibilidades de Anjou dependieron de la capacidad de un diplomático muy sofisticado para salvar el vacío de credibilidad entre las palabras y las acciones de Catalina de Médicis. Por medio de una juiciosa combinación de propaganda y persuasión, consiguió levantar un partido profrancés entre los nobles y las clases acomodadas que parecía la suficientemente fuerte para triunfar el día de la Dieta de la Convocación, en enero de 1573. Al comprender que sus posibilidades de excluir a Enrique de Anjou estaban decayendo, los nobles protestantes decidieron sensatamente concentrarse en asegurar unos cambios constitucionales que preservasen las libertades polacas después de su elección y que hiciesen imposible una versión polaca de san Bartolomé.

Al presentarse ellos mismos como los defensores de las libertades polacas, los magnates protestantes consiguieron aquella combinación de constitucionalismo aristocrático y disidencia religiosa que había contribuido tanto a socavar el poder real en Francia y en los Países Bajos durante la década precedente. Un trono vacante que debía ser ocupado por medio de una elección ofrecía unas oportunidades irresistibles a una aristocracia ambiciosa, católica y protestante, para realizar sus sueños de una «república» con un *dux* real: el mismo sueño que había sido acariciado por Condé o por Guillermo de Orange cuando consiguió la dimisión de Granvela en 1564. La Dieta de la Convocación de 1573 adoptó debidamente ciertas medidas que reducirían todavía más los ya limitados poderes de la corona en Polonia. El principio de la sucesión dinástica hereditaria fue normalmente abolido y se acordó el procedimiento de la elección; ningún nuevo rey sería coronado sin haber jurado antes la observancia de las leyes y de las libertades de Polonia; si Anjou resultase elegido tendría que aceptar el llamado *pacta conventa* y los *articuli Henriciani,* que establecían la forma de gobierno e imponían límites estrictos al poder monárquico. En el futuro, Polonia sería gobernada por el Senado, el cual sería responsable de que las reuniones de la Dieta se celebrasen regularmente cada dos años.

En adición a estas disposiciones gubernamentales, la Dieta de la Convocación acordó también el establecimiento de una «confederación» para la defensa de la libertad religiosa, la famosa Confederación de Varsovia de 1573. «Dado que existe una gran discordia en este reino en lo tocante a la religión cristiana, prometemos, para impedir la sedición que ha ocurrido en otros reinos…, que todos los que practicamos diferentes religiones mantendremos la paz entre nosotros y no derramaremos sangre.» Este notable pacto, que el nuevo rey prometía defender, no tenía paralelo en ninguna otra parte de la Europa de su tiempo. La Paz de Augsburgo de 1555 se había reducido a católicos romanos y luteranos y se mantenía en el principio de la división territorial. Habían existido algunos actos de tolerancia para sectas particulares, como los edictos condicionales de tolerancia para los calvinistas en Francia o las garantías de tolerancia de Maximiliano II a los nobles luteranos de Austria en 1568. Quizá el acto más parecido en esta panorámica fuese el reconocimiento de iguales derechos religiosos para los católicos romanos, los luteranos, los calvinistas y los unitarios, por la Dieta de Transilvania de 1571. Pero la Confederación de Varsovia extendía el principio de libertad religiosa a los nobles de *cualquier* fe.

Según puede juzgarse a partir de un texto escrito de forma bastante ambigua, la tolerancia parecía estar garantizada únicamente para los estratos más altos de la sociedad, aunque no cabe duda de que muchos nobles, de forma individual, se guardaron de interferir en las prácticas religiosas de sus colonos y siervos. Sin embargo, a pesar de todas sus ambigüedades y defectos, la Confederación de Varsovia señalaba una salida a las disensiones religiosas de la época. Su aceptación por parte de la nobleza laica católica romana (aunque no por el primado ni por la mayor parte de sus obispos) fue suficiente para asegurar la aprobación de los nobles protestantes de la candidatura Valois. A comienzos de abril de 1573, casi 40.000 nobles e individuos procedentes de la clase elevada –todos ellos electores de la corona polaca– se reunieron en la llanura de Varsovia. El resultado de la votación, que comenzó el 4 de mayo, dio como resultado una conclusión ya sabida, ya que la decisión anterior de la Dieta de la Convocación de que la Dieta Electoral se celebrase en Varsovia en vez de en el centro protestante de Lublin significaba que el proceso electoral sería dominado por la masa de la nobleza menor, empobrecida, profrancesa y predominantemente católica romana, la cual difícilmente hubiese podido sufragar los gastos de un viaje para asistir

a una Dieta lejos de su casa. El 11 de mayo, como era de esperar, fue elegido Enrique de Valois, y la Confederación de Varsovia fue confirmada formalmente.

Las noticias de la elección, que llegaron a París en junio, causaron un impacto inmediato en el escenario interior de Francia. El duque de Anjou se hallaba en este momento dirigiendo personalmente el asedio de La Rochelle; pero resultaba inconcebible que el monarca electo de una nación consagrada al principio de la tolerancia religiosa continuase persiguiendo a los protestantes en su Francia natal. Así pues, el 24 de junio se llegó a un acuerdo y se levantó el asedio de La Rochelle. Para los hugonotes parecía una liberación milagrosa: «Dios deseaba velar por su iglesia, y liberó a La Rochelle llamando al duque de Anjou al trono polaco»[2]. Desde La Rochelle, Anjou volvió a París para preparar una recepción a la delegación que venía desde Polonia para ofrecerle la corona.

La llegada en agosto de la embajada polaca –doce embajadores, protestantes y católicos romanos, acompañados por doscientos cincuenta polacos procedentes de las clases acomodadas, ataviados exóticamente– constituía algo más que un desfile de vestimentas. Pues el simbolismo, expresado en la mezcla, sobre el carácter religioso de la expedición no podía ser desaprovechado por el creciente número de *politiques* franceses, quienes fueron rápidamente presentados como un vivo ejemplo de la unidad fraternal entre los seguidores de las más diferentes creencias.

La unidad no era de hecho tan profunda como los observadores franceses más esperanzados querían creer. Enrique se mostró rápido en detectar y explotar las diferencias confesionales que latían bajo la superficie, y esperaba de esta forma liberarse de la obligación poco agradable de efectuar el juramento. Pero los embajadores cerraron filas a un tiempo, y el severo *«Jurabis aut non regnabis»* de Zborowski no dio otra opción a Enrique que la de ceder. El 10 de septiembre de 1573 se comprometió a hacer todo lo que estuviese en su poder para mantener la paz religiosa en su nuevo reino. El lógico corolario a este juramento era una vuelta de la monarquía francesa a alguna medida de tolerancia para sus propios protestantes, en cuyo favor habían elevado una petición a Carlos IX los embajadores polacos. Lentamente, bajo el impacto de la necesidad interior y de las de-

---

[2] Madame Du Mornay, cit. en Raoul Patry, *Philippe Du Pressis-Mornay,* París, 1933, p. 29.

mandas de su política exterior, Catalina estaba cerrando la época represiva de san Bartolomé.

Anjou tenía que desempeñar un claro papel en la nueva época de mutuo entendimiento, pero ningún rey podía haber mostrado menos entusiasmo por la tarea que tenía ante sí. Solo con la mayor desgana pudo ser persuadido de que cambiase los placeres de la civilizada Francia por las incomodidades de un país bárbaro. Entretanto, surgían en la fértil mente de Catalina ilimitadas posibilidades nuevas. Francia tenía influjo de nuevo en Constantinopla, la cual había proporcionado un útil apoyo a la candidatura de Valois; ahora había un príncipe francés establecido en Polonia, cuya tarea inmediata sería la de derrocar al zar; Carlos IX, como yerno del emperador Maximiliano, podía con derecho presentarse como un adecuado sucesor del trono imperial, y Alençon, con mejor suerte que su hermano, podía llegar a ser un día rey consorte de Inglaterra. La influencia francesa se extendería por todo el continente desde Londres a Moscú, se dejaría a España sin ningún aliado y cada uno de los hijos de Catalina ceñiría una corona.

Antes de que estas resplandecientes visiones fuesen hechas realidad, había que llevar a cabo una cierta cantidad de reconstrucciones diplomáticas. París debía recomponer su tradicional alianza con los príncipes protestantes, la cual había sido destrozada temporalmente por san Bartolomé. Esta tarea se inició en 4 de diciembre de 1573 en Blamont, en Lorena, donde Catalina y Alençon habían acudido a despedir a Enrique cuando partió hacia Polonia. Además de la familia real francesa y de un gran «entourage» francopolaco, a Blamont acudió también Luis de Nassau, acompañado por el duque Christopher, hijo del dirigente calvinista alemán, el elector del Palatinado. Luis llevó consigo instrucciones de Guillermo de Orange para volver a abrir negociaciones con Francia. En unas discusiones altamente secretas –un equivalente protestante a la reunión de Bayona– se acordó formar una alianza entre Francia, Polonia y los príncipes protestantes alemanes. Enrique de Valois enviaría a Guillermo de Orange refuerzos polacos para una nueva campaña en los Países Bajos.

La reunión secreta de Blamont parecía como si inaugurase una época nueva y feliz en la que Francia, inspirada por el ejemplo polaco de coexistencia religiosa, combinaría la tolerancia para con sus propios protestantes con una vuelta a la cooperación activa con las potencias protestantes. Cuando Enrique prestó juramento en Cracovia, en febrero de 1574, para defender la «pacem inter dissidentes

de religione», y Luis de Nassau movilizó sus tropas en Alemania, las esperanzas de la Europa protestante aumentaron rápidamente. Sin embargo, no pudieron sobrevivir la primavera. En abril, el ejército invasor de Luis de Nassau se encontró con los españoles en Mook, cerca de Nimega. Aquel día terminó con un completo desastre para la causa rebelde holandesa. Luis de Nassau murió en la batalla, junto con su hermano más joven, Enrique, y el duque Christopher del Palatinado.

El resultado de la aventura polaca fue en su campo tan desilusionante para las esperanzas protestantes como la batalla de Mook. El interés de Enrique por la corona polaca –nunca muy grande en el mejor de los casos– decayó rápidamente cuando comenzaron a llegarle noticias de que su hermano Carlos IX se estaba muriendo. De cualquier forma, su posición no era muy envidiable, como *roi fainéant* de una república aristocrática cuyos problemas guardaban alarmantes similitudes con aquellos que había dejado atrás en Francia. En vez de los Guisa católicos y los Borbones protestantes, estaban los Zborowskis católicos y los Firleis protestantes, así que Enrique volvió pronto al antiguo juego de los Valois de dividir para gobernar. Ofendió gravemente a los protestantes concediendo cargos y favores a los Zborowskis, y aumentaron las sospechas de que estaba intentando restaurar el poder monárquico con el apoyo de los magnates católicos romanos. Sin embargo, Enrique estaba tratando de conseguir principalmente tiempo, haciendo lo que podía para impedir cualquier confirmación de las leyes polacas que pudiese debilitar su posición cuando tuviese que enfrentarse con los hugonotes en su país. El 14 de junio de 1574, las noticias largamente esperadas de la muerte de su hermano le llegaron a Cracovia a finales de mayo. Cuatro días después, el nuevo rey de Francia salió de Cracovia por la noche, y se hallaba ya casi fuera del país cuando los indignados polacos intentaron darle caza.

El episodio tragicómico de un rey Valois en el trono polaco había demostrado ser amargamente desilusionador para muchos –para los mismos polacos, quienes habían buscado un guerrero y se les había endosado un esteta; para Catalina, quien había soñado con una segunda monarquía Valois en el este de Europa; y para los hugonotes y *politiques,* quienes habían visto en el contacto con los polacos y en el ejemplo polaco un escape para el callejón sin salida al que habían llegado las guerras civiles en Francia–. Porque Polonia se había convertido para los protestantes del oeste en un símbolo de moderación

y de tolerancia, un símbolo al que Guillermo de Orange aludiría delicadamente ofreciendo un regalo de tapices especialmente dibujados, cuando trató de nuevo, a comienzos de la década de 1580, de interesar a Enrique y a Catalina por sus proyectos de una alianza *politique* contra el rey de España[3].

Sin embargo, ¿en qué medida estaba de acuerdo la imagen con la realidad? Se había evitado una guerra civil en Polonia en 1572, durante el primer interregno, y probablemente se frustró una revuelta protestante a causa de la ignominiosa huida de Enrique. Cuando estuvo claro que Enrique no tenía ninguna intención de volver, no hubo más remedio que convocar otra Dieta electoral. Esta vez había menos ecuanimidad y las divisiones eran más profundas, y parecía que solo un milagro podía impedir el derramamiento de sangre. De nuevo Maximiliano entró a formar parte de los candidatos, y de nuevo su actuación chafó sus posibilidades. En diciembre de 1575 fue proclamado rey de Polonia por el primado, en nombre del Estado, pero la Dieta pensaba de otra forma y eligió al príncipe de Transilvania, Esteban Báthory.

La elección fue extraordinariamente acertada. Báthory era un hombre muy inteligente y civilizado, que había completado su educación en Padua y conservaba un vivo interés por los estudios humanistas. Con el apoyo del sultán había sido elegido príncipe de Transilvania a la muerte de Segismundo Zápolya en 1571. Era católico romano, y su propio temperamento, junto con las complicaciones de la vida religiosa en su propio principado, le proporcionaron una visión tolerante muy adecuada a las necesidades de los polacos. Tan pronto como le llegaron las noticias de su elección, acudió con su característica energía a tomar posesión de su nuevo reino. Cuando Maximiliano decidió asegurar su propio derecho, era ya demasiado tarde. El 1 de mayo de 1576, Báthory fue coronado en Cracovia después de aceptar el cumplimiento del *pacta conventa,* y se casó convenientemente con Ana Jagellón, la hija mayor de Segismundo Augustus II. Como era de esperar, Maximiliano se dispuso a invadir aquel reino, pero murió de repente el 12 de octubre. Había conservado su genio intempestivo hasta el final. Desde este momento hasta el de su muerte, en 1586, Báthory fue el rey indiscutible de una na-

---

[3] Véase Frances A. Yates, *The Valois Tapestries* (Londres, 1959), como brillante trabajo detectivesco sobre el simbolismo político que encierran los dibujos de esas tapicerías; incluyendo las de los embajadores polacos.

ción, la cual, bajo su gobierno, disfrutó una última época espectacular de gloria y éxito militar.

Báthory comprendió que lo primordial era eliminar el espectro de la guerra civil que todavía latía sobre Polonia. Como hijo creyente de la iglesia católica, presionó para imponer la reforma eclesiástica bajo las directrices de la reforma tridentina; sin embargo, permaneció fiel al espíritu de la Confederación de Varsovia, e insistió en que la fe debía propagarse «no por medio de la violencia, el fuego o la espada, sino por la enseñanza y el buen ejemplo». Cuando la ciudad de Danzig, predominantemente alemana y protestante, se levantó en favor de Maximiliano a comienzos de su reinado, Báthory puso mucho cuidado, al final de un asedio de seis meses, en confirmar sus libertades religiosas tanto como las civiles.

Fue el gran canciller de Báthory, Juan Zamoyski, quien hizo esta notable observación: «Daría la mitad de mi vida por llevar de nuevo al catolicismo a aquellos que lo han abandonado, pero daría mi vida entera por impedirles que fuesen arrastrados de nuevo por la violencia». En tanto que este espíritu prevaleciese entre la nobleza polaca, la paz religiosa podía preservarse. Sin embargo, existía una tensión constante, y Báthory –como Coligny– consideró que la mejor esperanza de conjurar el demonio de la sedición era la de emplear las energías nacionales en una guerra exterior. Tradicionalmente, Moscovia era para Polonia lo que España para Francia. Pero las circunstancias de Báthory y de Coligny eran parecidas solo superficialmente. En Polonia parece que hubo menos animosidad religiosa que en Francia en la generalidad de la población, y entre los nobles y las clases acomodadas existía una firme tradición de mutua tolerancia de la que Báthory esperaba valerse. Aún más, la conquista rusa del norte de Livonia en 1575 podía representar un peligro más inmediato para el interés nacional que la presencia de los españoles en los Países Bajos. También Báthory era mejor general que Coligny, y poseía en las riquezas de su Transilvania natal recursos adecuados para sostener una guerra con éxito.

Alrededor de 1578, zanjada la cuestión de Danzig, Báthory estaba dispuesto a lanzar su contraofensiva contra Iván el Terrible. Cuatro años de guerras brillantemente triunfales, que comenzaron con la derrota de Iván en Wenden, en 1578, obligaron al zar afirmar en 1582 una tregua humillante, mediante la cual cedía a Polonia todos aquellos territorios de Livonia que no pertenecían a Suecia. La muerte de Iván en 1584, seguida por la entrada de Rusia en su «épo-

ca de los disturbios», terminaron con la amenaza moscovita al Báltico y a Polonia durante el resto del siglo. Como resultado de las conquistas polacas en Livonia, Báthory se encontró ahora cara a cara con los suecos de Juan III. Sin embargo, Báthory estaba por entonces comprometido en un gran proyecto para una cruzada contra el turco, que debía ser seguida por la incorporación de Polonia, Hungría y Moscovia en un gran Imperio europeo. Así pues, evitó el conflicto con Suecia, y cuando murió repentinamente en 1586 sin haber comenzado su cruzada, los suecos y los polacos tratarían de resolver sus diferencias por medio de la elección de un príncipe Vasa al trono polaco[4].

Durante los diez años de su reinado, Báthory se comportó bien con sus súbditos polacos. Había derrotado a sus enemigos, ampliado sus fronteras y los había librado de la guerra civil y religiosa. El buen gobierno en un momento crucial de su historia, junto con una tradición razonablemente humana y una básica comunidad de intereses entre una aristocracia decidida a mantener y extender sus privilegios a expensas de la corona, habían salvado a Polonia, durante el siglo XVI, de seguir el mismo camino que Francia. Báthory, ardiente católico y protector de los jesuitas, contribuyó grandemente a la recuperación y al éxito eventual de la iglesia romana en Polonia, pero siempre siguió el juego de acuerdo con las reglas. Existían evidentes defectos y deficiencias en el compromiso polaco: fundamentalmente, este no era más que un acuerdo entre los nobles y las clases acomodadas para evitar recurrir a la espada en las disputas sobre las cuestiones de fe. Pero en la atmósfera religiosa cargada de odios de los últimos años del siglo, incluso esto representaba un logro considerable, y ciertamente era mucho mejor que la total falta de tolerancia. Tampoco, a pesar de sus limitaciones, fueron sus beneficios exclusivamente para una sola clase privilegiada. No había muchos países en los que sus gobernantes, ya fuesen protestantes o católicos romanos, hubiesen permitido a Sozzini propagar sus creencias antitrinitarias[5]. Pero que el modelo polaco de coexistencia religiosa fuese capaz de soportar una transposición satisfactoria a otros lugares de Europa como Oran-

---

[4] Véase p. 359.

[5] Fausto Sozzini (1539-1604) había nacido en Siena y se había establecido en Polonia en 1579. Allí ejerció una gran influencia sobre los anabaptistas antitrinitarios, y después de su muerte los hermanos polacos –pacifistas y antitrinitarios– fueron conocidos como «socinianos».

ge y los *politiques* habían esperado en 1573– era cuestión nada clara. No hubo respuesta en 1578 a una llamada de los protestantes polacos a las diversas iglesias protestantes de Europa para que siguiesen el ejemplo de conciliación establecido por el Consenso de Sandomir. Parecía como si cada nación estuviese obligada a descubrir, mediante el ensayo y el error, su propio camino individual para la salvación.

Suecia y Alemania

No había, al parecer, ninguna solución universalmente aplicable al problema político y religioso de la época. Existían, desde luego, algunas constantes en la vida religiosa de finales del siglo XVI que todos los gobernantes tenían que tener presente. Una era el resurgimiento católico postridentino. Alrededor de la década de 1570, este estaba afectando a más y más naciones en un amplio radio cuyo centro era Roma, a medida que Gregorio XIII volvía su atención a la reconversión del norte y del este de Europa[6]. La otra era la crisis internacional del protestantismo, caracterizada por las amargas disputas intestinas a medida que el calvinismo se hacía cada vez más militante, mientras que el luteranismo perdía su ímpetu y comenzaba a estancarse. Sin embargo, en estas constantes se daban numerosas variables determinadas por las condiciones locales y nacionales y por la interminable participación de diferentes personalidades. Lo que Esteban Báthory podía lograr, no podía hacerlo Catalina de Médicis. Los príncipes eran todos demasiado parecidos para darse cuenta de que su espacio para maniobrar era muy restringido y de que las mejores intenciones eran escasamente tenidas en cuenta por sus súbditos comprometidos religiosamente. El gobernante que triunfaba, en esta época como en cualquier otra, era el que –como Isabel de Inglaterra– poseía un sentido bien desarrollado de lo políticamente posible, un instintivo sentido de la época en la que le había tocado vivir y una buena dosis de suerte.

Estas no eran precisamente las características de Maximiliano II, o de aquel obstinado rey intelectual, Juan III, quien había reempla-

[6] Su preocupación por estas regiones está puesta de manifiesto por su decisión de crear una congregación especial de ocho cardenales (incluyendo a Hosius y a su secretario de Estado, Ptolomeo Gallio, cardenal de Como) para la reconversión de las naciones teutónicas.

zado a su depuesto hermano Eric XIV en el trono sueco en 1568. En el momento del acceso al trono de Juan, la situación de la iglesia sueca no era muy diferente de la de la iglesia de Inglaterra durante los primeros años del reinado de Isabel. Creada originalmente, como la iglesia de Inglaterra, como un acto deliberado de la voluntad real, sus doctrinas continuaban siendo imprecisas y su organización dejaba mucho que desear. Alrededor de la década de 1560 estaban comenzando a experimentarse aquellas tensiones y enfrentamientos que afectaron a las iglesias luteranas durante los años centrales del siglo. Los exiliados procedentes de Francia y de Alemania estaban introduciendo las doctrinas calvinistas, y la iglesia sueca se vio afectada inevitablemente por las enconadas disputas que se registraban en Alemania entre los luteranos ortodoxos, encabezados por el valeroso Flacius Illyricus, y los «filipistas» (llamados así por Felipe Melanchton), que eran acusados por sus enemigos de criptocalvinistas. Por otra parte, no era probable que hubiese ninguna demanda efectiva desde dentro de la iglesia sueca para que se restaurase la iglesia católica. El catolicismo sueco, privado de su liderazgo y desconectado del mundo exterior, había degenerado más rápidamente que el inglés. Cualquier reconquista de Suecia por Roma debía prepararse desde fuera, bajo la dirección de los exiliados escandinavos, como el joven converso jesuita Laurentius Norvegus.

Sin embargo, Juan III poseía varias razones para desear volver al rumbo correcto. Estaba casado con una católica romana, la hermana de Segismundo II Augustus de Polonia y hermana de Bona Sforza, de quien había heredado una fortuna considerable. Por desgracia, la mayor parte de esta fortuna de Sforza consistía en capitales congelados en Nápoles por Felipe II, y Juan necesitaría la ayuda del papa para hacer cambiar de idea a Felipe. Estaba también la cuestión de la sucesión polaca. Tanto Juan como su hijo Segismundo tenían buenas posibilidades de ser elegidos para ceñir la corona polaca, mas para esto necesitarían el voto católico romano. Las propias inclinaciones religiosas de Juan coincidían con las necesidades de su política exterior. Docto teólogo, se había sentido atraído, cuando se hallaba en Polonia, por la teología de George Cassander (1513-1566), un humanista flamenco de formación erasmiana que había preconizado una reconciliación entre los católicos y los protestantes sobre la base de los artículos comunes de fe. Juan III hizo suyas las aspiraciones ecuménicas de Cassander –como primer paso

para la reunión– e introdujo en 1576 una nueva liturgia, el «Libro Rojo», que mezclaba inteligentemente las reglas romanas y luteranas de culto.

Atareado con la reforma de la doctrina y el ceremonial suecos, el rey correspondía también a las aperturas hechas desde Roma y desde España. Felipe II, estorbado en su lucha contra los rebeldes holandeses a causa de su debilidad en el mar, tenía puestos sus ojos en la flota sueca. Para asegurarse el préstamo de estos barcos, puso delante de Juan III el tentador cebo de la herencia Sforza. Se iniciaron negociaciones entre los dos gobernantes en 1574 por medio de un jesuita polaco, quien al mismo tiempo podía averiguar los puntos de vista religiosos del rey sueco. Los resultados parecieron lo suficientemente alentadores como para que el papa enviase una misión secreta jesuita a Suecia en la persona de Laurentius Norvegius, disfrazado de clérigo protestante. Este fue seguido, en 1577, por un legado papal, Antonio Possevino, y en la primera de 1578 el rey se había convertido secretamente a Roma. Sin embargo, parece que aceptó la conversión bajo la creencia de que el papa haría concesiones especiales a Suecia sobre el matrimonio del clero, la misa en lengua vernácula y la comunión bajo las dos especies. Esta creencia demostró ser bastante infundada: la religión sincrética de Juan III era totalmente inaceptable para la Roma de la contrarreforma. Ya los intentos del rey de llevar a cabo una reforma litúrgica estaban produciéndole dificultades con sus propios súbditos, y especialmente con el partido antilitúrgico, encabezado por su hermano neocalvinista Carlos, duque de Sudermania. Desengañado con Roma, y teniendo que hacer frente a una petición del Riksdag en la que se le pedía que endureciese sus relaciones con el papado y expulsase a los jesuitas, Juan III se doblegó a lo inevitable. En 1580, la *missio suetica* fue liquidada. No conseguido más que un puñado de conversiones, y el mismo rey pronto reaccionó violentamente contra Roma y contra toda su labor.

El fracasado intento de Juan III de reconciliar a las iglesias mostró cuán fácilmente podían torcerse los planes mejor intencionados. Juan era lo bastante perspicaz como para darse cuenta de que su país no estaba preparado para seguirle, y de que una declaración abierta de su conversión podía sin duda costarle el trono. Había subestimado, de todas formas, los obstáculos teológicos existentes para la reunificación de las iglesias, una falta que fue cometida también por el emperador Maximiliano II. Este había sido educado

por tutores luteranos, y es posible que en el fondo continuase siendo luterano durante toda su vida. Pero su posición como emperador y sus exquisitamente delicadas relaciones con Felipe II, cuyo trono podía revertir sobre la rama austríaca de la familia si este moría sin heredero, hicieron inconcebible que llegara tan lejos como para romper con Roma. Consecuentemente, durante sus doce años en el trono imperial se encontró torpemente condenado a desempeñar el papel de mediador honesto, intercediendo desesperadamente entre católicos y protestantes mientras que trataba de evitar ofenderlos.

De todas formas, la situación religiosa en Alemania hubiese probado hasta el límite la habilidad política de cualquier hombre capaz. En la época del acceso de Maximiliano al trono, en 1564, el equilibrio de fuerzas establecido por el acuerdo de Augsburgo estaba comenzando a ser seriamente trastocado. La mayor parte de los principales príncipes laicos y de las ciudades libres eran ahora protestantes, y los luteranos tenían puestos sus ojos en los ricos principados eclesiásticos. Se añadió una ulterior complicación con la conversión del elector del Palatinado, Federico, al calvinismo. Una vez que la Dieta de 1566 se negó a apoyar la propuesta de Maximiliano, encaminada a llevar a cabo una acción común para excluir a Federico de los beneficios del acuerdo de Augsburgo, el dique religioso se rompió. Durante el reinado de Federico, el calvinismo se extendió hacia el norte, desde Heidelberg hasta las tierras del Rin y Westfalia, y fue aceptado a comienzos de la década de 1570 por la tierra natal de la dinastía Orange, el condado de Nassau.

Enfrentado con la religiosa Babel de Alemania –luteranos contra católicos, luteranos contra luteranos y calvinistas contra todos ellos–, Maximiliano intentó encontrar alguna solución intermedia que llevase de nuevo a la unión a las iglesias en guerra. Al igual que Juan III de Suecia, este también buscó en los trabajos de Cassander alguna solución milagrosa para el enigma de la disputa confesional. Pero buscó en vano. Los fracasados esfuerzos de reconciliación de Maximiliano fueron continuados en 1576 por su extraordinario hijo Rodolfo II, quien se diferenciaba de su padre por ser hijo devoto de la iglesia romana. Sin embargo, en el extraño mundo que creó Rodolfo en la corte imperial de Praga, rodeándose de hombres de letras y charlatanes, de astrólogos y alquimistas, este persiguió también la búsqueda familiar de la ilusoria síntesis religiosa. En parte, esto reflejaba el retorcimiento natural de una mente especulativa y

diletante, pero probaba también la potencia de un nuevo sentido misional entre los Habsburgo austriacos, una misión que al restaurar la unidad de la fe podía también restaurar la cohesión de su Imperio destrozado.

Incapaces de ganarse las simpatías para sus sueños de reunificación confesional, tanto Maximiliano como Rodolfo creyeron que era conveniente doblegarse a los vientos que soplaban. Los nobles protestantes, actuando a través de los estados, estaban sometiéndolos a una fuerte presión en sus propios territorios patrimoniales. Maximiliano respondió concediendo en 1568 y 1571, a los nobles luteranos de la alta y baja Austria, el derecho al libre ejercicio de su fe en sus propios estados. Rodolfo, en cambio, tuvo que aceptar cierta forma de tolerancia tanto en Hungría como en Bohemia, donde el precio de su elección para la corona en 1575 fue la aceptación de una «confesión bohemia» que luteranos, calvinistas, utraquistas y hermanos bohemios –por algún milagro– encontraron posible aceptar.

La tolerancia en la tierra de los Habsburgo fue una necesidad temporal que reflejaba la relativa fuerza del protestantismo alemán y la debilidad del catolicismo en el momento de su concesión. Pero a mediados de la década de 1570 la situación comenzó gradualmente a cambiar. El catolicismo alemán estaba al fin mostrando algunos síntomas de resurgimiento. Los jesuitas habían conseguido conversiones bajo la enérgica dirección del holandés Pedro Canisio, director de la orden jesuita en la alta provincia alemana desde 1556 hasta 1569. Entretanto, el duque Alberto de Baviera, al reconvertir su ducado a la fe de Roma con el apoyo de los jesuitas y de los capuchinos, mostró lo que un decidido gobernante podía lograr si de una vez se las arreglaba para destruir el poder de sus estados. Había pocas esperanzas de que esto se llevase a cabo en los territorios de los Habsburgo, pero Rodolfo II hizo las primeras tentativas para refrenar la difusión del protestantismo. En 1578 ordenó la expulsión de Viena de los predicadores protestantes, y después fueron expulsados de otros lugares de Austria.

El visible progreso de la iglesia romana en Alemania durante la década de 1570 fue lo suficientemente alarmante como para dar un nuevo ímpetu a los luteranos para acabar con sus diferencias internas. En 1574, aquel patriarca fríamente calculador, el elector Augusto I de Sajonia (1553-1586), cambió bruscamente el curso de los acontecimientos al descubrir –al menos para satisfacción propia–

que los filipistas[7], teólogos de su corte, estaban intentando calvinizar su electorado protestante. Su descubrimiento le llevó a una feroz persecución de los criptocalvinistas y a la firme consolidación de su electorado en el campo ortodoxo luterano. El realineamiento religioso de Sajonia y la muerte de esa figura tormentosa de la política luterana, Flacius Illyricus, proporcionó nueva fuerza al movimiento de la unidad luterana. En 1580 se acordó una «fórmula de concordia» entre los electores Augustus de Sajonia y Juan Jorge de Brandemburgo, el elector del Palatinado, Luis (el hijo luterano de un padre calvinista), y veinte príncipes, veinticuatro condes y treinta y ocho ciudades. La fórmula, al mismo tiempo que contribuyó a detener la desmoralización y la desintegración del luteranismo alemán, acentuó también las divisiones entre las iglesias protestantes, ya que los filipistas fueron dejados fuera. Esto significaba la desaparición de cualquier posibilidad de reconciliación entre los luteranos y los calvinistas, a los que la reina de Inglaterra había esperado unir cuando envió a sir Philip Sidney a la Alemania protestante con una misión en 1577.

La consolidación de las divisiones religiosas en la Alemania de la década de 1570 entre un catolicismo resurgido, un luteranismo redefinido y un calvinismo activista aumentó inevitablemente las tensiones y agudizó los conflictos. Los puntos de peligro más sensibles eran los principados eclesiásticos, el objeto de la «cláusula reservada» del acuerdo de Augsburgo, que estipulaba que cualquier prelado que dejase de ser católico romano debía renunciar a su sede. Los protestantes nunca habían aceptado formalmente la «cláusula reservada», aunque habían acordado tácitamente que se mantuviese el *status quo* de 1555. La prueba se presentó en 1577, cuando el arzobispo de Colonia, un elector del Imperio, renunció muy oportunamente para casarse. Colonia ocupaba una posición vital entre los estados católicos del noroeste de Alemania, cerca de la frontera de los Países Bajos, y constituía una adquisición tentadora para los protestantes. Aquellos que los apoyaban en el capítulo catedralicio consiguieron sacar adelante la elección de una persona convenientemente disoluta, de impecable formación católica romana: Gebhard Truchsess. En 1582, Truchsess indicó que imitaría a su predecesor, tomando una esposa. Convencido por los protestantes de que aun así retuviese su sede, anunció su conversión al protestantismo y su determinación de conservar sus bienes eclesiásticos. Fue debida-

[7] Véase p. 236.

mente depuesto por el papa, que colocó en su lugar al hermano del duque de Baviera –un hombre no mejor en el plano moral, pero seguro en el plano religioso–. Truchsess descubrió demasiado tarde que los Wittelbach bávaros estaban bien preparados para arriesgar mucho más que los protestantes por la causa de Colonia, y después de algunas enérgicas escaramuzas militares que mantuvieron al noroeste de Alemania en un estado de intranquilidad durante tres o cuatro años, el lucrativo e influyente electorado de Colonia pasó a las ambiciosas manos de los Wittelbach, quienes se aferraron con éxito a la valiosa adquisición.

El asunto de Colonia, que señaló el cambio de la oleada protestante en Alemania, puso de manifiesto demasiado claramente las deficiencias del acuerdo de Augsburgo y la creciente posibilidad de un conflicto armado entre las creencias rivales. Un gobierno imperial más fuerte pudo quizá haber asegurado una revisión realista del acuerdo de 1555, que no era, después de todo, más que una tregua. Pero este gobierno no estaba próximo o estaba distraído en generalidades ecuménicas, y la débil estructura constitucional del Imperio reducía la posibilidad de la aparición en Alemania de un partido *politique* preparado para subordinar las convicciones religiosas a las necesidades del –no existente– Estado. Si Alemania se libró de la guerra civil en la segunda mitad del siglo, fue principalmente porque la cuestión constitucional había sido ya discutida y decidida bajo el reinado de Carlos V, mientras que la autoridad imperial era demasiado débil para impedir que cada príncipe siguiese su propio camino religioso.

Francia y los Países Bajos

Polonia y Alemania habían conseguido adquirir cierta forma de coexistencia, aunque precaria, entre los practicantes de los credos rivales. Los alemanes habían seguido la fórmula de Augsburgo de división territorial, *cuius regio eius religio,* mientras que los polacos se las habían arreglado para conseguir, al menos, un cierto grado de tolerancia. Pero el principio de tolerancia continuaba siendo anatema tanto para Ginebra como para Roma. Sin embargo, a pesar de ello, había hombres en Francia, así como en los Países Bajos, que estaban dispuestos a desafiar las directrices oficiales de sus propias iglesias, en la creencia de que cierta forma de coexistencia religiosa resultaba indispensable para la supervivencia de la vida civil y polí-

tica. En ambos países, la década de 1510 se distinguió por los persistentes, aunque infructuosos, esfuerzos para asegurar la paz civil por medio de una tregua religiosa.

En su lenta vuelta a Francia, por Alemania e Italia, en el verano de 1574, Enrique III tuvo grandes oportunidades de recoger ideas sobre los posibles métodos para restaurar la paz y la unidad en su quebrantado reino. En Alemania, todos, desde el emperador para abajo, parece que le advirtieron que debía conceder a los hugonotes una total tolerancia. Pero al nuevo rey de Francia le causó mayor impresión la entrevista que tuvo en Milán con aquel gran representante de la espiritualidad de la contrarreforma, el cardenal Borromeo. El impacto que le causó a Enrique la personalidad del cardenal, con su intensa sensibilidad religiosa y su austera devoción por las tareas caritativas, fue abrumador y profundo[8]. Aparentemente le proporcionó la visión de un mundo pecador que solo podía ser redimido mediante la expiación. Se convertiría en un penitente real, que buscaría con unos cuantos compañeros escogidos la expiación de sus pecados y de los de sus súbditos por medio de ejercicios espirituales y de la mortificación.

Como solución práctica a los problemas de su país, este paso dejaba algo que desear. Catalina quería que su hijo fuese un verdadero gobernante y que asumiese toda la majestad de la realeza. Pero Enrique, como ella sabía en el fondo, carecía de las cualidades inherentes a un rey. El último gobernante de la dinastía Valois era una extraña mezcla de contradicciones. Los periodos de rigurosa mortificación se alternaban con arrebatos de comportamiento disoluto junto a sus compañeros de penitencia, a los que llamaban sus *mignons,* un grupo de jóvenes refinados y elegantes, provenientes de la nobleza provincial media, de quienes se acompañaba Enrique para formar el núcleo de un potencial partido real, y quienes se convirtieron en un objeto de desprecio y mofa generalizada por su éxito en la obtención del favor real y su comportamiento supuestamente afeminado. Enrique era astuto y perspicaz y con una capacidad intelectual infinitamente superior a sus inútiles hermanos; sin embargo, la estabilidad temperamental no se encontraba entre sus muchas cua-

---

[8] Para el cardenal Borromeo, véanse pp. 161 y ss. La influencia de Borromeo sobre Enrique III es examinada por Frances Yates, *The French Academies of the Sixteenth Century,* Londres, 1947, capítulos VIII y X. He seguido las esclarecedoras afirmaciones del doctor Yates sobre el carácter y la política de Enrique.

lidades. Carecía de vigor físico y mental, de capacidad para tomar una decisión y mantenerla hasta el final. Este hombre inteligente, cambiante e infeliz, en el que nadie confiaba y que, a su vez, no confiaba en nadie –coronado en Reims con la pompa y boato dignos de un Médicis– fue condenado, por los defectos de su propio carácter, a contemplar cómo se perdía su reino por una enfermedad que él podía perfectamente diagnosticar, pero que fue incapaz de sanar.

Catalina había salvado para él el reino antes de su retorno. Esto ya constituía un logro considerable, pues Alençon estuvo haciendo lo posible para suplantar a su hermano en el trono. Pero en este proceso la reina madre se había enemistado con Montmorency-Danville, el dirigente de los *politiques* y del rey no coronado del Sur. Danville reaccionó reforzando sus lazos con los hugonotes y convocando una asamblea general de *politiques* y de hugonotes en Nimes en diciembre de 1574. Esta asamblea produjo la transformación del sur de Francia –Languedoc, Provenza y el Delfinado– en un virtual Estado independiente, con sus propias instituciones, su maquinaria financiera y un firme acuerdo entre sus miembros para permitir la libertad de conciencia y unirse como «verdaderos franceses».

Al encontrarse con la tolerancia *de facto* en la mitad sur de Francia, Enrique no tuvo más remedio que capitular. Alençon y Navarra habían escapado de su cautiverio en la corte para unirse a la revuelta de Montmorency-Danville. Enrique no contaba ni con dinero ni con amigos, y en mayo de 1576 aceptó las cláusulas humillantes de la paz de Monsieur[9]. Esta paz, que fue confirmada por el edicto de Beaulieu, representaba el acuerdo más favorable que habían conseguido los hugonotes hasta entonces. Les concedía completa libertad de culto en las ciudades francesas, con la sola excepción importante de París; *ocho places de sûreté,* y la admisión en todos los cargos, incluyendo la mitad de los asientos en los *parlements.*

Las cláusulas del edicto de Beaulieu daban la impresión de que Francia estaba al fin a punto de resolver sus disturbios domésticos sobre la base de la igualdad entre las dos religiones. Pero tal esperanza demostró ser ilusoria. La guerra civil se estaba convirtiendo en

---

[9] El hermano del rey, Alençon, fue conocido por el apelativo de «Monsieur» después de esta paz, y fue recompensado por su traición con la rica herencia de las casas de Berry, Touraine y Anjou. Así pues, sucedió a Enrique en el título de duque de Anjou; para evitar la confusión, parece que lo mejor es continuar refiriéndose a él por el título por el que fue conocido durante el reinado de Carlos IX.

una forma de vivir, y el rey, rodeado de sus perros falderos y de sus *mignons,* carecía de las cualidades de un gobernante. Así pues, la iniciativa cayó en manos de los Guisa, que se unieron a los católicos más extremistas y consideraron el acuerdo totalmente inaceptable. El cardenal de Lorena había muerto en 1574, pero el joven Enrique, duque de Guisa[10], era ahora lo bastante mayor para convertirse en un eficiente dirigente de la facción, y la oposición católica se reunió en torno a él con el nombre de «Santa Unión» o «Liga». Habían existido en el pasado ligas locales, pero la Liga de 1576 era una organización nacional que dependía para su sostenimiento de la nobleza católica de Guisa y de la ciudad de París. No obstante, como la organización nacional hugonote, con la que guardaba un notable parecido, contaba con el apoyo de la masa, la del laicado católico; y, de la misma forma que los pastores desempeñaban un papel activo uniendo a los hugonotes, los curas de las parroquias, los monjes y los frailes desempeñaban un papel similar en la Liga.

El primer acto de la Liga fue el de pedir la convocación de los Estados generales, que se reunieron en Blois, en diciembre de 1576. La Liga había arreglado las elecciones para la asamblea y los hugonotes y los *politiques* se negaron a asistir. Los estados de Blois fueron, pues, simplemente un vehículo para que la Liga expusiese sus puntos de vista, la cual se había mostrado ya como una formidable organización política. Su propósito nominal era el de mantener la autoridad de la corona tanto como la unidad de la fe, pero su propio carácter de movimiento nacional, con su propia dirección, la convirtió desde un principio en una amenaza para el poder real. Enrique III, conociendo su propia debilidad para vencerla, decidió que era mejor unirse a ella. En su discurso a los estados de Blois anunció que en el futuro solo toleraría una religión en su reino, y se colocó a sí mismo a la cabeza de la Liga. Los estados, por su parte, se pronunciaron en favor de una restauración de la unidad religiosa, aunque una mayoría del tercer estamento, al mismo tiempo que votó por la supresión de la religión reformada, incluyó la adición de que este debía ser logrado por «medios suaves y santos».

Incluso si el país se estaba cansando de la guerra, al sentir de los estados de Blois, puso de manifiesto que el principio de tolerancia, como estaba expresado en el edicto de Beaulieu, era inaceptable

---

[10] Enrique, cuyo padre había sido asesinado en 1563, fue apodado «le balafré» –cara cortada– después de una herida que recibió en una batalla en 1575.

para un amplio sector de la opinión pública de Francia. Sin un amplio consenso a su favor y sin un fuerte gobierno real que la hiciese cumplir, era inevitable que la reciente paz fracasase. Las hostilidades se reanudaron de nuevo y una vez más se llegó a una tregua temporal, por el edicto de Poitiers de octubre de 1577. Este era menos favorable para los hugonotes que el edicto de Beaulieu, porque el culto protestante se restringía ahora a los suburbios de una ciudad en cada *bailliage* y a aquellas ciudades donde se había practicado antes de la última reanudación de la guerra.

El edicto de Poitiers fue seguido por la disolución oficial de todas las ligas, protestantes y católicas. Sin embargo, el periodo comprendido entre la extinción de la Liga, en 1577, y su resurrección, en 1584, demostró ser de una paz esporádica e incierta. Aunque los edictos de Beaulieu y Poitiers proporcionaban las bases esenciales para llegar a un acuerdo bajo las directrices *politiques,* del tipo del finalmente adoptado en 1598, las fuerzas de rompimiento eran demasiado fuertes, y las fuerzas del orden demasiado débiles para que los edictos ofreciesen una salida. En sus subordinados y favoritos, Enrique III tenía un posible núcleo de un partido real, sin el cual la corona nunca podría recuperar su poder. Sin embargo, este era incapaz de dirigirlo o de utilizarlo para cualquier propósito, y su propio comportamiento irresponsable lo convirtió en un riesgo continuo para la causa real. Entretanto, Enrique de Guisa y Enrique de Navarra se enfrentaron entre sí, como rivales en busca del poder, mientras que el duque de Alençon intrigaba y conspiraba. Detrás de las grandes familias, en lucha por el control del gobierno en París y en las provincias, se encontraban la empobrecida nobleza y gente de posición, que dependían para su supervivencia de los beneficios de la guerra. Durante los tres regímenes que existieron en Francia –hugonote, católico y administración real debilitada– la unidad y el orden nunca pudieron ser restaurados sobre las bases inevitables de una tolerancia religiosa limitada, aun cuando el deseo de tolerancia hubiese sido suficientemente fuerte. En su desesperación ante la insalvable situación, el secretario real, Villeroy, expresó claramente el dilema de aquellos que todavía intentaban mantener el poder de la corona: «No podemos hacer ni la guerra ni la paz. Esta es nuestra dificultad, para la cual no existe remedio sin la ayuda de Dios»[11].

---

[11] Cit. en N. M. Sutherland, *The French Secretaries of State in the Age of Catherine de Medici,* Londres, 1962, p. 223.

«No podemos hacer ni la guerra ni la paz.» Podía muy bien ser el *cri-de-coeur* de un gobernador español en los Países Bajos, lo mismo que el de un secretario de Estado francés. La corona española, como la francesa, se encontraban engatilladas en una guerra que no podían vencer ni acabar; y en los Países Bajos, como en Francia, la religión era lo que parecía bloquear la salida. Los esfuerzos de Alba para conseguir una solución militar habían fracasado visiblemente. A pesar de la supremacía de las armas españolas en tierra, Alba se había visto fatalmente dificultado por su incapacidad para conseguir el control del mar. Los «mendigos del mar» mantenían un bloqueo constante en la costa neerlandesa, bloqueo que se convirtió en total con la toma de Middelburg después de dos años de asedio, en febrero de 1574. Los magistrados y ciudadanos de Middelburg habían levantado una fuerte defensa contra los «mendigos», y los españoles habían llevado a cabo fantásticos esfuerzos para romper el bloqueo. Pero –como sugiere su intento de contratar la flota sueca[12]– se hallaban cruelmente dificultados por su escasez de barcos. Una vez que hubo caído Middelburg, los rebeldes dominaron las rutas marítimas entre los Países Bajos y la península ibérica. Esto significaba no solo que podían abastecerse libremente desde Inglaterra o La Rochelle, sino que tenían a su merced la economía castellana, pues Castilla no podía prescindir de su comercio con el norte ni del grano del Báltico, aun cuando este hubiese caído ahora bajo el control rebelde.

La imposibilidad de Alba de someter a los rebeldes había terminado por desacreditarlo en la corte. En una larga lucha en la mesa del Consejo entre los halcones de Alba y las palomas de Éboli, las palomas habían resultado victoriosas. El príncipe de Éboli murió en julio de 1573 y la dirección efectiva de la fracción recayó en el secretario del rey, Antonio Pérez. No obstante, las opiniones de Éboli habían sido compartidas por el rey mucho antes de la muerte de aquel, ya que, a finales de enero de 1573, Felipe escribió a su gobernador en Milán, don Luis de Requeséns[13], expresándole su profunda preocupación por el estado de los asuntos en los Países Bajos y designándole sucesor del duque de Alba. Requeséns era un administrador y un diplomático, no un soldado, y su designación constituyó una clara señal de las intenciones del rey de intentar una política de conciliación ahora que las medidas militares habían fracasado.

---

[12] Véase p. 237.

[13] Para Requeséns, véase p. 165.

Requeséns llegó a Bruselas, para reemplazar a Alba, en noviembre de 1573. Había conseguido permiso, antes de salir para Flandes, de proclamar una amnistía (con algunas excepciones) para abolir el célebre Tribunal de los Tumultos y para abandonar el proyecto de cobrar la fatídica décima. Pero mientras que Felipe se hallaba dispuesto a hacer concesiones políticas en tanto que lo permitiese el mantenimiento de su autoridad real, no tenía intención de ceder una pulgada de ningún asunto que afectase a la fe. «Mejor perdería los Países Bajos que reinar en ellos si dejasen de ser católicos», escribió en el verano de 1573[14]. Sin embargo, las perspectivas de un acuerdo negociado parecían difícilmente prometedoras, ya que las aspiraciones guerreras de Orange, como fueron esbozadas en una carta a sus hermanos, incluían importantes concesiones religiosas por parte de España. «Solo he aspirado –escribió– a la libertad del país, tanto en las cuestiones de conciencia como en las de gobierno… Así pues, los únicos artículos que tengo que proponer son los de la práctica de la religión reformada de acuerdo con lo que permita la palabra de Dios, y que los antiguos privilegios y libertades de la república sean restaurados, lo cual significa que los funcionarios y los soldados extranjeros, especialmente los españoles, deben ser retirados»[15].

Sin embargo, al llegar a los Países Bajos, Requeséns parece que tuvo ciertas esperanzas de que la intransigencia del rey en la cuestión religiosa no impediría necesariamente un acuerdo. Era consciente de que la revuelta de los Países Bajos era esencialmente una revuelta de un país que se había endurecido por el establecimiento de la décima y por el gobierno tiránico y corrompido del duque de Alba. Si era cierto su diagnóstico de que solo los dirigentes de la revuelta estaban movidos por preocupaciones religiosas, entonces se desprendía que una firme determinación de abandonar los métodos de Alba sería suficiente para ganarse de nuevo a todos para la causa real, menos a unos cuantos fanáticos.

En muchos aspectos, la primavera de 1574 parecía un momento propicio para que Requeséns intentase romper con el pasado inmediato y volviese al sistema de gobierno que existía bajo el reinado de Carlos V. Aunque la pérdida de Middelburg, en febrero de 1574, constituyó una importante contrariedad para los españoles, su aplas-

---

[14] Cit. en Meester, *Le Saint-Siège et les Troubles des Pays-Bas,* p. 95.

[15] Orange a los condes de Nassau, 5 de febrero de 1573 (Groen van Prinsterer, *Correspondance,* vol. IV, p. 50).

tante victoria sobre Luis de Nassau y sus mercenarios alemanes en la batalla de Mook, en abril[16], pareció entonces compensarlos de sobra de su derrota anterior. El mismo Orange estaba decidido a continuar la lucha hasta el final y redobló sus esfuerzos para crear una coalición antiespañola, que consideraba la única esperanza para la salvación del protestantismo no solo en los Países Bajos, sino en toda Europa; pero conocía bien el carácter voluble de sus compatriotas y temía que el desastre de Mook quebrantase su deseo de resistir.

Requeséns, dándose cuenta de la desmoralización de los rebeldes, tenía ahora una perfecta oportunidad para probar sus teorías. Pero la posibilidad de llegar a una conciliación desde una posición de fuerza se perdió trágicamente, casi tan pronto como apareció. El ejército «español» –aquella gran maquinaria militar de casi 25.000 alemanes, 20.000 valones y 8.000 españoles– se mostraba cada vez más inquieto por la falta de sus pagas. El motín surgió en sus filas; los amotinados (incluyendo a las tropas españolas) marcharon sobre Amberes y la tomaron para pedir rescate; y aunque Requeséns consiguió dominar el motín, aceptando las peticiones inmediatas de los soldados, la pérdida fue irrevocable. Cuando anunció su perdón general a comienzos de junio de 1574, su impacto fue anulado por el hecho de que se anunció bajo la sombra del motín y de un posible colapso militar.

La política de Guillermo consistiría ahora, evidentemente, en jugar con el tiempo. El ejército español, una vez restaurado el orden, había partido, a finales de mayo, para poner sitio a Leiden. Mientras más tiempo pudiese resistir Leiden y entretener a una parte sustancial de las tropas de Requeséns, menos posibilidades tendrían los españoles de aprovecharse de su victoria en Mook. Estaba claro también que las dificultades financieras de Felipe iban en aumento y que cada mes de guerra exigiría mayor esfuerzo a las finanzas españolas y aumentaría la posibilidad de una nueva oleada de intranquilidad en las filas del ejército. La resistencia heroica de Leiden y la decisión de Guillermo y de los estados de Holanda de inundar el campo circundante salvó la situación y quizá la revuelta. Cuando las barcazas de ayuda se acercaron a la ciudad, sitiada en medio de las aguas, que iban subiendo de nivel, los españoles, hundidos en el barro y en el agua, comenzaron a retirarse. El 3 de octubre de 1574

[16] Véanse pp. 230-231.

el asedio fue levantado. Guillermo de Orange, un rebelde que se había convertido en hombre de Estado, conmemoró la liberación de Leiden fundando una universidad.

Nuevos disturbios estallaron en el ejército español antes de su fracaso en conquistar Leiden. La indisciplina y los excesos de las tropas estaban creando enemigos rápidamente, incluso entre los que apoyaban la causa real, y Requeséns se encontró bajo una fuerte presión por parte de los Estados generales para que retirase sus fuerzas y restaurase los antiguos privilegios de los Países Bajos. Sin dinero para continuar la guerra, no había más remedio que intentar llegar a un nuevo acuerdo con Orange. Por mediación de Maximiliano II se abrió una conferencia en Breda, en febrero de 1575, entre los representantes de Requeséns y los diputados de los estados de Holanda y Zelanda. Requeséns estaba dispuesto a conceder que las tropas y los funcionarios españoles se retirasen; pero solo bajo la condición de que el catolicismo continuase siendo la única religión de los países Bajos. Todos los protestantes tendrían que abandonar el país, pero se les concederían diez años para que dispusiesen de sus bienes.

La negativa de Requeséns de aceptar la libertad de conciencia dio lugar a que, tras cinco meses de discusiones, se rompieran las conversaciones de paz. Había claros síntomas de que la mayoría de los católicos de los Países Bajos no se oponían a la tolerancia como medio necesario para terminar la guerra. Pero Requeséns no quería, ni podía, comprometer a su señor con una concesión que era completamente aborrecida por ambos.

El fracaso de la conferencia de Breda, por el motivo crucial de la tolerancia, puso de manifiesto a Requeséns que la cuestión religiosa se había convertido ahora en un asunto de suprema importancia para los rebeldes. Pudo suceder que él infravalorase el elemento religioso en la rebelión desde el momento de su llegada: era una falta de cálculo bastante natural, cuando los calvinistas no constituían más que una pequeña minoría –especialmente en las provincias rebeldes del norte– y cuando toda la población, incluyendo a aquellos cuyo catolicismo no se ponía en duda, se estaba agitando, indignada con el régimen de Alba. Pero la situación cambió radicalmente en los Países Bajos en los quince meses comprendidos entre su llegada y la apertura de la conferencia de Breda, pues dentro de la revolución estaba ocurriendo otra revolución, una revolución que en Holanda y en Zelanda estaba llevando a los calvinistas al poder.

Los calvinistas más celosos de entre los rebeldes consideraron la derrota de los españoles en Holanda y Zelanda solo como un paso previo esencial para el logro de su principal propósito: el establecimiento en aquellas provincias de la religión reformada a la manera de Ginebra. En lo posible, habían asegurado la entrada de sus correligionarios calvinistas en el gobierno municipal y habían tomado todas las medidas necesarias para garantizar que la masa del pueblo fuese instruida en la Palabra del Señor. Se celebró un sínodo general en Dort, en 1574, y se tomaron medidas para establecer iglesias calvinistas en todas las ciudades; sin embargo, aun con todas las ventajas del apoyo oficial, el calvinismo no pudo obtener el rápido éxito que podía haberse esperado, pues el pueblo continuaba obstinadamente cerrado al Evangelio que predicaban los ministros. Costaría cuarenta años de intensos esfuerzos y la inmigración de un gran número de calvinistas de las provincias del sur antes de que la mitad de la población de Holanda y Zelanda abandonase oficialmente su fidelidad a Roma.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades que encerraba el camino de la conversión, las provincias de Holanda y Zelanda estaban en vías de convertirse oficialmente en el núcleo de un Estado calvinista. Dado el hecho de la guerra con España, esto era inevitable. Guillermo de Orange, aunque convertido al calvinismo, seguía siendo en el fondo un *politique;* pero sabía que, sin el apoyo de los calvinistas, no tendría nunca esperanzas de vencer. Solo los calvinistas poseían la moral y la organización indispensables para el éxito. Como el suyo era un credo militante para una época militante, Orange no tuvo más remedio que aceptarlos como compañeros. Así pues, los calvinistas neerlandeses consiguieron la oportunidad de establecer y propagar su credo, al contrario que sus hermanos del otro lado del mar, en Inglaterra, que no pudieron conseguirlo. En los Países Bajos –de la misma forma que en Escocia durante la regencia de María de Lorena[17]– los calvinistas se identificaron con la causa nacional y fueron la única secta protestante capaz de movilizar la masa del pueblo para una lucha prolongada contra un régimen extranjero. En Inglaterra, por otra parte, desde la muerte de María Tudor, el régimen ni era católico ni estaba asociado con un poder extranjero. La misma Isabel estaba completamente identificada con la causa nacional y protestante, especialmente después de su exco-

[17] Véase p. 34.

munión, en 1570. Ni había ninguna guerra civil, que hubiese permitido a los calvinistas tomar la iniciativa como efectivos organizadores de la revuelta. Así pues, Isabel era capaz de tener sujetos a sus presbiterianos y seguir una política religiosa moderada, cosa que no pudo lograr Guillermo de Orange en el momento álgido de su lucha con España.

La necesidad de hacer concesiones religiosas a los calvinistas a cambio de su apoyo activo en la guerra tenía que afectar a los fines políticos que perseguía Orange. Su más importante aspiración era la de conseguir «libertad» –religiosa y civil– para todas las provincias de los Países Bajos. Alrededor de 1575, esta aspiración parecía ya irrealizable. Aunque el ejército de Requeséns había reanudado su ofensiva con cierto éxito, después del fracaso de las conversaciones de Breda, la suspensión acordada por Felipe II de los pagos a sus banqueros el 1 de septiembre de 1575[18] tuvo inevitablemente drásticas consecuencias para sus ejércitos en el exterior. Requeséns era un hombre enfermo y murió el 5 de marzo de 1576, dejando un vacío en el centro del gobierno que el Consejo de Estado neerlandés era incapaz de llenar. Como el ejército, sin dirección y sin paga, se amotinó de nuevo, los estados provinciales comenzaron a preparar su propia defensa en ausencia de un efectivo poder central.

Este era el momento que había estado esperando Orange. En tanto los fanáticos calvinistas pudiesen ser sujetados, podría al fin conseguir su gran ambición de unir a las 17 provincias en un simple movimiento unificado de revuelta. El 4 de septiembre de 1576 arregló el arresto de los miembros realistas del Consejo de Estado y convenció al Consejo reconstituido para que convocase una reunión de los Estados generales, a los que asistirían delegados de los estados de Holanda y Zelanda, así como los diputados de las provincias del sur. El movimiento en el sur estuvo dirigido por nobles descontentos –la mayor parte de ellos, católicos– y no existían garantías de que seguirían punto por punto las opiniones de los diputados del norte. Sin embargo, el 4 de noviembre, los tercios asaltaron salvajemente y saquearon la ciudad de Amberes. Los horrores de la «furia española» –once días de pillaje y matanza en los que más de 7.000 ciudadanos y soldados perdieron sus vidas– fueron suficientes para unir al norte y al sur en un movimiento común de repulsa contra España. Por la pacificación de Gante, del 8 de noviembre, los Esta-

[18] Véase p. 258.

dos generales y los delegados de Guillermo de Orange y de los estados de Holanda y Zelanda acordaron colaborar para llevar a cabo la expulsión de los españoles. También acordaron, en una sesión especial de los Estados generales, que los edictos de Felipe II contra la herejía fuesen suspendidos y que se les concediese a los calvinistas libertad de culto en Holanda y Zelanda, tratando de no interferirse en el culto católico.

La pacificación de Gante, de 1576, fue, en efecto, un equivalente neerlandés a la paz de Augsburgo, de 1555: un intento de establecer las diferencias religiosas de las 17 provincias sobre unas bases regionales. Como había numerosos protestantes en el sur, y todavía más católicos en el norte, era improbable que no resultase ser más que una tregua temporal. Sin embargo, sí ofrecía algunas bases para la colaboración, como descubrió personalmente don Juan de Austria cuando llegó a los Países Bajos, como sucesor de Requeséns, en noviembre de 1576. Inmediatamente se encontró enfrentado con una petición general de que confirmase la pacificación de Gante. Para los dirigentes del norte esto significaba no solo la retirada de los tercios, sino también la aceptación del acuerdo religioso. Para el duque de Aerschot y los dirigentes predominantemente católicos del sur, esto significaba, esencialmente, la retirada de las tropas. Como don Juan había llegado sin soldados ni dinero no tuvo más remedio que aceptar. El 12 de febrero de 1577 firmó con los Estados generales el *Edicto Perpetuo,* mediante el cual los tercios debían abandonar el país. Pero el edicto añadía una promesa de que la religión católica sería mantenida y restaurada en todas partes; y Holanda y Zelanda protestaron, como era de esperar, negándose a reconocer a don Juan como su gobernador general.

La salida de las tropas de los Países Bajos, en marzo de 1577, hizo desaparecer el primitivo aliciente para que continuase la colaboración entre el norte y el sur, aunque el comportamiento de don Juan pocos meses después los unió temporalmente de nuevo. Solo Guillermo de Orange sabía muy bien que el mantenimiento de la unidad pendía ahora del fino hilo de la mutua tolerancia entre las distintas creencias. Pero le fue imposible ganarse de nuevo a los calvinistas. En las ciudades de Brabante y de Flandes, el calvinismo contaba con un apoyo entusiasta, especialmente entre los artesanos. También existía una larga tradición de inquietud popular en estas ciudades; y en 1577 y 1578, el calvinismo y la inquietud popular se aliaron en una serie de levantamientos contra el gobierno de los ma-

gistrados católicos. Utilizando aquellas mismas técnicas que habían sido perfeccionadas en la guerra contra los españoles, los rebeldes calvinistas se apoderaron del control de los gobiernos de las ciudades y utilizaron la libertad de culto solo para ellos.

En un desesperado intento de conservar la frágil unión de las 17 provincias, Orange y sus amigos presentaron ante los Estados generales un plan para una «paz religiosa» en el verano de 1578. Philippe du Plessis-Mornay, quien había escrito una defensa de la actitud *politique* en Francia en tiempos de la paz de Monsieur, fue ahora encargado por Guillermo de Orange de que escribiese un tratado similar para los Países Bajos que mostrase cómo ninguna creencia religiosa podría ser nunca destruida realmente por medio de la violencia o de la fuerza de las armas. Para Peter Dathenus –uno de los ministros calvinistas más vehementes– Guillermo de Orange no era más que un ateo que cambiaba de religión como quien cambiaba de traje. Era poco sorprendente, pues, que la paz religiosa no se hubiese conseguido. Difamado al mismo tiempo por los calvinistas más extremistas y por los partidarios católicos, Orange se dio cuenta de algo que para muchos otros ya resultaba claro: Polonia, después de todo, era *sui generis,* y, al menos por el momento, no existía una vía intermedia.

IX. EL CRECIMIENTO DEL PODERÍO ESPAÑOL

Los problemas de Felipe II

Los años centrales de la década de 1570 fueron de gran dificultad para Felipe II de España. En el norte de África, las esperanzas y los sueños de mediados de siglo fueron rotos por la caída de Túnez en poder de Euldj Alí en 1574[1]. En los Países Bajos, Requeséns no había podido recuperar la confianza de una población amargamente hostil por la política del duque de Alba y por el bárbaro comportamiento del ejército real. Pero todo fue ensombrecido, en 1574 y 1575, por la más tenaz de todas las dificultades de Felipe II: el extraordinario problema del déficit, que crecía rápidamente.

La guerra en el Mediterráneo y en los Países Bajos exigía cada vez más del sistema financiero de la monarquía española y de la economía de Castilla. El cardenal Granvela, virrey de Nápoles desde 1571 hasta 1575, y el duque de Terranova, el nativo presidente de Sicilia, pusieron de manifiesto con absoluta claridad, en sus cartas a Madrid, que las demandas de la guerra contra los turcos estaban creando un alarmante déficit presupuestario en sus territorios y produciendo un agotamiento de los recursos locales. Esto, a su vez, estaba llevándoles a recurrir a unos procedimientos financieros nada deseables, tales como la venta de cargos públicos, de tierras reales y de derechos de jurisdicción, que inevitablemente incrementarían el poder de las clases privilegiadas a expensas de la autoridad real. Muchos de los logros de la corona en sus territorios italianos durante la primera mitad del siglo fueron cercenados en su segunda mitad por las exigencias de la guerra en el Mediterráneo, y por las inexorables demandas de la política exterior de los Habsburgo. Sin embargo, encontraron cada vez más difícil sufragar los costos de su propio gobierno y defensa; y Madrid, por su parte, nunca se sintió satisfecha.

[1] Véase p. 192.

La imposibilidad de obtener ingresos en los virreinatos italianos que nivelasen el aumento de los gastos acrecentó los ya muy considerables agobios que tenían que soportar los vasallos del rey de Castilla. A mediados de la década de 1570, el presupuesto total de la corona española era, en esta región, de 6.000.000 de ducados al año. De esta cifra, casi un quinto procedía de las contribuciones eclesiásticas de los dominios del rey: *el subsidio* y *las tercias reales,* que eran impuestos de las rentas del clero; *la cruzada,* el dinero procedente de la venta de las bulas de la «cruzada», tradicionalmente concedida por el papado a la corona española; y *el excusado,* un nuevo impuesto, que consistía en el diezmo de la propiedad más valiosa de cada parroquia de Castilla, concedido por primera vez a Felipe por Pío V en 1567, para la supresión de la herejía en Flandes. La mayor parte del resto procedía de dos partes principales: de los envíos de plata procedentes de las Indias y de los impuestos pagados por Castilla. Estos impuestos incluían los *servicios* votados por las cortes castellanas, y cierto número de fuentes de ingreso extraparlamentarias. Pero el impuesto más importante de Castilla era *la alcabala,* un impuesto sobre las ventas que las ciudades castellanas convenían pagar por medio de una suma global, conocida como *el encabezamiento.*

Como estas diversas fuentes de ingreso estaban demostrando ser cada vez más inadecuadas para sufragar los gastos de la guerra, que cada vez aumentaban más rápidamente, la corona se hizo más y más dependiente de sus banqueros para tapar, por medio del crédito, la brecha siempre abierta. Estos banqueros, y especialmente los genoveses, eran indispensables para la supervivencia de la monarquía. Los asientos o contratos de Felipe con los genoveses solo garantizaban que podría contar con efectivo para el pago del ejército de los Países Bajos, aun cuando se registrase un retraso en la llegada de la flota del tesoro o una disminución en el pago castellano de la alcabala. Sin embargo, los genoveses, muy lógicamente, exigieron un precio elevado por sus servicios. Solicitaron unos altos –y crecientes– intereses por sus préstamos; obtuvieron de la corona permisos especiales para la exportación de metal precioso fuera de España; y se situaron en una posición desde donde podían actuar con ventaja sobre el trabajoso sistema de crédito de los *juros,* o títulos de crédito, mediante los cuales la corona conseguía dinero en Castilla para sus necesidades financieras.

A comienzos de la década de 1570, la corona había acumulado una gran deuda con sus banqueros genoveses, los cuales, a su vez, se

estaban encontrando con una creciente hostilidad popular en Castilla. Cuando el rey solicitó de las cortes castellanas un aumento sustancial de los impuestos, en 1574, los procuradores aprovecharon la oportunidad para explayarse sobre la cuestión del odioso sistema de *asientos,* que estaba poniendo a Castilla en las rapaces manos de los genoveses. Sin embargo, aceptaron un aumento global del encabezamiento por la alcabala, que ahora se convirtió, en realidad, en lo que no había sido durante mucho tiempo: el equivalente al 10 por 100 de impuesto sobre las ventas. Pero pronto pareció ponerse de manifiesto que este aumento no estaba muy de acuerdo con la capacidad fiscal real de Castilla; y en 1577 Felipe se vio obligado a reducir el encabezamiento una cuarta parte, a 2.700.000 ducados al año, aproximadamente. En esta elevada cifra se mantuvo durante el resto de su reinado.

Un futuro incremento de los ingresos de Castilla en concepto de impuestos, incluso si estos pudiesen ser cobrados, no ofrecía ningún alivio para los agobios presentes. Obligado a enfrentarse con unas deudas que no podía satisfacer de ningún modo, el rey decretó el 1 de septiembre de 1575 la suspensión de todos los pagos de intereses a sus banqueros, y declaró ilegales todos los asientos firmados durante los últimos quince años. De hecho, la corona siguió el precedente de 1557 e incumplió sus deudas.

Si la corona esperaba, mediante el recurso de esta estratagema, solucionar las demandas de las cortes y romper el estrangulamiento que provocaban los genoveses en sus finanzas y en la economía castellana, pronto se desengañó. Los genoveses solo podrían ser tratados de tal modo si hubiesen existido otros banqueros tan fuertes de otras nacionalidades que ocupasen su lugar. Pero no los había. Aunque el mismo mundo de los negocios de Castilla incluyese a una o dos figuras de cierta envergadura, como Simón Ruiz, el conocido comerciante de Medina del Campo, el capitalismo castellano era modesto y carecía de experiencia y de confianza en sí mismo para moverse audazmente en el campo de la banca internacional. Además de a la misma Castilla, Felipe podía recurrir a los portugueses, florentinos y lombardos, y a los siempre potentes Fugger. Pero ninguno de ellos, ya actuasen por separado o conjuntamente, se mostraron capaces de reunir sumas suficientes para mantener a pleno rendimiento la compleja maquinaria financiera para el pago regular del ejército en Flandes. Consecuentemente, mientras que los genoveses observaban con tranquila satisfacción o intervenían subrepti-

ciamente para sabotear los esfuerzos de sus rivales, la estructura crediticia en los Países Bajos fracasaba y se desplomaba. El motín de los tercios y el saqueo de Amberes, el 4 de noviembre de 1576, fue la consecuencia directa de la imposibilidad de los banqueros castellanos e internacionales de tapar la brecha provocada por la desaparición de los genoveses. No podía haber habido otro testimonio más decisivo de la verdad que habían mantenido siempre los genoveses, es decir, que eran indispensables a la corona española.

Felipe sacó una consecuencia inevitable del fracaso de Flandes. El 5 de diciembre se firmó un acuerdo, conocido como el medio general, mediante el cual ambas partes hicieron concesiones y la corona revocó el decreto de suspensión de 1575. Durante las décadas siguientes, los genoveses dominaron con supremacía. Aunque Felipe mantuvo, cuando pudo, esperanzadores coqueteos con el próspero gran duque de Toscana, Francisco de Médicis, los recursos crediticios de Florencia no eran, desgraciadamente, equiparables a los de Génova. Los genoveses eran conscientes de la fortaleza de su posición y se aprovecharon de ella, obteniendo importantes concesiones de la corona, entre las que se incluían permisos regulares para exportar desde España una sustancial proporción de los lingotes de metal precioso que se descargaban en Sevilla. Esto les permitió dominar las rutas de la plata de Europa y su sistema de cambio. Este sistema giraba alrededor de las «ferias de Besançon», establecidas primero en Besançon, en el Franco Condado, en 1534, y trasladadas a una base permanente en Piacenza, en 1579. Durante las décadas de 1580 y 1590, estas ferias cuatrimestrales se convirtieron en las grandes bolsas europeas para las transacciones financieras. En Piacenza se fijaban las tarifas de cambio, se saldaban las antiguas deudas y se establecían las nuevas, y también se compraban, vendían y cambiaban los reales castellanos por letras de cambio y por el oro que se necesitaba para algunos pagos esenciales, entre los que se incluía el del ejército de Flandes. Desde el complejo financiero de Génova-Piacenza, trazaban su camino a través del continente nuevas rutas monetarias, que unían a España, a Italia y a Flandes en una estrecha red financiera. En el pasado, la plata americana destinada a los Países Bajos se embarcaba arriesgadamente hacia Amberes desde Laredo, o bien se enviaba en ocasiones por tierra a través de Francia. Pero desde la década de 1570, cada vez con mayor frecuencia, seguía el camino desde Sevilla a Madrid y Barcelona, desde donde se embarcaba para ser transportada a Génova. En un mundo en

donde reinaba la plata, el establecimiento de la ruta Barcelona-Génova devolvió a la primera a la corriente de actividad económica, y proporcionó un incentivo más a los grupos de bandidos que cada vez perturbaban más la vida de Cataluña.

La plata de las Indias era el cebo para los banqueros y los bandidos; y a finales de la década de 1570, esta plata estaba comenzando a llegar a Sevilla en cantidades que no se conocían. La explotación intensiva de las minas americanas y la utilización del proceso del azogue para refinar la plata peruana estaban ahora comenzando a producir resultados significativos. En el quinquenio de 1571-1575 llegaron a Sevilla, para la corona, casi cuatro millones de ducados; en 1576-1580, ocho millones, y en 1581-1585, nueve millones de ducados –o casi dos millones de ducados al año[2]–. La penuria que había maniatado a Felipe II a comienzos de la década de 1570, y le había obligado a repudiar sus deudas en 1575, estaba, pues, comenzando a pasar a medida que se cerraba la década. Cuando el comercio transatlántico alcanzaba nueva fuerza y prosperidad, y los envíos de plata llegaban con destino al rey y a los comerciantes en cantidades cada vez mayores, la confianza renacía. Se abría un nuevo sentimiento de tranquilidad y de expansión en el mundo de las finanzas internacionales; un nuevo sentimiento de expansión, también, en los proyectos de Felipe II.

Hasta mediados de la década de 1570, Felipe se había comprometido mucho en una difícil operación financiera, destinada a contener la amenaza turca en el Mediterráneo y al mismo tiempo refrenar a los sublevados en los Países Bajos.

Pero los acontecimientos de los primeros años de la década habían revelado crudamente la imposibilidad financiera de mantener operaciones a gran escala en dos frentes distintos simultáneamente. Los motines que se produjeron en el ejército de Flandes entre 1574 y 1576 estaban directamente relacionados con el desvío de fondos al frente del Mediterráneo para la guerra de la Liga Santa contra los turcos. Después de firmar la tregua con los turcos en 1578, volvió a ser posible enviar hombres y dinero a los Países Bajos. Al mismo tiempo, la nueva disponibilidad de crédito que siguió al aumento de las remesas de plata de las Indias hacía pensar que tal vez Felipe podría al fin tomar la iniciativa en lugar de limitarse a reaccionar a los acontecimientos.

---

[2] Véase p. 76.

Se apuntaban nuevas oportunidades, especialmente en Portugal[3]. Quizá, después de todo, pudiese restaurarse la situación de los Países Bajos, y la monarquía española pudiese al fin mostrar al mundo todo su poderío. Felipe tenía –o esperaba tener– los recursos financieros para una política más ambiciosa. Podía también, como resultado de su acuerdo con los genoveses, contar con la maquinaria para movilizar aquellos recursos y colocarlos en aquellos lugares en donde fuesen más necesarios. Pero ¿contó también con ministros con la visión suficiente como para aconsejarle, y subordinados lo bastante eficientes como para ejecutar sus decisiones con éxito?

La calidad de los servidores de Felipe II a mediados de la década de 1570 no era muy grande, ni en la corte ni en los Países Bajos. El príncipe de Éboli había muerto en 1573, y el duque de Alba había caído en desgracia. Privado de la dirección de Éboli, los oponentes de Alba habían reconstituido su facción alrededor de las personas de Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, y Pedro Fajardo, el tercer marqués de los Vélez. Pero el espíritu animador de esta facción era el secretario real, Antonio Pérez. Presuntuoso, lisonjero y adulador, Pérez había obtenido una notable influencia sobre el rey desde que sucedió a su padre en la secretaría en 1566. Felipe, a pesar de su laboriosidad infatigable –aquellos interminables días y noches trabajando sobre los documentos que afluían desde cualquier parte del globo– necesitaba consejeros y gente de confianza. Parecía que evitaba, por desconfianza, las fuertes personalidades, como el gran duque de Alba. Por el contrario, acudía a las figuras discretas y apagadas –primero, el príncipe de Éboli, y ahora, Antonio Pérez–. A mediados de la década de 1570, el rey y su secretario habían establecido una estrecha colaboración en el trabajo, en la que Pérez había comenzado a tomarse cada vez más libertad de confianza en su señor. Siempre alerta para conseguir la ventaja más pequeña, Pérez sabía todo lo que estaba pasando desde Lisboa a Amberes, a través de una red privada de amigos colocados en puestos importantes y de informadores que estaban en todas partes.

Aconsejado por Pérez y por sus amigos en el Consejo, fue como el rey nombró a su hermanastro don Juan de Austria para que sucediese a Requeséns como gobernador de los Países Bajos en 1576. A primera vista, nombramiento constituía una habilidosa jugada. Don Juan, como hijo de Carlos V y triunfador de Lepanto, disfrutaba de

[3] Véanse pp. 265 y ss.

un prestigio sin igual. En este prestigio fue en el que el rey y Pérez pusieron sus esperanzas de una solución al problema de los Países Bajos, pues don Juan iba a ser no un militar, sino un príncipe de sangre real portador de la rama de olivo de la paz. Sus instrucciones estaban muy de acuerdo con la política tradicional de la facción de Éboli. Iba para pacificar y conciliar, y para reconocer oficialmente, en nombre del rey, los tradicionales derechos y libertades de los Países Bajos.

La única pega de esta, por otra parte admirable, idea era que don Juan no estaba preparado para desempeñar precisamente este papel. Madrid necesitaba un hombre de paz, y envió un hombre de guerra, un guerrero sin hombres ni dinero. Nada podía haber sido mejor calculado para aumentar las frustraciones de un hombre ya frustrado. Este príncipe, de gran inseguridad, desesperado por el hecho de parecer destinado a verse privado del rango y de la respetabilidad por su ilegítimo nacimiento, dedicó su vida a perseguir arcoíris que le condujesen a una ilusoria corona de oro. Detrás quedaban Lepanto, Túnez y la corona de una África conquistada. Detrás también, los Países Bajos, Inglaterra y la mano de la cautiva María, reina de los escoceses. Cada sueño era más grande que el anterior, y cada desengaño, más amargo. Antonio Pérez, que no tenía sentimientos propios, pero que poseía una perspicacia infalible para los sentimientos de otros hombres, se sentía bastante feliz de dejar que don Juan soñase sus sueños. Pero se aseguró de que sería el primero en enterarse de su agrado, proporcionándole a don Juan un secretario de entre los hombres de su confianza, Juan de Escobedo.

Aun cuando don Juan hubiese sido de otra forma, su misión carecía de esperanzas desde su comienzo. Su llegada a los Países Bajos, en noviembre de 1576, coincidió con el saqueo de Amberes por los tercios amotinados y sin pagas, y tuvo que enfrentarse de pronto con las airadas peticiones de unos Países Bajos unidos, en orden a que todas las tropas españolas abandonasen el país. El *Edicto Perpetuo* de febrero de 1577, el cual no tuvo más remedio que firmar, incluía entre sus cláusulas la evacuación de las tropas por tierra en veinte días, estipulación que de hecho impedía a don Juan intentar emplearlas para el fin que ambicionaba: la conquista de Inglaterra y la liberación de María, reina de los escoceses. Sin tropas, no podía ni invadir Inglaterra ni imponer la paz en los Países Bajos, y carecía de la autoridad y de la decisión para seguir una política de reconciliación en la que ni él mismo creía. Pronto envió urgentes peticiones a

Madrid de hombres y dinero con los que reanudar la guerra. Por lo pronto contaba con el apoyo entusiasta de su secretario Escobedo –un perro vigilante, convertido en perro faldero, pues Escobedo, lo mismo que tantos otros que le precedieron, había sido cautivado por el fácil encanto de don Juan y por sus ideas visionarias. En el verano de 1577, mientras que don Juan se veía de mala gana forzado a la inactividad, Escobedo fue enviado a Madrid para plantear personalmente su caso a Pérez y al rey. Pero llegó el momento en el que don Juan no pudo sostener por más tiempo su situación, y el 25 de julio tomó, temerariamente, el castillo de Namur.

La acción precipitada de don Juan constituyó un gesto de abierta desconfianza con respecto a la declarada política de conciliación de Madrid y, como tal, incrementó considerablemente las dudas latentes del rey sobre la confianza que le merecía su hermano. La aparición de Escobedo en Madrid no contribuyó en nada a apagar esas dudas. El secretario de don Juan estaba claramente trabajando codo con codo con su señor. Se sabía que había tenido contactos privados con el papa en nombre de don Juan, para conseguir ayuda para la invasión de Inglaterra; y ahora pedía con insolente vehemencia que se enviasen tropas y dinero a los Países Bajos. Antonio Pérez, que había considerado anteriormente a Escobedo como un agente privado útil, comenzó a pensar en él como un peligroso rival en potencia. Además, sabía demasiados secretos, incluyendo, quizá, los secretos sobre las mismas relaciones de Pérez con los rebeldes holandeses, que destruirían a Pérez si esto llegaba a oídos del rey. Durante el otoño de 1577, Pérez se convenció de que para su propia seguridad era necesaria la muerte de Escobedo; así, ante la natural desconfianza que abrigaba el rey respecto a don Juan y a sus ambiciones, atisbó el medio ideal de llevar a cabo sus proyectos.

Las semillas de la duda fueron esparcidas en la mente del rey por su secretario. Don Juan, como bien sabía el rey, tenía puestos sus ojos en el trono de Inglaterra. ¿Estaba enteramente fuera de todas las posibilidades el que el trono español cayese dentro de sus aspiraciones? ¿Y no era Escobedo el espíritu perverso de don Juan, que alentaba sutilmente los grandes proyectos de su señor? Sin embargo, se puso sumo cuidado en evitar que don Juan pudiese tener cualquier sospecha, mientras se cumplimentaba cuidadosamente el expediente contra Escobedo. El mismo Felipe tuvo que reconocer el fracaso de su política conciliatoria cuando los Estados generales de los Países Bajos retiraron su fidelidad a don Juan, en diciembre de 1577,

y proclamaron en su lugar al archiduque Matías, el tercer hijo de Maximiliano II, gobernador general. Cuando don Juan, una vez rehecho su ejército en Luxemburgo, consiguió una victoria considerable sobre las fuerzas rebeldes en Geinbloux, en enero de 1578, el rey le envió una carta con efusivas felicitaciones. Pero incluso cuando la escribió estaba comenzando a convencerse de que la razón de estado exigía la muerte de Escobedo. Cuando al fin se decidió, solo Antonio Pérez y el marqués de los Vélez fueron informados de ella. En la noche del 31 de marzo de 1578, después de haber fracasado tres intentos de envenenamiento, Escobedo fue abatido en una calle de Madrid por unos asesinos desconocidos.

El asesinato de Escobedo destrozó completamente los proyectos y las ambiciones de don Juan, que fue lo bastante perspicaz como para adivinar dónde radicaba la verdadera responsabilidad. A partir de entonces no envió más cartas a Antonio Pérez. Inevitablemente, se dio cuenta de que su influencia en la corte había desaparecido: el rey no mostró en lo sucesivo más interés por él, y lo mantuvo sin suministros de dinero. Desilusionado, amargado, destrozada la confianza que se había depositado en él, don Juan veía cómo desaparecía su frágil mundo de sueños. El 1 de octubre de 1578 murió de tifus a la edad de treinta y tres años. En su lecho de muerte confió el mando de su ejército a su sobrino Alejandro Farnesio, príncipe de Parma. Él mismo confió a su confesor este amargo epitafio: «Durante toda mi vida no he poseído ni un pedazo de tierra que fuese mía. Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo volveré a él».

La muerte de don Juan no contribuyó, como podía haberse esperado, a hacer desaparecer el inquieto fantasma de Escobedo. Por el contrario, la llegada a Madrid de los documentos privados de don Juan contribuyó a sugerir al desasosegado Felipe que acaso pudo haber colaborado a la muerte de un hombre inocente. Los amigos y parientes de Escobedo clamaban justicia; y otro secretario real, Mateo Vázquez, adivinando la verdad, urgió al rey para que hiciese que fuesen descubiertos los culpables. La incómoda sospecha de que Pérez podía haberle jugado una mala pasada comenzó a preocupar a Felipe, en el mismo momento en que se estaba embarcando en unas negociaciones muy delicadas relativas a la sucesión portuguesa. Estas negociaciones estaban siendo llevadas a cabo a través de Antonio Pérez; y la intranquilidad del rey aumentó al saberse que Pérez mantenía una amistad sospechosa con la ambiciosa viuda del príncipe de Éboli, que tenía sus propios proyectos privados para el futuro de la

corona portuguesa. Cada nueva prueba sobre las intrigas de Pérez y de la princesa de Éboli era cuidadosamente examinada y archivada para su futura utilización, hasta que estuviese claro para Felipe que su secretario lo había estado traicionando sistemáticamente.

En una época en que las negociaciones portuguesas estaban alcanzando su punto culminante, el rey necesitaba urgentemente consejeros en los que pudiese depositar absoluta confianza. Un nombre sobresalía entre todos: el del cardenal Granvela, que había sido agregado a la embajada de Roma desde que había dejado el virreinato de Nápoles en 1575. El cardenal poseía la integridad y la larga experiencia en la política y en la diplomacia, que eran tan indispensables en Madrid en este momento de suprema dificultad para la suerte de la monarquía y del rey. El 30 de marzo de 1579, Felipe escribió a Granvela, diciéndole que su presencia era urgentemente requerida en la corte. Otro hombre fue convocado también para que entrase al servicio del rey: don Juan de Idiáquez, el hijo de uno de los secretarios de Carlos V, que había sido recientemente nombrado desde Venecia para la embajada de París. En la noche del 28 de julio, cuando Granvela se acercaba a El Escorial, la princesa de Éboli y Antonio Pérez fueron arrestados, ante la gran sorpresa de ambos y la estupefacción de la corte. Con Granvela como presidente del Consejo de Italia y efectivo primer ministro, y con Idiáquez como secretario de despacho, el rey tenía los elementos de un equipo administrativo digno de su tiempo. Estos eran los nuevos hombres que necesitaba a su alrededor, hombres que le ayudarían a instrumentar su política, ahora que estaban comenzando a dispersarse las nubes de la bancarrota.

Portugal y las Azores

El cardenal Granvela proporcionó una nueva energía y una desacostumbrada rapidez al proceso resolutivo del gobierno de Madrid. Como hombre que había permanecido durante muchos años en la oscuridad, esperando la llamada del rey, la cual había llegado tan tarde en su vida, había contemplado con una impaciencia mal contenida las equivocaciones y las dudas de un rey que carecía claramente de las heroicas cualidades del gran Carlos V. Ahora, al fin, se encontraba en una posición desde la que podía dar una firme dirección al curso vacilante de la monarquía española e instrumentar la

vigorosa política por la que había clamado durante tanto tiempo en vano. También los tiempos eran propicios. El aumento continuo y rápido de los envíos de plata americana permitía una nueva amplitud de miras en la estructuración de la política. Las grandes cualidades que Alejandro Farnesio estaba ya mostrando en el gobierno de los Países Bajos ofrecía la posibilidad de una restauración efectiva del poder español, la cual era considerada por Granvela como el paso previo indispensable para llevar a cabo nuevos intentos de llegar a un acuerdo. También podía ser posible seguir una política más vigorosa y agresiva contra los franceses y los ingleses. Pero el problema más acuciante, y para el que Felipe necesitaba más su ayuda era el de la segura incorporación de Portugal a la corona española.

La crisis sucesoria de Portugal había sido creada por la muerte del joven rey Sebastián en la batalla de Alcazarquivir, el 4 de agosto de 1578. Su muerte fue tan innecesaria como infructuosa había sido su corta vida. Desde su infancia, este joven inestable había estado obsesionado con la visión de una cruzada contra los moros, y naturalmente la deslumbrante oportunidad se presentó por sí sola como resultado de una cruda lucha dinástica en el reino árabe beréber de Fez. En 1576, el jerife Mulai Mohammed había sido apartado de su trono por su tío, el cual se las había arreglado para conseguir el apoyo de los turcos. El depuesto jerife acudió primero, sin éxito, a Felipe II, pidiéndole ayuda para recuperar su trono, y después se volvió hacia el rey de Portugal, cuya respuesta fue muy diferente. Los consejeros de Sebastián, y su tío Felipe II, hicieron lo que pudieron para disuadirle de que no se implicase personalmente en una lucha dinástica marroquí, pero Sebastián había puesto su alma en la aventura africana y no había quien lo detuviese. En Alcazarquivir, bajo un cegador sol africano, el ejército portugués fue objeto de una desastrosa derrota. La flor de la nobleza fue capturada o muerta, y tanto Sebastián como Mulai Mohammed fueron abatidos en el campo de batalla[4].

El sucesor de Sebastián fue su tío abuelo, el anciano, soltero y epiléptico cardenal Enrique. Existían pocas posibilidades de que viviese mucho tiempo, y todavía menos de que tuviese un heredero;

---

[4] Aunque el cuerpo de Sebastián fue recuperado y enterrado con el debido boato en Belem, había una gran resistencia popular a creer que ese cuerpo era realmente el del rey. De ahí el extraño fenómeno del sebastianismo: la creencia, que persistió durante generaciones, de que Sebastián estaba vivo todavía y que volvería un día para reclamar su reino.

y después de su muerte, la futura sucesión no estaba de ningún modo clara. Los pretendientes más importantes eran la duquesa de Braganza; Dom Antonio, prior de Crato, hijo ilegítimo del hermano del cardenal Enrique, Luis; y Felipe II de España, por su madre, portuguesa, la emperatriz Isabel. Existía también un cierto número de pretendientes extranjeros menos serios, entre los que se hallaban Manuel Filiberto de Saboya, Ranuccio Farnesio (hijo de Alejandro Farnesio) y, con menos posibilidades, Catalina de Médicis, a través de su descendencia del rey portugués medieval Alfonso III. Aunque las pretensiones de Felipe eran más fuertes que las de sus rivales, el número y la importancia de los pretendientes hizo inmediatamente de la sucesión portuguesa un asunto de gran importancia internacional, que aumentó mucho de valor por la categoría del precio. Pues, a pesar de que Portugal era un país pequeño que no atravesaba por un buen momento, su valor potencial para cualquier futuro poseedor era incalculable. Lisboa era la capital de las especias del mundo occidental, y el centro de un gran Imperio comercial que se extendía por el oriente hasta el océano Índico y las Molucas, y por el occidente hasta el Brasil. Si el rey de España añadía las ricas posesiones de Portugal a las suyas, entonces Inglaterra, Francia y los holandeses tendrían razón para alarmarse.

El riesgo más serio de Felipe al plantear su pretensión residía precisamente en el hecho de que era rey de España. No existía ningún amor perdido entre Portugal y Castilla y la mayor parte de los portugueses no deseaban ver a su país incluido entre las muchas posesiones de la corona castellana. Así pues, Felipe tendría que jugar sus cartas con gran habilidad táctica. Sin embargo, podía contar con la experiencia diplomática del cardenal Granvela y con el amplio conocimiento que tenía de los portugueses y de sus asuntos Cristóbal de Moura, un portugués que había alcanzado un gran favor en la corte española. El prior de Crato, que había escapado del cautiverio de los moros en 1579, tenía una indiscutible popularidad en todo el país. Sin embargo, entre ciertos sectores influyentes de la sociedad portuguesa, algunas consideraciones importantes estaban trabajando en favor de la idea de una asociación más estrecha con España.

El mismo cardenal Enrique era poco resuelto y podía ser convencido. La nobleza se hallaba desmoralizada por el desastre de Alcazarquivir y necesitaba desesperadamente la plata española –la cual Moura se sentía feliz de suministrar– para rescatar a muchos de sus miembros, que todavía estaban en manos de los moros. Los jesuitas,

que se encontraban poco respaldados en España, comenzaron a trabajar en favor de la causa española, posiblemente con la esperanza de que con ello conseguirían la protección del rey en la península ibérica y en las posesiones ultramarinas de España. Algunos de los «nuevos cristianos» deseaban escapar de su gueto portugués y marchar a su país de origen, que era España, por mucho que temiesen a la Inquisición española. Finalmente, las clases comerciales eran atraídas por la perspectiva de una más completa participación en el lucrativo comercio de Sevilla, y del acceso a la plata americana, que tan acuciantemente necesitaban para su propio comercio con el lejano oriente.

Felipe II y Moura explotaron habilidosamente estas oportunidades; pero la extensión de la oposición popular y la posibilidad de una intervención extranjera en favor del prior de Crato hicieron aconsejable al mismo tiempo tener un ejército en reserva. Se pidieron arcabuces y mosquetes a Italia; se reclutaron tropas en España y en Alemania, y otras fueron traídas desde Flandes; y, ante la insistencia de Granvela, fue vuelto a llamar el duque de Alba de su forzado retiro y se le dio el mando del ejército. A finales de enero de 1580 murió el cardenal-rey Enrique, dejando un Consejo de regentes para que gobernase Portugal hasta que fuera elegido un sucesor. Granvela sabía muy bien lo necesario que era actuar con rapidez, ya que el prior de Crato estaba acaparando el apoyo popular. No debía retrasar, urgió al rey, la orden de que el ejército de Alba atravesase la frontera. Los portugueses ignoraron un ultimátum para que aceptasen a Felipe como rey, y a finales de junio las fuerzas españolas penetraron en Portugal. Los partidarios de Dom Antonio no ofrecieron más que una resistencia esporádica, y en cuatro meses el reino había caído bajo control español.

Granvela estaba ansioso por reorganizar la administración portuguesa y por reintegrar a Portugal a la monarquía española. Sin embargo, Felipe, que por educación y temperamento sentía gran respeto por los sistemas constitucionales, había ya asegurado a sus nuevos súbditos que respetaría sus leyes y forma de gobierno tradicionales. Portugal, pues, se convertiría en un añadido más de esa holgada federación de estados y provincias semiautónomas conocida en el mundo con el nombre de monarquía española. En abril de 1581, las cortes de Tomar reconocieron oficialmente a Felipe rey de Portugal, a cambio de la garantía de que sus leyes y libertades fueran respetadas. El mismo Felipe permaneció en Lisboa hasta 1583;

pero se acordó que, durante los periodos en los que el rey estuviese ausente, el país sería gobernado por un miembro de la familia real o un virrey portugués. Se acordó también que las instituciones políticas y representativas de Portugal deberían permanecer intactas, y que los castellanos no debían ostentar cargos en Portugal ni en sus territorios ultramarinos. Los castellanos tampoco debían ser autorizados a participar en la vida comercial de Portugal ni en la de su Imperio. Estas concesiones de Felipe significaban que, aunque la península ibérica se había por fin unido en la persona de un solo monarca, Portugal continuaba siendo, incluso más que Aragón y Cataluña, un Estado semiindependiente, asociado, no incorporado, a la corona de Castilla.

La unión de las coronas duró solamente sesenta años y fue disuelta para siempre por la revolución portuguesa de 1640. Los últimos años de relaciones no fueron muy cordiales, pero al principio ambas partes obtuvieron sustanciales ventajas. La Portugal derrotada en Alcazarquivir necesitaba el respaldo de un poder más fuerte para recobrarse de sus heridas. Felipe, por su parte, consiguió 1.000.000 de nuevos súbditos y un valioso territorio nuevo con un extenso litoral Atlántico, cuyos puertos y astilleros albergaban diestros marinos y una flota oceánica de cerca de 100.000 toneladas, que incluían diez galeones de guerra construidos en la década de 1570[5]. Consiguió también, y sin lucha, un segundo Imperio ultramarino: la India y África portuguesas, las Molucas y Brasil. Esto significaba un enorme aumento de poder para la monarquía española, la cual aparecía ahora ante sus rivales como un coloso invencible montado encima del mundo.

Como se sabe, Felipe tenía todavía dificultades. La circunnavegación del mundo de sir Francis Drake en 1577-1580 constituía un incómodo recordatorio de que el monopolio ibérico de América y de Asia no estaba todavía a prueba de corsarios. Los súbditos de la reina de Inglaterra también estaban planteando problemas por todas partes. Desde 1580, los comerciantes ingleses estaban abriendo el comercio turco, e Isabel entró en negociaciones con El-Mansur, «el

---

[5] La flota combinada de españoles y portugueses totalizaba ahora 250.300.0000 toneladas. Esta cifra puede compararse con la de los Países Bajos, 232.000 toneladas; Alemania, 110.000; Francia, 80.000; Inglaterra, 42.000 (*cfr.* A. P. Usher, «Spanish ships and shipping in the 16th and 17th centuries», *Facts and Factors in Economic History. Essays presented to Edwin Francis Gay,* Cambridge, Mass., 1932, pp. 189-213.

Victorioso», a cuyo reino de Fez exportaba madera, para la construcción de barcos, y municiones a cambio del azúcar y del salitre que necesitaba. Mientras que los rivales de España consideraban a Fez como un aliado potencialmente útil, acariciaban también la esperanza de revocar el veredicto de Portugal. Fueron alentados en esto por el prior de Crato, quien se las arregló para evitar ser capturado por los españoles huyendo primero a Francia y después a Inglaterra. Dondequiera que iba, denunciaba al rey de España y su maldad y trataba de atraerse las simpatías para sus pretensiones al trono.

Se sabía desde hacía tiempo en las capitales del norte de Europa que la debilidad de la monarquía española residía en las frágiles líneas de comunicación que unían sus muy dispersas posesiones. Dependía para su supervivencia de las rutas oceánicas, y sobre todo del débil hilo trasatlántico que unía las minas de plata de México y Perú con España. En realidad, Guillermo de Orange había sugerido ya a Granvela, hacía muchos años, que los enemigos de España podían derrotarla mejor privándola de la plata de las Indias. Con los recientes éxitos de Drake y la huida de Dom Antonio cobró vida súbitamente una idea que había ejercido durante mucho tiempo gran fascinación sobre los hombres de Estado y los marinos.

Una de las islas de las Azores –la isla de Terceira– había proclamado su fidelidad al prior de Crato. Si esta podía utilizarse, como sugería Dom Antonio, como base para la conquista de las Azores, los ingleses y los franceses se colocarían estratégicamente ahorcajados de la ruta de la plata, y él mismo sería apoyado para la recuperación de Portugal. La idea se recomendaba solo a los consejeros de Isabel, y se hicieron planes en la primera mitad de 1581 para llevar a cabo una expedición a Terceira bajo el mando de Drake. Una vez asegurada la isla, Drake se encontraría en posición de interceptar la flota de la plata o de lanzar un nuevo ataque sobre el Caribe. Por otro lado, debía utilizarla como trampolín para la entrada de Inglaterra en el comercio de las especias del este, un deslumbrante proyecto que no parecía ya fuera del alcance de sus posibilidades desde el logro triunfal de su viaje alrededor del mundo.

Sin embargo, Isabel comenzó a poner objeciones al proyecto y el prior de Crato creyó aconsejable acudir a otra parte en busca de ayuda. Sus ideas fueron expuestas con vigor al duque de Alençon, a los hugonotes y a los holandeses, y recibieron, sorprendentemente, una calurosa acogida en la corte de Enrique III, aunque la discreción sugería que el mismo rey debía ignorar escrupulosamente todo

el asunto. Catalina de Médicis quería vengarse de Felipe por haberla privado de «su» corona portuguesa, y estaba deseando apoyar el plan del prior de Crato de un ataque sobre las Azores. En la primavera de 1582, una flota reunida en La Rochelle quedó bajo el mando de Filippo Strozzi, un *condottiere* florentino que había conseguido gran favor por parte de Catalina. Sin embargo, los espías de Felipe la mantuvieron bien informado de las intenciones de Strozzi, y el mejor almirante de España, el marqués de Santa Cruz, fue encargado del mando de una poderosa escuadra que derrotó a la expedición de Strozzi a finales de julio. El mismo Strozzi fue muerto; Dom Antonio huyó; y una segunda expedición, francesa, a las Azores, en la primavera de 1583, no tuvo más éxito que la primera. El reto del prior de Crato había obtenido eficaz respuesta, y desde entonces las Azores se convirtieron en los avanzados centinelas que guardaban las rutas de la plata del Atlántico ibérico. Durante los restantes doce años de su vida, el exiliado prior de Crato mantuvo sus esperanzas saltando de corte en corte y haciendo lo que podía para interesar a los príncipes de Europa en la recuperación de su país y de su corona. Pero incluso sus más ardientes seguidores debieron tener algunas dudas sobre sus proyectos, pues la monarquía española estaba llegando a ser demasiado poderosa como para desafiarla con éxito.

Recuperación en los Países Bajos

Aunque satisfecho por la anexión de Portugal, los Países Bajos eran «veinte veces más importantes que el reino de Portugal» a los ojos del cardenal Granvela. El destino de la monarquía española sería determinado en última instancia por su capacidad para resolver el problema de los holandeses. La confirmación, por parte del rey, de Alejandro Farnesio como jefe supremo del ejército de Flandes significaba que España estaba representada ahora en los Países Bajos por un hombre de talento sobresaliente, que pronto se reveló, además, por su capacidad militar, aquellos dones de diplomacia y de gobierno de los que había carecido claramente don Juan. A pesar de su educación en la corte española, continuaba siendo un príncipe italiano, un astuto y dúctil político y un mecenas generoso. Su munificencia, sin embargo, resultaba infrecuente en un príncipe del siglo XVI, ya que se hallaba acompañada de una notable meticulosidad en el pago de sus deudas, práctica que le hizo posible asegurarse grandes préstamos

para el pago de su ejército en momentos en que el mismo crédito de Felipe se hallaba temporalmente exhausto. Farnesio era también un gran administrador y poseía el agudo sentido práctico de su madre, Margarita de Parma, a la cual Granvela y el rey deseaban fervientemente asociar con él en el gobierno de los Países Bajos. Margarita era ahora vieja y estaba enferma, y solo de mala gana aceptó volver de Italia a su antiguo puesto en los Países Bajos. Quizá Felipe la recompensase al fin con la fortaleza de Piacenza[6]. Sin embargo, su hijo comprendió que cualquier división del poder en los Países Bajos podía tener consecuencias peligrosas. Se negó a aceptar cualquier limitación de su propia autoridad y se abrió un largo y doloroso periodo de enfrentamientos entre la madre y el hijo, que solo terminó cuando Margarita salió de los Países Bajos, en 1583.

El gradual resurgimiento de la suerte de España en los Países Bajos desde 1578 debe atribuirse tanto a la visión como a la habilidad de Alejandro Farnesio y también a los crecientes desacuerdos entre los partidos para llegar a conseguir unos Países Bajos unidos. Farnesio estaba de acuerdo con el cardenal Granvela en atribuir una superior importancia al factor oportunidad. Existía una época para la paz y una época para la guerra. Aunque en 1578 estaba todavía a la orden del día una política de conciliación, para Farnesio resultaba evidente que las equivocaciones y los fracasos de don Juan habían roto, al menos por el momento, cualquier posibilidad de llegar a una paz honrosa. La negociación sobre una base razonable solo sería posible de nuevo cuando la victoria militar y diplomática hubiese comenzado a restaurar el debilitado prestigio de España. También estaba claro para Farnesio que solo podía encontrarse una solución para el problema de los Países Bajos en las provincias valonas del sur. Si se pudiese restaurar alguna vez la fidelidad de estas al rey bajo unos términos mutuamente satisfactorios, entonces era de esperar que las provincias rebeldes del norte se viesen tentadas a seguirlas.

La posibilidad de Farnesio de recuperar la fidelidad del sur se vio aumentada en gran parte por el rápido crecimiento de la tensión entre el norte y el sur durante el periodo que siguió a la pacificación de Gante, de 1576. Los intentos de Guillermo de Orange de contener a los fanáticos calvinistas en las ciudades del sur habían fracasado visiblemente. En Bruselas, el poder cayó en manos de un comité de defensa –el Consejo de los Dieciocho– elegido por los gremios.

[6] Véase p. 91.

En Gante, una revolución, en octubre de 1577, dio a los calvinistas y a los elementos populares el control del gobierno de la ciudad. Se estableció un comité basado en el modelo de los Dieciocho de Bruselas, y Gante, bajo la dirección de su burgomaestre, Jan van Hembyze, y del fanático ministro calvinista, Peter Dathemus, se convirtió en el centro del radicalismo religioso y social en el sur. A medida que caían bajo el control calvinista y popular una ciudad tras otra, la nobleza del sur se alarmaba cada vez más. Era el odio contra Orange y sus amigos democráticos lo que los impulsó, bajo la dirección del duque de Aerschot, a invitar al archiduque austriaco Matías a reemplazar al depuesto don Juan como gobernador de los Países Bajos. Sin embargo, Orange consiguió jugarle una mala pasada a su viejo rival Aerschot. Utilizando los Dieciocho para presionar sobre los estados, consiguió ser nombrado él mismo teniente general de Matías, en enero de 1578.

Sin embargo, ese mismo mes, don Juan ganó la batalla de Gembloux. Su victoria hizo salir a la luz la oposición a Orange, que estaba dirigida por cierto número de jóvenes nobles católicos –Lalaing, Montigny, Heze– que mandaban las tropas valonas en los ejércitos de los estados. Estos *malcontents,* como se llamaban a sí mismos, estaban preocupados por el bienestar de sus tropas, a las que los Estados generales se habían negado a pagar. Pero también compartían la preocupación general de la nobleza del sur ante la expansión de la dictadura popular y del extremismo calvinista en las ciudades de Flandes y Brabante.

En algunos aspectos, la situación en el verano de 1578 se parecía a la del verano de 1566, cuando la gran furia iconoclasta abrió los ojos a la nobleza a los peligros de una revolución social que parecía alarmantemente cercana. Pero si en 1566 los nobles podían unirse a Margarita de Parma, no existía ninguna posibilidad de que se uniesen en 1578 a una figura tan desacreditada como don Juan de Austria. El archiduque Matías, por su parte, demostró que no se podía contar con él. Así pues, los *malcontents* pusieron sus esperanzas en el duque de Alençon, para quien los Países Bajos habían sido siempre una posible salida para sus ambiciones frustradas. Ante la invitación de los Estados generales, Alençon aceptó, en agosto de 1578, el grandilocuente título de «defensor de las libertades de los Países Bajos contra la tiranía de los españoles y de sus seguidores». Aceptó también promocionar tropas francesas para los Países Bajos, sufragadas por él mismo.

La llamada de los *malcontents* a Alençon y a los franceses resultaba repugnante a los calvinistas más extremistas, para quienes el verdadero espíritu de los Países Bajos rebeldes estaba representado por el gobierno de la ciudad de Gante. Como respuesta calvinista al duque de Alençon, Gante llamó entonces a Juan Casimir del Palatinado. Sin embargo, la postura calvinista estaba llegando a ser peligrosa. El 1 de octubre de 1578, día de la muerte de don Juan, el barón *malcontent* Montigny y sus tropas valonas se apoderaron de la ciudad de Menin, como preparación para un ataque sobre Gante. En el momento, pues, en que Alejandro Farnesio se estaba haciendo cargo del mando de los Países Bajos, sus oponentes se encontraban al borde de la guerra civil, unos llamando a las tropas francesas y otros a las alemanas. Parecía como si se dejase de lado la unión de los Países Bajos creada por Orange, a pesar de los desesperados esfuerzos de este para mantener juntos al norte y al sur. En un último intento de conservar la unidad cuando se derrumbó su política religiosa, prestó su apoyo a los *malcontents* en su llamada a Alençon. Sin embargo, los excesos de los calvinistas habían provocado por entonces una vigorosa reacción católica en todo el sur y, en enero de 1579, las provincias valonas acordaron formar entre ellas la Unión de Arrás. El norte, donde los gobernantes de las ciudades se las habían arreglado para adelantarse a los extremistas y no estaban ya amenazados por una revolución social como sus colegas en el sur, respondieron como era debido, con su propia unión: la Unión de Utrecht. Después de tres años difíciles, el matrimonio de 1576 terminó en divorcio. En el futuro, el norte y el sur de los Países Bajos seguirían caminos separados.

Aunque las provincias valonas habían roto con Guillermo de Orange, esto no significaba su vuelta automática a la completa obediencia a Felipe de España. Para los *malcontents,* la dominación española y la calvinista eran igualmente aborrecibles, y constituyó una difícil tarea para Farnesio vencer su antipatía ante la continuación del gobierno español. Lo hizo por medio de una combinación de astuta diplomacia y éxitos militares. Por el tratado de Arrás, de 17 de mayo de 1579, los representantes de Artois, Hainault, y el Flandes valón acordaron respetar la soberanía de Felipe II y garantizar el mantenimiento del catolicismo como su única fe. A cambio, Farnesio ratificó sus privilegios, confirmó la pacificación de Gante y el *Edicto Perpetuo,* y prometió apartar a todos los extranjeros de los cargos civiles y militares. También aceptó la formación de un ejérci-

to nacional y la salida de estas provincias de los tercios. La retirada de los tercios iba a producir el aumento de las dificultades militares de Farnesio, pero esta concesión era el precio necesario para la reconciliación de los valones, y todavía le daba libertad para utilizar sus tropas en aquellos lugares de los Países Bajos que continuasen manteniendo la desobediencia al rey. Esperaba obtener un nuevo triunfo militar para reforzar el logro diplomático de Arrás. Lo obtuvo a finales de junio de 1579 con la toma de Maastricht, después de un asedio de cuatro meses, victoria que, como había calculado, socavó más el prestigio de Orange, especialmente en las provincias de Flandes y Brabante.

Aunque se llevaban a cabo en Colonia unas pausadas negociaciones para el establecimiento de una paz general en los Países Bajos, bajo el patrocinio del emperador, Farnesio las consideraba como un inútil ejercicio para negociar con alguien tan intransigentemente anticatólico como el príncipe de Orange. La tarea inmediata, según su parecer, era la de continuar la victoria de Maastricht y consolidar la autoridad real en las recién conciliadas provincias valonas. Este fue el mayor y el más permanente de sus logros durante los años siguientes. Las dificultades eran muy considerables, ya que se enfrentaba, por una parte, con el continuo recelo de la nobleza del sur, temerosa de que la autonomía que habían conseguido en el tratado de Arrás fuese desapareciendo poco a poco y, por otra, con la incapacidad de las tropas valonas de reconquistar el territorio rebelde sin la ayuda española. Traer de nuevo a las tropas españolas significaría violar el tratado de Arrás y, por tanto, hacer que se retirasen los *malcontents,* cuya lealtad había sido conseguida solo precariamente.

En el verano de 1580, un noble *malcontent,* Guillermo de Hornes, señor de Heze, fue descubierto conspirando en favor de Alençon. Farnesio lo hizo arrestar y ejecutar, pero se abstuvo de confiscar sus bienes. Era esencial evitar una repetición de los acontecimientos de 1568, cuando la persecución de Alba de los nobles sospechosos había producido fatalmente la hostilidad de la clase dirigente neerlandesa. Esta vez, los nobles fueron complacidos y sobornados, y se hizo para que sus títulos y sus derechos de propiedad se sintiesen seguros. Después de la experiencia que tuvieron del poder popular entre 1576 y 1579, la mayoría de ellos no estaba dispuesta a mostrar una actitud cerrada innecesariamente. Gradualmente, y no de muy buena gana, aceptaron el nuevo régimen, un régimen en el que la amplitud de la influencia española se hizo aceptable por la garantía

de que los privilegios serían respetados escrupulosamente. Su aceptación contribuyó a determinar el carácter del nuevo Estado que estaba comenzando a desarrollarse en el sur de los Países Bajos bajo el gobierno del príncipe de Parma. Católicas y en su forma de ser y de manifestarse, las provincias valonas de los Países Bajos españoles ocuparían debidamente su lugar entre las «sociedades de la contrarreforma» de la Europa del siglo XVII.

El éxito de Farnesio, al recuperar la fidelidad de la clase dirigente valona, facilitó el camino de su próximo paso: traer de nuevo a las tropas españolas. A comienzos de 1582, los estados de Artois, Hainault, Lille, Douai y Orchies (los miembros constituyentes de la unión de Arrás) fueron convocados por Farnesio en la recientemente tomada ciudad de Tournai, donde les expuso que el ejército valón nunca podría conseguir solo la victoria. Con persuasión, los estados aceptaron finalmente la vuelta de los tercios. A finales de ese año, Farnesio tenía bajo su mando casi 60.000 hombres, incluyendo 5.000 españoles y 4.000 italianos. Con un ejército de estas proporciones esperaba realizar su plan de llevar a cabo una gran ofensiva para lograr la seguridad de las provincias valonas y cortar el comercio de los rebeldes con Alemania. Todo lo que necesitaba ahora era dinero. Era cierto que cada vez estaba llegando a España más plata procedente de las Indias; pero quedaba por ver si los Países Bajos podrían disponer de la suficiente para pagar a su ejército.

La victoria de las armas españolas en los Países Bajos no parecía ya tan inconcebible como lo había sido en 1578. Pero esta iba a ser lenta y costosa en tanto que viviese Orange. Carlos V había proscrito una vez en el Imperio a los príncipes desleales, el duque de Sajonia y el landgrave de Hesse. ¿Por qué su hijo no iba a seguir este precedente, poniendo precio a la cabeza de Guillermo? La idea era de Granvela, y Farnesio la consideró inoportuna; pero no pudo mantener su resistencia. En junio de 1580, Guillermo fue proclamado fuera de la ley, y se puso precio a su cabeza: 20.000 escudos.

La objeción de Farnesio a la proscripción de Orange demostró estar plenamente justificada. En vez de provocar la deserción de la masa de Orange, aumentó la devoción popular en el norte hacia un hombre que había llegado a simbolizar en su propia persona la defensa de las libertades neerlandesas contra la tiranía de España. Al mismo tiempo contribuyó también a hacer saltar los últimos lazos de lealtad emocional que unían todavía a Orange con su soberano, Felipe II. Ahora que había sido declarado fuera de la ley por su rey

era fundamental para él justificar sus acciones ante el mundo. En diciembre de 1580 presentó a los Estados generales su famosa *Apología,* que más tarde iba a ser distribuida por toda Europa como el primer disparo de una campaña propagandística contra Felipe II y los españoles. El documento no llevaba firma, sino solo una divisa copiada del emblema de la casa de Nassau, a la que pertenecía Guillermo –*Je le maintiendrai*–. Había sido preparado por su capellán, Villiers, y por el panfletista hugonote Hubert Languet, y representaba al mismo tiempo una defensa de la carrera política de Orange y una violenta denuncia del rey que había puesto precio a su cabeza. Mentiras, medias verdades y leyendas, las emotivas palabras de la *Apología* crearon con éxito la mitología antiespañola que se convertiría en el evangelio de generaciones de protestantes. Allí podían encontrarse, pintados con viveza, todos los elementos constituyentes de la famosa «leyenda negra»: la crueldad, el fanatismo y la tiranía que caracterizaba a los españoles; su persecución de los infelices moriscos; su exterminación de «veinte millones» de indios[7]; los horrores de su Inquisición y la maldad de su rey, un parricida que había «asesinado inhumanamente a su hijo y heredero», y matado a su esposa (Isabel de Valois) para casarse con su sobrina. Sin embargo, detrás de las crudas denuncias había también algo de la filosofía que había inspirado a Guillermo en su lucha: su defensa de la libertad de conciencia, su preocupación por la santidad de los derechos y privilegios tradicionales, su creencia en una sociedad abierta cuyos habitantes, al contrario que los de España, habían de ser libres para estudiar en el extranjero, en la universidad que ellos escogiesen.

Sin embargo, a pesar de sus valientes palabras, Orange se encontraba en una posición excepcionalmente difícil y peligrosa. Era el blanco propicio para la bala de cualquier asesino. Incluso, si sobrevivía, ¿cuáles eran las perspectivas de éxito contra la potencia más grande del mundo? Él era, después de todo, nada más que el dirigente *de facto* de una indefinida confederación de ciudades que habían desafiado la autoridad de su rey. Su deseo de continuar la lucha estaba constantemente en duda, y dependía en último término de la determinación de un núcleo reducido de calvinistas cuyo fanatismo era anatema para la propia forma de pensar templada y tolerante de Guillermo. Este no había podido conservar la frágil

---

[7] La primera edición neerlandesa de la obra de Las Casas, *Breve Relación de la Destrucción de las Indias,* fuente esencial para la «leyenda negra», apareció en 1578.

unión del norte y del sur de los Países Bajos y había contemplado, sin poder hacer nada, cómo el príncipe de Parma recuperaba la lealtad de las provincias valonas y llevaba a cabo una sistemática reducción del territorio rebelde. Guillermo había insistido siempre en que la única esperanza para la revuelta residía en la ayuda desde fuera. Ahora, a comienzos de la década de 1580, esto era más cierto que nunca. Si Farnesio había de ser detenido alguna vez, solo lo sería con la ayuda activa de Inglaterra y de Francia. Sin embargo, Isabel no deseaba arriesgarse en una confrontación abierta con España, y Guillermo no tuvo más remedio que acudir a la figura poco digna de confianza del duque de Alençon, al que siempre podía encontrarse revoloteando por donde las aguas eran más lóbregas. En septiembre de 1580 convenció a los estados de las provincias rebeldes, con cierta dificultad, de que ofreciesen la soberanía a Alençon en vez de a Felipe II.

Había sentido común y lógica en el hecho de recurrir a Alençon –o los hubiese habido si Alençon hubiese sido otro del que era–. La rebelión era anatema para los príncipes de Europa, y para Guillermo, el haberse apropiado de la soberanía hubiese condenado a la revuelta a continuar siendo ilegal a los ojos del mundo. Era más juicioso y más respetable acudir a una figura internacionalmente aceptada, al hermano más joven del rey de Francia. Más aún, Alençon era católico y podía, pues, atraer a las provincias del sur, las cuales Guillermo se resistía a pensar que estaban irremediablemente perdidas. Alençon se encontró también complicado en un galanteo con Isabel, con un sorprendente éxito. Guillermo veía siempre la mano de Dios en los inesperados cambios de suerte que caracterizaban el ondulante curso de la revuelta holandesa. ¿No podía ser Alençon el instrumento escogido por Dios para reconstituir, bajo la protección anglofrancesa, unos Países Bajos borgoñones que disfrutasen de sus tradicionales libertades, y a los que se les aplicasen aquellos principios *politiques* que permitiesen a los hombres de diferentes creencias vivir juntos y en paz?

Alençon, aunque indiferente a las aspiraciones de Guillermo, se encontraba bastante satisfecho de aceptar un ofrecimiento que le proporcionaba por lo menos algo del poder soberano que había codiciado durante tanto tiempo. Naturalmente, podía contar con el apoyo de muchos hugonotes, que veían en este proyecto el medio de reanudar la gran idea de Coligny de una gran campaña en los Países Bajos, que libraría a Francia de sus malos humores. Catalina de Mé-

dicis y Enrique III, por otra parte, mostraban menos entusiasmo. Mientras que Enrique se sentiría complacido al ver desplegado el talento de su hermano para la intriga, tanto él como su madre estaban aterrorizados ante la perspectiva de una reacción de Felipe II por la intervención francesa en los Países Bajos. Sin embargo, Alençon no iba a amedrentarse por las amenazas con las que el embajador español en París intentaba poner nerviosa a su madre. Reunió un ejército en Francia y sitió y tomó Cambrai en el verano de 1581. Pero este fue su único éxito. Las tropas, no habiendo podido recibir sus pagas, desertaron y volvieron a casa, mientras que el mismo Alençon embarcó para Inglaterra en octubre para pedir la mano de Isabel o, si esto fallaba, su dinero.

La posición constitucional de Alençon en los Países Bajos aparecía ahora, de alguna manera, más clara. Cuando se hizo por primera vez a Alençon el ofrecimiento de la soberanía, el infeliz archiduque Matías era todavía nominalmente el gobernador general de los Países Bajos en nombre de Felipe II, un cargo para el que los Estados generales de las 17 provincias le habían designado unilateral e ilegalmente, sin la aprobación ni el consentimiento de Felipe. En las provincias del norte, tanto como en las del sur, los que se oponían a la política de Felipe no habían buscado nunca reemplazar al rey, sino solo actuar en su nombre. Solo cuando Guillermo de Orange fue declarado fuera de la ley por el rey de España perdió su utilidad esta ficción legal. La *Apología* de Guillermo era, en efecto, una repudiación final de la realeza de Felipe, aunque la repudiación esperase todavía una sanción constitucional. Esta llegó en una reunión de los Estados generales de las provincias que constituían la unión de Utrecht, convocada en La Haya en julio de 1581. El 22 de julio, Felipe II fue oficialmente depuesto como soberano de los Países Bajos, y esta acción daba automáticamente por terminados los deberes de Matías como gobernador general suyo, que no había nombrado. El 24, Guillermo aceptó provisionalmente el título de conde de Holanda y Zelanda, ya que estas dos provincias se resistían a aceptar la soberanía de Alençon. Finalmente, el 26, los representantes de Holanda, Zelanda, Güeldres, Frisia, Groninga y Overijssel, Malinas, Flandes y Brabante ratificaron solemnemente el edicto de abjuración por el que Felipe era depuesto. De todas estas provincias, excepto de las dos primeras, Alençon se convirtió en soberano hereditario, con el título de duque, conde o marqués, por el que cada una de las provincias nombraba a su señor.

El edicto de abjuración trasladó a la práctica las teorías expuestas en aquel gran tratado hugonote, el *Vindiciae contra tyrannos*[8]. Como *el Vindiciae,* contenía las doctrinas de moda en el siglo XVI, concernientes a la obligación del príncipe de ser el pastor y el padre de su pueblo. El príncipe que no cumpliese con su deber no era un príncipe, sino un tirano, y sus súbditos tenían derecho a escoger otro gobernante para defender sus leyes y libertades. Estos argumentos eran respetablemente conservadores, pero su aplicación a Felipe II, en julio de 1581, constituyó un acontecimiento revolucionario. Las teorías medievales contractuales, revividas por los hugonotes después de la matanza de san Bartolomé, recibieron ahora el último toque al ser puestas en práctica por los holandeses. La destitución de Felipe II no era una teoría, sino un hecho; y engañosamente envuelta en un ropaje medieval, hizo subrepticiamente su primera aparición en el mundo en un Estado moderno.

Sin embargo, la exacta naturaleza constitucional de este Estado continuaba siendo algo misteriosa, incluso para sus creadores. Un panfleto de 1580 había planteado la cuestión de «si los Países Bajos pueden permanecer sin un príncipe, o como una república popular a la manera de Suiza, o como una aristocracia». Aunque la idea de una república federal según el modelo suizo se había discutido en la década de 1570, y podía parecer muy adecuada para las condiciones peculiares de los Países Bajos, iba a provocar la retirada de aquellos príncipes extranjeros cuya ayuda era esencial si las Provincias Unidas querían sobrevivir. La misma objeción era válida para el otro modelo de un Estado sin rey: una oligarquía veneciana gobernada por un *dux.* Parecía que no podía haber salvación sin un príncipe en el mundo intensamente monárquico de la Europa del siglo XVI. Pero no había duda de que las condiciones bajo las que se le ofrecieron a Alençon la soberanía de las Provincias Unidas guardaban mucho en su constitución de las de Suiza y Venecia. El lento declive de la idea monárquica y sus repetidos fracasos harían que todavía guardasen más.

Las complejidades constitucionales de su nueva posición exigirían claramente el máximo tacto por parte de Alençon. Un mayor tacto requeriría reconciliar a los calvinistas que se encontraban entre sus nuevos súbditos con el gobierno de un príncipe francés católico romano. Sin embargo, Alençon era totalmente inepto para el

---

[8] Véase p. 218.

delicado papel que ahora debía desempeñar. Solo bajo la presión de ruegos y amenazas por parte de los estados holandeses fue como pudo ser inducido a abandonar Inglaterra en febrero de 1582 para establecer su residencia en Amberes, con el título de duque de Brabante. Guillermo de Orange hizo lo que pudo para facilitar a Alençon orientaciones y consejos; pero ni el comportamiento del duque ni el de su soldados franceses estaban calculados para hacerse querer por un pueblo que se sentía ofendido por su presencia desde el primer momento. Sin género de dudas, la aceptación de Alençon constituía el precio necesario para pagar la amistad de Enrique III, pero existía un límite para la que, incluso los partidarios más moderados de Orange, estaban dispuestos a tolerar.

Alençon, por su parte, se estaba encontrando cada vez más incómodo. La masa del pueblo, que tenía en su memoria lo de san Bartolomé, no tardó en entender que él había sido el responsable de un atentado sobre la vida de Orange que tuvo lugar poco después de su llegada a Amberes; así se daba cuenta de que su posición era expuesta e insegura. Temeroso, neurótico, resentido de la impotencia política a la que se encontró condenado, comenzó a acariciar la idea de tomar por la fuerza la autoridad que él consideraba suya por derecho. En la fría e invernal mañana del día de san Antón, el 17 de enero de 1583, las tropas francesas acampadas fuera de las murallas irrumpieron en la ciudad e intentaron atraerse a sus habitantes católicos con los gritos de «¡Viva la Misa!». Sin embargo, los ciudadanos, tanto católicos como calvinistas, respondieron levantando barricadas, y los franceses fueron derrotados en la lucha que siguió. El día de San Antón no sería, después de todo, un segundo san Bartolomé.

La farsa de la *furie française* produjo la terminación de la carrera política de Alençon. Orange, obsesionado todavía por la necesidad de una alianza francesa, hizo lo que pudo para paliar el terrible acontecimiento, pero la reputación del duque estaba acabada. En el otoño de 1583 abandonó los Países Bajos y, humillado, se retiró a Francia. Allí murió, pocos meses después atacado por unas fiebres, el 10 de junio de 1584. En su funeral fue descrito como «un César en arrestos, un Alejandro en aspiración, un Hércules en valor, un Cicerón en elocuencia, un Jonás en celo, un Jehu en prudencia». Estas frases sonoras debieron parecer una burla inadecuada incluso en una época en que los panegíricos estaban a la orden del día.

La temprana desaparición de Alençon puso a Guillermo de Orange en un serio aprieto personal, pero solo porque este quería evitar las

dificultades políticas, las cuales eran menos de su gusto. Alençon había sido siempre una necesidad política para el gran proyecto de Orange respecto a los Países Bajos –un símbolo vivo del principio monárquico, de la concordia religiosa y de la protección anglofrancesa–, todo lo cual era esencial para la realización de sus planes. La idea de Alençon había sido siempre más atractiva que la realidad; pero ahora, desaparecido Alençon, solo existía un vacío y una política en ruinas. No existía un claro candidato para cubrir la vacante, y la conexión con Francia se había desacreditado fatalmente a causa del comportamiento vergonzoso de Alençon. El mismo Orange se había ganado el odio popular en 1583, al casarse por cuarta vez con Louise de Coligny, hija del almirante. Para Orange, este matrimonio representaba todavía un intento más de conservar la debilitada conexión con Francia, que constituía el eje de su política; pero ni incluso el intachable historial calvinista de su nueva esposa podía borrar el pecado original de su nacionalidad.

La desconfianza general provocada por su política profrancesa estaba haciendo cada vez más intolerable para Orange la vida en Amberes, y en el verano de 1583 partió de allí para Middelburg antes de trasladarse a Delft. Su salida de Amberes no pretendía ser definitiva, pero los éxitos de Farnesio reducían diariamente las posibilidades de que permaneciese en cualquier lugar del sur. De cualquier forma, la presencia de Orange era requerida urgentemente en el norte, donde Holanda y Zelanda estaban planeando investirlo de soberana autoridad, con el título hereditario de conde. Aunque el comportamiento de Alençon había desprestigiado la idea monárquica, esta aún no había sido completamente destruida, y Guillermo había llegado aparecer el inevitable candidato para el poder soberano, al cual Alençon había hecho lo posible por desacreditar. Pero Guillermo nunca iba a ser investido con su nueva autoridad. El 10 de julio de 1584, exactamente un mes después de la muerte de Alençon, fue asesinado por un fanático realista del Franco Condado, Baltasar Gérard.

Los Estados generales, al lamentar su muerte, lo describían como *un père de la patrie.* La palabra *patrie,* que había estado frecuentemente en los labios de Orange, era singularmente apropiada. A través de todas las vicisitudes de los veinte años pasados había mantenido fijamente la idea de una madre patria, que exigía incluso una mayor lealtad que la que se le debía al rey. Al comienzo, la *patrie* era quizá para Guillermo poco más que una entidad histórica –el sím-

bolo de los antiguos derechos y privilegios que el rey había desafiado erróneamente–. A lo largo de la lucha, el concepto original adquirió más amplitud y profundidad. Las libertades se convirtieron en libertad: libertad de un poder arbitrario y libertad de conciencia. El odio hacia España y lo que esta estaba haciendo a su país dio fuerza y estabilidad a la visión de Guillermo, y contribuyó a que esta tuviese un significado para la gran masa del pueblo. Hombres de muy diferentes clases sociales habían deseado unirse bajo su dirección en busca de una causa común, porque habían vislumbrado en parte su propósito. Guillermo había cometido fallos; quizá había contemporizado demasiado, aunque sus dudas pueden ser atribuidas en parte a un sentido excepcionalmente agudo de las realidades del poder, que hizo de la búsqueda de aliados extranjeros la base de su política. Pero permaneció siempre, incluso en los momentos más oscuros, fiel a su ideal de «patria», y al hacerlo lo elevó por encima de las personas, incluso de la suya. Lo que da la medida de su labor es que, aunque el padre de su país murió el 10 de julio de 1584, ese país siguió viviendo.

Marnix de Sainte-Aldegonde y otras personas de confianza de Guillermo se cuidaron de que no hubiese una brusca ruptura en la continuidad ni un súbito cambio de política. Los Estados generales de las Provincias Unidas acudieron a la vez a Francia y a Inglaterra para pedirles ayuda, y ofrecieron a Enrique III la soberanía, aunque Isabel –celosa como siempre de la excesiva influencia francesa en los Países Bajos– se hallaba decidida a hacer que este rechazase la oferta. Con todo, a pesar de la ansiedad de Isabel por evitar verse envuelta en un conflicto abierto con España, no podía, al final, haber escapatoria. Desde que Alençon manifestó su deseo de acudir en ayuda de los rebeldes, el conflicto de los Países Bajos se había internacionalizado de tal manera que no podía haber ya una vuelta atrás. Estaban en juego demasiadas cosas en los Países Bajos para que no fuesen escuchadas sus llamadas; y en los meses que siguieron al asesinato de Orange esas llamadas estaban tomando un nuevo cariz de desesperación.

Farnesio marchaba ahora de éxito en éxito, conseguidos en parte por su propia capacidad y en parte por la debilidad y las disensiones de sus enemigos. A medida que se deterioraba la situación militar de los rebeldes aumentaban sus luchas internas. Hembyze, el rey no coronado de los radicales en Gante, fue descubierto cuando mantenía secretas negociaciones con Farnesio y fue condenado a muerte

por sus colegas en agosto de 1584. Pocas semanas después, la ciudad, sitiada, fue obligada a rendirse, y la república calvinista tocó su fin. A finales de ese año, Farnesio había reconquistado Flandes y la mayor parte de Brabante. Bruselas capituló ante sus fuerzas en febrero de 1585, y a continuación, después de un largo asedio brillantemente llevado a cabo, lo hizo la misma Amberes, el 17 de agosto. Al recibir las noticias de la caída de Amberes en la mitad de la noche, el normalmente impasivo Felipe II saltó de su cama excitado y corrió a la habitación de su hija Isabel para decirle: «Amberes es nuestra». En prueba de su gratitud concedió a Farnesio el premio más codiciado de todos: la fortaleza de Piacenza, por la que su familia había estado esperando durante treinta largos años. Se trataba de una recompensa muy merecida, ya que a los siete años, desde su llegada, Farnesio había logrado un éxito casi milagroso. La espectacular recuperación de España en los Países Bajos constituía un notable testimonio de la brillante dirección de un gran militar y hombre de Estado. Pero reflejaba también un desarrollo que producía en todas partes las mayores preocupaciones, las del aumento del impresionante y alarmante poderío mundial de España.

PARTE IV

1585-1598

X. EL CONFLICTO INTERNACIONAL

Los problemas de intervención

Los héroes muertos de la causa protestante, Coligny y Orange, habían advertido con urgencia al mundo en su época de los peligros que lo amenazaban por parte de las ambiciones conjuntas de España y Roma. El proyecto del rey de España, dijo Coligny al agente inglés en París poco antes de san Bartolomé, «es el de erigirse como monarca de la cristiandad, o al menos gobernarla»[1]. Orange, por su parte, había pedido a los príncipes protestantes, y especialmente a los de Alemania, que despertasen antes de que fuese demasiado tarde. El poderío español estaba creciendo; la iglesia se estaba volviendo cada vez más agresiva, y la cristiandad podía ser aplastada de nuevo bajo una tiranía romana.

Alrededor de 1585, estas advertencias parecían más cerca de la realidad incluso que cuando fueron lanzadas. No se trataba solo de que España estaba a punto de reconquistar los Países Bajos y de que su poderío se había incrementado formidablemente a causa de la adquisición de Portugal y de su Imperio, aunque ya esto era motivo de gran alarma. Tal vez resultara aún más terrible la extensión de la conspiración y de la subversión que a través de Europa se llevaba a cabo en nombre de la iglesia católica romana, y, además, con el apoyo o la connivencia de España. En ninguna parte era esto tan evidente como en las islas británicas, en donde los consejeros de Isabel tenían buenos motivos para mostrar su ansiedad. Irlanda, en particular, era una fuente de constantes y crecientes preocupaciones. Realmente, Irlanda representaba un caso, que se podía considerar clásico, de los nuevos problemas planteados a los gobiernos por el choque de las creencias rivales.

El catolicismo en Irlanda, al igual que el protestantismo en los Países Bajos, había cobrado fuerza a causa de su identificación con

---

[1] Cit. en Whitehead, *Gaspard de Coligny,* p. 243.

una causa nacional. Aunque la sociedad irlandesa estaba infinitamente menos sofisticada que la de los Países Bajos, su lucha contra la dominación inglesa se caracterizaba por muchos de los mismos rasgos que marcaron la lucha holandesa contra la dominación de España. En ambas sociedades, una causa religiosa alentaba, y era a su vez alentada, por un sentido de identidad nacional. En ambas, la afiliación de los dirigentes nacionales a un movimiento religioso internacional proporcionaba nuevas oportunidades para asegurar la ayuda internacional. Cuando incluso un rebelde tan primitivo como Shane O'Neill tuvo la ocurrencia de pedir ayuda a París, Roma y Madrid, a comienzos de la década de 1560, estaba claro que las enseñanzas de la nueva época de lucha confesional podían ser aprendidas incluso por los rudos irlandeses. Una vez aprendidas, las enseñanzas no eran olvidadas. En 1578, el notable aventurero sir Thomas Stukeley convenció al papa de que le proporcionase hombres y barcos para llevar a cabo la conquista de Irlanda; sin embargo, desvió sus fuerzas hacia Portugal y perdió su vida con el rey Sebastián en la batalla de Alcazarquivir. No obstante, al año siguiente, una fuerza dirigida por James Fitmaurice Fitzgerald, y acompañada de un legado del papa, actuó con la connivencia española para desembarcar en Irlanda, donde se le unieron el conde de Desmond y sus amigos. Los rebeldes estuvieron en posesión de parte de Munster durante más de un año, y hasta el otoño de 1580 no pudieron las tropas inglesas aplastar finalmente la insurrección.

A pesar de que los rebeldes no lograron triunfar en 1579-1580, Irlanda se estaba convirtiendo, evidentemente, en un nuevo, y potencialmente peligroso, campo de batalla en la lucha entre los protestantes y Roma. Una Irlanda que estaba siendo llevada a la órbita del catolicismo de la contrarreforma y que estaba acudiendo a los estados extranjeros en busca de ayuda contra los ingleses constituía una perspectiva muy molesta para Isabel y sus ministros. Pero unos peligros iguales, o mayores, se les presentaban más cerca. Un creciente número de jóvenes sacerdotes, instruidos en el colegio de William Allen, en Douai, se estaban deslizando en Inglaterra a finales de la década de 1570, y los primeros jesuitas Edmund Campion y Robert Parsons, llegaron en 1580. Incluso allí donde se deseaba, era difícil apartar la conversión y la conspiración. María, reina de los escoceses, languidecía en prisión y constituía una figura atrayente sobre la que se centraban las simpatías y las esperanzas de la Europa católica. Tarde o temprano, los sacerdotes católicos ingle-

ses y los laicos habían de encontrarse atrapados en la maraña de la conspiración que conducía, a través de un laberinto europeo, a la reina cautiva. Todos fueron atrapados en ella en su momento: don Juan de Austria y Gregorio XIII; Felipe II y el duque de Guisa; Esmé Estuardo, conde de Lennox, quien desde 1579 fue la figura dominante en la corte del joven Jacobo VI, y estaba decidido a devolver a Escocia al campo católico y de los Guisa; Bernardino de Mendoza, embajador de Felipe II en Londres; y los exiliados católicos ingleses y escoceses, los cuales revolotearon con esperanzas alrededor de las cortes católicas de Europa, o volvieron a su país con riesgo de sus vidas para tramar la insurrección y la invasión y la muerte de Isabel.

En 1583, sir Francis Walsingham, el principal secretario de la reina y supremo descubridor de complots, siguió unos rastros que le llevaron al arresto de un católico inglés, Francis Throckmorton. Las confesiones del prisionero, obtenidas mediante torturas, revelaron toda la extensión de la conspiración, e irremediablemente implicaron al embajador español, Mendoza, quien había utilizado a Throckmorton como su intermediario para lograr comunicación con María, reina de los escoceses. El embajador fue llamado ante el Consejo en enero de 1584 y se le ordenó que abandonase el país. El complot había fracasado, pero las relaciones angloespañolas habían sufrido un nuevo retroceso, y el país era más consciente que nunca de los peligros que lo amenazaban por parte de la conspiración católica internacional. Sin embargo, estaba claro que los peligros de Inglaterra eran de una clase diferente a aquellos que el catolicismo planteaba en Irlanda. Si en Irlanda podían contar algún día con un amplio apoyo popular tanto Roma como España, los católicos ingleses, alrededor de la década de 1580, constituían una pequeña e incierta minoría, y el país en su conjunto se estaba volviendo cada vez más protestante en su carácter. La amenaza en Inglaterra podía proceder no del levantamiento de un laicado católico reprimido, sino de la actuación aislada de un solitario asesino, el cual, matando a Isabel, sumiría al país en una grave crisis sucesoria. Así pues, la vida y la seguridad de la reina se convirtieron, acentuadamente, en la principal preocupación de los ministros y de la nación. La misma reina, una figura temerariamente vulnerable en un mundo de traiciones, representaba la única garantía del mantenimiento de la tranquilidad y el orden. Solo su vida aparecía entre el país y los peligros de una lucha civil y la dominación española y católica. Así pues, la lealtad a

la reina se cargó de nuevos sentimientos emocionales en una época en la que el nacionalismo inglés se estaba intensificando poderosamente a causa del rápido crecimiento del odio protestante hacia Roma y del odio patriótico hacia los españoles.

La nueva ola de patriotismo protestante en Inglaterra facilitó la tarea de la reina en los asuntos domésticos al alentar la solidaridad nacional, pero al mismo tiempo hizo que su conducta con respecto a los asuntos extranjeros fuese más difícil a causa de las constantes presiones que recibía para que llevase a cabo una política más agresiva. Estas presiones para una política extranjera «protestante» eran muy difíciles de resistir, porque se veían vigorosamente apoyadas por influyentes portavoces en el Consejo y en la corte –especialmente por el conde de Leicester y sir Francis Walsingham–. Durante años, esta facción había estado presionando a la reina y a Burghley para que interviniesen más decisivamente en el continente en apoyo de los rebeldes holandeses y de los hugonotes en Francia. También era esta facción la que, aliada con los comerciantes de Londres y con las clases acomodadas del oeste del país, había hecho tanto para promover el movimiento de la empresa oceánica, que era un elemento tan importante en el nacimiento del nacionalismo inglés y en el declive de las relaciones angloespañolas. Isabel había consentido, o apoyado, actos de piratería cuando estos servían a sus propósitos, pero ella y Burghley habían hecho todo lo que habían podido para evitar cualquier acción irremediable que llevase a los españoles a desquitarse.

Las vacilaciones de la política exterior de la reina parecían indignas y fútiles a la facción Walsingham-Leicester. En la lucha que mantenía el protestantismo por su propia salvación, Inglaterra no tenía derecho a permanecer apartada. Ni la neutralidad podía servir para ningún propósito útil. España y Roma se hallaban embarcadas en un gran proyecto para exterminar el protestantismo en el continente, y un ataque sobre la misma Inglaterra no era más que cuestión de tiempo. Así pues, tanto el interés propio como la innata justicia de la causa exigían la intervención inglesa en Europa para salvar a los protestantes. La conspiración de Throckmorton y el asesinato de Guillermo de Orange habían mostrado el verdadero color de las intenciones españolas. Un fracaso en el apoyo de la revuelta holandesa en este crítico momento solo podía conducir al desastre.

¿En qué medida estaba basada la tesis de Walsingham en una correcta valoración de las intenciones de Felipe II? Existían fuertes

y crecientes presiones sobre el rey de España para que se enfrentase con Inglaterra. En 1583, el marqués de Santa Cruz, reciente su triunfo en las Azores, aconsejó al rey que llevase a cabo una invasión de Inglaterra al año siguiente. Sin embargo, Felipe dejó a un lado el plan, ya que, al igual que Isabel, rehuía también una confrontación abierta. Una de las ironías de comienzos de la década de 1580 era la de que los dos personajes más importantes eran rivales de mala gana. Sin embargo, cada uno de ellos se veía cada vez más arrastrado hacia la guerra. Si Walsingham y sus amigos hacían la posible por influenciar a la reina con el espectro de una conspiración católica internacional, el cardenal Granvela y sus compañeros activistas en España conjuraban con igual plausibilidad el espectro de un complot protestante internacional.

Había suficiente evidencia para apoyar esta demanda: encubierta ayuda inglesa a los hugonotes y a los holandeses; las actividades de Juan Casimir del Palatinado y del *reiter* alemán en Francia y en los Países Bajos; el corsarismo de los ingleses en el Atlántico y en el Caribe; el apoyo anglofrancés al prior de Crato y sus proyectos para la reconquista de Portugal y de las Azores. ¿No era el momento ahora, como sugería Granvela, de dar un primer golpe, quizá en Irlanda, que obligase a los ingleses a reducir su ayuda a los holandeses y a mantener a sus barcos muy ocupados en sus propias aguas?

El año 1584 fue crítico tanto para Felipe como para Isabel. La muerte, en el espacio de pocas semanas, de Alençon y de Guillermo de Orange, cambió de pronto el cariz de los asuntos internacionales. Mientras que Isabel se encontró sumida inexorablemente en el torbellino de los asuntos de los Países Bajos, de la misma forma Felipe se encontró sumido no menos inexorablemente en el torbellino de la lucha interna de Francia. Con la muerte de Alençon, el protestante Enrique de Navarra se convirtió en el presunto heredero de Enrique III, que no tenía hijos. Esto ya era bastante serio, pero las inquietudes más inmediatas de Felipe se centraban en los Países Bajos. Desde el estallido de la revuelta, la principal aspiración de su política exterior en el norte de Europa había consistido en impedir que los franceses se entrometiesen en los asuntos de los Países Bajos. Ahora que Alençon y Orange habían muerto, los holandeses, desesperados, estaban ofreciendo la soberanía de los Países Bajos al rey de Francia. Enrique III debía ser disuadido a toda costa para que no aceptase el ofrecimiento y para que no interviniese de parte de los

rebeldes. Esto podía lograrse manteniéndolo constantemente ocupado en su país, y Felipe estaba dispuesto incluso a ofrecer a Enrique de Navarra una generosa cantidad y un periódico subsidio mensual si tomaba las armas contra el rey y reanudaba las guerras civiles en Francia.

Había, sin embargo, aliados más prometedores y más adecuados en Francia que el hereje de Navarra. Para el duque de Guisa y los católicos, la muerte de Alençon había sido un desastre, ya que los enfrentó a una perspectiva de una sucesión Borbón y protestante. Pero ofrecía también unas oportunidades ante las que Guisa no iba precisamente a apocarse. La casa de Lorena decía ser descendiente de Carlomagno, y por tanto insistía en que tenía un derecho prioritario al trono sobre los Valois y los Borbones, que eran solo descendientes del usurpador Hugo Capeto. Así pues, ¿no hacía la muerte de Alençon presunto heredero de la corona a Enrique de Guisa y no a Enrique de Navarra?

El rey de Navarra gozaba de la ventaja de ser reconocido heredero legal por Catalina y el rey; y se estaba ya moviendo astutamente para identificar su propia causa con la de la supervivencia del Estado. Sin embargo, Guisa era un contrincante con un séquito excepcionalmente poderoso. Contaba con todo el apoyo de los grandes magnates territoriales de la unión Guisa-Lorena: su hermano el duque de Mayenne, y los duques de Nevers, Mercoeur, Aumale y Elboeuf. El embajador de Saboya señalaba a las provincias de Normandía, Picardía y Champagne como muy devotas a Guisa, y consideraba que la nobleza en general era «bien afecta a la casa de Guisa, y que muchos de ellos estaban descontentos con el presente estado de cosas»[2]. El duque también tenía a la ciudad de París de su parte, junto con los clientes de la unión Guisa, y un ejército de funcionarios que le guardaban más fidelidad que al mismo rey. Podía contar también con el ferviente apoyo de un amplio sector del clero y de la población. La perspectiva de una sucesión protestante había vuelto a despertar todos los viejos temores católicos, y la Santa Unión o Liga, muerta desde 1577, fue hecha revivir en 1584, a la muerte de Alençon. Para la Liga, el duque de Guisa era el hombre destinado a salvar a Francia de los horrores de una dominación hugonote.

---

[2] René de Lucinge, *Lettres sur les débuts de la Ligue,* ed. de A. Dufour, Ginebra, 1964, p. 26 (carta del 25 de marzo de 1585).

Si Felipe II estaba preocupado por evitar que Enrique III se embarcase en una nueva aventura en los Países Bajos, contaba claramente con un amplio material que manejar en la crisis doméstica francesa. El pueblo se encontraba cada vez más inquieto bajo el peso de los gravosos impuestos y del creciente agobio económico; los extremistas católicos estaban tomando de nuevo las armas; y los Guisa se volvían con desprecio contra un rey que repartía regalos y cargos entre sus favoritos, los duques de Joyeuse y Epernon. Este era el momento en el que un pequeño desembolso de plata podía proporcionar generosos dividendos. El duque de Guisa había estado recibiendo, de hecho, dinero de agentes españoles, al menos desde 1582, pero los acontecimientos de 1584 hicieron mutuamente ventajoso establecer unas relaciones más estrechas y más formales. El 31 de diciembre de 1584, los Guisa firmaron el tratado secreto de Joinville (su casa ancestral) con el enviado de Felipe, Juan Bautista de Tassis. A cambio de una subvención mensual de 50.000 escudos, los Guisa se comprometieron, junto con la Liga, a trabajar para el exterminio de la herejía en Francia, y para la sucesión del anciano cardenal Borbón, en lugar de la de su sobrino hereje, Enrique de Navarra. Todavía no había lugar para una intervención militar española, pero Felipe había dado un gran paso hacia la implicación en los asuntos domésticos de Francia.

Bernardino de Mendoza, ahora embajador español en París, presionó fuertemente sobre Enrique III, durante el invierno de 1584-1585, para impedir que aceptase la soberanía de los Países Bajos. Las armas diplomáticas de Mendoza fueron poderosamente secundadas por un creciente despliegue del poder de los Guisa. La Liga estaba recibiendo un apoyo masivo por parte de la población urbana del norte católico, el cual odiaba a los hugonotes y se encontraba oprimido por la pesada carga de los impuestos causada por el colapso de las finanzas del gobierno. Al mismo tiempo, Guisa pudo conseguir apoyo entre la nobleza explotando la impopularidad del favorito del rey, Epernon, y de su séquito gascón. No faltaban pretextos, como explicaba el embajador de Saboya, para que Guisa encontrase justificación para el recurso a las armas. Podía decir que estaba resistiendo a un «tirano» en la persona del duque de Epernon, y que estaba luchando para liberar al pueblo «oprimido por los subsidios y *tailles*».

Enfrentado con un clásico ejemplo de facción aristocrática que explotaba el descontento popular y religioso, el aturdido Enrique III

solo podía prevaricar y retirarse. A finales de febrero de 1585 declinó finalmente la oferta holandesa de soberanía. La Liga emitió en marzo, en nombre del cardenal Borbón, la declaración de Péronne, la cual protestaba por la mala administración y las tendencias protestantes de la corona, y llamaba a todos los verdaderos católicos a las armas. Se trataba evidentemente de una oferta de Guisa para hacerse con el control del gobierno, y Enrique carecía del vigor y de los recursos para resistir. En julio, a pesar de los ruegos de Isabel, firmó el tratado de Nemours, mediante el cual cedía a las demandas de Guisa de que todos los edictos de pacificación anteriores serían revocados y proscrita la herejía. El duque de Guisa había jugado con el rey, de la misma forma que el rey y sus nobles jugaban con los yo-yos en París aquel año[3]. Era una humillación que Enrique nunca le perdonaría.

La rendición de Enrique a la Liga fue totalmente inaceptable para Enrique de Navarra, ya que ello significaba una vuelta a los peores días de la represión católica. Pero ahora se le pedía al de Navarra que luchase no solo por su fe, sino también por sus derechos. El tratado de Nemours fue seguido de un edicto eliminándolo de la sucesión al trono, y en septiembre de 1585, el nuevo papa, Sixto V, lo excomulgó precipitadamente. La octava y la última de las guerras civiles francesas que estalló ahora –la Guerra de los tres Enriques (el rey, Guisa y Navarra)– era en realidad una guerra de sucesión. Como sus predecesoras, estuvo presidida por las antipatías religiosas, pero si para Guisa constituía una ventaja exacerbarlas, para el de Navarra lo era apaciguarlas. Guisa no necesitaba el hecho religioso para poner al catolicismo popular de su parte ni para justificar, sobre la base de la herejía de su oponente, su propio entrometimiento en la sucesión. El de Navarra, por su parte, necesitaba separar a la opinión moderada católica del duque de Guisa. A menos que se convirtiese inmediatamente –y esto le produciría la retirada del apoyo de los hugonotes sin asegurarle el de los devotos católicos–, solo podría lograr esto presentándose como de tentador de la legitimidad y como defensor del Estado. Así pues, su política consistió en desalentar la pasión religiosa en lo que fuese posible, y presentarse a sí mismo como el símbolo de las aspiraciones nacionales fran-

---

[3] Nancy L. Roelker, *The Paris of Henry of Navarre as seen by Pierre de l'Estoile,* Cambridge, Mass., 1958, p. 113. Este pasaje me fue gentilmente indicado por el profesor Franklin Ford, de la Universidad de Harvard.

cesas contra una extraña casa de Lorena que disfrutaba del apoyo español, y contra un papado que había hecho revivir indiscretamente las viejas sospechas galicanas interfiriéndose en las leyes de sucesión de Francia.

Así pues, resultaba una ironía el que para sostener su lucha contra los Guisa, Enrique de Navarra tuviese que combinar su patriotismo con las llamadas en busca de ayuda exterior. Solo la reina de Inglaterra podía suministrarle dinero para pagar mercenarios alemanes. Sin embargo, la misma Isabel se encontró simultáneamente enfrentada, en 1585, con urgentes peticiones de ayuda por parte de los protestantes tanto de los Países Bajos como de Francia. No había nada nuevo en esto, y ella había adquirido, a través de una larga experiencia, una misteriosa habilidad para desviar las llamadas en busca de hombres y dinero. Pero la situación del continente era en aquel momento tan grave que se necesitaba claramente una respuesta más positiva. Amberes estaba a punto de rendirse, y la necesidad de que fuesen enviadas tropas en ayuda de los holandeses estaba llegando a ser abrumadora. Las noticias de la alianza de Guisa con Felipe II y la capitulación de Enrique III ante la Liga solo podían reforzarlas. Si se estableciese alguna vez en Francia un gobierno títere controlado por los españoles, España estaría cerca de asegurarse la hegemonía sobre el continente, y el ejército de Farnesio, victorioso en los Países Bajos, estaría libre para llevar a cabo la invasión de Inglaterra.

Isabel y Burghley, por tanto, se encontraron con que no tenían más remedio que aceptar la política preconizada durante tanto tiempo por la facción Walsingham-Leicester de un compromiso más activo con los protestantes del continente. Durante los diez últimos años, esta facción había establecido una estrecha relación personal con el círculo que rodeaba a Guillermo de Orange: hombres como Joachim Ortell y Paulus Buys, que habían llegado a pensar en Inglaterra como la fuente de salvación holandesa. Con una base tan bien preparada, se envió una embajada a Isabel, en junio de 1585, para ofrecerle la soberanía de los Países Bajos. La aceptación del ofrecimiento hubiese comprometido a la reina en un ilimitado apoyo a los holandeses, a los cuales ella continuaba considerando rebeldes, sin derecho a traficar con un título que pertenecía al rey de España. Sin embargo, se declaró graciosamente deseosa de tomar a los holandeses bajo su protección, y fue sobre esta base sobre la que se negoció el acuerdo. El 20 de agosto de 1585, tres días después de la

caída de Amberes, se firmó el tratado de Nonsuch. La reina acordó suministrar un ejército de 5.000 hombres y 1.000 caballos, bajo el mando inglés, por el tiempo que durase la guerra. Como garantía para el pago de los gastos, los puertos de Flesinga y Brill serían guarnecidos con tropas inglesas.

El conde de Leicester, que fue designado comandante de la fuerza expedicionaria enviada a los Países Bajos, desembarcó en Flesinga en diciembre de 1585. Llegó en un momento en el que la suerte de los rebeldes alcanzaba su peor momento. Amberes había caído; solo las cuatro provincias de Holanda, Zelanda, Utrecht y Frisia resistían todavía, junto con parte de Güeldres; y estas provincias estaban desunidas entre sí y desmoralizadas. Los católicos continuaban siendo fuertes y constituían una fuente potencial de traiciones: la pérdida, en 1580, de la provincia nordoriental de Groninga a manos de los realistas a causa de la defección de su estatúder católico, el conde de Rennenberg, había producido un profundo quebranto psicológico que estaba lejos todavía de haberse curado. También el peligro católico había fortalecido la mano de los calvinistas más extremistas. Los regentes de las ciudades iban a remolque de los poderosos predicadores calvinistas, y las provincias más pobres iban a remolque de Holanda, la cual soportaba la mayor carga financiera de la guerra y exigía a cambio la preeminencia en la dirección de la política. En este cenagal fue donde el conde de Leicester puso su pie.

Pronto se puso dolorosamente de manifiesto que el hombre que primero fue aclamado como el salvador de los Países Bajos carecía del tacto y de la finura para la que, en cualquier circunstancia, constituía una delicada misión casi imposible. Enfureció a Isabel al aceptar sin su permiso el título de gobernador general, y se enemistó con la clase dirigente de Holanda y Zelanda al concertar una alianza con el partido popular, calvinista extremista, de Utrecht. En particular, chocó con fuerza con los estados de Holanda y con su intermediario, Jan van Oldenbarneveldt, a causa de un intento de prohibir todo el comercio holandés con España, política que fue apoyada entusiásticamente por los comerciantes de Holanda. Tampoco pudo conseguir ningún éxito militar que restaurase su reputación. La muerte de Felipe Sidney en Zutphen, en 1586, dio un tinte de caballerosidad a una útil, pero mal llevada campaña, la cual minaba profundamente los ya limitados recursos del erario de Isabel. La intervención podía resultar un negocio caro, como también Felipe estaba advirtiendo en Francia.

Dejando aparte su éxito o su fracaso, el mero hecho de la expedición de Leicester puede sugerir que Isabel ahora aceptaba la inevitabilidad de la guerra con España. Una impresión similar podía desprenderse de la dramática intensificación de las empresas marítimas inglesas en 1585. Aunque la guerra no estaba declarada, este fue el año en el que efectivamente Inglaterra y España comenzaron su lucha por el dominio de los mares. En abril, sir Richard Grenville zarpó para la isla de Roanoke para fundar la primera colonia inglesa de América. En mayo, Felipe incautó todos los barcos ingleses que estaban en puertos de la península, como parte de un embargo general cuyo objetivo era acabar con el comercio entre los rebeldes holandeses y la península ibérica. Esta captura provocó una respuesta violenta por parte de los comerciantes ingleses comprometidos en el comercio ibérico, y pidieron y recibieron del gobierno el derecho a desquitarse. Desde el verano, los comerciantes y la gente acomodada que vivía del mar se estaban uniendo en una campaña para asaltar y saquear las costas ibéricas. En septiembre, la reina autorizó un nuevo viaje de sir Francis Drake. El propósito teórico de su expedición era el de liberar a los comerciantes embargados; pero su objetivo real era el de interceptar la flota de la plata y el de hacer una incursión por aguas españolas.

Con todo, incluso cuando Drake estaba atacando Vigo y navegando por el Atlántico para saquear Santo Domingo y Cartagena, Isabel perseguía obstinadamente cualquier iniciativa que ofreciese la más pequeña esperanza de evitar la guerra abierta. Estaba actuando menos por duplicidad que por un prudente sentido de las realidades del poder. Una cosa era autorizar a Drake para que llevase a cabo una expedición que pudiese ser considerada solo como una legítima represalia, y otra, incitar y buscar un enfrentamiento abierto con el Estado más poderoso del mundo. En un tal enfrentamiento, Inglaterra estaba en clara desventaja. Sus recursos financieros eran pequeños comparados con los de España, aunque Burghley había conseguido reunir una reserva de 300.000 libras en 1585. La expedición de Leicester y los subsidios facilitados a Enrique de Navarra habían afectado al erario; y Drake y Hawkins, por su parte, no pudieron traer la plata española que hubiese tapado los huecos. A pesar de los ricos botines conseguidos por los corsarios, la guerra significaba una pérdida de la prosperidad y las consecuentes calami-

dades. Tampoco podía existir una gran confianza en la capacidad de Inglaterra como potencia guerrera. Como se sabe, la marina inglesa era probablemente igual a la de los españoles, aunque nadie podía saber si el país poseía la capacidad para sostener una guerra naval. Pero en tierra, una milicia inexperta, sacada de una población menos numerosa que la mitad de la de España, no parecía tener muchas posibilidades frente a los tercios de Flandes.

El paso decisivo hacia la guerra era más fácil, pues, que viniese de España que de Inglaterra, a pesar del creciente clamor popular que existía en este país para que se llevase a cabo una vigorosa política antiespañola. El cardenal Granvela había estado presionando a Felipe desde hacía tiempo para que emprendiese una acción más enérgica tanto contra Enrique III como contra Isabel. Con su habitual visión de las realidades estratégicas, se había dado cuenta de que la distracción del Imperio otomano a causa de los acontecimientos de su frontera con Persia proporcionaba a Felipe una extraordinaria oportunidad para volver su atención hacia el Atlántico y hacia el norte –una oportunidad que podía ser aprovechada más efectivamente desde la ventajosa posición de Lisboa–. Pero Felipe estaba llegando a cansarse de su inoportuno ministro. En la primavera de 1583 salió de Lisboa con destino a Madrid, donde cada vez consultó menos al cardenal. Cuando el rey cayó seriamente enfermo en 1585, y creó un nuevo cuerpo especial llamado la Junta de Noche para que le aconsejase, Granvela se sintió excluido. Los hombres que contaban con el poder en Madrid eran ahora Cristóbal de Moura, quien había arreglado la sucesión portuguesa; Mateo Vázquez, el secretario del rey; y Juan de Idiáquez, el confidente y colega de Granvela, quien iba a soportar cada vez más el peso del gobierno a medida que el rey envejecía y enfermaba. El mismo Granvela contemplaba los acontecimientos desilusionado desde una posición marginada, y murió –cuatro años después que el otro hombre fuerte del reino, el duque de Alba– en septiembre de 1586.

Sin embargo Felipe, fiel a su carácter, se fue apropiando lenta y vacilantemente de la política del cardenal, aunque rechazó a su persona. Los argumentos que lo cohibían en su conducta respecto a Inglaterra se habían debilitado sensiblemente a causa de los acontecimientos de 1584-1585. La intervención inglesa en los Países Bajos no solo estaba amenazando con impedir la triunfal terminación de la campaña de reconquista de Farnesio, sino que los corsarios ingleses estaban poniendo cada vez más en peligro la seguridad de las

Indias y las rutas transatlánticas de España. Entre la comunidad mercantil española, el aumento de la ofensiva marítima inglesa estaba generalizando la creencia de que la mejor forma de proteger la economía atlántica ibérica era la de llevar a cabo un ataque directo sobre Inglaterra. Ciertamente, la situación internacional era más favorable a una empresa de este tipo, que en cualquier momento anterior de su reinado. El miedo ante la reacción francesa había tendido siempre a inhibir a Felipe en su actitud con respecto a Inglaterra; pero ahora, con Enrique III neutralizado por los Guisa proespañoles, el peligro de una intervención francesa en apoyo de Isabel parecía que, finalmente, había pasado.

Así pues, desde finales del verano de 1585, Felipe estaba cavilando con los propósitos de Santa Cruz para llevar a cabo la «empresa de Inglaterra». Pero todavía necesitaba un claro pretexto legal y moral para una acción de guerra. Este lo proporcionó María, reina de los escoceses, en la primavera de 1586. Antes, en ese mismo año, Walsingham, con la esperanza de asegurar pruebas irrefutables de la complicidad de María en los complots contra Isabel, había ideado un medio para que aquella se comunicase con Francia. En una carta del 20 de mayo a Mendoza, en París, se declaraba dispuesta a transferir, según su deseo, los derechos de sucesión al trono inglés de su hijo hereje Jacobo a Felipe de España. A cambio, Felipe la tomaría bajo su personal protección, y vengaría las injusticias que se le habían hecho a la reina injuriada.

La respuesta favorable de Felipe a la carta de María lo comprometía en su ayuda; pero parecía que tanto los intereses de ella como los de Felipe podían ser mejor servidos por medio del asesinato de Isabel que por el de una costosa y difícil invasión de Inglaterra. En julio, Mendoza fue informado privadamente de que estaba siendo tramada una conspiración por Anthony Babington, y fue preguntado si podía esperarse una ayuda española en el caso de que se produjesen levantamientos católicos en Inglaterra y en Escocia. Pero Walsingham fue también informado del complot, como lo había sido Mendoza, y Babington y sus cómplices fueron apresados y ejecutados. Quedaba el agonizante problema de la misma María. Aquellos que deseaban terminar con su turbulenta vida, habían sido ayudados grandemente por el derrocamiento en Escocia, en otoño de 1585, del partido francés creado por Esmé Estuardo, duque de Lennox, que había muerto en 1583. La firma con Jacobo VI del tratado de Berwick, en julio de 1586, les dio más ánimos. En virtud de este

tratado, Inglaterra y Escocia se prometían mutuamente ayuda en caso de una invasión extranjera, y se le ofreció a Jacobo un subsidio de 4.000 libras al año. El delicado tema de la sucesión inglesa quedaba, como siempre, como si fuera tabú, pero Jacobo tenía buenas razones para creer que, si se comportaba prudentemente ante los ojos de Isabel, la recompensa vendría por sí sola al final. Si un día tuviese que escoger entre la corona de Inglaterra y la vida de su madre, había pocas dudas sobre dónde estaría su preferencia.

En octubre de 1586, se nombró una comisión para el proceso de María, reina de los escoceses, y, como era de esperar, la encontraron culpable. Isabel no podía soportar la muerte de una reina hermana, y los ruegos de clemencia de Jacobo fortalecieron su resistencia a las peticiones de su Consejo y de su pueblo para que llevase a cabo la ejecución de María. Sin embargo, cuando Jacobo insinuó en su correspondencia privada que no anulaba el tratado de Berwick para salvar a su madre, Isabel se encontró sola para defender una causa desesperada. Durante semanas padeció agonías de indecisión, pero al fin se le arrancó una orden de muerte, y María subió al patíbulo en Fotheringay el 18 de febrero de 1587.

Mientras que el destino de María pendía aún sobre la balanza, Juan de Idiáquez redactó un memorándum para que Felipe perfilase los argumentos en pro y en contra de una invasión de Inglaterra. El coste de la empresa, afirmaba, podía muy bien exceder a los beneficios, si se tenían en cuenta los ingresos de una Inglaterra conquistada.

> Pero ahondando la materia, parece la empresa forçosa por obligación de defensa, desnuda de ofensa y ambición, porque tan estendidos estados como son los de V. Magd. no se pueden cubrir ni guardar sino con tal rigor de castigo sobre quien una vez se le atreve…

Si Inglaterra consiguiese ser conquistada y la reina de los escoceses estuviese entonces muerta, Felipe estaría libre para disponer del país como deseaba,

> que es con esto que han subido los monarcas y crecido las monarquías, no haciendo propiedad de todo, sino aplicando muchas partes a miembros y hechuras suyas. Si pone vuestra magestad a Inglaterra, que ahora revuelve Flandes y le desasosiega las Indias, infesta toda la mar, una persona dependiente de sí, no hay en la cristiandad quien le enoje, porque Francia, que es la que podría, quedará enfrentada con esto y con lo que está sembrando allí.

Los motivos para llevar a cabo la invasión eran, pues, abrumadores. Aún más, la causa era justa, y el rey podía esperar sin duda la debida recompensa de Dios.

El memorándum de Idiáquez pone de manifiesto de una forma viva las consideraciones que presidían la política de Madrid durante esos meses cruciales antes de que se llegase a una firme decisión sobre la empresa de Inglaterra: el profundo sentimiento de frustración y la incapacidad del poder español para aplastar la revuelta holandesa y lograr la seguridad de la economía marítima de España; el concepto de una forma de hegemonía, por el cual los clientes leales del rey de España gobernaban los estados de Europa, y su tradicional enemiga, Francia, era firmemente sujeta; y la creencia en la coincidencia de los deseos de Dios y de los intereses de España. Las noticias de la ejecución de María solo sirvieron para dar fuerza a un asunto que parecía ya suficientemente fuerte. Sin embargo, en ciertos aspectos, facilitó la tarea de Felipe. En tanto que María permaneció viva, continuó siendo la verdadera heredera del trono de Inglaterra, y la conquista de Inglaterra, que la hubiese convertido en reina, hubiese sido menos ventajosa para España que para Francia y para sus parientes, los Guisa. Ahora era segura, aunque trágica, su muerte, y el heredero que había designado era Felipe. El rey podía, por tanto, presentarse ante el mundo como el vengador de una reina mártir, el defensor de la legitimidad y el paladín de la causa católica contra los dos gobernantes herejes: Isabel de Inglaterra y Jacobo IV de Escocia.

Al luchar por la causa católica, Felipe requería no solo la bendición espiritual del papa, sino también su apoyo financiero. Durante el largo pontificado de Gregorio XIII se había producido el acostumbrado roce entre Felipe II y el papado; pero el papa, mostrándose impaciente e inquieto, había sido obligado a aceptar de mala gana que al final fuese el rey el que marcase la pauta. Si protestaba, como lo hacía con frecuencia, contra las prevaricaciones y retrasos de Felipe, era posible que se encontrase firmemente acallado por el igualmente irascible conde de Olivares, que había llegado a Roma como embajador español en 1582[4]. Sin embargo, el 19 de abril de 1585 murió Gregorio a la edad de ochenta y tres años, y Olivares se encontró enfrentado, en la persona de Sixto V, con un papa de temple muy diferente.

---

[4] Embajador en 1582-1591, Enrique de Guzmán, conde de Olivares, era el padre del gran ministro y favorito de Felipe IV, Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, que nació en Roma en 1587.

Como otros antes que él, Olivares había desestimado a Sixto, en parte, sin duda, porque hablaba demasiado. Pero fue la extraordinaria fluidez de sus sermones lo que hizo que Felice Peretti, hijo de un jardinero campesino de ascendencia eslava, comenzase su espectacular carrera eclesiástica. Al entrar en la orden franciscana adquirió fama por sus predicaciones, y fue elevado a la púrpura como cardenal Montalto por Pío V. Las luchas interiores de Italia fueron llevadas al cónclave que siguió a la muerte de Gregorio, el cual se caracterizó por la dura lucha entre los cardenales Farnesio y Médicis. El anuncio del rey de España de su neutralidad parecía sugerir que el poco afortunado cardenal Farnesio podría al fin lograr la tiara; y para impedir este infausto resultado el cardenal de Médicis dirigió subrepticiamente –y casualmente con éxito– el apoyo favorable al cardenal Montalto.

Al elevar a Montalto, de sesenta y cuatro años, al trono papal, los cardenales se dieron cuenta de que habían escogido a un sucesor de Gregorio relativamente joven y vigoroso, pero nadie se hallaba preparado para el enérgico torbellino de los cinco años del pontificado de Sixto V. Allí estaba un hombre que no solo hablaba, sino que también actuaba; que se lanzaba con una energía turbulenta a cualquier clase de empresa, desde la reforma de las finanzas papales hasta la revisión de la *Vulgata,* desde la reconstrucción administrativa de los estados temporales del papado hasta la reconstrucción física de la Ciudad Eterna. Si alguna acción simbolizaba el carácter del nuevo pontificado, esa era la erección del gran obelisco en la plaza de san Pedro en 1586. Todos le decían que eso era imposible. Pero ante el imperioso mandato de Sixto, el proyecto en el que los papas habían soñado durante ciento treinta años fue realizado en igual número de días por el arquitecto papal Domenico Fontana. No podía haber más llamativa confirmación de la firme convicción de Sixto de que el deseo humano, bajo el impulso divino, podía remontar cualquier obstáculo. Si la valoración final de su pontificado no confirma enteramente la realidad de su convicción –si en ocasiones parece que hubo más ruido y entusiasmo que sólidos logros– fue porque, incluso para un Sixto, hay ciertas cosas que son imposibles.

Por ejemplo, fue una desgracia para Sixto que tanto Enrique de Navarra como Isabel de Inglaterra fuesen herejes. Eran gobernantes de su propio gusto, y deseaba verlos abrazados por los acogedores brazos de la iglesia, y esto no solo a causa de sus grandes cualidades personales, sino porque veía en ellos lo que más necesitaba:

un contrapeso efectivo para el abrumador poder de España. Como sus predecesores, encontraba a este intolerablemente opresivo, y la situación se exacerbó a causa del matrimonio, en el primer año de su pontificado, de la hija más pequeña de Felipe, Catalina, con el joven Carlos Manuel, que había sucedido a su padre Manuel Filiberto, como duque de Saboya, en 1580. El matrimonio, que amenazaba con extender la influencia española por todo el norte de Italia, le llenó de presagio y le acercó a Toscana y Venecia, que temían tanto a la dominación española como él mismo.

Con todo, no existía salida para el dilema que había perseguido a sus predecesores. Contra el instintivo disgusto papal y desconfianza de España, debe tenerse en cuenta la promoción y la extensión de la fe, que desgraciadamente para él dependía de la fuerza de las armas españolas. En Francia, el celo de Sixto por la fe le llevó, al comienzo de su reinado, a realizar una política que, con el tiempo, lamentaría amargamente. Se dio cuenta demasiado tarde de que su apoyo a la Liga y su excomunión de Enrique de Navarra habían servido solo para reforzar la influencia de Felipe, para acercar más a Enrique de Navarra a Isabel, para agitar las peligrosas fuerzas del galicanismo. Y aún, si la Liga luchaba casi sola por la fe, y Navarra rechazaba la idea de conversión, ¿qué más podía hacer Sixto? Lo mismo ocurría con respecto a Inglaterra, donde su apertura hacia Isabel era –de ningún modo sorprendentemente– rechazada. ¿A quién podía acudir en busca de ayuda que no fuese a Felipe contra esa Jezabel?

Fue la ejecución de María, reina de los escoceses, lo que finalmente llevó a Sixto a colaborar con los planes españoles. Mostró su ira en el consistorio contra la reina Isabel, y, en un gesto de desafío, hizo a William Allen cardenal. Ya a finales de 1585 había renovado la bula de la cruzada española durante siete años más. Ahora, en julio de 1587, llegó a un acuerdo con Olivares para proporcionar un subsidio de un millón de ducados, con la condición de que se enviase una expedición contra Inglaterra antes de que terminase el año, y de que Felipe colocase en el trono inglés a un príncipe que restaurase la fe romana. Desde este momento, pues, la empresa contra Inglaterra parecía asegurada con el apoyo del papa. A medida que los barcos para la gran expedición se iban poniendo a punto en los astilleros españoles, parecía como si finalmente convergiesen las líneas de división secular y religiosa. Alineadas contra los protestantes de Inglaterra, Francia y Holanda estaban las fuerzas de España y de la contrarreforma. Sin embargo, todo ello daba la impresión de una combinación

incomparablemente más monolítica de la que realmente existía. Si las principales fuerzas de la contrarreforma eran España, el papa y los jesuitas, entonces, incluso en este momento crucial, la alianza debía ser poco firme. Era aquel un papa al que le disgustaban los jesuitas y que odiaba a los españoles; que estaba desesperadamente ansioso por lograr la restauración del catolicismo en Inglaterra, pero que veía con angustia cómo esto llevaría consigo el establecimiento de un cliente de Felipe II en el trono inglés; y que sospechaba, y quizá en el fondo casi se atrevía a esperar, que la empresa a la que había concedido sus bendiciones terminase en un fracaso y en una derrota. El triunfo de la fe constituía el ideal más elevado tanto del rey como del papa. Pero si por una vez, en 1587-1588, la diplomacia y el dogma marchaban codo con codo, resultaba extraordinariamente difícil que cada uno contuviese su deseo de seguir caminos distintos.

La Armada y la Liga

La preparación de la Armada española fue un asunto laborioso. El marqués de Santa Cruz había proyectado en principio una flota de alrededor de 500 barcos, que transportasen 60.000 soldados y que costase como mucho un total de cerca de cuatro millones de ducados. Los barcos tenían que ser construidos en los astilleros de España y de Italia; tenían que prepararse las contratas para la artillería, la madera y los abastecimientos, la mayor parte de lo cual solo podía adquirirse con grandes gastos en el norte de Europa y en el Báltico. Además, en abril de 1587, sir Francis Drake, que acababa de regresar de su expedición de saqueo por el Caribe, llevó a cabo su famoso asalto a Cádiz. Allí destruyó veinticuatro barcos y cierta cantidad de material antes de salir para el cabo de San Vicente, donde apresó algunos barcos españoles y se apoderó de gran cantidad de duelas, necesarias para construir los barriles destinados a llevar las provisiones de la flota.

El impacto de la expedición de Drake sobre Cádiz iba a retrasar hasta 1588 una invasión que había sido proyectada para 1587. Las actividades de Drake no solo habían obstaculizado seriamente la preparación de la Armada, sino que habían obligado a Santa Cruz a zarpar con destino a las Azores en junio, para proteger la flota de la plata. Aunque la flota llegó con la debida seguridad a Sevilla, Santa Cruz y sus hombres no se hallaban en condiciones, a su vuelta a

Lisboa, para embarcar inmediatamente en la expedición contra Inglaterra. La salida de la flota quedó aplazada, y todavía no estaba lista en febrero de 1588, cuando murió Santa Cruz en Lisboa. Su forzado sucesor fue el duque de Medina Sidonia, cuya larga experiencia en la preparación de flotas en Andalucía le convirtió en la persona adecuada para la organización final de la Armada, aunque no tanto para hacerse cargo de su mando, Cuando llegó a Lisboa aceleró los últimos arreglos bajo la distante, pero atenta, vigilancia de un rey que cada vez aparecía más desacostumbradamente impaciente; y el 30 de mayo, una Armada de 130 barcos se hallaba dispuesta en el mar.

La estrategia que debía seguir la expedición de la Armada había sido establecida por el rey después de unas lentas consultas con Santa Cruz y Alejandro Farnesio, en el curso de las cuales estuvo sujeta a cambios constantes de planes. Como se decidió finalmente, había que buscar la unión de la Armada y del ejército de Farnesio, que sería embarcado en gabarras y escoltado por la Armada a través del canal inglés. Esto exigía un grado de coordinación muy improbable en las condiciones del siglo XVI, y el proyecto peligró desde el principio por la falta de un puerto de aguas profundas para los galeones en los Países Bajos. Farnesio, con su aguda visión para las cuestiones esenciales, se daba cuenta con temor de los problemas estratégicos y logísticos que esto implicaba. Este había mostrado siempre una profunda inquietud sobre esta azarosa e incierta empresa, que implicaría la relegación de sus propios planes para la reducción de los Países Bajos a un lugar secundario. También, la invasión de Inglaterra le privaría de refuerzos y de dinero, de los cuales se consideraba ya mal suministrado injustificablemente. Así pues, insistió en su correspondencia con el rey sobre algunas condiciones previas antes de que zarpase la flota invasora: debía guardarse absoluto secreto sobre su objetivo; el sur de los Países Bajos debía ser bien defendido para impedir cualquier intento de invasión desde Francia; y la misma Francia debía ser inmovilizada por sus conflictos interiores, de tal forma que Enrique III se viese incapaz de proporcionar cualquier clase de ayuda a Isabel.

El retraso en el envío de la Armada había ya puesto en peligro el secreto en el que había insistido Farnesio. Por otra parte, su estipulación sobre la pasividad de Francia se había visto muy contrariada como resultado de los acontecimientos de 1587. Por un momento la situación pareció poco prometedora. Los subsidios de Isabel habían

permitido a Enrique de Navarra conseguir los servicios de un gran ejército de mercenarios suizos y alemanes, que cruzó la frontera de Lorena en agosto de 1587 bajo el mando del barón Von Dohna. Con el objeto de impedir la unión de las fuerzas de Navarra y del ejército de socorro de Dohna, Enrique III se colocó él mismo en el Loira con el principal cuerpo de ejército de las tropas reales. Desde allí envió a Guisa a combatir contra los alemanes, anticipando su derrota, y a su favorito Joyeuse a combatir contra el de Navarra, el cual no esperaba que presentase batalla. Desgraciadamente para el rey, había calculado mal de nuevo. Navarra derrotó y dio muerte a Joyeuse en Coutras el 20 de octubre, y el 24 de noviembre, en Auneau, Guisa derrotó a Dohna y a su *reiter* alemán, al que no había podido unirse Navarra. Como resultado de ello, el duque de Guisa fue recibido con clamorosas aclamaciones como héroe de la Francia católica, mientras que la Liga se agitaba en todas partes contra Enrique III y su favorito, el duque de Epernon.

La victoria de Guisa en Auneau parecía que iba a tener consecuencias más inmediatas que la de Navarra en Coutras, y el embajador de España en París, Mendoza, podía sentirse satisfecho con razón. Existían ahora todas las posibilidades de que la Liga se encontrase en posición de sujetar a Enrique III, como seguramente deseaba hacer tanto por motivos de propio interés, como por convicción. La Liga podía ser solo una deficiente combinación de la Casa de Lorena, gentes acomodadas descontentas, clero extremista y ciudadanos quejosos, pero representaba un movimiento vigoroso de protesta al que España podía esperar, justificadamente, utilizar en su propio provecho.

La amistad del duque de Guisa estaba asegurada en tanto que la plata española pudiese ser utilizada para poner el cebo en la trampa. Siempre recibiría con agrado la ayuda extranjera si con ello mejoraba sus propias posibilidades para asegurarse la sucesión; y el interés de España en explotar la debilidad de la monarquía coincidía exactamente con el suyo. Él podía esperar con confianza en el apoyo de sus muchos seguidores, que le permanecerían leales dondequiera que los llevase, y también en el de las ciudades del norte y este de Francia, en donde el descontento se estaba acentuando. Casi treinta años de intranquilidad y de guerra habían hecho decaer el comercio y la industria, y algunas regiones habían sufrido la devastación por parte de bandas merodeadoras. Además de todo esto, la insolvencia real había dado origen a una petición de impuestos inacabable (la

taille, solamente, se elevó desde siete millones de *livres* en 1576 a dieciocho millones en 1588). El aumento de los impuestos afectó más gravemente a las ciudades; y esto, en la práctica, servía solo para las ciudades del norte de Francia, ya que las del sur se habían separado de hecho para formar un Estado *politique*-hugonote por su cuenta. Destinadas a soportar una carta, todavía más pesada a causa de la defección del sur, las ciudades del norte volcaron su odio sobre los hugonotes que no pagaban ningún impuesto, y sobre el disoluto rey en cuyo nombre se habían establecido estos.

Dentro de las ciudades, algunos sectores de la población tenían buenas razones por sí mismos para explotar el descontento general. Hasta la década de 1570 la venta por parte de la corona de un número cada vez mayor de cargos judiciales y administrativos hicieron posible una considerable movilidad social; pero bajo el reinado de Carlos IX y Enrique III la creciente tendencia de la monarquía de sancionar la sucesión hereditaria de los cargos había comenzado a convertir a los funcionarios en una casta cerrada y perpetuada en sí misma. Las oportunidades de conseguir un cargo estaban, por tanto, disminuyendo en el mismo momento en el que las difíciles circunstancias económicas hacían de un cargo gubernamental o judicial una muy deseable alternativa frente a la industria o el comercio. Esto significaba que cada ciudad importante en la década de 1580 tenía sus ciudadanos aspirantes y molestos. En particular, los letrados y los notarios estaban envidiosos de la posición e influencia alcanzadas por las familias de los funcionarios.

Apartados de los cargos en los *parlements* y en la administración real, muchos de estos letrados habían conseguido, sin embargo, colocarse en los puestos municipales y en las corporaciones urbanas. En 1578, esta clase de *avocats* ambiciosos dominaba gran parte del gobierno de la ciudad. Disfrutaban de este poder, pero era insuficiente para satisfacer sus ambiciones. Comenzaron a creer, cada vez con mayor fuerza, que ellos eran los defensores de las comunas virtualmente autónomas, que salvaguardaban los intereses de la municipalidad y del pueblo contra sus enemigos y opresores: las clases acomodadas, los funcionarios y los agentes de una autoridad real que se derrumbaba. Al buscar la alianza del pueblo para su causa, encontraron adictos en los *curés* y en las órdenes mendicantes –franciscanos, dominicos y carmelitas–, los cuales denunciaban la riqueza de la organización eclesiástica, y predicaban la necesidad de un retorno a la absoluta pureza de la fe y de la moral, con una pasión y

elocuencia que igualaba a las de sus rivales calvinistas en los Países Bajos. También fueron los predicadores los que –como en los Países Bajos– actuaron como agitadores y organizadores de la revuelta. Entre ellos forjaron los lazos de una cadena conspiradora, la cual, a finales de 1587, unió en un solo movimiento subversivo a la Liga de París y a sus iguales en las provincias.

Inevitablemente, los predicadores y los agitadores llegaron más lejos y más rápidamente que las corporaciones municipales. Incluso donde estas se hallaban dominadas por los simpatizantes de la Liga, el instintivo temor ante la inquietud popular característico de todos los concejos ciudadanos hizo que se diesen prisa en sujetar a la Liga durante todo el año de 1587. Pero aunque el gobierno de las ciudades provinciales se mostraba al menos de acuerdo con las ideas de la Liga, el gobierno de la capital, a pesar de sentirse desilusionado con el rey, permanecía hostil a la Liga. La hostilidad del gobierno de la capital obligó a la Liga de París a tomar un camino extremista desde el principio. Letrados, notarios, clérigos y doctores de la ultracatólica Sorbona eran los dirigentes naturales de la revuelta, mientras que los artesanos y los tenderos fueron formados en una organización militante que podía ser lanzada lo mismo contra el rey que contra las autoridades municipales. La ciudad fue dividida en secciones, eventualmente en dieciséis; se estableció un concejo secreto, que fue conocido con el nombre de Concejo de los Dieciséis; y fueron enviados agentes para establecer contacto con las ciudades provinciales, y para propagar los ideales de la Liga entre la población de París.

Durante el año 1587, los habitantes de la capital se mostraron inquietos y excitados. Los precios de los alimentos se habían elevado; la ciudad estaba hambrienta; y los sacerdotes y los frailes alentaban el entusiasmo religioso con medios como el de relatar con todo cúmulo de detalles los sufrimientos de María, reina de los escoceses, y de los mártires católicos ingleses. Enrique III era consciente de los peligros que tenía para él mismo una capital hostil, y encerró en prisión a tres de los más notables predicadores el 2 de septiembre de 1587. Pero al toque de trompeta, la Liga mostró su fuerza desafiando a la autoridad real, y Enrique III desistió de tomar nuevas medidas enérgicas que pudiesen restablecer su dominio sobre la capital. La Liga de París conocía ahora su propia fuerza, y la victoria del duque de Guisa en Auneau aumentó su confianza. No podía haber ya ninguna duda de su valor tanto para Guisa como para Mendoza.

Bien manipulada, era capaz de presionar decisivamente sobre Enrique III en un momento crucial para los asuntos de Francia, así como para los de Europa. Para Guisa, podía ser utilizada para destruir al intolerable favorito del rey, Epernon. Para Mendoza, podía servir para mantener entretenido al rey mientras que la Armada marchaba contra Inglaterra, y así evitar que acudiese en defensa de Isabel.

En los primeros meses de 1588, Guisa y Mendoza trabajaron en estrecha colaboración. Guisa se encontraba bastante satisfecho de apoyar el proyecto de una invasión a Inglaterra. Ello vengaría la muerte de su prima María, reina de los escoceses; y de cualquier forma se sentiría bien respaldado por los españoles en sus tribulaciones. Así pues, los lugartenientes de Guisa fueron instruidos para asegurar los puertos del canal como abrigo para la Armada en caso de emergencia. Mendoza y Guisa estaban también en estrecho contacto con el Concejo de los Dieciséis. Desde hacía tiempo, los Dieciséis habían preparado los planes para hacerse con el poder en París, y Mendoza se hallaba ansioso por que esta acción fuese sincronizada con la partida de la Armada.

Sin embargo, el embajador español y el duque de Guisa no eran los únicos hombres con proyectos ambiciosos en la primavera de 1588. Enrique III encontró intolerable que su autoridad fuese desafiada por los ciudadanos de París, y siguió con creciente ansiedad la consolidación del poder de Guisa y los preparativos españoles para la conquista de Inglaterra. Había llegado el momento de tomar decisivas contramedidas que le salvasen, tanto a él como a los ingleses. Pero ahora, en vez de apresar a unas cuantas personas, utilizaría a sus tropas en París. Entretanto, el duque de Nevers, su recién nombrado gobernador en Picardía, obligaría al guisardo duque de Aumale a abandonar sus recientes conquistas; y el duque de Epernon, como gobernador de Normandía, despejaría los puertos del canal y acudiría en ayuda de Inglaterra, bien directamente o indirectamente por medio de un ataque sobre Flandes.

Hacia finales de abril de 1588, Enrique introdujo 4.000 soldados suizos en el Faubourg Saint-Denis. Los dirigentes de la Liga se hallaban bien preparados para desencadenar la revuelta popular en cualquier momento. Es posible que se echasen atrás ante la solicitud de Mendoza, quien deseaba que no se llevase a cabo ninguna acción decisiva hasta que la Armada hubiese zarpado; pero el grado de confabulación entre Mendoza y la Liga de París no puede determinarse fácilmente. Los Dieciséis pudieron simplemente haberse com-

prometido en evitar los riesgos que llevaba consigo una insurrección popular. Si Guisa pudiese ser convencido para que fuese a París, su sola presencia acaso resultase suficiente para intimidar al rey. En respuesta a la urgente llamada de los Dieciséis para que acudiese en ayuda de la ciudad, el duque partió de Soissons hacia París, en la que entró el 9 de mayo con el acompañamiento de una multitud entusiasta que le aclamaba a su paso. Su primer acto fue el de presentar sus respetos a la sobrecogida Catalina de Médicis, y luego –típica bravata– intentó mantener una audiencia con su rey, que le había prohibido estrictamente pisar la capital. Enrique hubiese podido, si así la hubiera deseado, asesinar a Guisa en ese momento; pero había una frenética multitud fuera del Louvre y rehuyó un acto de violencia.

En vez de eso, el rey planeó un *coup* militar que pusiese en sus manos a los dirigentes de la Liga de París y al mismo duque. La milicia ciudadana debía ocupar los puntos estratégicos como preparación para la entrada de las tropas suizas y la guardia francesa que se hallaba estacionada en los suburbios. De hecho, no podía confiarse con este estado de cosas en la milicia; pero las tropas del rey marcharon por una ciudad silenciosa, sin oposición, en las primeras horas de la mañana del 12 de mayo. El rey, al menos así daba la impresión, había tomado su capital sin que se disparase un solo tiro.

El único barrio que mostró algunos signos de estar dispuesto a defenderse fue el barrio Latino, cuyos habitantes comenzaron a construir barricadas en las calles. Entretanto, los suizos se mantuvieron en sus puestos de acción esperando órdenes que nunca llegaron. Viendo que nada pasaba, la masa del pueblo se hizo más intrépida. Por todas partes se levantaron barricadas; y bajo el cálido sol de la tarde, los ánimos comenzaron a encenderse. Entonces, cuando tocaron las trompetas, la multitud se lanzó contra las tropas, que encontraron su retirada obstaculizada con las barricadas. Ante la lluvia de proyectiles, muchos de los soldados tiraron sus armas. El rey, por su parte, completamente sorprendido por el curso de los acontecimientos, acudió desesperadamente a Guisa para rescatar a los suizos y aplacar a la turba, a la cual él solo podía controlar. Cuando el duque recorrió a caballo, desarmado, las calles, la rebelión se tornó en una triunfal celebración de la victoria. Las barricadas desaparecieron; los regimientos reales derrotados fueron autorizados a abandonar la ciudad; y fueron encendidas fogatas durante toda la noche. Pero mientras que París celebraba el triunfo, el rey se deslizaba dis-

cretamente por la desguarnecida Porte Neuve y huía de la capital, la cual, durante unas cuantas horas, había creído suya.

A pesar de la huida del rey, el éxito del día de las barricadas había sido tan satisfactorio para los españoles que podía muy bien haber sido preparado por el embajador español. Quizá lo fue. Pero más probablemente fue la consecuencia, mitad accidental y mitad planeada, de una serie de acontecimientos originariamente puestos en marcha por la propia decisión del rey, en abril, de ordenar a sus tropas que se estacionasen en los suburbios de París. Una vez que esto sucedió y que los dirigentes de la Liga llamaron al duque de Guisa en su ayuda, difícilmente podía evitarse una explosión popular en una ciudad en la que las emociones se habían convertido durante meses en accesos de fiebre. Pero en cualquier caso, Mendoza se sentía completamente satisfecho al mirar hacia atrás, hacia aquel día trascendental. Ello significaba, como escribió a Felipe II, que «el rey francés será totalmente incapaz de ayudar a los ingleses»[5]. Esta afirmación demostró ser cierta. La huida de Enrique le había dejado sin poder, y Epernon abandonó el gobierno de Normandía y se retiró a Angulema. Cuando al fin la Armada comenzó a enfilar majestuosamente el canal, en la última semana de julio y la primera de agosto, Farnesio no tenía nada que temer en la frontera de Flandes, ni Medina Sidonia en la costa de Francia.

El destino de Inglaterra dependía ahora de sus marinos y de sus barcos. La marina de la reina había sido bien asistida por su tesorero, John Hawkins, pero los jefes ingleses no tenían ninguna experiencia en una batalla naval a gran escala y no podía haber certeza sobre su respuesta o su resultado. Cuando los barcos de Howard y Drake divisaron la formación de los españoles en media luna frente al canal, dos sistemas rivales de guerra naval se pusieron a prueba. Las dos flotas estaban igualadas en número y tonelaje. La Armada reunía un total de 130 barcos, cuyo núcleo estaba formado por 20 galeones de las escuadras castellana y portuguesa y cuatro buques procedentes de Nueva España. Había también 41 buques mercantes y numerosos veleros pequeños y barcos de abastecimiento; y la flota transportaba 2.431 piezas de artillería y 22.000 marinos y soldados. El núcleo de la flota inglesa –alrededor de un sexto del total– estaba constituido por 34 barcos de la marina real, de muy diverso tonelaje

[5] Cit. en De Lamar Jensen, «Franco-Spanish Diplomacy and the Armada», *From the Renaissance to the Counter-Reformation,* ed. de C. H. Carter, Londres, 1966, p. 219.

y potencia de fuego. Junto a estos había unos 30 buques mercantes, cuya potencia era comparable, o escasamente inferior, a la de los barcos de su clase de la reina.

Aunque los combatientes parecían, en líneas generales, iguales en número y en fuerza, diferían considerablemente en su capacidad marinera y de combate. Felipe II había abandonado sensatamente el plan de Santa Cruz de utilizar las galeras mediterráneas en las duras aguas del norte. Las galeras, con su libertad de movimientos, podían haber vencido en Lepanto, pero estaban mal equipadas para enfrentarse con los golpes del Atlántico y no podían competir con los grandes y fuertemente armados barcos ingleses, cuya presencia les llevaría finalmente al triunfo sobre los barcos de remo. Por tanto, Felipe había optado por los galeones, que estaban muy bien equipados para la toma de contacto y el abordaje. Estos galeones habían sido equipados para esta ocasión con artillería pesada, pero de corto alcance, con la que se pretendía dañar la capacidad marinera de los barcos ingleses, con lo cual podrían ser abordados. Los barcos ingleses, por su parte, transportaban cañones de largo alcance para mantener a distancia a los galeones y evitar que tomasen contacto. En aquel momento, los buques ingleses demostraron tener una movilidad muy superior y ser muy marineros, pero sus cañones de largo alcance demostraron ser demasiado ligeros para agujerear a los galeones.

Los grandes buques de Medina Sidonia mantenían una extraordinaria disciplina cuando enfilaron el canal, pero el original defecto del plan de Felipe se ponía claramente de manifiesto a medida que se acercaban a Calais. Con una escuadra inglesa y con los barcos holandeses patrullando los bajíos de Dunkerque y Nieuwport, resultaba imposible que las barcazas con las que Farnesio quería llevar a cabo la invasión saliesen al mar sin protección. Pero era igualmente imposible para los galeones el acercarse lo suficiente a la costa para darles esa protección, sin la cual no podían moverse. Como resultado de esto, el encuentro nunca se realizó y la Armada esperó inútilmente fuera de Calais a las barcazas que Farnesio no se atrevió a enviar. Fue entonces cuando los ingleses enviaron sus barcos incendiados contra los galeones. Cuando estos buques en llamas se acercaron, la Armada rompió su magnífica formación y sus barcos se dispersaron en su intento de escapar. Aunque Medina Sidonia consiguió reunirlos de nuevo a la altura de Gravelinas el 8 de agosto, presentaban un buen blanco para la flota inglesa –lo

suficientemente próxima para hacer funcionar su artillería, pero demasiado lejana para que los españoles pudiesen tomar contacto con ella–. Sin embargo, ni incluso entonces fue suficiente el peso del fuego inglés para permitirles la destrucción de la flota española. Aunque la Armada fue seriamente dañada, por lo menos sobrevivió; pero ya no tenía ninguna posibilidad de efectuar la reunión con Farnesio y se vio expuesta sin ninguna esperanza a los vientos y al mal tiempo. Alcanzada por el viento del sudoeste, la batida flota fue empujada hacia el mar del Norte, desde donde siguió su ruta lo mejor que pudo, rodeando las islas británicas para alcanzar de mala manera los puertos españoles. Una magnífica destreza náutica evitó el desastre total, y quizá dos tercios de sus efectivos fueron salvados, pero los náufragos quedaron esparcidos por las costas de Escocia y de Irlanda, y las vidas que se perdieron fueron considerables.

Así pues, en lo que respecta a la fuerza de combate, la derrota de la Armada representó un serio, aunque no abrumador, revés para España. Solo se habían perdido cuatro galeones, y en el espacio de dos años Felipe reconstruyó su flota de Indias. La potencia naval española en la década de 1590 –como Drake y Hawkins descubrieron a su propia costa– era incluso más formidable que lo había sido antes de que saliese la expedición de la Armada. Sin embargo, el golpe que recibió la marina mercante española fue mucho más grave a causa de la pérdida de 18 de los 41 barcos mercantes y de la de un crecido número de marinos especializados. Pero aunque la victoria permitió a los ingleses recuperar la iniciativa en el Atlántico, el monopolio español sobre el comercio americano permaneció aún sin romperse y las rutas de Indias intactas.

Las consecuencias políticas y psicológicas de la victoria inglesa, por otra parte, fueron de incalculable importancia. Felipe II recibió las noticias del desastre con su acostumbrada impasibilidad, pero este afectó a la moral nacional castellana con quebrantadores efectos. ¿Cómo un pueblo escogido podía haber sido abandonado por su Dios? La derrota de la Armada fue un tema de discusión general y el propio rey fue muy criticado, tanto por haber elegido una estrategia equivocada, como por seguir unas onerosas políticas que imponían una carga intolerable sobre su gente. Algunos fueron lo suficientemente osados como para echarle directamente la culpa a los pecados personales de Felipe, que habían traído tras de sí un justo castigo divino. La Castilla de finales del siglo XVI era una sociedad en

la que un ambiente de gran intensidad religiosa producía tanto santos como charlatanes. A su muerte en 1582, Teresa de Ávila, que había tenido muchos encontronazos con las autoridades al reformar la orden de las carmelitas y vivir una serie de experiencias místicas de tal trascendencia que suscitaron las más profundas sospechas, se había creado una reputación de santidad que acabaría confirmándose oficialmente con su canonización en 1622. Sin embargo, otros visionarios de carácter más cuestionable también podían encontrar seguidores muy dispuestos. Este fue el caso de una tal Lucrecia de León, una joven de los márgenes de la corte, que aseguraba haber experimentado una larga sucesión de vívidos sueños, muchos de los cuales tenían un fuerte contenido político. Estos sueños le permitieron profetizar el fracaso de la empresa de Inglaterra, y su reputación creció enormemente al cumplirse su profecía. Al final fue arrestada por la Inquisición, pero no antes de haber alcanzado al menos una fama transitoria por acusar al rey de oprimir a los pobres y llevar a España a la ruina.

Mientras los españoles lloraban la pérdida de su flota y se preguntaban desesperadamente sobre las causas del desastre, los ingleses, los holandeses y los hugonotes estaban alborozados. La victoria de Inglaterra era considerada como la salvación de la Europa protestante. «Siempre había acariciado la esperanza», escribió el dirigente hugonote La Noue, muy excitado, a sir Francis Walsingham, «de que tendríais ventaja sobre vuestros enemigos en el mar… El príncipe de Parma ha visto frustrado su proyecto y ha contemplado en sus propias narices a las carrozas de Egipto sumergirse bajo las olas… Los españoles querían apoderarse de Flandes a través de Inglaterra, ahora os corresponde apoderaros de España a través de las Indias… Al salvaros vosotros, salvaréis al resto…»[6].

La nueva confianza evidenciada por los dirigentes de la Europa protestante fue experimentada también en otro, y más inesperado, aspecto. Desde la humillación del día de las barricadas, Enrique III se había mostrado como un hombre acobardado y abyecto, cuyo último vestigio de autoridad había sido brutalmente desgarrado a tiras. «Desde aquel día –escribió el historiador francés contemporáneo De Thou– se puede decir que la majestad del trono permaneció enterrada en un profundo olvido hasta el reinado de Enri-

---

[6] Carta del 17 de agosto de 1588, impresa como apéndice de Henri Hauser, *François de La Noue, 1531-1591,* París, 1892, pp. 315-319.

que IV»[7]. Pero si la majestad había desaparecido, quedaba el hombre, derrotado moral y políticamente, pero albergando en lo profundo de su mente retorcida sueños secretos de venganza contra el duque de Guisa; aquel aventurero fanfarrón que se comportaba ahora como si fuese el rey sin corona de la Francia católica. En los meses que siguieron al día de las barricadas, Enrique estuvo sometido a toda clase de humillaciones. Al firmar el *Edicto de Unión,* en julio de 1588, se vio obligado a admitir todas las peticiones de la Liga. Había sido forzado a designar a Guisa teniente general del reino y a nombrar al cardenal Borbón primer príncipe de la sangre y sucesor del trono. Sin embargo, con las noticias de la derrota de la Armada, su espíritu y su ánimo comenzaron a renacer. Quizá podría, después de todo, eliminar la tiranía de los Guisa, los arrogantes títeres del derrotado rey de España.

Las estrecheces financieras de la corona habían hecho necesaria una nueva convocatoria de los Estados generales en Blois, en septiembre. A comienzos de ese mes, el rey hizo dimitir repentinamente a sus ministros –a su canciller, Cheverny; a su *surintendant des finances,* Bellievre; y a sus tres secretarios de Estado, Brulart, Pinart y el indispensable Villeroy–. Nunca se ha explicado del todo esta acción inesperada, pero parece probable que fuera la culminación de un proceso gradual de desilusión respecto a sus consejeros, y especialmente respecto a Villeroy, que se remontaba por lo menos a 1584. La participación de Francia en los Países Bajos en apoyo a Alençon había sido un desastre y, durante un tiempo, Enrique estuvo convencido de que iba a llevar a su país a una guerra abierta contra España. Al final logró salirse de este aprieto, pero solo a cambio de una gran pérdida de prestigio. Desde entonces no sufrió más que humillaciones, que culminaron con el *Edicto de Unión* y con su rendición formal ante los Guisa. Era fácil culparse a sí mismo por la larga serie de humillantes fracasos, pero aún era más fácil culpar a sus consejeros. Por lo tanto Enrique destituyó a sus ministros con la esperanza de que con esta acción, en apariencia decisiva, haría borrón y cuenta nueva y le demostraría al mundo que ahora estaba al mando[8].

---

[7] J. A. De Thou, *Histoire Universelle,* Londres, 1734, volumen X, p. 261.

[8] Edmund H. Dickerman y Anita M. Walker presentan las pruebas de esta interpretación en su ensayo «The Language of Blame: Henri III and the Dismissal of his Ministers», *French History,* 13 (1999), pp. 77-98.

Los Estados generales de Blois formaban una masa compacta integrada por los adherentes de la Liga y especialmente por aquellos *avocats* ambiciosos que dominaban los municipios franceses y que constituían no menos de la mitad de los miembros del tercer estamento. De los 505 diputados presentes, 380 pertenecían a la Liga. No asistía ningún hugonote. Una asamblea como esta constituía un foro adecuado para la apoteosis del duque de Guisa, el cual desatendió las advertencias de Mendoza sobre los peligros que traía consigo una aparición personal. Como aventurero temperamentalmente superficial y brillante, Guisa era un hombre incapaz de darse cuenta de que incluso el hombre más afortunado podía forzar su suerte en demasía. No obstante, la asamblea se abrió bajo la sombra de una humillación nacional cuyas consecuencias podían haber alertado a un hombre más sensato de los peligros de la situación tan expuesta en la que su política le había colocado. El yerno de Felipe II, Carlos Manuel de Saboya –otro inveterado jugador en aquella atolondrada época– envió sus tropas al marquesado de Saluzzo, un enclave francés en la frontera del Piamonte. Lo ocupaba, explicó, para salvarlo de los hugonotes del Delfinado. Esta increíble explicación no convenció a nadie. La ocupación de Saluzzo, que cerraba el paso de Italia a Francia, constituía una evidente ventaja para Felipe II; y el duque de Guisa, como aliado de Felipe, cayó, naturalmente, bajo la sospecha de complicidad y de traidor intento.

La pérdida de Saluzzo unió temporalmente al rey y a los Estados generales en un mutuo sentimiento de disgusto, pero no pasó mucho tiempo sin que se reactivasen los antiguos odios. Enrique había sido lo suficientemente valiente como para criticar a la Liga en el discurso de apertura, pero la presión por parte de Guisa y de los estados le obligaron a jurar el *Edicto de Unión* una vez más. A pesar de su docilidad, los diputados se mostraron tan obstinados como siempre para votar los subsidios e insistieron en la reducción de la *taille* a su nivel de 1576. El comportamiento obstructivo de los estados fue atribuido por el rey a los Guisa y aumentó su determinación de eliminar este nido de víboras del seno del reino.

Enrique mostró durante aquellos días invernales en Blois, a causa de las vejaciones a las que estuvo sometido, largos periodos de triste melancolía, que eran interrumpidos por súbitas explosiones de rabia contra el tirano duque. Guisa lo sabía, pero se negaba a ser molestado. El rey era un cobarde y nada podía echar atrás a un hombre cuya vida consistía en una serie de riesgos calculados. «Aquel

que ceda en el juego, lo ha perdido», se dice que advirtió[9]. Pero existían varias formas posibles de perder ese juego. En la mañana del 23 de diciembre, el duque fue convocado desde la cámara del Consejo para una audiencia con el rey y fue derecho a la trampa que le había sido preparada. En la antecámara real, casi a la puerta del gabinete del rey, fue rodeado por unos asesinos que le dieron muerte. Su hermano, el cardenal de Guisa, fue puesto bajo custodia junto con el cardenal Borbón, y fue asesinado por sus guardias en el día de Navidad.

Enrique III se sintió liberado al ver a sus enemigos muertos. Ahora, al fin, era rey –o al menos así se apresuró a asegurar a su madre–. Catalina sabía más, y le advirtió que se asegurase las ciudades a toda costa. Su sentido de la realidad del poder era tan agudo como siempre, pero estaba vieja y mortalmente enferma y nada más podía hacer por la monarquía y por la dinastía que tanto había luchado para salvaguardar. Destrozada por el terrible curso de los acontecimientos recientes, murió el 5 de enero de 1589. Nadie, según De Thou, se sintió muy complacido ni muy triste cuando escuchó la noticia de su muerte.

El júbilo de Enrique por el asesinato de los Guisa demostró pronto estar tan fuera de lugar, como la profunda desesperación de Mendoza. Guisa podía haber muerto, pero la Liga sobrevivió, aturdida al principio a causa de la muerte de su dirigente, pero pronto sedienta de venganza contra el «tirano asesino». En París, el populacho se levantó en una espontánea explosión de furia; y esta vez, a diferencia del día de las barricadas, el ejemplo de la capital, fue seguido en las provincias. Una ciudad tras otra se levantaron en apoyo de la Liga bajo su nuevo dirigente, el duque de Mayenne, hermano de Guisa. Todo pago de impuestos a los funcionarios reales fue prohibido por la Liga. El Concejo de los Dieciséis, de París, comenzó un proceso formal al rey en su ausencia; y la Facultad de Teología de la Sorbona declaró libres a los ciudadanos franceses de su juramento de fidelidad y libres para tomar las armas contra el tirano. Una de las mayores ironías del momento era la de que las doctrinas de resistencia, en principio ideadas y elaboradas por los hugonotes, eran ahora utilizadas por los católicos. Desde 1589, las prensas católicas sacaban con profusión panfletos que insistían en que el poder residía en

---

[9] Cit. en De Lamar Jensen, *Diplomacy and Dogmatism,* Cambridge, Mass., 1964, p. 168.

el pueblo y en que podía resistirse, deponerse o matarse al rey que violase el pacto.

Las llamas de la violencia de la Liga fueron aventadas desde Roma en la primavera de 1589, donde Sixto V, con su típico ímpetu, respondía a los asesinatos a la manera de un pontífice medieval: ordenando a Enrique III que se personase en Roma o que enviase a un delegado en el plazo de sesenta días para responder por la muerte del cardenal Guisa, un príncipe de la iglesia. Sin embargo, la amenaza de excomunión era solo una, y quizá no la mayor, de las preocupaciones que acosaban al desventurado rey. La mitad del país se había levantado contra él; se encontraba sin dinero, y sus enemigos clamaban por su vida.

Incluso antes de la llegada del breve de Sixto, solo había un camino abierto para él: el de la alianza con Enrique de Navarra. En abril de 1589, después de difíciles negociaciones, los dos reyes lograron llegar a un acuerdo. El de Navarra se declaró deseoso de acudir con sus tropas en ayuda de Enrique, y en julio el ejército real, reforzado con mercenarios suizos y alemanes, ponía sitio a París. En la misma capital asediada, el odio hacia el rey había alcanzado el colmo de la histeria. Podían encontrarse suficientes fanáticos en las calles de París, y el 1 de agosto –un día antes de que Navarra planease su asalto final sobre la ciudad– uno de ellos, un joven fraile jacobino, Jacques Clément, consiguió tener acceso a Enrique III en Saint-Cloud y lo apuñaló. Enrique, el último de los Valois, murió a la mañana siguiente.

Antes de morir, Enrique reconoció al rey de Navarra como su sucesor. Instintivamente, el último de los hijos de Catalina había aprendido la lección que esta había tratado de enseñarle: la legítima sucesión, el verdadero fundamento de la autoridad monárquica, debía preservarse a toda costa. La Liga podía proceder a la proclamación del cardenal Borbón como su rey con el nombre de Carlos X, pero el de Navarra detentaba en su legítimo derecho a la corona un arma con una ventaja incalculable. Los años siguientes mostrarían que era lo suficientemente astuto como para saber utilizarla.

Sin embargo, en el momento de su acceso, Navarra era todavía protestante. A causa de su religión, muchos nobles y ciudades le prometieron solo una fidelidad provisional y condicional; y una gran parte del país, que colocaba a la religión antes que la legitimidad, se negó rotundamente a aceptarlo. Felipe II, por su parte, había procurado siempre evitar una ruptura final con Enrique III, que era, des-

pués de todo, el rey legítimo y consagrado. Sin embargo, a su parecer, Enrique de Navarra no poseía tal derecho a la corona. Desde la muerte de Guisa, Felipe se había estado preparando para llevar a cabo una intervención directa en Francia. Ahora que también Enrique III estaba muerto no existían más razones para el retraso. Farnesio, en los Países Bajos, fue instruido para que preparase a sus tropas para entrar en acción. Una vez más, como en 1588, la supresión de la revuelta holandesa había de subordinarse a un proyecto grande y posiblemente quimérico, con ramificaciones infinitas. Pero si Farnesio hubiese tenido alguna vez la curiosidad de preguntar si el propósito de este proyecto era el de mantener a Francia católica o el de hacer que permaneciese debilitada y dividida, quizá ni el mismo Felipe hubiese podido darle una respuesta.

XI. EL DESCONCIERTO DE ESPAÑA

Francia y España

«Los asuntos de Francia –escribió Felipe II a Farnesio en el otoño de 1589– son en este momento la cuestión principal»[1]. A pesar de haber obtenido el apoyo de Juan de Idiáquez, las objeciones de Farnesio a la utilización de su ejército en Francia fueron desestimadas en Madrid. El otro consejero principal del rey, Cristóbal de Moura, parece que alegó con éxito que la lucha por los Países Bajos sería decidida en Francia. Flandes se encontraría en inmediato peligro si Enrique de Navarra se convirtiese en rey de Francia, porque el rey hereje acudiría indudablemente en ayuda de los herejes holandeses. Si, por otra parte, la Liga resultase victoriosa, la completa reconquista de los Países Bajos no sería difícil.

Frente a Moura, Idiáquez parece que sostuvo que los recursos de España eran insuficientes para permitirle luchar simultáneamente en dos frentes; y estaba de acuerdo con Farnesio en que sería mejor emplearlos en recuperar los Países Bajos. Tampoco correspondía al rey ganarse un odio universal actuando como defensor del catolicismo en todo el continente. Esta tarea correspondía más propiamente al papa. Debía dejarse que las facciones rivales francesas luchasen entre sí, y su consecuente agotamiento dejaría el campo libre a España.

El dilema de Felipe, que se resolvió en favor de la intervención, no suponía nada comparado con el de Sixto V. Para la Santa Sede, la pérdida de Francia constituiría un desastre de incomparable magnitud y haría irreversible la victoria del protestantismo en la Europa del norte y del centro. La consecuencia inmediata del asesinato de Enrique III fue, pues, la de un *rapprochement* entre Sixto y los españoles, los cuales se hallaban aterrados ante la perspectiva de un rey protestante. El cardenal Cayetano fue enviado como legado papal a Francia para trabajar por la «conservación de la santa fe católica de

[1] L. Van Der Essen, *Alexandre Farnèse,* vol. V, Bruselas, 1937, p. 280.

todo el reino» y para apartar el apoyo católico a Enrique y llevarlo a la Liga. Sin embargo, apenas había comenzado su misión Cayetano cuando Sixto comenzó a experimentar ciertas dudas. Una victoria para la Liga significaba una victoria para España, como los venecianos se apresuraron a señalar cuando Sixto les reprendió por recibir a un embajador de Enrique. Ya Felipe aspiraba a ser reconocido como «protector» oficial del reino; y cuando «Carlos X», el cardenal Borbón, murió, en mayo de 1590, Felipe sacó a relucir las pretensiones de su hija mayor, Isabel Clara Eugenia (nieta de Enrique II y de Catalina de Médicis), en franco desafío con la ley sálica que regía la sucesión francesa. La actitud de Felipe confirmó los peores temores de Sixto sobre los proyectos españoles. Hubo escenas violentas cuando Sixto manifestó su cólera al conde de Olivares, y se negó a respaldar la política de Felipe en Francia.

Una victoria protestante en Francia podía significar el fin de la independencia papal. Era, pues, esencial para Roma que Francia se mantuviese católica y fuerte. Estaba claro que un completo apoyo para lograr una Liga dominada por España, como Cayetano recomendaba, no podría conseguir el segundo de estos fines. Solo aparecía una salida para este dilema, que se sugería por sí sola: la conversión de Enrique de Navarra. Durante los últimos turbulentos meses de su vida aumentó el convencimiento de Sixto de que Enrique debía, y podía, ser traído de nuevo al seno de la iglesia. Cuando murió, el 27 de agosto de 1590 –muy apropiadamente en medio de una gran tormenta–, se había movido ya lo suficientemente lejos de su primera posición de desmedido apoyo a la Liga, como para hacer posible que sus sucesores diesen la vuelta a esta política.

Debía pasar algún tiempo, sin embargo, antes de que apareciese un sucesor con el deseo y con la capacidad para entrar en la tierra prometida que Sixto había señalado desde lejos. El año y medio que siguió a la muerte de Sixto fue un periodo de mortalidad papal bastante notable. Sixto fue seguido a la tumba, en rápida sucesión, por Urbano VII (papa durante doce días), Gregorio XIV (diez meses) e Inocencio IX (dos meses). Solo cuando se eligió al cardenal Aldobrandini como Clemente VIII, en enero de 1592, se rompió el maleficio y se abrió un pontificado que iba a durar trece años. Pero la muerte repentina no fue la única característica desgraciada de este extraño interludio. En los primeros cónclaves de su reinado, Felipe II había hecho poco más que dar a conocer con fuerza cuáles eran sus preferencias y cuáles no. Pero los cónclaves de 1590-1592

se distinguieron por la intervención directa de España. Felipe no podía permitir otro Sixto V, y sus embajadores fueron instruidos para trabajar activamente para la elección de candidatos cuya lealtad estuviese asegurada. Los cónclaves cada vez se mostraron más resentidos por la interferencia española; pero hasta la reñida elección de enero de 1592 no fue derrotado el candidato español, y resultó elegido un papa al que no le unía ningún lazo con España.

Clemente VIII fue un hombre capaz e inteligente, tan prudente como Sixto había sido temerario e impredecible. Su logro fue librar al papado de los compromisos que habían contraído sus predecesores inmediatos y el de volver a la política preconizada por Sixto durante los últimos meses de su vida. Pero tuvo que moverse con infinito cuidado y diplomacia, sabiendo que el éxito de su política sería decidido, en último término, no por él mismo, sino por la decisión personal de Enrique de Navarra. ¿Se convertiría en un verdadero católico? y, si así lo hacía, ¿cuándo y cómo?

Aunque sin duda sabía muy bien que la lógica de los acontecimientos le llevaría algún día a renunciar a su fe protestante, Enrique era lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que era esencial resistir cierto tiempo. Las presiones que recibía para que anunciase su conversión eran considerables; pero una abjuración precipitada le haría perder casi con certeza el apoyo de sus leales seguidores hugonotes, mientras que le proporcionaría una pequeña compensación en forma de los nuevos adherentes católicos. Su carrera religiosa personal era, después de todo, muy dudosa. Bautizado y católico, y con una ambigua educación religiosa que se le había dado en la corte, había sido instruido en las doctrinas calvinistas durante los primeros años de su adolescencia por su interesante madre, Juana de Albret. En el momento de la matanza de san Bartolomé había sido apremiado para que retornase a la fidelidad hacia Roma; sin embargo, abjuró de nuevo cuatro años después para convertirse en el dirigente de los hugonotes. De modo que para los católicos era ya un doble apóstata, y una nueva conversión repentina sería considerada como especialmente insincera.

Enrique se había mostrado ya como un hombre de recursos y de talento político, y ahora se dispuso a jugar una difícil partida con su excepcional habilidad. En su proclamación del 4 de agosto de 1589 sobre la muerte de Enrique III prometió mantener y defender la fe católica romana en Francia, y seguir la guía espiritual de un «consejo general o nacional, libre y legal». Al reavivar la vieja idea galicana

de un consejo religioso nacional. Enrique estaba haciendo una astuta oferta para lograr el apoyo de los católicos moderados en un momento muy propicio. La bula de Sixto, que lo excomulgó en 1585, había dado lugar a una violenta controversia en Francia sobre el carácter y la extensión del poder papal. Una generación conocedora de la conclusión de Bodin de que la libertad frente a la interferencia externa era un atributo esencial de la soberanía no era posible que mostrase mucho entusiasmo por la fidelidad de Sixto a los principios enunciados en 1302 por Bonifacio VIII, por los cuales el papado reivindicaba el poder supremo en el plano temporal tanto como en el espiritual, y se arrogaba el derecho de hacer y deshacer reyes. El jesuita Roberto Belarmino publicó en 1568 una declaración más moderada de la posición papal, reivindicando para este solo una jurisdicción temporal indirecta, aunque esto incluía todavía el poder de deponer a los príncipes que infringiesen los derechos espirituales de sus súbditos. Sin embargo, Sixto V denunció esta tímida doctrina y ordenó que el primer volumen de las *Controversias,* de Belarmino, fuese incluido en el Índice.

La teoría de Belarmino sobre el poder papal indirecto estaba poco calculada para hacer desaparecer las sospechas sobre las intenciones de Roma. Al clero y al laicado franceses más moderados les parecía evidente que el incremento del poder papal estaba claramente en contra de los decretos de los Concilios de Constanza y Basilea, a los que la iglesia galicana había sido siempre firmemente adicta. La represión de la herejía estaba comenzando a mostrarse como una política de propia destrucción, que amenazaba la tradicional independencia de la iglesia nacional francesa. Además, a pesar de los enfrentamientos de Sixto con el embajador español, Roma se hallaba muy identificada con las ambiciones políticas de España. Estaba también demasiado identificada con las doctrinas que buscaban la justificación de la subversión frente a la autoridad y la revuelta popular. ¿No puede atribuirse el horrible regicidio de 1589 a las monstruosas enseñanzas de los jesuitas sobre el derecho de resistencia y la soberanía popular? El desengaño alcanzó su momento culminante cuando el papado se dispuso a ignorar las leyes fundamentales de la monarquía francesa que renunciaban al orden directo de sucesión al trono. Este menosprecio de la ley fundamental agravió hondamente a los *parlamentaires* de mentalidad legalista, los cuales se consideraban guardianes de la tradición constitucional de Francia. Cuando Enrique IV apeló a los sentimientos galicanos, por tan-

to, provocó fuertes protestas por parte de aquellos que estaban alarmados por las crecientes intrusiones de Roma en la vida nacional francesa y que temían que una victoria de la Liga traería consigo la dominación extranjera y la forzada imposición en Francia de los decretos tridentinos.

Aunque un cierto número de católicos moderados pudo haber sido alentado por el manifiesto de Enrique a considerar a este como el salvador de Francia esperado durante tanto tiempo, su posición fue excepcionalmente difícil durante los primeros años de su reinado. Es cierto que poseía unas cualidades magnéticas de dirigente como ningún rey las había tenido en Francia durante medio siglo o más. Pero carecía de los ingresos de los impuestos que habían mantenido una apariencia de autoridad real hasta los trágicos meses últimos del reinado de Enrique III, y tuvo que enfrentarse con una revuelta abierta en París, protagonizada por la mitad de la población. En marzo de 1590 consiguió una gran victoria sobre Mayenne y las fuerzas de la Liga en Ivry, pero la secuela de su victoria demostró ser tristemente desilusionadora. Su ejército marchó sobre París, y hubo grandes esperanzas de que las guerras civiles terminarían con el rápido sometimiento de la capital. Sin embargo, había que contar con la fanática unión de los parisinos a la Liga y con la capacidad de Farnesio para brindarles ayuda desde Flandes.

Bajo el enérgico, pero cada vez más represivo, gobierno del Concejo de los Dieciséis, la capital se preparó para el asedio. Los jesuitas y los frailes apremiaron a los ciudadanos para que se mantuviesen firmes contra las fuerzas de la impiedad y la herejía. El embajador español, Mendoza, se mostraba incansable distribuyendo alimentos y organizando la ayuda a la población. Los sufrimientos de la ciudad fueron horribles y casi increíbles. «Cazan a los perros y comen la yerba que crece en las calles», escribía Pierre de L'Estoile, aquel agudo crítico observador de la vida parisiense y de las extravagancias de la Liga. «La única cosa que resulta barata en París son los sermones, con los que los predicadores atosigan a la pobre población con… mentiras y estupideces»[2]. En agosto, con 13.000 habitantes muertos de hambre, París se hallaba a punto de rendirse. Pero en el momento en el que Enrique parecía tener a la capital al alcance de la mano, Farnesio cruzó la frontera y obligó a Enrique, en una brillante campaña, a levantar el asedio y a retirarse a Normandía.

[2] *The Paris of Henry of Navarre,* ed. de N. L. Roelker, p. 190.

La intervención de Farnesio cambió radicalmente el carácter del conflicto. Hasta aquel momento, la guerra en Francia había sido primordialmente una guerra civil, con la ventaja de los magnates locales y de uno o dos vecinos codiciosos. Gradualmente el país estaba siendo desmembrado en fragmentos. El duque de Mercoeur gobernaba Bretaña, y el duque de Mayenne, Borgoña; Champagne era codiciada por el duque de Lorena, y Provenza fue invadida por el incorregible Carlos Manuel de Saboya en el verano de 1590. Pero ahora, por primera vez, habían intervenido las tropas españolas. Aunque el pretexto nominal de la intervención continuaba siendo la ayuda a la Liga, la política general de Felipe y su intento de asegurar el trono para la infanta Isabel indicaban que su intención real era la de asegurar la dominación española sobre toda Francia. En octubre de 1590, 3.500 españoles desembarcaron en Bretaña, de la que la infanta reclamaba el título de duquesa. La posesión de Bretaña proporcionaría a España un punto de escala para la ruta marítima Lisboa-Amberes y una valiosa base para la continuación de su guerra con Inglaterra. Pero la intervención militar española no se limitó a Bretaña. En la primavera de 1591, las tropas españolas invadieron el Languedoc y fue introducida en París una guarnición española. En agosto, Alejandro Farnesio recibió órdenes para que volviese a Francia para llevar a cabo una nueva campaña, la cual obligó a Enrique a levantar el asedio de Rouen en abril de 1592.

España parecía que se había embarcado en una carrera de agresión abierta, con la aprobación entusiasta del papado. En estas circunstancias, Enrique podía presentarse como el defensor no solamente de Francia, sino de toda Europa, contra las grandes ambiciones de Felipe II y la Santa Sede. Así pues, una vez más, un conflicto local fue internacionalizado. Isabel hubiese preferido limitar sus guerras contra los españoles en altamar, especialmente después del fracaso de la expedición inglesa enviada a Portugal en 1589. El propósito de la expedición, mandada por Drake y Norris, había sido el de tomar Lisboa y provocar una insurrección popular que restaurase al prior de Crato en el trono. Pero la campaña había sido desastrosamente llevada y los portugueses no habían podido levantarse. Aún peor, la expedición había desperdiciado la gran oportunidad de completar la derrota de la Armada asestando un golpe decisivo a la desarbolada flota mientras estaba siendo reparada en Santander.

Como resultado del fracaso inglés de 1589, el poderío naval español era demasiado formidable en la década de 1590 para ser desa-

fiado directamente, y Felipe confiaba lo suficiente en su fuerza naval y financiera como para arriesgarse en una intervención en Francia a gran escala. La presencia de los ejércitos españoles en Normandía y en Bretaña amenazaba los intereses ingleses, lo cual no podía permitirse ignorar Isabel. Si los puertos del canal caían bajo el control español, las islas británicas y los Países Bajos se encontrarían en peligro al mismo tiempo y Felipe estaría cerca de nuevo del dominio del mundo. Así pues, Isabel se vio de nuevo empujada de mala gana a una costosa guerra terrestre en el continente. Una fuerza expedicionaria bajo el mando de Norris fue enviada a Bretaña en 1590, y otra, bajo el del conde de Essex, a Normandía, en 1591.

El poderío de España nunca pareció más formidable que en 1591 y 1592. Existían, sin embargo, crecientes señales de que este se hallaba demasiado extendido. En el interior se estaba comenzando a sentir el esfuerzo de la guerra. Felipe estaba gastando entonces más de 12.000.000 de ducados al año. La plata de las Indias le proporcionaba alrededor de la cuarta parte, y el resto debía ser obtenido mediante los impuestos, principalmente en Castilla. En 1590, las cortes de Castilla fueron convencidas para votar un nuevo impuesto, los *millones,* que gravaban los artículos de consumo, y del que se esperaba obtener 8.000.000 de ducados en un periodo de seis años –un nuevo impuesto que afectaba a todas las clases de la sociedad–. Estas nuevas demandas fiscales provocaron un encarnizado debate en las cortes, tanto por su misma petición como por los gastos de la guerra. El nacionalismo mesiánico castellano contaba todavía con sus fervientes defensores, como el diputado por Murcia, quien desechó el argumento del agotamiento económico alegando que: «Si esto es defender la causa de Dios, como lo es, no hay por qué dejarlo por imposibilidad, que Él dará sustancias con que descubrirá nuevas Indias y cerros de Potosí y minas de Guadalcanal». Sin embargo, otros diputados preferían la economía a la metafísica y manifestaron claramente sus sentimientos. Si el resto de Europa deseaba destruirse a sí mismo, había que dejarlo. No había ninguna justificación para dejar sangrar a Castilla hasta la muerte para salvar a los Países Bajos y a Francia.

Mientras que la política de Felipe estaba siendo sometida a una sorprendente crítica abierta en las cortes de Castilla, este se encontró también enfrentado con disturbios en Aragón. Mientras que el gobierno real se encontraba firmemente asentado en Castilla y el rey había mantenido allí un nivel de justicia relativamente elevado, las

libertades de la corona de Aragón habían sometido siempre a los virreyes a unas grandes limitaciones constitucionales y administrativas. En el mismo reino de Aragón, los fueros o libertades concedían un amplio campo de acción a la nobleza y a los magnates locales para abusar de sus amplios poderes de jurisdicción sin mucho temor a la intervención virreinal. Cuando Felipe trató de enfrentarse a la situación, en 1590, enviando nobles no aragoneses para que gobernasen el reino, hubo airadas protestas por parte de la clase dirigente aragonesa por este injustificado intento de privarles de sus libertades. Para colmo de la mala suerte, fue en este momento cuando Antonio Pérez escapó de su encierro en Madrid y, atravesando la frontera, se refugió en Aragón, fuera del alcance de la justicia real. Los desesperados esfuerzos de Felipe para recobrar a su secretario y los documentos que se había llevado consigo provocaron una revuelta en Zaragoza en mayo de 1591. Pérez fue liberado por la turba cuando era conducido a la prisión de la Inquisición, y el marqués de Almenara, el representante especial del rey, perdió su vida como resultado de la violencia de la turba cuando fue asaltado su palacio.

Felipe no podía arriesgarse mientras que Antonio Pérez estuviese presente para dirigir la revuelta. Pérez era lo suficientemente inteligente como para haber pensado convertir a Aragón en una república independiente bajo la protección de Francia, y, si esto sucedía, España se encontraría con un segundo Flandes en la misma península. Reunido un ejército real de 12.000 hombres en la frontera, la cruzaron con dirección a Aragón, en octubre de 1591. Apenas encontró resistencia y los principales dirigentes de la revuelta fueron capturados y ejecutados. Sin embargo, el evasivo Pérez escapó una vez más; esta vez, a través de las montañas, hacia Béarn. Iba a ser el comienzo de una larga y desilusionadora vida en el exilio, en la que el antiguo secretario del rey estuvo rodando patéticamente de un lado a otro entre las cortes de Francia e Inglaterra, esperando chantajear a su señor para conseguir su favor, mediante la amenaza de vender a los enemigos de España los preciosos secretos de El Escorial.

Al reprimir la revuelta con dureza, Felipe solventó los asuntos de Aragón con moderación. En vez de destruir las libertades de Aragón, prefirió mantener su promesa de conservar sus leyes y privilegios y llevó a cabo solamente cambios constitucionales de pequeña importancia. Retrospectivamente, los disturbios de Aragón parecen un asunto relativamente pequeño y localizado. Pero en muchos aspectos

Felipe tuvo suerte. Los acontecimientos de Francia y de los Países Bajos habían mostrado las peligrosas posibilidades del constitucionalismo aristocrático profesado por los aragoneses. Afortunadamente para Felipe, la protesta aristocrática tuvo poco apoyo popular: no había ni un espíritu de nacionalismo aragonés suficientemente fuerte ni un movimiento de disidencia religiosa para unir las diferentes clases sociales en una rebelión general. Tampoco estaba en situación Enrique de Navarra de proporcionar la ayuda externa que parecían necesitar para alcanzar el éxito los levantamientos del siglo XVI. Sin embargo, la revuelta de Aragón puso de manifiesto que incluso España era vulnerable, que un Felipe II que alentaba los levantamientos armados contra los otros monarcas no podía esperar, lógicamente, que él sería el único que permanecería inmune.

La necesidad de prestar atención a los asuntos aragoneses estorbaba bastante los proyectos de Felipe de intervención en Francia. Pero su principal dificultad residía no en la rebelión del interior, sino en la naturaleza extraordinariamente grave de sus compromisos en el exterior. Durante todo el año 1591, Farnesio estuvo escaso de dinero y advirtió constantemente a Felipe de las serias consecuencias de su política de intervención en Francia. Las predicciones de Farnesio demostraron estar plenamente justificadas. En los Países Bajos, Mauricio de Nassau, el joven hijo de Guillermo el Taciturno, había sido designado capitán general en 1588 y había comenzado a reformar los ejércitos de las Provincias Unidas bajo la dirección de su primo, Guillermo-Luis de Nassau. Con el consejo de su primo se había empapado en el estudio de los tratados militares romanos y bizantinos, así como en el estudio de las matemáticas y la geometría. Inspirado por los ideales militares clásicos, se dispuso a infundir alguna disciplina en las desordenadas bandas de mercenarios, dividiéndolas en batallones de 550 hombres, los cuales eran más maniobrables y más reducidos que los grandes tercios españoles. Junto con sus reformas administrativas y de organización, también proporcionó un entrenamiento especial a los cuerpos avanzados y a los ingenieros militares. La intervención de Farnesio en Francia hizo posible que este ejército reformado y reorganizado pudiese emprender la ofensiva. En la primavera de 1590, los holandeses capturaron Breda, y en 1591 Mauricio llevó a cabo una ofensiva espectacular que le valió la toma de Zutphen, Deventer y Nimega, restableciendo de esta forma las comunicaciones entre el nordeste de los Países Bajos y la parte más importante de las Provincias Unidas.

Las circunstancias en las que Mauricio logró sus triunfos eran notablemente similares a las de casi veinte años antes. En 1572, los rebeldes dieron su primer paso cuando Alba fue obligado a volverse hacia el sur para enfrentarse con la amenaza de una invasión desde Francia. Ahora, en 1590-1591, los rebeldes consolidaron de una forma decisiva su posición y aseguraron la independencia holandesa, porque Farnesio fue obligado a volverse hacia el sur, como Alba, para intervenir en Francia. La interdependencia entre los asuntos holandeses y franceses –ese tema tan manido de la historia europea de finales del siglo XVI– se había puesto de manifiesto una vez más, y la predicción que Farnesio había hecho de la situación había resultado sorprendentemente correcta. Sin embargo, no obtuvo ninguna señal de agradecimiento por su presagio ni por sus inquietudes. Felipe II desconfiaba cada vez más de su jefe militar y en febrero de 1592 decidió llamarlo. Sin embargo, la Providencia, como ocurre con tanta frecuencia, se movió más rápidamente que el rey de España. En la primavera de 1592, poco después de liberar Rouen, Farnesio fue malherido en el brazo. Su salud estaba ya minada por sus esfuerzos y en otoño parecía claro que iba a morir. En estas circunstancias, su sucesor, el conde de Fuentes, no tenía necesidad de presentarle la carta en la que se le reclamaba; y, efectivamente, Farnesio murió en Arrás el 3 de diciembre mientras se disponía a llevar a cabo su tercera campaña expedicionaria en Francia.

La muerte de Farnesio a la edad de cuarenta y siete años privó a Felipe de un gran capitán y de un consejero perspicaz y realista. Con su desaparición se redujeron aún más las posibilidades de un éxito español en Francia. Pero a largo plazo, el destino de la política francesa de Felipe no sería determinado por la habilidad de sus militares, sino por el hecho de que Enrique IV pudiese o no conseguir la lealtad de la mayoría de sus súbditos. La victoria militar podía ayudar a Enrique a conseguir esto, pero no sería suficiente por sí sola. La mayoría de la nación tendría que ser convencida de alguna forma de que sus intereses residían en la causa de la realeza legítima y consagrada.

La unión en torno al rey

Un movimiento de la masa en apoyo de Enrique podía ser obstaculizado por las equivocaciones y por los fallos de la Liga tanto como por cualquier acción positiva por parte de Enrique. Un gran

debate agitaba la Francia católica de comienzos de la década de 1590, y la suerte de Enrique dependía del resultado de este debate. Los argumentos de ambas partes se hallaban expuestos, mejor que en ningún otro sitio, en un brillante diálogo de ficción, el *Dialogue d'entre le Maheustre et le Manant.* La versión original fue escrita en 1593 por un miembro del ala radical de la Liga contra el ala aristocrática de esta, dirigida por el duque de Mayenne, pero volvió a publicarse en 1594, con las correcciones de un editor real, que reforzó hábilmente los argumentos del Maheustre para obtener apoyo para la causa de Enrique IV. El Manant, el *petit bourgeois* parisiense que simpatizaba con los radicales de la Liga, explicaba que él y sus amigos estaban luchando por la «conservación de la religión católica apostólica romana», la extirpación de la herejía y la reforma de la injusticia, la impiedad y el vicio. En respuesta, el caballero fanfarrón, el Maheustre, exponía las razones por las que apoyaba a Enrique de Navarra, razones que estaban encaminadas a poner de manifiesto por qué la llamada de Enrique, a largo plazo, era más fuerte que la de sus oponentes.

En la versión adaptada, el Maheustre conseguía argumentar en primer lugar que estaba apoyando al «rey legítimo y natural de Francia». Aquí ponía el dedo sobre una de las llagas de la Liga: su falta de atención al principio de la sucesión hereditaria a través de la línea masculina. Es cierto que aún pervivían algunos vestigios de la idea de la monarquía electiva, y ahora adquirieron una nueva difusión en forma de panfletos emitidos por la Liga. Pero el sentido de la realeza mística había sido cuidadosamente fomentado por los Valois y Catalina de Médicis. La mayoría de los franceses de finales del siglo XVI solían, por tanto, contemplar con desdén la idea de elegir a su rey a la manera de los polacos. «Queremos un rey y dirigente natural, no artificial», señalaba el representante del tercer estamento en otro famoso panfleto de 1593, el *Satyre Ménippée*[3]. Frente a esta predilección nacional por la sucesión hereditaria no era fácil persuadir al país de que Enrique había fortalecido sus pretensiones sobre la base de la herejía. Todavía era más difícil desde el momento en que había otra posible alternativa. La gravedad de los apuros de la Liga se pusieron de manifiesto amargamente en la reunión de los Estados generales convocada por Mayenne, en París, en enero de 1593. Cuando los representantes de Felipe II expusieron la idea de que la ley sálica

[3] Cit. en Robert Mandrou, *Introduction à la France Moderne,* París, 1961, p. 169.

debía ser abrogada y que la infanta debía ser aceptada como reina se produjo una agria respuesta por parte de los delegados, que no querían ni a una extranjera ni a una mujer como reina.

Además, la desatención de la Liga por los derechos legítimos iba en contra tanto de intereses establecidos como de los instintos nacionales. Junto con la antigua aristocracia y la nobleza inferior existía ahora una poderosa *haute bourgeoisie,* compuesta por familias que se habían hecho ricas por medio del comercio, las finanzas o la administración. Los presidentes, jueces y *conseillers* de los *parlements,* que representaban el elemento predominante de esta clase, estaban interesados profesional y personalmente en la supervivencia de una monarquía fuerte y legalmente establecida. Como guardianes de la tradición consuetudinaria, hombres como Pierre de L'Estoile y Jacques-Auguste de Thou consideraban sacrosanta la ley; como detentadores de cargos que podían ser transmitidos ahora por medio de la sucesión hereditaria, consideraban la monarquía hereditaria como la defensora natural de sus derechos. De temperamento legalista, galicanos y católicos, moderados en cuanto a su religión, tradicionalistas en su visión de la política y de la sociedad, no estaban en absoluto de acuerdo con la aparente determinación de la Liga de despreciar los principios fundamentales del orden y de la legalidad.

Nada realmente podía haber sido mejor calculado para alarmar al sector más próspero de la comunidad y para enajenarse las simpatías de la aristocracia que el desafío de la Liga al orden social establecido. El Maheustre daba significativamente como segunda razón por la que apoyaba a Enrique de Navarra su aborrecimiento de la violencia popular. «Este desea establecerse a expensas del privilegio aristocrático, que ha de abolirse y reemplazarse por una democracia.» El creciente temor por la democracia «a la manera de Suiza» surgió, en parte, a causa de las tendencias comunales de las ciudades provinciales, las cuales se habían mostrado muy hostiles frente a la nobleza popular de la Liga de París. Ya en 1588, el Concejo de los Dieciséis había abrogado la carta de la ciudad de París y se había arrogado así mismo las funciones del gobierno municipal. Sus miembros fueron sacados de las filas de aquellos letrados descontentos y pequeños comerciantes que estaban resentidos por el dominio de la nobleza y *gens de robe* sobre la vida nacional y local. Estos hombres, que habían jurado defender la palabra de Dios, como pusieron de manifiesto en las inspiradas declaraciones de la Facultad de Teología de la

Sorbona, y los frailes y los *curés* constituían el corazón y el alma de la resistencia de París durante el terrible asedio de 1590.

Durante el tiempo que duró el asedio, los Dieciséis aumentaron su dominio sobre la capital. El París descrito por Pierre de L'Estoile es una ciudad sumida en el terror, gobernada por una banda de fanáticos advenedizos estrechamente unidos, que estaban dispuestos a derribar a todos aquellos de quienes sospechasen que deseaban llegar a un compromiso con Enrique de Navarra. El duque de Mayenne, el dirigente nominal de la Liga, no tenía ninguna de las dinámicas cualidades de su hermano fallecido y encontró imposible mantener juntas a las alas radical y aristocrática del movimiento. La única resistencia que encontraban los radicales era el Parlement de París, una institución que era para ellos el símbolo de la exclusividad oligárquica. Durante el otoño de 1951 se puso claramente de manifiesto que no podía estar muy lejos un enfrentamiento entre los miembros extremistas y los *politiques* de la Liga. Los Dieciséis establecieron sus planes de acuerdo con ello. Se estableció un comité de seguridad compuesto por 10 hombres, y los predicadores de la Liga fueron instruidos para que fustigasen la opinión pública contra los traidores de la ciudad. El 15 de noviembre, el moderado presidente del Parlement de París, Bernabé Brisson, fue arrestado y ejecutado junto con otros dos magistrados.

Esta vez, los Dieciséis habían llegado demasiado lejos, incluso para algunos de sus más fervientes seguidores. El continuado dominio de la ciudad por parte de un grupo de demagogos y de fanáticos era más de la que Mayenne estaba dispuesto a tolerar. Introdujo sus tropas en la capital, apresó y colgó a cuatro de los más destacados dirigentes y declaró disuelto el Concejo de los Dieciséis. Jean Bussy-Leclerc, uno de los más fanáticos dirigentes, se salvó, y el duque de Mayenne no se atrevió a tocar a los predicadores; pero el reinado del terror había terminado. Para la nobleza y para la *haute bourgeoisie* había sido una horrible experiencia, y la lección que ello había supuesto no fue olvidada. «La democracia os amenaza…; los mendigos *(les gueux)* son los que dominan», advertía a la aristocracia un panfleto anti-Liga de 1590. «Han conspirado contra nuestras vidas y aspiran a liberarse del sometimiento que les ha sido ordenado por Dios»[4]. Esto constituía un crimen imperdonable. En Francia, como

---

[4] Cit. en Corrado Vivanti, *Lotta politica e pace religiosa in Francia fra Cinque e Seicento,* Turín, 1963, p. 46.

en los Países Bajos, el colapso de la autoridad había agravado las tensiones sociales y había estimulado las peligrosas doctrinas igualitarias. Cuando el Manant pudo alegar que la virtud, no la cuna, debía ser el criterio para los títulos de nobleza, llegó el momento de detener el proceso. Si la Liga iba a desafiar los principios de la jerarquía –la verdadera base del orden social–, era hora de acudir al defensor natural de ese orden, el rey, incluso aunque el mismo rey fuese todavía un hereje.

El Maheustre tenía otra razón para acudir a Enrique de Navarra: «expulsar a los españoles que habían sido llamados a Francia». La reacción de los Estados generales de la Liga en la primavera de 1593, ante el propósito de aceptar a una reina española, demostraba que muchos de los seguidores de la Liga no podían soportar la perspectiva de entregar su país en las manos de su mayor enemigo. Enrique de Navarra estaba bien informado de estas dudas y disensiones de la Liga y su impecable sentido de la oportunidad le indicaba que había llegado el momento de hacer la inevitable concesión. El 25 de julio de 1593 abjuró de su fe en Saint-Denis.

La renuncia de Enrique al protestantismo eliminó los últimos resquicios racionales de los que se negaban a reconocer su realeza. Sin embargo, Clemente VIII se mostraba demasiado dudoso de la sinceridad de su conversión y demasiado temeroso de los españoles, para declarar su absolución inmediata. Las dudas del papa proporcionaron una adecuada justificación a aquellos miembros de la Liga que pretendían todavía continuar la lucha. Pero la infeliz paradoja de su posición estaba muy bien sugerida en la profesión de fe del Manant: «Preferiría ser un católico español para vivir en mi religión y conseguir mi salvación, que un francés hereje destinado a perder mi alma».

A medida que pasaban los meses aumentaban las deserciones de la Liga. Siguiendo sus principios galicanos, la iglesia nacional desafió a Roma y a los jesuitas y permitió la coronación de Enrique en Chartres en febrero de 1594. El mes siguiente, Enrique se sintió lo suficientemente fuerte como para tomar posesión de la capital, que bien valía una misa, y la guarnición española salió de París sin que se disparase un solo tiro. Incluso la Sorbona reconoció ahora a Enrique como el rey legítimo de Francia. Donde anteriormente había solicitado resistencia y regicidio, ahora insistía en la absoluta obediencia; y cuando un joven estudiante llamado Jean Chastel, que había sido educado en el colegio jesuita de Clermont, atentó contra

la vida de Enrique, en diciembre, la Sorbona se unió al movimiento de repulsa de la masa contra aquellos que eran considerados responsables del atroz crimen de poner las manos sobre el que había sido consagrado por Dios. De hecho, los jesuitas no conocían las intenciones de Chastel, y sus enseñanzas sobre el tiranicidio no eran diferentes de las que circulaban entre los teólogos escolásticos. Sin embargo, se negaron a rezar por el rey hasta que no se le hubiese concedido la absolución papal. En estas circunstancias, el crimen de Chastel fue pretexto suficiente para que fuese expulsada de Francia una orden cuyas tendencias ultramontanas levantaban las más profundas sospechas galicanas.

El drástico cambio de mentalidad en la capital, en 1593-1594, se reflejó en todo el país. La población rural de Francia estaba cansada de la interminable guerra. Existía la amenaza del hambre y de las plagas, y en la devastada Bretaña merodeaban grandes manadas de lobos. Para el campesinado había «un enemigo: el capitán; y un protector: el rey». A la idealizada figura del rey patriarcal, al representante de la justicia y al defensor del orden, era a quien se volvían instintivamente. En una provincia tras otra, los campesinos se unían contra la Liga y contra los nobles y obligaban a las autoridades municipales a llegar a un acuerdo con Enrique IV. Fue un extraordinario movimiento espontáneo, compuesto de odio contra la anarquía y la opresión social, y de una fidelidad de la masa del pueblo de Francia a su rey consagrado. En el sudoeste de Francia, a finales de 1593, grandes masas de campesinos se unieron bajo el nombre de *croquants* y acordaron borrar sus diferencias en la lucha contra la opresora nobleza y en defensa del rey, «nuestro señor». Era como si el país se purificase de los odios religiosos de medio siglo. «Todos prometemos y juramos ante Dios amar y apreciar a los demás.» No habría «ninguna guerra más entre ellos, ni reproche por la diversidad de religión, y cada uno sería libre de vivir como desease»[5].

A medida que el país mostraba su fidelidad a Enrique, la resistencia de la Liga se derrumbaba. El 17 de septiembre de 1595, Clemente VIII le concedió por fin la absolución bajo algunas condicio-

[5] Vivanti, pp. 42 y 45. La etimología del nombre *croquant* sigue siendo incierta. Podría referirse a un campesino empuñando una tranca o *croc.* También podría derivar del pueblo de Crocq en Limousin (véase Yves-Marie Bercé, *History of Peasant Revolts,* Oxford, 1990, pp. 279-284).

nes, algunas de las cuales eran, de momento, imposibles de hacer cumplir, como la de la implantación de los decretos del Concilio de Trento. La absolución papal puso de manifiesto la inutilidad de una resistencia más prolongada, y Enrique conocía todas las artes para convertir a sus enemigos en amigos.

Puesto que las guerras de religión en Francia habían sido un conflicto eminentemente urbano, para él era esencial recuperar el apoyo de las ciudades. Muchos miembros de las elites gobernantes de las ciudades, pertenecientes a la Liga Católica, estaban decepcionados por la incapacidad de la Liga para restablecer la unidad y el orden, y se volvieron instintivamente hacia el rey en busca de una respuesta a sus problemas. Por su parte, Enrique demostró ser un político extraordinariamente hábil, con una lúcida comprensión del funcionamiento interno de la política municipal. Ubicó a sus hombres en importantes puestos municipales a lo largo del país, hizo una espléndida demostración de magnanimidad al ofrecerse a reinstaurar el fuero en las ciudades rebeldes de la Liga, y explotó los sistemas de clientela existentes para fortalecer la red de leales seguidores en los gobiernos de las ciudades. Aunque estaba perfectamente preparado para recurrir a la fuerza cuando fuera necesario, se trató esencialmente de una combinación de paciente negociación y hábil manipulación de los sistemas de clientelismo, de una forma que nunca antes habían hecho sus predecesores Valois, lo que le dio legitimidad a su gobierno y restauró la estabilidad en Francia.

Inevitablemente, los leales seguidores hugonotes de Enrique –hombres como Philippe du Plessis-Mornay– se hallaban muy desilusionados con el curso de los recientes acontecimientos. No obstante, Enrique era un hombre que olvidaba tan fácilmente como perdonaba, y el perdón en este momento era más importante que el olvido. Generosos sobornos se ganaron a un dirigente tras otro de la Liga, hasta que el mismo Mayenne se rindió en enero de 1596. La ayuda papal sería necesaria todavía para convencer a los fanáticos que quedaban para que depusiesen sus armas, especialmente en Bretaña, donde el duque de Mercoeur continuaba resistiendo. Pero contra todos los intentos y propósitos, las guerras civiles habían terminado. Enrique había sido aceptado por su nación. Ahora solo le restaba expulsar a los españoles y restaurar la paz religiosa.

Enrique declaró formalmente la guerra a España el 17 de enero de 1595. Dado que el colapso de la Liga había privado a Felipe II de la mayor parte de los aliados de los que dependía para llevar a cabo la guerra en el centro de Francia, las hostilidades durante los dos o tres años siguientes se verían limitadas a las provincias periféricas: Bretaña, Borgoña, la región fronteriza del nordeste y Provenza. Incluso donde existía una fuerte resistencia local a Enrique IV, como en Bretaña, se registraba poca, o ninguna, colaboración efectiva entre los españoles y los rebeldes, y la guerra pronto degeneró en el bandidaje y en el saqueo. Pero el peligro que España suponía no podía ser desestimado. En tanto que las tropas españolas estuviesen estacionadas en suelo francés o pudiesen pasar a Francia con relativa impunidad, los rescoldos de la guerra civil podrían reavivarse, y la seguridad de toda la Europa del noroeste continuaría estando en peligro.

Felipe II, que se hallaba ya en sus últimos años, movilizó ahora todos sus recursos financieros, militares y navales para llevar a cabo un ataque masivo contra sus enemigos del norte. Inglaterra y Francia, como siempre, tenían la llave hacia los Países Bajos; y la determinación de Felipe para mantener el catolicismo y la primacía de España en el norte de Europa se había vuelto extraordinariamente confusa. A pesar del agotamiento de Castilla, todavía podía sacar largas sumas de dinero a comienzos de la década de 1590, y esto fue lo que le tentó para jugar una dramática partida final. Nunca habían sido las minas americanas más productivas ni los banqueros europeos más manejables. Paradójicamente, el repentino abastecimiento de riquezas tenía su origen tanto en la pobreza como en la abundancia. En Castilla y en Amberes la historia era la misma: la guerra había reducido drásticamente el atractivo de las inversiones. Desde que fue reconquistada por Farnesio en 1585, Amberes había dejado de ser el centro del comercio marítimo internacional. Su industria había sido destruida; su población había mermado como resultado de la emigración y del hambre de 1585-1586; de 80.000 habitantes había pasado a tener solo 42.000 en 1589. Los comerciantes de Amberes, destruidas sus perspectivas comerciales, carecían de las usuales salidas para su capital. Como los genoveses y los banqueros castellanos, se dieron cuenta de que los préstamos a la corona española les ofrecía ahora la mejor compensación.

La riada de plata americana y la buena disposición de los banqueros hicieron posible que a comienzos de la década de 1590 Felipe derramase dinero en aquel pozo sin fondo que era Flandes. No había, desde luego, suficiente para satisfacer a los jefes del ejército, ni suficiente, se decía, para que el conde de Mansfield, gobernador interino, pagase una cena[6]. Con todo, las cantidades desembolsadas fueron enormes. Alcanzaron la cima en julio de 1595, con la conclusión de un asiento con un grupo de banqueros por una suma total de 4.000.000 de escudos, que debían hacerse disponibles en Flandes a razón de 280.000 al mes. Este esfuerzo prodigioso coincidió con la llegada a Flandes de un nuevo gobernador general. Después de la muerte de Farnesio, Felipe había seleccionado como su sucesor al desgraciado archiduque Ernesto, hermano más joven del emperador Rodolfo. La elección reflejaba el gran deseo de Felipe de mantener unidas las ramas austríaca y española de la casa de Habsburgo; y se proyectó para ello el casamiento de Ernesto con la infanta Isabel. Pero Ernesto, que llegó a los Países Bajos en 1594, murió pronto, en 1595, habiendo dejado poco que recordar de su frustrada vida, excepto un montón de deudas que tanto Felipe como el emperador se negaron a pagar. Felipe lo reemplazó entonces por el más joven y el más hispanizado de los archiduques austriacos, Alberto, al que había tenido previamente como gobernador de Portugal. A la llegada de Alberto a los Países Bajos a comienzos de 1596, el conde de Fuentes, que había estado actuando como gobernador interino, fue llamado de nuevo a España. Con Fuentes el ejército había perdido un buen jefe, pero al menos había un adecuado abastecimiento de dinero para una campaña de primavera. Bajo el mando de un general, refugiado francés, designado por Alberto, el ejército avanzó repentinamente sobre Calais, que estaba totalmente desprevenida, y la tomó sin grandes dificultades en abril de 1596.

Con Calais en manos españolas, la amenaza al norte de Europa parecía tan seria en este momento como no lo había sido nunca en los años recientes. No era sorprendente que la «alarma de Calais» mantuviese al anciano lord Burghley despierto toda la noche y le sumiese en «muchas reflexiones»[7]. Había también otros problemas que mantenían despierto a Burghley. La revuelta había estallado en el Ulster en 1593 y fue secundada, en 1595, por el más poderoso de

---

[6] H. Lapeyre, *Simon Ruiz et les Asientos de Philipe II,* París, 1953, p. 87.
[7] Conyers Read, *Lord Burghley and Queen Elizabeth,* Londres, 1960, p. 516.

los nobles irlandeses, Hugh O'Neill, conde de Tyrone. Los rebeldes habían solicitado rápidamente la ayuda de Felipe II, y los persistentes informes de los espías indicaban que se estaba preparando en España una nueva armada para acudir en ayuda de los irlandeses o para una nueva «empresa de Inglaterra». Por esta razón, Drake y Hawkins fueron autorizados a emplear no más de seis meses en su proyectada nueva expedición al istmo de Panamá a finales de 1595, pues se les necesitaría en primavera para defender las costas británicas contra una probable invasión. Sin embargo, la incursión a las Indias constituyó un desastroso fracaso, pues los españoles habían sido advertidos con antelación y habían reforzado sus defensas. Los ataques ingleses fueron rechazados con éxito y el mismo Drake murió en el mar en febrero de 1596. La expedición volvió a Inglaterra derrotada y desmoralizada una semana o dos después de que Calais cayese en manos de los españoles.

Aunque Isabel se escandalizó por la «gran apostasía» de Enrique IV, el peligro común en la primavera de 1596 fue suficiente para unir una vez más a Inglaterra y a Francia. Por un tratado firmado el 24 de mayo, Enrique prometió no firmar una paz separada con España, a cambio de un ejército de 2.000 hombres y un préstamo poco generoso. También los holandeses participaron en el tratado como otra parte más. De muy mala gana Isabel se había aguantado su natural disgusto con respecto a los rebeldes, y las Provincias Unidas ocuparon, por primera vez, un lugar entre los estados soberanos de Europa.

Así pues, en 1596, el sueño de Guillermo de Orange de una coalición *politique* contra el poderío español se había logrado póstumamente, aunque sin la colaboración de los príncipes alemanes. La participación inglesa en la coalición sería más que una simple formalidad: el nuevo favorito en la corte de Isabel, el conde de Essex, se aseguraría de ello. Como dirigente de la belicosa facción antiespañola, Essex estaba decidido a tomar la iniciativa antes de que zarpase la armada. Su ataque sobre Cádiz, a finales de junio de 1596, obtuvo un brillante éxito. Los españoles, sorprendidos, sufrieron la nueva experiencia de contemplar como su propio territorio era saqueado y devastado durante dos semanas por un ejército extranjero. Aguijoneado por el ansia de dar una réplica, Felipe envió a su nueva armada en ayuda de los rebeldes irlandeses en octubre, pero un temporal la devolvió a las costas españolas con graves pérdidas. Otra gran flota fue desbaratada de forma parecida en el otoño de 1597

cuando una tormenta dispersó a los barcos al acercarse al canal inglés. Parecía que Dios no favorecía la expedición contra Inglaterra.

El coste que suponía la preparación de estas grandes expediciones navales y el sostenimiento de las campañas en Francia y en Flandes estaba siendo cada vez más difícil de sufragar. El 29 de noviembre de 1596, Felipe suspendió de pronto los pagos a los banqueros; la corona, una vez más, como en 1575, se desentendía de sus deudas. En esta ocasión fue necesario un año, en vez de dos, para lograr un acuerdo con los banqueros reales, pero la delicada maquinaria del crédito había sido dañada seriamente en el proceso, Las grandes ferias castellanas de Medina del Campo nunca se recuperaron realmente de esta nueva catástrofe. La situación empeoró a causa de la coincidencia del colapso financiero con una serie de desastres naturales. El tiempo frío y húmedo había producido una serie de malas cosechas, y los precios en Castilla y en Andalucía estaban elevándose paulatinamente desde 1596. ¿Cuánto tiempo podría aguantar un país agotado la demoledora carga de la guerra en el norte de Europa?

Todavía se encontró dinero suficiente para llevar a cabo una nueva campaña en Francia, y las tropas españolas capturaron Amiens en marzo de 1597. Sin embargo, un nuevo esfuerzo militar español en Francia traía aparejada una dispersión de las fuerzas en los Países Bajos. El archiduque Alberto, como Farnesio antes que él, se dio cuenta de que se le pedía un imposible y apremió a Madrid para que dejase de desperdiciar sus mermados recursos. Esta vez, los ruegos de Bruselas se encontraron con una respuesta más agradable. Felipe se hallaba cansado, enfermo y cruelmente desilusionado. El tiempo, con el que había contado tanto en el pasado, no era ya un amigo, sino un enemigo. Sabía que no iba a vivir mucho y que su joven hijo estaba mal preparado, por temperamento y por falta de inteligencia para hacerse cargo de la pesada tarea de gobernar la monarquía. Los grandes compromisos de España debían reducirse antes de que fuese demasiado tarde.

Se comenzaría por Francia, donde cada vez era más difícil mantener la presencia española en medio de una población hostil. Aunque Enrique consiguió reconquistar Amiens en septiembre de 1597, también tenía sus razones para desear el fin de la guerra. El asedio de seis meses a Amiens, aunque terminó con éxito, puso de manifiesto la alarmante vulnerabilidad de su propia posición. Gran parte del país había sido devastada; había escasez de dinero, y estaba sien-

do difícil o imposible obtener ayuda financiera y militar en el exterior. Todavía más seria era la amenaza de la reanudación de la guerra civil, instigada esta vez por sus antiguos seguidores hugonotes.

Enrique había prometido a los hugonotes en su edicto de Nantes, de 1591, que revocaría los decretos antiprotestantes de los últimos años de Enrique III y que volvería a la relativamente favorable situación creada por el edicto de Poitiers de 1577. Como solución temporal, esto podía haber satisfecho a los hugonotes si no hubiese sido seguida en 1593 por la abjuración de Enrique. La traición del rey a su causa levantó profundos temores por sus derechos. En 1595 se reunió su asamblea general, con permiso del rey, en Sainte Foy, para considerar los mejores medios de asegurarse adecuadas garantías por parte del rey y para proporcionar a su movimiento una firme organización política. Querían un nuevo edicto del rey y pronto se dieron cuenta de que la guerra con España favorecía las posibilidades de arrancar concesiones. Cuando el rey dudó se acercaron a los ingleses y a los holandeses y retiraron a sus contingentes del ejército real en medio de la campaña. Con su negativa de enviar tropas para ayudar a Enrique durante el asedio de Amiens comenzó a parecer que la guerra civil rondaba muy cerca.

En el otoño e invierno de 1597, la situación nacional e internacional se activó y hubo una reacción mutua. Enrique necesitaba la paz con los hugonotes para llevar a cabo la guerra con España, y necesitaba la paz con España para enfrentarse con el desafío de los hugonotes. En estas circunstancias, la urgencia de llegar a una negociación, tanto en el interior como en el exterior, era muy grande. Clemente VIII había manifestado con una urgencia cada vez mayor su miedo de que el conflicto entre Francia y España redundase al final únicamente en beneficio de la Europa protestante del norte, y Enrique, así como Felipe, estaban ahora dispuestos a escuchar. Cuando se abrió una difícil ronda de discusiones con los hugonotes, las primeras proposiciones de Felipe obtuvieron unas respuestas esperanzadoras. El 30 de abril de 1598, mientras que los delegados españoles y franceses se hallaban celebrando aún una conferencia en Vervins, Enrique firmó el edicto de Nantes para la «unión, concordia y tranquilidad» de sus súbditos, tanto hugonotes como católicos.

El edicto de Nantes constituía una medida civil, un acto de Estado impuesto en un país en el que dos religiones rivales habían alcanzado momentáneamente un punto muerto. Si el rey hubiese sido más fuerte, no hubiese sido necesario el edicto; si más débil, no hu-

biese durado. El edicto, que se entendía como medida provisional, adquirió ese grado de permanencia por defecto. Como la paz de Augsburgo, de 1555, era esencialmente una tregua religiosa entre creencias en guerra, ninguna de las cuales estaba dispuesta a abandonar sus pretensiones de universalidad; pero difería del acuerdo de Augsburgo en que una división territorial, aunque resultaba lógica en Alemania, era impensable en Francia. El protestantismo, en Francia, continuaba siendo una religión minoritaria; quizá, como mucho, uno de cada 10 franceses era hugonote, y su número había disminuido a lo largo de la guerra. También esta minoría se hallaba ampliamente dispersa, aunque había considerables concentraciones de hugonotes en Normandía, el Delfinado, Languedoc y Aquitania. Sin embargo, no eran lo suficientemente considerables como para justificar una división territorial y establecer una frontera religiosa, incluso si esto hubiese sido una solución política viable. Tampoco el número total de hugonotes en Francia era suficiente para garantizar justificadamente una absoluta igualdad de los dos credos, puesto que solo en muy pocas ciudades se encontraban realmente en mayoría los protestantes. Como resultado de ello, Enrique, como sus predecesores, se vio obligado a buscar una solución que reconociese el fracaso del protestantismo para convertirse en algo más que en una religión minoritaria, mientras que al mismo tiempo le concediese derecho de existencia.

Así, los hugonotes se aseguraban lo que merecían, pero mucho menos de lo que esperaban. Gran parte del edicto de Nantes no era más que una repetición del edicto de Poitiers, aunque el derecho de culto público se extendía marginalmente. A las ciudades designadas en 1577 se añadían uno o dos lugares en cada *bailliage* o *sénéchaussée.* Se autorizaba también a los hugonotes a conservar sus *places tortes.* Se les garantizaba la admisión en los cargos públicos y en los colegios y universidades. Disfrutarían de todos los derechos civiles, que serían protegidos por unas cámaras especiales en los *parlements.* Además, podían celebrar asambleas religiosas, con permiso real. En muchos aspectos, estas cláusulas eran liberales, aunque surgirían innumerables problemas en cuanto a la exacta interpretación de un texto con frecuencia tan ambiguo. Con todo, el edicto podía también ser interpretado como un drástico retroceso para los hugonotes, o al menos para sus futuras esperanzas. Aunque les concedía derechos y garantías, imponía sobre su culto unas limitaciones tan estrictas que hacían imposible una posterior expansión, mientras

que el culto católico era autorizado en todas partes. Si el catolicismo francés estaba ya mostrando síntomas de una nueva vitalidad, existía una gran probabilidad de que los hugonotes se convirtiesen con el tiempo en solo una minoría escasamente tolerada y de que su religión fuese condenada a una paralización permanente.

Sin embargo, en el momento de publicarse el edicto, existía tanto descontento en las filas católicas como en las protestantes. Desde el punto de vista de Roma, el edicto no podía gustar, ya que sancionaba la existencia de dos religiones en un solo Estado. Y este no era, después de todo, Transilvania o Polonia, sino Francia, el verdadero centro de la Europa católica. Clemente VIII estaba aterrado: «El peor edicto que puede imaginarse… Un edicto que permite la libertad de conciencia, la cosa peor del mundo». El edicto de Nantes, en efecto, representaba un desafío directo a la pretensión de Roma de ser una iglesia exclusiva y universal, de la misma forma que también representaba un desafío directo al tradicional axioma político de las monarquías del siglo XVI –*«Un roi, une foi, une loi»*–. Representaba también la desaparición de las esperanzas de Felipe con respecto a Francia. Este deseaba una Francia católica, pero débil. Ahora se encontraba con un rey que sancionaba legalmente la herejía y que estaba revitalizando activamente el poder del Estado.

Sin embargo, la firma del edicto no tuvo ningún efecto sobre las negociaciones de paz entre las dos potencias. Dos días después, el 2 de mayo de mayo de 1598, se concluyó un tratado en Vervins. Este restablecía efectivamente el tratado de Cateau-Cambrésis de casi cuarenta años antes. Los españoles aceptaron abandonar Bretaña y Calais, junto con sus conquistas a lo largo de su frontera neerlandesa. Así pues, Francia recuperó su integridad territorial, y el periodo de intervención española se dio por finalizado.

Felipe II se encontraba ahora libre para concentrarse en su guerra contra los estados protestantes –Inglaterra y las Provincias Unidas–, ninguno de los cuales había deseado unirse a Francia en el acuerdo de paz. Cuatro días después de Vervins, Felipe cedió los Países Bajos al archiduque Alberto y a su futura esposa, la infanta Isabel. Iban a gobernar los Países Bajos como «príncipes soberanos», pero había una cierta ambigüedad deliberada en el significado de estas palabras. No se quería que implicasen una renuncia por parte de España a sus derechos sobre los Países Bajos, y el gobierno de Bruselas iba a ser siempre cortés, pero firmemente unido al gobierno de Madrid. Felipe esperaba sin duda asegurarse por este me-

dio una más fácil herencia para su hijo. O quizá vio en el gobierno de los «archiduques» un medio viable para defender la presencia española en el sur de los Países Bajos, mientras que continuaba la guerra contra los rebeldes del norte. Pero la transferencia de la soberanía de los Países Bajos, contemplada con la paz de Vervins, señalaba el comienzo de la lenta retirada de España del norte de Europa, una retirada que se intensificaría con la paz con Inglaterra en 1604 y con la tregua firmada con los holandeses en 1609.

Era un desenlace desilusionador de los prodigiosos esfuerzos castellanos durante los últimos años del reinado de Felipe II. Es cierto que Francia no se había perdido a manos de los herejes, y esto podía considerarse como una justificación de la política de Felipe. Pero España no había derrotado a la Inglaterra de Isabel y había fracasado en el principal propósito de su política en el norte: la restauración de la obediencia a su rey de los rebeldes holandeses. En la persecución de este propósito, Felipe había gastado todo lo que tenía, y aún más, y había reducido a la miseria a su reino de Castilla. Era hora de detenerse. En junio, el rey cayó gravemente enfermo e insistió en ser trasladado desde Madrid a El Escorial, donde deseaba terminar sus días. Se preparó para la muerte como se había preparado para cada acontecimiento de su vida, con infinita meticulosidad. Después de una enfermedad agonizante, soportada sin una sola queja, murió el 13 de septiembre de 1598, a la edad de setenta y un años. Algunas veces debió parecer, a una Europa que había vivido bajo su sombra durante tanto tiempo, que nunca moriría. Pero incluso el rey de España acaba muriéndose.

XII. EL CONTINENTE DIVIDIDO

El mundo mediterráneo

«Es cierto –escribió el historiador francés Jacques-Auguste de Thou en 1604– que los imperios, como los hombres, tienen su comienzo, su crecimiento, su decadencia y su fin; y que la Providencia ha fijado ciertos límites que ni la fuerza ni la prudencia pueden atravesar»[1]. A finales del siglo XVI había muchos que creían que España y su Imperio habían pasado su cima y que habían comenzado su inexorable declive. Ni la fuerza ni la prudencia le habían valido a Felipe II al final. La derrota de la Armada, el fracaso en los Países Bajos, la paz de Vervins, el anticipado agotamiento de las minas americanas, ¿no indicaba todo esto que el sol se estaba poniendo lentamente en el esplendor de España?

En la misma España –la España del joven Felipe III– comenzaron a dejarse oír las voces de alarma. El país se hallaba cansado y derrotado psicológicamente. Los años finales del siglo constituyeron un periodo terrible, cuando la bancarrota y las malas cosechas fueron acompañadas por una oleada de hambre, hacia el norte, y de la peste, hacia el sur. Y a los arbitristas –proyectistas, economistas y panfletistas– se hallaban trabajando duramente en el diagnóstico de la enfermedad y prescribiendo los remedios para un cuerpo político enfermo. Era bastante fácil darse cuenta de que las cosas habían ido mal y era natural que una Castilla que había sido mantenida a flote durante tanto tiempo a causa de su profunda fe en su misión providencial se lanzase a una orgía de introspección nacional cuando se sintió defraudada.

Una política extranjera extravagantemente ambiciosa, que no tuvo en cuenta la capacidad del país para soportar la carga, tuvo que sostenerse sin duda por las tarifas recogidas en Castilla. La carga de los impuestos, especialmente en los últimos años del reinado de Fe-

---

[1] *Histoire Universelle,* Londres, 1734, vol. I, libro I, p. 17.

lipe II, había sido agobiante; y todo el carácter de las finanzas reales había contribuido a distorsionar la economía castellana y a reducir las oportunidades de incrementar la riqueza nacional. Las grandes inversiones en juros o bonos de crédito para enjugar la deuda real habían desviado el capital privado de las inversiones, más aventuradas, pero más útiles potencialmente, en empresas agrícolas e industriales. El recurso de la corona a los banqueros extranjeros había colocado a muchas de las fuentes de riqueza en manos extranjeras y había minado, como consecuencia, la fuerza y la moral de la clase empresarial española. Con todo, a pesar de las drásticas consecuencias de la política extranjera de los Habsburgo para la vida económica de Castilla, es fácil sobreestimar –como los mismos castellanos tienden a sobreestimar– la extensión y la exclusividad de las dificultades de Castilla a finales de siglo.

Si las aventuras imperiales de Castilla la llevaron a una determinada situación, muchos de sus problemas eran comunes a todo el mundo mediterráneo. La población de este mundo había por entonces rebasado la capacidad de la región para proporcionarle comida y trabajo. Se había doblado, quizá, en el curso de cien años, desde cerca de treinta millones en 1500 hasta sesenta millones en 1600[2]. Aunque este aumento era parte de un fenómeno europeo más amplio, creó problemas que fueron sentidos con particular intensidad en las tierras mediterráneas. El sol del Mediterráneo era cálido, y gran parte de sus tierras eran montañosas y áridas. El transporte, la irrigación y la explotación de la tierra presentaban un reto a la ingenuidad y a la determinación que solía ser más severo que el mismo reto en los climas más atemperados del norte de Europa. Queda la duda de si estos retos podían haber sido abordados con los limitados recursos de la tecnología del siglo XVI. Pero el conservadurismo, el interés propio y la visión fatalista, pudieron haber impedido con frecuencia la inauguración o finalización de proyectos que no dejaban de ser esperanzadores si se tiene en cuenta la experiencia técnica contemporánea. Un proyecto para hacer navegable el río Tajo desde Toledo hasta Lisboa fue comenzado por un ingeniero italiano con cierto éxito en la década de 1580, pero fue abandonado antes de que terminase el siglo, principalmente a

[2] Véase F. Braudel, *La Méditerranée,* 2.ª ed., París, 1966, vol. I, pp. 368 y ss., para esta y otras cifras de población de la región mediterránea. El autor hace notar con razón la gran inseguridad de sus cifras.

causa de los intereses locales que había en contra. Parecía como si fuese necesaria una revolución mental antes de que los recursos de la naturaleza pudiesen comenzar a ser aprovechados por el hombre. Algunos espíritus ilustrados, como Olivier de Serres, el agricultor hugonote, aceptaron la posibilidad de que el hombre podía mejorar su propio entorno, e hicieron propósitos con este fin. Pero el mismo Serres se contradecía con sus denuncias de los campesinos de Languedoc que tenían ganado vacuno, entre los cuales vivía. Contra el peso muerto de la tradición en una sociedad todavía analfabeta en su mayor parte y contra los intereses particulares creados por una exagerada idea de la propiedad, existían pocas posibilidades de introducir cambios.

Incapaces de atajar las causas de la pobreza y el hambre, los estados mediterráneos se enfrentaron con sus consecuencias lo mejor que pudieron. Los hombres hambrientos, como se dieron cuenta los gobiernos a su propia costa, se convertían demasiado fácilmente en vagabundos y bandidos –bandidos especialmente en una parte del mundo en la que las *vendettas* arrancaban desde tiempo inmemorial, donde el poder del gobierno apenas alcanzaba más allá de las murallas de la ciudad, y donde los nobles empobrecidos y los hombres de cierta posición dominaban los cambios con las bandas a su servicio–. En las últimas décadas del siglo el azote del bandidaje parece que se agudizó por las tierras mediterráneas. Solamente Castilla se vio relativamente libre de él, quizá porque los hambrientos y los desocupados podían buscar una salida para su problema en los tercios de Flandes o en los grandes espacios abiertos de las Indias, y porque la justicia era segura, ya que no rápida, mientras Felipe II ocupó el trono español. Pero Castilla también tenía sus bribones profesionales, sus pícaros; y más allá de Castilla, en Cataluña, Languedoc o Italia, el pícaro se convirtió, a causa de la desesperación o por bravuconería, en un bandido: el fuera de la ley que vivía con sus camaradas sometido a un código privado que regulaba la conducta de su estado dentro del Estado.

El bandidaje, en esta época, en ninguna parte era más virulento que en las tierras pontificias, donde se presentaban como en un microcosmos todos los problemas de orden social y político del mundo mediterráneo. En resumen, los estados pontificios habían sido exportadores de grano hasta alrededor de 1575, pero la situación cambió en el último cuarto de siglo. Italia, como gran parte de la Europa mediterránea, parece que sufrió cambios climáticos en

este periodo. Hubo en algunos años grandes lluvias y se produjeron desastrosas inundaciones, y con frecuencia se recogieron malas cosechas, como en 1589 y 1590, que fue cuando el bandidaje alcanzó gran importancia. Pero las condiciones climáticas no eran las únicas responsables de la falta de grano. Al igual que en Castilla, la pesada carga de los impuestos despobló el campo y redujo el abastecimiento de productos agrícolas baratos. Aún más, el crecimiento de Roma hasta convertirse en una gran capital –de 30.000 habitantes en 1500 pasó a tener 100.000 a finales de siglo– creó un valioso mercado para la carne tanto como para el grano. Esto produjo una grave competencia en el campo entre los intereses agrícolas y ganaderos, ya que estos requerían solo una pequeña mano de obra. Mientras que muchas tierras agrícolas fueron dedicadas a pasto, otras buenas tierras fueron inutilizadas a causa de la propagación de la malaria; y aunque Sixto V hizo heroicos esfuerzos para desecar los pantanos pontinos, esto resultaba caro y técnicamente difícil, y sus resultados fueron lentos. Así pues, la *Campagna,* como el campo castellano, fue incapaz de abastecer la creciente demanda.

La *Campagna* estaba dominada por barones que se resentían de la prosperidad de la capital y temían la extensión, lenta pero segura, del poder papal sobre sus tierras. Los dominios temporales del papado eran administrados por el cardenal chambelán a través de gobernadores en las ciudades más importantes y a través de un creciente ejército de funcionarios y de cobradores de impuestos. Como sus colegas seculares, los papas del siglo XVI habían hecho esforzados intentos para mejorar la efectividad de su gobierno y para incrementar sus ingresos procedentes de los impuestos en sus propios dominios, en una época en que la secesión protestante había disminuido drásticamente sus tradicionales fuentes de ingreso en otras partes de Europa. A finales de siglo habían conseguido un considerable progreso en ambos frentes. Los impuestos en los estados pontificios aumentaron diez veces a lo largo del siglo (bastante más que la elevación de precios); y la creciente tendencia de los papas de designar a eclesiásticos para los más altos cargos administrativos estaba produciendo ruidosas quejas sobre la tiranía de un gobierno de eclesiásticos.

En el curso de la búsqueda papal de nuevas fuentes de ingreso, Gregorio XIII comenzó en 1578 una investigación sistemática sobre los títulos mediante los cuales los barones detentaban sus feudos.

Numerosos castillos fueron reclamados por la Cámara Apostólica a sus indignados, pero ilegales, ocupantes, los cuales respondieron a los intentos de desahucio con una resistencia armada. La coincidencia de las malas cosechas y el hambre con esta revuelta de la aristocracia rural produjo un violento estallido del bandidaje, que representaba a la vez una rebelión del campo contra la ciudad, y una rebelión de las indomables fuerzas del localismo contra las pretensiones del poder central.

Este era un típico bandidaje al estilo mediterráneo, un movimiento de inquietud rural alentado y explotado por una aristocracia descontenta y retrógrada para lograr sus fines particulares. Pero puede considerarse también como un hermano bastardo de los movimientos que habían producido el levantamiento en Aragón y las guerras civiles en Francia. El bandidaje aristocrático necesitaba solo un mayor grado de sofisticación para convertirse en un levantamiento en defensa de las «libertades», y un punto de patriotismo y de religión para que los bandidos se convirtieran en *gueux.*

A lo largo del siglo XVI, la línea divisoria entre la anarquía y el constitucionalismo aristocrático era muy estrecha, y era cruzada y vuelta a cruzar accidentalmente tanto por los bandidos como por los descontentos y los patriotas.

Desde 1578 hasta 1595, los estados pontificios estuvieron sumergidos bajo una oleada de bandidaje que a veces golpeaba contra las mismas murallas de Roma, y cortaba el camino de Nápoles. Por un momento pareció que Sixto V había acabado con la mayor parte de los bandidos, después de llevar a cabo una gran campaña y de imponer bárbaras sentencias a aquellos que fueron capturados. Pero la escasez y el hambre de los últimos años de su pontificado los hizo surgir de nuevo; e incluso el notable bandido-noble Alfonso Piccolomini, que había sido perdonado por Gregorio XIII, reapareció en julio de 1595, un mes después de la muerte de Sixto. Solo alrededor de 1595, durante el pontificado de Clemente VIII, fue cuando el intenso movimiento del bandidaje que había comenzado en 1578 comenzó a apagarse. Una vigorosa y persistente acción policial consiguió gradualmente los deseados resultados. Los bandidos, uno tras otro, fueron subiendo al patíbulo, y los nobles que protegían y alentaban a los bandidos fueron alcanzados y derrotados. Muchos de sus clientes y dependientes fueron incluidos en el ejército pontificio, o amnistiados a condición de que se marchasen a Hungría para unirse a la guerra contra los turcos.

Mientras que el campo era sometido por la acción militar, la misma Roma retenía a la nobleza, cuya connivencia y apoyo habían contribuido tanto a mantener vivo al bandidaje campesino. Si los papas imponían la moda en el embellecimiento de su capital, los nobles rivalizaban entre sí en la construcción de costosos palacios urbanos. El alto nivel de comodidad y de lujo impuesto por la nueva aristocracia de las familias papales, desafiaba los hábitos de la antigua nobleza romana y la llevaba a realizar grandes gastos que la obligaban a endeudarse. Fueron las deudas las que obligaron a familias famosas, como los Orsini, a vender sus castillos rurales y acudir al patronazgo papal para poder sobrevivir. Así pues, gradualmente, la antigua nobleza fue sometida y civilizada, y unida por lazos de seda a la corte de los papas.

Al domesticar y civilizar a la antigua aristocracia militar, los papas no estaban haciendo más que sus colegas seculares, los cuales estaban intentando en todas partes refrenar, por medio de una sensata combinación de *douceur* y de violencia, las manifestaciones más peligrosas de la inquietud aristocrática. La verdadera vuelta a la paz a finales del siglo aceleraría el proceso desviando los gastos desde los ejércitos a las cortes. Tentada por el patronazgo y seducida por el lujo, la nobleza de Europa se convencería gradualmente de que debía abandonar los viejos hábitos, que correspondían menos a la vida de la corte que a la del campo. Pero detrás de la nobleza estaba el pueblo, apiñado en las ciudades que habían crecido rápidamente, y dispuesto al disturbio y a la rebelión si los impuestos llegaban a ser intolerables y el pan demasiado caro. En esta cuestión, los problemas eran tan grandes como para que se pudiese buscar una solución solo en el contexto del mundo mediterráneo. La salvación, cuando llegase, llegaría desde fuera de esa región, transportada por los barcos de grano del norte de Europa.

Desde comienzos de la década de 1570 iban a ser vistos en los puertos mediterráneos cada vez más barcos procedentes del norte. Los ingleses, en su búsqueda de nuevos mercados para sus telas y estaño, se estaban mostrando cada vez más activos desde 1573. Su especial mezcla de comercio y piratería, que había ya causado estragos en el Atlántico español, estaba produciendo una profunda ansiedad en Venecia a finales de la década de 1570; y la concesión de facilidades comerciales por parte del sultán fue suficiente para justificar la fundación de una Compañía de Levante en 1581.

Los holandeses, por su parte, habían insistido con firmeza en su comercio con la península ibérica, sin dejarse atemorizar por el hecho de que se hallaban en guerra con España. Cuando el conde de Leicester intentó prohibir su comercio ibérico[3] se encontró con todos los comerciantes y armadores de Holanda enfrentados a él, defendiendo coléricamente sus lucrativas ocupaciones como proveedores de alimentos y de material naval a sus enemigos españoles. También habían puesto sus ojos en el legendario comercio de Sevilla. La creciente preocupación de los genoveses con respecto a las finanzas de la corona española había dejado un vacío parcial en el comercio de Sevilla, que los holandeses estaban decididos a llenar. Por medio de sus agentes y factores clandestinos, especialmente los judíos portugueses *marranos,* los comerciantes holandeses consiguieron introducirse en el comercio con las Indias con el tácito consentimiento de un gobierno español que era amargamente consciente de su dependencia de los rebeldes como compradores de productos coloniales y abastecedores de productos del norte.

Al mostrar los ingleses un marcado interés en los mercados mediterráneos, y al establecerse los holandeses secretamente en Lisboa y Sevilla, la entrada a gran escala de los comerciantes del norte en el Mediterráneo era solo una cuestión de tiempo. Fue la crisis de grano en la cuenca mediterránea lo que precipitó la invasión. En el Imperio otomano el grano escaseaba a mediados de la década de 1560, y de nuevo desde 1572 hasta 1581, y desde 1585 hasta 1590. En Nápoles se registraron seis años de hambre entre 1560 y finales del siglo. Incluso Sicilia, el granero del Mediterráneo, pasó por una fase de malas cosechas entre 1575 y 1580, aunque continuó siendo una de las principales exportadoras de grano en el siglo XVII. Incapaces de alimentarse por sí mismos, los países mediterráneos acudieron a la Europa del norte y del este en busca de ayuda. En respuesta, los barcos ingleses, holandeses y hanseáticos pulularon a través del estrecho de Gibraltar, transportando el trigo del Báltico, que podía significar la diferencia entre el hambre y la supervivencia.

La penetración de los barcos del norte en el Mediterráneo en los últimos años del siglo cambió inevitablemente la balanza comercial y económica de la Europa del sur. Toscana, bajo el hábil gobierno del antiguo cardenal de Médicis, ahora gran duque Fernando (1587-1609), aprovechó la oportunidad y declaró a Livorno puerto libre

---

[3] Véanse pp. 295-296.

en 1593. Como consecuencia se convirtió en el puerto italiano favorecido por los comerciantes del norte y en un importante centro distribuidor del grano del norte. Con los beneficios de esta nueva actividad comercial, el gran duque se convirtió en el príncipe quizá más rico de Europa.

Lo que Toscana ganó, lo perdió Venecia. Esta había ya padecido severamente la pérdida de Chipre a manos de los turcos en 1571 y las depredaciones de los piratas –no solo de los corsarios berberiscos, sino también de los españoles, florentinos y malteses, y de aquellos bandidos marítimos del Adriático, los *uskoks,* que operaban desde su inexpugnable base de Segna, cerca de Fiume–. Ahora, hacia finales de siglo, los piratas del norte –el excedente inasimilado, como los bandidos italianos, de las sociedades superpobladas– se unieron a sus hermanos del sur en el juego. Los comerciantes venecianos se encontraron con que cada vez eran atacados con más frecuencia por los *bertoni* ingleses u holandeses: altos y amplios barcos de tres mástiles y de tonelaje medio, muy marineros y que transportaban veinte cañones o más. Venecia se mostró singularmente incapaz con este desafío de los piratas. La tradicional flota de las galeras estaba mal equipada técnicamente para capturar los *bertoni,* los cuales eran demasiado altos para un abordaje fácil desde el bajo casco de las galeras. Venecia también estaba encontrando difícil el reclutamiento de las tripulaciones de las galeras. Mientras que el desarrollo industrial del continente estaba comenzando a atraer el interés de los hombres de negocio venecianos más que el tradicional comercio marítimo, el servicio naval estaba perdiendo su prestigio y la moral de los marinos se hallaba en declive. Y por encima de todo, la misma Venecia se había acostumbrado demasiado a la vida fácil y había llegado a ser demasiado rica. Su cerrada y exclusiva oligarquía carecía aparentemente del deseo y de la capacidad para idear nuevos métodos para las nuevas circunstancias. Venecia, como Castilla a finales del siglo XVI, estaba mostrando todos los síntomas de un endurecimiento de las arterias.

Aunque la respuesta variaba de puerto en puerto y de estado en estado, no había salida para el hecho crucial de la vida del sur de Europa a finales del siglo XVI –la transformación del Mediterráneo en un lago angloholandés–. Este fue el contexto dentro del cual la España del siglo XVI se enfrentó con sus dificultades. Todos los estados mediterráneos fueron víctimas, en mayor o menor grado, de una situación en la que parecía no haber salida para el hecho de tener

que depender del norte. Hubo, desde luego, desesperados intentos de resistencia. En 1585, Felipe llevó a cabo el primer embargo de barcos procedentes del norte en los puertos ibéricos. En 1595, y de nuevo en 1598, capturó cerca de quinientos barcos holandeses anclados en los puertos españoles y portugueses. Pero los embargos demostraron ser, desgraciadamente, contraproducentes. Era imposible que la península ibérica viviese mucho tiempo sin el grano y los abastecimientos del norte, y los españoles carecían de una marina mercante para traer estos productos vitales. Así pues, dieron marcha atrás y se unieron con sus enemigos. Aún más, el remedio podía resultar peor que la enfermedad. Cuando los holandeses fueron privados en 1598 del acceso a la sal portuguesa de Setúbal, respondieron simplemente dirigiéndose directamente al Caribe, a las salinas de Araya en la costa de Venezuela. Parecía que, hiciese la que hiciese, España estaba condenada a perder. No habiendo podido derrotar a los ingleses ni aplastar la revuelta holandesa, se veía ahora condenada a contemplar con impotencia el espectacular avance de sus enemigos del norte de Europa a expensas de sus propias posesiones ultramarinas y de su vida económica.

La derrota de España, pues, fue parte de una más amplia derrota de la Europa del sur por la del norte. Los países mediterráneos, que durante tanto tiempo habían marcado la pauta en Europa, parecía que entraban ahora en una nueva fase que se distinguía por la subordinación económica a los estados del norte de Europa. Pero a finales de siglo, esta transformación tendía todavía a ser encubierta por el prestigio del poder militar español y por la civilización mediterránea. La monarquía española era todavía considerada por los contemporáneos como la potencia más grande del mundo, y la influencia cultural española nunca fue mayor que en los primeros años de la nueva centuria, en una época en que la fortaleza militar y política real española había ya pasado su cima. Además, la civilización del Mediterráneo italiano continuaba ejerciendo una profunda fascinación sobre un continente que estaba acostumbrado a buscar en el sur su arte y sus ideas. El norte se hallaba impresionado, en toda la extensión de esta palabra, por el nacimiento de la ciudad esplendorosamente barroca de Sixto V y de Clemente VIII. Se encontraba conmovido, como también lo estaba Italia, por los nuevos estilos antimanieristas de Annibale Caracci y Caravaggio. Y un continente con inquietudes espirituales sentía todavía el atractivo de Roma.

La gran reconstrucción de Roma, que arrebató a la *Campagna* sus riquezas, constituía una afirmación triunfante de la fe de la iglesia en su propio futuro, en una época en la que esta estaba redescubriendo la alegría de la independencia. Pues, durante más de una generación, Roma había vivido bajo la sombra del poder de la España de los Habsburgo. Sin embargo, durante la década de 1590 la sombra comenzó a desaparecer, y toda Italia comenzó a ver el sol que había estado ausente durante tanto tiempo. Algunos intentos anteriores de liberarse de la influencia española solo habían producido frustraciones y desengaños: Sixto V se había enfurecido en vano contra el conde de Olivares, y poco resultado había dado la lucha de 1582-1583 dentro de la oligarquía veneciana entre los viejos, *vecchi,* que se aferraban a su política de conciliación con Felipe II, y los *giovani,* que querían que la república mostrase mayor firmeza en sus asuntos con España. Aunque los dirigentes de los *giovani,* Leonardo Dona y Nicolo Contarini, consiguieron algún éxito en sus intentos de introducir reformas gubernamentales, se encontraron –como sus mayores se habían encontrado antes– con que había pocas posibilidades de seguir una política extranjera genuinamente independiente, mientras que Francia fuese demasiado débil para contrarrestar el poderío español. Sin embargo, con la aparición de Enrique IV como el rey poderoso de una Francia reunificada, la situación internacional cambió completamente. Los seguidores y los publicistas de Enrique aprovecharon pronto la oportunidad para presentar a su rey ante el mundo como el Hércules galo que rompería las cadenas españolas que mantenían esclavizada a la cristiandad.

Venecia, Toscana y Roma vieron en Enrique IV su salvador de la dominación española, pero fue la Santa Sede la que iba a ganar más con la recuperación de Francia. Una vez que Enrique IV y Clemente VIII concertaron la paz, el papado se hallaba en posición de volver a la balanza de poderes políticos a la que había servido tan bien antes de la supremacía de España. Las posibilidades de la nueva situación se revelaron sorprendentemente en 1597, cuando Alfonso II d'Este, duque de Ferrara, murió sin herederos. Ferrara era un feudo papal, y Clemente VIII se hallaba decidido a recuperarla, aunque España mostraba simpatía por las pretensiones de César d'Este. Los precedentes de las décadas pasadas hacían suponer el éxito del candidato español, pero Clemente acudió a Enrique IV en busca de

apoyo. El Hércules galo, ansioso por mostrarse como un hijo leal de la iglesia, se declaró dispuesto a dirigir un ejército a través de los Alpes en defensa de la causa papal. Contra la amenaza de Enrique IV, Felipe II no se hallaba preparado para defender su causa, y el ducado de Ferrara revirtió debidamente a la Santa Sede.

El éxito papal en Ferrara indicaba ya algo de las nuevas oportunidades que se le abrían a Roma a causa del resurgimiento de Francia bajo un rey fuerte y católico. Pero la cuestión de si podría explotar estas oportunidades para recuperar la fidelidad de la Europa central y del norte sin tener que recurrir a la molesta ayuda de España, dependería de los buenos deseos de sus seguidores seculares no españoles y de la efectividad de sus medios de conversión. En este aspecto se habían hecho considerables progresos en las últimas décadas. En la misma Roma, las reformas de Sixto V habían iniciado un largo proceso de reorganización mediante el cual se había concentrado la suprema autoridad en las manos del papa, y se había dividido la labor de la burocracia eclesiástica en departamentos especializados, cada uno de los cuales realizaba una función separada. Había ahora un eficiente cuerpo diplomático papal, y el secretario de Estado fue encargado de la dirección de los asuntos extranjeros. Los cardenales, cuyo número fue establecido en setenta por Sixto V, fueron divididos en quince «congregaciones», que eran de hecho comités permanentes con tareas especializadas a la vida espiritual y administrativa de la iglesia.

Con congregaciones especiales para la Inquisición, el Índice, los obispos y las órdenes religiosas, Roma se hallaba mejor equipada para seguir una política sistemática, capaz de adaptarse a las necesidades locales. Al mismo tiempo, la Santa Sede puso mucho cuidado en reforzar sus lazos con los lugares distantes de Europa y utilizó cada vez más a los nuncios papales para representar sus intereses en las cortes de los príncipes seculares y para coordinar los diversos medios locales para la conversión y la reforma. Las órdenes religiosas, y particularmente los jesuitas, tenían que desempeñar un papel vital en el campo local. Hacia finales de siglo, la compañía de Jesús tenía un total de 13.112 miembros y estaba dividida en treinta y dos provincias. A través de sus numerosos colegios, de los cuales había 372 en 1600, había comenzado a ganarse a la nueva generación para Roma. Es notorio, por ejemplo, cómo el catolicismo adquirió un nuevo ímpetu en la Borgoña del duque de Mayenne, después de la llegada de los jesuitas y de su instalación en el Collège des Godrans

en 1381. Como se sabe, los jesuitas sufrieron un retroceso temporal con el decreto de Enrique IV, expulsándolos del país en 1594[4]. Parece que el decreto nunca fue puesto en vigor en diversas partes de Francia, y la orden realizó una contribución significativa a la educación de una generación que iba a promocionar una revitalización del catolicismo francés a comienzos del siglo XVII.

La historia fue similar en las tierras alemanas y austríacas. Dondequiera que las órdenes religiosas podían asegurarse la entrada, la labor de reconversión al catolicismo experimentaba un enérgico avance. Pero la oposición continuaba siendo fuerte y las dificultades eran formidables. Entre la aristocracia de las tierras de los Habsburgo, el protestantismo se hallaba profundamente arraigado: en 1609 los estados del archiducado de Austria contaban todavía con trescientos miembros protestantes frente solo ochenta católicos romanos. Tampoco la resistencia procedía solo de los protestantes. Esta, al menos, era la experiencia de Melchor Khlesl, el hijo convertido de un panadero vienés, que fue encargado del movimiento de reforma católica en la alta y la baja Austria en 1590 y se convirtió en obispo de Viena en 1598. Había interminables pendencias y luchas entre las diversas órdenes; y el clero parroquial, que había sido descuidado por Roma durante tanto tiempo, se mostró molestamente recalcitrante ante los intentos de elevar su formación moral y cultural al nivel esperado por la iglesia postridentina.

En tales circunstancias, la actitud de un príncipe secular podía suponer el fracaso o el éxito. Sin embargo, como advertía el papado con inquietud, esta era la cuestión que latía en las tierras de la Europa central. La trayectoria de los Habsburgo austriacos no era de ningún modo tranquilizadora. El catolicismo de la nueva generación de los Habsburgo, al contrario del de su padre Maximiliano II, no planteaba ninguna duda afortunadamente: en especial, el archiduque Alberto era un hijo devoto de la iglesia, y el gobernador del Tirol, el archiduque Maximiliano, era un protector entusiasta de los capuchinos, y célebre por su piedad. Pero el mismo emperador Rodolfo II, aunque en líneas generales veía con simpatía la labor de reforma católica, era tan melancólico y voluble que inspiraba, alarmantemente, poca confianza. Aparte de cualquier idiosincrasia personal, Rodolfo estaba tan identificado como emperador con una tradición mediadora que levantaba las peores sospechas en Roma.

---

[4] Véanse pp. 334-335.

La continua búsqueda de una más elevada síntesis religiosa que reconciliase a los credos enfrentados dentro del Imperio y el equívoco acercamiento de los Habsburgo austriacos al problema de la herejía en los Países Bajos, todo ello indicaba una falta de compromiso dogmático que molestaba profundamente al papado.

Fue una particular desgracia para un papado cuyo catolicismo no era el mismo que el de Madrid, el darse cuenta de que no contaba con la simpatía del catolicismo de Viena ni con el de Praga. Cada rama de los Habsburgo, la de los españoles y la de los austriacos, se consideraba a sí misma comprometida divinamente con el santo cáliz de la verdadera tradición católica, y de ninguna forma podía el papado reclamar para sí esta pretensión. Las esperanzas de Roma de escapar de la estrecha sujeción a la que la tenía sometida la protección española se vieron frustradas en la Europa central a causa de la ausencia de una alternativa viable. Aunque los Habsburgo austriacos hacían frecuentes manifestaciones de apoyo a la labor de reforma católica, mostraban poca prisa e incluso pasividad para llevarla a cabo, lo cual alarmaba tanto a Roma como a Madrid. Así pues, casi por defecto, la tarea de reforzar la respuesta católica en las posesiones de los Habsburgo recayó sobre los españoles; y el papado se encontró en una posición en la que no podía hacer otra cosa que asentir.

La tarea del embajador español en la corte imperial había sido siempre la de urgir al emperador para que llevase a cabo una política más firme y comprometida. Esta labor era delicada y poco agradecida a causa de los celos mutuos entre los Habsburgo españoles y austriacos y las inevitables divergencias de sus respectivos intereses. Felipe II se hallaba constantemente alarmado por el carácter y la extensión de la intervención imperial en los Países Bajos. También le preocupaba que la influencia del emperador fuese insuficiente para impedir que los príncipes alemanes se aliasen con Francia y con los holandeses; y estaba muy molesto por las excentricidades y por la poca confianza religiosa que inspiraba su sobrino Rodolfo II. El embajador español en Praga en las décadas de 1580 y 1590, un vigoroso diplomático de origen catalán, Guillem de San Clemente, ocupaba, pues, una posición de excepcional importancia. Como su colega Mendoza en París, tenía la responsabilidad de defender los intereses españoles y el catolicismo español en una corte en la que el catolicismo de su monarca dejaba mucho que desear.

Durante los ambiciosos últimos años del reinado de Felipe II, la política española en la Europa central y oriental, dirigida por San Clemente, era tan dinámica y de un carácter tan intervencionista como en la Europa occidental. Madrid intervino en la elección polaca que siguió a la muerte de Esteban Báthory en 1586 y apoyó –aunque sin éxito– la candidatura del archiduque Maximiliano. Cuando se produjo la ruptura de hostilidades entre el Imperio y los turcos en 1593, Madrid hizo lo que pudo para reforzar la resolución del emperador, y le envió un subsidio para ayudarle en la campaña. Durante los últimos meses de su vida, Felipe II consideró la posibilidad de enviar una expedición desde Italia a los Balcanes para liberar a las fronteras del Imperio de la presión de los otomanos. Sin embargo; no era solo el resurgimiento de las ambiciones turcas la que alarmaba al rey de España. Estaba muy preocupado por los informes de San Clemente sobre la debilidad de la respuesta de Rodolfo a la amenaza protestante en las posesiones de los Habsburgo en Bohemia. Si Rodolfo no hacía nada, entonces la obligación recaía sobre España. Así pues, San Clemente formó en Praga durante la década de 1590 un fuerte partido proespañol entre la nobleza católica bohemia, que comenzó a hacer propaganda para que se llevase a cabo una política más firmemente antiprotestante.

Así pues, al mismo tiempo que el papado estaba por fin comenzando a emanciparse de España en la Europa occidental, todavía continuaba dependiendo estrechamente de la iniciativa española en las tierras imperiales. Esta situación, poco feliz, continuaría en tanto que Rodolfo siguiese reinando. Sin embargo, las perspectivas futuras parecían, afortunadamente, un poco más brillantes. Ninguno de los cinco hijos de Maximiliano II había tenido descendencia, y el futuro de la dinastía radicaba en su primo, el archiduque Fernando, el cual sucedería a Matías como emperador en 1619. La iglesia encontró por fin en Fernando de Estiria el Habsburgo austriaco que quería. Educado por los jesuitas en Ingolstadt, Fernando era el prototipo del príncipe católico al nuevo estilo, de mentalidad estrecha, piadoso, rígido y totalmente fiel. Después de asumir el gobierno de las tierras de Austria central en 1596, Fernando hizo una peregrinación a Loreto y a Roma. En Ferrara se postró a los pies de Clemente VIII y prometió dedicar su vida a la restauración del catolicismo en sus posesiones hereditarias; y cuando volvió a Austria cumplió lo prometido. Desafiando a la aristocracia e ignorando las advertencias de Rodolfo II, expulsó a los pastores y maestros protestantes de su

principado y de su capital, Graz. Era el comienzo de una carrera que terminaría con el triunfo del catolicismo de la contrarreforma en las posesiones de los Habsburgo.

Detrás de Austria y Bohemia estaban Polonia y el norte. De nuevo aquí eran esenciales gobernantes adecuados si se pretendía la reconversión sistemática de las tierras y las gentes apartadas de Roma. El corto reinado de Esteban Báthory en Polonia había mostrado lo que podía lograrse con un monarca bienintencionado, incluso cuando era estorbado por unas drásticas restricciones constitucionales. El patronazgo que Báthory ejercía sobre los jesuitas estaba ya comenzando a dar resultados: al final de su reinado había 360 miembros de la orden en Polonia y 12 colegios de jesuitas. Así pues, preocupaba profundamente a Roma que Báthory tuviese un sucesor que siguiese sus pasos. El papado, al igual que Madrid apoyaba al archiduque Maximiliano. Sin embargo, muchos de los nobles polacos, incluyendo a los antiguos seguidores de Báthory, apoyaban las pretensiones del joven príncipe Segismundo Vasa, hijo de Juan III de Suecia y de su esposa Jagellón. Existía todavía una fidelidad sentimental en Polonia hacia la antigua dinastía Jagellón; y el partido de Báthory esperaba que la elección de un Vasa implicaría a Suecia en sus planes para la conquista de Moscovia.

En la Dieta electoral de 1587 Segismundo obtuvo la mayoría de los votos. Sin embargo, una minoría proclamó rey al archiduque Maximiliano con el apoyo entusiasta de San Clemente. Ayudado por una importante subvención española, Maximiliano decidió luchar por el trono; no obstante, fue derrotado y hecho prisionero en el año de la Armada Invencible, 1588, y Roma y Madrid creyeron prudente abandonar su oposición a un gobernante Vasa, ahora Segismundo III. Al apoyar en un principio a Maximiliano, Sixto V había tomado de nuevo, como era característico en él, una decisión precipitada, pues Segismundo era en algunos aspectos una figura más prometedora que Maximiliano desde el punto de vista de Roma. Como Fernando de Estiria, había sido educado por los jesuitas y era excepcionalmente devoto. Aún más, como heredero del trono de Suecia, podía ser el instrumento adecuado para la recuperación de Escandinavia. La aristocracia sueca era consciente de que la elección de Segismundo al trono de la católica Polonia amenazaba con devolver a su propio país a la órbita romana. Sin embargo, las ventajas políticas que tenía para Suecia la política dinástica de Juan III podían muy bien compensar los riesgos religiosos. Juan III, al igual

que Eric XIV, había seguido una política extranjera encaminada a la expansión de Suecia hacia el este; y una estrecha asociación entre Suecia y Polonia reforzaría a ambos países contra su mutuo enemigo, Rusia. Los nobles suecos vieron también la posibilidad de conseguir ventajas particulares a causa de los largos periodos de absentismo real que se esperaban, una vez que el rey de Polonia fuese también rey de Suecia. Pero tuvieron mucho cuidado de no dejar nada al azar. Antes de partir para Polonia en el otoño de 1587, Segismundo fue obligado a firmar el Estatuto de Kalmar, destinado a asegurar que la unión de las coronas no pondría en peligro la independencia del país ni perjudicaría su fe. Los derechos de la iglesia sueca fueron garantizados; no se permitiría ninguna propaganda católica romana; y Suecia había de ser gobernada por un consejo de regencia aristocrático de siete miembros durante los periodos en que Segismundo estuviese ausente en Polonia.

A pesar del obstinado luteranismo de la aristocracia sueca, el papado confiaba en los proyectos de reconversión. En 1592, Clemente VIII designó a un nuncio papal para Polonia, Germanico Malaspina, cuya tarea específica era la de preparar el camino para la recuperación de Suecia. La muerte de Juan III, en noviembre de ese año, produjo la accesión de Segismundo, y el nuevo rey fue atendido por el nuncio y por un séquito católico en su visita a Estocolmo en 1593. Sin embargo, se dio cuenta a su llegada de que se hallaba enfrentado a aquella misma combinación de oposición religiosa y aristocrática que había endemoniado las vidas de los príncipes en otras partes de Europa. El temor de la aristocracia sueca a un poder arbitrario había sido incrementado por la utilización, por parte de Juan III, de secretarios plebeyos para la dirección de su gobierno. Esta era una queja bastante común entre la aristocracia; pero los nobles suecos de la década de 1590 constituían una generación más sofisticada que la de sus padres, que había depuesto a Eric XIV en 1568. Habían viajado y leído más, y estaban más familiarizados con los resultados de las investigaciones sobre el pasado de Suecia y con la literatura política más reciente de la Europa occidental, incluyendo los trabajos de Du Plessis-Mornay, Hotman y Buchanan. Bajo la dirección de Eric Sparre, habían comenzado a pensar que podían ser los guardianes históricos de las leyes y libertades suecas, y plantearon su pretensión de una mayor participación en el gobierno antes de la muerte de Juan III.

Cuando se celebró la coronación de Segismundo en 1594, se produjo al mismo tiempo una decisiva reunión de los estados o *riksdag*

en Upsala. Durante la ausencia de Segismundo, el país había sido gobernado eficientemente por su tío, el último de los hijos de Gustavo Vasa, duque Carlos de Sudermania. Esta formidable personalidad, luterano de tendencias neocalvinistas, partió para reunirse con los estados con un gran número de seguidores armados. Los mismos estados, firmemente luteranos, estaban dispuestos a contener el catolicismo de Segismundo, mientras que la aristocracia estaba decidida de igual forma a imponer nuevas restricciones al poder de la corona. La derrota de Segismundo a manos de los estados representaba una victoria tanto para el protestantismo como para la idea de un gobierno contractual basado en la ley. El rey retornó desilusionado a Polonia, dejando a Suecia en las manos de una difícil coalición del duque Carlos y el consejo, dominado por la alta aristocracia.

Durante los años siguientes se produjo en Suecia una confusa lucha tripartita entre el duque Carlos, la aristocracia y Segismundo, el cual volvió de Polonia con un ejército en 1598. Al final, fue el duque Carlos el que salió victorioso. Segismundo, después de haber conseguido algunas ventajas iniciales, abandonó el campo y partió de nuevo para Polonia. Fue oficialmente depuesto por los estados en 1599: el segundo rey que era depuesto en Suecia en menos de medio siglo. El duque Carlos, el representante superviviente de la dinastía y de la corona, se apartó entonces de la oposición aristocrática al poder real. Eric Sparre y tres de sus colegas fueron ejecutados en 1600 por actividades «traidoras», y el duque aceptó la corona cuatro años más tarde con el nombre de Carlos IX de Suecia.

La victoria del duque Carlos sobre el constitucionalismo aristocrático no fue al final más que un triunfo pasajero, pues la nobleza había conseguido suficientes concesiones por parte de la corona durante años como para que les resultase difícil a los futuros gobernantes oponerse a un sistema constitucional basado en unos estatutos representativos y en una relación contractual entre el gobernante y los gobernados. Sin embargo, la victoria sobre Segismundo sí que fue permanente y decisiva. La fracasada unión de las coronas sueca y polaca fue irrevocable, y las esperanzas de Roma de recuperar Escandinavia se disolvieron por tanto. Carlos se consideraba a sí mismo, y era considerado por sus súbditos, como el salvador del protestantismo en Suecia, de la misma forma que su hijo Gustavo Adolfo sería considerado algún día como el salvador del protestantismo en Europa. La cuestión de si el catolicismo hubiese sido restaurado realmente en Suecia si Segismundo hubiese permanecido en el tro-

no, queda, sin embargo, en el aire. El luteranismo se había mostrado como una planta más resistente en la tierra sueca que en otros lugares de Europa, y se puede dudar si el rey y el nuncio hubiesen sido capaces de arrancarla. Pero el triunfo del duque Carlos señalaba clara y decisivamente la línea divisoria entre los protestantes y Roma. Mientras que Polonia, bajo el gobierno de Segismundo III, volvía gradualmente a la fidelidad al catolicismo, Escandinavia se alineó firmemente de aquí en adelante en el campo protestante.

A finales de siglo, este campo estaba integrado por –además de Escandinavia– Inglaterra, Escocia, las Provincias Unidas, siete cantones suizos y una parte considerable de Alemania. Los protestantes eran también muy fuertes en Bohemia y Transilvania; y menos fuertes, pero todavía influyentes, en Polonia, Francia y las posesiones hereditarias de los Habsburgo. Sin embargo, la iglesia romana podía mirar hacia atrás, hacia una serie de sólidos triunfos conseguidos desde la terminación del Concilio de Trento en 1563. Las tierras mediterráneas, la Irlanda céltica y gran parte de Francia habían permanecido leales a la fe. Había sido recuperado el terreno perdido en Baviera, el sur de los Países Bajos, Alemania y Austria; y los reinos de Francia y Polonia habían sido arrancados del fuego cuando parecía que todo estaba perdido. La misma iglesia se hallaba mejor preparada, y su moral era infinitamente más alta que medio siglo antes. Había pasado la fase de supervivencia: la recuperación estaba en marcha. Pero sería una locura para Roma dormirse en sus laureles, pues la cristiandad, más que nunca, se hallaba dividida entre sí.

División y unidad

En qué medida estaban divididos los europeos a finales de siglo se refleja en su incapacidad para ponerse de acuerdo en cuanto al calendario. El Concilio de Trento fue el último de una sucesión de concilios de la iglesia que tomó nota de la disparidad existente entre los calendarios juliano y el solar, disparidad que significaba que la Pascua y otros días festejados por la iglesia no estarían ya por más tiempo de acuerdo con las previsiones hechas por el Concilio de Nicea en el año 325. El calendario juliano hacía al año once minutos y catorce segundos más largo, y la acumulación de minutos había creado una divergencia de diez días al cabo de los siglos. Ante el requerimiento del Concilio de Trento, Gregorio XIII remitió la cues-

ción a distinguidos matemáticos y astrónomos. Su tarea culminó con el nuevo calendario «gregoriano», que fue sancionado por una bula papal en febrero de 1582, y el cual implicaba la supresión de diez días entre el 5 y el 15 de octubre de aquel año. Desgraciadamente, para los protestantes, la superioridad técnica del calendario gregoriano sobre el juliano no pudo más que el grave pecado original de su procedencia papal. Consecuentemente, mientras que los estados católicos, incluyendo a Francia, lo adoptaron ese mismo año, ni el este ortodoxo, ni el norte protestante se mostraron dispuestos a ello. Hasta 1700 no decidieron aceptarlo la Alemania y la Suiza protestantes, Dinamarca y las Provincias Unidas[5]; e Inglaterra y Suecia mantuvieron una tenaz resistencia hasta 1752 y 1753.

El cisma cronológico era sin duda uno de los menores de los muchos males de Europa. Sin embargo, constituía un síntoma de la amplia división producida por el conflicto de las creencias. La mutua comprensión había llegado a ser más difícil y las mutuas antipatías se habían exacerbado como resultado de casi medio siglo de guerras. Con todo, quedaba todavía, trascendiendo a todos los desacuerdos, una ciudadanía europea. A pesar de todas las rupturas de los recientes años pasados, la comunidad europea de comerciantes y la de intelectuales permaneció más o menos intacta. Las universidades pudieron haberse convertido en más nacionales y más parroquiales, pero los intelectuales de fama europea continuaron siendo cortejados por los mecenas, e incluso por las universidades, sin tener en cuenta su fe. El moralista y filósofo neerlandés, Justus Lipsius (1547-1606), protegido del cardenal Granvela, aceptó un puesto en la universidad protestante alemana de Jena, ante la solicitud del luterano duque de Sajonia-Weimar. Más tarde, durante el fragor de la revuelta holandesa, se trasladó desde la católica Lovaina a la calvinista Leiden, donde escribió un tratado sobre política que incluso preconizaba la exterminación de los herejes. Desde Leiden se trasladó, en 1591, a la supuestamente más compatible universidad de los jesuitas de Maguncia, antes de aceptar, entre muchas ofertas, la cátedra de historia y literatura de su antigua Universidad de Lovaina.

La comunidad europea, parcialmente rota por la guerra, se restableció pronto cuando volvió la paz. Sin embargo, las ideas y las actitudes nunca se vieron afectadas profundamente por las disensiones nacionales e internacionales de los años precedentes. En realidad,

---

[5] Excepto Holanda y Zelanda, que adoptaron el nuevo calendario en 1582.

no podía haber sido de otra forma dada la extremada amargura y violencia de los tiempos. Aquella era una sociedad en la que la superpoblación, con la consiguiente escasez de alimentos y de trabajo, había creado unas tensiones que la estructura social y política habían demostrado ser incapaces de contener. Las clases pudientes reaccionaron acentuando con renovada decisión la exclusiva naturaleza de sus derechos y de sus privilegios, mientras que los desposeídos respondieron recurriendo a la violencia en cada una de sus diversas formas: piratería y bandidaje, revuelta y rebelión, saqueo y pillaje y frenéticas manifestaciones iconoclastas. La violencia era sin duda una forma de vida normal a comienzos de la Edad Moderna, y se consideraba a la guerra como una institución aceptada, más que como una desgraciada aberración de un largo ciclo de paz. Sin embargo, la insolubilidad de los problemas económicos y sociales creados por la superpoblación, junto con el colapso del consenso religioso de Europa, y la fortuita debilidad de muchas monarquías habían creado una situación en la que el Estado no era ya capaz de cumplir la función que se esperaba de él de reducir a la violencia dentro de unos límites aceptados. La consecuencia de ello fue un paso del orden (modificado) al desorden total, sobre cuyos horrores Shakespeare, como era característico en él, fue muy elocuente:

> La disensión civil es un gusano venenoso,
> que roe las entrañas del bien común[6].

La respuesta común a esta espantosa situación era bastante predecible: extremado conservadurismo político y social. La voz radical de los humanistas de comienzos del siglo XVI, protestando contra el privilegio y la propiedad, se silenció en los últimos años del siglo. Una era de experimentación social había dado paso a una era notable por su mentalidad sosegada. No era casualidad que las tres mentes más creadoras de la segunda mitad del siglo –Montaigne, Bodin y Shakespeare– fuesen profundamente conservadoras en su actitud con respecto al gobierno y a la sociedad. Los hombres inteligentes hacían hincapié en la necesidad de un buen gobierno –sinónimo de realeza fuerte– como respuesta al desorden público. En un mundo así, donde el orden constituía un interés, la innovación era como un descuento.

---

6 *Enrique VI,* parte I, acto III, esc. I.

Junto con el extremado conservadurismo de las sociedades de finales del siglo XVI ocurrió otro fenómeno muy característico de la época: un acentuado sentido de nacionalismo. Una sociedad en la que las divisiones eran profundas –en la que la misma familia de Montaigne era en parte protestante y en parte católica– pudo haber buscado inconscientemente una compensación de sus divisiones en los lazos comunes de la nacionalidad. Mientras que el nacionalismo podía brindar una nueva cohesión a una comunidad amenazada con la disolución a causa de la disensión religiosa, podía darle también una nueva vitalidad por el entusiasmo religioso surgido al ver en peligro sus creencias por los ataques de los enemigos exteriores e interiores. La España católica y la Inglaterra protestante mostraron un intenso nacionalismo providencial bajo Felipe II e Isabel. Ambos se consideraban a sí mismos especialmente escogidos por Dios para sostener su bandera. Sin duda, esta convicción llevó a los súbditos de ambos países a cometer terribles actos de inhumanidad y trágicos disparates, como cuando el historiador español Juan de Mariana censuró cuidadosamente sus propios escritos para evitar la satisfacción de los enemigos de España. No obstante, el nacionalismo providencial tuvo su importancia al crear un clima en el que un Cervantes o un Shakespeare pudieron obtener visiones instintivas de la comunidad a la que pertenecían, y ahondar profundamente en las tradiciones populares y vernáculas para buscar nuevas fuentes de inspiración.

El orden intelectual de Europa, como el social y el político, se vio gravemente afectado por las horrendas luchas de finales del siglo XVI. Las exigencias de la controversia religiosa produjeron inevitablemente unas mentalidades estrechas y dogmáticas. En consecuencia, la fructífera especulación humanista de principios de siglo, en sus últimos años, fue a menudo aplastada bajo una asfixiante ortodoxia. Cada fe –luterana, calvinista o católica– reclamaba el monopolio de la verdad, y cada uno creó su propio escolasticismo privado, que anteponía la fidelidad de la letra a la originalidad de la mente. En cualquier caso, esta era una época que tendía a valorar más el método que el contenido; una época inclinada a preferir la clasificación de los hechos pasados al descubrimiento de los nuevos. Su carácter fue establecido por Petrus Ramus –Pierre de la Ramée (1515-1572)–, el dialéctico protestante francés, cuyo famoso método, con sus curiosos inventos mnemotécnicos, consistía en clasificar las ideas en grupos convenientes y así proporcionar a la juventud europea un

sistema de educación en el que la lógica era la clave de todas las artes. Sin duda fue un producto autónomo dentro de la tradición escolásticas, pero su popularidad residía, al menos en parte, en la profunda preocupación por el orden de una generación condenada a vivir en un mundo desordenado.

La antigua búsqueda de un orden en el universo parece que se intensificó realmente por el deseo de escapar de los desórdenes de una Europa dividida religiosamente. Resultaba bastante natural que los intelectuales y filósofos que esperaban descifrar los enigmas del universo a través del ocultismo y de la magia hubiesen estado también estrechamente asociados con los intentos de una unión religiosa, ya que una síntesis religiosa más elevada debía surgir de una comprensión de la armonía cósmica. Esta, al menos, era la esperanza de Guillaume Postel (1510-1581), orientalista francés y místico intelectual que dedicó su vida a lograr la *concordia mundi.* Esta era también la esperanza de aquella figura más sobresaliente, Giordano Bruno (1548-1600). Ambos hombres pertenecían a aquel extraño tercer mundo entre el catolicismo dogmático y el protestantismo dogmático, cuyos ciudadanos se encontraban en las cortes de los Valois y de los Habsburgo, en el Londres de sir Philip Sidney y en el Amberes del impresor Christophe Plantin y del teólogo español Benito Arias Montano. Era un mundo cuyos secretos estaban encerrados en el neoplatonismo y en la magia «egipcia»; un mundo de afinidades y armonías que se hallaba controlado por los movimientos de los cuerpos celestes. Su investigación esotérica de una armonía cósmica contribuyó incidentalmente –a través de sus preocupaciones matemáticas y mágicas– al desarrollo de la ciencia europea; y el mismo Bruno realizó un gran salto imaginativo desde la teoría de Copérnico a la concepción de un universo infinito. Pero ni el misterio ni la magia pudieron encontrar una respuesta al problema de la división religiosa de Europa.

Los hombres de letras se hallaban tan expuestos como cualquiera a consecuencia de esta división, y quizá corrieron incluso un riesgo propio. Ramus perdió la vida en la matanza de san Bartolomé; el poeta y teólogo español fray Luis de León fue encarcelado por la Inquisición, y Giordano Bruno fue quemado en la hoguera por hereje. No resultaba sorprendente que Justus Lipsius, que había contemplado cómo su país natal, los Países Bajos, era devastado por la guerra, dedicase gran parte de su pensamiento a la actitud que debía adoptar el intelectual en medio de la guerra y el conflicto. Dio su

respuesta al mundo en su *De clementia,* de 1583. Como Séneca, aconsejaba resignación: «Estamos obligados a soportar las novedades y evitar preocuparnos con lo que no podemos impedir». El neoestoicismo cristianizado de Lipsius demostraba ser una filosofía muy de acuerdo con la época. Ofrecía a sus contemporáneos una fe racional de una ascendencia clásica muy respetable y les proporcionaba un código moral basado en una resignación fatalista, pero con el suficiente revestimiento de cristianismo como para desarmar los escrúpulos de los piadosos.

Sin embargo, no todos eran capaces de encontrar una satisfacción duradera en el humanismo estoico. El gran Michel de Montaigne (1533-1592) se sintió atraído por él durante algún tiempo, pero su entusiasmo se había desvanecido ya cuando publicó sus *Ensayos,* en 1580. Su veneración por los poderes de la razón humana le pareció arrogante y presuntuosa. Para un hombre de la mentalidad escéptica de Montaigne se podía decir más de la doctrina pirrónica que el que era imposible para el hombre conseguir el conocimiento cierto. Fue como pirronista como formuló asimismo la memorable pregunta: *Que sais-je?* Sin embargo, el origen de la sabiduría debía encontrarse no en el estudio de Pirrón o de Cicerón, sino en el estudio de uno mismo. El estudio de sí mismo, concluía Montaigne, es lo único capaz de enseñarle al hombre el complicado arte de vivir. No es una coincidencia que en una época en la que el derrumbamiento de la cohesión social dejó al individuo sin defensa y solo, contemplase las primeras tentativas exploratorias de la psicología individual. Los *Ensayos* de Montaigne –esta palabra, de la forma que está utilizada en este contexto fue invención suya y característica de él– indagaban con sutileza los escondrijos de la personalidad para buscar los resortes de la acción humana. Con Montaigne, el hombre del siglo XVI, una vez descubierto el mundo, se embarcó en un viaje todavía más peligroso que le llevaría al descubrimiento de sí mismo.

La visión que Montaigne tenía del género humano –escéptica, despegada y agudamente abierta a las extravagancias de los hombres y a su infinita diversidad– hizo que inevitablemente no le gustasen ni creyese en los extremismos. Aunque continuó siendo un fiel católico, no compartía el fanatismo apasionado de la Liga. Por otra parte, desaprobó los edictos de tolerancia, ya que la innovación en materia religiosa conduciría a la disolución de la sociedad. Con todo, su humana visión y el alto valor que le concedía a la conciencia individual le convertían en un moderado por naturaleza en una so-

ciedad rota por la violencia de sus disputas religiosas. En esto, como en muchas otras cosas, se parecía a su compatriota Jean Bodin, cuya mentalidad cuadrada contrasta a primera vista con el talento incisivo y elegante de Montaigne. Pero Montaigne y Bodin se encontraban unidos por su horror ante el desorden civil y por su deseo de contar con un gobierno eficiente. Compartían la opinión de que la religión era el vínculo natural de la sociedad, pero el relativismo con el que contemplaba su propia sociedad les impidió dogmatizar a la hora de considerar la forma que debía tomar esta religión. El sorprendente *Heptaplomeres,* de Bodin, amplía la discusión religiosa hasta incluir al escepticismo, al judaísmo y al mahometismo, así como a los representantes, de los credos cristianos, en guerra. En las arenas movedizas de la historia comparativa y de la religión comparativa quedaba poca base firme para la fe dogmática.

Con todo, por una típica ironía de esta complicada época, el Bodin que había logrado esta notable posición religiosa era también el Bodin que pedía la muerte de las brujas. Quedaban oscuras simas de la mente humana que necesitarían más de un Montaigne para ser exploradas. La tolerancia y la moderación eran cualidades engañosas, difíciles de adquirir y precarias una vez adquiridas. Sin embargo, en una época en la que parecía que todo conspiraba para hacerlas desaparecer, existían fuerzas profundas que actuaban para mantenerlas vivas. El descubrimiento de sociedades extraeuropeas hizo posible que los europeos contemplasen a su propia sociedad con nuevas perspectivas y con un nuevo sentido de superioridad. Simultáneamente, una conciencia cada vez mayor de la futilidad y del poco sentido que tenían los conflictos religiosos condujo a una creciente aceptación de la necesidad de la tolerancia sobre una base pragmática. «La experiencia nos enseña –escribió De Thou en 1604– que la espada y las llamas, el exilio y la proscripción, exacerban más que curan una enfermedad»[7]. El comprender esto podía ser suficiente para hacer de la libertad de conciencia un hecho, mucho antes de que se convirtiese en un artículo de fe.

Pero ¿podía sobrevivir para siempre una planta tan frágil como la libertad de conciencia en un mundo presidido por el dogma? Ni la sociedad dogmática católica ni la calvinista parecía que iban a producir su crecimiento. La mejor esperanza residía en aquellas sociedades donde los principios *politiques* estaban lo suficientemente

[7] *Histoire Universelle,* vol. I, p. 313.

arraigados como para mantener apartados a los fanáticos; y estas sociedades, alrededor de 1600, se encontraban en el norte, protestante, más que en el sur, católico (exceptuando en parte a Venecia). Ni en la Inglaterra de Isabel, ni en la Escocia de Jacobo VI ni en las Provincias Unidas de Guillermo de Orange y Oldenbarneveldt consiguieron asegurarse los calvinistas el supremo poder en el Estado; y la Suecia luterana resistió con éxito las tendencias calvinistas de Carlos IX. En todos estos países, el control laico estaba asegurado, y la reforma protestante fue secularizada parcialmente.

Podía esperarse que en la práctica, si no en la teoría, una sociedad protestante laica adoptase una visión de la vida tolerante y moderada. En una sociedad educada había menos lugar para la superstición y el fanatismo, y la tenaz insistencia del protestantismo en el estudio de las Escrituras alentó la promoción de la educación y la extensión de la alfabetización. No es extraño que Catalina de Médicis, enfrentada a una pléyade de talentos hugonotes, admitiese que las tres cuartas partes de sus súbditos mejor educados eran hugonotes[8]. Pero parece que había implicado algo más que los logros educacionales. El protestantismo de finales del siglo XVI parece que creó en toda Europa una nueva y distinguible generación de dirigentes de la sociedad –Coligny, Walsingham, Oldenbarneveldt, Du Plessis-Mornay, La Noue–, destacada por la gran seriedad de sus propósitos y por su integridad. Eran hombres dispuestos a dedicar sus vidas a una causa, pero que lo hacían sobre la base de un elevado criterio del valor moral y de la opinión individual de sus asociados. En realidad, la verdadera estructura de la vida de la iglesia protestante alentaba la participación individual y el logro de las decisiones colectivas a través de la discusión, un proceso que podía ser llevado al terreno de los asuntos seculares. La autodisciplina exigía el respeto a las opiniones de los otros miembros de una comunidad, ya fuesen religiosas o seculares, el cual estaba fundado en la fe sobre la primacía de la ley y sobre la importancia del consenso individual.

Aunque la segunda mitad del siglo XVI constituyó en muchas partes de Europa un periodo caracterizado por el renacimiento de las ideas constitucionalistas, no era una coincidencia, sin embargo, que estas estuviesen más firmemente establecidas a finales de siglo en aquellos estados en los que el protestantismo se había convertido en la fe nacional. La idea de que el poder derivaba de Dios a través

---

[8] Trevor-Roper, *Religion, the Reformation and Social Change,* p. 209.

del pueblo, y la idea de la relación contractual entre el gobernante y el gobernado constituían los principios que habían sido confirmados y vindicados en los grandes trastornos en Francia y en los Países Bajos. La libertad política, garantizada por los estados y por las instituciones parlamentarias, constituía una precondición para la aceptación de la libertad de pensamiento. El constitucionalismo del siglo XVI pudo ser socialmente conservador e incluso represivo, pero al menos permitió a las diversas opiniones individuales una esfera de acción un poco mayor que el poder monárquico absoluto.

El cambio fue lento y vacilante, pero quizá la navegación de los barcos del norte por las aguas mediterráneas fuese el signo de lo venidero. Porque las turbulencias de finales del siglo XVI no habían dejado a Europa igual que cuando comenzaron: ya podía observarse un cambio de énfasis, desde la Europa mediterránea al norte Atlántico. En estas sociedades del norte iba a detectarse un nuevo dinamismo, a medida que comenzaran a adquirir ciertas características diferenciales propias: un cierto grado de representación política y de libertad política, una insistencia sobre la absoluta prioridad que se le debía conceder a la actividad comercial y a los negocios, una preocupación por la precisión y por el exacto cumplimiento y una aceptación de la disensión intelectual y religiosa. Ya en 1600 había señales de una divergencia creciente entre estas sociedades y las del sur de Europa. Pero la dividida cristiandad continuaba siendo esencialmente un continente unido. Existía todavía una ciudadanía europea y toda Europa continuaba sintiéndose amenazada por la presencia de los turcos en sus puertas. Es cierto que sus guerras civiles habían sido divisorias y terriblemente bárbaras, pero habían dejado, sin embargo, a una sociedad básicamente unificada el más vitalizador de los legados: una diversidad de culturas y una diversidad de creencias.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Obras generales

La historia de la Europa del siglo XVI se estudia en diversas obras generales, siendo las más recientes la de Richard Bonney, *The European Dynastic States, 1494-1660* (Oxford, 1991) y la de Richard MacKenney, *Sixteenth Century Europe. Expansion and Conflict* (Londres, 1993) [ed. cast.: *La Europa del siglo XVI. Expansión y conflicto,* Akal, 1996]. H. G. Koenigsberger, G. L. Mosse y G. Q. Bowler, *Europe in the Sixteenth Century* (2.ª ed., Londres, 1989) adopta un enfoque temático, mientras que H. G. Koenigsberger, *Early Modern Europe, 1500-1700* (Londres, 1987) es un admirable breve estudio. Henry Kamen explora los cambios sociales en su obra, *European Society, 1500-1700* (Londres, 1984; publicada originalmente en 1971 con el título de *The Iron Century*) [ed. cast.: *La sociedad europea, 1500-1700,* Alianza, 1986], y la primera parte de *Early Modern Europe. An Oxford History,* ed. de Euan Cameron (Oxford, 1999) estudia de forma concisa «Las condiciones de vida de las masas», «El Renacimiento y la Reforma» y «La guerra, la religión y el Estado». Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (Londres, 1974) [ed. cast.: *El estado absolutista,* Siglo XXI de España, 2002] es un estudio comparativo de la Europa de la Alta Edad Moderna desde un punto de vista marxista.

Por motivos que, a medida que escribía el libro, fui entendiendo cada vez más, escasean las obras que ofrezcan un resumen de la historia de la segunda mitad del siglo. *The New Cambridge History,* vol. III (ed. de R. Wernham, 1968) estudia aproximadamente el mismo periodo, pero inevitablemente, al tratarse de una obra colectiva, le falta unidad, aunque contiene algunos capítulos excelentes, en especial el extenso capítulo de H. G. Koenigsberger titulado «Western Europe and the Power of Spain», que ningún estudio posterior ha logrado reemplazar y que encuentra reimpreso en su libro *The Habsburgs and Europe, 1516-1660* (Ithaca y Londres, 1971). De hecho podemos aprender mucho de la consulta de viejos estudios, como el de Henri Hauser, *La Prépondérance Espagnole, 1559-1660* (3.ª ed., París, 1948), que me fue especialmente útil para la redacción de este libro.

La realeza y el Estado

En los últimos años se han realizado muchos estudios sobre distintos aspectos de la historia de los estados y de la formación de los mismos en el periodo de principios de la Edad Moderna. En particular, actualmente se ha puesto de moda considerar los estados europeos del siglo XVI como «monarquías compuestas», y prestar especial atención a la manera en la que estas monarquías compuestas se articulaban y se mantenían unidas, especialmente a través de la corte y la cultura cortesana, del despliegue de una imaginería que proyectaba la majestuosidad de la realeza, y de la explotación del patronazgo para crear y sostener sistemas de clientes y redes de lealtad y dependencia.

J. H. Elliott, «A Europe of Composite Monarchies», *Past and Present,* 137 (1992), pp. 48-71, ofrece una breve introducción al tema, mientras que los ensayos de distintos autores que encontramos en el libro *Conquest and Coalescence,* ed. de Mark Greengrass (Londres, 1991) discuten las diversas formas en las que una serie de gobernantes de los siglos XVI y XVII trataron el tema de cómo gestionar territorios que nominalmente estaban bajo su dominio, pero que conservaban una fuerte identidad independiente. Los elementos de esta nueva aproximación a lo que se ha llamado «construcción del Estado» también pueden encontrarse en dos volúmenes de ensayos de varios autores publicados bajo los auspicios de The European Science Foundation: *Economic Systems and State Finance,* ed. de Richard Bonney (Oxford, 1995) y *Power Elites and State Building,* ed. de Wolfgang Reinhard (Oxford, 1996). Peter Clark (ed.), *The European Crisis of the 1590s: Essays in Comparative History* (Londres, 1985) es otro volumen colectivo que contiene valiosas contribuciones sobre los problemas a los que se enfrentaban los gobernantes de los estados Europeos tras las guerras y levantamientos de finales del siglo XVI. Si se buscan estudios detallados de la historia de estados concretos en este periodo, véase la sección «Historias de estados» de esta bibliografía.

En las últimas décadas el libro que más ha hecho por promover el estudio de la corte es el de Norbert Elias, *The Court Society,* (Oxford, 1983) [ed. cast.: *La sociedad cortesana,* Fondo de Cultura Económica, 1993], traducido por Edmund Jephcott a partir de la edición alemana de 1969, que era una versión revisada de una tesis escrita en 1933, que, en su momento, no se había publicado por razones políticas. Aunque en muchos aspectos es un libro muy sugerente, es demasiado reduccionista en su estudio de la historia de la corte, pues toma la corte de Luis XIV como modelo. Si se busca una valoración crítica, véase Jeroen Duindam, *Myths of Power* (Áms-

terdam, 1995). A. G. Dickens (ed.) *The Courts of Europe: Politics, Patronage and Royalty, 1400-1800* (Londres, 1977) es un estudio bien documentado sobre diversas cortes de principios de la Edad Moderna realizado por distintos autores, y contiene mucho material interesante. Otro volumen colectivo, R. G. Asch y A. M. Birke (eds.), *Princes, Patronage and the Nobility: The Court at the Beginning of the Modern Age, c. 1450-1650* (Oxford, 1991) es más representativo de las tendencias académicas modernas. También lo son *The Princely Courts of Europe, 1500-1700,* ed. de John Adamson (Londres, 1999), y *The World of the Favourite,* ed. de J. H. Elliott y L. W. B. Brockliss (New Haven y Londres, 1999), una colección de artículos sobre la figura del favorito, que aparece en Europa en el siglo XVI y que desempeñó un papel fundamental como vínculo de unión entre el rey, la corte y el país, gracias, en gran medida, al patronazgo y el clientelismo.

Los rituales y símbolos de la realeza, y su proyección a través de la palabra escrita, la imaginería visual y las apariencias ceremoniales, han recibido mucha atención en los últimos años. Una figura pionera en este campo es F. Yates, cuyas obras *The Valois Tapestries* (Londres, 1959), y *Astraea: The Imperial Theme in the Sixteenth Century* (Londres, 1975) arrojan una brillante luz sobre distintos aspectos de la política y la religión del siglo XVI. Roy Strong trata el tema del arte y el poder en *Splendour at Court: Renaissance Spectacle and Illusion* (Londres, 1973) y en obras posteriores. Algunas de las ceremonias que rodearon a la realeza francesa se estudian en el libro de R. E. Giesey, *The Royal Funerary Ceremony in Renaissance France* (Ginebra, 1960), y en el de S. Hanley, *The Lit de Justice of the Kings of France* (Princeton, 1983), mientras que E. Muir explora los rituales de una ciudad Estado en su *Civic Ritual in Renaissance Venice* (Princeton, 1981), y es el autor de un estudio de más amplio espectro, *Ritual in Early Modern Europe* (Cambridge, 1997) [ed. cast.: *Fiesta y rito en la Europa Moderna,* Universidad Complutense de 2001].

Actualmente, la mejor introducción a las teorías del estado de principios de la Edad Moderna es la de Q. Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought* (2 vols., Cambridge, 1978) [ed. cast.: *Los fundamentos del pensamiento político moderno,* 2 vols., Fondo de Cultura Económica, 1993-2006], que puede complementarse con *The Cambridge History of Political Thought, 1450-1700,* ed. J. H. Burns (Cambridge, 1991), y R. Tuck, *Philosophy and Government, 1572-1651* (Cambridge, 1993). Pero aún se pueden encontrar joyas en los ensayos de J. N. Figgis, *From Gerson to Grotius,* publicados por primera vez en 1907. Donald R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship. Language, Law and History in the Renaissance* (Nueva York y Londres, 1970) es un importante estudio sobre la

contribución de los juristas franceses al desarrollo del pensamiento constitucionalista, mientras que el libro de J. H. Franklin, *Jean Bodin and the Rise of Absolutist Theory* (Cambridge, 1973) explora la contribución de Bodin a la reafirmación del poder real a finales del siglo XVI. Hay una versión abreviada realizada por M. J. Tooley de la obra de Jean Bodin, *Six Books of the Commonwealth* (Oxford, s.f.) [ed. cast.: *Los seis libros de la república,* Tecnos, 2006]. Dos clásicos de las teorías constitucionalistas y de resistencia hugonotes se encuentran ahora adecuadamente editados en traducción inglesa: François Hotman, *Francogallia,* ed. de Ralph E. Giesey y J. H. M. Salmon (Cambridge, 1973), y *Vindiciae Contra Tyrannos,* ed. de George Garnett (Cambridge, 1994) [ed. cast.: *Vindiciae contra Tyrannos,* Tecnos, 2008]. Para conocer la teoría de la resistencia de la revuelta holandesa, véase la sección «Los Países Bajos» de esta bibliografía. G. Oestreich, *Neostoicism and the Early Modern State* (Cambridge, 1982) ofrece interesantes valoraciones sobre el impacto de los textos neoestóicos de Justus Lipsius y sobre el desarrollo de las ideas relacionadas con el Estado.

Las teorías constitucionalistas encontraron su espacio natural en las instituciones representativas y las asambleas, que también han sido objeto de renovada atención en los últimos años. Se puede encontrar un breve estudio sobre su fluctuante historia en A. R. Myers, *European Parliaments before 1789* (Londres, 1975); C. Griffiths, *Representative Government in Western Europe in the Sixteenth Century* (Oxford, 1968) también es útil libro de consulta. J. Russell Major realiza un estudio a gran escala del gobierno representativo francés en su libro *Representative Government in Early Modern France,* mientras que F. L. Carsten ofrece un completo estudio sobre los príncipes y los parlamentos alemanes en su libro *Princes and Parliaments in Germany* (Oxford, 1959). Encontramos importantes estudios sobre aspectos de la teoría y la práctica constitucionales en dos volúmenes de artículos seleccionados de H. G. Koenigsberger, *Estates and Revolutions* (Ithaca y Londres, 1971) y *Politicians and Virtuosi* (Londres y Ronceverte, 1986).

P. Zagorin, presenta en *Rebels and Rulers, 1500-1660* (2 vols., Cambridge, 1982) [ed. cast.: *Revueltas y revoluciones en la edad moderna,* 2 vols., Cátedra, 2001] un ambicioso estudio interpretativo sobre las revueltas y revoluciones de la época, mientras que Yves-Marie Bercé, en su libro *Revolt and Revolution in Early Modern Europe: An Essay on the History of Political Violence* (Mánchester, 1987) ofrece un inteligente análisis temático de los orígenes y mecanismos de la violencia política en contextos históricos específicos. Véase también, como introducción al tema, J. H. Elliott, «Revolution and Continuity in Early Modern Europe», *Past and Present,*

42 (1969), pp. 35-56 (reimpreso en el libro de J. H. Elliott, *Spain and its World, 1500-1700,* New Haven y Londres, 1989) [ed. cast.: *España y su mundo (1500-1700),* Taurus, 2007]. Un valioso estudio comparativo de H. G. Koenigsberger, «The Organization of evolutionary parties in France and the Netherlands», publicado por primera vez en 1955, se encuentra reimpreso en su ya mencionado *Estates and Revolutions.*

Historia económica y social

Algunos de los mayores logros de la historiografía del siglo XX se encuentran en el ámbito de la historia social y económica, especialmente en relación con la Alta Edad Moderna. Los historiadores franceses, y en concreto los que estaban vinculados a la publicación que, desde 1946, se conoció con el nombre de *Annales: économies, sociétés, civilisations,* realizaron una contribución fundamental en esta área. Encontramos un buen ejemplo de los ensayos de los *Annales,* traducidos al inglés, en el libro editado por Peter Burke, *Economy and society in Early Modern Europe. Essays from Annales* (Londres, 1972).

Uno de los fundadores de los *Annales* fue Lucien Febvre, cuya obra *Philippe II et la Franche-Comté* (París, 1912), es una extraordinaria obra pionera, ahora un poco olvidada, de la «historia total» a la que aspiraban los *Annalistes.* Pero la más famosa de todas las obras relacionadas con la escuela de los *Annales,* una obra que ha tenido un profundo impacto en la escritura de la historia, es *La Méditerranée et le Monde Méditeranéan,* de Fernand Braudel, publicada por primera vez en 1949 y reeditada en dos volúmenes, tras una profunda revisión, en 1966. De esta edición revisada hay una buena traducción al inglés de S. Reynolds, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II* (2 vols., Londres 1972-1973) [ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* 2 vols., Fondo de Cultura Económica, 2013]. Con el paso del tiempo algunos de los puntos flacos del libro de Braudel se han vuelto más evidentes. Muchos lo considerarían excesivamente determinista en su explicación de las transformaciones históricas, y la tercera de las tres secciones en que se divide el libro, «Los acontecimientos, la política y los hombres» no está relacionada de forma satisfactoria con las dos secciones anteriores que tratan sobre «La influencia del medioambiente» y «Destinos colectivos y movimientos de conjunto», por las que claramente Braudel muestra un mayor entusiasmo. Sin embargo, aunque muchas de las interpretaciones de Braudel puedan ser discutibles y a pesar de que fracasara en su intento de pro-

ducir una obra de «historia total», *La Mediterranée* seguirá leyéndose, aunque solo sea por la fertilidad de la imaginación histórica que despliega en esta obra, y por sus brillantes descripciones de personas y lugares.

Hay otras dos importantes obras académicas sobre la historia francesa que también merecen una mención especial. El libro de E. Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc* (2 vols., París, 1966) nos descubre la sociedad rural del sur de Francia en el siglo XVI, y el autor ha proseguido con esta investigación con otros sugerentes y originales estudios sobre la vida y la sociedad del siglo XVI, entre los que destaca *Carnival: A people's Uprising at Romans, 1579-1580* (Harmondsworth, 1981). Una tercera obra clásica de la historiografía del siglo XX, aunque se trate de un tipo de obra muy distinta, es el libro de P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique* (8 vols., París, 1955-1959). Esta obra no es como *La Mediterranée,* sino que se trata más bien de un vasto compendio de información, en su mayor parte de un carácter marcadamente cuantitativo, sobre el comercio entre Sevilla y el creciente Imperio americano. La monumental obra de Chaunu ha situado firmemente el «Atlántico español» y el funcionamiento de su sistema de comercio en el mapa de la historia del siglo XVI. Los lectores que palidezcan ante la idea de embarcarse en esta colección de volúmenes encontrarán su contenido muy eficazmente resumido en las páginas 88-99 de *L'Amérique et les Amériques* (París, 1964), del mismo autor. Después Chaunu, se han publicado muchas obras sobre el carácter económico y las consecuencias de la expansión transatlántica de Europa en el siglo XVI, especialmente de autores ingleses o americanos. El libro de Ralph Davis, *The Rise of the Atlantic Economies* (Ithaca, 1973) es un estudio útil que puede complementarse con los ensayos que encontramos en dos volúmenes editados por James D. Tracy, *The Rise of Merchant Empires* (Cambridge, 1990) y *The Political Economy of Merchant Empires* (Cambridge, 1991). I. Wallerstein, *The Modern World-System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century* (Nueva York y Londres, 1974) [ed. cast.: *El moderno sistema mundial I,* Siglo XXI de España, 2010] es un intento muy ambicioso y controvertido de describir cómo Europa creó una economía mundial capitalista.

Los volúmenes 4 y 5 de *The Cambridge Economic History of Europe* (Cambridge 1967 y 1977) siguen siendo obras básicas de referencia sobre la vida económica de la Europa de principios de la Edad Moderna, tema que se trata de forma más breve en el volumen editado por C. M. Cipolla, *The Sixteenth and Seventeenth Centuries* en *The Fontana Economic History of Europe* (Londres, 1974). Véase también H. A. Miskimin, *The Economy of Later Renaissance europe, 1460-1600* (Cambridge, 1977), y, sobre Euro-

pa central y Europa del este, véanse los artículos reunidos en *East-Central Europe in Transition,* ed. de Antoni Mączak, Henryk Samsonowicz y Peter Burke (Cambridge, 1985). Sobre las ciudades y la urbanización, véanse los libros de Jan de Vries, *European Urbanisation, 1500-1800* (Londres, 1984) [ed. cast.: *La urbanización de Europa (1500-1800),* Crítica, 1987] y C. J. Friedrichs, *The Early modern City, 1450-1750* (Londres, 1995). Brian Pullan, *Rich and Poor in Renaissance Venice* (Oxford, 1971) es un fascinante estudio sobre la administración de la beneficencia y sobre la forma en la que se utilizaba para mantener la estabilidad política y social en Venecia.

En los últimos años se ha prestado mucha atención a la historia de las mujeres y de la familia. Véanse en especial las obras de O. Hufton, *The Prospect Before Her. A History of Women in Western Europe, 1500-1800* (vol. 1, Londres, 1995), N. Zemon Davis y A. Farge (eds.), *A History of Women in the West* (vol. 3, *Renaissance and Enlightenment Paradoxes,* Cambridge, Mass., 1993) [ed. cast.: *Historia de las mujeres en Occidente,* Taurus, 1991] y R. Chartier (ed.), *A History of Private Life* (vol. 3, *Passions of the Renaissance,* Cambridge, Mass., 1989). En su celebrada obra *The Return of Martin Guerre* (Cambridge, Mass., 1983) [ed. cast.: *El regreso de Martin Guerre,* Akal, 2013] N. Zemon Davis hizo que un soldado desconocido que solo tenía una pierna se volviera famoso y, al hacerlo, iluminó aspectos hasta entonces ocultos de la vida de pueblo en la Francia del siglo XVI.

Religión y cultura

E. Cameron, *The European Reformation* (Oxford, 1991) es una síntesis accesible y actualizada de la evolución del protestantismo, aunque pone especial énfasis en las primeras etapas de la reforma. En los últimos años se ha discutido mucho sobre el «éxito» o «fracaso» de la reforma. Geoffrey Parker, en su artículo «Success and Failure during the First Century of the Reformation», *Past and Present,* 136 (1992), pp. 43-82, nos ofrece una amplia visión del tema. Si se buscan estudios más detallados, véanse las obras de G. Strauss, *Luther's House of Learning: Indoctrination of the Young in the German Reformation* (Baltimore, 1978) y R. Po-Chia Hsia, *Social Discipline in the Reformation: Central Europe, 1550-1750* (Londres, 1989).

Sobre Ginebra y la consolidación y difusión del calvinismo, R. M. Kingdon, *Geneva and the Coming of the Wars of Religion in France, 1555-1563* (Ginebra, 1956) y *Geneva and the Consolidation of the French Protestant Movement, 1564-1572* (Ginebra, 1967) siguen siendo obras básicas. A estas debería añadirse ahora W. G. Naphy, *Calvin and the Consolidation of the*

Genevan Reformation (Manchester, 1994). *International Calvinism, 1541-1715,* ed. de Menna Prestwich (Oxford, 1985) contiene algunos estudios excelentes sobre la difusión del calvinismo por Europa.

La contrarreforma está ahora mucho más estudiada de lo que estaba cuando apareció la primera edición de este libro en 1968, aunque ese mismo año se publicó un breve pero notable trabajo de síntesis escrito por A. G. Dickens, *The Counter Reformation* (Londres, 1968), que aún conserva su frescura. Esta obra puede complementarse con el libro publicado por N. S. Davidson para la Historical Association, *The Counter-Reformation* (Oxford, 1987), y con el de R. Po-Chia Hsia, *The World of Catholic Renewal, 1540-1770* (Cambridge, 1998) [ed. cast.: *El mundo de la renovación católica, 1540-1770,* Akal, 2010], que toma en consideración el gran corpus bibliográfico que se ha producido desde el cierre del Vaticano II, y contiene un amplio ensayo bibliográfico. J. Bossy, «The Counter Reformation and the People of Catholic Europe», *Past and Present,* 47 (1970), pp. 51-70, es un sugerente artículo que relaciona los cambios religiosos con los cambios sociales, mientras que su libro *Christianity in the West, 1400-1700* (Oxford 1985) estudia el derrumbamiento del cristianismo medieval y las formas en las que este fue sustituido (en ambos lados de la división religiosa) durante el siglo XVI. L. Châtellier, *The Europe of the Devout: The Catholic Reformation and the Formation of a New Society* (Cambridge, 1987), es otro estudio sobre la relación entre religión y sociedad, esta vez a través de las congregaciones marianas creadas por los jesuitas a finales del siglo XVI. H. O. Evennett, *The Spirit of the Counter-Reformation* (Cambridge, 1968) es una introducción sutil y sensible a aspectos de la espiritualidad de la contrarreforma. Las etapas iniciales de la orden de los jesuitas son el tema del estudio de J. W. O'Malley, *The First Jesuits* (Cambridge, Mass. y Londres, 1993). Sobre la vida y obra de san Carlos Borromeo, véanse los estudios incluidos en *San Carlo Borromeo,* ed. de J. M. Headley y J. B. Tomaro (Washington, 1998). El mejor estudio local sobre el impacto de la contrarreforma en España es el de S. T. Nalle, *God in La Mancha: Religious Reform and the People of Cuenca, 1500-1650* (Baltimore, 1992), mientras que Henry Kamen ofrece mucha información novedosa en *The Phoenix and the Flame: Catalonia and the Counter Reformation* (New Haven y Londres, 1993).

Sobre el papado, *The History of the Popes* de L. von Ranke (trad. al inglés, 3 vols. Londres, 1907) [ed. cast.: *Historia de los papas,* Fondo de Cultura Económica, 2003] es aún una obra de muy interesante lectura, y la monumental *History of the Popes,* vols. 15-24 de L. von Pastor (trad. al inglés, Londres, 1928-1933) es una cantera inagotable. Hay un ensayo muy útil de P. Partner titulado «The Papal state, 1417-1600» en el libro de M.

Greengrass (ed.), *Conquest and Coalescence.* La vida urbana y los problemas en la Roma de los papas de la contrarreforma se estudian en profundidad en el libro de J. Delumeau, *Vie Economique et Sociale de Rome dans la seconde moitié du XVIe siècle* (2 vols., París, 1957-1959).

El impacto de la contrarreforma sobre las artes sigue siendo un tema muy debatido. J. Shearman, *Mannerism* (Londres, 1967) es una introducción admirablemente sensata a un estilo de gran complejidad. Me documenté sobre la recomendación de Andrea Gilio de realizar una «juiciosa mezcla» de lo viejo y lo nuevo con la obra de Federico Zeri, *Pittura e Controriforma* (Turín, 1957). Aunque posteriormente se haya refutado la importancia del tratado de Gilio, el carácter ecléctico del arte de finales del siglo XVI resulta evidente. Mucho dependía, como en el caso de los artistas que estaban bajo el patrocinio del cardenal Farnesio, de cuestiones de mecenazgo, que han recibido una considerable atención en recientes estudios de historia del arte. R. G. Mann, por ejemplo, ha estudiado a los mecenas de El Greco en su libro *El Greco and his Patrons* (Cambridge, 1996) [ed. cast.: *El Greco y sus patronos,* Akal, 2014], mientras que Thomas DaCosta Kaufmann, *Court, Cloister and City* (Londres, 1995) ofrece algo que desde hacía tiempo se echaba en falta, un exhaustivo estudio sobre el arte de Europa central. Entre los principales mecenas se encontraba el emperador Rodolfo II, cuyo mecenazgo e intereses estéticos son el tema de un brillante estudio de R. J. W. Evans, *Rudolf II and his World* (Oxford, 1973). También hay que destacar la obra de J. Hale, *The Civilization of Europe in the Renaissance* (Londres, 1993), un magnífico estudio sobre las artes, las cartas y el saber durante el «largo siglo XVI».

Los aspectos más represivos del catolicismo de la contrarreforma también han sido objeto de mucha investigación reciente, ha crecido especialmente el interés en los estudios sobre la Inquisición, en parte por la existencia de archivos con grandes cantidades de información sobre casos individuales. *The Inquisition in Early Modern Europe: Studies in Sources and Methods,* ed. de G. Henningsen y J. Tedeschi (De Kalb, Ill., 1986) es la mejor introducción a este tema. La Inquisición española ha recibido interpretaciones revisionistas por parte de Henry Kamen, la más reciente de las cuales es *The Spanish Inquisition: an Historical Revision* (Londres, 1997) [ed. cast.: *La inquisición española,* Crítica, 2013], mientras que los distintos intereses y forma de operar de los diversos tribunales constituyen el tema del libro de W. Monter, *Frontiers of Heresy* (Cambridge, 1990) que abarca desde Sicilia hasta España misma. Sobre Italia, véanse las obras de P. F. Grendler, *The Roman Inquisition and the Venetian Press, 1540-1605* (Princeton, 1977) y B. Pullan, *The Jews of Europe and the In-*

quisition of Venice, 1550-1670 (Oxford, 1983). J. I. Israel, *European Jewry in the Age of Mercantilism, 1550-1650* (2.ª ed., Oxford, 1989) es un valioso estudio sobre las fortunas y desventuras de las comunidades judías de la Europa de principios de la Edad Moderna. C. Ginzburg, *The Cheese and the worms: the Cosmos of a Sixteenth-Century Miller* (trad. al inglés, Baltimore, 1980) [ed. cast.: *El queso y los gusanos,* Península, 2009], basado en la investigación que llevó a cabo la Inquisición sobre la muy personal cosmología de un molinero de Friuly, se ha convertido en un clásico de la historia (o la microhistoria).

También ha habido un considerable interés en la exploración de la zona fronteriza entre el catolicismo dogmático y el protestantismo dogmático, y, en este tema, F. Yates ha sido, una vez más, pionera. Sus obras *The French Academies of the Sixteenth* Century (Londres, 1947), *The Valois Tapestries* (citado en la sección «La realeza y el Estado» de esta bibliografía) y *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition* (Londres, 1964) resultan especialmente valiosas para la comprensión del clima religioso vivido por aquellos que seguían pensando en términos de tolerancia y ecumenismo. W. J. Bouwsma, *Concordia Mundi* (Cambridge, Mass., 1957) explora las ideas de otra figura dentro de la misma tradición, Guillaume Postel. La obra de D. Nugent, *Ecumenism in the Age of the Reformation: the Colloquy of Poissy* (Cambridge, Mass., 1974) trata sobre este intento frustrado de reconciliación religiosa. T. Wanegffelen, *Ni Rome ni Genève: Des fidèles entre deux chaires en France au XVIe siècle* (París, 1997) analiza textos literarios y políticos que se encontraban en la zona fronteriza entre las dos confesiones en Francia, mientras que la obra de Howard Louthan, *The Quest for Compromise. Peacemakers in Counter-Reformation Vienna* (Cambridge, 1997) explora las tendencias ecuménicas en la corte imperial de Viena, un tema al que R. J. W. Evans ha realizado una importante aportación con sus obras *Rudolf II and his World* (citada anteriormente) y *The Making of the Habsburg Monarchy, 1550-1700* (Oxford, 1979) [ed. cast.: *La monarquía de los Habsburgo (1550-1700),* Labor, 1989]. Si se buscan estudios recientes sobre la toleracia, véanse los ensayos recogidos en O. P. Grell y B. Scribner, (eds.), *Tolerance and Intolerance in the European Reformation* (Cambridge, 1996). O. Christin, *Les paix de religion: L'autonomisation de la raison politique au XVIe siècle* (París, 1997) ofrece una esclarecedora comparación sobre los acuerdos de paz religiosa en Alemania y Francia.

H. R. Trevor-Roper, *Religion, the Reformation and Social Change* (Londres, 1967), es una colección de artículos que ofrecen una visión consistentemente lúcida sobre la compleja interacción entre ideas, política y sociedad en la Europa de principios de la Edad Moderna. Sobre Ramus, hay un

denso pero interesante estudio escrito por W. J. Ong, *Ramus: Method and the Decay of Dialogue* (Cambridge, Mass., 1958), y F. Yates realiza una fascinante exploración de la influencia del ramismo en su obra *The Art of Memory* (Londres, 1966). Sobre el resurgimiento del estoicismo en el siglo XVI véase especialmente el libro de G. Oestreich, *Neostoicism and the Early Modern State* (citado en la sección «La realeza y el Estado» de esta bibliografía). Sobre las consecuencias de la llegada de la cultura de la imprenta, véanse los libros de E. Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change* (Cambridge, 1979), L. Febvre y H.-J. Martin, *The Coming of the Book: the Impact of Printing, 1450-1800* (Londres, 1976) [ed. cast.: *La aparición del libro,* Fondo de Cultura Económica, 2005] y R. Chartier, *The Cultural Uses of Print in Early Modern France* (Princeton, 1987). El impacto del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo de América en la civilización europea del siglo XVI se discute en el libro de J. H. Elliott, *The Old World and the New* (Cambridge, 1970, reimpreso en 1992) [ed. cast.: *El viejo mundo y el nuevo,* Alianza, 2000], y en la recopilación de ensayos titulada *America in European Consciousness, 1493-1750,* ed. de Karen Ordahl Kupperman (Chapel Hill y Londres, 1995). A. Pagden, *The Fall of natural Man* (ed. rev., Cambridge, 1986) [ed. cast.: *La caída del hombre natural,* Alianza, 1988] estudia el debate sobre la naturaleza del indio americano y explora los orígenes de la etnología comparativa.

Para una introducción al género, ahora muy en boga, de la «cultura popular», véase P. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978; 2.ª ed. 1994) [ed. cast.: *La Cultura popular en la Europa moderna,* Alianza, 1991], y para conocer la contribución de una de las historiadoras que más éxito ha tenido en este género, N. Zemon Davis, véase su libro *Society and Culture in Early Modern France. Eight Essays* (Stanford, 1975). La brujería a principios de la Edad Moderna también ha sido, recientemente, objeto de intenso estudio. Encontramos buenas introducciones al pensamiento actual sobre el tema en los artículos editados por J. Barry, M. Hester y G. Roberts, en *Witchcraft in Early Modern Europe* (Cambridge, 1996), y por L. Roper, en *Oedipus and the Devil: Witchcraft, Sexuality and Religion in Early Modern Europe* (Londres, 1994), que va más allá del tema de la brujería para investigar muchos otros aspectos de la vida y las costumbres del siglo XVI. S. Clark, *Thinking with Demons: the Idea of Witchcraft in Early Modern Europe* (Oxford, 1997) es un enorme y poderoso estudio sobre la creencia en la brujería por parte de los intelectuales europeos. Otros importantes estudios son los de R. Briggs, *Witches and Neighbours: the Social and Cultural Context of European Witchcraft* (Londres, 1997), y W. Behringer, *Witchcraft Persecutions in Bavaria* (Cambridge, 1997).

El mejor estudio sobre las gestiones diplomáticas en el siglo XVI sigue siendo el de G. Mattingly, *Renaissance Diplomacy* (Londres, 1955), aunque G. Zeller, en el segundo volumen de *Histoire des Relations Internationales* (ed. de Pierre Renouvin, París, 1953) ofrece un buen estudio de las relaciones internacionales de la época. R. B. Wernham estudia la evolución de la política exterior isabelina en *Before the Armada* (Londres, 1966) y ofrece una visión general del asunto en *The Making of Elizabethan Foreign Policy, 1558-1603* (Berkeley, 1980). Nos cuenta el final de la historia en su libro *The Return of the Armadas. The Last Years of the Elizabethan War against Spain, 1595-1603* (Oxford, 1994). A pesar de su evidente parcialidad, encontré especialmente útil el libro de K. de Lettenhove, *Les Huguenots et les Gueux* (6 vols., Brujas, 1883-1888). B. de Meester, *Le Saint-Siège et les Troubles des Pays* (Lovania, 1934) aporta información sobre la política papal en los Países Bajos, mientras que el libro de C. Wilson, *Queen Elizabeth and the Revolt of the Netherlands* (Londres, 1970) hace un seguimiento de la reticente evolución de la política Isabel hacia los rebeldes holandeses. De Lamar Jensen, *Diplomacy and Dogmatism: Bernardino de Mendoza and the French Catholic League* (Cambridge, Mass., 1964) nos muestra cómo trabajaba este famoso embajador español. J. Bossy, *Giordano Bruno and the Embassay Affair* (New Haven y Londres, 1991) realiza una apasionante investigación detectivesca sobre el turbio mundo del espionaje en el siglo XVI.

En los últimos años, la guerra, tanto por tierra como por mar, le ha interesado a los historiadores del siglo XVI más que la diplomacia. Encontramos una vívida introducción al tema en la obra de J. R. Hale, *War and Society in Renaissance Europe, 1450-1620* (Londres, 1985) [ed. cast.: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento,* Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1998]. La llamada «revolución militar» de 1560-1660 ha sido objeto de intenso debate histórico desde que Michael Roberts presentó por primera vez la idea en una conferencia inaugural, que más tarde apareció impresa con algunas correcciones en sus *Essays in Swedish History* (Londres, 1967). Importantes contribuciones al debate se encuentran reimpresas en C. J. Rogers (ed.), *The Military Revolution Debate* (Boulder, 1995), y G. Parker, como uno de los principales participantes en esta discusión, ofrece un amplio estudio sobre la innovación militar y el auge del oeste de Europa entre 1500 y 1800 en su libro *The Military Revolution* (Cambridge, 1988) [ed. cast.: *La Revolución Militar. Innovación militar y apogeo de Occidente 1500-1800,* Alianza, 2002].

La obra de G. Parker *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659* (Cambridge, 1972) [ed. cast.: *El ejército de Flandes y el Camino Español,* Alianza, 2000] es un estudio pionero sobre los problemas logísticos a los que se enfrentaron los españoles en la guerra contra los rebeldes de los Países Bajos, y explora otros aspectos del problema en su colección de artículos, *Spain and the Netherlands, 1559-1659* (Londres, 1979) [ed. cast.: *España y los Países Bajos, 1559-1659,* Rialp, 2000]. Su libro *The Grand Strategy of Philip II* (New Haven y Londres, 1998) [ed. cast.: *La gran estrategia de Felipe II,* Alianza, 1998] presenta la hipótesis de que Felipe poseía una «gran estrategia», y luego pasa a analizar su conceptualización y ejecución basándose en una enorme cantidad de información de archivo y en los descubrimientos de estudios modernos sobre estrategia y administración. I. A. A. Thompson, *War and Government in Habsburg Spain, 1560-1620* (Londres, 1976) [ed. cast.: *Guerra y decadencia: gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620,* Crítica, 1981] es una impresionante descripción de la forma en la que España intentó organizar y gestionar su maquinaria militar. J. B. Wood en su libro *The King's Army: Warfare, soldiers and Society during the Wars of Religion, 1562-1576* (Cambridge, 1996) aporta mucha información sobre las dificultades militares a las que se enfrentó la monarquía francesa.

La comprensión de la naturaleza y los problemas de la guerra naval en el Mediterráneo, sobre lo que Braudel tiene mucho que decir, se ha enriquecido mucho gracias a la obra de J. F. Guilmartin, *Gunpowder and Galleys: Changing Technology and Mediterranean Warfare at Sea in the Sixteenth Century* (Cambridge, 1974). Andrew Hess sitúa en contexto la batalla de Lepanto en «The Battle of Lepanto and its Place in Mediterranean History», *Past and Present,* 57 (1972), pp. 71-87. En 1988, el cuarto centenario del fracaso de la «empresa de Inglaterra» de Felipe II generó una gran cantidad de estudios sobre un campo que, hasta entonces, había estado dominado por la obra de G. Mattingly, *The Defeat of the Spanish Armada* (Londres, 1959) [ed. cast.: *La Armada Invencible,* Turner, 2004], que sigue sin tener rival por su amenidad y por la habilidad con la que entrelaza los hilos diplomáticos y políticos de los meses que precedieron al viaje de la flota. También hay que destacar especialmente la obra de C. Martin y G. Parker, *The Spanish Armada* (Londres, 1988), que utiliza los resultados de la arqueología submarina, y la colección de ensayos de historiadores británicos y españoles que encontramos en M. J. Rodríguez-Salgado y S. Adams (eds.), *England, Spain and the Gran Armada, 1585-1604* (Edimburgo, 1991). P. Pierson, *Commander of the Armada: The Seventh*

Duke of Medina Sidonia (New Haven y Londres, 1989) utiliza nueva información de archivo para estudiar la formación y la carrera de un hombre que no quiso ser comandante.

Sobre la piratería y su impacto en el Atlántico y el Mediterráneo respectivamente, véanse K. R. Andrews, *Elizabethan Privateering* (Cambridge, 1964), y Alberto Tenenti, *Piracy and the Decline of Venice, 1580-1615* (Londres, 1967).

Biografías

Una de las mejores formas de conocer la Europa de finales del siglo XVI es a través de biografías de sus principales figuras. En las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se produjo un cierto declive en la biografía histórica seria, pero esto parece estar llegando a su fin. Felipe II, por ejemplo, ha recibido últimamente una atención biográfica considerable, en parte estimulada por el cuarto centenario de su muerte que se celebró en 1998. *La Mediterranée* de Braudel aún ofrece un incomparable retrato del rey, pero obras recientes han añadido muchos detalles novedosos. P. Pierson, *Philip II of Spain* (Londres, 1975) es un buen punto de partida para el estudio del rey y su reino. G. Parker, *Philip II* (Boston-Toronto, 1978, y Londres 1979) [ed. cast.: *Felipe II,* Planeta, 2012] es especialmente novedoso en lo que respecta a los aspectos más personales de la vida de Felipe, y los procesos de toma de decisiones del rey se encuentran detalladamente estudiados en su libro *The Grand Strategy of Philip II* (véase la sección «Las relaciones internacionales y la guerra» de esta bibliografía). La biografía más reciente de Felipe II escrita en inglés es la de Henry Kamen, *Philip II of Spain* (New Haven y Londres, 1997) [ed. cast.: *Felipe de España,* Siglo XXI de España, 1998], que se encuentra enriquecida por numerosas citas provenientes de los documentos de Felipe, pero va demasiado lejos en su intento de rectificar lo que considera una imagen excesivamente negativa del rey. El primer favorito de Felipe, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, es el tema de una reciente biografía breve de J. M. Boyden, *The Courtier and the King* (Berkeley y Londres, 1995), y W. S. Maltby escribió una biografía de su rival, el duque de Alba, titulada *Alba: A Biography of Fernando Álvarez de Toledo, Third Duke of Alba, 1507-1582* (Berkeley, Los Ángeles, Londres, 1983). A. W. Lovett estudia la labor de Felipe a través de la figura de uno de sus secretarios en el libro *Philip II and Mateo Vázquez de Leca: the Government of Spain, 1572-1592* (Ginebra, 1977). Gregorio Marañón, *Antonio*

Pérez (Londres, 1954) [ed. cast.: *Antonio Pérez,* Espasa Calpe, 2006] es una traducción abreviada al inglés de un fascinante estudio que nos habla casi tanto sobre el rey como sobre el personaje que da título al libro, el más conocido de los secretarios de Felipe. Sin embargo, aún no se ha escrito la biografía «definitiva» de Felipe II y, tal vez, sea imposible de escribir.

Aunque Felipe II y su España dominan la historia de Europa en la segunda mitad del siglo XVI, hay muchos importantes estudios biográficos de otras figuras destacadas del periodo, varios de ellos escritos en la primera mitad del siglo XX. La lista que sigue, es, inevitablemente, muy arbitraria: J. Brodrick, *Robert Bellarmine* (Londres, 1961); D. Buisseret, *Henry IV* (Londres, 1984); G. Cozzi, *Il Doge Nicolò Contarini* (Venecia, 1959); I. Cloulas, *Cathérine de Médicis* (París, 1979), aunque aún no se ha escrito una biografía realmente satisfactoria de Catalina; L. Van Der Essen, *Alexandre Farnèse* (5 vols., Bruselas, 1933-7) es un excelente estudio de Farnesio como comandante; R. J. W. Evans, *Rudolf II and his World* (Oxford, 1973); H. O. Evennett, *The Cardinal of Lorraine and the Council of Trent* (Cambridge, 1930); P. F. Geisendorf, *Théodore de Bèze* (Ginebra, 1949; 2.ª ed., 1967); G. Griffiths, *William of Hornes, Lord of Hèze and the Revolt of the Netherlands, 1576-1580* (Berkeley, 1954) es una obra útil para saber del movimiento «Malcontent»; H. Hauser, *Françóis De La Noue, 1531-1591* (París, 1892) es un admirable estudio sobre este líder hugonote; M. P. Holt, *The Duke of Anjou and the Politique Struggle during the Wars of Religion* (Cambridge, 1986); A. De Hubner, *Sixte-Quint* (2 vols., París, 1870) no está a la altura de su tempestuoso personaje; Raoul Patry, *Philippe Du Plessis Mornay* (París, 1933); N. L. Roelker, *Queen of Navarre: Jeanne d'Albret, 1528-1572* (Cambridge, Mass., 1968); J. Spence, *The Memory Palace of Matteo Ricci* (Nueva York, 1984) es un ingenioso estudio sobre el encuentro del famoso jesuita con China; P. O. De Törne, *Don Juan d'Autriche et les Projects de Conquête de l'Angleterre* (Helsinki, 1915); M. Van Durme, *El Cardenal Granvela* (traducción española del original flamenco, Barcelona, 1957); C. V. Wedgwood, *William the Silent* (Londres, 1944; reimp. en 1989).

Historias de estados y regiones

A continuación encontrarán una lista (limitada a Europa continental) de una serie de estudios especialmente útiles sobre estados y regiones en la segunda mitad del siglo XVI.

Francia

M. Holt, *The French Wars of Religion, 1562-1629* (Cambridge, 1995) es un equilibrado resumen de recientes investigaciones, que incluye muchas sugerencias de bibliografía adicional en inglés. Por otra parte, M. Greengrass, *The French Reformation* (Oxford, 1987) es un excelente estudio introductorio sobre las transformaciones religiosas en Francia. Dos obras francesas clásicas, L. Romier, *Le Royaume de Cathérine de Médicis* (2 vols., París, 1922) y H. Drouot, *Mayenne et la Bourgogne, 1587-1596* (2 vols., París, 1937) siguen siendo textos básicos para estudiar el periodo, y a estos debería añadirse otra monumental monografía, D. Crouzet, *Les guerriers de Dieu* (2 vols., París, 1990), que contrarresta la interpretación política y social de Drouot, al interpretar la violencia como un fenómeno religioso.

Para un estudio exhaustivo de los acontecimientos que se produjeron en Francia durante las guerras religiosas, véase J. H. M. Salmon, *Society in Crisis: France in the Sixteenth Century* (Londres, 1975), al que debería añadirse su volumen de ensayos, *Renaissance and Revolt. Essays in the Intellectual and Social History of Early Modern France* (Cambridge, 1987), que incluye un análisis social sobre los Dieciséis de París. Los artículos que encontramos en N. Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France* (citados en la sección «Religión y cultura» de esta bibliografía), en relación con la cultura popular, nos dan a conocer el clima religioso y social de Francia en esta época. D. R. Kelley, *The Beginning of Ideology: Consciousness and Society in the French Reformation* (Cambridge, 1981) se basa en panfletos de la época para hacer un seguimiento del desarrollo de la «ideología» protestante revolucionaria.

N. M. Sutherland, *Catherine de Medici and the Ancien Regime* (Historical Association pamphlet, Londres, 1966) sigue siendo una útil introducción breve a un periodo que ha estudiado en detalle en otras obras entre las que destaca *The Massacre of St Bartholomew and the European Conflict, 1559-1572* (Londres, 1973), una minuciosa crónica política y diplomática en la que intenta absolver a Catalina de su responsabilidad en el primer ataque sobre Coligny. Su obra *French Secretaries of State in the Age of Catherine de Medici* (Londres, 1962) estudia un importante aspecto de la administración real. Sobre los aspectos militares del conflicto, véase especialmente el libro de James B. Wood, *The King's Army* (citado en la sección «Las relaciones internacionales y la guerra»). S. Carroll estudia la facción de los Guisa y sus actividades en Normandía en su *Noble Power during the French Wars of Religion* (Cambridge, 1998), y la obra de P. Benedict, *Rouen during the Wars of Religion* (Cambridge, 1981) es un esclarecedor informe

del impacto de las disputas civiles en una importante ciudad, que incluye constantes referencias a lo que sucedía en otras partes del país.

Si se busca un admirable estudio sobre Enrique IV y la restauración del orden, véase M. Greengrass, *France in the Age of Henry IV* (2.ª ed., Londres, 1995). La abjuración de Enrique del calvinismo es el tema de la monografía de M. Wolfe, *The Conversion of Henry IV: Politics, Power and Religious Belief in Early Modern France* (Cambridge, Mass., 1993), y sus estrategias para recuperar la obediencia y lealtad de las ciudades se analizan en el libro de S. A. Finley-Crosthwaite, *Henry IV and the Towns* (Cambridge, 1999). C. Vivanti, *Lotta politica e pace religiosa in Francia fra Cinque e Seicento* (Turín, 1963) ofrece una clara explicación de la fase final de las guerras civiles y el reinado de Enrique IV, sobre el que también hay que ver el clásico estudio de R. Mousnier, *L'Assassinat d'Henri IV* (París, 1964), traducido al inglés como *The Assassination of Henry IV: The Tyrannicide Problem and the Consolidation of Absolute Monarchy in the Early Seventeenth Century* (Londres, 1973).

Alemania y el Imperio

H. Holborn, *A History of Modern Germany. The Reformation* (Londres, 1965) sigue siendo un buen estudio general y puede complementarse con el estudio de B. Scribner, *Germany. A New Social and Economic History, 1450-1630* (Londres, 1996). F. L. Carsten, *Princes and Parliaments in Germany* (Oxford, 1959) es esencial para conocer la evolución de la constitución. C.-P. Clasen, *The Palatinate in European History, 1559-1660* (Oxford, 1969) es un valioso estudio sobre una de las zonas más problemáticas de Europa. R. J. W. Evans, *The Making of the Habsburg Monarchy* (Oxford, 1979) es un libro fundamental sobre el Imperio. Véase también R. J. W. Evans y T. V. Thomas (eds.), *Crown, Church and Estates. Central European Politics in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Londres, 1991). La obra de Bohdan Chudoba, *Spain and the Empire, 1519-1643* que trata sobre los reinos de Maximiliano II y Rodolfo II aún merece atención.

Italia

Se puede encontrar un estudio general en el vol. 2 de *Storia d'Italia,* ed. Nino Valeri (Turín, 1959). E. Cochrane, *Italy, 1530-1630* (Londres, 1988) quedó inacabada a la muerte del autor, y no tiene la coherencia que en-

contramos en su obra *Florence in the Forgotten Centuries, 1527-1800* (Chicago y Londres, 1973). W. J. Bouwsma, *Venice and the Defense of Republican Liberty* (Berkeley y Los Ángeles, 1968) es un buen estudio –que puede complementarse con el de B. Pullan, *Rich and Poor in Renaissance Venice* (sección «Historia económica y social» de esta bibliografía)– para comprender los elementos que contribuyeron a la supervivencia de una república en una época marcadamente monárquica. El impresionante libro de M. E. Mallet y J. R. Halle *The Military Organization of a Renaissance State: Venice, c. 1400-1617* (Cambridge, 1984) arroja nueva luz sobre las relaciones entre el mito veneciano y la realidad, desde un punto de vista militar.

Los historiadores italianos están ahora reevaluando el periodo de dominación española sobre la península itálica, un campo en el que H. G. Koenigsberger fue pionero con su obra *The Government of Sicily under Philip II of Spain* (Londres, 1951; ed. corr., *The Practice of Empire,* Ithaca, 1969). El trabajo revisionista que actualmente se lleva a cabo en Italia aún no ha llegado a la literatura escrita en inglés, pero dos recientes estudios ofrecen valiosos puntos de vista sobre del carácter y las consecuencias del gobierno español en Nápoles: T. Astartita, *The Continuity of Feudal Power. The Caracciolo di Brienza in Spanish Naples* (Cambridge, 1992) y A. Calabria, *The Cost of Empire. The Finances of the Kingdom of Naples in the time of Spanish Rule* (Cambridge, 1991).

Los Países Bajos

El volumen de la *Oxford History of Early Modern Europe* de Jonathan Israel, *The Dutch Republic: Its Rise, Greatness and Fall, 1477-1806* (Oxford, 1995) [ed. cast.: *La república holandesa y el mundo hispánico 1606-1661,* Nerea, 1997] es un logro extraordinario que ofrece respuestas claras a muchas controvertidas preguntas y constituye un punto de referencia fundamental. Durante mucho tiempo P. Geyl, *The Revolt of the Netherlands* (Londres, 1932) se consideraba como el texto básico sobre la revuelta escrito en inglés, y aún es un libro de interesante lectura, pero ha quedado un poco desfasado con los años. A diferencia de Geyl, G. Parker, en su libro *The Dutch Revolt* (Londres, 1977) le da un peso adecuado al lado español de la historia, que constituye también el tema de sus artículos *Spain and the Netherlands* y de su libro *The Army of Flanders and the Spanish Road* (ambos citados en la sección «Las relaciones internacionales y la guerra» de esta bibliografía). Véanse también los estudios biográficos

sobre Alejandro Farnesio y Guillermo el Taciturno (citados en la sección «Biografías»). Para conocer el trasfondo religioso y el carácter de la revuelta, véanse los lúcidos ensayos de A. Duke recopilados en su libro *Reformation and Revolt in the Low Countries* (Londres, 1990), así como P. Mack Crew, *Calvinist Preaching and Iconoclasm in the Netherlands, 1544-1569* (Cambridge, 1978). R. S. DuPlessis, *Lille and the Dutch Revolt* (Cambridge, 1991) estudia el caso de una ciudad en la que se logró mantener el orden público. M. Van Gelderen analiza las justificaciones teóricas de la revuelta en su libro *The Political Thought of the Dutch Revolt, 1559-1590* (Cambridge, 1992) y estas también pueden estudiarse en dos colecciones de textos que cuentan con una traducción al inglés: E. H. Kossmann y A. F. Mellink, *Texts Concerning the Revolt of the Netherlands* (Cambridge, 1993). Para una reimpresión moderna, editada por H. Wansink, de la traducción de 1581 de la *Apología* de Guillermo de Orange, véase *The Apologie of Prince William of Orange Against the Proclamation of the King of Spaine* (Leiden 1969). S. Schama, *The Embarrassment of Riches* (Nueva York, 1987) es un virtuoso análisis sobre la evolución de la cultura de la Edad de Oro holandesa.

El Imperio otomano

H. Inalcik, *The Ottoman Empire. The Classical Age, 1300-1600* (Londres, 1973) ofrece un estudio general, y encontramos más información disponible en el libro editado por M. Kunt y C. Woodhead, *Süleyman the Magnificent and his Age. The Ottoman Empire in the Early Modern World* (Londres, 1995). *La Mediterranée* de Braudel permite una comprensión del enfrentamiento entre los imperios otomano y español, que tiempo atrás inspiró los estudios paralelos de L. Von Ranke, *The Ottoman and the Spanish Empires* (trad. ingl., Londres 1843). Aún queda mucho por estudiar sobre la historia otomana del siglo XVI, si se quisieran desarrollar los paralelismos y contrastes. Sin embargo, A. Hess en *The Forgotten Frontier. A History of the Sixteenth-Century Ibero-African Frontier* (Chicago y Londres, 1978) ofrece una esclarecedora crónica de la expansión del Imperio otomano hacia el norte de África y del enfrentamiento que tuvo lugar entre ambas civilizaciones en las tierras fronterizas del Imperio. El capítulo 9 del volumen de ensayos de H. Inalcik, *The Ottoman Empire: Conquest, Organization, Economy* (reimpresiones Variorum, Londres, 1978) es una breve crónica de la campaña de Lepanto escrita a partir de fuentes otomanas. D. M. Vaughan, *Europe and the Turk* (Liverpool, 1954;

2.ª ed., 1967) es un cuidadoso estudio sobre las relaciones entre los turcos y Occidente, y el libro de W. E. D. Allen, *Problems of Turkish Power in the Sixteenth Century* (Londres, Central Asian Research Centre, 1963) aporta información sobre los acontecimientos sucedidos en las fronteras asiáticas del Imperio otomano.

Polonia y Europa oriental

Para una introducción, véanse N. Davies, *God's Playground* (vol. 1, *The Origins to 1795,* Oxford, 1981), y *The Cambridge History of Poland* (2 vols., Cambridge, 1941). K. Maag (ed.) *The Reformation in Eastern and Central Europe* (Aldershot, 1997) es una colección de ensayos sobre las transformaciones religiosas en distintos estados de Europa oriental. Para la elección polaca me he basado especialmente en el libro de H. De Noailles, *Henri de Valois et la Pologne en 1572* (3 vols. París, 1867) y en P. Champion, *Henri III, roi de Pologne* (París, 1943). Varios aspectos de la vida de Bathory están estudiados en *Etienne Báthory, Roi de Pologne, Prince de Transylvanie* (Cracovia, 1935). W. H. McNeill, *Europe's Steppe Frontier* (Chicago, 1964) es un entretedido estudio sobre los problemas y transformaciones que se produjeron en Europa oriental, y a este estudio debería añadirse *East Central Europe in Transition* (citado en la sección «Historia económica y social» de esta bibliografía). J. Blum, *Lord and Peasant in Russia* (Princeton, 1961) estudia los cambios económicos y sociales en Moscovia.

Escandinavia

La región báltica se estudia de forma exhaustiva en el libro de D. Kirby, *Nothern Europe in the Early Modern Period: The Baltic World, 1492-1772* (Londres, 1990). Sobre la reforma y los intentos de contrarreforma, véase O. P. Grell (ed.), *The Scandinavian Reformation: From Evangelical Movement to Institutionalized Reform* (Cambridge, 1995), y O. Garstein, *Rome and the Counter-Reformation in Scandinavia,* vol. 1 (Oslo, 1963). Sobre la historia Sueca, M. Roberts, *The Early Vasas: A History of Sweden, 1523-1611* (Cambridge, 1968), y *The Swedish Imperial Experience, 1560-1718* (Cambridge, 1979), son dos libros indispensables.

España

Si se quieren conocer de forma general los antecedentes del periodo, véanse J. Lynch, *Spain, 1516-1598: From Nation State to Empire* (Oxford, 1991) [ed. cast.: *Los Austrias: 1516-1598,* Crítica, 1992]; J. H. Elliott, *Imperial Spain, 1469-1716* (Londres, 1963 y ediciones posteriores) [ed. cast.: *La España Imperial 1469-1716,* Vicens Vives, 1998]; H. Kamen, *Spain, 1469-1714: A Society of Conflict* (Londres, 1983) [ed. cast.: *Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714,* Alianza, 1995]. J. Casey, *Early Modern Spain. A Social History* (Londres y Nueva York, 1999) [ed. cast.: *España en la Edad Moderna. Una historia social,* Biblioteca Nueva, 2001] es un estudio lúcido y actualizado sobre la sociedad española de principios de la Edad Moderna, que contiene muchos nuevos detalles ilustrativos. Pueden encontrarse diversas discusiones sobre importantes asuntos, como el tema del «declive» de España, en los siguientes volúmenes de ensayos: J. H. Elliott, *Spain and its World, 1500-1700* (New Haven y Londres, 1989) [ed. cast.: *España y su mundo (1500-1700),* Taurus, 2007]; R. L. Kagan y G. Parker, *Spain, Europe and the Atlantic World* (Cambridge, 1995) [ed. cast.: *España, Europa y el mundo Atlántico,* Marcial Pons, 2001]; I. A. A. Thompson, *War and Society in Habsburg Spain* (Aldershot, 1991) y *Crown and cortes* (Aldershot, 1993); y H. Kamen, *Crisis and Change in Early Modern Spain* (Aldershot, 1993).

La transición del Imperio de Carlos V a la monarquía española de Felipe II se encuentra profusamente documentada en el libro de M. J. Rodríguez-Salgado, *The Changing Face of Empire; Charles V, Philip II and Habsburg Aurthority, 1551-1559* (Cambridge, 1988) [ed. cast.: *Un Imperio en transición: Carlos V, Felipe II y su mundo,* Crítica, 1992]. Para estudios biográficos de Felipe II y de algunos de sus consejeros más próximos (véase el párrafo correspondiente de la sección «Biografías» de esta bibliografía). Sobre la organización militar española y la campaña de la Armada, véase la sección «Las relaciones internacionales y la guerra». Richard Kagan, *Lucrecia's Dreams: Politics and Prophecy in Sixteenth-Century Spain* (Berkeley y Los Ángeles, 1990) [ed. cast.: *Sueños de Lucrecia: política y profecía en España del siglo* XV, Nerea, 1991] se sirve de los sueños de una visionaria para estudiar la oposición a las políticas de Felipe. No hay ninguna monografía en inglés que trate sobre la adquisición de Portugal por parte de Felipe, pero puede verse un interesante informe sobre el desastre portugués en África que hizo que fuera posible: E. W. Bovill, *The Battle of Alcazar* (Londres, 1952). Véase también el artículo de J. H. Elliott, «The Spanish Monarchy and the Kingdom of Portugal» en *Conquest and Coalescence,* ed. de Mark Greengrass.

Hay ahora una enorme cantidad de literatura sobre la Hispanoamérica del siglo XVI. J. H. Parry, *The Spanish Seaborne Empire* (Londres, 1966) sigue siendo una útil introducción. Véanse también los volúmenes 1 y 2 de *The Cambridge History of Latin America,* ed. de Leslie Bethell (Cambridge, 1984), y el lúcido estudio que encontramos en los capítulos correspondientes del libro de P. Bakewell, *A History of Latin America* (Oxford, 1997).

ÍNDICE ONOMÁSTICO

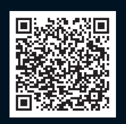
Aerschot, duque de 136, 252, 272

La Europa dividida nos introduce en una compleja época de movimientos y conflictos. La poderosa narrativa de J. H. Elliott detalla los cambios políticos, económicos y sociales y ofrece vívidos retratos de las principales personalidades de la época.
Ya consagrado como un clásico, en su segunda edición el libro estudia las duras líneas divisorias que había en la Europa de finales del siglo XVI: entre el norte protestante y el sur católico sin olvidar la brecha entre la rica y próspera economía del oeste y la cruda pobreza del este agrario. Este fue el periodo que presenció el nacimiento de la República holandesa, la derrota de la Armada Invencible, el rechazo occidental del Imperio otomano, el renacimiento del papado y un calvinismo autoritario. También fue una época de fuertes personalidades políticas: Felipe II y la poderosa España de los Habsburgo, la reina Isabel I de Inglaterra y, en Francia, Catalina de Médicis, Enrique IV y Montaigne.

«El volumen de Elliott es, probablemente, uno de los mejores manuales que jamás se han escrito. Está basado en un conocimiento extraordinariamente amplio del material publicado, tanto de las fuentes como de la literatura secundaria.»

History







www.sigloxxieditores.com

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.